SANTO TOMÁS DE AQUINO

MEDITACIONES

ENTRESACADAS DE SUS OBRAS



EMECÉ EDITORES, S. A.

BUENOS AIRES

Título de la obra en latín

MEDULLA S. THOMAE AQUINATIS PER OMNES ANNI LITURGICI DIES DISTRIBUTA, SEU MEDITATIONES EX OPERIBUS S. THOMAE DEPROMPTAE

Recopilación, ordenación y prólogo de

FR. D. MÉZARD, O. P.

Traducción del latín por

LUIS M. DE CÁDIZ

Con las licencias necesarias

PREFACIO

Todo este libro, tanto en los conceptos como en las mismas palabras, salvo unas pocas que se hallarán en la meditación de la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, es, en verdad, obra del piadosísimo Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino.

Una sola cosa puede atribuirse el recopilador como suya, a saber: haber buscado en todas las obras del gran Maestro todo lo más suave, piadoso y apropiado para fomentar la edificación, y haberlo distribuído por todos los días del año litúrgico, con el fin de que se tuviese así reunida la esencia dulcísima de este admirable Cedro del Líbano, para poder tomarla y saborearla cada día, ya por medio de la lectura, ya por el esfuerzo más atento de la meditación.

No deben buscarse aquí, ciertamente, las meditaciones que tantas veces se publican para uso de los fieles, meditaciones enteramente acabadas, muy solícitas en indicar, a veces con excesiva prolijidad, no solamente las ideas para la inteligencia, sino también los afectos para el corazón y hasta los propósitos prácticos que deben sacarse, de suerte que apenas queda al que medita nada que hacer o investigar.

Aquí, sin duda, sólo las ideas se presentan al espíritu, ideas breves, en estilo elevado, claras, firmes, pero ¡cuán llenas y fecundas, cuán saturadas de piedad y de verdadero amor de Dios!

No son, ciertamente, raros los que, cansados del lenguaje excesivamente difuso de los libros, desean encontrar dentro de un estilo conciso y de pocas palabras el pan de vida y entendimiento. Vayan al Doctor Angélico, que les dará no solamente amplia materia para meditar, sino también la más apta para reformar las costumbres, y también para nutrir y acrecentar el amor a nuestro Salvador.

El orden que hemos seguido para distribuir la materia en esta obra es el siguiente:

En el tiempo de Adviento se propone a nuestra meditación cuanto en diversos lugares escribió Santo Tomás acerca del misterio de la Encarnación, luego sigue lo relativo a la Navidad del Señor, a su infancia y vida pública.

En el tiempo de Cuaresma van las meditaciones referentes a la pasión y muerte de Cristo en la Cruz.

Después, con Cristo resucitado y ejemplar de nuestra regeneración espiritual, comienza una serie sobre la vida nueva, por la gracia, por la asimilación a Cristo que sube a los cielos, por los efectos del Espíritu Santo y por la Eucaristía. Esta serie termina en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Las meditaciones destinadas al período comprendido entre el día primero de julio y el Adviento versan sobre los puntos siguientes:

1º) Dios y algunos de sus atributos.

2º) El hombre alejado de Dios por el pecado, y resuelto a conocer y detestar sus pecados en la vida purgativa.

3º) El mismo hombre, avanzando hacia la vida iluminativa por medio de las virtudes.

4º) El hombre elevándose a la vida unitiva para participar de Dios por medio del amor fervoroso y de la íntima amistad.

5º) Con la fiesta de Todos los Santos comienzan las meditaciones acerca de los novísimos, que se extienden por todo el mes de noviembre, hasta que, purificado el hombre, iluminado y perfecto, puede sentarse por fin en esa Gran Cena *beatísima, que será el fin de todas las cosas.*

Así, pues, todo el conjunto de estas meditaciones es como un compendio de la Suma *de Santo Tomás, de modo que pueda ofrecer una síntesis de toda la religión y de la vida ascética.*

Además de las meditaciones adaptadas al ciclo litúrgico, los sacerdotes y religiosos encontrarán al final otras para los Ejercicios Espirituales que cada año realizan durante ocho días.

FR. MÉZARD, O. P.

NOTA.— Llegado el tiempo de Septuagésima, deben omitirse las que sobran del mes de febrero, o tal vez también de enero, para tomar las que dan comienzo en aquel domingo.

Las meditaciones omitidas entonces se utilizarán después de la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús hasta el primer día de julio.

PRIMERA PARTE

DESDE EL TIEMPO DE ADVIENTO HASTA LA FIESTA DEL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS

TIEMPO DE ADVIENTO

27 de noviembre

INMENSIDAD DEL AMOR DIVINO

De tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo Unigénito, para que todo aquél que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. (*Joan.*, III, 16.)

La causa de todos nuestros bienes es el Señor y el amor divino; porque amar es propiamente querer bien para alguno. Y como la voluntad de Dios es causa de todas las cosas, el bien nos viene a nosotros porque Dios nos ama. El amor de Dios es, pues, causa del bien de nuestra naturaleza. También lo es del bien de la gracia (*Jer.*, XXXI, 3): *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje,* esto es, por medio de la gracia.

Que sea también dador del bien de la gracia procede de gran caridad, y por lo tanto, se demuestra aquí con cuatro razones que esa caridad de Dios es máxima:

1º) Por razón de la persona que ama, pues Dios es el que ama y sin medida. Por eso dice: *De tal manera amó Dios.*

2º) Por la condición del amado; porque el amado es el hombre, esto es, el hombre mundano, corpóreo, pecador. *Mas Dios hace brillar su caridad en nosotros, porque, siendo todavía sus enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la*

muerte de su Hijo. (*Rom.*, V, 8, 10.) Por eso dice: Dios ha amado tanto *al mundo.*

3º) Por la grandeza de los dones; porque el amor se demuestra por medio del don, pues, como dice San Gregorio, la prueba del amor es la acción.

Dios nos dió el don máximo, pues nos dió *a su Hijo unigénito*; *a su Hijo* por naturaleza, consubstancial a Él mismo, no adoptivo; *unigénito*, para mostrar que el amor de Dios no se divide entre muchos hijos, sino que va todo entero al Hijo que Él nos dió, como prueba de su amor sin medida.

4º) Por la magnitud del fruto; pues por ese don alcanzamos la vida eterna. Por eso dice: *Para que todo aquel que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*, la que nos adquirió por su muerte de cruz.

Se dice que una cosa perece cuando se la impide llegar a su fin propio. El hombre tiene por fin propio la vida eterna, y cuantas veces peca se aparta de ese fin. Y aun cuando, mientras vive, no perece totalmente, pues puede rehabilitarse, sin embargo, cuando muere en pecado perece totalmente. En las palabras: *tenga vida eterna*, se indica la inmensidad del amor divino; porque al dar la vida eterna, Dios se da a sí mismo; pues la vida eterna no es otra cosa que gozar de Dios. Darse a sí mismo es señal de un gran amor.

(*In Joan.*, 3.)

28 de noviembre

CONVENIENCIA DE LA ENCARNACIÓN

I. Parece ser muy conveniente que los atributos invisibles de Dios sean mostrados por las cosas visibles; pues para esto se hizo el mundo entero, como consta por el Apóstol: *Las cosas de Dios invisibles se ven, después de la creación del mundo, considerándolas por las obras criadas.* (*Rom.*, I, 20.) Pero, como dice San Juan Damasceno, por el misterio de la Encarnación se manifiesta a la vez la bondad, la sabiduría, la justicia y el poder de Dios o su virtud. La bondad, porque no despreció la debilidad de su propia criatura; la justicia, porque, vencido el hombre, hizo que nadie más que el hombre venciese al tirano, y libertó al hombre de la muerte por la violencia; la sabiduría, porque encontró el mejor modo de pagar el más costoso precio; el poder o virtud infinita, porque nada hay más grande que haberse hecho Dios hombre. Luego fué conveniente que Dios se encarnase.

II. Conviene a cada cosa aquello que le compete según su propia naturaleza, como al hombre le conviene razonar, porque ese acto le corresponde en cuanto es racional según su propia naturaleza. Siendo, pues, la naturaleza misma de Dios la esencia de la bondad, todo lo que es esencial al bien conviene a Dios. Y como es de la esencia del bien el comunicarse a otros, por lo tanto es esencialmente propio del sumo bien comunicarse a la criatura de un modo soberano. Lo cual se verifica principalmente al unirse a una naturaleza creada, de modo que se haga una sola

persona de estos tres principios, a saber: el Verbo, el alma y la carne. Por lo cual, es notorio que fué conveniente que Dios se encarnase.

Unirse a Dios en unidad de persona no fué conveniente a la carne humana según la condición de la naturaleza, porque esto supera a su dignidad; pero fué conveniente a Dios, según la excelencia infinita de su bondad, el que la uniese a sí para salvar al hombre.

Dios es grande, no en volumen, sino en virtud; por consiguiente, la magnitud de su poder no siente ninguna estrechez en lo angosto. Si la palabra fugaz del hombre es oída simultáneamente por muchos y toda entera por cada uno de ellos, no es increíble que el Verbo de Dios subsistente esté a la vez en todas partes todo entero.

(*Sum. Theolog.*, 3ª parte, *q.* I, *a.* 1.)

29 de noviembre

NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN

Algo es necesario para algún fin de dos modos: Primero, por necesidad absoluta, sin lo cual algo no puede existir, como el sustento es necesario para la conservación de la vida humana; segundo, en la medida en que por medio de tal cosa se llega mejor y más convenientemente al fin, como el caballo es necesario para realizar un viaje. No fué necesario por el primer modo que Dios se encarnase para la reparación de la naturaleza humana, porque Dios por su virtud omnipotente podía reparar la naturaleza humana de otros muchos modos. Pero por el segundo modo fué necesario que Dios se encarnase. Por eso dice

San Agustín [1]: "Demostremos, además, que no faltó otro modo posible a Dios, a cuya potestad está sometido todo igualmente, sino que no había otro modo más conveniente de curar nuestra miseria." Esto es lo que puede considerarse en cuanto a la promoción del hombre al bien.

1º) En cuanto a la fe, que se certifica más por lo mismo que cree al mismo Dios que habla; por lo que dice San Agustín [2]: "Para que el hombre caminase más confiadamente hacia la verdad, el Hijo de Dios, que es la misma Verdad, hecho hombre, constituyó y fundó la fe."

2º) En cuanto a la esperanza, que se afirma principalmente por esto, y así dice San Agustín [3]: "Nada fué tan necesario para levantar nuestra esperanza, como el demostrarnos cuánto nos amaba Dios. ¿Qué prueba más manifiesta de esto que la de que el Hijo de Dios se dignara formar consorcio con nuestra naturaleza?"

3º) En cuanto a la caridad, que se excita principalmente por esto, y así es que dice San Agustín [4]: "¿Qué mayor motivo existe de la venida del Señor que el manifestar Dios su amor en nosotros?" Y después añade: "Si nos era penoso amar, al menos no nos duela volver a amar."

4º) En cuanto a la rectitud de obrar, en la cual se nos mostró para ejemplo. Por lo cual dice San Agustín [5]: "No se debía haber seguido al hombre, que podía ser visto; se debía haber seguido a Dios, que no podía ser visto. Y así para mostrar al hombre quién fuese visto por el hom-

1 *De Trinit.*, lib. XIII, cap. 10.
2 *De civ. Dei*, lib. XI, cap. 2.
3 *De Trinit.*, lib. XIII, cap. 10.
4 *De Catechiz. rudibus*, cap. 4.
5 *Serm. De nativitate Domini*, 22 de Temp.

bre y a quién el hombre siguiese, Dios se hizo hombre."

5º) En cuanto a la plena participación de la divinidad, que es la verdadera bienaventuranza del hombre, y el fin de la vida humana, y esto nos fué dado por la humanidad de Cristo. Pues dice San Agustín [6]: "Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciese Dios."

(3ª, *q.* I, *a.* II.)

30 de noviembre

NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN

No solamente fué necesario que Dios se encarnara para la promoción del hombre al bien, sino también para la remoción del mal.

1º) El hombre se instruye por esto para que no prefiera al diablo a sí mismo, no venere al que es el autor del pecado. A este propósito dice San Agustín [7]: "Puesto que Dios pudo unirse a la naturaleza humana de tal modo que se hizo una sola persona, no se atrevan, por eso, aquellos espíritus soberbios y malignos a anteponerse al hombre, porque no tienen carne."

2º) Por esto se nos enseña cuánta es la dignidad de la naturaleza humana, para que no la mancillemos con el pecado. Por lo cual asegura San Agustín [8]: "Dios nos ha demostrado cuán excelso lugar ocupa la naturaleza humana entre las criaturas, apareciendo entre los hombres como

[6] *Serm. De nativ. Domini,* 13 de Temp.
[7] *De Trinit.,* lib. XIII, cap. 17.
[8] *De vera relig.,* cap. 16.

verdadero hombre." Y el papa San León dice[9]: "Reconoce, oh cristiano, tu dignidad; y hecho partícipe de la naturaleza divina, no retornes a la antigua vileza con una mala conducta."

3º) Porque, para destruir la presunción del hombre, se hace más estimable la gracia de Dios en Cristo hombre, sin ningún mérito anterior de nuestra parte.

4º) Porque mediante tanta humildad de Dios puede reprimirse y sanarse la soberbia del hombre, que es el mayor obstáculo que le impide unirse a Dios.

5º) Para librar al hombre de la servidumbre del pecado; lo cual, como dice San Agustín[10], debió ciertamente verificarse de tal modo que el diablo fuera vencido por la justicia del hombre Jesucristo; lo que se llevó a cabo mediante el sacrificio de Cristo por nosotros. Un simple hombre no podía satisfacer por todo el género humano, y Dios no debía satisfacer; por lo cual convenía que Jesucristo fuese Dios y hombre. Por eso dice el papa San León[11]: "La debilidad es tomada por la fortaleza, la humildad por la majestad, la mortalidad por la eternidad, a fin de que, cual convenía a nuestra curación, un solo y mismo mediador entre Dios y los hombres pudiese morir por una parte y resucitar por otra; porque, si no fuera verdadero Dios, no traería el remedio; y si no fuese verdadero hombre, no daría ejemplo."

Hay otras muchas ventajas que resultan de esto y que exceden a la aprehensión del sentido humano, según aquello del Eclesiástico (III, 25):

[9] *Serm. De nativit. Domini*, I.
[10] *De Trinit.*, lib. XIII, cap. 13.
[11] *Serm. De nativ. Domini*, I.

Muchísimas cosas te han sido mostradas sobre el entendimiento de los hombres.

(3ª, *q.* I, *a.* II.)

1º de diciembre

NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN PARA OFRECER SATISFACCIÓN SUFICIENTE POR EL PECADO

I. De dos maneras puede decirse suficiente una satisfacción:

1º) De manera perfecta, porque es condigna, por cierta adecuación, para compensar la culpa cometida, y así la satisfacción que un simple hombre diera por el pecado no podía ser suficiente, porque toda la naturaleza humana estaba corrompida por el pecado, ni el bien de una persona, y aun de muchas, podía compensar equivalentemente el daño de toda la naturaleza; además el pecado cometido contra Dios es en cierto modo infinito por razón de la infinita majestad de Dios ofendido, pues la ofensa es tanto más grave cuanto más grande es aquél contra quien se delinque. Por lo tanto, fué necesario para una satisfacción condigna que el acto del que satisfacía tuviera eficacia infinita, como lo es el acto del que es Dios y hombre.

2º) La satisfacción del hombre puede ser suficiente de manera imperfecta, esto es, según la aceptación de aquel que se contente con ella, aunque no sea condigna, y de este modo la satisfacción de un simple hombre es suficiente; y puesto que todo lo imperfecto presupone algo perfecto que lo sostenga, de ahí resulta que toda

satisfacción de un simple hombre recibe su eficacia de la satisfacción de Cristo.

(3, *q.* I, *a.* II, *ad* 2 *um.*)

II. La Encarnación ofrece la certeza del perdón del pecado.

Así como el hombre se dispone a la bienaventuranza por las virtudes, del mismo modo se aleja de ella por los pecados; el pecado, contrario a la virtud, es un impedimento para la bienaventuranza, no sólo porque introduce un desorden en el alma, en cuanto que la aparta del orden del fin debido; sino también porque ofende a Dios, del cual espera el premio de la bienaventuranza; y además, teniendo el hombre conocimiento de esa ofensa, pierde por el pecado la esperanza de acercarse a Dios, la cual es necesaria para conseguir la bienaventuranza.

Por tanto, es necesario al género humano, lleno de pecados, que se le preste algún remedio contra los pecados; mas este remedio puede darlo únicamente Dios; el cual no sólo puede mover la voluntad del hombre hacia el bien, para reintegrarla al orden debido, sino que también puede perdonar la ofensa cometida contra Él; pues la ofensa sólo puede ser perdonada por aquél contra quien se comete.

Además, para que el hombre sea librado de la conciencia de la ofensa pasada, es necesario que esté cierto de la remisión de la ofensa por el mismo Dios; certeza que no puede constarle, si Dios no le certifica de ello.

Por tanto fué conveniente y útil al género humano, para conseguir la bienaventuranza, que Dios se hiciese hombre, para que de este modo

consiguiese de Dios el perdón de los pecados y tuviese certeza de ese perdón por el hombre Dios. (*Contra Gentiles,* lib. 4, cap. 54.)

2 de diciembre

LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR ES UN REMEDIO MUY CONVENIENTE

Este misterio fué muy convenientemente ordenado para la salvación del hombre, porque aun cuando Dios podía hacerlo de otro modo, ninguno fué tan adecuado, pues convenía al mismo Reparador, a aquel a quien debía ofrecerse la reparación y a la reparación misma.

1º) Al Reparador, a quien era oportuno mostrar su sabiduría, poder y bondad. ¿Qué cosa más poderosa que unir extremos sumamente distantes? Grande fué el poder para unir elementos dispares; mayor, para unirlos a un espíritu creado; máximo, para su unión al espíritu increado, donde la disparidad es extrema. ¿Qué cosa más sabia para el colmo de perfección de todo el universo que se verificase la unión del primero y del último, esto es, del Verbo de Dios, que es el principio de todas las cosas, y de la naturaleza humana, que en las obras de los seis días fué la última de las criaturas? ¿Qué cosa más llena de bondad que haber querido el Creador de todos los seres comunicarse a las cosas creadas? Esa benignidad fué grande al unirse con todas las cosas por unión de presencia; mayor, al comunicarse a los buenos por medio de la gracia; y máxima, al unirse a Cristo hombre, y, por consiguiente, a los géneros de cada uno en la unidad de persona.

2º) Fué también este modo muy conveniente al mismo que debía recibir la reparación, pues el hombre por el pecado vino a caer en la debilidad, en la ignorancia y en la malicia, por todo lo cual se hizo incapaz de imitar la virtud divina, conocer su verdad, y amar su bondad; por lo tanto, Dios, al hacerse hombre, se entregó al hombre para que le imitase, le conociese y le amase.

3º) Fué también muy conveniente a nuestra reparación que el Señor en forma de siervo procurase la salvación del esclavo y que se encarnase el Hijo. Esa conveniencia es evidente, ya se consideren las cosas propias del Hijo, ya las que se le apropian.

Si se atiende a las cosas propias del Hijo es evidente, porque es el Verbo, la imagen y el Hijo de Dios; ahora bien, el hombre perdió por el pecado tres cosas, a saber: el conocimiento de la sabiduría, la semejanza de la gracia y la herencia de la gloria. Por eso fué enviado el Verbo, Imagen e Hijo.

Si se consideran las que se le apropian, también fué muy conveniente porque en la obra de la creación resplandece principalmente el poder; en la obra de la restauración, la sabiduría; y en la obra de la retribución, la bondad.

(De Humanitate Christi.)

3 de diciembre

CONVENIENCIA DE LA REPARACIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA POR EL VERBO

Conviene advertir que todo ser inteligente obra por una idea de su entendimiento que llamamos verbo. Así, un arquitecto o un artista cualquiera que realiza una obra, la hace conforme a la forma que concibió en su mente. Si, pues, el Hijo de Dios es el mismo Verbo de Dios, síguese que Dios lo ha hecho todo por medio del Hijo.

I. Todas las cosas se hacen y se reparan por la misma idea. Pues si una casa se derrumba se la repara según el plan con que fué construída en un principio.

Entre los seres que Dios ha creado por su Verbo, ocupa el primer lugar la criatura racional, mientras que todas las demás criaturas están al servicio de ésta y aparecen como creadas para él. Esto es muy legítimo, porque la criatura racional tiene el dominio de sus actos por el libre albedrío, mientras que las demás criaturas no obran por libre dictamen. En todas partes lo que es libre impera sobre lo que es esclavo y los esclavos están para servir a los hombres libres y son gobernados por los hombres libres. Luego la caída de la criatura racional debe juzgarse mucho más grave que la defección de la criatura irracional. Es, por tanto, conveniente que la sabiduría divina repare principalmente la caída de la criatura racional más que si se arruinase el cielo o cualquier otro accidente que se realizase en las cosas corpóreas.

II. Hablo de la caída de la criatura racional no en cuanto ésta se aparta de su ser mismo, sino en cuanto se aparta de la rectitud de la voluntad. Pues la caída o defección de un ser debe considerarse principalmente según el principio de operación; así decimos que el artista yerra, si falla en su arte; y decimos que una cosa falla y se arruina, si se corrompe la capacidad natural por que obra; es el caso de una planta que pierde su capacidad germinativa, o el caso de la tierra que pierde su fuerza productiva, Ahora bien, la criatura racional obra por la voluntad en la cual reside el libre albedrío. Luego la caída de la criatura racional consiste en un defecto de rectitud en su voluntad, lo cual se verifica cuando peca. Así, pues, conviene principalmente a Dios remover el defecto del pecado, que no es otra cosa que una perversión de la voluntad, y verificar dicha remoción por su Verbo, por el cual crió todas las cosas.

El pecado de los ángeles no pudo tener remedio; porque, en la inmutabilidad de su naturaleza, les es imposible arrepentirse y apartarse de aquello que una vez han elegido. Los hombres, en cambio, poseen una voluntad mudable, según a condición de su naturaleza, de tal modo que no sólo pueden elegir entre cosas diversas, sino que, después de haber elegido una cosa, pueden arrepentirse y volver a otra.

Siendo, pues, reparable la naturaleza, correspondió a la bondad de Dios repararla, una vez caída, por medio de su Hijo.

(*Contra Saracenos*, cap. V.)

4 de diciembre

MODO DE REPARAR LA NATURALEZA HUMANA

I. El modo de la reparación debió ser tal que conviniese, ya a la naturaleza que había de ser reparada, ya a la enfermedad. Digo a la naturaleza, porque siendo el hombre de naturaleza racional y dotado de libre albedrío, debía reintegrarse al estado de rectitud, no por coacción exterior, sino por propia voluntad; y también a la enfermedad, porque, consistiendo ésta en la perversión de la voluntad, era necesario que la voluntad se redujese a la rectitud.

La rectitud de la voluntad humana consiste en una ordenación legítima del amor, que es su sentimiento principal, y el orden dispone que amemos a Dios sobre todas las cosas como a sumo bien, y que encaminemos a Él todas las cosas que amamos como a último fin, y que, al amar a los otros seres, se guarde el orden debido, esto es, que pospongamos las cosas corporales a las espirituales. Para excitar en nosotros el amor a Dios, nada podía ser más eficaz que el Verbo de Dios, por el cual han sido hechas todas las cosas, tomase nuestra naturaleza para repararla, y que la misma persona fuese Dios y hombre.

II. En primer lugar, porque con ello se manifiesta principalmente cuánto ama Dios al hombre, ya que quiso hacerse hombre para salvarlo; y no hay nada que induzca más a amar que el saberse amado. Después porque, teniendo el hombre la inteligencia y el corazón inclinados a las cosas corporales, no podía elevarse fácilmente

a las que están sobre él; mientras que es fácil a cualquier hombre amar y conocer a su semejante. Pero considerar la alteza divina y ser llevado a ella por el afecto debido del amor no es propio de todos los hombres, sino únicamente de aquellos que con el auxilio de Dios, con gran empeño y trabajo, se elevan de lo corporal a lo espiritual. Por lo tanto, para abrir a todos los hombres un camino fácil hacia Dios, quiso Éste hacerse hombre, a fin de que hasta los niños pudiesen conocer y amar a Dios hecho casi semejante a ellos, y de este modo, por lo que pueden percibir, poco a poco creciesen hasta lo perfecto.

Además, habiéndose hecho Dios hombre, se da al hombre esperanza de poder llegar a participar de la perfecta bienaventuranza, que sólo Dios posee por naturaleza. Pues promete al hombre que tiene conocimiento de su debilidad que llegará a la bienaventuranza, de la cual apenas son capaces los Ángeles y que consiste en la visión y goce de Dios, y le muestra que apenas hubiera podido atreverse a esperar tal cosa, si no se le mostraba, por otra parte, la dignidad de su naturaleza, a la cual Dios estima tanto que ha querido hacerse hombre para salvarlo.

Y así por haberse Dios hecho hombre, nos ha dado la esperanza de que también el hombre pueda llegar a unirse a Dios por el goce bienaventurado.

Aprovecha asimismo al hombre el conocimiento de su dignidad por haber tomado Dios la naturaleza humana, para que no someta su afecto a ninguna criatura, dando culto al demonio o a cualesquiera otras criaturas por la idolatría, ni sujetando su afecto a las criaturas corporales amándolas desordenadamente. Porque es indigno

que el hombre se someta desordenadamente a las cosas inferiores a Dios, poseyendo tanta dignidad según la estimación divina, y estando tan cerca de Dios, que Éste ha querido hacerse hombre.

(*Contra Saracenos*, cap. V.)

5 de diciembre

ENCARNACIÓN ADMIRABLE DEL HIJO DE DIOS

I. Este misterio excede de manera principal a la razón humana entre todas las obras divinas; pues nada puede pensarse más admirable entre las obras de Dios como que el Hijo de Dios, verdadero Dios, se haya hecho verdadero hombre. Y porque esto es admirabilísimo entre todas las cosas, síguese que todas las otras maravillas se ordenan a la fe de este gran misterio, en virtud del principio de que el primero en un género es causa de los demás.

II. Confesamos esta encarnación admirable de Dios, enseñada por la autoridad divina, pues se dice: *Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros.* (*Joan.*, I, 14.)

Muestran también esto abiertamente las mismas palabras de Nuestro Señor Jesucristo, cuando habla de sí cosas humildes y humanas, diciendo: *El Padre es mayor que yo* (*Joan.*, XIV, 28), y: *Triste está mi alma hasta la muerte* (*Matth.*, XXVI, 38), todo lo cual le conviene por razón de su humanidad; y siempre que de sí mismo dice cosas sublimes y divinas: *Yo y el Padre somos una cosa.* (*Joan.*, X, 30.) *Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son.* (*Joan.*, XVI, 15.) Todo lo cual

ciertamente le corresponde según su naturaleza divina.

También prueban esto los hechos del Señor que se leen acerca de Él. Pues el haber tenido temor, el haberse entristecido, el tener hambre, el morir, manifiestan su naturaleza humana; y cuando curó los enfermos con su propio poder y resucitó a los muertos y se impuso eficazmente a los elementos del mundo, y expulsó a los demonios, y perdonó los pecados, cuando resucitó de entre los muertos con su propia voluntad y subió por último a los cielos, demostró su virtud divina.

(*Contra Gentiles,* lib. IV, cap. XXVII.)

III. Entre todas las criaturas nada hay tan semejante a esta unión de la naturaleza divina y humana en la Encarnación como la unión del alma y el cuerpo. Por lo cual dice San Atanasio: "Así como el alma racional y la carne es un solo hombre, del mismo modo Dios y hombre es un solo Cristo. Pero la semejanza no consiste en que el alma racional se una al cuerpo como a materia; porque de ese modo se formaría de Dios y del hombre una sola naturaleza."

Podemos usar de esa comparación en el sentido de que el alma se une al cuerpo como a un instrumento. Y efectivamente los doctores han considerado a la naturaleza humana en Cristo como una especie de órgano de la divinidad, así como se considera al cuerpo órgano del alma.

Pero el cuerpo es órgano del alma de modo distinto que lo son los instrumentos exteriores. La azuela no es un instrumento propio del alma como lo es la mano, pues la mano es órgano

unido a ella y propio, en cambio la azuela es un instrumento extrínseco y común.

La unión de Dios y del hombre puede considerarse de este modo: todos los hombres pueden considerarse como instrumentos con los cuales Dios obra. *Pues Él es el que obra en nosotros tanto el querer como el ejecutar.* Todo hombre, con respecto a Dios, es un instrumento exterior y separado, porque es movido por Dios no para sus operaciones propias, sino para las operaciones comunes a toda naturaleza racional, como entender la verdad, amar el bien, y obrar lo justo. Mas, por el contrario, la naturaleza humana de Cristo ejecuta instrumentalmente operaciones propias de Dios solo, como purificar los pecados, iluminar las mentes con la gracia, e introducir en la perfección de la vida eterna.

La naturaleza humana de Cristo es, con respecto a Dios, como un instrumento propio y unido, como la mano al alma. Este ejemplo no nos da una semejanza completa, pues debe entenderse que el Verbo de Dios se unió a la naturaleza humana de un modo más sublime e íntimo.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 41.)

6 de diciembre

SE DICE MÁS CONVENIENTEMENTE QUE, SI EL HOMBRE NO HUBIESE PECADO, DIOS NO SE HUBIERA ENCARNADO

San Agustín[12] dice sobre aquello de San Lucas: *El Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que había perecido.* (XIX, 10.) Luego si el hombre no hubiese pecado, el Hijo del hombre

[12] *De verbis Domini.*

no hubiera venido. Y en la Iª a Timoteo sobre esto: *Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores* (I, 15), dice la Glosa: "Ninguna otra causa tuvo Cristo Señor para venir, sino la de salvar a los pecadores: quitad las enfermedades, quitad las heridas, y no hay lugar para la medicina."

I. Hay quienes opinan de distinta manera acerca de esta cuestión, pues unos dicen que el Hijo de Dios se habría encarnado aun cuando el hombre no hubiese pecado; pero otros aseguran lo contrario, aserción a la cual se debe asentir con preferencia. En efecto, las cosas que provienen de la sola voluntad de Dios y a las cuales no tiene ningún derecho la criatura, no pueden sernos conocidas sino en cuanto se nos enseñan en la Sagrada Escritura, por la cual nos es conocida la voluntad divina.

Por consiguiente, puesto que en la Sagrada Escritura la razón de la Encarnación se señala en todas partes por el pecado del primer hombre, se dice convenientemente que la obra de la Encarnación ha sido ordenada por Dios para remedio contra el pecado; de modo que, no existiendo éste, no se habría verificado la Encarnación, aunque la potencia de Dios no esté limitada a esto, pues Dios hubiera podido encarnarse aun sin existir el pecado.

II. Muchas otras cosas deben deducirse de la Encarnación de Cristo, además de la absolución del pecado, como, por ejemplo, el progreso del hombre en la fe, la esperanza, la caridad, etc. Pero todos estos motivos pertenecen en definitiva al remedio del pecado; pues, si el hombre no

hubiese pecado, hubiera sido iluminado con la luz de la divina sabiduría, y establecido por Dios en la rectitud moral perfecta para conocer y hacer todo lo necesario. Mas, puesto que el hombre, abandonando a Dios, se había aferrado a las cosas corporales, fué conveniente que Dios, tomando carne, exhibiera también el remedio de salvación aun por las cosas corporales. Por lo cual dice San Agustín[13]: "La carne te había obcecado, la carne te sana, puesto que Cristo vino para destruir con su carne los vicios de la carne."

Nada impide que la naturaleza humana haya sido destinada a un fin más elevado después del pecado; porque Dios permite que se haga el mal, para sacar de ello un bien mejor. Por lo cual se dice: *Donde creció el pecado sobrepujó la gracia.* (*Rom.*, V, 20.) Por eso se repite en la bendición del cirio pascual: ¡Oh culpa feliz, que mereció tener tal y tan grande Redentor![14]

(3ª, *q.* I, *a.* III.)

7 de diciembre

LA ENCARNACIÓN NO HUBIERA SIDO CONVENIENTE AL PRINCIPIO DEL MUNDO

Se lee en la epístola a los Gálatas (IV, 4): *Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios a su Hijo;* y la Glosa explica que *el cumplimiento del tiempo* es la época prefijada

[13] *Tract.* 2 *in Joan.*

[14] Estas palabras forman parte del *Exultet jam Angelica* conocido vulgarmente por *la Angélica,* atribuído a San Ambrosio.

por Dios Padre para enviar a su Hijo, y puesto que Dios definió todo por su sabiduría, luego Dios se encarnó en el tiempo más conveniente, y por tanto no fué conveniente que se encarnase desde el principio del género humano.

Como quiera que la obra de la Encarnación se ordena principalmente a la reparación de la naturaleza humana por la abolición del pecado, es evidente que no convino que Dios se hubiese encarnado desde el principio del género humano, antes del pecado; porque la medicina no se da sino a los ya enfermos, y por eso dice el mismo Señor: *Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. . , porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.* (*Matth.*, IX, 12.)

Tampoco fué conveniente que Dios se encarnase inmediatamente después del pecado.

1º) Por la condición del pecado humano, que había provenido de la soberbia; por lo cual el hombre debía ser libertado de modo que, humillado, reconociese que necesitaba de un libertador. Por eso dice la Glosa: Dios con gran prudencia determinó que su Hijo no fuese enviado inmediatamente después de la caída del hombre. Primeramente lo dejó con la libertad de albedrío en la ley natural, para que así conociese las fuerzas de su naturaleza; y, habiendo sido, así, desleal, recibió la ley; mas dada ésta creció la enfermedad, por vicio, no de la ley, sino de la naturaleza, para que conocida de ese modo su enfermedad, llamase al médico y buscase el auxilio de la gracia.

2º) A causa del orden de la promoción al bien, según el cual se procede de lo imperfecto a lo perfecto; por lo cual dice el Apóstol: *No antes*

lo que es espiritual, sino lo que es animal; después lo que es espiritual. El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. (I *Cor.*, XV, 46, 47.)

3º) Por la dignidad del Verbo encarnado, pues dice la Glosa sobre ello: *Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo* (*Gal.*, IV, 4): Cuanto mayor fuera el Juez que venía, tanto más larga serie de pregones debía precederle.

4º) Para que no se enfriase el fervor de la fe con la dilación, puesto que hasta el fin del mundo se enfriará la caridad de muchos. Por esta razón se dice: *Mas cuando viniere el Hijo del hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?* (*Luc.*, XVIII, 8.)

La caridad tarda en socorrer al amigo, salvadas empero la oportunidad de los negocios y la condición de las personas; porque si un médico diera al enfermo la medicina apenas principia la enfermedad, aprovecharía menos y le perjudicaría, más que le favorecería. Y por esto el Señor no ofreció desde el principio al género humano el remedio de la Encarnación, para que no lo despreciase por soberbia, si antes no conocía su enfermedad.

(3ª, *q.* I, *a.* V.)

8 de diciembre

EN LA FESTIVIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Toda eres hermosa, amiga mía, y mancilla no hay en ti. (*Cant.*, IV, 7.)

María estuvo siempre inmune de todo pecado:

1º) En el instante de su concepción. Pues se

cree razonablemente que la que engendró *al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad,* recibiría mayores privilegios de gracia que todos los otros. Por lo cual, como se lee en *Lucas* (I. 28): *El ángel le dijo: Dios te salve, llena de gracia.* Sabemos, no obstante, que a algunos otros fué concedido el privilegio de ser santificados en el seno materno, como a Jeremías, al cual se dijo: *Antes que salieras de la matriz, te santifiqué* (*Jer.*, I, 5); y también a Juan Bautista, del cual se ha dicho: *Y será lleno de Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre.* (*Luc.*, I, 15.)

Luego, para que recibiese más, María debió no sólo ser santificada en el seno materno, sino también preservada de la culpa original.

Esta infusión de la gracia santificante no se verificó antes de la animación, sino en el primer instante de la animación. Los hechos que tuvieron lugar en el Antiguo Testamento son figura del Nuevo, conforme a aquello: *Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura.* (I *Cor.*, X, 11). Mas por la santificación del tabernáculo, de la cual se dice: *Santificó su tabernáculo el Altísimo* (*Psal.*, XLV, 5), parece significarse la santificación de la Madre de Dios, llamada tabernáculo de Dios conforme a aquello del Salmo (XVIII, 6): *En el sol puso su tabernáculo.* Del tabernáculo se dice en el Exodo: *Después que fueron cumplidas todas estas cosas, cubrió una nube el tabernáculo del testimonio, y llenóle la gloria del Señor* (*Ex.*, XL, 31 y 32). Luego asimismo la Bienaventurada Virgen no recibió la gracia sino cuando fueron cumplidas todas sus cosas, a saber: cuerpo y alma (es decir, en el mismo instante).

2º) Durante toda su vida. Dios prepara y dis-

pone a quienes elige para algo, de modo que se hallen idóneos para lo que son elegidos: *Nos ha hecho ministros idóneos del Nuevo Testamento.* (II *Cor.*, III, 6.) Si, pues, la Bienaventurada Virgen fué elegida por Dios para que fuese Madre de Dios, no debe dudarse de que Dios la hizo idónea para esto por su gracia, según lo que el ángel le dice: *Has hallado gracia delante de Dios; he aquí que concebirás...* (*Luc.*, I, 30.)

No hubiera sido idónea la Madre de Dios, si alguna vez hubiese pecado; ya porque el honor de los padres redunda en los hijos, según aquello: *Gloria de los hijos son sus padres* (*Prov.* XVII, 6), y por el contrario la ignominia de la madre redundaría en el hijo; ya también porque tuvo singular afinidad con Cristo, que recibió de ella su carne. Se dice en la 2ª a los Corintios (VI, 15): *¿Qué concordia entre Cristo y Belial?, ¿o qué parte tiene el fiel con el infiel?*

Ya también, porque el Hijo de Dios, que es la Sabiduría de Dios, habitó en ella de modo singular, no solamente en su alma, sino también en su seno. Mas se dice en el libro de la Sabiduría (I, 4): *Por cuanto en alma maligna no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo sometido a pecados;* por consiguiente, es preciso reconocer que la Bienaventurada Virgen no cometió pecado alguno actual, ni mortal ni venial; para que así se cumpliera en ella lo que se dice: *Toda eres hermosa, amiga mía, y mancilla no hay en ti.* (*Cant.*, IV, 7.)

(3ª, *q.* XXVII, *a.* IV.)

9 de diciembre

ALEJAMIENTO DE LA NOCHE

La noche pasó, y el día se acercó. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Caminemos, como de día, honestamente. (*Rom.*, XIII, 12.)

I. *La noche pasó, y el día se acercó.* Es decir, que todo el tiempo de la vida presente es como una noche a causa de las tinieblas de la ignorancia que hacen penosa la vida presente. En cambio el día es como el estado de la bienaventuranza, por la claridad de Dios que ilumina a los santos.

Puede entenderse también que el estado de pecado es como una noche a causa de las tinieblas de la culpa, de que se habla en el Salmo (LXXXI, 5): *No supieron, ni entendieron, en tinieblas andan;* mientras que el día es el estado de gracia, a causa de la luz de la inteligencia espiritual que poseen los justos, pero que falta a los impíos: *Luz es nacida al justo.* (*Psalm.*, XCVI, 11.)

Puede también interpretarse que la noche es el tiempo que ha precedido a la encarnación de Cristo, porque aún no se había manifestado sino bajo una sombra. En cambio, desde la encarnación de Cristo es de día, por el resplandor potente del sol espiritual en el mundo.

En fin, puede entenderse del tiempo de la gracia de Cristo, porque, si bien ha llegado según la sucesión de los tiempos, se dice, sin embargo, que se acerca a nosotros por la fe y la devoción.

El Señor está cerca. (*Philip.*, IV, 5.) Puede asimismo aplicarse esto a los que comienzan a salir de los pecados, y a los que se les acerca el día de la gracia.

II. La honestidad de la vida es necesaria.

1º) Para quitar los vicios: *Desechemos las obras de las tinieblas.* Al alejarse la noche, deben cesar las obras de la noche. Llámanse los pecados obras de las tinieblas, porque están faltos de la luz de la razón, que debe alumbrar las acciones humanas; porque se ejecutan en tinieblas, y porque por ellos el hombre es conducido a las tinieblas, como dice San Mateo: *Arrojadle en las tinieblas exteriores.* (XXII, 13.)

2º) Para adquirir las virtudes. Como si dijese: Puesto que ha llegado el día, tomemos lo que conviene al día, *vistámonos las armas de la luz,* es decir, las virtudes que se llaman armas por cuanto nos defienden, y se dicen *armas de luz,* ya porque son fortificadas y perfeccionadas por la luz de la razón, ya porque exigen el examen de la luz, ya porque otros son iluminados por las obras de las virtudes: *De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres.* (*Matth.*, IV, 16.)

3º) Se exhorta a la práctica y aprovechamiento de las virtudes, cuando dice: *Caminemos, como de día, honestamente.* Dos cosas parecen convenir al día. Ante todo la honestidad; pues durante el día cada uno procura conducirse de tal manera que aparezca honesto delante de los otros, pero no así en la noche. En segundo lugar, el hombre camina durante el día, mas no durante la noche. Por lo cual dice San Juan: *Mas si anduviere de noche, tropieza.* (XI, 10). Por tanto, ya que es

de día, es necesario caminar, es decir, progresar de lo bueno a lo mejor; por lo cual dice San Juan: *Caminad mientras que tenéis luz.* (XII, 35.)

(*In Rom.* XIII.)

10 de diciembre

TRASLACIÓN DE LA SANTA CASA DE LORETO

A tu casa conviene santidad, Señor. (*Psal.* XCII, 5.)

La Bienaventurada Virgen poseyó la plenitud de todas las gracias.

I. Estuvo llena para sí. Cuanto más se acerca algo al principio en un género cualquiera, tanto más participa el efecto de este principio. Por esta razón dice Dionisio [15] que los Ángeles, que están más cerca de Dios, participan más que los hombres de las bondades divinas. Ahora bien, Cristo es el principio de la gracia, por su propia potencia como Dios, como hombre e instrumentalmente.

Por eso dice San Juan (I, 17): *Mas la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo*; y como la Bienaventurada Virgen fué la más cercana a Cristo según la humanidad, pues de ella recibió la naturaleza humana, por esta razón debió obtener de Cristo mayor plenitud de gracia que los demás.

Efectivamente la Beata Virgen recibió las tres perfecciones de la gracia. La primera como dispositiva, por la cual se hacía apta para ser Madre

[15] *Cael. hier.*, cap.

de Dios; la segunda perfección le vino por la presencia del Hijo de Dios encarnado en su seno; la tercera, la perfección final que posee en la gloria.

Es evidente que la segunda perfección es más principal que la primera, y la tercera más que la segunda en orden para el bien; pues primeramente, en su santificación, alcanzó la gracia que la inclinaba al bien; en la concepción del Hijo de Dios se consumó la gracia por la cual fué confirmada en el bien; y en su glorificación, llegó a la consumación de la gracia porque se perfeccionó en el goce de todo bien.

II. También estuvo llena para los demás. Dios da a cada uno la gracia que necesita para cumplir su misión. Y puesto que Cristo, en cuanto hombre, fué predestinado y elegido para ser Hijo de Dios en la virtud de santificar, le fué propio tener tal plenitud de gracia que redundase en todos, según aquello: *Y de su plenitud recibimos nosotros todos.* (*Joan.*, I, 16.) En cuanto a la Beata Virgen María, ella obtuvo tan gran perfección de gracia que ha sido puesta lo más cerca del autor de la gracia; por lo mismo ha recibido en sí al que está lleno de toda gracia, y, dándole a luz, ha desbordado en cierto modo la gracia sobre todos.

Es indudable que la Bienaventurada Virgen recibió de un modo eminente el don de sabiduría, la gracia de los milagros, y también el don de profecía; mas no recibió esos dones para que tuviese el uso total de esas y de otras gracias semejantes, como lo tuvo Cristo, sino en cuanto lo exigía su condición.

Poseyó, en efecto, el ejercicio del don de sa-

biduría en orden a la contemplación, conforme a aquello: *Pero María guardaba todas estas cosas, ponderándolas en su corazón.* (*Luc.*, II, 19.) Mas no usó de la sabiduría para enseñar, porque esto no convenía al sexo femenino.

Tampoco le convenía hacer milagros durante su vida, porque en ese tiempo la doctrina de Cristo debía ser confirmada con milagros, y por esto a solo Cristo [illegible] sus discípulos, que eran portadores de la doctrina de Cristo, convenía el hacerlos. Por esa [illegible] se dice también que San Juan Bautista (*J*[illegible]., X, 41) *no hizo ningún milagro,* a fin de q[illegible] todos se encaminasen hacia Cristo.

Tuvo, empero, [illegible] uso de la profecía, [illegible] ve en el cántico que compuso: *Mi alma engrandece al Señor.*

(3ª, *q.* XXVII, a. V.)

11 de diciembre

LA ENCARNACIÓN NO DEBÍA DIFERIRSE HASTA EL FIN DEL MUNDO

En medio de los años la harás historia. (*Hab.*, III, 2.)

Si no fué conveniente que el Señor se encarnase desde el principio del mundo, tampoco convenía que la Encarnac[illegible] difiriese hasta el [illegible] del mundo. Esto pa[illegible] evidente:

1º) Si se consi[illegible] la unión de las natu[illegible] divina y humana; [illegible] es, de un modo, lo perfecto precede temporalmente a lo imperfecto; y de otro, por el contrario, lo imperfecto precede en tiempo a lo perfecto. Porque en lo que de imperfecto se

hace perfecto, lo imperfecto precede en tiempo a lo perfecto; pero en lo que es causa de progreso, lo perfecto precede en tiempo a lo imperfecto. En la obra de la Encarnación concurren ambas cosas, pues la naturaleza humana fué elevada en esa Encarnación a la suma perfección; y por esto no convenía que se realizase desde el principio del género humano. Pero por otra parte, el mismo Verbo encarnado es causa eficiente de la perfección de la naturaleza humana, según aquello: *Y de su plenitud recibimos nosotros todos* (*Joan.*, I, 16); y por tanto no debió diferirse la obra de la Encarnación hasta el fin del mundo. Mas la perfección de la gloria, a la cual debe finalmente ser llevada la naturaleza humana por el Verbo encarnado, tendrá lugar al fin del mundo.

2º) Esta misma conclusión aparece si se considera el efecto de la salvación humana, pues como se dice: En poder del dador está el cuando y el cuanto quiera compadecerse. Vino, pues, Cristo cuando juzgó que debía venir, y sería grato su beneficio; porque cuando comenzó a perderse entre los hombres el conocimiento de Dios, como consecuencia del abatimiento del género humano, y se alteraron las costumbres, entonces Dios eligió a Abrahán, para renovar en él el conocimietno de Dios y de las costumbres; y como luego se debilitase el respeto que les era debido, Dios envió por medio de Moisés la ley escrita; y como los gentiles la despreciasen y rehusasen someterse a ella, y los que la habían recibido no supiesen observarla, movido el Señor a misericordia, envió a su Hijo, el cual, concedida a todos la remisión de los pecados, los ofreció justificados a Dios Padre. Mas, si este remedio se hubiera diferido hasta el fin del mundo, hubiérase borrado total-

mente en la tierra el conocimiento y el culto de Dios y la honestidad de las costumbres.

3º) Es claro que esto fué conveniente para manifestar el poder divino, que salvó a los hombres de muchos modos, no sólo por la fe del futuro, sino también por la fe del presente y del pasado.

(3ª, *q.* I, *a.* VI.)

12 de diciembre

DESEO DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO

El sacramento de [illegible] divina Encarnación fué deseado por los sant[illegible] Patriarcas. Así se lee en Ageo (II, 8): *Vend[illegible] el deseado de todas las gentes.* Y San Agus[illegible]: "Sabían los santos Patriarcas antiguos [illegible] Cristo había de venir, y todos los que vivía[illegible] piadosamente decían: ¡Oh, si ese nacimiento se [illegible]pliese mientras vivo! ¡Oh, si viese con mis pro[illegible]os ojos lo que creo [illegible] las Santas Escrituras!"

Se pueden dar tres causas de ese ardiente deseo:

1ª) La miseria desbordante que sufrían. Por lo cual se dice en el Salmo (XVII, 7, 8): *En mi tribulación invoqué al Señor . . . y oyó desde su templo santo mi voz;* esto debe entenderse, segú[illegible] la Glosa, de la humanidad de Cristo que había de venir, y en cuya encarnación alcanzamos el efecto de la oració[illegible] en el Exodo (IV, [illegible] *Ruégote, Señor, que* [illegible]*es al que has de en*[illegible] *Mira la aflicción d*[illegible] *pueblo: como has d*[illegible] *ven y líbranos.* Don[illegible] advierte que la afli[illegible] y liberación del pue[illegible] israelita fueron figur[illegible] la aflicción y liber[illegible] de todo el género [illegible]mano

2ª) La abundancia de la paz interna y externa que sobreabundaron en su venida. De ahí lo que se lee en el Salmo (LXXI, 7): *En los días de Él nacerá justicia, y abundancia de paz.* Esto es, según la Glosa: Habrá paz hasta que, destruída la muerte, no exista ya la luna, es decir, la mortalidad de la carne. Y en el Cantar de los Cantares (I, 1): *Béseme con el beso de su boca;* pues el beso es señal de paz. La esposa pide la Encarnación del Hijo de Dios, que es como un anticipo de nuestra unión con Dios, en la cual consiste la paz de nuestro corazón.

3ª) La alegría interior que probaron de antemano, como se lee en Baruc (IV, 36): *Mira, Jerusalén, hacia el Oriente, y mira el regocijo que te viene de Dios.* Los santos Patriarcas gustaron de antemano esa alegría por la visión de la fe, como dice San Juan (VIII, 56): *Abrahán, vuestro padre, deseó con ansia ver mi día; le vió y se gozó.* Y añade la Glosa: *Conoció el día de mi encarnación.* Y añade San Agustín: "¿Cuál no sería el gozo del corazón del que vió al Verbo Eterno, resplandor brillante del Padre en las mentes piadosas y Dios que permanecía junto al Padre, venir un día en carne humana, sin abandonar el seno del Padre?" Y San Bernardo: "¿A quién de nosotros dará tanto gozo la manifestación de esta gracia, como dió a los antiguos la sola promesa de ella?"

(De Christi Humanitate.)

13 de diciembre

FUÉ CONVENIENTE QUE EL HIJO DE DIOS ASUMIESE LA NATURALEZA HUMANA DE LA RAZA DE ADÁN

I. Como dice San Agustín[16]: "Dios podía tomar un hombre fuera de la estirpe de Adán, que había encadenado al género humano a su pecado; pero juzgó que era mejor tomarlo del mismo linaje que había sido vencido para que llegase a vencer al enemigo del género humano." Y esto por tres razones:

1ª) Porque parece ser propio de la justicia el dar satisfacción el mismo que pecó; y por eso convenía que de la naturaleza corrompida por el pecado se sacase lo que serviría para satisfacer por toda la naturaleza.

2ª) Porque es más digno del hombre que el vencedor del diablo salga de la raza que había sido vencida por el diablo.

3º) Porque más resplandece el poder de Dios tomando la naturaleza corrompida y enferma para elevarla a tanta perfección y dignidad.

Cristo, en efecto, debió ser segregado de los pecadores, como dice el Apóstol, en cuanto a la culpa que venía a destruir, no en cuanto a la naturaleza que venía a salvar, según la cual debió asimilarse en todo a los hermanos como dice el mismo Apóstol a los Hebreos (II, 17). Y es también más de admirar en esto su inocencia, porque la naturaleza tomada de una raza de pecado guardó tan gran pureza.

(3ª, *q.* IV, *a.* VI.)

[16] *De Trinit.*, lib. XIII, cap. 18.

II. Dícese por tanto muy bien: *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.* (*Joan*, I, 11.) Aun cuando la luz estaba presente en el mundo y era visible o manifiesta por los efectos, no era, sin embargo, conocida por el mundo, y por eso *vino a lo propio*, para ser conocida. Pero para que cuando dice *vino*, no se entienda movimiento local, como si viniese dejando de estar donde antes estaba y comenzando a existir donde primero no existía, dice *a lo propio*, esto es, a las cosas que eran suyas, que él mismo hizo. Y vino adonde ya estaba; vino tomando un cuerpo; era invisible, y vino para ser visible. *A lo suyo*, esto es, a Judea, que ciertamente era suya de manera especial; pero, en un sentido mejor, al mundo criado por él.

Y los suyos no le recibieron. "Los suyos" son los hombres, porque han sido formados por él, han sido hechos a su imagen. Pero podemos decir mejor: *los suyos*, es decir, los judíos, *no le recibieron*, creyendo en él por la fe y el respeto.

Los judíos son realmente *suyos*, porque fueron elegidos por él como un pueblo particular: *Y el Señor te ha escogido hoy para que seas un pueblo peculiar suyo.* (*Deut.*, XXVI, 18).

Los suyos, unidos según la carne (*Rom.*, IV, 3): *De los cuales Cristo es deudo según la carne.*

Los suyos, por último, enriquecidos por él con beneficios, conforme a aquello de Isaías (I, 2): *Hijos crié, y engrandecí; mas ellos me despreciaron.*

(*In Joan.*, I.)

14 de diciembre

FUÉ MÁS CONVENIENTE QUE LA PERSONA DEL HIJO TOMASE LA NATURALEZA HUMANA QUE OTRA PERSONA DIVINA

Dice San Juan Damasceno [17]: "En el misterio de la Encarnación se manifestaron la sabiduría y el poder de Dios; la sabiduría, porque halló el secreto de pagar de un modo convenientísimo la deuda muy difícil; el poder, porque al vencido hizo nuevamente vencedor." Y como el poder y la sabiduría se atribuyen al Hijo según aquello (I *Cor.*, I, 24): *Predicamos a Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios*, síguese que fué conveniente que se encarnara la persona del Hijo.

Muéstrase que esto fué muy conveniente:

1º) Por parte de la unión. Porque se unen convenientemente las cosas que son semejantes; y de un modo se observa cierta común semejanza entre la persona del Hijo, que es el Verbo de Dios, y todas las criaturas; porque el verbo del artista, esto es, su concepto, es la semejanza ejemplar de todas sus obras. Y el Verbo de Dios, que es su concepto eterno, es la semejanza ejemplar de toda criatura. Por tanto, así como por la participación de esta semejanza han sido creadas las criaturas en sus especies propias, aunque mudables, del mismo modo por la unión del Verbo a la criatura, no participada sino personal, fué conveniente reparar la criatura en orden a su perfección eterna e inmutable; porque el artista repara su obra, si se deteriora, por la misma forma artística que concibió al crearla.

[17] *Orth. fid.*, lib. III, cap. 1.

También se prueba la semejanza especial de la unión con la naturaleza humana, porque el Verbo es el concepto de la eterna Sabiduría, de la cual se deriva toda la sabiduría humana; de ahí que el progreso del hombre en la sabiduría, que es su perfección propia en cuanto racional, se mide por su participación en el Verbo de Dios, como el discípulo se instruye en la medida en que recibe la palabra del maestro. Por eso se lee en el Eclesiástico (I, 5): *La fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios en las alturas.* Así, pues, fué conveniente, para la perfección consumada del hombre, que el Verbo de Dios se uniese personalmente a la naturaleza humana.

2º) La razón de esta conveniencia puede tomarse del fin de la unión hipostática, que es la salvación de los que han sido predestinados a la herencia celestial, la cual pertenece únicamente a los hijos, según aquello de la epístola a los Romanos (VIII, 17): *Y si hijos, también herederos.* Por lo cual fué conveniente que por aquel que es Hijo natural comunicase a los hombres una imagen de su filiación por la adopción divina, como dice el apóstol: *Porque los que conoció en su presciencia, a éstos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo.* (VIII, 29.)

3º) Puede también sacarse otra razón de conveniencia por parte del pecado del primer hombre, al cual venía a remediar la encarnación. El primer hombre había pecado al ambicionar la ciencia, como lo prueban las palabras de la serpiente, al prometer al hombre la ciencia del bien y del mal. Fué, por ello, conveniente que fuese conducido a Dios por el Verbo de la verda-

dera sabiduría el que de El se había apartado por el apetito desordenado de la ciencia.

(3ª part., *q.* III, *a* VIII.)

15 de diciembre

NINGÚN MÉRITO PRECEDIÓ A LA UNIÓN DEL VERBO

I. Por lo que toca al mismo Cristo, es evidente que ninguno de sus méritos pudo preceder a la unión hipostática, que no admitimos que antes fuese puro h , y después, por el rito de su buena v obtuviera el ser Hijo Dios, como supuso , sino que decimos desde el principio de concepción aquel hombre fué verdaderan Hijo de Dios, pues no poseía otra hipóstas la del Hijo de Dios. gún la palabra de Lucas: *Lo santo, que cerá de ti, será lla... Hijo de Dios.* (*Luc* , 35.) Por consiguiente toda operación de aquel hombre siguió a la unión. Luego ninguna acción suya pudo merecer la unión.

II. Tampoco las acciones de otro hombre pudieron merecer de igno esta unión.

1º) Porque las obras meritorias del hombre ordenan propiamente a la bienaventuranza, es el premio de la virtud y consiste en el pleno de Dios; mas unión de la encarnac que se realiza en el personal, traspasa la u del alma bienaventurada con Dios, la cual se a por el acto del que la disfruta; y por eso unión no puede ser objeto del mérito.

2º) Porque la gracia no puede caer bajo el rito; pues el principio del merecimiento no es

objeto del mismo, y por tanto tampoco la misma gracia, que es principio de mérito. Luego, mucho menos cae la encarnación bajo el merecimiento, ya que es principio de la gracia, como dice San Juan (I, 17): *La gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo.*

3º) Porque la encarnación de Cristo repara toda la naturaleza humana, y por eso no cae bajo el mérito de un hombre singular, pues el bien de un individuo no puede ser causa del bien de toda la naturaleza.

Sin embargo, *ex congruo* merecieron los santos Padres la encarnación al desearla y pedirla. Pues era conveniente que Dios escuchase a los que le obedecían.

Se dice que la Bienaventurada Virgen mereció llevar al Señor de todo, no porque mereciera que éste se encarnase, sino porque mereció, por la gracia que le dió el Señor, un grado tal de pureza y santidad, que pudiese ser dignamente la Madre de Dios.

(3ª, *q.* II, *a.* XI.)

16 de diciembre

EL DON DEL HIJO DE DIOS EN LA ENCARNACIÓN

En esto se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito, para que vivamos por él. (I, Joan. IV, 9.)

En esto, como en signo cierto, *se demostró la caridad de Dios en nosotros,* esto es, se demostró para con nosotros; *en que... envió a su Hijo,* no a un siervo. San Gregorio dice: "¿Por ventura

no es inefable amor de caridad que Dios, para redimir al siervo, haya entregado al Hijo, *al suyo*, consubstancial a Él propio, su Hijo por naturaleza y no adoptivo?"

Unigénito y no uno entre muchos, *le envió Dios Padre*, es decir: Él, tan grande, a los que somos tan pequeñ... al mundo, para sal... al mundo; *para que ...vamos*, nosotros que es... mos muertos, ... *por él*. Así se lee ... epístola a los de ...: *Por la extremada ca... con que nos amó ... cuando estábamos m... por los pecados ... dió vida juntamen... Cristo*. (*Eph*., II, ...

Cuatro razones ... por las cuales el do... ser grato y bien ...ido.

1ª) Por parte ... donante; cuando el q... da con gran amor ... cción. Por lo cual ... más se estima el ... del dador que lo ... Ciertamente esta ...va nos fué dada por ... xima dilección o caridad del Padre. Éste ... motivo expresado en el texto: *En esto se demostró la caridad de Dios*.

2ª) Por parte del don, o sea, de Aquel que es enviado; porque cuando el don es grande y precioso, tanto mejor debe ser recibido y agradar. Ciertamente, el don que se nos hizo fué el máximo, como se indica en las palabras: *a su Hijo unigénito*.

3ª) Por parte d... ...ue recibe el don, cuando aquél a quien se ... está muy necesitado... Ciertamente necesi...bamos mucho tal d..., el cual había de r...tarnos, porque estáb... muertos; lo cual s... presa, cuando se dice ... *que vivamos por* ...

4ª) Por parte de ... persona encargada de transmitir el don. Porq... alguna vez el don adquiere

valor especial de la gracia personal del mensajero; como nos agrada recibir un don de manos de una hermosa joven. Y así debe sernos grato recibir el don de Dios por medio de la Virgen inmaculada y llena de gracia; lo cual dejan entender aquellas palabras: *Dios envió a su Hijo,* pues consta que lo envió por medio de la Virgen, como dice el Apóstol: *Envió Dios a su Hijo, hecho de una mujer.* (*Gal.*, IV, 4.)

(*In Iam Joan.*, IV.)

17 de diciembre

APROPIACIÓN DE LA ENCARNACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo vendrá sobre ti. (*Luc.* I, 35.)

I. La formación del cuerpo de Cristo, que fué llevada a cabo por la virtud divina, se atribuye convenientemente al Espíritu Santo, aunque es común a toda la Trinidad.

Esto se armoniza con la Encarnación del Verbo; porque así como nuestra palabra, concebida en la mente, permanece invisible, pero se hace perceptible exteriormente por la voz, del mismo modo el Verbo de Dios, según la generación eterna, existe invisiblemente en el corazón del Padre, y se nos ha hecho como visible por la Encarnación. Por lo cual la Encarnación del Verbo de Dios es como la expresión vocal de nuestro verbo mental. Y la expresión vocal de nuestra palabra interior se hace por nuestra espiración, de la cual se forma la voz de nuestro verbo, de ahí que se diga justamente que el Espíritu Santo formó el cuerpo del Hijo de Dios.

Este modo de hablar conviene también para insinuar cuál es la causa motriz de la Encarnación del Verbo. Esa causa no pudo ser otra que el amor de Dios al hombre, a cuya naturaleza quiso unirse en unidad de persona; y como en Dios, el Espíritu Santo es quien procede por vía de amor, síguese [illegible] es conveniente atribu[illegible] al Espíritu Santo la obra de la Encarnación.

También es co[illegible] en la Sagrada Esc[illegible] atribuir toda gracia al Espíritu Santo, porque todo don gratuito [illegible]arece proceder del amor del donante; y como n[illegible]nguna gracia mayor fué dada al hombre que la [illegible] la unión a Dios en la perso-na, convenientem[illegible] se atribuye esta o[illegible] al Espíritu Santo.

(C[illegible] *Gentiles*, lib. IV, cap[illegible].)

II. En toda acción que realiza un efecto creado, resplandece al[illegible] una apropiación a las personas divinas, como [illegible] la Encarnación, según San Juan Damasceno, [illegible] destacan la bondad, la sabiduría y el poder d[illegible] Dios; la bondad, porque Dios no despreció la debilidad de su criatura; el poder, porque unió cosas infinitamente distantes; la sabiduría, porque encontró el modo más conveniente de realizar lo q[illegible]e parecía imposible. Sin embargo cada opera[illegible]ón se apropia mejor a una persona, según que el atributo de esa persona se manifieste más evidente.

Ahora bien, cr[illegible] un don sea [illegible]ás in[illegible]ido y exceda al mere[illegible]miento de la criatura, [illegible]nto más manifestará [illegible] gracia y la bondad de Dios. Y tal es la obra [illegible] la Encarnación, por[illegible] se apropia al Espírit[illegible] Santo, que es principio de la gracia.

Es verdad que [illegible] poder se atribuye al [illegible],

pero debemos advertir que, aun cuando el poder resplandezca en la Encarnación, sin embargo más brilla en ella la bondad; pues el poder está en la obra, mientras que la bondad está en el fin de ella, y el fin es la causa de las causas; por lo cual de éste debe tomarse principalmente la denominación.

(3, *Dist.*, 4, *q.* única, *a.* 1.)

18 de diciembre

EN LA FESTIVIDAD DE LA EXPECTACIÓN DEL PARTO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Bienaventurado el vientre que te trajo. (*Luc.*, XI, 27.)

Por muchas razones se dice bienaventurado el vientre de la Santísima Virgen.

Porque llevó al que en sí mismo es sumamente bienaventurado, como dice el Apóstol: *El bienaventurado y solo poderoso, el Rey de los reyes.* (I *Tim.*, VI, 15.)

Luego, porque María ha gozado de bienaventuranza suprema y Trinitaria, pues fué esposa del Padre, madre del Hijo y morada del Espíritu Santo, conforme a aquello: Salve madre de piedad y noble triclinio de toda la Trinidad.

Porque concibió sin corrupción.

Porque lo llevó sin trabajo.

Porque lo dió a luz sin dolor.

Acerca de esto dice San Lucas: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti*, y por tanto concebirás sin dolor ni corrupción; *Y te hará sombra la virtud del Altísimo*, y por consiguiente lo llevarás sin trabajo; *Y por eso lo Santo que nacerá de ti será*

llamado Hijo de Dios, y así darás a luz sin dolor.

Porque llevó el precio de la redención, como se leen los Números (XX, 6): *Señor Dios, oye el clamor de este pueblo, y ábreles tu tesoro, una fuente de agua viva, para que, saciados, tenga fin su murmuración. Y apareció la gloria del Señor sobre ellos.*

Porque se benefició de todos los estados, pues tuvo la integridad de las vírgenes, la fecundidad de las esposas y la castidad de los continentes.

Finalmente porque María será siempre bendecida por todos y proclamada bienaventurada, como dijo ella misma [illegible] uc., I, 48): *Me dirán bienaventurada todas* [illegible] *eneraciones.*

(*Serm.*, [illegible]

19 de diciembre

LA PENITENCIA

Haced peniten[illegible], porque se ha acerca[illegible] el reino de los cielos. (*Matth.*, III, 2.)

I. *Haced penitencia.* San Juan Bautista anuncia con esto una nueva vida, como dice San Agustín: "Quien es dueño de su voluntad, no puede incoar una nueva vida, si no se arrepiente de la vida pasada."

Por eso San Juan invita primero a la peniten[illegible] cia, y luego anun[illegible] salvación: *se ha acerc[illegible] el reino de los cie[illegible]* [illegible] mismo *haced pen[illegible]* porque por ella s[illegible] za el perdón de lo[illegible] dos. Y San Juan [illegible] óstomo dice: "Nac[illegible] Hijo de Dios, [illegible] Dios un predica[illegible] mundo."

Debe advertirse [illegible] una cosa es hacer pe[illegible]

cia y otra arrepentirse. Se arrepiente el que llora los pecados y se aplica a no cometer lo que es digno de llanto. Todo el sentido y fuerza de la palabra arrepentirse es el propósito firme de la voluntad. Arrepentirse quiere decir: no comete lo que es digno de llanto, está resuelto a no cometer pecados; pues esto es esencial al arrepentimiento. Mas "hacer penitencia" es satisfacer por los pecados, como dice el Evangelio (*Luc.* III, 8): *Haced, pues, frutos dignos de penitencia.* Aquí se trata de la penitencia después del bautismo. Por lo que dice San Pedro (*Act.*, II, 38): *Arrepentíos,* en el sentido de una preparación para conseguir la salvación.

II. *Se ha acercado.* Nunca en la Escritura del Antiguo Testamento se encuentra una promesa del reino de los cielos. San Juan Bautista es el primero que lo anuncia, como corresponde a su dignidad.

El reino de los cielos se entiende de cuatro maneras:

1º) Algunas veces se entiende de la presencia de Cristo en nosotros por la gracia: *El reino de Dios está dentro de vosotros.* (*Luc.*, XVII, 21.) Se dice reino de los cielos, porque el estado de gracia es en nosotros el camino del reino celestial.

2º) Otras veces significa la Sagrada Escritura. En este sentido dice San Mateo (XXI, 43): *Quitado os será el reino de Dios,* es decir, la Sagrada Escritura. Y se llama reino porque es la ley que conduce al reino.

3º) A veces se aplica también a la Iglesia militante: *El reino de los cielos es semejante a una red que, echada en el mar, allega todo género de peces.* (*Matth.*, XIII, 47.) Y se llama reino de los

cielos, porque está constituída al modo de la Iglesia celestial.

4º) Llámase, por último, reino de los cielos la corte celestial: *Vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se asentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos.* (*Matth.*, VIII, 11.)

Antes de San [illegible] sólo se hacía mención del reino de los Jeb[illegible] (*Ex.*, III, 8, 17), pero ahora se promete a su[illegible]ra el reino de los cie[illegible]

(*In Matth.*, III.)

20 de diciembr[illegible]

FRUTOS DIGNOS DE PENITENCIA

¿Quién os ha [illegible]ñado a huir de la ira [illegible]dera? Haced, [illegible] fruto digno de penitencia. (*Matth.*, III, 7

I. Dos motiv[illegible] [illegible]ueven a la penitencia: [illegible] reconocimiento del pecado propio y el temor del juicio de Dios. *Por el temor del Señor todos se desvían del mal* (*Prov.* XV, 27), y *Tened entendido que hay juicio* (*Job*, XIX, 29). San Ambrosio y San Juan C[illegible] como lo entienden del juicio futuro. *¿Quién* [illegible] *enseñado* a huir del mal?, como si dijese: [illegible] sino solo Dios. *Muéstranos, Señor, tu miseri*[illegible]*a, y danos tu salud.* (*Psal.*, LXXXIV, 8.)

Rabano Mau[illegible] [illegible]xplica del futuro, [illegible] "Es bueno que [illegible] penitencia, pues de [illegible]trario *¿quién os* [illegible] *ará a huir de la ira* [illegible] el salmo CXXX[illegible] ó se dice: *¿Adónde* [illegible] *paré de tu espí*[illegible] *y adónde huiré de tu presencia?*

La ira de Dios debe entenderse aquí, no del sentimiento interior, sino del efecto de esa cólera, esto es, de la venganza.

Entre los que no quieren arrepentirse, unos lo hacen porque no creen en el juicio de Dios. A éstos se dijo: *No digas: Bastante tengo para vivir* (*Eccli.*, V, 1), y *Huid, pues, de la vista de la espada, porque espada hay vengadora de iniquidades.* (*Job.*, XIX, 29.) Otros, porque se fían en la dilación de la justicia. A éstos se dice: *No tarda el Señor su promesa, como algunos lo piensan; sino que espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia.* (2ª *Petr.*, III, 9). San Juan excluye ambos motivos, diciendo: *Porque ya está puesta la segur* (*Math.*, III, 10), como si dijese: no tardará.

II. *Haced; pues, fruto digno de penitencia.* En el árbol los frutos siguen a las flores; y si a las flores no siguen los frutos, el árbol nada vale. La flor de la penitencia se muestra en la contrición, pero el fruto reside en la ejecución: *Mis flores son frutos de honor y de riqueza.* (*Eclesiástico*, XXIV, 17). Y debe notarse que uno es el fruto de la justicia y otro el de la penitencia; pues se exige más del penitente que del que no peca.

El fruto digno de penitencia es triple.

El primero es castigar en sí el pecado cometido, y esto por sentencia del sacerdote: *Después que me convertiste, hice penitencia; y después que me mostraste, herí mi muslo* (*Jer.*, XXXI, 19), es decir, afligí mi carne.

El segundo es huir de los pecados y de las ocasiones de pecado. Por lo cual se dice que satisfacer es destruir las causas de los pecados: *Hijo*

¿pecaste? No añadas otra vez; mas ruega por las culpas antiguas que te sean perdonadas. Como de la vista de la serpiente, huye de los pecados. (*Eccli.* XXI, 1.)

El tercero consiste en poner tanto empeño en obrar bien cuanto antes se puso para pecar: *Como para maldad ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen a la inmundicia y a la iniquidad, así para santif ofreced ahora vuestros miembros, que si a la justicia.* (*Rom.*, VI, 19.)

(*In Matth.*, .)

21 de diciembre

LA VOZ QI CLAMA EN EL DESIERTO

Yo soy voz de clama en el desieri derezad el camin Señor (*Juan.*, I, 23).

Juan se llama iismo voz, porque es por su origen erior a la palabra in , pero es anterior en el conocimiento. Porque por la voz conocemos bo concebido en el alma, ya que aquélla o de éste. Dios envió al precursor Juan ue anunciase a su Verbo concebido desde eternidad; y por es de cuadamente dice *soy voz. Del que clama,* esto es, de Juan lama y predica en sierto, o de Crist clama en él. Y clam cuatro motivos:

1º) El clamor manifestación; y tanto clama pa tra que Cristo manifiestamente an y en sí mismo *último grande d fiesta estaba allí y decía en alta v lguno tiene sed, v*

mi, y beba. (*Joan.*, VII, 37.) En los profetas no clamó, porque las profecías fueron entregadas en enigma y en figuras.

2º) El clamor se dirige a los que están lejos. Los judíos estaban alejados de Dios, por eso era necesario que clamase. *Has alejado de mi al amigo y al pariente.* (*Psal.*, LXXXVII, 19.)

3º) Clama porque estaban sordos: *¿Quién es el sordo, sino mi siervo?* (*Is.*, XLII, 19.)

4º) Clama, porque habla indignado, pues ellos merecieron la ira de Dios: *Entonces les hablará Él en su ira.* (*Psal.*, II, 5.)

Del que clama en el desierto, vive en el desierto, para estar inmune de todo pecado, y para ser más digno de dar testimonio de Cristo, y para que su misma vida fuese para los hombres un testimonio más digno de crédito.

Pero ¿que es lo que clama? *Enderezad el camino del Señor.* El camino preparado y enderezado para recibir a Dios es el camino de la justicia, según aquello de Isaías: *La senda del justo es derecha* (*Is.*, XXVI, 7).

Porque entonces la senda del justo es recta, cuando todo el hombre se somete a Dios, esto es, su inteligencia por la fe, su voluntad por el amor, y sus acciones por la obediencia.

(*In Joan.*, I.)

22 de diciembre

EL ROCÍO CELESTIAL

Cielos, enviad rocío de lo alto, y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra, y brote al Salvador. (*Is.*, XLV, 8.)

Aquí anuncia el profeta tres cosas referentes al nacimiento de Cristo, a saber: el principio del nacimiento, el mismo nacimiento del que es dado a luz y del fruto de ese nacimiento.

I. El principio es triple.

El primero es ... cielo que destila el ...ío, como principio ...vo, es decir, la operación de las tres Pers... por lo cual se dic... *...los* en plural. El Pa... enviando al Hijo; el Hijo tomando carne; ...spíritu Santo realiza... la concepción en M...

El segundo p... es la nube que ..., que es el princ... preparación en ... al entra el ministe... ángel anunciador ... *s nube por tu su...* ...*sal.*, CIII, 3).

El tercer princ... la tierra fecunda ... el principio de ...cepción, a saber, la ... aventurada Virg... la cual se dice: ... *tierra producirá* ...*to* (*Psal.*, LXXX... y cuyo corazón s... para recibir el pr... de la gracia: *N... , María, porque h... llado gracia.* (*Lu...* 30.) Su entendimien... abrirá para creer ... palabras del ángel; y su ... para concebir al ...o de Dios.

II. El nacimiento se compara al rocío... lluvia y al germen; porque Cristo es rocí... refrigerar, *como la nube de rocío en el dí... mies.* (*Is.*, XVI... Es lluvia para fe... *Descenderá com... lluvia sobre el ve...* (*Psal.*, LXXI, 6.) ...*mo del cielo desci... lluvia, y la nie... se vuelve más a... que embriaga la ... y la baña, y la h... ducir, y da simie... que siembra, y pan... come; así será m... ...bra, que saldrá de n...*

no volverá a mí vacía, sino que hará cuanto yo quise y será prosperada en aquellas cosas a que la envié (*Is.*, LV, 10, 11). Es por último germen para fructificar: *Y levantaré para David un pimpollo justo.* (*Jer.*, XXIII, 5.)

III. El fruto del nacimiento de Cristo es la justicia, que nace con él de tres maneras: ya la que cumplió con la obra: *Porque así nos conviene cumplir toda justicia* (*Matth.*, III, 15); ya la que enseñó con las palabras: *Yo soy el que hablo justicia, y el que combato para salvar* (*Is.*, LXIII, 1); ya la que dió como dádiva: *El cual para nosotros ha sido hecho por Dios sabiduría, y santificación, y justificación, y redención; para que como está escrito: El que se gloria, glóriese en el Señor.* (I, *Cor.* I, 30, 31.)

(*In Is.*, cap. 45.)

23 de diciembre

CUATRO UTILIDADES DE LA ENCARNACIÓN

Las utilidades de la Encarnación del Señor son cuatro.

1ª) Exaltación de la naturaleza humana. *¿Quién me dará*, se lee en el Cantar de los Cantares, *que te halle fuera?* (VIII, 1.) La Glosa comenta así: dentro estaba el amado, cuando *en el principio era el Verbo;* fuera, cuando *el Verbo se hizo carne. Para que te bese,* es decir, para que te vea cara a cara, y te hable de boca a boca; *y ya nadie me desprecie,* la Glosa añade: después que vino Cristo infundiendo a los suyos el espíritu de libertad; entonces la Iglesia es honrada

por los Angeles. Por lo cual dijo el ángel a Juan que quería adorarlo: *Guárdate, no lo hagas, porque yo siervo soy contigo* (*Apoc.*, XXII, 9). Y el Papa San León dice: Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, y hecho partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas a la antigua vileza con una vida degenerada.

2ª) Adopción de los hijos. *Envió Dios a su Hijo para que recibiésemos la adopción de hijos.* (*Gal.*, IV, 4, 5.) San Agustín dice: "El Hijo de Dios se hizo hijo del hombre para hacer a los hombres hijos de Dios." Y en otro lugar: "El hijo único hizo muchos hijos de Dios. Pues compró para si a los hermanos con su propia sangre; reprobado, rehabilitó; vendido, redimió; injuriado, honró; ajusticiado, vivificó; sin duda alguna te dará sus bienes el que no desdeñó recibir de ti males."

Debe advertirse que la filiación adoptiva es una especie de semejanza de la filiación natural. El Hijo de Dios procede naturalmente del Padre como Verbo intelectual, siendo uno con el Padre.

Ahora bien, la criatura es asimilada al Verbo eterno según la unidad que él tiene con el Padre, la cual se verifica por la gracia y la caridad. Por lo cual el Señor pide al Padre: *Ruego que también sean ellos una cosa en nosotros, así como tú, Padre, en mí, y yo en ti* (*Joan.*, XVII, 21). Esta semejanza perfecciona la adopción porque de ese modo se debe la herencia a los asimilados.

3ª) Refección interna del alma. Dice San Agustín: "Para que el hombre comiese el pan de los Angeles, se hizo hombre el creador de los Angeles." Y San Bernardo: "El maná descendió del

cielo, alégrense los hambrientos." Sobre las palabras del Evangelio: *Echado en un pesebre* (*Luc.*, II, 12) dice la Glosa: para saciarnos con el trigo de su carne.

4ª) Acrecentamiento de la bienaventuranza. *Quien por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos* (*Joan.*, X, 9). Y San Agustín añade: "Dios se hizo hombre, para hacer bienaventurado al hombre, para que el hombre se entregase totalmente a Él, para que el hombre le diese todo su amor, y al verle en carne con los sentidos corporales, los sentidos del alma le vieran por la contemplación de la divinidad. Y aquí está todo el bien del hombre, ya entre, ya salga (que nazca o muera), encontrará pastos en su Creador; fuera, en la carne del Salvador; dentro, en la divinidad del Creador."

(*De humanit. Christi.*)

24 de diciembre

LA ENCARNACIÓN ES UN AUXILIO PARA EL HOMBRE QUE TIENDE A LA BIENAVENTURANZA

Si alguien considera diligente y piadosamente los misterios de la Encarnación, encontrará tanta profundidad de sabiduría, que sobrepasa todo conocimiento humano. Y ocurre que cuanto más medita en ellos con piedad, más razones admirables se descubren en este misterio.

Consideremos, pues, cómo la Encarnación de Dios es un auxilio eficacísimo para el hombre que tiende a la bienaventuranza.

1º) La perfecta bienaventuranza del hombre consiste en la visión inmediata de Dios. Pero

esta visión podía parecer imposible a causa de la infinita distancia de las naturalezas. Mas por el hecho de que Dios ha querido unir a sí mismo la naturaleza humana, se demuestra evidentísimamente a los hombres que el hombre puede unirse a Dios por su inteligencia en una visión inmediata. Fué por lo tanto muy conveniente que Dios tomase la naturaleza humana para acrecentar la esperanza del hombre en la bienaventuranza. Por ello, después de la Encarnación, comenzaron los hombres a aspirar más intensamente a la bienaventuranza. Con razón se lee en San Juan: *Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia.* (*Joan.*, X, 10.)

2º) Como la perfecta bienaventuranza consiste en un conocimiento tal de Dios que excede la capacidad de todo entendimiento creado, fué necesario que existiese en el hombre cierta anticipación de aquel conocimiento que se ordenase a la plenitud del conocimiento bienaventurado, lo cual tiene lugar ciertamente por la fe; mas es necesario que sea ciertísimo el conocimiento por el cual el hombre se dirige al último fin, porque es principio de todas las cosas que a ese último fin se enderezan.

Fué por consiguiente necesario que el hombre, para conseguir la certeza de la verdad de la fe, fuese instruído por el mismo Dios hecho hombre, a fin de que percibiese a la manera humana la instrucción divina. Y así vemos, después de la Encarnación de Cristo, que los hombres se instruyen con más claridad y certeza en el conocimiento divino, conforme a aquello de la Escritura: *La tierra está llena de la ciencia del Señor.* (*Is.*, XI, 9.)

3º) Supuesto que la perfecta bienaventuranza consiste en el goce de Dios, fué necesario que el afecto del hombre se dispusiese al deseo de ese goce divino; así como vemos que en el hombre reside el deseo natural de la felicidad, y que el deseo del goce de alguna cosa es producido por el amor a dicha cosa, del mismo modo fué necesario llevar hacia el amor divino al hombre que se dirige a la bienaventuranza perfecta. Nada nos lleva tan intensamente a amar a alguno como la experiencia del amor que aquél nos profesa. Mas el amor de Dios al hombre no pudo mostrarse de modo más eficaz que habiendo querido unirse en persona al hombre. Porque es propio del amor unir al amante con el amado, en cuanto es posible. Fué por consiguiente necesario, al hombre que se dirige a la bienaventuranza perfecta, que Dios se hiciese hombre.

Además, como la amistad consiste en cierta igualdad, no parece que puedan unirse en amistad seres que son muy desiguales. Pero para que fuese más familiar la amistad entre el hombre y Dios, fué conveniente que Dios se hiciese hombre, porque también el hombre es naturalmente amigo del hombre; y así, conociendo visiblemente a Dios, somos arrastrados al amor de lo invisible.

4º) Es evidente que la bienaventuranza es premio de la virtud; luego es conveniente se dispongan con las virtudes los que se dirigen a la bienaventuranza. A la virtud se nos incita con las palabras y los ejemplos; los ejemplos y las palabras de alguno tanto más eficazmente llevan a la virtud, cuanto se tiene una opinión más firme de la bondad de él; pero de la bondad de ningún puro hombre puede tenerse una opinión

infalible, pues sabemos que aun varones santísimos han faltado en algunas cosas.

Luego fué necesario al hombre, para confirmarse en la virtud, que recibiese del Dios humanizado doctrina y ejemplos de virtud.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 54.)

TIEMPO DE NAVIDAD

25 de diciembre

BENIGNIDAD Y UTILIDAD DE CRISTO AL NACER

I. *Apareció la bondad del Salvador nuestro Dios, y su amor para con los hombres.* (*Tit.*, III, 4.)

Debe advertirse que Cristo nos mostró su benignidad por la comunicación de su divinidad, y su misericordia, tomando nuestra humanidad.

1º) *Apareció la bondad.* Comentando estas palabras, dice San Bernardo: "Apareció el poder de Dios en la creación de las cosas, su sabiduría en el gobierno de las mismas, pero su bondad se manifiesta principalmente en la humanidad. Porque es una gran prueba de bondad añadir a la humanidad el nombre de Dios."

2º) *No por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, mas según su misericordia* (*Tit.*, III, 5). Por lo cual dice San Bernardo: "¿Qué prueba más clara de su misericordia que haber tomado la misma miseria? ¿Qué prueba más llena de piedad, que haberse hecho heno por nosotros el Verbo de Dios?" Por eso canta la Iglesia: *Cristo redentor de todos, Hijo único del Padre.*

II. De la utilidad de Cristo se dice en Isaías (IX, 6): *Ha nacido un niño para nosotros,* esto es, para utilidad nuestra. Cuatro son las utilida-

des del nacimiento de Cristo que podemos considerar en las cuatro cualidades de los niños: pureza, humildad, amabilidad y mansedumbre, las cuales se dan de modo excelentísimo en Jesús niño.

1º) Encontramos en él suma pureza, porque es *candor de la luz eterna y espejo sin mancilla.* (*Sap.*, VII, 26.)

Esa pureza se manifiesta en la concepción y en el parto virginal. Pues la incorrupción no pudo engendrar a la corrupción. Por lo cual dice Alcuino: "El creador de los hombres, para hacerse hombre y nacer del hombre, debió elegir una madre tal que supiera convenirle y serle agradable. Quiso, pues, que fuese virgen, para nacer sin mancha de una madre inmaculada y purificar la mancha de todos."

2º) Encontramos también en este niño suma humildad: *Se anonadó a sí mismo* (*Phil.*, II, 7).

Esta humildad, como dice San Bernardo, aparece en el establo, en los pañales que le envuelven y en el pesebre donde descansa.

3º) Hallamos en el niño la soberana amabilidad, porque es más hermoso que los hijos de los hombres, y aun que las milicias angélicas. Esta amabilidad es resultado de la unión de la divinidad con la humanidad. Por lo cual dice San Bernardo: "Es un espectáculo lleno de suavidad contemplar al hombre creador del hombre."

4º) Finalmente vemos en este niño la suprema mansedumbre, porque: *es benigno y clemente, paciente y de mucha misericordia, y que se deja doblar sobre el mal* (*Joel.*, II, 13). Y San Bernardo dice: "Cristo es párvulo, y puede ser aplacado suavemente. ¿Quién ignora que el niño per-

dona fácilmente? Y si no tenemos pecado grave, podemos ser reconciliados con poco. He dicho con poco, pero no sin penitencia." Y así como se manifestó su bondad sobre toda esperanza, así podemos esperar también, más de lo que pensamos, parecida benevolencia de juicio.

(*De Humanitate Christi.*)

26 de diciembre

CRISTO NACIÓ PASIBLE Y MORTAL

Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado. (*Rom.*, VIII, 3.)

No fué conveniente que Dios tomase carne impasible e inmortal, sino más bien pasible y mortal.

1º) Porque era necesario que los hombres conociesen el beneficio de la Encarnación, para que se inflamasen en el amor divino; y era necesario para manifestar la verdad de la Encarnación, que tomase una carne semejante a la de los demás hombres, a saber, pasible y mortal. Pues si hubiese tomado una carne impasible e inmortal, habría parecido a los hombres, desconocedores de tal carne, que era un fantasma y no una carne verdadera.

2º) Fué necesario que Dios tomase carne para satisfacer por el pecado del género humano, pues sucede que uno satisface por otro; mas la pena que sigue al pecado del género humano es la muerte y los demás padecimientos de la vida presente. Fué por lo tanto necesario que Dios tomase carne pasible y mortal, pero sin pecado,

para que, padeciendo y muriendo así, satisficiese por nosotros y quitase el pecado.

3º) Porque poseyendo carne pasible y mortal nos dió ejemplos más eficaces de virtud, al superar con fortaleza los sufrimientos de la carne y al usar de ellos virtuosamente.

4º) Porque somos alentados a la esperanza de la inmortalidad, pues del hecho de haber pasado del estado de carne pasible y mortal al de la impasibilidad e inmortalidad de la carne, podemos esperar lo mismo para nosotros, que llevamos carne pasible y mortal. Pues si desde el principio hubiese tomado carne impasible e inmortal, no tendríamos motivo para esperar la inmortalidad, sintiéndonos mortales y corruptibles.

Y, además, el oficio de mediador exigía que tuviese de común con nosotros carne pasible y mortal, y que tuviese de común con Dios el poder y la gloria; para que, quitando de nosotros lo que tenía de común con nosotros, es decir, los padecimientos y la muerte, nos condujese a lo que tenía de común con Dios; pues fué mediador para unirnos a Dios.

(*Contra Gentiles,* lib. 4, cap. 55.)

27 de diciembre

SAN JUAN EVANGELISTA

Uno de sus discípulos, al cual amaba Jesús, estaba recostado a la mesa en el seno de Jesús (*Joan.,* XIII, 23.)

Este discípulo es San Juan Evangelista, que habla de sí mismo como de otra persona para

evitar la jactancia, y para seguir la norma de otros escritores de las sagradas Escrituras. Pues también Moisés usa de este modo cuando habla de sí en sus libros, como de otro, diciendo: *Habló el Señor a Moisés.* Igualmente San Mateo: *Vió a un hombre sentado al banco, llamado Mateo.* San Pablo dice: *Conozco a un hombre.*

I. San Juan dice tres cosas de sí mismo:

1º) El amor que le hacía descansar en Cristo, diciendo que *estaba recostado*, esto es, descansando. Job dice en este sentido: *Entonces en el Todopoderoso abundarás de delicias, y alzarás a Dios tu rostro* (*Job.*, XXII, 26), y el profeta David: *Me ha educado junto a un agua de refección.* (*Psal.*, XXII, 3.)

2º) El conocimiento de los secretos que el Señor le revelaba, especialmente para la redacción de su Evangelio. Por eso dice que estaba recostado *en el seno de Jesús.* El seno significa el secreto. Y en otro lugar dice: *El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él mismo lo ha declarado.* (*Joan.*, I, 13.)

3º) El amor especial con que Cristo lo amaba. Por eso dice: *a quien amaba Jesús;* no ciertamente de manera exclusiva, sino que lo amó casi con preferencia a los demás.

II. Debe saberse que Juan fué más amado por Cristo por tres motivos:

1º) Por su pureza, pues fué elegido virgen por el Señor y permaneció siempre virgen. Por eso se lee en los Proverbios: *Quien ama la pureza de corazón, por la gracia de sus labios tendrá por amigo al rey.* (XXII, 11.)

2º) Por la sublimidad de su sabiduría, pues

penetró los arcanos de la divinidad más profundamente que los demás, por lo cual es comparado al águila. *Es acepto al rey un ministro entendido*, se lee en los Proverbios (XIV, 35).

3º) Por el fervor ardiente de su amor a Cristo: *Yo amo a los que me aman.* (*Prov.*, VIII, 17.)

(*In Joan.*, XIII.)

28 de diciembre

CUATRO UTILIDADES DEL NACIMIENTO DE CRISTO

Un niño nos ha nacido para que imitemos su pureza y su humildad; para que nos conmovamos por su amabilidad, para que tengamos confianza en su mansedumbre.

1º) Nos ha nacido este niño en el sacramento de la pureza. Por lo cual dice San Mateo (I, 21): *Porque él salvará a su pueblo.* Y San Bernardo: "He aquí a Cristo, que realiza la purificación de los delitos, he aquí que viene a purificar nuestra miseria." Y San Agustín: "¡Oh infancia bienaventurada, por la cual fué reparada la vida de nuestra especie! ¡Oh vagidos gratísimos y deleitables, por los cuales escapamos al crujir de dientes y a los llantos eternos! ¡Oh felices pañales, por los cuales han sido limpiadas las sordideces de nuestros pecados!"

2º) Nos ha nacido para ejemplo de humildad. Por eso dice San Bernardo: "Pongamos empeño en hacernos como este niño; aprendamos de él, que es manso y humilde de corazón, pues no sin motivo Dios, que es tan grande, se ha hecho niño pequeñito. Por lo cual es impudencia into-

lerable que, habiéndose anonadado la majestad, se hincha y se engría el gusanillo."

3º) Nos ha nacido para acrecentamiento de la caridad: *Fuego viene a poner en la tierra.* (*Luc.* XII, 49.) Y añade San Bernardo: "El Señor grande y digno de toda alabanza se ha hecho niño y amable. *Un niño,* dice, *ha nacido.* Porque él es todo amable para nosotros; él es padre, hermano, señor, servidor, recompensa y ejemplo." Y en otro lugar: "Cuanto menor se hizo en la humanidad, tanto mayor se mostró en la bondad. Cuanto mayor bondad nos ofreció, tanto más enciende nuestro amor."

4º) Ha nacido para consuelo de nuestra esperanza y seguridad. Por eso dice el Apóstol: *Lleguemos confiadamente al trono de la gracia*, esto es, a Cristo, en el cual reina la gracia, *a fin de alcanzar misericordia,* es decir, perdón de los pecados precedentes, y *de hallar gracia para ser socorridos a tiempo conveniente.* (*Hebr.*, IV, 16.) Y San Agustín exclama: "Oh día dulcísimo del nacimiento de Cristo, en el cual los mismos infieles se mueven a compunción, y el impío se siente conmovido por la misericordia, el arrepentido espera el perdón, el cautivo no desespera de la libertad, y el herido espera el remedio. En este día nace el Cordero que quita los pecados del mundo; en su nacimiento se goza más dulcemente el que tiene la conciencia tranquila, y teme más profundamente el que la tiene mala; el que es bueno pide más amorosamente; el pecador suplica devotísimamente; dulce día y verdaderamente dulce para los penitentes, día que trae consigo el perdón. Os prometo, hijitos, y estoy seguro de que, si alguno se arrepintiere de corazón en este día, y no volviere otra vez

al vómito del pecado, se le dará todo lo que pidiere."

(*De Humanitate Christi.*)

29 de diciembre

ALUMBRAMIENTO DEL ALMA PENITENTE

En sentido místico podemos considerar que el parto de la Bienaventurada Virgen María significa el parto del alma penitente, como se dice en Isaías: *De tu temor, Señor, concebimos y dimos a luz espíritu de salud* (de buenas obras). (XXVI, 18.) A este parto conviene místicamente el lugar del nacimiento de Cristo, es decir, Belén. Por ello dice San Bernardo: "Si tú eres también Belén por la contrición del corazón, de modo que tus lágrimas sean tu pan de día y de noche, y esta refección te proporciona alegría continua (Belén se interpreta casa de pan), y si eres Judá por la confesión y ciudad de David por las obras de satisfacción, nacerá Cristo en ti, y llenará de alegría tu corazón por la gracia en el presente y por la gloria en el futuro."

Pero debe advertirse que, después del parto de la penitencia, el alma penitente debe envolverse con los pañales de la caridad contra la torpeza del pecado, que consiste en el desorden interior del alma; debe reclinarse por el amor de la humildad contra la soberbia, que es una aversión; y colocarse en el pesebre de la aspereza por una penitencia proporcionada contra el deleite del pecado, que es una orientación al mal.

De lo primero se dice en los Proverbios: *La caridad cubre todas las faltas* (X, 12). Pero debe-

mos envolvernos con ese paño por todas partes: primero, a fin de amar a Dios que está sobre nosotros; en segundo lugar, a nosotros mismos; después, a lo que está junto a nosotros, es decir, a nuestro prójimo; en cuarto lugar, a lo que está debajo de nosotros, es decir, a nuestro cuerpo. Estas cuatro cosas deben ser amadas con caridad, como dice San Agustín.

Acerca de lo segundo se lee en el Salmo (L, 19): *Al corazón contrito y humillado no lo despreciarás, oh Dios.* Por ello dice San Bernardo: "La humildad nos merece la estima de Dios, nos somete a Dios, nos atrae la complacencia de Dios, como dijo la Bienaventurada Virgen: *Porque miró la bajeza de su esclava.*" (*Luc.*, I, 48.)

Con relación a lo tercero dice el Evangelio: *Haced, pues, frutos dignos de penitencia.* (*Luc.*, III, 8.) Y San Bernardo: "Huye de la voluptuosidad, porque en ella la muerte está emboscada a las puertas del deleite. Haz penitencia, porque por ella se aproxima el reino de Dios. Esto te predica el establo, lo clama el pesebre, lo dicen aquellos miembros infantiles, lo anuncian sus lágrimas y sus vagidos."

(De Humanitate Christi.)

30 de diciembre

CIRCUNSTANCIAS DEL NACIMIENTO DE CRISTO

I. Cristo quiso nacer en Belén.

1º) Porque *fué hecho del linaje de David, según la carne* (*Rom.*, I, 3), al cual también fué hecha una promesa especial de Cristo; y por eso quiso nacer en Belén, donde nació David, para

que se mostrase que se había cumplido la promesa hecha a él sobre el mismo lugar del nacimiento; y esto indica el Evangelista, al decir: *Porque era de la casa y familia de David.* (*Luc.*, II, 4.)

2º) Porque Belén significa casa de pan, como dice San Gregorio; y el mismo Cristo es el que dice: *Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo.* (*Joan.*, VI, 41.)

Así como David nació en Belén, así también eligió a Jerusalén para establecer en ella la sede del reino, y edificar allí el templo de Dios; y así eligió a Jerusalén, para que fuese a la vez ciudad real y sacerdotal. Mas el sacerdocio de Cristo y su reino se consumaron principalmente en su pasión, y por eso eligió convenientemente a Belén para el nacimiento, y a Jerusalén para la pasión.

Del mismo modo confundió la gloria de los hombres, que se glorian de traer su origen de ciudades notables, en las que quieren también ser honrados principalmente. Cristo, por el contrario, quiso nacer en una ciudad oscura, y padecer oprobio en una ciudad noble.

II. Nació en tiempo oportuno. Pues existe entre Cristo y los demás hombres la diferencia de que estos hombres nacen sujetos a la necesidad del tiempo, mientras que Cristo, como señor y creador de todos los tiempos, eligió para sí el tiempo en que había de nacer, así como la madre y el lugar. Y porque *las cosas ordenadas por Dios* son convenientemente dispuestas, se deduce que Cristo nació en el tiempo más conveniente.

Cristo, en efecto, había venido para sacarnos del estado de servidumbre y conducirnos al estado de libertad. Y por tanto, así como tomó

nuestra mortalidad, para conducirnos a la vida, asimismo se dignó encarnarse en aquel tiempo en que, apenas nacido, fuera inscrito en el censo del César para someterse a la esclavitud en interés de nuestra libertad.

También en aquel tiempo, en que todo el mundo vivía bajo un solo príncipe, se disfrutó de grandísima paz en el mundo. Y por consiguiente convenía que en aquel tiempo naciese Cristo, *que es nuestra paz, el que de ambos ha hecho un pueblo.* (*Ephes.*, II, 14.)

Convenía, además, que en el tiempo en que un solo príncipe dominaba en el mundo naciese Cristo, que venía a congregar a los suyos en uno para que hubiese *un solo rebaño, un solo pastor.*

Quiso nacer durante el reinado de un rey extranjero para que se cumpliese la profecía de Jacob (*Gen.*, XLIX, 10), que dice: *No será quitado de Judá el cetro, y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado,* porque mientras el pueblo judío estaba sometido a reyes de su nación, aunque pecadores, eran enviados profetas para su remedio; pero, ahora, cuando la ley de Dios estaba bajo el poder de un rey inicuo, nace Cristo; porque una enfermedad grave y desesperada reclamaba un médico más sabio.

Por último, Cristo quiso nacer cuando la luz del día comenzó a tomar incremento; con el fin de demostrar que Él había venido para que los hombres creciesen en la luz divina: *Para alumbrar a los que están de asiento en las tinieblas, y en sombra de muerte* (*Luc.*, I, 79). Y también escogió el rigor del invierno para su nacimiento,

para ya padecer por nosotros desde entonces la aflicción de la carne.

(3ª, *q.* XXXV, *a.* VII y VIII)

31 de diciembre

LA FILIACIÓN DIVINA

Les dió poder de ser hechos hijos de Dios. (*Joan.*, I, 12.)

Los hombres llegan a ser hijos de Dios por asimilación a Él, y por lo tanto son hijos de Dios por una triple asimilación.

1º) Por la infusión de la gracia; por lo cual, todo el que posee la gracia santificante se convierte en hijo de Dios: *Y por cuanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo.* (*Gal.*, IV, 6.)

2º) Nos asimilamos a Dios por la perfección de las obras, porque quien hace obras de justicia es hijo, como dice el Evangelio: *Amad a vuestros enemigos . . . para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.* (*Matth.*, V, 44, 45.)

3º) También nos asimilamos a Dios alcanzando la gloria; y en cuanto al alma por el *lumen gloriae*: *Cuando él apareciese, seremos semejantes a él* (I *Joan.*, III, 2); y en cuanto al cuerpo: *reformará nuestro cuerpo abatido.* (*Philip.*, III, 21.) Por lo cual de estos dos modos se dice en la Epístola a los Romanos: *Esperando la adopción de hijos de Dios.* (VIII, 23.)

Mas si por el poder de hacerse hijos de Dios se entiende la perfección de las obras y la consecución de la gloria, no existe dificultad alguna, pues cuando dice: *Les dió poder* (*Joan.*, I, 12),

se entiende del poder de la gracia, por la cual el hombre puede hacer obras de perfección y alcanzar la gloria.

Pero si se entiende de la infusión de la gracia, *les dió poder de ser hechos hijos de Dios,* porque les concedió el poder de recibir la gracia, y esto de dos maneras:

1º) Preparando la gracia y ofreciéndola a los hombres; así como se dice que hace un libro y lo ofrece a uno para que lo lea, que le da a éste la facultad de leer.

2º) Moviendo el libre albedrío del hombre para que consienta en recibir la gracia. Por eso dice Jeremías: *Vuélvenos, Señor, a ti* (moviendo nuestra voluntad a amarte), *y nos volveremos.* (*Thren.*, V, 21.) Y esto se llama moción interior, de la cual dice San Pablo (*Rom.*, VIII, 30): *Y a los que llamó* (excitando interiormente la voluntad a consentir a la gracia), *a éstos también justificó* infundiéndoles la gracia.

Mas como por esta gracia el hombre tiene poder de conservarse en la filiación divina, se puede decir en otro sentido: *Les dió,* es decir, a los que le reciben, *el poder de hacerse hijos de Dios,* es decir, por la gracia, mediante la cual pueden conservarse en la filiación divina. El mismo Evangelista dice en otro lugar: *Todo aquel que es nacido de Dios no hace pecado, sino que la gracia de Dios* (por la cual somos regenerados como hijos de Dios) *lo conserva.* (I *Joan.*, III, 9.)

Así, pues, *les dió poder de ser hechos hijos de Dios,* por la gracia santificante, por la perfección de las obras, por la obtención de la gloria; y todo esto preparando, actuando y conservando la gracia.

(*In Joan.*, I.)

1º de enero

LA CIRCUNCISIÓN

Después que fueron pasados los ocho días para circuncidar al niño. (*Luc.*, II, 21.)

Por varias razones Cristo debió ser circuncidado.

1ª) Para recomendarnos con su ejemplo la virtud de la obediencia; por lo cual fué circuncidado a los ocho días como estaba mandado en la ley. Cristo recibió la circuncisión en el tiempo en que estaba prescrita; y este ejemplo debe ser imitado en el sentido de que observemos lo que es de precepto, pues cada cosa tiene su tiempo y oportunidad, como dice el Eclesiastés (VIII, 6).

2ª) Para que, pues había venido en semejanza de carne de pecado, no rechazase el remedio por el cual acostumbraba a purificarse la carne de pecado; y para significar por medio de la circuncisión el despojo de la generación antigua, vejez de la que somos librados por Cristo.

3ª) Para librar a otros del peso de la ley, tomándolo sobre sí, conforme a aquello de San Pablo: *Envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho sujeto a la ley.* (*Gal.*, IV, 4.)

Así como Cristo por propia voluntad recibió nuestra muerte, que es efecto del pecado, no teniendo en sí pecado alguno, con el fin de librarnos de la muerte, y hacernos morir espiritualmente al pecado; así también recibió la circuncisión, que es un remedio contra el pecado original, sin tener este pecado, con el fin de librarnos del yugo de la ley, y producir en nosotros la

circuncisión espiritual, esto es, para cumplir la verdad, recibiendo la figura.

Además, como dice Orígenes[18]: "Si somos muertos con Cristo que muere y resucitamos con Cristo que resucita, del mismo modo hemos sido circuncidados por Cristo con circuncisión espiritual; y, por lo tanto, no necesitamos de la circuncisión carnal." Esto es lo que el Apóstol dice a los Colosenses: *En el cual* (en Cristo) *también estáis circuncidados de circuncisión no hecha por mano en el despojo del cuerpo de la carne, sino en la circuncisión de Cristo.* (*Col.*, II, 11.)

(3ª, *q.* XXXVII, *a.* 1.)

2 de enero

IMPOSICIÓN DEL NOMBRE DE JESÚS

Y después que fueron pasados los ocho días para circuncidar al niño, llamaron su nombre Jesús. (*Luc.*, II, 21.)

Como se lee en el Génesis (XVII), Abrahán recibió de Dios a la vez la imposición del nombre y el mandato de la circuncisión. Por eso era costumbre entre los judíos imponer nombres a los niños en el mismo día de la circuncisión, como si no lo tuviesen perfecto antes de la circuncisión, del mismo modo que ahora se imponen nombres a los niños en el bautismo.

Debe advertirse que los nombres de cada uno de los hombres se imponen siempre por razón de alguna propiedad de aquel a quien se impone, ya por el tiempo, como se imponen los nombres

[18] Orígenes: *Hom. XIV in Luc.*

de los santos a los que nacen en las fiestas de ellos, ya por el parentesco. Pero los nombres que Dios impone a algunos siempre significan algún don gratuito concedido a ellos por el mismo Dios, como se dijo a Abrahán: *Serás llamado Abrahán, porque te he puesto por padre de muchas gentes* (*Gen.*, XVII, 5), y también a Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* (*Matth.*, XVI, 18.)

Si, pues, a Cristo le fué conferido este don de la gracia para que por él se salvasen todos, con razón se le llamó Jesús, esto es, Salvador, habiendo el Angel anunciado de antemano ese nombre, no solamente a la madre, sino también a José, que era su futuro padre nutricio.

Se dice en Isaías (LXII, 2): *Y te será puesto un nombre nuevo, que el Señor nombrará con su boca*; y, sin embargo, este nombre de Jesús fué dado a muchos en el Antiguo Testamento. Pero debemos contestar a ello que el nombre de Jesús pudo convenir a los que habían existido antes de Cristo por otra razón; por ejemplo, porque ejecutaron alguna obra saludable particular y temporal; pero si se considera la salvación espiritual y universal, este nombre es propio de Cristo y en este sentido se dice que es un nombre nuevo.

(3ª, *q.* XXXVII, *a.* 2.)

3 de enero

UTILIDAD DEL NOMBRE DE JESÚS

Debemos saber que este nombre tiene una virtud inmensa y múltiple. Es refugio para los penitentes, remedio para los enfermos, ayuda para

los que luchan, sufragio para los que oran, pues confiere el perdón de los pecados, la gracia de la salud, la victoria a los tentados, la fuerza y la confianza de alcanzar la salvación.

En cuanto al perdón de los pecados, dice San Juan en su Epístola I (II, 12): *Os escribo a vosotros, hijitos, porque os son perdonados vuestros pecados por su nombre.* Y San Agustín añade: "¿Qué significa Jesús, sino Salvador? Luego por ti mismo sé Jesús para mí. No tengas presente, Señor, mi mal, de modo que te olvides de tu bien. Pero debe advertirse que este nombre se impone en la circuncisión; con lo que se significa que se salvan los circuncidados espiritualmente." Por eso dice San Bernardo: "Es necesario, hermanos, que nosotros seamos circuncidados, para poder así recibir el nombre de salvación; ser circuncidados no literalmente, sino en espíritu y en verdad."

En cuanto a la gracia de la salud se dice en el Cantar de los Cantares (I, 2): *Óleo derramado es tu nombre. Porque el óleo es alivio del dolor,* y también lo es este nombre de Jesús. San Bernardo dice: "Tienes, alma mía, un electuario escondido en el vaso pequeño de un vocablo, que es Jesús, el cual jamás fué ineficaz para ninguna epidemia" [19]. Y Pedro de Ravena: "Éste es el nombre que dió vista a los ciegos, oído a los sordos, paso a los cojos, palabra a los mudos, vida a los muertos."

En cuanto a la victoria en las tentaciones, léese en los Proverbios (XVIII, 10): *Torre fortísima el nombre del Señor;* y San Marcos: *Lanzarán demonios en mi nombre* (XVI, 17); y en San Lucas:

19 *De circum. serm.* 2.

Y volvieron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre (X, 17). Y Pedro de Ravena: "La virtud de este nombre, de Jesús, ahuyentó de los posesos toda la potestad del diablo."

En cuanto a la confianza saludable, dice San Juan: *Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré* (XIV, 13). A este propósito dice San Agustín: "En mi nombre, que es Cristo Jesús. Cristo significa Rey, Jesús significa Salvador; y todo lo que pedimos por él, lo pedimos en nombre del Salvador, y él es Salvador, no solamente cuando hace lo que pedimos, sino también cuando no lo hace; porque cuando ve que lo que se pide es contrario a la salvación, se muestra salvador no haciéndolo. Pues el médico conoce lo que pide el enfermo, ya en favor de su propia salud, ya contra ella; por consiguiente, no hace la voluntad contraria del que pide, a fin de sanarlo."

Advierte las palabras de San Bernardo acerca de la circuncisión de Cristo y de la imposición de su nombre: "¡Grande y admirable misterio!: es circuncidado el niño y se le llama Jesús. ¿Qué quiere decir esta conexión? Reconoce al mediador entre Dios y los hombres que desde el mismo comienzo de su nacimiento asocia lo humano a lo divino, lo ínfimo a lo sumo. Nace de mujer, pero de tal modo llega a ella el fruto de la fecundidad, que no pierde la flor de la virginidad. Es envuelto en pañales, pero estos pañales son honrados con alabanzas angélicas. Se esconde en un pesebre, pero es descubierto por una estrella radiante en el cielo. Del mismo modo la circuncisión prueba también la verdad de la humani-

dad tomada, y el nombre, que está sobre todo nombre, indica la gloria de su majestad."

(*De Humanitate Christi*, cap. XXVI.)

4 de enero

VIRGINIDAD DE MARÍA

I. La Bienaventurada María fué virgen en el parto, porque el Profeta no solamente dice: *He aquí que concebirá una Virgen*, sino que añade: *y parirá un Hijo.* (*Is.*, VII, 14.) Esto fué conveniente por tres razones:

1º) Porque correspondía a la condición del que nacía, que es el Verbo de Dios. Porque el Verbo no solamente es concebido sin corrupción en el corazón, sino que también procede del corazón sin corrupción. Por lo cual, para demostrar que aquél sería el cuerpo del Verbo de Dios, fué conveniente que naciese del seno incorrupto de la virgen. A este respecto se lee: "La que da a luz una carne pura, cesa de ser virgen. Mas porque nació en carne el Verbo de Dios protege la virginidad, manifestándose por esto que él es el Verbo. Tampoco nuestro verbo mental corrompe nuestra mente, cuando es dado a luz; ni Dios, Verbo substancial, al querer nacer, ha destruído la virginidad.

2º) Fué conveniente esto en cuanto al efecto de la Encarnación de Cristo, porque vino precisamente para destruir nuestra corrupción; por lo cual, no fué conveniente que corrompiese la virginidad de la madre al nacer. No era justo que el que había venido a salvar lo que estaba corrompido violase con su venida la pureza de su madre.

3º) No fué conveniente que, al nacer, disminuyese el honor de su propia madre el que había ordenado honrar a los padres.

Cristo mezcló lo maravilloso con lo humilde. Así, para demostrar la verdad de su cuerpo nace de mujer; más para manifestar su divinidad, nace de una virgen. Porque tal parto convenía a Dios. Así, pues, la Bienaventurada Virgen engendró sin dolor.

El dolor de la que da a luz es producido por la apertura de los conductos por los cuales sale la prole. Mas Cristo salió del seno cerrado de la madre, y así no hubo allí violencia alguna. Por ello no hubo dolor alguno en aquel parto, como no hubo tampoco ninguna corrupción, sino que allí existió la alegría más grande, porque el hombre Dios nació para el mundo, según aquello de Isaías: *Copiosamente brotará como el lirio, y con mucha alegría y alabanzas saltará de contento.* (*Is.*, XXXV, 2.)

II. Fué virgen después del parto. Pues se lee en Ezequiel (XLIV, 2): *Esta puerta está cerrada: no se abrirá, y hombre no pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado por ella.* Comentando alguien esas palabras, dice: "¿Qué significa esta *puerta cerrada* en la casa del Señor, sino que María será siempre intacta? ¿Y qué quiere decir: *hombre no pasará por ella,* sino que José no la conocerá? ¿Y qué: *sólo el Señor entra y sale por ella,* sino que el Espíritu Santo la fecundará, y que el Señor de los Angeles nacerá por ella? ¿Y qué: *estará cerrada eternamente,* sino que María es virgen antes del parto, virgen en el parto y virgen después del parto?"

Y efectivamente, así como Cristo es Hijo único

del Padre según la naturaleza divina, igualmente perfecto en todo, así también le corresponde ser al Hijo único de su Madre, como su fruto más perfecto.

(3ª, *q.* XXVIII, *a.* 2 y 3)

5 de enero

EL FRUTO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Bendito el fruto de tu vientre. (*Luc.*, I, 42.)

Alguna vez el pecador pide a las cosas lo que no puede conseguir, mientras que el justo lo consigue. *Para el justo se guarda la hacienda del pecador.* (*Prov.*, XIII, 22.) Así Eva buscó el fruto y no encontró en él todo lo que quiso. La Bienaventurada Virgen, al contrario, encontró en su fruto todo lo que Eva había deseado. En efecto, Eva deseó tres cosas en su fruto.

1º) Lo que el diablo le prometió falsamente, a saber: que serían *como dioses, sabiendo el bien y el mal.* (*Gen.*, III, 5.) *Seréis,* le dijo aquel embustero, *como dioses.* Y mintió, *porque es mentiroso y padre de la mentira*[20]. Porque Eva al comer la fruta no se hizo semejante a Dios, sino más desemejante; pues pecando se alejó de Dios, su salvador, y por ello fué expulsada del Paraíso. Pero en cambio lo encontró la Bienaventurada Virgen y todos los cristianos en el fruto de su vientre; pues por Cristo nos unimos y asemejamos a Dios: *Cuando él apareciere, seremos semejantes a él, por cuanto nosotros le veremos así como él es.* (I *Joan.*, III, 2.)

20 *Joan.*, VIII, 44.

2º) Eva deseó el deleite en su fruto, porque era bueno para ser comido: mas no lo encontró, porque al instante conoció que estaba desnuda y tuvo dolor. En cambio, en el fruto de la Virgen encontramos suavidad y salud: *El que come mi carne . . . tiene vida eterna.* (*Joan.*, VI, 55.)

3º) El fruto de Eva era hermoso a la vista; pero más hermoso es el fruto de la Virgen en quien desean mirar los Ángeles: *Vistoso en hermosura, más que los hijos de los hombres* (*Psal.*, XLIV, 3); porque es esplendor de la gloria del Padre.

Eva no pudo encontrar en su fruto lo que tampoco encuentra ningún pecador en los pecados. Por consiguiente, lo que deseamos busquémoslo en el fruto de la Virgen.

Ese fruto es bendecido: 1º) Por Dios, porque de tal modo le colmó de toda gracia que vino a nosotros mostrándole reverencia: *Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en bienes celestiales en Cristo.* (*Eph.*, I, 3.) 2º) Por los Ángeles y por los hombres, como dice el Apóstol: *Y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre* (II, 11), y el profeta David: *Bendito el que viene en el nombre del Señor* (*Psal.*, CXVII, 26). Así, pues, la Virgen es bendita, pero su fruto es todavía más bendito.

(*Salutat. angelicae expositio*, I.)

6 de enero

EPIFANÍA DE CRISTO

Andarán las gentes a tu lumbre, y los reyes al resplandor de tu nacimiento. (*Is.*, LX, 3.)

Los Magos son las primicias de los gentiles que creen en Cristo; en los cuales aparecieron como en cierto presagio la fe y la devoción de los gentiles, que venían a Cristo desde países lejanos. Y por esto, así como la devoción y la fe de los gentiles están sin error por la inspiración del Espíritu Santo, igualmente ha de creerse que los Magos, inspirados por el Espíritu Santo, tributaron sabiamente reverencia a Cristo.

Como dice San Agustín, la estrella que guió a los Magos al lugar donde estaba el Dios infante con la Madre Virgen, podía conducirlos a la misma ciudad de Belén en que nació Cristo; pero se sustrajo a su vista hasta que también los judíos diesen testimonio acerca de la ciudad en que Cristo nacería; a fin de que, confirmados con doble testimonio, buscasen con una fe más ardiente a quien manifestaban la claridad de la estrella y la autoridad de la profecía. Así ellos mismos anuncian a los judíos el nacimiento de Cristo y preguntan el lugar. Por disposición divina ocurrió que, al desaparecer la estrella, los Magos fuesen a Jerusalén guiados por las luces humanas, buscando en la ciudad real al rey nacido, a fin de que el nacimiento de Cristo fuera primero anunciado públicamente en Jerusalén, conforme a aquello de Isaías (II, 3): *De Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén,* y también para que con la noticia de los magos,

que venían de lejos, se condenase la pereza de los judíos, que estaban cerca.

Admirable fué la fe de los Magos. Porque si ellos, buscando un rey de la tierra, le hubiesen encontrado, en tal caso se hubieran confundido, por haber emprendido sin causa un viaje tan penoso; por lo que ni lo hubieran adorado, ni ofrecido obsequios. Pero en el caso presente, como buscaban un rey celestial, aunque ninguna excelencia real verían en él, sin embargo, contentos con el testimonio de la sola estrella, lo adoraron. Ven al hombre y reconocen a Dios, y le ofrecen obsequios adecuados a la dignidad de Cristo: oro como a un gran rey; incienso, del que se hace uso en el sacrificio de Dios, como a Dios, y mirra, que sirve para embalsamar los cuerpos, a fin de demostrar que debía morir por la salvación de todos.

(3ª, *q.* XXXVI, *a.* 8.)

Y postrándose le adoraron. (*Matth.*, II, 11.) A este respecto dice San Agustín: "¡Oh infancia, a la cual se someten los astros! ¿Quién es éste de grandeza y gloria suprema, ante cuyos pañales velan los Angeles, tiemblan los reyes, y doblan sus rodillas los sabios? ¿Quién es éste, tal y tan grande? Me lleno de estupor cuando veo los pañales y miro al cielo; me agito cuando miro en el pesebre al mendigo y al más preclaro que los astros; socórranos la fe, pues la razón humana desfallece."

(De Humanitate Christi.)

7 de enero

ORDEN DE LA MANIFESTACIÓN DE CRISTO

1º) El nacimiento de Cristo se manifestó primeramente a los pastores en el mismo día de su nacimiento. Se lee en San Lucas (II, 8, 15): *Y había unos pastores en aquella comarca que estaban velando, y guardando las velas de la noche sobre su ganado... Y aconteció que luego que los Ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se decían unos a otros: Pasemos hasta Belén... y fueron apresurados.*

2º) Los magos llegaron a Cristo a los trece días de su nacimiento, cuando se celebra la fiesta de la Epifanía. Porque, si hubieran llegado después de uno o dos años, no lo habrían encontrado en Belén, ya que San Lucas (II, 39) dice: *Y cuando lo hubieron todo cumplido conforme a la ley del Señor* (esto es, ofreciendo al niño Jesús en el templo), *se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.*

3º) Se manifestó a los justos en el templo a los cuarenta días de su nacimiento, como se lee en San Lucas (II, 22 y sgs.).

La razón de este orden es que por los pastores se significan los Apóstoles y los otros creyentes de entre los judíos, a los cuales se mostró primero la fe de Cristo, entre los cuales no hubo muchos potentados ni muchos nobles. La fe de Cristo llegó en segundo lugar a la masa de los gentiles, figurada por los Magos. En tercer lugar a la multitud de los judíos, figurada por los justos; por eso se les manifestó Cristo en el templo de los judíos.

Esta manifestación del nacimiento de Cristo fué un anticipo de la plena manifestación que había de tener lugar después, y así como en la segunda manifestación se anunció la gracia de Cristo por éste y sus Apóstoles, primero a los judíos y luego a los gentiles; así primero llegaron a Cristo los pastores, que eran las primicias de los judíos, como más cercanos; después vinieron de lejos los Magos, los cuales fueron las primicias de los gentiles.

(3ª, *q.* XXXVI, *a.* VI y *a.* III *ad* 1*um*.)

8 de enero

DILIGENCIA DE LOS MAGOS

La diligencia en la búsqueda manifiéstase de tres maneras. Por eso dice San Agustín: ¡Oh alma mía!, si diligentemente pidieres, lo revelarías con tres señales: 1º) Pedirías luz para que no te obstaculizaran las tinieblas; 2º) Preguntarías a los que saben para no equivocarte buscando; 3º) No descansarías en ningún lugar hasta no encontrar al amado.

Acerca de lo primero se dice en el Salmo (LXVI, 2, 3): *Dios tenga misericordia de nosotros . . . para que conozcamos en la tierra tu camino*. Y en el libro de los Proverbios (IV, 18): *La senda de los justos, como luz que resplandece, va delante, y crece hasta el día perfecto.* Esto lo interpreta así la Glosa: Las obras de los justos se ejecutan con la luz de la ciencia, y conducen a la vida eterna, que es el día perfecto.

Por ello los Magos buscaron al Señor en la luz de la estrella, y debe advertirse que esa luz, es

decir, la gracia, se pierde por el pecado. De ahí que diga San Remigio que la estrella representa la gracia de Dios, y Herodes, al diablo. El que por el pecado se somete al diablo, pierde al punto la gracia; si se apartare de aquél por la penitencia, recobraría luego la gracia, la cual no lo abandona hasta que lo conduzca a la casa del niño, que es la Iglesia.

Respecto a lo segundo dice Jeremías (VI, 16): *Paraos en los caminos, y ved y preguntad sobre las sendas antiguas cuál sea el camino bueno, y andad por él, y hallaréis refrigerio para vuestras almas.* Por eso también, *los Magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando y diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?* (*Matth.*, II, 1, 2.) Aquí comenta San Agustín: "Anuncian y preguntan, creen y buscan, significando a los que andan a la luz de la fe y desean la visión. Pero, ¡ay!, muchos doctores son semejantes a los judíos, quienes murieron en su sequedad, no obstante haberles enseñado los Magos la fuente de la vida." El mismo escritor dice que los tales son semejantes a los carpinteros del arca de Noé, los cuales contribuyeron a que otros se salvasen y ellos perecieron en el diluvio; semejantes también a las piedras miliarias que mostraron a los otros el camino y ellas en cambio no pudieron andar.

Por lo que hace a lo tercero, se lee en el Cantar de los Cantares (III, 1): *En mi lecho por las noches busqué.* Acerca de ello dice San Gregorio: "Buscamos al amado en el lecho, cuando suspiramos por el deseo de nuestro Redentor en algún descanso de la vida presente. Buscamos de noche, porque aunque ya la mente vela en él, sin embargo todavía el ojo está envuelto en la obscu-

ridad. Pero al que no encuentra a su amado, no le queda otro recurso que levantarse, dar vueltas mentalmente alrededor de la ciudad, esto es, de la Santa Iglesia de los elegidos, y recorrerla preguntando, y buscarlo por las calles y plazas, es decir, mirar andando por lugares estrechos y largos, a fin de averiguar si puede hallarlo tras sus huellas, porque existen algunos, aun de vida mundana, los cuales practican algunas acciones virtuosas, dignas de ser imitadas."

Por esto los Magos no descansaron hasta que encontraron al amado, es decir, a Cristo; cuya señal fué haber recorrido tan largo camino en tan corto espacio de tiempo.

Ha de advertirse que el deseo ardiente del amor divino no deja al alma descansar hasta encontrar al amado. Y porque el deseo satisfecho deleita al alma, por eso cuanto el deseo fuere más ardiente, tanto más deliciosamente es encontrado el amado. Y como los Magos buscaban a Cristo con mucho fervor, lo encontraron con el mayor deleite. De ahí que diga el Evangelio: *Y cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera.* (*Matth.*, II, 10.) Por lo cual dice San Bernardo que mucho se regocija el que se regocija en Dios, que es el verdadero gozo. Añade en gran manera, porque se regocijaron de aquello sobre lo cual no hay nada mayor, y se alegraron mucho porque de lo grande puede uno alegrarse más y otro menos.

(De Humanitate Christi.)

9 de enero

LOS PRESENTES DE LOS MAGOS

Y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. (*Matth.*, II, 11.)

1º) Por el oro se entiende la sabiduría celestial: *Los hijos de Sión ínclitos y vestidos de oro muy fino.* (*Thren.*, IV, 2.) Sobre lo cual añade la Glosa: Adornados con la sabiduría celestial. *¿Cómo?* ¡Qué cambio miserable!: *han sido reputados por vasijas de barro.* Abandonando las cosas celestiales, añade la Glosa, para entregarse a las terrenas. Y San Bernardo dice: "Has encontrado abiertamente la sabiduría, si lloras los pecados de la vida pasada, si desprecias las cosas apetecibles de este mundo, si deseas con toda el alma la vida eterna. Has encontrado la sabiduría, si cada una de estas cosas te saben como ellas son, efectivamente amargas y dignas de ser evitadas por completo; si con sabor íntimo del alma juzgas y disciernes a las unas como caducas y transitorias, dignas de desprecio; pero a las otras como bienes perfectos, dignos de ser apetecidos con todo deseo."

2º) Por el incienso se significa la oración devota, como se lee en el Salmo: *Suba derecha mi oración como un perfume.* (*Psal.*, CXL, 2.) Y añade la Glosa: encendido con el fuego de la caridad. Y San Bernardo dice: "Cuanto más eficaz es la oración, tanto más astutamente suele ser impedida por el adversario. Es un peligro, si fuere tímida, fría o temeraria; porque la oración tímida no penetra en los cielos, pues el temor exagerado encoge el corazón y le impide

orar. Si es fría, languidece en su ascensión porque no tiene vigor. Si es temeraria sube, pero vuelve a caer; encuentra resistencia y no alcanza gracia, sino que ofende. Pero la oración fiel, humilde y fervorosa penetra en los cielos; por lo cual es seguro que no puede regresar vacía.

3º) La mirra significa la mortificación de la carne, como dice el Cantar de los Cantares: *Mis manos destilaron mirra, y mis dedos llenos de mirra muy probada* (V, 5). San Gregorio comenta así: "Por las manos se simbolizan las obras virtuosas; por los dedos, la discreción. La mano destila mirra, cuando la carne es castigada con obras virtuosas; mas los dedos dícense llenos de mirra muy probada cuando está bien probado el castigo que se hace con discreción."

De los tres dones dice San Gregorio: "Al rey ofrecemos oro, si en su presencia brillamos con la claridad de la sabiduría divina. Le ofrecemos incienso, si consumimos en el ara de la cruz del corazón los pensamientos carnales por el santo celo de la oración, a fin de que nuestros deseos celestiales sean un perfume para Dios. Ofrecemos mirra, si mortificamos con la abstinencia los vicios de la carne. Pues por la mirra se procura que la carne muerta no se descomponga, según dice la Glosa. El oro corresponde al tributo, el incienso al sacrificio, la mirra a la sepultura de los muertos, y por estas tres cosas se inician en Cristo la potestad regia, la majestad divina, la mortalidad humana."

(De Humanitate Christi.)

10 de enero

LA BÚSQUEDA DE DIOS

Mira cómo tu padre y yo angustiados te buscábamos. (*Luc.*, II, 48.)

En esta frase se nos enseña a buscar a Dios, a lo cual nos amonesta frecuentemente la Escritura. Aquí se advierten tres cosas: 1º) Quiénes son los que buscan; 2º) El modo con que buscar; 3º) A quién se debe buscar.

1º) Los que buscan son María y José: *Tu padre y yo.* Por ellos se designan las dos clases de hombres que buscan al Señor; a saber: búscanle los contemplativos en la contemplación, y los activos en la acción. María significa iluminada y simboliza a los contemplativos que en la contemplación reciben las divinas inspiraciones. José se interpreta crecimiento, y designa a los activos que deben crecer por las obras de misericordia. Por éstos es buscado el Señor, y de ambos dice la Escritura: *Alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Buscad al Señor y fortificaos.* (*Psal.*, CIV, 3, 4.) Lo primero corresponde a los contemplativos que viven en continua alegría y júbilo; lo segundo, a los activos que a veces tienen gran necesidad de ser fortalecidos.

La fe se designa asimismo por María, estrella del mar; y por José, el aumento de la caridad. La fe busca a Dios, en cuanto es nuestro padre; la caridad, en cuanto es sumo bien. De ambas cosas se dice en el Cantar de los Cantares: *Mi alma se derritió luego que habló el amado; lo busqué, y no lo hallé* (*Cant.*, V, 6); esto es, en cuanto habla, en tanto le busqué, porque "la fe es por el

oído". (*Rom.*, X, 17). En cuanto Dios es amado, la caridad lo busca, porque ella es la vida que une al amante con el amado. Pero seguramente si se le busca aquí por medio de la caridad será encontrado.

2º) Acerca del modo de buscar, advierte que debe buscarse de siete modos, como puede colegirse del texto. Con pureza de alma, esto es, que debemos purificarnos de toda mancha de pecado: *Todos los que se habían separado de la inmundicia de las gentes de la tierra para buscar al Señor Dios de Israel* (I *Esdr.*, VI, 21); con sencillez de intención: *Buscadlo (al Señor) con sencillez de corazón.* (*Sap.*, I, 1); con todo el corazón, para que sólo pensemos en él; con toda la voluntad, para que sólo amemos a Él, como dice la Escritura: *Pues hicieron el juramento de todo corazón, y le buscaron de toda voluntad, y lo hallaron* (II *Paral.*, XV, 15); de prisa, antes que pase el tiempo en que pueda encontrarse, como dicen los Profetas: *Buscad al Señor, mientras puede ser hallado* (*Is.*, LV, 6); con perseverancia, sin cesar: *Buscad siempre su rostro* (*Psal.*, CIV, 4); con dolor de los pecados.

3º) Debemos buscar a Dios; por eso dice: *Te buscábamos.* (*Luc.*, II, 48.)

Debe ser buscado por cuatro motivos: porque es justo, manso, bueno y porque es la vida.

Es justo para ofrecerse a los que le buscan; pues su justicia consiste en que no hay ninguno, que le busque como debe buscarle, que no lo encuentre. Es manso para recibir benignamente a los que le buscan. Es bueno para engrandecer y recompensar a los que le buscan: *Bueno es el Señor para los que esperan en Él, para el alma que le busca.* (*Thren.*, III, 25.) Es vida, porque

hace vivir eternamente a los que le buscan: *Buscad a Dios, y vivirá vuestra alma.* (*Psal.*, LXVIII, 33.)

(*Serm.*)

11 de enero

DÓNDE MORA JESÚS

Ellos le dijeron: Rabbi (que quiere decir Maestro), ¿en dónde moras? Les dijo: Venid, y vedlo. (*Joan.*, I, 38, 39.)

I. Los discípulos buscaban realmente la casa de Cristo. Pues por las maravillosas y grandes cosas que habían oído a Juan de él, no querían preguntarle superficialmente, ni solamente una vez, sino frecuente y seriamente. Querían por lo tanto conocer su casa para acercarse a él con frecuencia conforme al consejo del sabio: *Y si vieres un hombre cuerdo, madruga a él* (*Eccli.*, VI, 36); y: *Bienaventurado el hombre que me oye, y vela a mis puertas cada día.* (*Prov.*, VIII, 34.)

Alegóricamente, la morada de Dios está en los cielos. Preguntan, pues, dónde habita Cristo, porque debemos seguir a Cristo, para que Él nos conduzca al cielo, esto es, a la gloria celestial.

Preguntan moralmente *¿Dónde moras?*, como si quisiesen saber cuáles deben ser los hombres que son dignos de que Cristo habite en ellos. De esa morada se dice: *En el cual vosotros sois también juntamente edificados, para morada de Dios en Espíritu* (*Eph.*, II, 22.)

II. *Les dijo: Venid y vedlo.* Dijo místicamente, porque la morada de Dios, sea de gracia o de

gloria, no puede conocerse sino por la experiencia. Por eso dice: *Venid,* creyendo y obrando, y *vedlo,* experimentando y entendiendo.

Pero debe advertirse que de cuatro modos se llega a ese conocimiento.

1º) Por las buenas obras, por lo cual dice: *Venid.* Y en el Salmo (XLI, 3): *¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de Dios?*

2º) Por el reposo del espíritu o recogimiento: *Cesad y ved.* (*Psal.*, XLV, 11.)

3º) Por el gusto de la divina dulzura: *Gustad y ved que el Señor es suave.* (*Psal.*, XXXIII, 9.)

4º) Por la devoción: *Levantemos al Señor nuestros corazones, con las manos hacia los cielos.* (*Thren.*, III, 41.) Y: *Palpad y ved.* (*Luc.*, XXIV, 39.)

A continuación añade el texto: *Ellos fueron y vieron* (*Joan.*, I, 39), porque yendo vieron, y viendo no lo abandonaron; por lo cual se dice: *y se quedaron con él aquel día;* pues los que se apartan de Cristo no le han visto todavía como es menester verlo. Mas éstos que, creyendo perfectamente, lo vieron, se quedaron allí aquel día oyendo, viendo y pasando un día delicioso, como dice la Escritura: *Dichosas tus gentes y dichosos tus siervos, que están siempre delante de ti.* (III *Reg.*, X, 8.) Por eso dice San Agustín: Edifiquemos también nosotros en nuestro corazón, y hagamos una morada, a la que Él venga y nos enseñe.

(*In Joan.*, I.)

12 de enero

LAS BODAS ESPIRITUALES

Y estaba allí la Madre de Jesús. Y fué también convidado Jesús y sus discípulos a las bodas. (*Joan.*, II, 1, 2.)

I. Por las bodas se significa místicamente la unión de Cristo y de la Iglesia, porque, como dice el Apóstol: *Este sacramento es grande; mas yo digo en Cristo y en la Iglesia.* (*Eph.*, V, 32.) Ese matrimonio se inició en el seno virginal, cuando Dios Padre unió la naturaleza humana al Hijo en unidad de persona, por lo que el tálamo de esa unión fué el seno de la Virgen. *En el sol puso su tabernáculo.* (*Psal.*, XVIII, 6.) Fué publicado este matrimonio, cuando la Iglesia fué unida a Él por medio de la fe, como dice Oseas: *Te desposaré conmigo en fe.* (*Os.*, II, 20.) Será consumado, cuando la esposa, esto es, la Iglesia, sea introducida en el tálamo del esposo, es decir, en la gloria celestial.

El lugar se armoniza con el misterio, pues Caná quiere decir celo; y Galilea, transmigración. Así, pues, esas bodas se celebran en el celo de la transmigración, para dar a conocer que son dignos principalmente de unirse a Cristo los que, ardiendo en celo de piadosa devoción, pasan del estado de culpa a la gracia de la Iglesia, y de la muerte a la vida, esto es, del estado de mortalidad y de miseria al estado de inmortalidad y de gloria.

II. En las bodas espirituales está la Madre de Jesús, la Virgen Bienaventurada, porque por su

intercesión se une (el alma) a Cristo por la gracia, conforme a lo que dice la Escritura: *En mí toda esperanza de vida y de virtud* (XXIV, 25).

Cristo es verdadero esposo del alma, como dice el Evangelista: *El que tiene la esposa es el esposo.* (*Joan.*, III, 29.) Los discípulos son como los padrinos, como los que unen la Iglesia a Cristo, de lo cual dice San Pablo: *Os he desposado con Cristo, para presentaros como virgen pura al único Esposo.* (II *Cor.*, XI, 2.)

(*In Joan.*, II.)

13 de enero

IMPLORACIÓN DE MARÍA A JESÚS

Y llegando a faltar el vino, la Madre de Jesús le dice: No tienen vino. (*Joan.*, II, 3.)

Tres cosas deben considerarse en la imploración de la madre:

1º) Su piedad y misericordia. Es propio de la misericordia considerar como suya la desgracia de otro; pues llámase misericordioso el que tiene puesto su corazón compasivo sobre la miseria de otro: *¿Quién enferma, y yo no enfermo?*, dice San Pablo. (II *Cor.*, XI, 29.) Si pues la Bienaventurada Virgen estaba llena de misericordia, quería remediar los defectos de los otros, y por eso dice: *llegando a faltar el vino, la Madre de Jesús se lo dice.*

2º) Su reverencia hacia Cristo. Pues por la reverencia que tenemos para con Dios, nos basta tan sólo exponerle nuestros defectos, según aquello del Salmo (XXXVII, 10): *Señor, delante de ti está todo mi deseo.* Pero a nosotros no nos corres-

ponde preguntar cómo ha de socorrernos Dios, pues como se dice a los Romanos: *No sabemos lo que habemos de pedir, como conviene* (*Rom.*, VIII, 26). Por eso su madre expuso sencillamente la necesidad de los otros: *No tienen vino.*

3º) La solicitud y diligencia de la Virgen, porque no lo difirió hasta la extrema necesidad, sino que *llegando a faltar el vino,* es decir, cuando comenzaba a faltar, conforme a aquello que se dice de Dios en el Salmo: *Ayudador al tiempo oportuno, en la tribulación* (IX, 10).

Mas ¿por qué no había incitado anteriormente a Cristo a hacer milagros? Porque estaba instruida por el Ángel acerca de la virtud de Cristo y había sido confirmada en ello por muchas cosas que había visto hacerse en torno a Él, y que ella había guardado en su corazón. La razón era porque anteriormente (Jesús) vivía como todo el mundo, y pues no había visto un momento oportuno, sabiamente difirió hacerlo. Pero ahora, después del testimonio de Juan y de la conversión de los discípulos, provocó confiadamente a Cristo a que obrase milagros, haciendo el oficio de la sinagoga, que es madre de Cristo; pues es familiar a los judíos pedir milagros, como dice San Pablo: *Los judíos piden milagros.* (I *Cor.*, I, 22.)

(*In Joan.*, II.)

14 de enero

EL VINO BUENO

Todo hombre sirve primero el buen vino... mas tú guardaste el buen vino hasta ahora. (*Joan.*, II, 10.)

I. Aquí hay misterio. Porque figuradamente se dice que primero pone buen vino el que, pretendiendo engañar a otros, no propone primero el error que pretende, sino que cautiva a los oyentes, para, una vez embriagados y arrastrados al consentimiento de su intención, manifestar la perfidia. Así obra el tentador. De este vino se lee en los Proverbios: *Entra blandamente, mas al fin morderá como culebra.* (*Prov.*, XXIII, 31, 32.)

También se dice que uno pone primero el buen vino, cuando, habiendo comenzado a vivir santa y espiritualmente desde el principo de su conversión, degenera al fin en vida carnal. A este respecto dice el Apóstol: *¿Tan necios sois, que habiendo comenzado por espíritu, acabáis por carne?* (*Gal.*, III, 3.)

II. Mas Cristo no pone primero el buen vino, porque al principio propone cosas amargas y duras: *¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino, que lleva a la vida!* (*Matth.*, VII, 14.) Pero cuanto más adelanta el hombre en su fe y doctrina, tanto más es endulzado y experimenta mayor suavidad. *Te guiaré por las sendas de la equidad; en las cuales después que hubieres entrado, no se estrecharán tus pasos.* (*Prov.*, IV, 11, 12.)

Además, todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo padecen amarguras y tribulaciones en este mundo: *En verdad, en verdad os digo: Que vosotros lloraréis y gemiréis.* (*Joan.*, XVI, 20.) Pero en el futuro recibirán deleites y alegrías, por lo cual se añade: *Mas vuestra tristeza se convertirá en gozo.* Y San Pablo dice: *Porque entiendo que no son de comparar los trabajos de este*

tiempo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros. (*Rom.*, VIII, 18.)

(*In Joan.*, II.)

15 de enero

EL SANTÍSIMO NOMBRE DE DIOS

1º) El nombre de Dios es admirable porque obra maravillas en todas las criaturas: *Lanzarán demonios en mi nombre; hablarán nuevas lenguas; quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará.* (*Marc.* XVI, 17.)

2º) Es un nombre amable. *No hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que nos sea necesario ser salvos* (*Act.*, IV, 12). La salvación debe ser amada por todos. Tenemos el ejemplo de San Ignacio, el cual amó tanto el nombre de Cristo que, habiéndole pedido Trajano renegar del nombre de Cristo, respondió que no podía apartarlo de su boca; y como Trajano le amenazase que le haría cortar la cabeza para arrancar así ese nombre de su boca, replicó: "Aun cuando lo quites de la boca, jamás empero podrás arrancarlo del corazón; pues tengo impreso ese nombre en mi corazón, y por eso no puedo cesar de invocarlo." Oyendo esto Trajano y deseando probar, mandó cortar la cabeza del siervo de Dios y extraerle el corazón, y se encontró que tenía escrito el nombre de Cristo con letras de oro. Pues había colocado este nombre como un sello sobre su corazón.

3º) Es un nombre venerable. *Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y en los infiernos.* (*Phil.*,

II, 10.) *En los cielos,* es decir, los ángeles y bienaventurados; *en la tierra,* esto es, los hombres, que le veneran por el deseo de la gloria eterna o por temor del infierno; *en los infiernos,* es decir, los condenados, que lo hacen por temor.

4º) Es un nombre inefable, inexplicable, porque todas las lenguas desfallecen; y por eso a veces es explicado por las criaturas. Así por razón de su firmeza, se le llama piedra: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (*Matth.,* XVI, 18); se le dice fuego, porque purifica, pues así como el fuego limpia los metales, del mismo modo Dios purifica los corazones de los pecadores; también se le llama luz, porque ilumina, pues así como la luz disipa las tinieblas, del mismo modo el nombre de Dios alumbra las tinieblas del espíritu.

(Orat. Domini.)

Debemos saber que en el nombre de Dios se ha de andar, orar, hablar, obrar y esperar, como dice la Sagrada Escritura: *Éstos fían en sus carros, y aquéllos en sus caballos, mas nosotros invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro* (*Psal.,* XIX, 8); *Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré* (*Joan.,* XIV, 13); *Cualquier cosa que hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo* (*Col.,* III, 17); *Bienaventurado el varón cuya esperanza es el nombre del Señor.* (*Psal.,* XXXIX, 5.)

Consideremos también que el nombre de Jesús debe ser retenido en el corazón, porque es alegría; pronunciado con los labios, porque es júbilo; escuchado con el oído, porque es melodioso; llevado en la mano, porque es fuerza; y escrito en la frente, como un honor.

Advirtamos asimismo que el nombre de Dios

tiene mucho poder. Pues en él todo es creado, en él son ahuyentados los demonios, curadas todas las enfermedades, en él se justifican los pecadores, se alegran los tristes, son ayudados los tentados; en él se acrecienta la gracia de los justos, en él se salvan todos los que han sido llamados.

(*Serm.*)

16 de enero

TRES CLASES DE VINO

No tienen vino. (*Joan.*, II, 3.)

Antes de la Encarnación de Cristo llegaron a faltar tres clases de vino, a saber: el vino de la justicia, el de la sabiduría y el de la caridad o de la gracia.

I. Puesto que el vino rasca el paladar, por eso la justicia se llama vino. El samaritano echó vino y aceite en las heridas del maltratado, esto es, la severidad de la justicia con la dulzura de la misericordia. (*Luc.*, X, 34.) En el Salmo (XLIX, 5) se lee: *Distenos a beber vino de compunción.*

El vino, además, alegra el corazón, conforme a aquello del Salmo: *Y el vino que alegra el corazón del hombre* (CIII, 15). Por esto se dice vino a la sabiduría, cuya meditación alegra sobremanera, como dice la Escritura: *Ni su conversación tiene amargura.* (*Sap.*, VIII, 16.)

El vino, por otra parte, embriaga: *Comed, amigos, y bebed, embriagaos, los muy amados.* (*Cant.*, V, 1.) Por esta razón se llama vino a la caridad: *He bebido mi vino con mi leche.* (*Ibid.*, 1.) También se llama vino a la caridad por razón del

hervor: *El vino que engendra vírgenes.* (*Zach.*, IX, 17.)

II. Faltaba, efectivamente, el vino de la justicia en la ley antigua, en la cual la justicia era imperfecta. Pero Cristo la perfeccionó. *Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.* (*Matth.*, V, 20.)

Faltaba también, en ella, el vino de la sabiduría, pues todo era enigmático y figurativo, como dice el Apóstol: *Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura.* (I *Cor.*, X, 11.) Pero Cristo la manifestó: *Porque les enseñaba como quien tiene potestad.* (*Matth.*, VII, 29.)

Carecía asimismo del vino de la caridad, pues habían recibido únicamente el espíritu de servidumbre en el temor. Pero Cristo convirtió el agua del temor en el vino de la caridad, cuando dió *el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba (Padre),* (*Rom.*, VIII, 15); y cuando *la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones.* (*Rom.*, V, 5.)

(*In Joan.*, II.)

17 de enero

VIDA DE CRISTO ENTRE LOS HOMBRES

Después de esto fué visto en la tierra, y conversó con los hombres. (*Bar.*, III, 38.)

La manera de vivir de Cristo debió ser tal que conviniese al fin de la Encarnación, según el cual vino al mundo.

1º) Vino a manifestar la verdad, como dice Él

mismo: *Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio a la verdad* (*Joan.*, XVIII, 37.) Por eso no debía ocultarse, haciendo vida solitaria, sino presentarse en público predicando públicamente. Por lo cual dice a los que querían detenerlo: *A las otras ciudades es menester también que yo anuncie el Reino de Dios; pues para esto he sido enviado.* (*Luc.*, IV, 43.)

2º) Vino para librar a los hombres del pecado, según aquello: *Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores.* (I *Tim.*, I, 15.) Por eso, dice San Juan Crisóstomo: "Aunque Cristo pudiese, permaneciendo en un mismo lugar, atraer a sí a todos, para que escuchasen su predicación, sin embargo, no hizo esto, dándonos ejemplo, para que andemos y vayamos en busca del que perece, como el pastor busca la oveja perdida, y el médico se acerca al enfermo" [21].

3º) Vino para que tengamos por Él fácil acceso a Dios, como se dice a los Romanos (V, 2.). Y, por lo tanto, conversando familiarmente con los hombres, fué conveniente que diese confianza a los hombres para acercarse a él. Por lo que dice San Mateo: *Y acaeció que, estando él sentado a la mesa en la casa, vinieron muchos publicanos y pecadores y se sentaron a comer con él y con sus discípulos.* (*Matth.*, IX, 10.) Explicando lo cual dice San Jerónimo: "Los pecadores vieron que el publicano, convertido de sus pecados a una vida mejor, encontró medio de hacer penitencia, y por esto ellos mismos no desesperan de su salvación" [22].

Cristo quiso manifestar la divinidad por medio

21 En *Catena Aurea*, S. Thomae, sobre el pasaje de *Luc.*, IV: *Quia et aliis civitatibus.*

22 *Codex Alcan.*

de su humanidad. Y por consiguiente conversando con los hombres, lo cual es propio del hombre, manifestó a todos su divinidad predicando y haciendo milagros, y viviendo inocente y justamente entre los hombres.

(3ª *q*. XL, *a*. 1.)

18 de enero

CRISTO ELIGIÓ LA VIDA ACTIVA

I. La vida contemplativa, a la cual corresponde sobremanera la soledad, como dice Oseas (II, 14): *La llevaré al desierto, y le hablaré al corazón*, es absolutamente mejor que la activa, que se ocupa de los actos corporales; pero la vida activa, según la cual se transmite a otros por la enseñanza y la predicación lo que se ha contemplado, es más perfecta que la vida que solamente es contemplativa, porque tal vida presupone la abundancia de la contemplación, y por eso Cristo eligió tal vida y vivió entre los hombres.

II. Sin embargo, algunas veces Cristo buscaba los lugares solitarios, apartándose de las turbas. Por eso dice San Remigio: "Se lee que el Señor tuvo tres refugios, la nave, el monte y el desierto, y siempre que era asediado por las turbas, se refugiaba en alguno de ellos" [23].

Lo que Cristo ha obrado, lo ha hecho para instrucción nuestra; y por esto, para dar ejemplo a los predicadores de que no siempre se manifestasen en público, el Señor se apartó a veces de las

[23] En *Catena Aurea*, S. Thomae, c. 5. *Matth*.

turbas. Lo cual, según se lee, fué hecho por tres motivos: Unas veces para atender al descanso corporal. Por eso se lee que el Señor dijo a sus discípulos: *Venid aparte a un lugar solitario, y reposad un poco; porque eran muchos los que iban y venían; y ni aun tiempo para comer tenían.* (*Marc.*, VI, 31.)

Otras veces por causa de la oración, por lo que se dice (*Luc.*, VI, 12): *Aconteció en aquellos días que salió al monte a hacer oración, y pasó toda la noche orando a Dios.* Por lo que dice San Ambrosio que "nos instruye con su ejemplo en los preceptos de virtud".

Y finalmente, para enseñarnos a evitar el favor humano. Así, a propósito de aquello de San Mateo (V, 1): *Viendo Jesús las gentes, subió a un monte,* dice San Juan Crisóstomo: "Al no haberse sentado en la ciudad ni en la plaza, sino en el monte y la soledad, nos enseñó a no hacer nada por ostentación, y a alejarnos de los tumultos, y sobre todo cuando es necesario discutir sobre cosas necesarias" [24].

(3ª *q.* XL, *a.* 1, *ad* 2um *et ad* 3um.)

19 de enero

CRISTO NO DEBIÓ LLEVAR VIDA AUSTERA

Vino el Hijo del hombre, que come y bebe. (*Matth.*, XI, 19.)

Era adecuado al fin de la Encarnación que Cristo no hiciera una vida solitaria, sino que viviese con los hombres. Pero es muy conveniente

24 *Hom. XV in Matth.*

que el que vive con otros se adapte a su modo de vivir, según aquello del Apóstol: *Me he hecho todo para todos* (I *Cor.*, IX, 22). Por tanto fué muy conveniente que Cristo comiese y bebiese en compañía, como lo hacen los demás.

El Señor en su vida dió ejemplo de perfección en todo lo que por sí mismo pertenece a la salvación. Mas la abstinencia en la comida y bebida no pertenece directamente a la salvación, según aquello del Apóstol: *El reino de Dios no es comida ni bebida.* (*Rom.*, XIV, 17.) Y San Agustín dice que "no es culpable el uso de tales cosas, sino la pasión del que usa de ellas"[25].

Pero ambas vidas son lícitas y laudables, a saber: la del que, segregado de la comunidad de los hombres, guarde abstinencia, y la del otro que, viviendo en sociedad, haga una vida común. Por eso quiso el Señor dar ejemplo a los hombres de una y otra vida.

Como dice San Juan Crisóstomo: "para que aprendas cuán gran bien es el ayuno y qué escudo es contra el diablo, y por qué después del bautismo no conviene darse a la lascivia sino al ayuno, ayunó Él (Cristo) también, no porque necesitase de él, sino para instruirnos. No fué en el ayuno más lejos que Moisés y Elías, para que no pareciese increíble que se había encarnado en carne humana"[26].

Sin embargo, no sin motivo Cristo, después de haber ayunado en el desierto, volvió a la vida común. Pues convenía al género de vida, según el cual uno enseña a los otros las cosas contempladas, género de vida que se dice haber tomado Cristo, con el fin de dedicarse primero a la con-

[25] *De doctr. christ.*, lib. III, cap. 12.
[26] *Hom.*, XIII, *super Matth.*

templación, y después descender a la acción pública, conviviendo con los demás. Por lo que dice San Beda: "Cristo ayunó para no rehuir el precepto; comió con los pecadores, para que tú reconocieras el poder, al ver la gracia" [27].

(3ª *q.* XL, *a.* 2.)

20 de enero

CRISTO DEBIÓ LLEVAR VIDA POBRE

Se lee en San Mateo: *El Hijo del hombre no tiene en dónde recueste la cabeza* (VIII, 20), como si dijese, según Jerónimo: "¿Por qué deseas seguirme a causa de las riquezas y lucros del siglo, siendo tanta mi pobreza que no tengo siquiera un pequeño albergue, y uso de techo ajeno?" [28]. Y sobre aquello de San Mateo (XVII, 26): *Mas porque no los escandalicemos, ve al mar,* dice San Jerónimo: "Esto entendido, sencillamente edifica al oyente, cuando oye que el Señor fué tan pobre que no tuvo con qué pagar el tributo por sí y por el apóstol (Pedro)".

I. Fué conveniente que Cristo llevase vida pobre en este mundo:

1º) Porque esto era favorable al ministerio de la predicación, para la cual se dice haber venido: *Vamos a las aldeas y ciudades más cercanas, para predicar también allí; porque para esto he venido.* (*Marc.*, I, 38.) Es necesario que los predicadores de la palabra de Dios estén totalmente libres de los cuidados de las cosas mundanas, para en-

27 *Super Marc.*, II.
28 *Super illud, Matth.*, VIII: *Accedens unus scriba.*

tregarse totalmente a la predicación; lo cual no pueden hacer los que poseen riquezas. Por esta razón el mismo Señor, al enviar a sus apóstoles a predicar, les dice: *No poseáis oro ni plata, ni dinero.* (*Matth.*, X, 9.) Y los mismos apóstoles dicen: *No es justo que dejemos nosotros la palabra de Dios, y que sirvamos a las mesas.* (*Act.*, VI, 2.)

2º) Porque así como tomó la muerte corporal para darnos vida espiritual, así soportó la pobreza corporal para darnos las riquezas espirituales, según aquello del Apóstol: *Sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza.* (II *Cor.*, VIII, 9.)

3º) Por temor a que, si poseyera riquezas, se atribuyese la predicación a codicia. Por eso dice San Jerónimo acerca de las palabras: *No poseáis oro* (*Matth.*, X, 9), "si sus discípulos hubiesen tenido riquezas, parecería que no predicaban por causa de la salvación de los hombres, sino por causa de lucro", y la misma razón vale para Cristo.

4º) Para que se manifestase tanto mayor la virtud de su Divinidad, cuando más abyecta parecía por su pobreza. Por lo cual se dice en cierto sermón del concilio de Éfeso [29]: "Eligió todo lo pobre y vil, todo lo mediocre y, muchas veces, oscuro, para que se conociese que su Divinidad había transformado el mundo; por eso eligió una madre pobre, una patria más pobre, y careció de dinero, y esto te lo enseña el pesebre".

(3ª *q.* XL, *a.* 3.)

II. No fué conveniente que Dios, encarnado, llevase en este mundo vida opulenta y sublimada por los honores y dignidades.

[29] *A med. et habetur in eo conc., part.* 3, *c.* 9.

1º) Porque había venido para apartar de lo terreno y elevar hacia lo divino las mentes de los hombres entregadas a las cosas terrenas. Fué, por consiguiente, necesario arrastrar con su ejemplo a los hombres al desprecio de las riquezas y de las demás cosas que ambicionan los mundanos, y para que aquéllos llevasen en este mundo vida de escasez y de privaciones.

2º) Porque si hubiese abundado en riquezas y se hubiese situado en alguna dignidad suprema, se habría atribuído lo que hizo divinamente más al poder mundano que a la virtud de la divinidad. Por ese motivo fué prueba eficacísima de su divinidad el haber mejorado todo el mundo sin el concurso del poder secular.

(*Contra Gentiles,* lib. 4, cap. 54.)

21 de enero

CRISTO VIVIÓ EN ESTE MUNDO DE ACUERDO CON LA LEY (MOSAICA)

Se lee en San Mateo: *No penséis que he venido a abrogar la ley, o los profetas; no he venido a abrogarlos, sino a darles cumplimiento.* (*Matth.,* V, 17.) Exponiendo este pasaje San Juan Crisóstomo dice: "Cumplió la ley: 1º) no quebrantando observancia alguna legal; 2º) justificando por la fe, lo cual no podía hacer la ley tomada a la letra" [30].

Cristo vivió en todo conforme a los preceptos de la ley. En prueba de ello quiso también ser circuncidado; pues la circuncisión es cierta protesta de observar la ley, según dice el Apóstol:

30 *Hom.* XVI *in Matth.*

Protesto a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. (*Gal.*, V, 3.)

Quiso Cristo vivir conforme a la ley: 1º) para aprobar la ley antigua; 2º) para consumarla y terminarla en sí mismo observándola, demostrando que la ley estaba ordenada a él mismo; 3º) para quitar a los judíos la ocasión de calumniarlo; 4º) para librar a los hombres de la servidumbre de la ley, de acuerdo con aquellas palabras: *Envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho sujeto a la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley.* (*Gal.*, IV, 4, 5.)

Es cierto que Cristo sanó a un hombre en sábado y le ordenó que tomase su lecho, por lo cual decían los judíos: *Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado.* (*Joan.*, IX, 16.) Pero el Señor se justifica de tres maneras de no cumplir la ley en ese punto:

1º) Porque el precepto de la santificación del sábado no prohibe las obras divinas, sino las humanas. Pues aunque Dios cesó el día séptimo de crear nuevas criaturas, no obstante trabaja siempre en la conservación y gobernación de las cosas. Ahora bien, los milagros de Cristo eran obra divina. Por eso él mismo dice: *Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro.* (*Joan.*, V, 17.)

2º) Porque dicho precepto no prohibe las obras que son de necesidad aun para la salud corporal. Por ese motivo dice él mismo: *¿Cada uno de vosotros no desata en sábado su buey o su asno del pesebre, y lo lleva a abrevar?* (*Luc.*, XIII, 15.) *¿Quién hay de vosotros, que viendo su asno o su buey caído en un pozo, no le saque luego en día de sábado?* (*Luc.*, XIV, 5.) Es evidente que las obras de los milagros que Cristo hacía pertenecían a la salud del cuerpo y del alma.

3º) Porque aquel precepto no prohibe las obras que pertenecen al culto de Dios.

(3ª *q*. XL, *a*. 4.)

22 de enero

HUMILDAD Y OBEDIENCIA DE CRISTO

Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. (*Philip*. II, 8.)

I. Como prueba de humildad quiso Cristo padecer muerte de Cruz. Es verdad que la humildad no cabe en Dios, pues la virtud de la humildad consiste en que uno se contenga dentro de sus propios límites, no extendiéndose a cosas que están sobre sí, sino que se someta al superior; por lo cual es evidente que la humildad no puede convenir a Dios, el cual no tiene superior, sino que Él está sobre todas las cosas. Mas si alguno se somete alguna vez por humildad a un igual o inferior, es porque en alguna cosa estima superior a sí al que es simplemente igual o inferior.

Así, pues, aun cuando a Cristo no le atañe la virtud de la humildad, por razón de su naturaleza divina, correspóndele, sin embargo, según su naturaleza humana, y su humildad es más digna de alabanza a causa de su divinidad; pues la dignidad de la persona se suma para alabanza de la humildad, cuando, por ejemplo, por alguna necesidad, conviene que una persona grande padezca miserias. Ahora bien, ninguna dignidad humana es comparable a la de Dios.

Por consiguiente, la humildad del hombre-Dios es tanto más digna de alabanza, al sufrir la abyec

ción que él juzgó útil padecer por la salvación de los hombres. Los hombres, en efecto, por su soberbia, eran amadores de la gloria mundana. Así, por lo tanto, para despegar el corazón de los hombres de este amor de la gloria mundana y hacerles amar la gloria divina, quiso Cristo padecer la muerte, y no una muerte cualquiera, sino la más abyecta. Pues hay algunos que, aunque no temen la muerte, aborrecen, sin embargo, una muerte ignominiosa; mas para despreciar esta misma muerte vergonzosa, el Señor animó a los hombres con el ejemplo de la suya.

Y aun cuando se podía enseñar la humildad a los hombres con las palabras divinas, sin embargo, los hechos son más eficaces que las palabras para mover a la acción [31]; y con tanta mayor eficacia mueven los hechos, cuanto más cierto se está de la excelencia del que los da. De ahí que, aun cuando se encuentren muchos ejemplos de humildad en la vida de otros hombres, fué, sin embargo, muy conveniente que fuesen incitados por el ejemplo del hombre-Dios, del cual consta que no pudo errar, y cuya humildad es tanto más admirable cuanto su majestad es más sublime.

II. El Hijo de Dios, encarnado, sufrió la muerte para obedecer el mandato de su Padre, según la doctrina del Apóstol. Pues existe precepto de Dios a los hombres de practicar la virtud; y cuanto más perfectamente alguno ejecuta un acto virtuoso, tanto más obedece a Dios; mas entre las virtudes la principal es la caridad, a la cual se enderezan todas las otras. Por eso, ejercitando Cristo perfectísimamente el acto de caridad, fué

[31] *Verba movent, exempla trahunt* (Horat., *Epist. ad Pis.*).

obediente en grado máximo a Dios; pues ningún acto de caridad es más perfecto que sufrir la muerte por amor a alguno, como dice el mismo Señor: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos.* (*Joan.*, XV, 13.) Por consiguiente, al sufrir Cristo la muerte por la salvación de los hombres y gloria de su Padre. fué perfectamente obediente ejecutando el acto perfecto de caridad.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 55.)

23 de enero

DESPOSORIOS DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Siendo María, su madre, desposada con José... (*Matth.*, I, 18.)

I. ¿Existió verdadero matrimonio? Debe contestarse afirmativamente, porque allí existieron los tres bienes del matrimonio, a saber: la prole, el mismo Dios; la fidelidad, pues no existió ningún adulterio; y sacramento, porque hubo unión indisoluble de las almas.

Pero ¿cómo existió el matrimonio? Porque el voto impide contraer matrimonio. Como quiera que la Bienaventurada Virgen hizo voto de virginidad, parece que no se dió verdadero matrimonio. Debe decirse que (María) se sentía angustiada por dos cosas. Por un lado, le angustiaba la maldición de la ley a que estaba sujeta la mujer estéril; por otra parte, el propósito de guardar castidad; y por eso no se cree que, antes de desposarse con José, hubiese hecho voto absoluto de virginidad, sino únicamente bajo la condición de

si agradaba a Dios; y aun cuando la hubiese tenido de deseo, sin embargo, sometió su voluntad acerca de esto al arbitrio divino. Pero después, una vez que tomó esposo, conforme a lo que exigían las costumbres de aquellos tiempos, y después que hubo conocido que aquello era grato a Dios, de común acuerdo hizo con José voto absoluto de virginidad, y esto precisamente antes del anuncio del Ángel, pues respondió a éste: *¿Cómo será esto, porque no conozco varón?* [32], lo cual no hubiese dicho con verdad, si primero no hubiese dedicado su virginidad a Dios.

(*In Matth.*, I, y 3ª *q.* XXVIII, *a.* 4.)

II. Fué conveniente que Cristo naciese de una virgen desposada, ya por él mismo, ya por su madre, ya por nosotros.

A causa del mismo Cristo: 1º) para que no fuese rechazado por los infieles como nacido ilegítimamente; 2º) para que, según la forma acostumbrada, se describiese su genealogía por línea masculina; 3º) para tutela del niño nacido, a fin de que el diablo no procurase daño contra él con mayor violencia; por eso dice San Ignacio que ella se desposó para ocultar el parto al diablo; 4º, para que fuese alimentado por San José; y por eso fué llamado su padre como nutricio.

Por razón de la Virgen: 1º, porque por esto se hizo libre de la pena, esto es, para que no fuese apedreada por los judíos; 2º, para librarse de la infamia; prefirió el Señor que algunos dudasen de su origen a que dudasen del pudor de la madre, pues sabía que el recato de la virgen es delicado, y juzgó que su nacimiento no debía causar injuria a la fidelidad de la madre; 3º, para que

[32] *Luc.*, I, 34.

San José la ayudase, ya cuando huyese a Egipto, ya después de regresar de allí.

Fué conveniente para nosotros: 1º, porque por el testimonio de José fué probado que Cristo nació de una virgen, por lo cual dice San Ambrosio [33]: "Como testigo más elocuente del pudor de María está su esposo, el cual podría quejarse de la injuria y vengar el oprobio, si no conociese el misterio"; 2º, porque las mismas palabras de la virgen madre, que atestigua su virginidad, se hacen más creíbles; puesto que la desposada no tuvo motivo para mentir, ya que el premio del matrimonio y la gracia de las nupcias es la fecundidad de las mujeres; 3º, porque con esto se simboliza toda la Iglesia, que siendo virgen, se desposó, sin embargo, con un solo varón, Cristo. Puede haber además otro motivo para que la madre del Señor fuese desposada y virgen, el que en su persona fuesen honradas la virginidad y el matrimonio contra los herejes que han atacado a la una y al otro.

(3ª *q.* XXIX, *a.* 1.)

24 de enero

LA GRACIA INFINITA DE CRISTO

Dios no le da el espíritu por medida. (*Joan.*, III, 34.)

Una cosa se da a alguien para que la posea. Poseer al Espíritu Santo conviene a Cristo en cuanto Dios y en cuanto hombre. En cuanto hombre, porque él santifica; en cuanto Dios, sólo ma-

33 *Super Luc.*, cap. I, *In mense sexto.*

nifestando que el Espíritu Santo procede de él; y de los dos modos Cristo posee al Espíritu Santo sin medida.

En Cristo se da una triple gracia: gracia de unión, gracia habitual, que es personal al individuo, y gracia capital, que es un poder de influencia; y Cristo las recibió todas sin medida.

La gracia de unión se da a Cristo, por cuanto la naturaleza humana de Cristo está unida a la persona del Hijo de Dios. Y como la naturaleza divina es infinita, síguese que por la misma unión recibió un don infinito.

La gracia habitual se entiende por cuanto el alma de Cristo estuvo llena de gracia y de sabiduría. Se dice que Cristo la recibió sin medida por tres razones:

1º) Por parte del que la recibe. Cuando a una naturaleza no se le da el bien divino según la capacidad natural de su especie, se dice que se le dió con medida; pero aun cuando es llenada toda su capacidad natural, no parece que se le da con medida; porque aunque existe medida por parte del recipiente, no la hay, sin embargo, por parte del donante, si está dispuesto a darlo todo. Si uno va a sacar agua del río con una vasija, encuentra agua sin medida, aunque la saque con medida a causa de la capacidad limitada de la vasija.

2º) Por parte del don recibido. La gracia habitual de Cristo, finita según su esencia, se dice haber sido recibida sin término ni medida, porque Cristo recibió todo lo que puede pertenecer a la esencia de la gracia. Ningún otro recibe todo, sino uno de una manera y otro de otra.

3º) Por parte de la causa. Una causa contiene en cierto modo el efecto. Luego todo ser que tie-

ne una causa de un poder infinito de influencia, se dice que posee sin medida aquello que él influye, de algún modo, infinitamente. Si alguno, por ejemplo, poseyese una fuente que pudiera dar agua en cantidad infinita, se podría decir que tiene agua infinitamente y sin medida. Del mismo modo el alma de Cristo posee gracia infinita y sin medida, porque posee al Verbo unido a ella, el cual Verbo es principio infinito e inagotable de toda emanación de las criaturas.

Aquí se ve que la gracia de Cristo llamada capital es infinita en cuanto al poder de influencia. Por lo mismo que posee el principio de efusión sin medida, de los dones del Espíritu Santo, recibió virtud de derramarlos sin medida, de modo que la gracia de Cristo basta, no sólo para la salvación de algunos hombres, sino para los hombres del mundo entero, y aun de muchos mundos, si existieren.

(*In Joan.*, III.)

25 de enero

CONVERSIÓN DEL APÓSTOL SAN PABLO

Éste me es un vaso escogido para llevar mi nombre delante de las gentes. (*Act.*, IX, 15.)

I. Qué clase de vaso pudo haber sido el Bienaventurado Pablo se deduce de lo que dice el Eclesiástico: *Como vaso de oro macizo, adornado de toda piedra preciosa.* (*Eccli.*, L, 10.) Fué vaso de oro por el fulgor de su sabiduría. *Y el oro de aquella tierra es muy bueno.* (*Gen.*, II, 12.) Fué sólido por la virtud de la caridad, como dice él

mismo: *Estoy cierto de que ni muerte, ni vida... nos podrá apartar del amor de Dios.* (*Rom.*, IX, 38, 39.) Estuvo adornado de toda piedra preciosa, esto es, de todas las virtudes.

También se deduce qué clase de vaso fuera por todo lo que derramó, pues enseñó los misterios de la excelentísima divinidad que pertenecen a la sabiduría. Recomendó de modo acabado la caridad, e instruyó a los hombres en las diversas virtudes.

II. Los vasos están destinados de ordinario para conservar líquidos. Hay diversidad de vasos; unos son para el vino, otros para el aceite, y otros para otros líquidos; así también los hombres han sido llenados de gracias distintas, como de diversos licores.

Mas este vaso, de que ahora se trata, estuvo lleno de licor precioso, es decir, del nombre de Cristo, del cual se lee en los Cantares: *Óleo derramado es tu nombre.* (*Cant.*, I, 2.) Por eso se dice: *Para llevar mi nombre.* (*Act.*, IX, 15.) En efecto, parece que San Pablo estuvo todo lleno de este nombre; pues su inteligencia estuvo llena de él, según aquello: *Yo no he creído saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo.* (I. *Cor.*, II, 2.) También su corazón estuvo lleno de él, como se lee en la epístola a los Romanos: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?* (*Rom.*, VIII, 35.) Toda su vida estuvo impregnada de él, por eso decía: *Vivo, ya no yo, mas vive Cristo en mí.* (*Gal.*, II, 20.)

III. En cuanto al uso, sabemos que todos los vasos tienen un destino más o menos honroso, o más o menos vil. Pero este vaso de que hablamos fué destinado a un uso noble, pues es portador

del nombre divino: *para que lleve mi nombre.*

San Pablo llevó el nombre de Cristo: 1º, en su cuerpo, imitando su vida y pasión: *Yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús* (*Gal.*, VI, 17); 2º, en la boca: nombra en sus epístolas con mucha frecuencia a Cristo, porque de la abundancia del corazón habla la boca. Por lo cual puede simbolizarse por la paloma del arca: *Ella volvió a él por la tarde, trayendo un ramo de olivo con las hojas verdes en su pico.* (*Gen.*, VIII, 11.) La oliva significa la misericordia, y por eso adecuadamente el ramo de olivo simboliza el nombre de Jesús que simboliza también la misericordia: *Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo.* (*Matth.*, I, 21.) Pablo llevó ese ramo de hojas verdes al arca, es decir, a la Iglesia, cuando ejecutó frecuentemente su poder y su misión, predicando la gracia y la misericordia de Cristo.

IV. En cuanto a la utilidad, unos vasos son inútiles por el pecado o por el error. Pero San Pablo estuvo exento de pecado y de error. Por lo cual fué vaso útil de elección. La utilidad o fruto de este vaso se expresa cuando se dice: *Delante de las gentes, y de los reyes, y de los hijos de Israel.* (*Act.*, IX, 15.)

(*In Prolog. ad Rom.*)

26 de enero

SACERDOCIO DE CRISTO

Teniendo, pues, aquel grande Pontífice que penetró los cielos, Jesús, el Hijo de Dios. (*Hebr.*, IV, 14.)

I. Cristo es sacerdote.

El oficio propio del sacerdote es ser mediador entre Dios y el pueblo, por cuanto entrega al pueblo las cosas divinas y por eso se le llama sacerdote, que quiere decir, en cierto modo, que da las cosas sagradas (*sacra dans*), según aquello de Malaquías: *La ley buscarán de su boca* (II, 7), esto es, del sacerdote. Además, en cuanto ofrece a Dios las plegarias del pueblo y satisface a Dios, en cierta manera, por sus pecados. Por eso dice San Pablo: *Porque todo pontífice tomado de entre los hombres es puesto a favor de los hombres en aquellas cosas que tocan a Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados.* (*Hebr.*, V, 1.)

Esto conviene principalmente a Cristo, porque por él han sido conferidos a los hombres los dones divinos, como dice el apóstol San Pedro: *Por el cual* (por Cristo) *nos ha dado muy grandes y preciosas promesas; para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina.* (II *Petr.*, I, 4.) También él mismo reconcilió con Dios al género humano según aquello: *Porque en él quiso hacer morar toda plenitud; y reconciliar por él, asimismo, todas las cosas.* (*Colos.*, I, 19, 20.) Luego compete muchísimo a Cristo ser sacerdote.

II. Es al mismo tiempo sacerdote y hostia.

Todo sacrificio visible es sacramento, esto es, signo sagrado de un sacrificio invisible. El sacrificio invisible es aquél por el cual el hombre ofrece a Dios su espíritu, como dice David: *Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado* (*Psal.*, L, 19), por lo tanto todo lo que se presenta a Dios, para que el espíritu del hombre sea elevado a Dios,

puede llamarse sacrificio. Y el hombre necesita del sacrificio por tres razones.

1º) Para la remisión del pecado, por el cual el hombre se aparta de Dios, y por eso dice el Apóstol que al sacerdote pertenece *ofrecer dones y sacrificios por los pecados.* (*Hebr.*, V, 1.)

2º) Para que el hombre se conserve en estado de gracia, unido siempre a Dios, en quien consiste su paz y salvación; razón por la cual también se inmolaba en la antigua ley la víctima pacífica por la salvación de los que la ofrecían.

3º) Para que el espíritu del hombre se una perfectamente a Dios, lo cual ocurrirá principalmente en la gloria. Por eso en la ley antigua se ofrecía el holocausto, que era consumido enteramente en el fuego.

Todos estos bienes nos vinieron por la humanidad de Cristo.

1º) Nuestros pecados fueron destruídos; como dice San Pablo: *Fué entregado por nuestros pecados* (*Rom.*, IV, 25.)

2º) Por él hemos recibido la gracia que nos salva, según aquello: *Fué hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen.* (*Hebr.*, V, 9.)

3º) Por él hemos alcanzado la perfección de la gloria: *Teniendo confianza de entrar en el santuario* (esto es, en la gloria celestial) *por la sangre de Cristo.* (*Hebr.*, X, 19.)

Por lo tanto, Cristo, en cuanto hombre, no sólo fué sacerdote, sino también hostia perfecta, siendo a la vez hostia por el pecado, hostia pacífica y holocausto.

(3ª *q.* XXII, arts. 1 y 2.)

27 de enero

SÍNTESIS DE LA PREDICACIÓN DE CRISTO

El Verbo del eterno Padre, que comprende en su inmensidad todas las cosas, para volver a llevar a la excelsitud de la gloria divina al hombre empequeñecido por los pecados, quiso hacerse pequeño, tomando nuestra pequeñez, sin deponer su majestad.

Y para que ninguno se excuse de recibir la doctrina de la palabra celestial, que había entregado a los estudiosos amplia y dilucidadamente por medio de los volúmenes de la Santa Escritura, compendió brevemente su doctrina de la salvación humana en favor de los ocupados en los cuidados de la vida.

La salvación humana consiste en conocer la verdad, para que no sea obscurecido el entendimiento humano por los diversos errores; en proseguir su verdadero fin, no sea que, siguiendo fines indebidos, se aparte de la verdadera felicidad; en la observancia de la justicia, para que no se mancille con los diversos vicios. Cristo condensó en algunos breves artículos de la fe el conocimiento de la verdad, necesaria para la salvación humana. De ahí que diga el Apóstol: *Palabra abreviada hará el Señor sobre la tierra* (*Rom.*, IX 28), y *Ésta es la palabra de la fe que predicamos.* (*Rom.*, X, 8.)

En cuanto a la intención humana, él la rectificó por una breve oración, en la cual, para enseñarnos a orar, nos mostró cómo debe dirigirse nuestra intención y nuestra esperanza. En cuanto a la justicia humana, que consiste en observar la

ley, la resumió en el precepto único de la caridad: *Y, así, la caridad es el cumplimiento de la ley.* (*Rom.*, XIII, 10.)

El Apóstol enseñó también que toda la perfección de la vida presente consiste en la fe, esperanza y caridad, como en tres capítulos abreviados de nuestra salvación, diciendo: *Ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad.* (I *Cor.*, XIII, 13.) Por eso dice San Agustín que en tres cosas es honrado Dios.

La recta razón requiere este orden, porque el amor no puede ser recto si con anterioridad no se establece el debido fin de nuestra esperanza; y esto no es posible sin el conocimiento de la verdad. Así, la fe, que nos es necesaria para conocer la verdad, ocupa el primer lugar; luego la esperanza, por la cual se orienta nuestro deseo, al debido fin; y por último, es necesaria la caridad, por la cual se ordena totalmente el amor.

(*Ad Regin.*)

28 de enero

EL POZO DELEITOSO

Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo. (*Joan.*, IV, 11.)

I. Por la altura o profundidad del pozo se entiende la profundidad de la Sagrada Escritura y de la sabiduría divina: *Es grande su profundidad, ¿quién la sondeará?* (*Eccles.*, VII, 25.) La noria con que se saca el agua de la sabiduría salvadora es la oración: *Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios.* (*Jac.*, I, 5.)

El pozo de la doctrina sagrada se recomienda por tres razones: por su gran autoridad, ya que es dada por el Espíritu Santo; por su dulzura y suavidad: *¡Cuán dulces son tus palabras a mi paladar!* (*Psal.*, CXVIII, 103); por su fertilidad y fecundidad, porque no sólo se comunica a los sabios, sino también a los ignorantes.

II. Propiedades de la sagrada doctrina .

Es agua corriente. Cuando dice: *El agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua* (*Joan.*, IV, 14), demuestra que su doctrina es agua viva por el movimiento del agua misma. Por eso dice que es fuente que corre: *El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios.* (*Psal.* XLV, 5.)

Es agua ascendente. Uno es el curso del agua material, esto es, hacia abajo; y otro el de esta agua espiritual, pues se dirige hacia arriba. Por ese motivo dice: El agua material no quita la sed; pero el agua que yo doy, no solamente quita la sed, sino que es viva, porque está unida a la fuente. Por eso dice: *se hará en él una fuente.*

Es agua que sube hasta el cielo. *Se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna.* (*Joan.*, IV, 14.) Una fuente que lleva a la vida eterna por las buenas obras. Por eso dice: *de agua que saltará,* esto es, que hace saltar *hasta la vida eterna,* donde no hay sed. Y en otro lugar dice el mismo Evangelista: *El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva* (es decir, de buenos deseos). (*Joan.*, VII, 38.) Y el Profeta Daniel: *En ti está la fuente de la vida* (*Psal.*, XXXV, 10), el Espíritu Santo, que es espíritu de vida.

(*In Joan.*, IV.)

29 de enero

DEBERES PARA CON EL VERBO DE DIOS

I. Si el Verbo de Dios es el Hijo de Dios, y si todas las palabras de Dios son cierta semejanza del mismo Verbo, debemos ante todo escuchar con agrado las palabras de Dios; pues es señal de que amamos a Dios, si escuchamos con gusto sus palabras.

1º) Debemos creer las palabras de Dios, porque por ello el Verbo de Dios habita en nosotros, es decir, Cristo, que es el Verbo de Dios: *Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones* (*Eph.*, III, 17), y *Ni tenéis en vosotros estable su palabra.* (*Joan.*, V, 38.)

2º) Es necesario que meditemos continuamente en el Verbo de Dios, que vive en nosotros, pues no sólo es necesario creer, sino, además, meditar; de otra manera, no nos serviría de nada. Esta meditación es muy eficaz contra el pecado: *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti* (*Psal.*, CXVIII, 11); y en otro lugar se dice del varón justo: *Y en su ley medita día y noche.* (*Psal.*, I, 2.) Por eso se dice de la Bienaventurada Virgen que *guardaba todas esas cosas en su corazón.* (*Luc.*, II, 51.)

3º) Es necesario que el hombre comunique a otros la palabra de Dios, aconsejando, predicando e inflamando. Por eso dice el Apóstol: *Ninguna palabra mala salga de vuestra boca; sino sólo la que sea buena para edificación* (*Eph.*, IV, 29); *La palabra de Cristo more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos a los otros* (*Colos.*,

III, 16); y por último: *Que prediques la palabra, que instes a tiempo, y fuera de tiempo; reprende, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina* (II, *Tim.*, IV, 2.)

4º) La palabra de Dios debe ser llevada a la práctica, como dice la Escritura: *Sed, pues, hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos a vosotros mismos.* (*Jac.*, I, 22.)

II. Estos cinco deberes cumplió en su orden la Bienaventurada Virgen María cuando engendró al Verbo de Dios en sí misma. Porque primero escuchó: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti.* (*Luc.*, I, 35.) En segundo lugar, consintió por la fe: *He aquí la esclava del Señor.* (*Luc.*, I, 38.) En tercer lugar, lo tuvo y llevó en sus entrañas. En cuarto lugar, le dió a luz. Por último, lo nutrió y amamantó, como canta la Iglesia: Al Rey de los Ángeles sólo la Virgen amamantó, cuyo pecho llenaba el cielo. (Responsorio VIII de la fiesta de la Circuncisión.)

(*Opusc.* VII, *In Symb.*)

30 de enero

OBSERVANCIA DE LA PALABRA DE DIOS

I. *Si alguno oyere mis palabras y no las guardare, no le juzgo yo.* (*Joan.*, XII, 47.)

Debe advertirse que son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan, creyéndola interiormente en el corazón y practicándola exteriormente con las obras. Mas los que la oyen y no procuran practicarla, se hacen por ello más culpables: *No son justos delante de Dios los que*

oyen la ley, mas los hacedores de la sey serán justificados. (*Rom.*, II, 13.) Y Santiago: *Sed, pues, hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente.* (*Jac.*, I, 22.)

Si alguno oyere mis palabras y no las guardare, no le juzgo yo. (*Joan.*, XII, 47.) De dos maneras puede decirse que alguien condena a otro; o como juez o como causa de condenación. Pues no solamente condena al homicida el juez que dicta la sentencia, sino también le condena el mismo homicidio perpetrado, que es causa de su condenación. Así, pues, dice (Jesús): *No le juzgo yo,* es decir, no soy yo causa de su condenación, sino él mismo. Por ello dice Oseas: *Tu perdición, Israel, de ti; sólo en mí está tu socorro.* (*Os.*, XIII, 9.) Y esto, precisamente, *porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo* (*Joan.*, XII, 47), esto es, no he sido enviado para condenar, sino para salvar.

II. *El que me desprecia, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue.* (*Joan.*, XI, 48.) Como si dijese: Los que no guardan mis palabras, creyendo y practicando, no quedarán impunes, quienesquiera que sean. La razón se funda en que, si no reciben la palabra de Dios, desprecian lo dicho por Dios, cuyo Verbo es él mismo, como el que no obedece el mandato de su Señor. Y dice Job: *Huid, pues, de la vista de la espada, porque espada hay vengadora de iniquidades; y tened entendido que hay juicio.* (*Job.*, XIX, 29.)

III. *La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrimero.* (*Joan.*, XII, 48.) Lo que equivale a decir, según San Agustín: Soy Yo el que juzgaré. Porque Cristo aludió a sí mismo en

sus discursos, y se anunció a sí mismo. Pues Él es la palabra que habló, ya que habló de sí mismo, como dice San Juan: *Si yo doy testimonio de mí mismo, verdadero es mi testimonio; porque sé de dónde vine, y adónde voy.* (*Joan.*, VIII, 14.) Como si dijese: Lo mismo que les he hablado y que, sin embargo, ellos despreciaron, eso mismo les juzgará.

(*In Joan.*, XII.)

31 de enero

UTILIDAD DE MEDITAR LOS MISTERIOS DE CRISTO

He meditado en todas tus obras. (*Psal.*, CLII, 5.)

I. Las cosas de la Divinidad son por sí mismas las que más excitan el amor y, por consiguiente, la devoción, porque se debe amar a Dios siempre sobre todas las cosas; pero la debilidad del espíritu humano hace que, así como necesita de guía para el conocimiento de las cosas divinas, de la misma manera debe ser conducido al amor por el conocimiento de las cosas sensibles entre las cuales la principal es la humanidad de Cristo, según lo que se dice en el Prefacio[34]: *Para que conociendo visiblemente a Dios, por él (por Cristo) seamos arrastrados al amor de las cosas invisibles.* Por consiguiente, las que pertenecen a la humanidad de Cristo, a modo de cierta guía manual, excitan en nosotros muy particularmente la devoción, y frecuentemente mayor devoción se

[34] Prefacio de Navidad: *Ut, dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur.*

despierta de la consideración de la Pasión de Cristo y de los otros misterios de la humanidad, que de la consideración de la divina grandeza; a pesar de que la devoción consiste principalmente en los misterios divinos.

(2, 2^{ae}, *q.* LXXXII, *a.* 3 *ad* 2um.)

II. Cristo decía a los Apóstoles después de lavarles los pies: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?* (*Joan.*, XIII, 12); como si dijese: Ciertamente veis mis acciones, pero ignoráis, sin embargo, por qué he hecho esto. Pregunta, por lo tanto, para mostrar la grandeza del hecho, y mover a meditar en él.

Los hechos de Dios deben ser meditados a causa de su profundidad, como dice el salmo (XCI, 6): *¡Cuán magníficas son, Señor, tus obras! Extremadamente profundos son tus pensamientos.* Apenas podemos conocer suficientemente las acciones de Dios, según aquello del Eclesiastés: *Entendí que el hombre no podría hallar ninguna razón de todas las obras de Dios.* (*Eccles.*, VIII, 17.)

Su meditación es agradable: *Porque me has deleitado, Señor, en tu hechura y en las obras de tus manos me regocijaré* (*Psal.*, XCI, 5)

Su meditación es útil, porque lleva al conocimiento de su autor: *Porque las obras, que el Padre me dió que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí.* (*Joan.*, V, 36.)

(*In Joan.*, XIII.)

III. Si alguno considera con intención piadosa la conveniencia de la Pasión y Muerte de Cristo, encontrará tanta profundidad de sabiduría, que siempre se le presentarán cosas nuevas y más elevadas, y por experiencia verá cuánta verdad hay

en lo que dice el Apóstol: *Nosotros predicamos a Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles; mas para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos, predicamos a Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios* (I *Cor.*, I, 23, 24); y más adelante: *Pues lo que parece loco en Dios, es más sabio que los hombres.* (*Ibid.*, 25.)

(*Contra Saracenos.*)

1º de febrero

JESÚS LLAMA A LA PUERTA

He aquí que yo estoy a la puerta, y llamo. (*Apoc.*, III, 20.)

Yo estoy, en espera de la penitencia. *Aguarda el Señor, para tener misericordia de vosotros.* (*Is.*, XXX, 18.) Y en el Cantar de los Cantares: *Vedle que él mismo está tras nuestra pared* (II, 9). *A la puerta* del corazón, que es el libre albedrío. *Ninguno de vosotros salga de la puerta de su casa hasta la mañana.* (*Ex.*, XII, 22.) Esta puerta está cerrada, mientras el hombre tiene voluntad de pecar, de modo que el Señor no puede entrar, pues como dice el libro de la Sabiduría: *En alma maligna no entrará la sabiduría* (I, 4).

Y llamo, inspirando, azotando, predicando, y concediendo beneficios: *La voz de mi amado que toca: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, sin mancilla.* (*Cant.*, V, 2.)

Si alguno oyere (*Apoc.*, III, 20), es decir, con un oído del corazón, que es la inteligencia, y con el otro, que es la obediencia, *mi voz,* es decir, mi

inspiración, o flagelación, o predicación o colación de beneficios que se dicen voz de Dios, porque por ellas nos llama a sí el Señor, y sin embargo son pocos los que escuchan.

Y me abriere la puerta de su corazón, es decir, la voluntad, por la cual entra Cristo al alma, y que se dice abrirse a Cristo por el consentimiento en el bien, y al diablo por el consentimiento en el mal.

Entraré a él infundiéndole la gracia, como entra el sol en la casa por la ventana abierta, introduciendo sus rayos, pues el sol no entra de otra manera si no se abre la puerta, y una vez abierta ésta, entra.

Y cenaré con él, esto es, me deleitaré en su fe y obras. *Y él conmigo,* porque se alegrará de mi auxilio. O *cenaré con él y él conmigo,* es decir, me reconciliaré con él y él conmigo. Porque la cena común es señal de reconciliación mutua y de amor recíproco.

También cena Dios con el hombre infundiéndole la gracia, con la cual es confortado el hombre, y el hombre con Dios, correspondiendo a la gracia; y así el uno cena con el otro poniendo cada cual su parte.

Pero Dios cena primero con el hombre, porque obra con anterioridad, infundiendo la gracia o excitando el libre albedrío; y el hombre cena después con Dios, cooperando a la gracia o consintiendo a la inspiración. Por eso se dice en la epístola a los Hebreos: *Atendiendo a que ninguno falte a la gracia de Dios; porque brotando alguna raíz de amargura no os impida.* (*Hebr.*, XII, 15.)

Asimismo cena Dios con el hombre reconfortándole en sus merecimientos. Y así dice Isaías:

Éste es mi reposo, reparad al cansado, y éste es mi refrigerio. (*Is.*, XXVIII, 12.) Y el hombre cena con el Señor en los dones que le perfeccionan: *Seré saciado cuando apareciere tu gloria.* (*Psalm.*, XVI, 15.)

Igualmente cena el Señor con el hombre aquí abajo; y el hombre, con Dios en el cielo. Pero la cena con que Dios obsequia al hombre es mejor que la que el hombre ofrece a Dios, pues, como dice el Apóstol: *Porque entiendo que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros* (*Rom.*, VIII, 18). Por lo tanto, dice el Evangelista San Juan: *Bienaventurados los que han sido llamados a la cena de las bodas del Cordero.* (*Apoc.*, XIX, 9.)

(*In Apoc.*, c, III.)

2 de febrero

PURIFICACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Y después que fueron cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés[35], *lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor.* (*Luc.*, II, 22.)

En este Evangelio podemos notar siete virtudes de la Bienaventurada Virgen: la humildad en una purificación, que ella no necesitaba; el amor a la pureza, en esta purificación sobreabundante; el amor a la obediencia, según la ley; el respeto al Hijo al llevarlo al Templo: *lo llevaron*; la de-

[35] *Lev.*, XII, 2 y *Ex.*, XIII, 2, 25.

voción a los lugares santos: *a Jerusalén;* la acción de gracias en la oblación del Hijo: *para presentarlo al Señor,* porque lo ofrecemos a ti, Señor, que nos lo has dado; y la pobreza en la oblación: *un par de tórtolas, que era la oblación de los pobres.*

Al querer la Bienaventurada Virgen ser purificada, sin tener necesidad, nos enseñó cómo debemos purificarnos nosotros, que lo necesitamos. Debemos purificarnos de ocho modos, como puede colegirse del texto:

1º) De la mancha del pecado. *El Señor lo purificó de sus pecados.* (*Eccli.*, XLVII, 13.)

2º) En el conocimiento, en cuanto a la inteligencia. *De corazón puro* (I *Tim.*, I, 5), esto es, de entendimiento sin error.

3º) En el afecto, en cuanto al amor. *Los que invocan al Señor con la conciencia pura.* (II *Tim.*, II, 22.)

4º) En el espíritu, por la recta intención. *Limpiad la vieja levadura* (I *Cor.*, V,7), esto es, la hipocresía. *Y guardaos de la levadura de los fariseos, que es hipocresía.* (*Luc.*, XII, 1.)

5º) En la boca, en cuanto a las palabras. *La palabra pura, como muy agradable, será aprobada de él.* (*Prov.*, XV, 26.)

6º) En las manos, en cuanto a las acciones. *Levantando las manos puras.* (I *Tim.*, II, 8.)

7º) En todo el cuerpo, en cuanto a la manera de vivir.

8º) En los bienes, en cuanto a la supresión de cosas superfluas. *Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará.* (*Joan*, XV, 2.)

(*Serm.*)

3 de febrero

PRESENTACIÓN DE CRISTO EN EL TEMPLO

Cristo quiso nacer bajo la ley *para redimir a aquéllos que estaban bajo la ley* (*Gal.*, IV, 5) y para que la justificación de la ley se cumpliese espiritualmente en sus miembros. Mas de la prole nacida se establece doble precepto en la ley. Uno general, que se refería a todos, a saber, que cumplidos los días de la purificación de la madre, se ofreciese un sacrificio por el hijo o la hija[36]; y este sacrificio tenía por objeto, ya la expiación del pecado, en que la prole había sido concebida y nacida, ya también cierta consagración de la misma, puesto que entonces era presentada por vez primera en el templo. Por eso se ofrecía algo en holocausto y algo por el pecado.

Existía otro precepto especial en la ley acerca de los primogénitos, tanto en los hombres como en los animales, porque el Señor se había reservado para sí a todo primogénito de los hijos de Israel, puesto que, para librar al pueblo de Israel, había matado a los primogénitos de Egipto desde el hombre hasta los animales, con excepción de los primogénitos de Israel. Este mandato se establece en el Éxodo (XIII), en el que se prefiguraba Cristo, que es *el primogénito entre muchos hermanos.* (*Rom.*, VIII, 29.) Luego, puesto que Cristo nació de mujer como primogénito y quiso nacer bajo la ley, demuestra el Evangelista haberse observado con él estas dos cosas: 1º) Lo que se refiere a los primogénitos, cuando dice: *Lo lleva-*

[36] *Lev.*, XII.

ron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: Que todo varón que abriere matriz, será consagrado al Señor. (*Luc.*, II, 22, 23.) 2º) Lo que pertenece comúnmente a todos, cuando dice: *Y para dar la ofrenda, conforme está mandado en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos palominos.* (*Ibid.*, 24.)

La humanidad de Cristo siempre estuvo muy presente a Dios, y sin embargo, debió ser presentada por nosotros. Porque así como el Hijo de Dios no se hizo hombre y fué circuncidado en la carne para propia utilidad, sino para hacernos dioses por su gracia y para que seamos circuncidados espiritualmente, así también es presentado al Señor por nosotros, para que nosotros mismos aprendamos a presentarnos a Dios. Y esto se hizo después de su circuncisión, para demostrar que nadie es digno de las miradas de Dios si no está circuncidado de sus vicios.

Se manda, efectivamente, en el Levítico (XII) que quienes pudiesen ofrecieran por el hijo o hija un cordero y además una tórtola o paloma; pero los que no pudieran ofrecer un cordero, ofreciesen dos tórtolas o dos pichones. El Señor que, *siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza* (II *Cor.*, VIII, 9), quiso que se ofreciese por él la ofrenda de los pobres, del mismo modo que en su nacimiento quiso ser envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

(3ª *q.* XXXVII, *a.* 3.)

4 de febrero

CÓMO HEMOS DE PRESENTARNOS A DIOS

Cuatro cosas son necesarias, las cuales están indicadas místicamente en la oblación de Cristo, a saber: pureza de mente, humildad de corazón, tranquilidad de alma y fecundidad de buenas obras.

1º) En primer lugar, por el tiempo de la oblación, la cual se verificó *una vez que fueron cumplidos los días de la purificación,* se expresa místicamente que no podemos ofrecernos a Dios si no nos purificamos primero de toda inmundicia del alma y del cuerpo, como se lee en el Eclesiástico: *Los ojos de Dios son mucho más claros que el sol, y no pueden mirar hacia la iniquidad.* (XXIII, 28.) Y en el Evangelio de San Mateo: *Si no os volviereis, e hiciereis como niños* (XVIII, 3). A esto dice San Beda: "Si no tuviereis inocencia y pureza de alma como los niños, no entraréis en el reino de los cielos." *No entrará en ella cosa contaminada.* (*Apoc.*, XXI, 27.) Dos cosas debemos purificar en nosotros mismos: el entendimiento, para que conozca, y la voluntad para que quiera.

2º) Lo segundo, a saber, la humildad de corazón, está señalado por el hecho de que quiso ofrecerse *conforme a la ley,* Él, que no estaba sujeto a esa ley, puesto que el Verbo de Dios se hizo carne por obra del Espíritu Santo. Y quiso ofrecerse de eso modo en señal de humildad, para enseñarnos a hacernos dignos de las miradas de Dios por los méritos de la humildad. *Todo lo precioso vió su ojo* (*Job.*, XXVIII, 10), es decir,

que ve con la luz de su gracia y de su sabiduría al alma que se humilla, porque nadie vale tanto a los ojos de Dios como el que se tiene por nada ante sus propios ojos: *¿No es verdad que cuando eras pequeñito a tus ojos, fuiste hecho cabeza de los hijos de Israel?* (I *Reg.*, XV, 17.)

3º) Se significa la tranquilidad del alma por el hecho de que fué ofrecido *en Jerusalén*, que se interpreta "pacífica o visión de paz". Por eso dice el Apóstol: *Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios.* (*Hebr.*, XII, 14.) A este respecto dice San Agustín: "La paz es serenidad del espíritu, tranquilidad del alma, sencillez del corazón, vínculo del amor, consorcio de la caridad. Y quien no quisiere observar el testimonio de la paz no podrá llegar a la herencia del Señor. Ni puede tener concordia con Cristo el que quisiere estar en desacuerdo con el cristiano". *Y será de sábado en sábado,* dice Isaías (LXVI, 23); a lo que añade la Glosa: Porque descansará en el futuro quien aquí se abstiene de malas acciones.

4º) Lo cuarto (la fecundidad de las buenas acciones) se designa por la circunstancia de que Cristo fué ofrecido con dones: *No comparecerás vacío en mi presencia* (*Ex.*, XXIII, 15), esto es, *de buenas obras,* según añade la Glosa. Si el arca del corazón está repleta de buena voluntad, no estará vacía de dones la mano.

(*De Humanitate Christi.*)

5 de febrero

EL TEMPLO DE DIOS

Y luego vendrá a su templo el Dominador, a quien vosotros buscáis. (*Malach.*, III, 1.)

Estas palabras pueden entenderse de la venida al seno de la Virgen. Pues ella es templo admirable de Dios sobre todos los santos.

I. Porque es admirablemente grande por la longitud y latitud de la caridad. Pues así como tuvo más fe, esperanza y caridad que cualquier criatura; así también tuvo más grandeza. *La casa que edificaba el rey Salomón al Señor tenía sesenta codos de largo.* (III *Reg.*, VI, 2.)

II. Porque es codiciosamente hermoso. *No había parte alguna en el templo que no estuviese cubierta de oro* (III *Reg.*, VI, 22); pues nada había en la Virgen que no estuviese lleno de santidad: *Hermosa eres, amiga mía.* (*Cant.* VI, 3.)

III. Porque está pintado con figuras variadas, esto es, decorado con las virtudes de todos los ángeles y santos. *E hizo en ellas* (en las paredes del templo) *querubines... y diversas figuras.* (III *Reg.*, VI, 29.)

IV. Porque está adornado con grandes y maravillosas columnas. *La sabiduría edificó casa para sí, cortó siete columnas.* (*Prov.*, IX, 1.) Por las siete columnas pueden entenderse las siete virtudes que se advierten en la Bienaventurada Virgen en el Evangelio de la fiesta de la Purificación.

V. Consagrado por la intervención de la Santísima Trinidad. *Santificó su tabernáculo el Altísimo.* (*Psal.*, XLV, 5.) *El Espíritu Santo vendrá sobre ti.* (*Luc.*, I, 35.)

VI. Porque a causa de su gran dignidad goza del privilegio de que se salven todos los reos y malhechores que se refugien en él, y de que sean escuchadas todas las oraciones que se derramen en él.

VII. Porque fué edificado para que en él se hiciese hombre el Hijo de Dios.

Acudamos, pués, con confianza al templo de la gracia, para que encontremos misericordia en tiempo oportuno.

(*Serm.*, XXIII.)

6 de febrero

DEBEMOS SEGUIR AL SEÑOR

Y le seguía una grande multitud de gente. (*Joan.*, VI, 2.)

Debemos seguir a Cristo por tres motivos: porque nada hay más fácil antes de la muerte, nada más seguro en la muerte, nada más provechoso después de la muerte.

1º) Nada más fácil antes de la muerte, porque él mismo nos enseñó el camino: *Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas.* (I *Petr.*, II, 21.) Y he aquí su camino. *Que no hizo pecado*: he aquí el camino de la pureza; *ni fué hallado engaño en su boca*: he aquí el camino de la verdad; *padeciendo*

no amenazaba: he aquí el camino de la paciencia final. (*Ibid.*, 22, 23.) Pues poco sería seguirle hasta el término del estado de la vida por la penitencia, y retroceder después por la reincidencia.

2º) Nada más seguro en la muerte. Porque quienes se unieron a él en vida, serán protegidos por él en la muerte. Porque el peregrino bueno y fiel no abandona a su compañero en la enfermedad, sino que lo asiste diligentemente. Por eso dice San Juan: *Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano.* (*Joan.*, X, 27, 28.)

El diablo es como el lobo que acecha a las ovejas que entran y salen del aprisco; pero el Señor es como el buen pastor, que, cuando saca a las ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, y él las lleva a los pastos. Porque precede a las almas que salen del mundo, para abrirles la puerta e introducirlas en la vida eterna. Por eso se lee en el Evangelio: *Cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no le siguen, antes huyen de él.* (*Joan.*, X, 4, 5.)

3º) Nada más provechoso después de la muerte. Por eso se dice: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme.* (*Math.*, XIX, 21.) Por eso, sobre aquello de San Mateo (XIX, 28)[37]: *Vosotros que habéis abandonado todas las cosas, y me habéis seguido, recibiréis ciento por uno,* exclama San Bernardo: "¿Qué infamia es que vacilen los hombres en abandonar lo simple por lo céntuplo? ¿Dónde está el codi-

[37] La cita no responde a la Vulgata, y por lo tanto tampoco la traducción castellana.

cioso? ¿Dónde está el ambicioso? ¿Dónde está el rebuscador de este siglo? ¿Por qué la avaricia desprecia, y se duermen los hombres ante un negocio seguro y unos mercados tan lucrativos? Pues si le seguís, recibiréis el ciento por uno y poseeréis la vida eterna."

(Serm.)

7 de febrero

EL YUGO DE CRISTO

1º) *Traed mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que manso soy y humilde de corazón.* (*Matth.*, XI, 29.) *Traed mi yugo*, es decir, la doctrina del Evangelio. Toda ley nueva consiste en dos cosas: en la mansedumbre y en la humildad. Por la mansedumbre el hombre se ordena al prójimo. Por la humildad, a sí mismo y a Dios. Con relación a esto dice Isaías: *¿Sobre quién descansará mi espíritu sino sobre el tranquilo y el humilde?* (LXV, 2.) De ahí que la humildad haga al hombre capaz de Dios.

2º) De la utilidad de llevar el yugo había dicho: *Venid a mí... y yo os aliviaré.* (*Matth.*, XI, 28.) ¿Qué alivio es éste? *Hallaréis reposo para vuestras almas.* (*Ibid.*, 29.) Pues el cuerpo no se alivia mientras está agotado; mas cuando desaparece el agotamiento, entonces se dice que está aliviado. Como es el hambre en el cuerpo, así es el deseo en la mente; por lo cual es un alivio la satisfacción de los deseos. Por eso dice el Profeta: *Él llena de bienes tu deseo* (*Psal.*, CII, 5). Y éste es el descanso del alma. En el Eclesiástico se dice: *Trabajé poco, y hallé para mí mucho reposo:*

(LI, 35). Así, los mansos no se sosiegan en el mundo; por lo cual *hallaréis reposo* eterno, es decir, el cumplimiento de los deseos.

3º) *Porque mi yugo suave es y mi carga ligera.* (*Matth.*, XI, 30.)

En todas las cosas la doctrina de Cristo es una carga ligera porque cambia el corazón, y no nos hace amar las cosas temporales, sino las espirituales. Pues para el que ama las cosas temporales es más pesado perder lo módico que perder lo mucho para el que ama las espirituales. La ley antigua no prohibía las cosas temporales, por eso les era penoso perderlas. Pero ahora, aun cuando al principio es algo pesado, después, sin embargo, es poco molesto. *Te guiaré por las sendas de la equidad; en las cuales después que hubieres entrado, no se estrecharán tus pasos.* (*Prov.*, IV, 11, 12.)

Además, en cuanto a la acción, la ley agobiaba con actos externos. Mas nuestra ley está únicamente en la voluntad. Por eso se dice: *El reino de Dios no es comida ni bebida.* (*Rom.*, XIV, 17.)

Asimismo, la ley de Cristo es agradable, y por ello añade el Apóstol: *sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo.*

Ciertamente las adversidades son muchas, porque: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecución.* (II *Tim.*, III, 12.) Pero esas persecuciones no son pesadas, porque están condimentadas con amor; y cuando uno ama a alguien, no le es pesado lo que sufre por él. Por eso el amor hace ligeras las cosas pesadas e imposibles. Si, pues, alguno ama bien a Cristo, nada le es pesado, y por consiguiente la ley nueva no agobia.

(*In Matth.*, cap. XI.)

8 de febrero

IMITACIÓN DE CRISTO

Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho a vosotros, vosotros también hagáis. (*Joan.*, XIII, 15.)

I. En los actos humanos más mueven los ejemplos que las palabras; pues el hombre ejecuta y elige lo que le parece bueno. Por eso más eficazmente demuestra lo que es bueno eligiéndolo él mismo, que enseñando lo que debe ser elegido. De ahí que cuando alguien dice una cosa pero hace otra, mejor persuade a los demás por lo que hace, que por lo que enseña. Por consiguiente, es absolutamente necesario dar ejemplo con los hechos.

Mas el ejemplo de un simple hombre no era suficiente para arrastrar al género humano a imitarlo; ya porque la razón humana desfallece en la reflexión, ya porque es engañada en el examen mismo de las cosas.

Y por ese motivo se nos da el ejemplo del Hijo de Dios, que es infalible y suficiente para todo. Por eso dice San Agustín: "¿Qué soberbia no será sanada, si es sanada por la humildad divina? Del mismo modo ¿qué avaricia, y así en lo demás?"

Pero advierte cómo es conveniente que el Hijo de Dios sea para nosotros un ejemplo de virtudes. Él es el arte del Padre, de suerte que, así como fué el ejemplar de la creación, conviene que sea también ejemplar de la justificación. *Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas.* (I *Petr.*, II, 21.) *Sus pisadas*

siguió mi pie, su camino guardé, y no me desvié de él. (*Job.*, XXIII, 11.)

(*In Joan.*, XIII.)

II. Cristo es un ejemplo infalible, pues de ninguna manera pudo pecar. Puede ser considerado como viador, como comprensor y como Dios.

Como viador, parece ser el guía que nos conduce por el camino derecho. Pues es necesario en cada género que el primer regulador no pueda torcerse; porque, en caso contrario, existiría error en todas las cosas que se regulan por él. Por ello poseyó Cristo tanta plenitud de gracia, que no podía pecar, aun como viador. Por la misma razón fueron también confirmados los que estuvieron próximos a él, para que tampoco pudiesen pecar mortalmente los apóstoles aun como viadores, aunque pudieron pecar venialmente.

En cuanto fué comprensor, su mente estuvo totalmente unida al fin, de modo que no podía obrar sino en orden al fin.

En cuanto Dios, su alma y su cuerpo fueron como órgano de la Divinidad, por cuanto la Divinidad regulaba al alma, y ésta al cuerpo. Por lo cual no podía el pecado tocar a su alma, del mismo modo que Dios no puede pecar.

También podemos nosotros participar de algún modo de esta impecabilidad, si seguimos el camino de nuestro guía, si procuramos unir nuestra mente al fin, si dejamos a Dios regir nuestra alma.

(3, *dist.* 12, *q.* II, *a.* 1.)

9 de febrero

LA VID Y LOS SARMIENTOS

Yo soy la verdadera vid; y mi Padre es el labrador. (*Joan.*, XV, 1.)

La vid es el mismo Señor. Por eso dice: *Yo soy la vid* por cierta semejanza. Porque así como la vid, aunque parece sin valor, sin embargo sobrepasa a todos los árboles por la dulzura del fruto, del mismo modo Cristo, despreciado por el mundo, porque era pobre y parecía innoble y sufridor de ignominia, sin embargo llevó frutos dulcísimos conforme a aquello del Cantar de los Cantares: *Su fruto dulce a mi garganta* (II, 3). Por consiguiente Cristo es vid que lleva vino, que embriaga interiormente, y es el vino de la compunción; es además un vino confortante, el vino de nuestra reparación.

Y mi Padre es el labrador. Dios nos cultiva, para que con su trabajo nosotros mejoremos, puesto que extirpa en nuestros corazones las malas semillas. Abre nuestro corazón con el arado de la palabra, planta las semillas de los preceptos, recoge fruto de la piedad.

Pero la vid de que aquí se trata era perfecta y no necesitaba del cuidado del agricultor. De ahí que todo el empeño del agricultor debía ser dedicado a los sarmientos. Los sarmientos son de la naturaleza de la vid, por lo que están unidos a Cristo con sarmientos de esa vid.

Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará. (*Joan.*, XV, 2.) Aquí se indica el trabajo del agricultor con los sarmientos malos, es decir, para desgajarlos de la vid. Por eso dice: *Todo*

sarmiento, es decir, todo fiel, *que no diere fruto* en la vid, *en mí,* sin el cual nada puede fructificar, *lo quitará* de la vid. De donde se infiere que no sólo son desgajados de Cristo algunos porque obran mal, sino también porque son negligentes en hacer el bien. Por ese motivo decía de sí mismo el Apóstol: *Por la gracia de Dios soy aquello que soy, y su gracia no ha sido vana en mí.* (I *Cor.*, XV, 10.) Y en San Mateo se lee que fué quitado el talento al que no sacó fruto de él, sino que lo escondió. (*Matth.*, XXV, 25, 26.) Y también que el Señor mandó arrancar la higuera estéril. (*Luc.*, XIII, 7.)

Y todo aquél que diere fruto, lo limpiará, para que dé más fruto. (*Joan.*, XV, 2.) En este lugar se describe la solicitud del agricultor con los sarmientos buenos, estimulándolos para que fructifiquen más. Porque de hecho sucede con la vid natural que, teniendo el sarmiento muchos renuevos, fructifica menos por la dispersión de la savia entre todos, por lo cual los viñadores cortan los renuevos superfluos. Del mismo modo ocurre en el hombre; pues si el hombre bien dispuesto y unido a Dios inclina su afecto a cosas diversas, se aminora su virtud, y se hace más ineficaz para obrar bien. De ahí es que Dios, para que fructifique bien, corta y purifica frecuentemente tales impedimentos, enviando tentaciones y tribulaciones que le hacen más robusto para obrar, y por eso dice: *lo limpiará,* aunque sea puro; pues nadie es tan puro en esta vida para que no deba ser limpiado más y más. Y esto *para que dé más fruto,* esto es, para que crezca en virtud, a fin de que sean tanto más productivos cuanto más limpios están.

(*In Joan.*, XV, 1, 2.)

10 de febrero

ESTUDIO DE LA SABIDURÍA, PRINCIPALMENTE DE LA SABIDURÍA ENCARNADA

I. Entre todos los estudios de los hombres, el de la sabiduría es el más perfecto, más sublime, más útil y más delicioso.

El más perfecto, porque cuanto más el hombre se aplica a él, mayor es ya su participación en la verdadera bienaventuranza. Por lo cual dice el sabio: *Bienaventurado el varón que morare en la sabiduría.* (*Eccli.*, XIV, 22.)

Mas sublime, porque por él el hombre se acerca principalmente a la semejanza de Dios, que lo hizo todo con sabiduría. Y como la semejanza es causa del amor, el estudio de la sabiduría une principalmente a Dios por medio de la amistad. Por eso se dice que la *Sabiduría es un tesoro infinito para los hombres; los que han usado del cual han sido hechos partícipes de la amistad de Dios.* (*Sap.*, VII, 14.)

Es el más útil, porque por medio de la sabiduría se llega al reino de la inmortalidad: *El deseo de la sabiduría conduce al reino eterno.* (*Sap.*, VI, 21.)

Es el más delicioso, porque *ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo.* (*Sap.*, VIII, 16.)

(*Contra Gentiles*, lib. I, cap. 2.)

II. Existe una diferencia entre el conocimiento de Dios adquirido por las ciencias y el adquirido por la fe. El conocimiento de Dios adquirido por la ciencia ilumina sólo el entendimiento,

mostrando que Dios es la causa primera, que es uno y sabio, etc. Mas el conocimiento de Dios por medio de la fe ilustra al entendimiento, y alegra el corazón, pues no solamente dice que Dios es la primera causa, sino que es nuestro salvador, que es redentor, que nos ama y que se ha encarnado por nosotros; las cuales cosas inflaman el corazón. Por eso debe decirse que *por medio de nosotros manifiesta* al creyente *en todo lugar el olor de su conocimiento,* esto es, la noticia de su suavidad, porque ese olor se difunde por todas partes. Y en el libro del Eclesiástico: *Yo, como la vid, eché fruto,* etc. (*Eccli.*, XXIV, 23.) Y por último en el Génesis: *He aquí el olor de mi Hijo como el olor del campo lleno, que el Señor ha bendecido.* (*Gén.*, XXVII, 27.)

(*In II Cor.*, II, 14.)

III. Es menester adelantar siempre en el estudio de la sabiduría.

Como la perfección del hombre consiste en la unión con Dios, es necesario que el hombre, con todas sus fuerzas y todo lo que hay en él, se esfuerce y tienda a lo divino, para que su entendimiento se aplique a la contemplación y su razón a la búsqueda de las cosas divinas, conforme a aquello del Profeta: *A mí bueno me es el apegarme a Dios.* (*Psal.*, LXXII, 28.)

Pero como Dios dista infinitamente de la criatura, ninguna criatura se mueve hacia Dios para igualarse a él, ya sea recibiendo de él, ya conociéndolo. La criatura se mueve para asimilarse a Dios más y más en lo posible, y así también el espíritu humano debe tender siempre a conocer a Dios más y más, según su propio modo de ser. Por eso dice San Hilario: "El que piadosamente

va tras las cosas infinitas, aunque alguna vez no las alcance, sin embargo, aprovechará progresando."

(In Boet., de Trinit.)

11 de febrero

APARICIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Apareció la bondad del Salvador nuestro Dios, y su amor para con los hombres. (*Tit.*, III, 4.)

I. La bondad y humanidad del Salvador apareció en el mismo Salvador y en la Bienaventurada Virgen, pues María fué llena de gracia.

1º) El desbordamiento de su alma llegó hasta su carne, hasta su cuerpo. Es mucho para los santos poseer gracia bastante para santificar su alma; pero el alma de la Bienaventurada Virgen fué tan llena que se derramó en su carne, para que pudiese concebir al Hijo de Dios. Por eso dice Hugo de San Víctor: "Porque en su corazón ardía singularmente el amor del Espíritu Santo, por eso hacía maravillas en su carne, en tal medida que de ella naciese Dios y hombre". *Lo Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.* (*Luc.*, I, 35.)

2º) Su plenitud llegó a todos los hombres. Es mucho para un santo tener una gracia que le baste para salvarse. Pero es más tener una suficiente para su salvación personal y la de otros muchos; pero si tuviese una gracia suficiente para su salvación y la de todos los hombres del mundo, esto sería perfecto. Esto ocurre en Cristo y en la Bienaventurada Virgen; porque en todos los pe-

ligros puedes obtener la salvación de manos de la misma Virgen gloriosa. Por eso dice el Cantar de los Cantares: *Mil escudos*, esto es, remedios contra los peligros, *cuelgan de ella.* (*Cant.*, IV, 4.) Además, puedes contar con su ayuda en toda obra de virtud, como dice ella misma: *En mí toda esperanza de vida y de virtud.* (*Eccli.*, XXIV, 25.)

(*Exp. Salut. angel.*)

II. *Saldrá una vara de la raíz de Jesse.* (*Is.*, XI, 1.) La Virgen es dadivosa por seis utilidades que nos proporciona.

1ª) Porque nos dividió el mar, es decir, el mundo, para que pasemos. *Tú alza la vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídele.* (*Ex.*, XIV, 16.)

2ª) Porque de la piedra, que es Cristo, nos sacó el agua de la gracia para que bebamos. *Toma la vara... y hablad a la peña delante de ellos.* (*Num.*, XX, 8.)

3ª) Porque nos da la miel de la devoción, a fin de fortalecernos. *Alargó la punta de una vara que tenía en la mano, y mojóla en un panal de miel.* (I, *Reg.*, XIV, 27.)

4ª) Porque por ella vencemos al diablo. *Y habiendo ido a él con una vara, arrancó por fuerza la lanza de la mano del Egipcio*, esto es, del diablo (II *Reg.*, XXIII, 21.)

5ª) Porque, gracias a su mediación, impetramos la clemencia divina. *Y él alargó hacia ella el cetro de oro* (*Esth.*, V, 2), con lo cual se mostraba la señal de la clemencia.

6ª) Porque ella nos libra de las manos de todos los enemigos. *De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder.* (*Psal.*, CIX, 2.)

(*Serm. in Annuntiat. B. Mariae.*)

12 de febrero

ESTADO DE LOS PECADORES

I. *Sois semejantes a los sepulcros blanqueados.* (*Matth.*, XXIII, 27.)

Llámase sepulcro el lugar donde descansa un cuerpo muerto. Los cuerpos muertos de los santos son templo de Dios, en los cuales habita Dios, como dice el Apóstol: *El templo de Dios, que sois vosotros, santo es.* (I *Cor.*, III, 17.)

El cuerpo es morada del alma, y el alma es trono de Dios; y así como el cuerpo es morada del alma, del mismo modo el alma lo es de Dios. *El Señor está en su templo santo.* (*Psal.*, X, 5.) Pero el cuerpo del pecador es sepulcro, porque contiene a un muerto, pues el alma muere por el pecado; por eso los malos son llamados sepulcro: *Sepulcro abierto es la garganta de ellos.* (*Psal.*, XIII, 3.) En el interior del sepulcro está el cuerpo muerto, mientras que en el exterior hay a veces una imagen que parece un rostro viviente: *Yo conozco tus obras, que tienes nombre, que vives, y estás muerto.* (*Apoc.*, III, 1.)

Por eso se dice: *Que parecen de fuera hermosos* (los sepulcros), a causa del ornato exterior, y *dentro están llenos de huesos de los muertos, y de toda suciedad* (*Matth.*, XXIII, 27), esto es, de toda podredumbre y de toda inmundicia. Después de eso se añade: *Así también vosotros, de fuera os mostráis, en verdad, justos a los hombres, es decir, los hombres os consideran justos; mas de dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.* (*Ibid.*, 28.)

II. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato.* (*Matth.*, XXIII, 25.) San Jerónimo ve en esto una manera de hablar, y lo aplica a toda limpieza que se muestra por fuera. En el plato se sirve la comida; en el vaso, la bebida. Mas el hombre se llama plato. La comida, en la cual Dios se delcita, son las obras buenas que hace. *Mi comida es que haga la voluntad del Padre que me envió.* (*Joan.*, IV, 34.) Consta que el uso del vaso y del plato no está en la superficie externa, sino en la interior. Limpia el vaso exteriormente el que exteriormente dispone su cuerpo. Pero vosotros sois de esta manera: *Por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia.* (*Matth.*, XXIII, 25.)

Limpia primero lo interior del vaso y del plato. (*Matth.*, XXIII, 26.) Pues toda la pureza exterior depende de la pureza interior, como se lee en San Mateo: *Si tu ojo fuere sencillo; todo tu cuerpo será luminoso* (VI, 22). Por eso enseña que es preciso limpiar el corazón; y así todo estará limpio. Por eso dice: *limpia primero lo interior*; porque todo lo que se haga exteriormente será bueno, si procede de buena voluntad. *Guarda tu corazón con toda diligencia.* (*Prov.*, IV, 23.)

(*In Matth.*, XXIII.)

13 de febrero

NO DEBE DIFERIRSE LA CONVERSIÓN

Acomódate luego con tu contrario, mientras que estás con él en el camino; no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue

al ministro, y seas echado en la cárcel. (*Matth.*, V, 25.)

I. Nuestro adversario es Dios, como dice el Éxodo: *Yo, el Señor, tengo aversión al impío.* (XXIII, 7.) O bien, es palabra divina la que se opone a los que quieren pecar: *Toda escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender.* (II *Tim.*, III, 16.) O también la conciencia que remuerde: *Te argüiré y te pondré delante de tu cara.* (*Psal.*, XLIX, 21.)

La palabra de San Mateo puede interpretarse de estos diversos modos.

Por lo cual, *acomódate luego con tu contrario*, es decir, con Dios y con la palabra divina. Este acuerdo debe fundarse en la esperanza de la promesa, en el temor del castigo, en la ejecución de lo mandado, en la huída de lo prohibido. *Mientras que estás con él en el camino*, esto es, en estado de merecer. *Vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar.* (*Joan.*, IX, 4.) *Con él*, esto es, con el cual andas rectamente *en el camino* de Cristo o del mundo. *Luego*, es decir, sin tardanza: *No tardes en convertirte al Señor.* (*Eccli.*, V, 8.)

II. *No sea que te entregue*, para que no sea causa ocasional de que seas entregado. Y dice *tal vez* (en el texto latino de la Vulgata), para no quitar la ocasión de hacer penitencia. *No sea que te entregue el adversario*, a saber, Dios o la palabra divina, o la conciencia que remuerde, *al juez*, en manos de Cristo. *Y el juez*, o sea, Cristo, *te entregue al ministro*, es decir, al Ángel, que recoge la cizaña para quemarla; o *al ministro*, es decir, al diablo ejecutor.

Y seas echado en la cárcel, esto es, en el abismo del infierno. *Y serán allí encerrados en cárcel.* (*Is.*, XXIV, 22.) *Y lo metió en el abismo, y lo encerró.* (*Apoc.*, XX, 3.) *En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que,* es decir, nunca. San Agustín añade: "*Hasta que* no significa aquí el fin de la pena, sino la continuación de la miseria, como si dijese: siempre pagas, y nunca acabas de pagar."

Pagues el último cuadrante, es decir, los pecados más mínimos, porque nada quedará sin castigo.

(*In Matth.*, V.)

14 de febrero

ADHESIÓN A CRISTO

Yo soy el camino, la verdad y la vida. (*Joan.*, XIV, 6.)

I. El camino es el mismo Cristo, porque por medio de él tenemos acceso al Padre. Pero como este camino no está distante del término, sino unido a él, añade: *verdad y vida.* Y así es al mismo tiempo camino y término; camino por su humanidad; término, por su divinidad. Por eso dice en cuanto hombre: *Yo soy camino*; y en cuanto Dios añade: *Verdad y vida.* Estas dos cosas designan convenientemente el término de esta vida. Porque el término de este camino es el fin del deseo humano; ahora bien, el hombre desea dos cosas principalmente: conocer la verdad y continuar siendo lo que es. Y Cristo es el camino para conocer la verdad, porque él mismo es la verdad.

Es también camino para llegar a la vida, porque él es la vida.

II. De este modo Cristo se designó a sí mismo como camino unido al término, pues él es término que contiene en sí todo lo que se puede desear, a saber: la verdad y la vida. Si buscas, por lo tanto, por dónde pasar, recibe a Cristo, pues él es el camino. *Éste es el camino, andad en él.* (*Is.*, XXX,21.) Y San Agustín dice: "Anda por el hombre, y llegarás a Dios." Porque es mejor cojear en el camino, que correr fuera del camino: El que cojea en el camino, aun cuando adelante poco, se acerca al término; pero el que anda fuera del camino, cuanto más corre tanto más se aleja del término.

Si buscas, por consiguiente, adónde ir, adhiérete a Cristo, pues él es la verdad, a la que deseamos llegar.

Si buscas donde permanecer, únete a Cristo, porque él es la vida: *Quien me hallare, hallará la vida, y sacará salud del Señor.* (*Prov.*, VIII, 35.)

III. Allí hay seguridad. Si quieres estar seguro, adhiérete a Cristo; no podrás desviarte, porque él es el camino. De ahí que quienes se adhieren a Cristo no andan fuera de camino, sino por el camino recto. Por otra parte, no puede ser engañado, porque él es la verdad, y enseña toda verdad. No puede, además, ser turbado, porque él es vida y la fuente de la vida. *Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en más abundancia.* (*Joan.*, X, 10.) "Porque, como asegura San Agustín [38], dice el Señor: *Yo soy el*

[38] *De verbis Domini, serm.*, 54.

camino, la verdad y la vida, como si dijese: ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el camino. ¿Adónde quieres ir? *Yo soy la verdad.* ¿Dónde quieres permanecer? *Yo soy la vida.*" Pues, según dice San Hilario [39], el que es camino no conduce a lugares extraviados, ni engaña con el error el que es la verdad, ni lleva a la muerte el que es vida.

O de otro modo, tres cosas hay en el hombre que pertenecen a la santidad, a saber: la acción, la contemplación y la intención; y estas tres cosas se perfeccionan por Cristo. Porque es camino para los que ejercitan la vida activa; Cristo es verdad para los que perseveran en la contemplación; y dirige la intención de los activos y contemplativos hacia la vida eterna. Así, pues, el Señor es, para nosotros, camino por el cual vamos hacia él, y por él al Padre.

(*In Joan.*, XIV.)

15 de febrero

AMOR DE CRISTO A LOS DISCÍPULOS

Como el Padre me amó, así también yo os he amado. Perseverad en mi amor. (*Joan.*, XV, 9.)

I. El término *como* denota a veces igualdad de naturaleza, pero a veces semejanza en la acción. Aquí el *como* denota semejanza de gracia y de amor. Porque el amor con que el Hijo ama a los discípulos es cierta semejanza del amor con que el Padre ama al Hijo. Pues como amar a alguno es querer el bien para él, el Padre ama al Hijo según la naturaleza divina en cuanto quiere para

[39] *De Trinitate,* 7.

él el bien infinito que él mismo posee. *El Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace.* (*Joan.*, V, 20.)

También le ama según la naturaleza humana, para que simultáneamente sea Dios y hombre.

Para nada de esas cosas amó el Hijo a los discípulos. Porque no los amó para que fuesen Dios por naturaleza, ni para que se uniesen a Dios en persona; sino que los amó para algo semejante a esas cosas, esto es, para que fuesen dioses por la participación de la gracia: *Yo dije: Dioses sois.* (*Psal.*, LXXXI, 6.) *Por el cual nos ha dado muy grandes y preciosas promesas; para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina.* (II *Petr.*, I, 4.) Para elevarlos, además, a la unidad de afecto, porque *el que se allega al Señor, un espíritu es.* (I *Cor.*, VI, 17.) *Porque los que conoció en su presciencia, a éstos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.* (*Rom.*, VIII, 29.)

Así, pues, mayor bien puso Dios Padre en el Hijo según las dos naturalezas, que el Hijo en los discípulos, aunque, sin embargo, puso un bien semejante.

II. *Perseverad en mi amor* (*Joan.*, XV, 9), como si dijese: Puesto que habéis recibido tan gran beneficio de mi amor, *permaneced en él* para que me améis. O permaneced en mi amor, porque yo os amo, es decir, en mi gracia, para que no os apartéis de los bienes que os he preparado. Esta exposición es más adecuada, de modo que su sentido es: perseverad en este estado para que seáis amados por mí por un efecto de la gracia. *Cada uno en la vocación en que fué llamado, en*

ella permanezca. (I. *Cor.*, VII, 20.) *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él.* (I *Joan.*, IV, 16.)

(*In Joan.*, XV.)

16 de febrero

PERMANENCIA EN CRISTO

I. *Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid; así ni vosotros, si no estuviereis en mí.* (*Joan.*, XV, 4.)

Se demuestra en este lugar que la permanencia en Cristo es necesaria para fructificar. Como si dijere: Debéis permanecer en mí para que fructifiquéis, porque *así como el sarmiento*, el sarmiento material, *no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid,* desde cuya raíz sube la savia para vivificar los sarmientos, *así también vosotros* no podéis llevar *fruto, si no estuviereis en mí.* Luego la permanencia en Cristo es la condición de la fructificación. Por eso se dice de los que no permanecen en Cristo: *¿Y qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de que ahora os avergonzáis?* (*Rom.*, VI, 21); y Job: *Será estéril la congregación del hipócrita* (XV, 34).

Esta semejanza es conveniente, porque *yo soy la vid, y vosotros los sarmientos.* Como si dijese: Vosotros estáis con relación a mí, como los sarmientos con respecto a la vid. Se dice de estos sarmientos: *Extendió sus sarmientos hasta el mar.* (*Psal.*, LXXIX, 12.)

II. *El que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.*

Aquí se demuestra que la permanencia en Cristo es eficaz; pues no sólo es necesaria la permanencia del hombre en mí para que fructifique, sino que también es eficaz; porque *el que está en mí,* creyendo, obedeciendo, perseverando, y *yo en él,* ilustrándolo, socorriéndolo, dándole perseverancia, *éste,* no otro, *lleva mucho fruto.* Lleva triple fruto en esta vida. El primero de ellos es abstenerse de los pecados; el segundo, dedicarse a obras de santidad; el tercero, vacar a la edificación de los otros: *Del fruto de tus obras se saciará la tierra* (*Psal.*, CIII, 13.) Lleva, además, un cuarto fruto en la vida eterna. Éste es el fruto último y perfecto de nuestros trabajos.

La razón de esta eficacia es *porque sin mí no podéis hacer nada.* Dice, pues, el Señor que sin él no solamente no podemos hacer cosas grandes, sino que ni siquiera las mínimas; y más aún, nada. Esto no es de maravillar, porque ni Dios hizo cosa alguna sin él: *Nada de lo que fué hecho, se hizo sin él.* (*Joan.*, I, 3.) Pues nuestras obras provienen de la naturaleza, o de la gracia divina. Si de la naturaleza, como quiera que todos los movimientos de la naturaleza proceden del mismo Verbo de Dios, ninguna naturaleza puede moverse a hacer algo sin él. Si de la gracia, como él es autor de la gracia, pues *la gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo* (*Joan.*, I, 17), es evidente que sin él no puede hacerse ninguna obra meritoria. Por eso dice el Apóstol: *No que seamos suficientes de nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros; mas nuestra suficiencia viene de Dios.* (II *Cor.*, III, 5.) Si, pues, ni siquiera podemos pensar algo si no es por Dios, mucho menos hacer otras cosas.

(*In Joan.*, XV.)

17 de febrero

LA VIDA EN CRISTO

Para mí el vivir es Cristo. (*Phil.*, I, 21.)

I. Cristo es vida, porque es principio de todas nuestras acciones.

Y en efecto, la vida importa cierta moción. Se dice que viven los seres que se mueven por sí mismo. De ahí que aparece como fuente de la vida del hombre lo que es en él principio de su movimiento. Este principio es aquello a lo cual se une el afecto como a fin, porque por éste se mueve el hombre a todas las cosas. Por lo cual algunos llaman su vida a aquello que los mueve a obrar, como los cazadores a la cacería, y los amigos a la amistad. Así, pues, Cristo es nuestra vida, porque él es principio total de nuestra vida y acción. Por ese motivo, dice el Apóstol: *Para mí el vivir es Cristo,* pues sólo Cristo lo movía.

Y añadía: *y el morir ganancia,* y habla con propiedad, pues cualquiera considera para sí como una ganancia cuando puede perfeccionar la vida imperfecta que posee. Así, el enfermo tiene por lucro la vida sana. Nuestra vida es Cristo: *Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* (*Colos.*, III, 3.) Pero aquí es imperfecta. *Mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor.* (II, *Cor.*, V, 6), y por eso cuando morimos corporalmente, se perfecciona nuestra vida, es decir, Cristo, al cual entonces estamos presentes.

(*In Phil.*, I.)

II. Cristo es vida, porque en él está todo nues-

tro afecto. *Y vivo, ya no yo; mas vive Cristo en mí.* (*Gal.*, II, 20.) Se dice que el hombre vive de aquello en lo cual pone todo su amor y su gozo. Por eso los hombres que se apasionan por el estudio o la caza, dicen que su vida son esas ocupaciones. Mas todo hombre posee cierto afecto particular con el cual busca su bien. Cuando uno vive buscando únicamente su bien, vive para sí solo; pero cuando busca el bien de los demás se dice que también vive para ellos. El Apóstol que había dejado a un lado toda preocupación personal por amor a la cruz de Cristo, decía que estaba muerto para sí mismo, con estas palabras: *Estoy enclavado en la cruz juntamente con Cristo* (*Gal.*, II, 19), esto es: el afecto propio o particular ha sido removido de mí por la cruz de Cristo. Por eso decía: *Y vivo, ya no yo,* como si tuviese en el afecto el propio bien; *mas vive Cristo en mí,* esto es: solamente tengo a Cristo en el afecto, y el mismo Cristo es mi vida.

(*In Gal.*, 2.)

III. Cristo es vida, porque es el fin de nuestra vida. *Cristo murió por todos; para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquél que murió por ellos, y resucitó.* (II *Cor.*, V, 15.)

Cada cual debe considerarse como si hubiese muerto a sí mismo. *Para que los que viven* vida natural, *no vivan ya para sí,* esto es, no para sí mismos y para su bien únicamente, *sino para aquél que murió por ellos y resucitó,* es decir, para Cristo; para que ordenen toda su vida al servicio y honor de Cristo.

La razón de estas cosas se funda en que cada uno toma como regla de su conducta el fin de la vida. Ahora bien, si Cristo es el fin de nuestra

vida, debemos regular esa vida, no según nuestra voluntad, sino según la voluntad de Cristo. Advierte que San Pablo dice dos cosas, a saber: que Cristo murió y que resucitó por nosotros. Luego dos cosas se exigen de nosotros: Si cristo ha muerto por nosotros, también nosotros debemos morir a nosotros mismos, es decir, negarnos a nosotros mismos por él; y si Cristo resucitó por nosotros, también nosotros debemos, de tal modo, morir al pecado, a la antigua vida y a nosotros mismos, para que resucitemos, sin embargo, a la nueva vida de Cristo. Por eso no dijo el Señor únicamente: *niéguese a sí mismo, y tome su cruz* (*Matth.*, XVI, 24), sino que añadió: *y sígame*, esto es, en la nueva vida, aprovechando en las virtudes.

(*In* II *Cor.*, V.)

18 de febrero

LA PAZ Y LA VICTORIA POR JESÚS

Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apretura, mas tened confianza, que yo he vencido al mundo. (*Joan.*, XVI, 33.)

I. Todo lo que os he dicho de palabra, o cuanto os he hablado en todo el Evangelio, ha sido con el fin de que, volviendo a mí, *tengáis paz en mí*. Pues el fin del Evangelio es la paz en Cristo. *Mucha paz para los que aman tu ley.* (*Psal.*, CXVIII, 165.) La razón es que la paz del corazón se opone a su perturbación, que procede de los males que sobrevienen y se acrecientan. Mas

si alguno llora alguna vez, no obstante el gozo, sobrepujando a aquellos males, hace que no permanezca la perturbación. De ahí es que los hombres mundanos, que no están unidos a Dios por amor, tienen tribulaciones sin la paz; pero los santos, que tienen a Dios en el corazón por el amor, aun cuando padezcan tribulaciones por parte del mundo, tienen paz en Cristo. *El que puso por tus términos la paz.* (*Psal.*, CXLVII, 14.) Porque nuestro fin debe ser aquí tener paz en Dios. *Rehusó consolarse mi alma*, esto es, en las cosas mundanas, pero *me acordé de Dios, y me deleité.* (*Psal.*, LXXVI, 3.)

II. La persecución causada por el mundo es la que hace necesaria esta paz. Por eso dice: *En el mundo tendréis apretura* (*Joan.*, XVI, 33), y en otros lugares: *No extrañéis, hermanos, si os aborrece el mundo.* (I *Joan.*, III, 13.) *Porque no sois del mundo . . . por eso os aborrece el mundo.* (*Joan.*, XV, 19.)

III. El anuncio anticipado de la tribulación engendra confianza contra ella. *Tened confianza, que yo he vencido al mundo.* (*Joan.*, XVI, 33.) Porque él nos libra, como si dijese: Recurrid a mí, y tendréis paz, y esto precisamente *porque yo he vencido al mundo,* que os oprime.

Cristo venció al mundo: 1º) Arrebatándole las armas con que ataca; esas armas son sus cosas codiciables; porque venció a las riquezas por la pobreza: *Desvalido y pobre soy yo* (*Psal.*, LXXXV, 1); a los honores, por la humildad y los oprobios; a las voluptuosidades, por los sufrimientos y los trabajos.

El que, pues, así vence esas cosas, vence al mun-

do, y esto es lo que hace la fe, como dice San Juan: *Ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe* (I *Joan.*, V, 4); porque siendo la fe *sustancia de las cosas que se esperan* (*Hebr.*, XI, 1), las cuales son espirituales y eternas, nos hace despreciar los bienes carnales y transitorios.

2º) Vence al mundo, excluyendo al príncipe del mundo: *Y despojando los principados y potestades, los sacó confiadamente, triunfando en público de ellos en sí mismo.* (*Colos.*, II, 15.) Por eso nos ofreció al diablo para que lo venciéramos: *¿Por ventura jugarás con él como con un pájaro, o le atarás para tus siervas?* (*Job.*, XL, 24.) Después de la pasión de Cristo, juegan con él, literalmente, las jovencitas siervas de Cristo y los niños.

3º) Convirtiendo así a los hombres del mundo. El mundo se rebelaba moviendo sediciones por medio de los hombres mundanos, a los cuales Cristo atrajo a sí: *Todo el mundo se va en pos de él.* (*Joan.*, XII, 19.)

Así, pues, no debemos temer las apreturas, porque el mundo ha sido vencido.

(*In Joan.*, XVI.)

19 de febrero

LA PUERTA ESTRECHA

Entrad por la puerta estrecha. (*Matth.*, VII, 13.)

I. Para que nadie pueda creer de lo que había dicho el Señor, *Pedid y recibiréis*, que el hombre alcanzaría todo de Dios sin obras buenas, por eso Cristo enseña que es preciso también hacer

obras buenas. Pues dice: *entrad*, esto es, poned empeño en entrar.

San Agustín da dos explicaciones. Cristo es la puerta: *Yo soy la puerta* (*Joan.*, X, 9), porque sin él no se llega al reino. Esta puerta es estrecha por la humildad, pues se humilló hasta la muerte. Por eso dice Isaías: *Palabra abreviada hará el Señor sobre la tierra* (X, 23). Por eso *entrad por la puerta estrecha*, esto es, por la humildad y la pasión de Cristo. *Pues qué, ¿no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?* (*Luc.*, *XXIV*, 26); y también lo es para nosotros. Por consiguiente, debemos entrar en el reino de Dios por muchas tribulaciones.

También se dice que esa puerta es la caridad. *Ésta es la puerta del Señor; los justos entrarán por ella.* (*Psal.*, CXVII, 20.) Esta puerta ha sido estrechada por las leyes divinas, y por ella debemos entrar observando la ley y los preceptos.

II. Cristo señala el motivo de entrar por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta, y espacioso el camino *que lleva a la perdición.* (*Matth.*, VII, 13.) Describe dos puertas, una ancha y otra estrecha. La puerta ancha es así porque ha sido ensanchada por el diablo, ensanchada por la presunción y el orgullo. Es ancha esa puerta, porque es ancho lo que recibe a todos, pues no hay cosa alguna que la llene. Esta puerta es también la iniquidad o el vicio, y es ancha, de muchas maneras: *La maldición, y la mentira, y homicidio, y robo, y adulterio la inundaron.* (*Os.*, IV, 2.)

Existe además un camino ancho, y esto es obra del pecado. Este camino es espacioso, porque en sus comienzos parece ser ancho, aunque después

se estrecha, pues su salida va a parar a la perdición, *ya que los gajes del pecado son muerte.* (*Rom.*, VI, 23.) *Y muchos son los que entran por él.* (*Matth.*, VII, 13.) Aquí señala el número, pues literalmente el número de los necios es *infinito.* (*Eccles.*, I, 15.)

III. *¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva a la vida!* Ésta es contraria a la anterior, y es estrecha porque está estrechada según la regla de la ley y es camino contra camino. Parecería que el camino de la caridad fuese ancho: *Te guiaré por las sendas de la equidad; en las cuales, después que hubieres entrado, no se estrecharán tus pasos* (*Prov.*, IV, 11); mas el camino de los pecadores es, por el contrario, estrecho. Por eso se dice en el libro de la Sabiduría: *Hemos andado por caminos ásperos.* (*Sap.*, V, 7.) Pero debemos saber que existe el camino de la carne y el camino de la razón. El camino de la caridad es camino estrecho en la senda de la carne, pero en el camino de la razón es lo contrario.

Y pocos son los que atinan con él. Difícil y raro es encontrarlo en el camino del espíritu, pero en el camino de la carne, no. La razón se infiere de que el camino de la carne es el placer y éste está a la mano; pero el camino del espíritu está oculto. *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen!* (*Psal.*, XXX, 20.) Porque está oculto, por eso lo encuentran pocos. Pero algunos lo encuentran y retroceden, de los cuales se dice: *Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de Dios.* (*Luc.*, IX, 62.)

(*In Matth.*, VII.)

20 de febrero

RENUNCIA DE LAS COSAS TEMPORALES

Renunciando a la impiedad, y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria y justa y piadosamente. (*Tit.*, II, 12.)

I. El hombre está constituído entre las cosas de este mundo y los bienes espirituales, en los cuales consiste la bienaventuranza eterna, de tal modo que cuanto más se adhiere a las unas, más se desvía de los otros y viceversa; de ahí que quien totalmente se apega a las cosas de este mundo y hace de ellas su fin, tomándolas como razón y regla de sus acciones, apártase totalmente de los bienes espirituales; y por lo mismo este desorden se quita por los preceptos.

Pero no es necesario que el hombre renuncie totalmente a los bienes de este mundo, para llegar al fin mencionado, porque puede el hombre, usando de las cosas de este mundo, sin hacer de ellas su fin, llegar a la eterna bienaventuranza; a la cual, sin embargo, llegará mejor y más libremente renunciando totalmente a los bienes de este mundo, y por eso en el Evangelio se dan consejos acerca de ello.

Los bienes de este mundo, pertenecientes al uso de la vida humana, son de tres clases, a saber: riquezas de bienes exteriores, que corresponden a la *concupiscencia de los ojos*; deleites carnales incluídos en la *concupiscencia de la carne,* y honores, condensados en la *soberbia de la vida.* (I *Joan.*, II, 16.) El abandonar del todo estas tres cosas, en cuanto es posible, pertenece a los

consejos evangélicos. En estos tres se funda, asimismo, toda religión que profesa el estado de perfección; porque las riquezas se abdican por la pobreza; los deleites carnales, por la castidad perpetua; la soberbia de la vida, por la servidumbre de la obediencia.

II. La observancia en absoluto de éstas (tres virtudes) pertenece en general a los consejos propuestos; pero la observancia de cada uno de ellos pertenece al consejo circunstancialmente, es decir, en aquel caso; por ejemplo, cuando el hombre da alguna limosna a un pobre, sin estar obligado, sigue el consejo en ese caso particular; y del mismo modo cuando uno se abstiene de los deleites carnales por algún tiempo determinado, para dedicarse a la oración, sigue el consejo por aquel tiempo; igualmente cuando alguno no sigue su voluntad en algún acto que lícitamente pueda ejecutar, sigue el consejo en tal caso; como también si hace bien a sus enemigos, cuando no está obligado, o si perdona una ofensa, de la que justamente podría exigir venganza. Y así todos los consejos particulares se reducen también a aquellos tres generales y perfectos.

(1ª 2ae *q.* 108, *a.* 4.)

TIEMPO DE SEPTUAGÉSIMA

Domingo de Septuagésima

ES PRECISO TRABAJAR EN LA VIÑA DEL SEÑOR

Y saliendo cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza que estaban ociosos, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo. (*Matth.*, XX, 3 y 4.)

Cuatro cosas se advierten en estas palabras:

I. La bondad del Señor. *Saliendo,* es decir, para la salvación de su pueblo. El haber salido Cristo para conducir a los hombres a la viña de la justicia fué un acto de bondad infinita. De cinco modos se dice que sale: al principio del mundo, como un sembrador, que siembra las criaturas: *Salió el sembrador para sembrar su semilla.* En su nacimiento, iluminando al mundo: *Hasta que salga su justo como resplandor.* (*Is.*, LXII, 1.) *Salí del Padre, y vine al mundo.* (*Joan.*, XVI, 28.) En su Pasión, salvando a los suyos del poder del demonio y de todos los males. *Cercano está mi Justo, ha salido mi Salvador.* (*Is.*, LI, 5.) Sale, como padre de familias, proveyendo a su familia y cosas. *Semejante es el reino de los cielos a un hombre padre de familias, que salió muy de mañana a ajustar trabajadores para su viña.* (*Matth.*, XX, 1.) Saldrá también en el juicio, como un visitador, para hacer estrecha averiguación sobre

los impíos; como esforzadísimo luchador que vence a sus rebeldes; y como juez, que castiga a los malhechores según sus crímenes.

II. La necedad del hombre. Nada más necio que el hombre que vive en la ociosidad durante la vida presente, cuando debería trabajar para sí a fin de vivir en la eternidad. *Los encontró ociosos en la plaza*. Esta plaza es la vida presente. Se llama plaza (o foro) el lugar donde se litiga y donde se compra y se vende; y significa la vida presente, que está llena de litigios, de compras y ventas, y en la cual también se venden el provecho de la gracia y la gloria celestial, a cambio de obras buenas. Y aquéllos estaban ociosos, porque ya habían perdido parte de su vida. Y se llaman ociosos no solamente los que obran mal, sino también los que no practican el bien. Y así como los ociosos no alcanzan el fin, tampoco éstos. El fin del hombre es la vida eterna. El que obra como debe, lo alcanzará, si no es ocioso.

Es, por consiguiente, necedad pasar la vida presente en la ociosidad, porque de la ociosidad, como de mala maestra, se aprende la mala ciencia; pues se incurre en la pobreza del bien eterno por medio del ocio; y en cambio el trabajo eterno se adquiere a cambio del breve ocio.

III. Necesidad de trabajar en la viña del Señor. Esta viña, a la cual son enviados a trabajar, es la justicia en la cual hay tantos sarmientos cuantas son las virtudes. Debemos trabajar en esta viña de cinco modos: plantándola con buenas obras y virtudes; arrancando y extirpando las espinas, es decir, los vicios; cortando los sarmientos superfluos. *Y todo aquél (sarmiento) que diere*

fruto, lo limpiará para que dé más fruto (*Joan.*, XV, 2); alejando de ella las raposas, a saber, los demonios; custodiándola de los ladrones, es decir, de las alabanzas y detracciones de los hombres.

IV. Utilidad del trabajo: *y os daré lo que fuere justo.* El precio de los que trabajan en esta viña es el denario que vale mil monedas de plata. Esto es lo que se dice en el Cantar de los Cantares: *Una viña tuvo el pacífico, su hombre entregó por ella mil monedas de plata.* Mil de plata son los mil gozos de la eternidad simbolizados por el denario.

(*Serm. in Dom. Septuages.*)

Lunes de Septuagésima

OBLIGACIÓN DE HACER EL BIEN

No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desfallecemos. (*Gal.*, VI, 9.)

Tres cosas aconseja el Apóstol en estas palabras.

I. Aconseja que hagamos el bien. Porque debemos hacer el bien, ya que todas las cosas nos enseñan naturalmente a obrar bien.

1º) Porque todas son buenas: *Vió Dios todas las cosas que había hecho; y eran muy buenas* (*Gen.*, I, 31.) Avergüéncense los pecadores en medio de tanta multitud de criaturas, que son buenas todas, mientras que ellos son malos.

2º) Porque todas hacen naturalmente el bien. Cualquier criatura se da a sí misma, lo que prueba su bondad y la del Creador. San Dionisio dice: "Dios es el bien que se derrama." Y San Agustín

"Gran indicio de la bondad divina es que cualquier criatura se ve obligada a darse a sí misma."

3º) Porque todas las cosas apetecen naturalmente el bien, y tienden hacia el bien, pues el bien es lo que todos desean.

II. Aconseja el Apóstol que no desfallezcamos en la práctica del bien. Tres cosas contribuyen principalmente a que el hombre persevere en el bien:

1º) La oración devota y asidua, por la cual el hombre implora el auxilio de Dios para no sucumbir en la tentación, como dice el Señor: *Velad, y orad para que no entréis en tentación.* (*Matth.*, XXVI, 41.) 2º) El temor constante, pues en cuanto el hombre se cree seguro, deja de hacer el bien. *Si no te mantuvieres firmemente en el temor de Dios, será presto arruinada tu casa.* (*Eccli.*, XVII, 4.) El temor del Señor es guardián de la vida; de lo contrario, muy pronto, esto es, de improviso, vendrá abajo tu casa, tu morada terrena. 3º) La huída de los pecados veniales, los cuales son ocasión de los mortales, y frecuentemente causan la ruina del edificio de las obras buenas. Por eso dice San Agustín: "Evitaste los grandes peligros, procura no ser sepultado por la arena." Y el Eclesiástico (XIX, 1): *El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá.*

III. San Pablo establece un premio conveniente, abundante y eterno. *Porque a su tiempo segaremos, si no desfallecemos.* (*Gal.*, VI, 9.) Conveniente, *a su tiempo*, esto es, en tiempo oportuno; o conveniente, es decir, en el día del juicio, en el cual recibirá cada uno según sus obras; del mismo modo que el labrador no recoge al ins-

tante el fruto de lo que siembra, sino en tiempo oportuno: *Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y tardía.* (*Jac.*, V, 7.)

Abundante: *Segaremos*; aquí se indica la abundancia del premio. En la recolección se advierte la abundancia. *El que siembra en bendiciones, de bendiciones también segará.* (II *Cor.*, IX, 6.) Y San Mateo: *Vuestro galardón muy grande es en los cielos* (V, 12). *(Serm. in Dom. XV post Pentec.)*

Eterno: *Segaremos, si no desfallecemos.* No por espacio de una hora, sino siempre, debemos hacer el bien. *No nos cansemos de hacer el bien* (*Gal.*, VI, 9), esto es, obrando bien, porque no desfalleceremos al segar. *Cualquier cosa que puede hacer tu mano,* dice el Eclesiastés, *óbrala con instancia* (IX, 10). Y con razón no hay que desfallecer, porque esperamos una remuneración eterna e infalible. Por eso dice San Agustín: Si el hombre trabaja sin descanso, tampoco Dios lo pondrá a la remuneración.

(*In Gal.* VI, 9.)

Martes de Septuagésima

ORACIÓN DEL SEÑOR EN EL HUERTO

I. *Y habiendo dado algunos pasos, se postró sobre su rostro, e hizo oración y dijo: Padre mío.* (*Matth.*, XXVI, 39.)

Recomiéndanse aquí tres condiciones del que ora.

1º) Soledad, porque *habiendo dado algunos pasos*, y porque además se separó de los que había

elegido. *Cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto.* (*Matth.*, VI, 6.) Pero advertid que no dice muchos sino algunos pasos, para mostrar que no está lejos de los que lo invocan, y además para que los Apóstoles lo vean orar y reciban ejemplo.

2ª) Humildad: *se postró sobre su rostro*, dando así ejemplo de humildad. En primer lugar, por que la humildad es necesaria para la oración y porque San Pedro había dicho: *Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré.* (*Matth.*, XXVI, 35.) Por eso se postra el Señor, para indicar que no debía confiar en su propia fuerza.

3ª) Devoción, cuando dice: *Padre mío.* Pues es necesario, al que ora, orar con devoción. Por eso dice *Padre mío*, pues él es singularmente Hijo único por naturaleza, y nosotros por adopción. (*In Matth.*, XXVI.)

II. *Si es posible, pase de mí este cáliz. Mas no como yo quiero, sino como tú.* (*Ibid.*, 39.) En este lugar se pone el contenido de la oración. Cristo oró según su naturaleza sensible, es decir, en el sentido de que su oración expresaba el deseo de su naturaleza sensible, como abogada de ésta, proponiendo a Dios, al orar, lo que había en el deseo de su sensibilidad. Y esto para enseñarnos tres cosas:

1ª) Para demostrar que había recibido verdadera naturaleza humana con todos los afectos naturales.

2ª) Para enseñar que es lícito al hombre querer algo según el afecto natural, que Dios no quiere.

3ª) Para enseñarnos que debe el hombre someter su propio afecto a la voluntad divina. Por eso dice San Agustín: "Cristo, en cuanto hombre,

muestra una voluntad particular de hombre, cuando dice: *Pase de mí este cáliz;* pues era ésta la voluntad humana, que deseaba una cosa propia y como privada. Mas porque quiere que sea el hombre de corazón recto y que se dirija a Dios, añade: *Mas no como yo quiero, sino como tú*"[40].

(3ª *q.* XXI, *a.* II.)

Con esto nos da ejemplo de cómo debemos ordenar los afectos, a saber, de modo que no estén en desacuerdo con la regla divina. Por lo cual no es un mal rehuir lo que es pesado a la naturaleza, con tal que lo ordene a la voluntad divina.

Cristo poseía dos voluntades; una que tenía del Padre, en cuanto Dios, y otra en cuanto hombre. A esta segunda voluntad la sometía en todo al Padre, dándonos con ello ejemplo de que sometamos nuestra voluntad a la voluntad del Padre. Por eso dice: *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquél que me envió.* (*Joan.*, VI, 38.)

(*In Matth.*, XXV, 1.)

Miércoles de Septuagésima

LAS BUENAS ACCIONES

Si alguno sobre este fundamento pone oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja; manifiesta será la obra de cada uno. (I *Cor.*, III, 12, 13.)

40 *In Psal.*, XXXII, *conc.*, I.

I. Las acciones con las cuales el hombre estriba en las cosas espirituales y divinas, se comparan al oro, a la plata y a la piedra preciosa, que son sólidos, brillantes y preciosos; así, por el oro se simboliza aquello por lo cual el hombre tiende al mismo Dios por la contemplación y el amor: *Yo te aconsejo que compres de mí oro afinado en fuego* (*Apoc.*, III, 18), esto es, la sabiduría con la caridad. Por la plata se significan los actos por los que el hombre se adhiere, creyendo, amando y contemplando las cosas espirituales. Por lo cual, según la Glosa, la plata simboliza el amor del prójimo. Las piedras preciosas designan las acciones de las diversas virtudes con que es adornada el alma humana.

Pero las acciones humanas con que el hombre procura conseguir las cosas corporales se comparan a la paja, porque son viles, pues brillan y se queman fácilmente. Difieren, sin embargo, entre sí en que unas son más firmes, y otras se consumen más fácilmente. Los mismos hombres, entre las criaturas carnales, son más dignos y se conservan por sucesión; por eso se comparan a la madera. La carne del hombre, sin embargo, se corrompe más fácilmente por la enfermedad y la muerte; de ahí que se compare al heno. Las cosas que corresponden a la gloria, pasan muy fácilmente, por lo cual se comparan a la paja.

Así, pues, edificar con *oro, plata y piedras preciosas* es edificar, sobre el fundamento de la fe, lo que pertenece a la contemplación de la sabiduría de lo divino, al amor de Dios, a la devoción de los santos, al socorro del prójimo, al ejercicio de las virtudes. Edificar con *madera, heno y paja* es construir las cosas que correspon-

den a la disposición de las cosas humanas, al cuidado de la carne y a la gloria exterior.

II. De tres maneras suele el hombre aplicarse a las cosas corporales.

1ª) Haciendo de ellas su fin; y como esto es pecado mortal, con ello el hombre no edifica, sino que, destruyendo el cimiento, coloca otro. Porque el fin es cimiento en las cosas apetecibles.

2ª) Uno pretende usar de las cosas, ordenándolas totalmente a la gloria de Dios, y esto no será edificar con madera, heno y paja; sino con oro, plata y piedras preciosas.

3ª) Otro, aunque no pone el fin en estas cosas ni quiere obrar por ellas en contra de Dios, las desea, sin embargo, más de lo debido, de modo que se retrasa en las cosas de Dios, y esto es pecar venialmente. Esto es propiamente edificar con madera, heno, paja, porque las acciones que se hacen con miras temporales llevan consigo al pecado venial, por el afecto excesivo hacia ellas; y ese afecto, en la medida en que sea más o menos apegado a ellas, se compara a la madera, al heno y a la paja.

(*In I Cor.*, 3.)

Jueves de Septuagésima

EL GALARDÓN

Mas cada uno recibirá su propio galardón según su trabajo. (I *Cor.*, III, 8.)

I. Este galardón es común a todos y propio de cada uno.

1º) Común, porque será idéntico lo que todos verán y de lo que todos disfrutarán, a saber: Dios. *Entonces en el Todopoderoso abundarás de delicias.* (*Job.*, XXII, 26.) *En aquel día será el Señor de los ejércitos corona de gloria, y guirnalda de regocijo al que quedare de su pueblo.* (*Is.*, XXVIII, 5.) Por eso se da un denario a todos los que trabajan en la viña. (*Matth.*, XXVIII.)

2º) El galardón será propio de cada uno porque cada uno verá con más claridad que otro y gozará más plenamente según su capacidad. Por eso dice el Evangelista: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas.* (*Joan.*, XIV, 2.) Y el Apóstol: *Cada uno recibirá su propio galardón.* (I *Cor.*, III, 8.) Muestra después qué debe entenderse por la medida particular de la merced, cuando añade: *según su trabajo.*

Esto no significa la igualdad del trabajo con respecto a la recompensa, pues, como dice el Apóstol: *Lo que aquí es para nosotros de una tributación momentánea y ligera, engendra en nosotros, de un modo muy maravilloso, un peso eterno de gloria* (II *Cor.*, 17); sino que designa la igualdad de proporción, a saber, que cuanto más sea el trabajo mayor será la recompensa.

II. De tres maneras puede entenderse la mayor intensidad del trabajo.

1º) Según la forma de la caridad, a la cual responde la recompensa del premio esencial, a saber: el goce y la visión divina. Por lo cual se lee: *El que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me le manifestaré a mí mismo.* (*Joan.*, XIV, 21.) De ahí que quien trabajare con mayor caridad, aunque padezca menor trabajo, recibirá más del premio esencial.

2º) Según el género de la obra. Así como en las cosas humanas recibe mayor premio el que trabaja en una obra más noble, como el arquitecto con respecto al albañil, aun cuando trabaja corporalmente con menor intensidad, así también en las cosas divinas, el que se ocupa en una acción más noble recibirá mayor recompensa por alguna prerrogativa del premio accidental, aunque tal vez haya trabajado menos corporalmente. De ahí que se dé una aureola a los doctores, vírgenes y mártires.

3º) Según la cantidad del trabajo, y de dos maneras. A veces un trabajo mayor merece mayor recompensa, principalmente en cuanto a la remisión de la pena, por ejemplo, porque los ayunos son más largos, o la peregrinación es más lejana, y también en cuanto al gozo sentido en un trabajo mayor. A veces, sin embargo, es mayor el trabajo por defecto de la voluntad. Pues en las cosas que hacemos por propia voluntad, sentimos menos trabajo. En este caso el acrecentamiento del trabajo no aumentará la recompensa, sino que la disminuirá. Por eso se dice en Isaías (XL, 31): *Tomarán alas como águilas, correrán, y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán.* Allí mismo se dice antes: *Desfallecerán los jóvenes, y se fatigarán* (v. 30).

(*In I Cor.*, III.)

Viernes de Septuagésima

NECESIDAD DE CAUTELA

Y así el que piensa que está en pie, mire no caiga. (I *Cor.*, X, 12.)

I. El ejemplo de los judíos, que perecieron en el desierto por castigo, nos amonesta a precaver la caída. Esta palabra de la Escritura implica cuatro advertencias al sabio, a saber: la muchedumbre de los que caen, cuando dice: *Y así;* la incertidumbre de los que están de pie, al añadir: *el que piensa que está en pie*; la necesidad de cautela, cuando agrega: *mire; la facilidad de la* caída cuando dice: *no caiga.* Dice por lo tanto: *Y así,* como si dijese: aun cuando aquéllos gozaron de los beneficios de Dios, perecieron, no obstante, por sus pecados; *y así,* con el recuerdo de ellos *el que piensa,* por alguna conjetura, *que está en pie,* esto es, que está en gracia y caridad, *mire* con diligente atención *no caiga* pecando o haciendo pecar a otros. *¿Cómo caíste del cielo, oh Lucifer?* (*Is.*, XIV, 12.) *Caerán mil a tu lado.* (*Psal.*, XC, 7.) Por lo tanto, dice el Apóstol: *Y así mirad, hermanos, que andéis avisadamente.* (*Eph.*, V, 15.)

II. Debe advertirse que muchas cosas nos incitan a caer.

1º) La debilidad de las fuerzas, como caen los niños, los decrépitos, los enfermos. *Caerán de flaqueza,* dice Isaías (XL, 30). Lo cual acaece por tibieza en el bien obrar e inestabilidad.

2º) El peso de los pecados, como caen los asnos

bajo la carga excesiva: *Cayeron los que obran iniquidad.* (*Psal.*, XXXV, 13.) Esto ocurre por negligencia en la penitencia, pues el pecado que por la penitencia...

3º) La multitud de los que arrastran, como el árbol o la casa, cuando muchos lo empujan por debajo, cae sobre los mismos. Esto acaece por impulso de los enemigos.

4º) Lo resbaladizo de los caminos, como los incautos caen en el resbaladero. *Guárdate de resbalar casualmente con la lengua, y caigas.* (*Eccli.*, XXVIII, 30.) Esto ocurre por la guarda incauta de los sentidos.

5º) La variedad de los tropiezos, como el ave prendida entre los lazos. *Siete veces caerá el justo* (*Prov.*, XXIV, 16.) Lo cual acontece por la corrupción de las criaturas.

6º) La ignorancia de los deberes, como fácilmente caen los ciegos: *Si un ciego guía a otro ciego, entrambos caen en el hoyo.* (*Matth.*, XV, 14.) Esto es resultado de la negligencia en aprender lo necesario.

7º) Los ejemplos de los que caen, como los ángeles a ejemplo de Lucifer. Por eso dice el libro de los Proverbios: *El justo que cae delante del impío es una fuente enturbiada con el pie y un manantial corrompido* (XXV, 26). Sucede esto, imitando a los malos.

8º) La pesadez de los cuerpos, porque el cuerpo que se corrompe, recarga al alma, como la piedra en el cuello del nadador. *Un monte, cayendo, se deshace.* (*Job.*, XIV, 18.) Esto tiene lugar alimentando superfluamente la carne.

(*In* I *Cor.*, X.)

Sábado de Septuagésima

REFORMA INTERIOR

No os conforméis con este siglo, sino reformaos en novedad de vuestro espíritu; para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios buena, y agradable, y perfecta. (*Rom.*, XII, 2.)

I. Se prohibe la complacencia con el siglo: *No os conforméis con este siglo*, esto es, con las cosas que pasan temporalmente. Porque el siglo presente es cierta medida de las cosas que perecen con el tiempo. El hombre se complace en las cosas temporales por el afecto, apegándose a ellas por amor. También se complace con este siglo el que imita la vida de los que viven mundanamente, como dice el Apóstol: *Requiero en el Señor que no andéis ya como andan las gentes en la vanidad de su sentido.* (*Eph.* IV, 17.)

II. Se ordena la reforma interior del espíritu, cuando se dice: *Sino reformaos en novedad de vuestro espíritu.* Con la palabra espíritu se designa la razón, ya que por ella juzga el hombre de las cosas que ha de hacer. El hombre poseyó ese espíritu íntegro y vigoroso en su creación: *Hinchó sus corazones de sentido, y les mostró los males y los bienes.* (*Eccli.*, XVII, 6.) Mas por el pecado fué corrompido ese sentido (o espíritu), y como envejecido. Y por lo tanto perdió su hermosura y decoro.

Aconseja, pues, el Apóstol que nos reformemos, esto es, que nuevamente tomemos la belleza y el decoro del espíritu que éste poseyó, lo cual

se verifica por la gracia del Espíritu Santo, en cuya participación el hombre debe poner gran empeño, de modo que la reciban los que todavía no la recibieron, y la perfeccionen los que ya han participado de ella: *Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento* (*Eph.*, IV, 23), es decir, *renovaos* en los actos exteriores, *en la novedad de vuestro espíritu,* esto es, según la novedad de la gracia que habéis recibido en vuestra alma.

III. El motivo del consejo indicado es: *para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios.* Debe considerarse que así como el hombre que tiene el gusto estragado no posee juicio recto de los sabores, sino que a veces abomina de las cosas suaves y apetece las abominables, y el que tiene el gusto sano posee juicio recto de los sabores, del mismo modo el hombre que tiene corrompido el afecto por su complacencia con las cosas mundanas, no posee juicio recto acerca del bien; mas el que tiene el afecto recto y sano, por haber renovado el sentido por la gracia, posee juicio recto acerca del bien. Por eso se dice: *No os conforméis con este siglo, sino reformaos con novedad de vuestro espíritu, para que experimentéis,* esto es, conozcáis por experiencia. *Gustad y ved que el Señor es suave.* (*Psal.*, XXXIII, 9.)

¿Cuál es la voluntad de Dios?, es decir, con la que quiere que os salvéis. *Pues ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* (I *Thess.*, IV, 3.) *Buena,* es decir, quiere que nosotros queramos el bien honesto, y a ello nos incita con sus preceptos: *Te mostraré, oh hombre, lo que es bueno y lo que te demanda el Señor.* (*Mich.*, VI,

8.) *Agradable,* por cuanto al que está bien dispuesto es deleitable querer lo que Dios quiere. Y no solamente es útil para conseguir el fin, sino también *perfecta,* por cuanto nos une al fin.

Así, pues, experimentan la voluntad de Dios los que no se complacen con este siglo, antes bien, se reforman en la novedad de su espíritu. Mas los que permanecen en la vejez, conformes con las cosas del mundo, juzgan que la voluntad de Dios no es buena, sino pesada e inútil.

(*In Rom.,* XII.)

Domingo de Sexagésima

LA SEMILLA

He aquí que salió un Sembrador a sembrar. (*Matth.,* XIII, 3.)

I. Celo del sembrador. El que sale es Cristo. Sale de tres maneras: del seno del Padre, sin cambiar de lugar; de Judea a las gentes; de lo profundo de la sabiduría para enseñar en público. Cristo siembra. Porque la semilla es principio del fruto. Por lo cual toda buena acción procede de Dios. ¿Qué siembra? *Su semilla.* Ésta es el Verbo de Dios. ¿Y qué hace? Seres semejantes a aquél de quien procede, porque hace hijos de Dios.

II. Obstáculos a la semilla. Hay tres, porque se requieren tres cosas para su desarrollo, a saber: que se conserve en la memoria, que eche raíces

por el amor, que se tenga con ella solicitud. Esas tres cosas se destruyen por otras tres: la memoria, por la vanidad; el amor o caridad, por la dureza de corazón; la solicitud, por la germinación de los vicios.

1º) *Algunas semillas cayeron junto al camino.* El camino está abierto a todos los caminantes, así también el corazón que está expuesto a todo pensamiento. Por lo cual cuando la palabra de Dios cae en un corazón vano y variable, cae junto al camino y está expuesta a dos peligros. San Mateo sólo señala uno, a saber: *las aves del cielo las comieron.* Pero San Lucas pone dos, a saber: es pisoteada, y además comida por las aves. Del mismo modo, cuando los vanidosos reciben la palabra de Dios, es pisoteada por el pensamiento vano o la mala compañía. Por lo cual se regocija mucho el diablo, cuando puede quitar y pisotear esta semilla.

2º) Dureza de corazón. Esto se opone a la caridad, porque es propio del amor ablandar. Es duro lo que en sí está apretado y estrechado dentro de los propios límites, mientras que el amor transporta al que ama, por lo cual se difunde. La parábola añade: *Otras cayeron en lugares pedregosos;* y Ezequiel: *Quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré corazón de carne* (XXXVI, 26). Hay quienes poseen el corazón tan desprovisto de todo amor, que carecen de toda carne; otros, al contrario, tienen buena sensibilidad, pero es pobre y sin profundidad. Es profunda cuando el corazón es profundo. Tiene amor profundo el que ama todas las cosas por Dios, y nada antepone al amor de Dios. Otros se deleitan bien en Dios, pero más en las otras

cosas, y éstos no están ablandados, y los tales no tienen mucha tierra.

Prosigue (el Evangelista): *Y nacieron luego,* etcétera. Los que piensan profundamente, piensan mucho tiempo; pero los que no piensan profundamente, se precipitan a la acción, por lo que salen pronto. Así que escuchan con prontitud, pero la semilla no echa raíces en ellos porque no tienen tierra profunda en amor y caridad.

3º) Destrucción del fruto, porque el que ama más intensamente las riquezas, cuando llega el tiempo de la tribulación, recibe lo que ama más. Por lo cual, *en saliendo el sol se quemaron,* por falta de vigor. *Y porque no tenían raíz, se secaron,* porque Dios no era la raíz. *Otras cayeron sobre las espinas,* que son los cuidados, las iras y otras cosas semejantes. *Y crecieron las espinas, y las ahogaron.*

(*In Matth.*, XIII.)

Lunes de Sexagésima

LA BONDAD DE DIOS

El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó también con él todas las cosas? (*Rom.*, VIII, 32.)

I. Habiendo el Apóstol hecho mención de muchos hijos, con las palabras: *Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos* (*Rom.*, VIII, 15), separa a este Hijo de todos aquéllos, diciendo: *A su propio Hijo,* esto es, no adoptivo sino

por naturaleza y coeterno, del cual dice el Padre: *Éste es mi Hijo el amado.* (*Matth.*, III, 17.)

Cuando dice: *No perdonó,* debe entenderse que no lo eximió de la pena. Porque en él no hubo culpa que perdonar. Sin embargo, Dios Padre no perdonó a su Hijo para acrecentarse él en algo, pues Dios es perfecto en todas las cosas, sino que lo sujetó a la Pasión para utilidad nuestra.

Y esto es lo que añade: *Sino que lo entregó por todos nosotros,* esto es, lo expuso a la Pasión para expiar nuestros pecados, como dice el Apóstol en otro lugar: *El cual fué entregado por nuestros pecados* (*Rom.*, IV, 25); y el profeta Isaías: *Cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros* (LIII, 6). Dios Padre lo entregó a la muerte, decretando que se encarnara y padeciera, e inspirando en su voluntad humana amor de caridad, con que espontáneamente sufriese la Pasión. Por lo cual se dice que él se entregó a sí mismo: *Se entregó a sí mismo por nosotros.* (*Eph.*, V, 2.) También lo entregaron Judas y los judíos, haciendo algo exteriormente. Debe advertirse que dice: *El que ama a su propio Hijo,* como si dijese: no solamente expuso a la tribulación a los otros santos por la salvación de los hombres, sino también a su propio Hijo.

II. Por lo que, habiendo entregado a su Hijo por nosotros, se nos dieron todas las cosas, cuando agrega: *¿Cómo también con él,* esto es, una vez dado a nosotros, *no nos donó todas las cosas;* para que todas ellas cedan en nuestro bien, las cosas superiores, a saber, las personas divinas para gozarlas, los espíritus racionales para vivir en su compañía; todas las cosas inferiores para usar de

ellas, no solamente las favorables, sino también las adversas? *Todas las cosas son vuestras; y vosotros de Cristo; y Cristo de Dios.* (I *Cor.*, III, 22, 23.) De lo cual resulta evidente, como se dice en el Salmo XXXIII, 10: *No están en necesidad los que le temen.*

(*In Rom.*, VIII.)

Martes de Sexagésima

CONMEMORACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Considerad, pues, atentamente a aquél que sufrió tal contradicción de los pecadores contra su persona; para que no os fatiguéis, desfalleciendo en vuestros ánimos. (*Hebr.*, XII, 3.)

I. El Apóstol nos invita a meditar con diligencia. *Considerad atentamente a aquél,* esto es, pensad dos veces: *En todos tus caminos pon tu pensamiento en él.* (*Prov.*, III, 6.) La razón es que, en cualquier tribulación, el remedio se encuentra en la Cruz.

Pues allí se encuentra la obediencia a Dios, como dice el Apóstol: *Se humilló a sí mismo, hecho obediente* (*Phil.*, II, 8.) Allí, la piedad filial para con los padres. Por eso allí se preocupó de su madre. También allí se encuentra la caridad para con el prójimo, por lo cual oró por sus perseguidores: *Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen.* (*Luc.*, XXIII, 34.) Hubo allí paciencia en la adversidad: *Enmudecí, y me humillé, y callé razones buenas; y mi dolor se renovó.* (*Psal.*, XXXIII, 3.) Allí la perseverancia final en todo, por lo cual perseveró hasta la

muerte: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* (*Luc.*, XXIII, 46.)

Por consiguiente, en la Cruz se encuentra el ejemplo de todas las virtudes. Por eso dice San Agustín: "La Cruz no solamente fué patíbulo de la víctima, sino también cátedra de enseñanza."

II. Mas ¿qué es lo que se ha de meditar? Tres cosas:

1º) El género de la Pasión, porque Jesús *sufrió contradición,* esto es, aflicción en las palabras. Por eso decían: *¡Ah!, tú que destruyes el templo de Dios.* (*Matth.*, XXVII, 40.) *Me sacarás de las contradicciones.* (*Psal.*, XVII, 44.) *Señal a la que se hará contradicción.* (*Luc.*, II, 34.) *Y tal contradicción,* esto es, tan grave e ignominiosa. *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor.* (*Thren.*, I, 12.)

2º) De quienes padeció, pues, fué de parte de los pecadores, por los cuales padecía: *Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos.* (I *Petr.*, III, 18.)

3º) La persona del paciente. Pues antes de la Pasión, desde el principio del mundo, padeció en sus miembros, pero ahora en su propia persona. Por eso dice: *Contra su persona.* (*Hebr.*, XII, 3.) Y el Apóstol Pedro dice: *El mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.* (I *Petr.*, II, 24.)

III. La utilidad de esta consideración se manifiesta cuando dice: *Para que no os fatiguéis.* (*Hebr.*, XII, 3.)

La consideración de la Pasión de Cristo hace que no desfallezcamos. Por eso dice San Grego-

rio: "Si se trae a la memoria la Pasión de Cristo, nada hay tan duro que no pueda ser tolerado con ecuanimidad. Por lo tanto no desfallezcáis, como fatigados en el ánimo, de la verdad de la fe, ni desfallezcáis tampoco en las obras buenas".

Y da la razón, diciendo: *Pues aún no habéis resistido hasta la sangre.* (*Hebr.*, XII, 4.) Como si dijese: No debéis desfallecer en vuestras tribulaciones por vosotros mismos, porque todavía no habéis sufrido como Cristo, pues él derramó su sangre por nosotros.

(*In Hebr.*, XII.)

Miércoles de Sexagésima

NECESIDAD DE LA VIGILANCIA

Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. (*Matth.*, XXIV, 42.)

I. El Señor exhorta a la vigilancia, señalando la incertidumbre de la hora de la muerte, pues dice: el día es incierto, y nadie puede fiarse de su estado, pues de dos será tomado uno, y dejado otro. Por eso debéis ser solícitos y diligentes. *Velad, pues.* Como dice San Jerónimo, el Señor quiso dejar incierto el término de la vida, para que el hombre esté siempre en espera. Por tres cosas suele delinquir el hombre: porque sus sentidos están ociosos, o porque deja de moverse, o porque duerme; por esa razón *velad,* a fin de que vuestros sentidos se eleven por la contemplación, como dice el Cantar de los Cantares (V, 2): *Yo duermo, y mi corazón vela.* Asimismo *velad,* para que no quedéis inmóviles en la muerte. Pues vela

el que se ejercita en obras buenas: *Sed sobrios, y velad, porque el diablo, vuestro adversario, anda como león rugiendo alrededor de vosotros, buscando a quién tragar.* (I *Petr.*, V, 8.) Asimismo, *velad,* para que no caigáis por negligencia. *¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás?* (*Prov.* VI, 9.)

II. *Porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor.* Dice San Agustín [41] que esto es necesario a los Apóstoles, ya los que existían antes de nosotros, y a nosotros también, porque el Señor viene de dos maneras. Vendrá al fin del mundo a todos en general, viene también a cada uno de nosotros al fin de la vida, es decir, en la muerte. Luego existe una doble venida: al fin del mundo, y también en la muerte. Y quiso que ambas fueran inciertas.

Estas venidas se corresponden, porque cada uno será encontrado en la segunda tal cual esté en la primera. Y dice San Agustín (en el lugar citado): "El último día del mundo encontrará desapercibido al que en su último día halló desapercibido."

También puede entenderse de otra venida invisible, cuando el Señor viene al alma, como dice Job: *Si viniere a mí, no lo veré* (IX, 11). Por eso viene a muchos y no se dan cuenta. Debéis, por consiguiente, velar mucho, para que le abráis, si llamare. *He aquí que estoy a la puerta, y llamo. Si alguno oyere mi voz, y me abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él.* (*Apoc.*, III, 20.)

(*In Matth.*, XXIV.)

41 *Ad Hesychium* (epist. 80).

Jueves de Sexagésima

HAY QUE VELAR SIEMPRE

Mas sabed que, si el Padre de familias supiese a qué hora había de venir el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa. (*Matth.*, XXIV, 43.)

Mas, como no sabe a qué hora, es necesario que vele durante toda la noche.

La casa es el alma. En ésta debe descansar el hombre, como dice la Escritura: *Entrando en mi casa*, es decir, en mi conciencia, *con ella tendré descanso* (*Sap.*, VIII, 16.) El padre de familias es la razón. *El rey que se sienta sobre el trono de justicia, con una mirada suya disipa todo mal.* (*Prov.*, XX, 8.)

Alguna vez el ladrón mina la casa. El ladrón es alguna persuasión de doctrina falsa, o alguna tentación. Y llámase ladrón, como se lee en el Evangelio: *El que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas... aquél es ladrón y salteador.* (*Joan.*, X, 1.) La puerta es, propiamente hablando, el conocimiento natural o la ley natural. Luego el que entra por la razón, entra por la puerta; mas el que entra por la concupiscencia, por la ira o cosa semejante, es ladrón.

Los ladrones acostumbran llegar de noche. Si vienen de día no se les teme. Así, cuando el hombre se encuentra en la contemplación de las cosas divinas, entonces la tentación no viene; mas cuando se conduce remisamente, entonces viene. Por eso dice bien el Profeta: *Cuando faltare mi fuerza, no me desampares.* (*Psal.*, LXX, 9.)

Por consiguiente, debemos vigilar, porque igno-

ramos cuándo vendrá el Señor a juicio. Pero podemos referirlo al día de la muerte. *Porque cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina.* (I *Thess.*, V, 3.) Así, pues, *estad apercibidos también vosotros, porque a la hora que menos penséis, ha de venir el Hijo del hombre.* (*Matth.*, XXIV, 44.) Dice San Juan Crisóstomo [42] que los hombres solícitos de las cosas temporales velan de noche. Y si velan por las cosas temporales, cuánto más ha de velarse por las espirituales.

Fijémonos en la comparación de San Agustín. Supongamos tres siervos que aman la venida del Señor. Uno dice: "Mi Señor vendrá pronto, y por eso velaré." Otro dice: "El Señor tardará, pero quiero velar." Un tercero dice: "No sé cuándo vendrá, y por eso quiero velar." ¿Cuál de los tres habla mejor? Responde San Agustín que el primero se engaña malamente, pues si cree que vendrá pronto y después tarda, está en peligro de dormirse de tedio. El segundo puede ser engañado, pero no está en peligro. Pero el tercero obra bien, porque, en la duda, espera siempre. Por lo tanto, malo es señalarse algún tiempo.

(*In Matth.*, XXIV.)

Viernes de Sexagésima

EL SERVICIO DE DIOS

No tendrás dioses ajenos delante de mí. (*Ex.*, XX, 3.)

Se nos prohibe dar culto más que a un solo Dios, y somos obligados a ello por cinco razones:

42 *Homil.*, 78.

1ª) Por la dignidad de Dios, pues no hacer caso de ella es injuriar a Dios. A toda dignidad se debe reverencia; por eso es traidor al rey el que le quita lo que está obligado a prestarle, y esto hacen algunos contra Dios, como dice el Apóstol: *Y mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible.* (*Rom.*, I, 23.) Esto desagrada sobremanera a Dios.

2ª) Por su largueza. Pues de Dios poseemos todos los bienes; y corresponde a la dignidad de Dios ser el autor y dador de todos los bienes. *Abriendo tú tu mano, todos se llenarán de bienes.* (*Psal.*, CIII, 28.) Eres, pues, demasiado ingrato, si no reconoces sus dones; es más, haces para ti otro Dios, del mismo modo que hicieron un ídolo los hijos de Israel sacados de Egipto. *Iré en pos de mis amadores.* (*Os.*, II, 5.) Esto tiene lugar también cuando uno pone su esperanza en otro que no sea Dios, esto es, cuando pide a otro ayuda. *Bienaventurado el varón cuya esperanza es el nombre del Señor.* (*Psal.*, XXXIX, 5.) *Habiendo conocido a Dios... ¿cómo os volvéis otra vez a los rudimentos flacos y pobres...?* (*Gal.*, IV, 9.)

3ª) Por la firmeza de nuestras promesas. Pues hemos renunciado al diablo y hemos prometido fidelidad a solo Dios; por lo tanto no debemos quebrantarla. *Si alguno quebranta la ley de Moisés, siéndole probado con dos, o con tres testigos, muere sin misericordia alguna. ¿Pues de cuántos mayores tormentos creéis que es digno el que hollare al Hijo de Dios, y tuviere por vil, y profanare la sangre del testamento en que fué santificado, y que hiciere ultraje al espíritu de gracia?* (*Hebr.*, X, 28, 29.) *Si viviendo el marido, fuere hallada con otro hombre, será llamada adúltera* (*Rom.*, VII, 3); y la tal debe ser quemada. ¡Ay!,

pues, del pecador que entrare en tierra por dos caminos, y de los que cojean de los dos pies.

4ª) Por la pesadez del dominio del diablo, como dice Jeremías: *Serviréis allí a dioses ajenos día y noche, que no os darán reposo.* (*Jer.*, XVI, 13.) Pues no descansa en un solo pecado, sino más bien se empeña en llevar a otro. *Todo aquél que hace pecado, esclavo es del pecado.* (*Joan.*, VIII, 34.) Por eso no se sale fácilmente del pecado. San Gregorio dice: "El pecado que no es destruído por la penitencia, arrastra luego por su peso a otro pecado." Lo contrario ocurre con el dominio de Dios, pues sus preceptos no son pesados, como dice el Señor: *Mi yugo suave es, y mi carga ligera.* (*Matth.*, XI, 30.) Se considera que uno hace bastante, si hace por Dios cuanto hizo por el pecado. El Apóstol dice: *Como para maldad ofrecisteis vuestros miembros, que sirviesen a la inmundicia, y a la iniquidad; así para santificación ofreced ahora vuestros miembros que sirvan a la justicia.* (*Rom.*, VI, 19.) Mas de los siervos del diablo se dice: *Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, y hemos andado por caminos ásperos.* (*Sap.*, V, 7.) *Trabajaron para proceder inicuamente.* (*Jer.*, IX, 5.)

5ª) Por la inmensidad del premio o galardón. Pues en ninguna ley se prometen tales premios como en la ley de Cristo. A los sarracenos se les promete ríos de leche y de miel; a los judíos, la tierra de promisión; mas a los cristianos, la gloria de los ángeles: *Serán como ángeles de Dios en el cielo.* (*Matth.*, XXII, 30.) Considerando esto, San Pedro dijo: *¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.* (*Joan.*, VI, 69.)

(*In Decalog.*, XII.)

Sábado de Sexagésima

CÓMO HA DE SERVIRSE A DIOS

I. Debe servirse a Dios con actos exteriores e interiores. Puesto que estamos compuestos de dos naturalezas, intelectual y sensible, debemos ofrecer a Dios doble adoración, la espiritual, que consiste en la devoción interna del espíritu, y la corporal, que consiste en la humillación exterior del cuerpo. Y como en todos los actos del culto de latría lo que es exterior se refiere a lo interior como a lo más principal; por eso la adoración exterior se hace a causa de la interior, es decir, para que por los signos de humildad, que exhibimos corporalmente, se excite nuestro afecto a someterse a Dios, pues nos es connatural proceder de las cosas sensibles a las inteligibles. Así como la oración existe primordialmente en la mente y secundariamente es expresada por las palabras, así también la adoración consiste principalmente en la reverencia interior de Dios, y secundariamente en ciertas señales externas de humildad, como al doblar las rodillas confesamos nuestra pequeñez en comparación con Dios; y al prosternarnos confesamos que nada somos por nosotros mismos.

(2ª 2ae, *q.* LXXXIV, *a.* II.)

II. Debemos tener discreción en los actos exteriores. De manera distinta se conduce el hombre justo con respecto a los actos interiores, con los cuales se obsequia a Dios, y con relación a los exteriores. Porque el bien del hombre y su justicia consisten principalmente en los actos interio-

res, con los cuales el hombre cree, espera y ama. Por lo cual dice la Escritura: *El reino de Dios está dentro de vosotros.* (*Luc.*, XVII, 21.)

No consiste principalmente en los actos exteriores: *El reino de Dios no es comida ni bebida.* (*Rom.*, XIV, 17.) Por eso los actos interiores se consideran como fin que se busca por sí mismo; pero los actos exteriores, por los cuales se ofrecen los cuerpos a Dios, se consideran como medios que se ordenan al fin. En lo que se busca como fin, no se da ninguna medida, sino que cuanto mayor fuere, tanto mejor será. Mas para lo que se busca con relación al fin, se da medida proporcionada al fin; así, el médico causa la salud en cuanto puede, y en cambio administra la medicina, no en cuanto puede, sino en cuanto ve que es necesaria para conseguir la salud.

Del mismo modo el hombre no debe aplicar ninguna medida en la fe, en la esperanza y en la caridad, sino que cuanto más cree, espera y ama, tanto mejor es, por lo cual se dice en el Deuteronomio: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza.* (*Deut.*, V, 3.) Mas en los actos exteriores debe aplicarse la medida de la discreción, por comparación a la caridad.

(*In Rom.*, XII.)

Domingo de Quincuagésima

CÓMO SE HA DE SERVIR AL SEÑOR EN DOMINGO

Acuérdate de santificar el día de Sábado. (*Ex.*, XX, 8.)

El hombre debe santificar el día festivo. Se dice

santo de dos maneras, a saber: porque está limpio y porque ha sido consagrado a Dios. Vamos a hablar de qué obras debemos ocuparnos en ese día y de cuáles debemos abstenernos.

I. Debemos ofrecer sacrificios (*Num.*, XXVIII, 3). Se dice que Dios ordenó que cada día se le ofreciese un cordero por la mañana y otro por la tarde, pero que en el sábado estos sacrificios debían duplicarse; esto significa que en el sábado debemos ofrecer a Dios sacrificio y de todo lo que poseemos.

1º) Debemos, además, ofrecer nuestra alma, doliéndonos de nuestros pecados y orando por los beneficios recibidos. *Suba derecha mi oración como un perfume en tu presencia.* (*Psal.*, CXL, 2.) Fué por lo tanto hecho el día festivo para procurarnos la alegría espiritual, que da la oración. Por ello deben multiplicarse las plegarias en tales días.

2º) Debemos ofrecer nuestro cuerpo. *Y así os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos a Dios en hostia viva; santa...* (*Rom.*, XII, 1.) Alabando. *Sacrificio de alabanza me honrará.* (*Psal.*, XLIX, 23.) Por este motivo se multiplican los cantos en tales días.

3º) Debemos ofrecer nuestros bienes dando limosnas, y esto doble que en los demás días, porque entonces es común la alegría.

II. Es preciso estudiar la palabra de Dios, como hacían los judíos: *Las voces de los profetas, que cada sábado se leen.* (*Act.*, XIII, 27.) De ahí que también los cristianos, cuya justicia debe ser más perfecta, deban reunirse el domingo para asistir a la predicación y los oficios de la Iglesia.

También deben hablar de cosas útiles. Estas dos cosas son útiles al alma del pecador, porque mejoran su corazón. Pues la palabra de Dios instruye al ignorante e inflama al tibio.

III. Es menester aplicarse a las cosas divinas. Mas esto es cosa de los perfectos. *Gustad y ved que el Señor es suave.* (*Psal.*, XXXIII, 9.) Y esto para descanso del alma, pues así como el cuerpo fatigado necesita descanso, así también el alma. Mas el lugar dentro del alma es Dios, como dice el Profeta: *Sé para mí un Dios protector, y una casa de refugio.* (*Psal.*, XXX, 3.) Y en la epístola a los Hebreos: *Por lo cual queda el sabatismo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, él también ha reposado de sus obras, así como Dios de las suyas* (IV, 9). *Entrando en mi casa, con ella tendré descanso.* (*Sap.*, VIII, 16.)

Pero antes que llegue el alma a ese descanso, es necesario que precedan otros tres descansos. Primero, debe reposar de la inquietud del pecado: *Mas los impíos son como el mar agitado, que no puede estar en calma.* (*Is.*, LVII, 20.)

Segundo, de las pasiones de la carne, *porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne.* (*Gal.*, V, 17.)

Tercero, de las ocupaciones mundanas. *Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas.* (*Luc.*, X, 41.)

Después de esto es cuando el alma descansa libremente en Dios. *Si llamares al sábado delicado* [43] *. . . entonces te deleitarás en el Señor.* (*Is.*, LVIII, 13 y 14.) Por lo cual, los santos dejaron todas las cosas, pues ésta es la *preciosa margarita*

43 Día delicioso para Dios y para ti, por las buenas obras que en él se deben hacer.

que cuando la halla un hombre, la esconde; y por el gozo de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. (*Matth.*, XIII, 44.) Pues este descanso es la vida eterna y el eterno deleite del que dice David: *Éste es mi reposo por siglo de siglo; aquí moraré porque lo he escogido.* (*Psal.*, CXXXI, 14.)

(*In Decalog.*, XVII.)

Lunes de Quincuagésima

LA SANTIDAD

Se dice en San Lucas: *Le sirvamos sin temor, en santidad y en justicia.* (I, 74, 75.) Servir a Dios pertenece a la religión. Luego la religión es lo mismo que la santidad.

El nombre de santidad parece significar dos cosas: 1ª, pureza, y este significado corresponde al nombre griego ἅγιος, sin tierra; 2ª, firmeza, por lo que entre los antiguos se llamaban santas las cosas que estaban protegidas por la ley, para que no se violasen. Por eso se dice también que una cosa ha sido sancionada porque se halla confirmada por una ley. Uno u otro sentido compiten a que se atribuya santidad a las cosas que se dedican al culto divino, de modo que no sólo los hombres, sino también el templo, los vasos y otras cosas semejantes se dice que son santificadas, por aplicarse al culto divino.

La pureza es necesaria para que el espíritu se dedique a Dios, porque el espíritu humano se mancha cuando se apega a las cosas inferiores, como una cosa se mancilla por mezclarse con otra peor, por ejemplo: la plata al mezclarse con el

plomo. Es necesario que el espíritu se desprenda de las cosas inferiores, para poder unirse al Ser Supremo; pues un espíritu manchado no puede unirse a Dios. Por eso: *Seguir la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios.* (*Hebr.*, XII, 14.)

Se exige también la firmeza para que el espíritu se aplique a Dios; porque se aplica a él como a último fin y primer principio, y tales cosas deben ser inmóviles. Por eso decía San Pablo: *Por lo cual estoy cierto que ni muerte, ni vida... nos podrá apartar del amor de Dios.* (*Rom.*, VIII, 38, 39.)

Así, pues, se dice santidad (a aquella virtud) porque el espíritu del hombre se une a sí mismo, y sus actos a Dios. Por lo cual no se diferencia esencialmente de la religión, sino solamente por una diferencia de razón; porque se dice religión en cuanto tributa a Dios el servicio debido a aquellas cosas que pertenecen especialmente al culto divino, como los sacrificios, oblaciones y otras semejantes, al paso que se dice santidad en cuanto el hombre refiere a Dios, no sólo estas cosas, sino también las obras de las demás virtudes, o el hombre se dispone por ciertas obras buenas al culto divino.

(2ª 2ae, *q.* LXXXI, *a.* 8.)

Martes de Quincuagésima

FLAGELACIÓN DE CRISTO

Y después de haber hecho azotar a Jesús, se lo entregó para que lo crucificasen. (*Matth.*, XXVII, 26.)

¿Por qué lo entregó para que fuese azotado? San Jerónimo dice que era costumbre de los romanos que primero fuese azotado el condenado a muerte. Por lo cual se cumple en él lo que está escrito: *Porque aparejado estoy para los azotes.* (*Psal.*, XXXVII, 18.) Algunos dicen que Pilatos lo azotó para que (los judíos) se moviesen a piedad y lo despidiesen así, azotado.

Pilatos, pues, tomó entonces a Jesús, y azotóle. (*Joan.*, XIX, 1.) No lo azotó con sus propias manos, sino por medio de los soldados. Y esto para que, saciados los judíos de injuriarlo, se ablandasen y desistiesen de ensañarse en él hasta la muerte. Pues es natural que se apacigüe la ira, si ve humillado y castigado a aquél contra quien se irrita. Lo cual es, efectivamente, verdadero en la ira que busca con medida el daño del prójimo, pero no en el odio, que busca totalmente el exterminio del odiado, como se lee en el Eclesiástico: *Tiene las lágrimas el enemigo en sus ojos; mas si halla la ocasión, no se hartará de sangre.* (*Eccli.*, XII, 16.) Mas éstos se movían por odio hacia Cristo, y por lo tanto no bastaba la flagelación. Por eso dicen los profetas: *He sido azotado todo el día.* (*Psal.*, LXXII, 14.) *Mi cuerpo di a los que me herían.* (*Is.*, L, 6.)

Mas por ventura ¿esta intención excusa a Pilatos de la responsabilidad de la flagelación? No, ciertamente; porque en todo lo que de suyo es malo, no puede llegar a ser totalmente bueno por la buena intención. Afligir al inocente y principalmente al Hijo de Dios es en sí sumamente malo, y por tanto no puede excusarse por ninguna intención.

(*In Joan.*, XIX.)

TIEMPO DE CUARESMA

Miércoles de Ceniza

LA MUERTE

Por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado, la muerte. (*Rom.*, V, 12.)

1º) Si alguno, por su culpa, es privado de algún beneficio que se le ha dado, la carencia de aquel beneficio es la pena de aquella culpa. Al hombre, en su primer estado, fuéle concedido por Dios este beneficio: que, mientras su espíritu estuviera sometido a Dios, se sometiesen las fuerzas inferiores del alma a la mente racional, y el cuerpo al alma. Mas, puesto que la mente del hombre se apartó por el pecado de la sujeción a Dios, siguióse que tampoco las fuerzas inferiores se sometiesen totalmente a la razón; de donde resultó tanta rebelión del apetito carnal contra la razón, que ni tampoco el cuerpo estuviese enteramente sujeto al alma. Y de aquí provienen la muerte y otros defectos corporales; porque la vida y la integridad del cuerpo consisten en que éste se someta al alma, como lo perfectible a su perfección. De donde, por el contrario, la muerte y la enfermedad y cualquier defecto corporal pertenecen al defecto de sujeción del cuerpo al alma. Por lo tanto es evidente que, así como la rebelión del apetito carnal contra el espíritu es pena del pe-

cado de los primeros padres, así también la muerte y todos los defectos corporales.

2º) El alma racional es de sí inmortal, por eso la muerte no es natural al hombre por parte de su alma, sino al cuerpo que está compuesto de elementos contrarios, de donde resulta necesariamente la corruptibilidad; y en cuanto a esto, la muerte es natural al hombre. Mas Dios, que es el creador del hombre, es omnipotente, por lo cual, por un efecto de su bondad, eximió al primer hombre de la necesidad de la muerte, que es consiguiente a tal materia; cuyo beneficio, sin embargo, le ha sido substraído por el pecado de los primeros padres. Y así, la muerte es natural por la condición de la materia, y es penal por la pérdida del beneficio divino, que preserva de la muerte.

(2ª 2ae., *q*. CLXIV, *a*. 1 et *ad 1um*.)

3º) La culpa original y la actual es removida por Cristo, esto es, por el mismo por quien se quitan también defectos corporales, conforme a aquello del Apóstol: *Vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu, que mora en vosotros.* (*Rom*., VIII, 11.) Pero ambas cosas tienen lugar en tiempo oportuno, según el orden de la divina sabiduría, porque conviene que a la inmortalidad e impasibilidad de la gloria que fué incoada en Cristo y adquirida para nosotros por Cristo, lleguemos después de haber sido conformados primeramente con sus sufrimientos. Por consiguiente, es necesario que su pasibilidad permanezca temporalmente en nosotros para que merezcamos la impasibilidad de la gloria de una manera conforme a Cristo.

1ª 2ae., *q*. LXXXV, *a*. 5, *ad 2um*.)

Jueves después de Ceniza

EL AYUNO

I. Se ayuna principalmente para tres fines:

1º) Para reprimir las concupiscencias de la carne. Razón por la cual dice el Apóstol: *En ayunos, en pureza* (II *Cor.*, VI, 5), porque por los ayunos se conserva la castidad. Pues, como dice San Jerónimo: "Sin Ceres y Baco fría está Venus, esto es, por la abstinencia en el comer y beber se calma la lujuria" [44].

2º) Se ayuna para que el espíritu se eleve con más libertad a la contemplación de las cosas sublimes. Por eso se lee en Daniel que después de un ayuno de tres semanas recibió de Dios la revelación (X, 2 y sgtes.).

3º) Para satisfacer por los pecados. Por eso se dice en Joel: *Convertíos a mí de todo vuestro corazón, con ayuno, y con llanto, y con gemidos* (II, 12). Y esto es lo que dice San Agustín: "El ayuno purifica al alma, eleva el pensamiento, somete la carne propia al espíritu, hace al corazón contrito y humillado, disipa las nubes de la concupiscencia, extingue los ardores de la liviandad y enciende la luz verdadera de la castidad" [45].

II. El ayuno cae bajo precepto. Pues el ayuno es útil para borrar y contener la culpa, y para elevar la mente a las cosas espirituales; y como cada cual está obligado por razón natural a usar tanto de los ayunos cuanto le sea necesario para los fines indicados; por eso el ayuno en general cae bajo el precepto de la ley natural, pero la

44 *Contra Jovin.*, lib. II, cap. 6.
45 *De oratione et jejunio. Serm.*, 230, *De temp.*

determinación del tiempo y modo de ayunar según la conveniencia y utilidad del pueblo cristiano cae bajo precepto del derecho positivo, el cual ha sido instituído por los prelados de la Iglesia: éste es el ayuno de la Iglesia; mas el otro es el ayuno natural.

III. Convenientemente se determinan los tiempos del ayuno de la Iglesia. El ayuno se ordena a dos cosas: a borrar el pecado y a elevar el espíritu a las cosas sobrenaturales. Por eso debieron prescribirse los ayunos, especialmente en aquellos tiempos en que convenía que los hombres se purificaran del pecado y se elevase la mente de los fieles a Dios, por la devoción.

Ambas cosas urgen principalmente antes de la solemnidad pascual, en la que se perdonan las culpas por el bautismo, que se celebra solemnemente en la vigilia de Pascua, cuando se recuerda la sepultura del Señor, pues por el *bautismo somos sepultados con Cristo en muerte* (como dice el Apóstol, *Rom.*, VI, 4). También en la fiesta de Pascua conviene especialmente elevar el espíritu por la devoción a la gloria de la eternidad, que Cristo inauguró resucitando. Por eso estableció la Iglesia que debía ayunarse inmediatamente antes de la solemnidad pascual, y por la misma razón en las vigilias de las fiestas principales, en las que conviene que nos preparemos a celebrar devotamente las fiestas futuras.

(2ª 2ae, *q.* CXLVII, *a.* 1, 3 y 5.)

Viernes después de Ceniza

LA CORONA DE ESPINAS

Salid, y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con la corona, con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. (*Cant.*, III, 11.)

Es la voz de la Iglesia, que invita a las almas de los fieles a contemplar cuán admirable y precioso es su esposo. Porque las hijas de Sión son las mismas que las hijas de Jerusalén, las almas santas, ciudadanos de aquella suprema ciudad, las cuales disfrutan de paz perpetua en compañía de los Angeles, y por consiguiente, contemplan la gloria del Señor.

I. *Salid,* esto es, salid de la vida turbulenta de este siglo, para que podáis contemplar con la mente expedita al que amáis. *Y ved al rey Salomón,* es decir, al verdadero Cristo pacífico. *Con la corona con que le coronó su madre;* como si dijese: considerad a Cristo revestido de la carne por nosotros, carne que tomó de la carne de la Virgen, su Madre. Pues llama corona a la carne que Cristo tomó por nosotros, en la que, habiendo muerto, destruyó el imperio de la muerte; y en la que, resucitando, nos dió la esperanza de resucitar.

De esta corona dice el Apóstol: *Lo vemos* (a Jesús) *por la pasión de la muerte coronado de gloria y de honra.* (*Hebr.*, II, 9.) Se dice que lo coronó su madre, porque la Virgen María le dió de su carne la substancia de la carne.

En el día de su desposorio, esto es, en el tiempo

de su Encarnación, cuando unió a sí a la Iglesia, que no tiene mancha o arruga, o cuando Dios se unió al hombre. *Y en el día de la alegría de su corazón.* Pues la alegría y el gozo de Cristo es salud y redención del género humano. *Y viniendo a casa, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja, que se había perdido.* (*Luc.*, XV, 6.)

II. Conforme a la letra, puede también referirse sencillamente todo esto a la Pasión de Cristo. Porque previendo Salomón, en espíritu, la Pasión de Cristo mucho tiempo antes, aconsejaba a las hijas de Sión, esto es, al pueblo de Israel: *Salid y ved al rey Salomón,* es decir, a Cristo, con la corona, o sea, con la corona de espinas con que le coronó su madre, la Sinagoga, *en el día de su desposorio,* cuando unió a sí la Iglesia, y *en el día de la alegría de su corazón,* en el cual se regocijaba de redimir de la potestad del diablo al mundo, por medio de su pasión.

Salid, pues, y salid de las tinieblas de la infidelidad y *ved,* esto es, entended mentalmente que aquél que padece como hombre es verdadero Dios. O también, *salid* fuera de la puerta de vuestra ciudad, para que lo veáis crucificado en el monte Gólgota.

(*In. Cant.*, III.)

Sábado después de Ceniza

EL GRANO DE TRIGO

I. *Si el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo quedará.* (*Joan.*, XII, 24.)

Para dos cosas usamos el grano de trigo: para el pan y para semilla. Aquí se trata del grano de trigo que es semilla, no como materia del pan, porque en este último caso no brota para que produzca fruto. Mas dice *muriere,* no porque pierda la virtud seminativa, sino porque se muda en otra especie. *Lo que tú siembras, no se vivifica, si antes no muere.* (I *Cor.*, XV, 36.)

El Verbo de Dios es semilla en el alma del hombre, por cuanto entra en ella por la voz sensible para producir fruto de buenas obras, como dice San Lucas: *La simiente es la palabra de Dios.* (VIII, 11.) Del mismo modo el Verbo de Dios, vestido de carne, es la semilla enviada al mundo, de la cual debía brotar abundantísima mies, por lo cual se compara al grano de mostaza. (*Matth.*, XIII, 31.) Dice, pues: Yo he venido como la semilla, para fructificar, y por eso os digo en verdad: *Si el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo queda;* esto es, si yo no muero, no se seguirá el fruto de la conversión de las gentes. Mas se compara al grano de trigo, porque vino para restablecer y sustentar a las mentes humanas. Esto lo hace principalmente el pan de trigo, como dice la Escritura: *El pan corrobore el corazón del hombre.* (*Psal.*, CIII, 15.) *El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.* (*Joan.*, VI, 52.)

II. *Mas si muriere, mucho fruto lleva.* (*Joan.*,

XII, 24.) Aquí se indica la utilidad de la Pasión, como diciendo: Si no cae en tierra por la humildad de la pasión, no se sigue ninguna utilidad, porque él solo queda. *Pero si muriere,* esto es, mortificado y matado por los judíos, *mucho fruto lleva.*

1º) Fruto de remisión de pecado, como dice el Profeta Isaías: *Éste es todo su fruto, que sea quitado su pecado.* (*Is.*, XXVII, 9.) Este fruto lo trajo la pasión de Cristo, según aquello: *Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios.* (I *Petr.*, III, 18.)

2º) El fruto de la conversión de los gentiles a Dios, como se lee en el cuarto Evangelio: *Os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto, y que permanezca vuestro fruto.* (*Joan.*, XV, 16.) Ese fruto lo trajo la Pasión de Cristo: *Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo.* (*Joan.*, XII, 32.)

3º) El fruto de la gloria. *Porque glorioso es el fruto de los buenos trabajos.* (*Sap.*, III, 15.) Este fruto también lo trajo la Pasión de Cristo: *Teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo, por un camino nuevo y de vida, que nos consagró el primero por el velo, esto es, por su carne.* (*Hebr.*, X, 19, 20.)

(*In Joan.*, XII.)

Primer Domingo de Cuaresma

FUÉ CONVENIENTE QUE CRISTO FUERA TENTADO

Jesús fué llevado al desierto por el espíritu, para ser tentado por el diablo. (*Matth.*, IV, 1.)

Cristo quiso ser tentado:

1º) Para darnos un auxilio contra las tentaciones. Por lo que dice San Gregorio: "No era indigno de nuestro Redentor, que había venido para ser muerto, el haber querido ser tentado, porque era justo que de ese modo venciese nuestras tentaciones por las suyas, como había venido para vencer nuestra muerte por la suya" [46].

2º) Para que estuviéramos prevenidos, de modo que nadie, por santo que fuese, se creyera seguro e inmune de tentación. Por lo cual quiso ser tentado después del bautismo, porque, como dice San Hilario: "Las tentaciones del diablo se redoblan principalmente en nosotros después de santificados, porque prefiere más triunfar de los santos". Por lo que se dice en el Eclesiástico: *Hijo, cuando te llegues al servicio de Dios, está firme en justicia, y en temor, y prepara tu alma a la tentación* (II, 1).

3º) Para darnos ejemplo, esto es, para instruirnos acerca de cómo debemos vencer las tentaciones del diablo. A este respecto San Agustín dice que "Cristo se dejó tentar del diablo para ser nuestro mediador y ayudarnos a triunfar de las tentaciones de éste, no sólo con su auxilio, sino también con su ejemplo" [47].

4º) Para darnos confianza en su misericordia.

[46] *In hom.*, XVI, *in Evang*, 4, *Super Matth., can.* 3.
[47] *De Trinit.*, lib. IV, cap. 13.

Por lo cual se dice: *No tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades; mas tentado en todas cosas a semejanza nuestra, excepto el pecado.* (*Hebr.*, IV, 15.)

(3ª, *q.* XLI, *a.* 1.)

Lunes de la primera semana de Cuaresma

CRISTO DEBIÓ SER TENTADO EN EL DESIERTO

Estuvo en el desierto cuarenta días y cuarenta noches, y le tentó Satanás. (*Marc.*, I, 13.)

I. Cristo se manifestó voluntariamente al diablo, para ser tentado, como también por propia voluntad se ofreció a sus miembros para ser matado; de otro modo no se hubiese atrevido el diablo a acercarse a él. Mas el diablo tienta más a uno cuando está solo, como dice la Escritura: *Si alguno prevaleciere contra el uno, los dos le resisten.* (*Eccles.*, IV, 12.) De ahí que Cristo se fuese al desierto, como a un campo de lucha, para ser tentado allí por el diablo. Por eso dice San Ambrosio que "Cristo se iba al desierto para provocar al diablo. Porque si éste, el diablo, no le hubiese combatido, aquél, es decir, Cristo, no hubiese venido para mí"[48].

Añade aún otras razones, diciendo que Cristo obró así por misterio, para librar del destierro a Adán, que había sido arrojado del paraíso al desierto; y como ejemplo, para mostrarnos que el diablo mira con malos ojos a los que tienden a lo más perfecto.

[48] *Super Lucam, cap.* 4. 7; *Super Matth., hom.* XII.

II. Cristo se expuso, efectivamente, a la tentación, porque, al decir de San Juan Crisóstomo, el diablo se apresura más a tentar cuando nos ve solitarios; por lo que tentó primero a la mujer cuando se encontraba sin el varón. Sin embargo, no se sigue de aquí que el hombre deba ponerse en peligro de tentación.

Hay dos ocasiones de tentación. Una por parte del hombre, por ejemplo, cuando alguno se expone próximamente al pecado, no evitando las ocasiones de pecar, y tal ocasión de tentación debe ser evitada, según se dijo a Lot: *No te pares en toda esta comarca alrededor de Sodoma.* (*Gen.*, XIX, 17.)

Otra ocasión de tentación existe por parte del diablo que "siempre mira con malos ojos a los que tienden a cosas mejores", como dice San Ambrosio, y tal ocasión de tentación no debe ser evitada. Por lo cual dice San Juan Crisóstomo que no solamente Cristo fué llevado al desierto por el Espíritu, sino también todos los hijos de Dios que poseen al Espíritu Santo; pues no se contentan con permanecer ociosos; sino que el Espíritu Santo los insta a emprender algo grande, cual es estar en el desierto con relación al diablo, porque no hay allí injusticia, en la que el diablo se deleita. También toda obra buena es desierta con respecto a la carne y al mundo, porque no es conforme a la voluntad de la carne ni a la del mundo.

Pero no es peligroso dar al diablo tal ocasión de tentación, pues es más bien un consejo del Espíritu Santo, que es el autor de la obra perfecta, que una impugnación del diablo envidioso.

(3ª, *q.* XLI, *a.* 2.)

Martes de la primera semana de Cuaresma

CÓMO SOBRELLEVÓ CRISTO TODOS LOS SUFRIMIENTOS

Los padecimientos humanos pueden considerarse de dos modos: 1º) En cuanto a la especie y así no convino que Cristo sufriese todo padecimiento, porque muchas especies de padecimientos son contrarias entre sí, como cuando uno se quema por el fuego o es sumergido en el agua; ahora hablamos de los padecimientos inferidos exteriormente, puesto que no fué conveniente que él sufriese los padecimientos que son causados interiormente, como son las enfermedades corporales.

2º) En cuanto al género; sufrió todo padecimiento humano, lo cual puede considerarse de tres maneras:

1ª) Por parte de los hombres de quienes recibió padecimiento, pues padeció algo de los gentiles, de los judíos, de los hombres y de las mujeres, como se manifiesta por las sirvientas que acusaban a San Pedro. Padeció también por parte de los príncipes y de sus ministros y del pueblo, según aquello del Salmo (II, 1, 2): *¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas? Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los príncipes contra el Señor, y contra su Cristo.* Padeció también de parte de los amigos y conocidos, como se manifestó cuando Judas le entregó, y Pedro le negó.

2ª) Por todo lo que el hombre puede padecer. En efecto, Cristo sufrió por sus amigos que lo abandonaban; en su reputación, por las blasfe-

mias proferidas contra él; en su honra y gloria, por los escarnios y afrentas que se le causaron; en sus cosas, porque hasta fué despojado de sus vestiduras; en su alma, por la tristeza, tedio y temor, y en su cuerpo, por las heridas y azotes.

3ª) En sus miembros corporales. Porque Cristo sufrió en su cabeza la corona de punzantes espinas; en su pies y manos, taladrados por los clavos; en su rostro, las bofetadas y salivazos; y azotes en todo el cuerpo.

Padeció también con todos sus sentidos corporales: con el del tacto, al ser flagelado y crucificado con los clavos; con el del gusto, al beber hiel y vinagre; con el del olfato, al ser suspendido en un patíbulo levantado en un lugar que los cadáveres hacían fétido y que se llamaba Calvario; con el del oído, al ser atacado por las voces de blasfemos y burladores; con el de la vista, al ver llorar a su Madre y al discípulo a quien amaba.

Por lo que hace a la eficacia, ciertamente el más mínimo de los padecimientos de Cristo hubiese bastado para redimir al género humano de todos sus pecados; pero según la conveniencia, fué preciso que sufriese todo género de padecimientos.

(3ª, *q.* XLVI, *a.* 5.)

Miércoles de la primera semana de Cuaresma

INTENSIDAD DEL DOLOR DE CRISTO EN LA PASIÓN

Atended, y mirad si hay dolor como mi dolor. (*Thren.*, I, 12.)

En Cristo paciente hubo el dolor verdadero y

sensible, que es causado por algún daño corporal; y también el dolor interior, producido por la percepción de algún daño, que se llama tristeza. Ambos dolores fueron en Cristo los mayores que pueden sufrirse en la vida presente. Esto acaeció por cuatro razones.

I. Por las causas del dolor. Porque la causa del dolor sensible fué la lesión corporal, la cual resultó acerba, ya por la generalidad de los padecimientos, ya también por el género de ellos, pues la muerte de los crucificados es acerbísima, al ser clavados en las partes nerviosas y más sensibles, esto es, en las manos y los pies, y además que el peso mismo del cuerpo pendiente acrecienta continuamente el dolor; también se prolonga el sufrimiento, puesto que no mueren inmediatamente como los que son pasados a cuchillo.

La causa del dolor interior fué: 1º, todos los pecados del género humano por los que satisfacía padeciendo, y que casi se los atribuye cuando dice: *Las voces de mis delitos* (*Psal.*, XXI, 2); 2º, especialmente la caída de los judíos y de los demás que pecaban en su muerte, y principalmente de sus discípulos, que se escandalizaron en la Pasión de Cristo; 3º, la pérdida de la vida corporal, que naturalmente es horrible a la naturaleza humana.

II. La magnitud de su dolor puede considerarse por la percepción del paciente según el alma y según el cuerpo. Según el cuerpo tenía una complexión perfecta, puesto que fué formando milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y

por eso sobresalió en él el sentido del tacto, de cuya percepción se sigue el dolor.

El alma percibió también eficacísimamente, según las fuerzas interiores, todas las causas de la tristeza.

III. La magnitud del dolor de Cristo puede considerarse por la pureza del dolor y de la tristeza, pues en los demás pacientes se mitiga la tristeza interior, y hasta el dolor exterior, por alguna consideración de la razón, por medio de cierta derivación o redundancia de las potencias superiores a las inferiores; lo cual no ocurrió en Cristo paciente, porque dejó hacer a cada una de sus fuerzas lo que le es propio.

IV. Puede considerarse la magnitud del dolor de Cristo paciente porque tomó voluntariamente estos padecimientos y el dolor con el fin de libertar a los hombres del pecado, y por consiguiente tomó tanta cantidad de dolor como correspondía a la magnitud del fruto que de ello resultaba.

Luego, de todas estas causas, consideradas en conjunto, aparece manifiesto que el dolor de Cristo fué el mayor.

(3ª, *q.* XLVI, *a.* 6.)

Jueves de la primera semana de Cuaresma

FUÉ CONVENIENTE QUE CRISTO FUERA CRUCIFICADO ENTRE DOS LADRONES

Cristo fué crucificado entre ladrones, porque así convenía en cuanto a la intención de los judíos, y también en cuanto a la ordenación de Dios.

1º) En cuanto a la intención de los judíos, éstos lo crucificaron entre dos ladrones, para hacerlo partícipe de la sospecha que se tenía de ellos. Pero no ocurrió así, pues nada se dice de ellos, mientras que la Cruz de éste es honrada en todas partes: los reyes, deponiendo las coronas, colocan la Cruz en sus vestidos de púrpura, en sus diademas, en sus armas, en la mesa sagrada; y la Cruz brilla en toda la tierra.

Respecto al orden establecido por Dios, Cristo fué crucificado con los ladrones porque así como Cristo fué hecho por nosotros el maldito de la Cruz [49], del mismo modo es crucificado como culpable entre culpables, para la salvación de todos [50].

2º) Como dice el papa San León [51], son crucificados dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda, para demostrarnos bajo la imagen misma del patíbulo la distinción que deberá hacerse de todos los hombres en el día del juicio. San Agustín dice: "Si te fijas, la misma cruz fué tribunal; porque en medio se encuentra el juez; a un lado el que creyó y fué liberado, y al otro, el que insultó y fué condenado. Ya significaba por ello lo qué haría con los vivos y los muertos; a unos los pondría a su derecha, a los otros a su izquierda" [52].

3º) Según San Hilario, hubo dos ladrones crucificados, el uno a la derecha y el otro a la izquierda, para enseñar que todo el género humano

[49] *Galat.*, III, 13.

[50] Es argumento de San Jerónimo (*Super Matth.*, XXVIII), como el anterior es de San Juan Crisóstomo (*hom.* 88 *in Matth.* y 84 *in Joan.*).

[51] *Serm. de Passione*, 4.

[52] *Super Joan. tract.* 31.

es llamado al sacramento de la Pasión del Señor. Mas porque, a causa de la diversidad de fieles e infieles, se hace la división de todos poniendo los unos a la derecha y los otros a la izquerda, uno de los dos, el situado a su derecha, se salva por la justificación de la fe [53].

4º) Como dice San Beda, los ladrones que fueron crucificados con el Señor significan los que bajo la fe y la confesión de Cristo sufren el certamen del martirio o las disposiciones de una disciplina austera; mas los que lo hacen por la gloria eterna, son representados por la fe del ladrón de la derecha, y los que lo hacen con miras a las humanas alabanzas, imitan las disposiciones y los actos del ladrón de la izquierda [54].

Así como Cristo no era deudor de la muerte, sino que la sufrió porque quiso, para vencer a la muerte con su virtud; así tampoco mereció ser colocado con ladrones; pero quiso ser contado entre los inicuos, para destruir a la iniquidad con su virtud. Por eso San Juan Crisóstomo [55] dice que convertir al ladrón en la Cruz y conducirlo al paraíso no fué menos difícil que quebrar las piedras.

(3ª, *q.* XLVI, *a.* 11.)

[53] *Can.* 33 *in Matth.*
[54] *Super Marc.*, cap. 24.
[55] *Super Joan.*, *hom.* LXXXIV.

Viernes de la primera semana de Cuaresma

LA LANZA Y LOS CLAVOS DE NUESTRO SEÑOR

Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua. (*Joan.*, XIX, 34.)

I. La Escritura dice de un modo expresivo *abrió*, y no hirió, porque por este costado se nos abre la puerta de la vida eterna. *Después de esto miré; y vi una puerta abierta.* (*Apoc.*, IV, I.) Ésta es la puerta en el costado del arca, por la cual entran los animales que no han de perecer en el diluvio.

II. Esta puerta es causa de salvación. Por lo cual *salió luego sangre y agua.* Es muy maravilloso que del cuerpo de un muerto, en el cual está cuajada la sangre, salga ésta.

Esto ocurrió para mostrar que por la Pasión de Cristo alcanzamos plena ablución de nuestros pecados y de nuestras manchas. De nuestros pecados por la sangre, que es el precio de nuestro rescate, como dice la Escritura: *Habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, que recibisteis de vuestros padres, no por oro ni por plata, que son cosas perecederas; sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado, y sin mancilla* (I *Petr.*, I, 18); de las manchas por el agua, que es baño de nuestra regeneración. *Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias.* (*Ezech.*, XXXVI, 25.) *En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los morado-*

res de Jerusalén para lavar las manchas del pecador y de la mujer menstruosa. (*Zach.*, XIII, 1.)

Por lo tanto, estas dos cosas pertenecen especialmente a dos sacramentos: el agua, al sacramento del Bautismo; la sangre, a la Eucaristía, o bien, ambas cosas pertenecen a la Eucaristía porque en el Sacramento de la Eucaristía se mezcla agua con vino; aunque el agua no sea de la substancia del sacramento.

Hay también en esto una figura, porque así como del costado de Cristo dormido en la Cruz brotó sangre y agua, con las cuales se consagra la Iglesia, del mismo modo del costado de Adán dormido fué formada la mujer, que prefiguraba a la Iglesia.

(*In Joan.*, XIX.)

Sábado de la primera semana de Cuaresma

CARIDAD DE DIOS EN LA PASIÓN DE CRISTO

Mas Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque, aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros. (*Rom.*, V, 8, 9.)

I. *Cristo murió por los impíos.* (*Ibid.*, 6.) Esto es grande si consideramos quién murió; es grande también, si consideramos por quienes murió. *Porque apenas hay quien muera por un justo* (*Ibid.*, 7), esto es, apenas hay quien muera para librar a un hombre justo; aún más todavía, como se dice en Isaías: *El justo perece, y no hay quien lo recapacite* (LVII, 1). Y por lo tanto *apenas hay quien muera.* Porque tal vez alguno, esto es,

algún raro por celo de virtud se atreva a morir por un hombre bueno. Raro es, pues, porque es cosa grandísima, como se lee en San Juan: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos.* (*Joan.*, XV, 13.) Pero lo que hizo Cristo: morir por los impíos e injustos, no se encuentra jamás. Por eso con razón debe admirarse por qué Cristo hizo esto.

II. Si se pregunta por qué Cristo murió por los impíos, la respuesta es que con ello Dios *hace brillar su caridad en nosotros,* esto es, con ello nos muestra que nos ama infinitamente, pues *aun cuando éramos pecadores, murió Cristo por nosotros.*

La misma muerte de Cristo muestra la caridad de Dios para con nosotros, pues dió a su Hijo para que muriese satisfaciendo por nosotros: *De tal manera amó Dios al mundo que dió a su Hijo Unigénito.* (*Joan.*, III, 16.) Y de este modo, así como la caridad de Dios Padre para con nosotros se muestra por habernos dado su Espíritu, igualmente se muestra dándonos a su Hijo.

Pero al decir *hace brillar,* señala la inmensidad de la caridad divina; la cual manifiesta por el solo hecho de habernos dado a su Hijo para que muriese por nosotros, y por nuestra condición, porque esto no lo hizo a causa de nuestros merecimientos, sino *aun cuando éramos pecadores.* (*Rom.*, V, 8.) *Dios, que es rico en misericordia, por su extrema caridad con que nos amó; aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo* (*Eph.*, II, 4.)

(*In Rom.*, V.)

III. Todo esto apenas es creíble, como dice la

Escritura: *Obra fué hecha en vuestros días, que nadie la creerá cuando será contada.* (*Habac.* I, 5.) Porque que Cristo haya muerto por nosotros es tan sorprendente que apenas puede concebirse en nuestro entendimiento; es más, sobrepasa nuestro alcance. Esto es lo que dice el Apóstol: *Yo obro una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguno os la contare.* (*Act.*, XIII, 41.)

Tanta es la gracia y el amor de Dios para con nosotros, que hizo por nosotros mucho más de lo que nosotros podemos creer o concebir.

(In symb.)

Segundo domingo de Cuaresma

DIOS PADRE ENTREGÓ A CRISTO A LA PASIÓN

El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros. (*Rom.*, VIII, 32.)

Cristo padeció voluntariamente por obediencia al Padre. Por consiguiente, Dios Padre entregó a Cristo a la Pasión en tres conceptos:

1º) Según que en su eterna voluntad preordenó la Pasión de Cristo para liberación del género humano, conforme a aquello que dice Isaías: *Cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros* (LIII, 6), y más adelante: *El Señor quiso quebrantarle con trabajos.* (*Ibid.*, 10.)

2º) En cuanto le inspiró la voluntad de padecer por nosotros, infundiendo en él la caridad, por la que quiso padecer. Por lo cual el Profeta continúa: *Él se ofreció porque él mismo lo quiso.* (*Ibid.*, 7.)

3º) No protegiéndole en la Pasión, sino expo-

niéndole a sus perseguidores, por lo que se lee en San Mateo (XXVII, 46) que estando Cristo colgado en la Cruz, decía: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*, es decir, que lo expuso al poder de sus perseguidores.

Es impío y cruel entregar a un hombre inocente a la pasión y a la muerte contra su voluntad, como obligándole a morir. Mas Dios Padre no entregó así a Cristo, sino inspirándole la voluntad de padecer por nosotros; en lo cual se muestra la severidad de Dios, que no quiso perdonar el pecado sin la pena; eso hace notar el Apóstol cuando dice: *A su propio Hijo no perdonó.* (*Rom.*, VIII, 32.) Pero Dios muestra su bondad en cuanto que, no pudiendo el hombre satisfacer suficientemente por medio de alguna pena que él mismo sufriese le dió uno que satisficiera por él; lo cual indicó el Apóstol diciendo: *lo entregó por todos nosotros* (*Rom.*, VIII, 32), y *A quien* (es decir, a Cristo) *Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre.* (*Rom.*, III, 25.)

La misma acción es juzgada de diversa manera en el bien o en el mal, según que proceda de diversa raíz. El Padre entregó a Cristo, y éste se entregó por amor, y por eso ambos son alabados; mas Judas lo entregó por avaricia; los judíos, por envidia; Pilatos, por el temor mundano con que temió al César, y por eso todos ellos son vituperados.

(3ª, *q.* XLVII, *a.* 3.)

Así, pues, Cristo no fué deudor de la muerte por necesidad; sino por amor a los hombres, en cuanto que quiso la salvación humana; y por amor a Dios, en cuanto quiso cumplir su volun-

tad, como dijo el mismo Cristo: *Mas no como yo quiero, sino como tú.* (*Matth.*, XXVI, 39.)

(2ª, *Dist.* 20, *q.* I, *a.* 5.)

Lunes de la segunda semana de Cuaresma

FUÉ CONVENIENTE QUE CRISTO PADECIESE DE PARTE DE LOS GENTILES

Lo entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, y azoten y crucifiquen. (*Matth.*, XX, 19.)

En el modo mismo de la Pasión de Cristo se prefiguró su efecto; porque primeramente la Pasión de Cristo produjo el efecto de la salud en los judíos, muchos de los cuales se bautizaron en la muerte de Cristo. En segundo lugar, el efecto de la Pasión de Cristo pasó a los gentiles con la predicación de los judíos. Por lo tanto, fué conveniente que Cristo comenzase a padecer por parte de los judíos, y que después, entregándole los judíos, acabase su pasión a manos de los gentiles.

Cristo, para manifestar la abundancia de su caridad, por la que padecía, puesto en la Cruz, pidió perdón por sus perseguidores; y por esto, para que el fruto de esta petición llegase a los judíos y a los gentiles, quiso Cristo padecer por parte de los unos y de los otros.

Ciertamente ofrecían los judíos, no los gentiles, los sacrificios figurativos de la ley antigua. Pero la Pasión de Cristo fué la oblación de su sacrificio, en cuanto Cristo sufrió la muerte por caridad con voluntad propia; mas en cuanto padeció de parte de los perseguidores, no fué sacrificio, sino pecado gravísimo.

Como los judíos dijeron: *No nos es lícito a*

nosotros matar a alguno (*Joan.*, XVIII, 31), entendieron que no les era lícito matar a nadie, a causa de la santidad del día de fiesta que ya habían comenzado a celebrar. O decían esto, como asegura San Juan Crisóstomo, porque querían matarlo, no como transgresor de la ley, sino como enemigo público, por haberse hecho rey, de lo cual no les correspondía a ellos juzgarle, o porque no les era lícito crucificar, lo cual deseaban, sino apedrear, lo que hicieron con San Esteban. Mejor dicho: que los romanos quitaron el poder de matar a los que les estaban sometidos.

(3ª, *q*. XLVII, *a*. 4.)

Martes de la segunda semana de Cuaresma

LA PASIÓN DE CRISTO CAUSÓ NUESTRA SALVACIÓN POR MODO DE MERECIMIENTO

I. A Cristo se dió la gracia no solamente como a persona singular, sino también en cuanto es cabeza de la Iglesia, esto es, para que se derramase a los miembros; y por consiguiente, las obras de Cristo se encuentran, tanto con respecto a sí mismo cuanto a los miembros, en la misma relación en que se encuentran las obras de otro hombre, constituído en gracia, con respecto a sí mismo.

Pero es evidente que quienquiera que, constituído en gracia, padece por la justicia, por eso mismo merece la salvación para sí, conforme a aquello del Evangelio: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.* (*Matth.*, V, 10.) Luego Cristo por su Pasión no solamente me-

reció la salvación para sí, sino también para todos sus miembros.

Es cierto que Cristo nos mereció la salvación eterna desde el principio de su concepción; pero existían por nuestra parte ciertos impedimentos, que nos imposibilitaban conseguir el efecto de los méritos precedentes. Por lo que *fué necesario que Cristo padeciese* para remover aquellos impedimentos.

Y aun cuando la caridad de Cristo no hubiese sido aumentada en la Pasión más que antes, tuvo, sin embargo, la Pasión de Cristo algún efecto que no tuvieron los merecimientos precedentes, por razón de mayor caridad, sino a causa del género de obra que era conveniente a tal efecto, como se evidencia por las razones dadas más arriba acerca de la conveniencia de la Pasión de Cristo.

(3ª, *q.* XLVIII, *a.* 1.)

Los miembros y la cabeza pertenecen a la misma persona. De ahí que, como Cristo es cabeza nuestra por razón de la divinidad y la plenitud de gracia que redunda a los otros, y nosotros somos sus miembros, su merecimiento no es extraño a nosotros, sino que redunda en nosotros por la unidad del cuerpo místico.

(3. *Dist.*, 18, *a.* 6.)

II. Mas debe saberse que, aunque Cristo ha merecido suficientemente con su muerte en favor del género humano, debe buscar, sin embargo, cada uno los remedios de su propia salvación; pues la muerte de Cristo es como una causa universal de la salvación, como el pecado del primer hombre fué una causa universal de condenación. Pero es necesario que la causa universal sea apli-

cada especialmente a cada uno, para que participe del efecto de la causa universal.

Así, pues, el efecto del pecado del primer hombre llega a cada uno por la generación de la carne; mas el efecto de la muerte de Cristo pertenece a cada uno por la regeneración espiritual, mediante la cual el hombre se une e incorpora, en cierto modo, a Cristo. Y por lo tanto, es necesario que cada cual sea regenerado por Cristo, y reciba todo aquello por lo cual obra la virtud de la muerte de Cristo.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 55.)

Miércoles de la segunda semana de Cuaresma

LA PASIÓN DE CRISTO CAUSÓ NUESTRA SALVACIÓN POR MODO DE SATISFACCIÓN

Y él es propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, mas también por los de todo el mundo. (I *Joan.*, II, 2.)

I. Satisface propiamente por una ofensa el que da al ofendido lo que ama tanto, o más, como aborrece la ofensa. Pero Cristo, padeciendo por caridad y obediencia, ofreció a Dios algo mayor que lo que exigía la compensación de toda la ofensa del género humano: 1º, por la grandeza de la caridad por la que padecía; 2º, por la dignidad de su vida, que daba en satisfacción, la cual era la vida de Dios hombre; 3º, por la generalidad de la pasión y la inmensidad del dolor padecido.

Por lo tanto, la pasión de Cristo no sólo fué

suficiente, sino sobreabundante satisfacción por los pecados del género humano.

Parece ser propio del que peca el satisfacer; pero la cabeza y los miembros son como una persona mística, por eso la satisfacción de Cristo pertenece a todos los fieles como a miembros suyos. Además, en cuanto que dos hombres son uno solo en la caridad, uno puede satisfacer por el otro.

(3ª, *q.* XLVIII, *a* 2.)

II. Aun cuando Cristo ha satisfecho suficientemente con su muerte por el pecado original, no es, sin embargo, inconveniente que las penalidades consiguientes al pecado original perduren todavía en todos los que se hacen participantes de la redención de Cristo. Pues esto se hizo adecuada y útilmente para que perdurase la pena, aun quitada la culpa.

1º) Para que existiese conformidad entre los fieles y Cristo, como entre los miembros y la cabeza. Por lo cual, así como Cristo sufrió primero muchos padecimientos y llegó de este modo a la gloria de la inmortalidad, así también es conveniente que sus fieles se sometan primero a los padecimientos, y lleguen de este modo a la inmortalidad, llevando, por decirlo así, en sí mismos las insignias de la Pasión de Cristo, a fin de alcanzar la semejanza de su gloria.

2º) Porque, si los hombres, que se acercan a Cristo, alcanzaran inmediatamente la inmortalidad y la impasibilidad, muchos hombres se acercarían a Cristo por estos beneficios corporales, más bien que a causa de los bienes espirituales; lo cual es contra la intención de Cristo, que vino al mundo para trasladar a los hombres del amor de las cosas corporales a las espirituales.

3º) Porque si los que se acercan a Cristo al instante se convirtieran en impasibles e inmortales, esto obligaría en cierto modo a los hombres a recibir la fe de Cristo, y así se disminuiría el merecimiento de la fe.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 55.)

Jueves de la segunda semana de Cuaresma

LA PASIÓN DE CRISTO OBRÓ A MODO DE SACRIFICIO

I. Se llama propiamente sacrificio una cosa hecha en honor de Dios con el fin de aplacarlo, y de ahí viene lo que dice San Agustín: "El verdadero sacrificio es toda obra que se hace para unirnos a Dios en santa hermandad, esto es, referida a aquel fin del bien con el que podemos ser verdaderamente bienaventurados" [56]. Pero Cristo se ofreció a sí mismo por nosotros en la Pasión; y el hecho mismo de haber sufrido voluntariamente la Pasión fué en gran manera acepto a Dios, como proveniente de máxima caridad. Por lo cual es evidente que la Pasión de Cristo fué un verdadero sacrificio.

Como el mismo añade después: "Múltiples y diversos signos de este verdadero sacrificio fueron los antiguos sacrificios de los santos, siendo figurado éste solo por muchos, como cuando con muchas palabras se designa una cosa para recomendarla mucho sin fastidio" [57]. "A fin de que, como en todo sacrificio se consideran cuatro cosas, agrega San Agustín [58], a saber: a quién se

[56] *De Civit. Dei*, lib. X, cap. 6.
[57] *De Civit. Dei*, X, 20.
[58] *De Trinit.*, lib. IV, cap. 14.

ofrece, quién lo ofrece, qué se ofrece, y por quiénes se ofrece, el uno, mismo y verdadero mediador, reconciliándonos con Dios por el sacrificio de paz, permaneciese siendo uno con aquél a quien ofrecía, se hiciese uno en sí con aquéllos por quienes se ofrecía, y fuese uno mismo el que ofrecía y lo que ofrecía."

II. En los sacrificios de la ley antigua, que eran figuras de Cristo, nunca se ofrecía carne humana, pero de ahí no se sigue que la Pasión de Cristo no haya sido un sacrificio. Pues aun cuando la verdad corresponde a la figura con relación a algo, pero no con relación a todo, es preciso, pues, que la verdad exceda a la figura. Y por eso, convenientemente, la figura de este sacrificio, por el que se ofrece por nosotros la sangre de Cristo, fué la carne, no de los hombres, sino de otros animales que significan la carne de Cristo, la cual es el sacrificio perfectísimo.

1º) Porque, siendo carne de la naturaleza humana, es ofrecida convenientemente por los hombres, y tomada por ellos bajo la forma de sacramento.

2º) Porque, siendo pasible y mortal, era apta para la inmolación.

3º) Porque, estando sin pecado, era eficaz para purificar los pecados.

4º) Porque, siendo la carne del mismo oferente, era grata a Dios a causa de la inefable caridad del que ofrecía su carne.

Por eso dice San Agustín *(De Trinit., loc. cit.)*: "¿Qué cosa sería tomada tan convenientemente de los hombres, para ofrecer por ellos, como la carne humana; y qué cosa tan apta para esta inmolación como la carne mortal? ¿Qué cosa más

pura, para purificar los vicios de los mortales, que la carne nacida en el seno y del seno de una virgen sin el contagio de la concupiscencia carnal? ¿Y qué podría ofrecerse y recibirse tan gratamente, como la carne de nuestro sacrificio, convertida en cuerpo de nuestro sacerdote?"

(3ª, *q.* XLVIII, 3.)

Viernes de la segunda semana de Cuaresma

FIESTA DE LA SÁBANA SANTA

Y tomando José el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia, y lo puso en un sepulcro suyo nuevo. (*Matth.*, XXVII, 59, 60.)

I. Por esta sábana se simbolizan misteriosamente tres cosas:

1º) La carne inmaculada de Cristo. Pues la sábana se hace de lino que se vuelve blanco al ser muy oprimido, del mismo modo que la carne de Cristo llegó al candor de la resurrección por muchas vejaciones, como dice San Lucas: *Así era menester que el Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos.* (*Luc.*, XXIV, 46.)

2º) Se significa la Iglesia que no tiene mancha ni arruga. Y esto se expresa por el lienzo tejido de diversos hilos.

3º) Se expresa la conciencia limpia, donde Cristo reposa.

II. *Y lo puso en un sepulcro suyo, nuevo.* Dice primero que era suyo. Era muy conveniente que quien murió por los pecados de otros, fuese sepultado en un sepulcro de otros.

Además dice que era *nuevo,* porque si otros cuerpos hubiesen sido colocados allí, se hubiera ignorado quién fué el que resucitó. Otra razón es que quien había nacido de una virgen intacta, fuese convenientemente sepultado en un sepulcro nuevo, de modo que así como ninguno existió en el seno de María antes que él ni después de él, del mismo modo ocurriera en el sepulcro. Y también para dar a entender que Cristo está escondido por la fe en el alma renovada: *Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones.* (*Eph.,* III, 17.)

Y se añade: *En aquel lugar, en donde fué crucificado, había un huerto; y en el huerto un sepulcro, en el que aún no había sido puesto alguno.* (*Joan.,* XIX, 41.) Debe advertirse que Cristo fué apresado en un huerto, padeció en un huerto y fué sepultado en un huerto, para significar que por la virtud de su Pasión nos libra del pecado que Adán cometió en un huerto de delicias, y que por él es consagrada la Iglesia, que es como huerto cerrado.

(*In Matth.,* XXVII.)

Sábado de la segunda semana de Cuaresma

LA PASIÓN DE CRISTO OBRÓ NUESTRA SALVACIÓN POR MODO DE REDENCIÓN

Dícese (I, *Petr.,* I, 18): *Sabiendo que habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, que recibisteis de vuestros padres, no por oro ni por plata, que son cosas perecederas, sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado y sin mancilla.* Y el Apóstol, a los Gálatas:

Jesucristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (III, 13). Se dice que se hizo maldición por nosotros, en cuanto que padeció por nosotros en el madero de la Cruz. Luego nos redimió por su Pasión.

De dos maneras estaba obligado el hombre por el pecado:

1º) Por la esclavitud del pecado, pues *todo aquél que hace pecado, esclavo es del pecado* (*Joan.*, VIII, 34); y *porque todo aquél que fué vencido, queda cautivo del que lo venció* (II *Petr.* II, 19.) Si, pues, el diablo había vencido al hombre, induciéndole al pecado, el hombre quedó sujeto a la servidumbre del diablo.

2º) En cuanto al reato de la pena, por el cual el hombre estaba obligado a la justicia de Dios; y esto es también cierta servidumbre; pues es verdadera servidumbre que el hombre padezca lo que no quiere, siendo propio del hombre libre hacer uso de sí mismo como quiere.

Mas porque la Pasión de Cristo fué satisfacción suficiente y sobreabundante por el pecado y reato de la pena del género humano, su Pasión fué como cierto precio, por el cual hemos sido librados de ambas obligaciones; pues la misma satisfacción por la que uno satisface por sí o por otro, se considera como cierto precio, con el cual se redime a sí mismo o a otro del pecado y de la pena, conforme a aquello de Daniel: *Redime tus pecados con limosnas.* (*Dan.*, IV, 24.) Mas Cristo satisfizo, no ciertamente dando dinero o cosa semejante, sino dando lo que fué más grande, esto es, a sí mismo por nosotros. Y por eso se dice que la Pasión de Cristo fué nuestra redención.

Pecando el hombre estaba obligado a Dios y al diablo. En cuanto a la culpa, había ofendido

a Dios y se había sometido al diablo, consintiendo con él; de donde por razón de la culpa no se había hecho siervo de Dios, sino que más bien había incurrido en la servidumbre del diablo, apartándose del servicio de Dios; lo cual fué permitido por Dios justamente a causa de la ofensa cometida contra él. Pero en cuanto a la pena, el hombre había sido obligado principalmente a Dios como a soberano juez; y al diablo como a verdugo, según aquello: *No sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro* (*Matth.*, V, 25), esto es, al ángel cruel de las penas. Así, pues, aun cuando el diablo, en cuanto de él dependía, retenía injustamente bajo su servicio al hombre, engañado por su fraude, no solamente en cuanto a la culpa sino también en cuanto a la pena, era, sin embargo, justo que el hombre lo padeciese, por permisión divina en cuanto a la culpa, y por disposición de Dios en cuanto a la pena. Y, por consiguiente, con respecto a Dios, exigía la justicia que el hombre fuese redimido, pero no con respecto al diablo. Y el precio no debía pagarse al diablo, sino a Dios. (3ª, *q.* XLVIII, *a.* 4.)

Tercer Domingo de Cuaresma

LA PASIÓN DE CRISTO NOS LIBRÓ DEL PECADO

Nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre. (*Apoc.*, I, 5.)

La Pasión de Cristo es la causa propia del perdón de los pecados, de tres maneras:

1º) Excitando a la caridad, porque como dice el Apóstol: *Dios hace brillar su caridad en nos-*

otros; porque, aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros. (*Rom.*, V, 8, 9.) Mas por la caridad conseguimos el perdón de los pecados, según aquello: *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho.* (*Luc.*, VII, 47.)

2º) La Pasión de Cristo causa el perdón de los pecados por modo de redención. Pues, como él es nuestra cabeza, por la Pasión, que sufrió por caridad y obediencia, nos libró de los pecados como a miembros suyos, por el precio de su Pasión; como si un hombre, mediante alguna obra meritoria que ejerciere con sus manos, se redimiese de los pecados que cometió con los pies; pues así como un cuerpo natural es uno solo, compuesto de diferentes miembros, así toda la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, se computa como una sola persona con su cabeza, que es Cristo.

3º) Por modo de causa eficiente, por cuanto la carne, según la cual Cristo sufrió la Pasión, es instrumento de la divinidad, y por lo tanto sus pasiones y acciones son ejecutadas por virtud divina para expulsar el pecado.

Ciertamente Cristo nos libró de los pecados con su Pasión como por una causa, esto es, instituyendo la causa de nuestra liberación, de modo que por ella pudiesen ser perdonados todos los pecados pasados, presentes y futuros; como si un médico confeccionase una medicina con la cual pudieran curarse cualesquiera enfermedades, aun en el futuro.

Mas, puesto que la Pasión de Cristo precedió como cierta causa universal del perdón de los pecados, es necesario que sea aplicada a cada uno para borrar los pecados propios. Esto se hace por

el bautismo, la penitencia y otros sacramentos que reciben la virtud de la Pasión de Cristo.

También por la fe se nos aplica la Pasión de Cristo para percibir su fruto, según aquello: *A quien Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre.* (*Rom.*, III, 25.) Mas la fe por la que somos purificados del pecado, no es la fe informe que puede existir con el pecado, sino la fe informada por la caridad; para que de ese modo nos sea aplicada la Pasión de Cristo, no solamente en cuanto al entendimiento, sino también en cuanto a la voluntad y la parte afectiva. Y por este modo se perdonan también los pecados por virtud de la Pasión de Cristo.

(3ª, *q.* XLIX, *a.* 1.)

Lunes de la tercera semana de Cuaresma

LA PASIÓN DE CRISTO NOS LIBRÓ DEL PODER DEL DIABLO

Cuando ya estaba próxima la Pasión, dijo el Señor: *Ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo.* (*Joan.*, XII, 31, 32.) Fué alzado de la tierra por la Pasión de la Cruz. Luego por ella fué despojado el diablo del poder que tenía sobre los hombres.

Acerca del poder que el diablo ejercía en los hombres antes de la Pasión de Cristo deben considerarse tres cosas:

Primero, por parte del hombre, que mereció, por su pecado, ser entregado al poder del diablo, por cuya tentación había sido vencido. Segundo, por parte de Dios, a quien el hombre había ofen-

dido pecando, y el cual, por su justicia, había abandonado al hombre al poder del diablo. En tercer lugar, por parte del diablo, que por su depravada voluntad impedía al hombre lograr la salvación.

Respecto a lo primero, el hombre fué librado del poder del diablo por la Pasión de Cristo, en cuanto que ésta es causa del perdón de los pecados. Respecto a lo segundo, la Pasión de Cristo nos libró de la potestad del diablo, en cuanto que nos reconcilió con Dios. Y respecto a lo tercero, la Pasión de Cristo nos libró del poder del diablo, en cuanto que la Pasión de Cristo excedió el modo de la potencia que Dios le ha dado, trabajando para que muriese Cristo, que no merecía la muerte, ya que no tenía pecado. Por esta razón dice San Agustín [59]: "El diablo fué vencido por la justicia de Cristo; porque no encontrándose cosa alguna digna de muerte, sin embargo, le mató. Por tanto es justo que quedásen libres los deudores que tenía creyendo en aquel a quien mató sin que debiese nada."

Es cierto que también ahora el diablo tiene poder sobre los hombres; porque, permitiéndolo Dios, puede tentarlos en lo que atañe al alma, y atormentarlos en lo que atañe al cuerpo; y sin embargo, la Pasión de Cristo ha preparado al hombre el remedio con el cual puede defenderse contra los ataques del enemigo, para no caer en el abismo de la muerte eterna; y cualesquiera de los que antes de la Pasión de Cristo resistían al diablo, podían hacerlo por la fe en la Pasión de Cristo, aun cuando todavía ésta no se había consumado. Mas en alguna cosa, no obstante, nadie

[59] *De Trinit.*, lib. XIII, cap. 14.

podía escapar de las manos del diablo, esto es, de no bajar al infierno, del cual, después de la Pasión de Cristo, pueden defenderse los hombres por virtud de él.

También es verdad que Dios permite al diablo engañar a los hombres en ciertas personas, tiempos y lugares, según la razón oculta de sus designios, como ocurrirá en tiempos del Anticristo; empero, por la Pasión de Cristo, siempre está preparado a los hombres el remedio por el que pueden defenderse de las maldades de los demonios, aun en el tiempo del Anticristo. Mas si algunos descuidan usar de ese remedio, en nada se menoscaba la eficacia de la Pasión de Cristo. (3ª, *q*. XLIX, *a*. 2.)

Martes de la tercera semana de Cuaresma

CRISTO, VERDADERO REDENTOR

Habéis sido rescatados ... por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado. (I *Petr.*, I, 18, 19.)

Por el pecado del primer padre todo el género humano se había separado de Dios, como dice San Pablo a los de Éfeso (II, 12), mas no del poder de Dios, sino de la visión del rostro de Dios, a la que son admitidos los hijos y domésticos. Por otra parte, habíamos venido a caer bajo el poder usurpado del diablo, al cual el hombre se había sometido prestándole consentimiento en cuanto de él dependía, no obstante que el hombre no podía darse a otro, pues no era suyo, sino de otro.

Por consiguiente, Cristo hizo dos cosas median-

te su Pasión; porque nos libró del poder del enemigo, venciéndolo por medios contrarios a los empleados en la victoria sobre el hombre, es decir, por la humildad, la obediencia y la austeridad de la pena que se opone al deleite del manjar prohibido. Y satisfaciendo además por la culpa, los unió a Dios y los hizo domésticos e hijos de Dios.

De aquí que esta liberación tuviera dos caracteres de compra. Porque en cuanto nos arrebató del poder del diablo, se dice que Cristo nos redimió; así como un rey rescata con los sufrimientos de la guerra el reino ocupado por el adversario. Mas en cuanto aplacó a Dios en favor nuestro, se dice que nos redimió, pagando el precio de su satisfacción por nosotros, a fin de librarnos de la pena y del pecado.

Mas no ofreció el precio de su sangre al diablo, sino a Dios, para satisfacer por nosotros; y nos arrancó de las manos del diablo por la victoria de su Pasión.

Y aun cuando el diablo nos había usurpado injustamente, nosotros, sin embargo, vinimos a caer justamente en su poder, desde que fuimos vencidos por él; y por eso fué también necesario que él mismo fuese vencido por procedimientos contrarios a aquéllos por los que nos había vencido, pues no venció violentamente, sino induciéndonos fraudulentamente al pecado.

Mas debe decirse que la repetición de la palabra "redimir" no se refiere al acto de compra, como si ya otras veces hubiésemos sido comprados, sino al término del acto, porque en otro tiempo en el estado de inocencia habíamos sido suyos; ya que comprar es hacer suya una cosa. O bien se puede decir que la *redención* se refiere

a aquella venta por la cual habíamos sido vendidos al diablo al consentir en el pecado, y de la cual se origina esta segunda compra.

(3, *dist.* 19, *q.* 1, *a.* 4.)

Miércoles de la tercera semana de Cuaresma

PRECIO DE NUESTRO RESCATE

Comprados fuisteis por grande precio. (I *Cor.*, VI, 20.)

La injuria o sufrimiento de alguno se mide por la dignidad de la persona; pues mayor injuria sufre el rey, si es herido en el rostro, que una persona particular. En Cristo la dignidad de la persona es infinita, porque es una persona divina. Luego cualquier sufrimiento suyo, por mínimo que sea, es infinito. De ahí que cualquier sufrimiento suyo bastara para la redención del género humano, aun sin la muerte.

San Bernardo dice, además, que una mínima gota de la sangre de Cristo era suficiente para la redención del género humano. Ahora bien: una gota de la sangre de Cristo podía ser derramada sin la muerte; luego también era posible redimir al género humano por algún sufrimiento sin que Cristo muriese.

Dos cosas se requieren para hacer una compra: la cantidad del precio y su destino para la adquisición de algo. Porque si uno da un precio no equivalente para adquirir alguna cosa, no se dice en este caso que haya compra, hablando propiamente, sino en parte compra y en parte donación. Por ejemplo: si uno compra por diez pesos un libro que vale veinte, en parte compra el libro y

en parte se le regala. Además, si da un precio mayor y no lo destina a la compra del libro, no se puede decir que compra el libro.

Así, pues, si hablamos del rescate del género humano en cuanto a la cantidad del precio, cualquier padecimiento de Cristo, aun sin la muerte, hubiera bastado, a causa de la dignidad infinita de la persona. Pero si hablamos del destino del precio, entonces hay que decir que los demás padecimientos de Cristo, sin la muerte, no fueron destinados al rescate del género humano por Dios Padre y por Cristo. Y esto por tres razones:

1º) Para que el precio de la redención del género humano no solamente fuese infinito por razón del valor, sino para que fuese también del mismo género, es decir, para que nos librase de la muerte por medio de la muerte.

2º) Para que la muerte de Cristo no fuese únicamente precio de rescate, sino también ejemplo de virtud, esto es, para que los hombres no temiesen morir por la verdad. El Apóstol señala estas dos causas, diciendo: *Para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo* (en cuanto a lo primero); *y para librar a aquéllos que por el temor de la muerte estaban en servidumbre toda la vida* (en cuanto a lo segundo). (*Hebr.*, II, 14, 15.)

3º) Para que la muerte de Cristo fuese además un sacramento de salvación; si nosotros, por virtud de la muerte de Cristo, morimos al pecado, a las concupiscencias carnales y al amor propio. Esta causa la señala el Apóstol San Pedro: *También Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios, siendo, a la verdad, muerto en la carne, mas vivificado por el espíritu.* (I *Petr.*, III, 18.)

Por lo tanto, el género humano no fué redimido por otra pasión sin la muerte de Cristo.

Mas en realidad, Cristo, no solamente dando su vida, sino también padeciendo cualquier sufrimiento, habría pagado un precio suficiente por la redención del género humano, si el menor padecimiento hubiese sido divinamente destinado para ello, y esto, a causa de la dignidad infinita de la persona de Cristo.

(*Quodl.*, II, *q.* I, *a.* 2.)

Jueves de la tercera semana de Cuaresma

PREDICACIÓN DE LA SAMARITANA

La mujer, pues, dejó su cántaro, y se fué a la ciudad. (*Joan.*, IV, 28.)

Esta mujer, después de haber sido instruída por Cristo, tomó el oficio de los Apóstoles. Tres cosas se señalan que pueden colegirse de sus dichos y hechos:

I. El afecto de devoción, que se manifiesta de dos maneras:

En primer lugar, porque a causa de la intensidad de su devoción, como olvidada de aquello por lo que especialmente había venido a la fuente, abandonó el agua y el cántaro. Refiriéndose a ello dice (la Escritura) que *la mujer dejó su cántaro y se fué a la ciudad,* para anunciar las grandezas de Cristo, sin preocuparse de la ventaja corporal por la utilidad de los demás, en lo cual sigue el ejemplo de los Apóstoles que, *dejadas las redes, siguieron al Señor.* (*Marc.*, I, 18.) Por el cántaro se entiende la concupiscencia del

siglo, por la que los hombres sacan las voluptuosidades de lo profundo de las tinieblas, de lo cual es imagen el pozo, esto es, de la vida terrena. Por eso, los que abandonan, por amor de Dios, las concupiscencias del siglo, abandonan el cántaro.

En segundo lugar, su afecto se manifiesta por la multitud de aquellos a quienes anuncia, porque no a uno solamente, o a dos o tres, sino a toda la ciudad. Por eso se dice *y se fué a la ciudad.*

II. El modo de su predicación. *Y dijo a aquellos hombres: Venid y ved a un hombre.* (*Joan.*, IV, 28, 29.)

1º) Invita a ver a Cristo: *Venid y ved a un hombre.* No dijo al instante que fuesen a ver a Cristo, para no darles ocasión de blasfemar, sino que primero dijo de Cristo cosas que eran creíbles y a simple vista, a saber: que era hombre. Ni dijo "creed", sino *venid y ved,* pues sabía que, si gustaban de aquella fuente, viéndolo, experimentarían las mismas cosas que ella; y ella imita el ejemplo del verdadero predicador, que llama a los hombres, no para sí, sino para Cristo.

2º) Da una prueba de la divinidad de Cristo, cuando dice: *Que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho* (*Joan.*, IV, 29), es decir, que había tenido muchos maridos. No se avergonzó de referir las cosas que eran para su confusión, porque habiendo sido inflamada su alma en el fuego divino, no atiende a ninguna de las cosas que son de la tierra, ni a la gloria, ni a la vergüenza, sino únicamente a aquella llama que la retiene.

3º) Sacó por consecuencia la majestad de Cristo, diciendo: *¿Si quizá es éste el Cristo?* (*Ibid.*, 29.) No se atrevió a decir que era el Cristo, para

que no pareciese que quería enseñar a los otros, y, airados éstos por ello, no quisiesen ir a verlo. Tampoco lo calló totalmente, sino que lo propuso como pregunta, como confiándolo al juicio de ellos, pues éste es el procedimiento más fácil para persuadir.

III. El fruto de la predicación. *Salieron entonces de la ciudad, y vinieron a él.* (*Joan.*, IV, 30.) En esto se da a entender que si queremos ir a Cristo, es necesario salir de la ciudad, esto es, abandonar el amor de la concupiscencia carnal. *Salgamos, pues, a él fuera de los reales.* (*Hebr.*, XIII, 13.)

(*In Joan.*, IV.)

Viernes de la tercera semana de Cuaresma

POR LA PASIÓN DE CRISTO FUIMOS LIBRADOS DE LA PENA DEL PECADO

En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades y él cargó con nuestros dolores. (*Is.*, LIII, 4.)

La Pasión de Cristo nos libró del reato de la pena, de dos maneras: 1º, directamente, puesto que la Pasión de Cristo fué una satisfacción suficiente y superabundante por los pecados de todo el género humano, y dada la satisfacción suficiente, se quita el reato de la pena; 2º, indirectamente, por cuanto la Pasión de Cristo es causa del perdón del pecado, en el que se funda el reato de la pena.

Los condenados no fueron librados por la Pasión de Cristo, porque ésta surte su efecto en aquellos a quienes se aplica por la fe, la caridad

y los sacramentos de la fe. Por lo tanto, los condenados en el infierno, que no se unen a la Pasión de Cristo del modo indicado, no pueden percibir su efecto.

Y aun cuando hayamos sido librados del reato de pena, sin embargo a nosotros, penitentes, se impone pena satisfactoria; porque, para que consigamos el efecto de la Pasión de Cristo, es preciso configurarnos a él. Pero nos configuramos a él en el bautismo sacramentalmente, según aquello: *Porque somos sepultados en él, en muerte, por el bautismo.* (*Rom.*, VI, 4.) De ahí que a los bautizados no se impone ninguna pena satisfactoria, pues están totalmente librados por la satisfacción de Cristo. Mas puesto que *Cristo una vez solamente murió por nuestros pecados,* como se dice (I *Petr.*, III, 18), por eso no puede el hombre configurarse segunda vez a la muerte de Cristo por el sacramento del bautismo. Por lo cual es necesario que los que pecan después del bautismo, se configuren a Cristo que padece por medio de alguna penalidad o sufrimiento que soporten en sí mismos.

Mas si la muerte, que es pena del pecado, subsiste todavía, esto es porque la satisfacción de Cristo tiene efecto en nosotros, en cuanto nos incorporamos a él, como los miembros a su cabeza; pero es necesario que los miembros se adapten a la cabeza. Y por consiguiente, así como Cristo tuvo primeramente la gracia en el alma, acompañada de la pasibilidad corporal, y por medio de la Pasión llegó a la gloria de la inmortalidad, así también nosotros, que somos sus miembros, somos librados por su Pasión del reato de cualquier pena; de tal modo, sin embargo, que primeramente recibimos en el alma el

espíritu de adopción de hijos, por el que somos adscritos a la herencia de la gloria inmortal, teniendo todavía cuerpo pasible y mortal; mas después, configurados a los padecimientos y a la muerte de Cristo, somos llevados a la gloria inmortal, según aquello del Apóstol: *Y si hijos, también herederos; herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo; pero si padecemos con él, para que seamos también glorificados con él.* (*Rom.*, VIII, 17.)

(3ª, *q*. XLIX, *a*. 3.)

Sábado de la tercera semana de Cuaresma

POR LA PASIÓN DE CRISTO FUIMOS RECONCILIADOS CON DIOS

Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo. (*Rom.*, V, 10.)

I. La Pasión de Cristo es causa de nuestra reconciliación con Dios, de dos modos: 1º, en cuanto remueve el pecado, por el que los hombres se constituyen en enemigos de Dios, según aquello: *Y Dios aborrece igualmente al impío, y a su impiedad* (*Sap.*, XIV, 9), y (*Psal.*, V, 7): *Aborrece a todos los que obran iniquidad*; 2º, en cuanto es un sacrificio muy acepto a Dios: pues el efecto propio del sacrificio es aplacar a Dios por el mismo; del mismo modo que un hombre perdona la ofensa cometida contra él, por causa de un obsequio grato que se le ofrece. Por eso se dice: *Si el Señor te incita contra mí, recibe el olor de este sacrificio.* (I *Reg.*, XXVI, 19.) Y así fué un bien tan grande el haber padecido Cristo

voluntariamente por nosotros, que a causa de este bien encontrado en la naturaleza humana, ha sido aplacado Dios respecto de toda ofensa del género humano, con relación a los que se unen a Cristo paciente por la fe y la caridad.

No se dice que la Pasión de Cristo nos reconcilió con Dios, como si hubiera comenzado a amarnos de nuevo, pues está escrito en Jeremías (XXXI, 3): *Con amor perpetuo te amé*; sino porque por la Pasión de Cristo ha sido quitada la causa del odio, ya por haber sido borrado el pecado, ya por la recompensa de un bien más aceptable.

(3ª, *q.* XLIX, *a.* 4.)

II. La Pasión de Cristo por parte de los verdugos fué, ciertamente, causa de indignación. Pero fué mayor la caridad de Cristo al padecer que la iniquidad de los verdugos. Por eso la Pasión de Cristo es más eficaz para reconciliar con Dios a todo el género humano, que para provocar a ira.

El amor de Dios hacia nosotros se nos revela en sus efectos. Se dice que ama a algunos, en cuanto los hace partícipes de su bondad. Mas la suprema y más acabada participación de su bondad consiste en la visión de su misma esencia, en cuanto convivimos con él en buena armonía, como amigos, pues la bienaventuranza consiste en esa suavidad. Por eso se dice, sencillamente, que Dios ama a los que admite a esa visión, ya realmente, ya causalmente, como es manifiesto, en aquellos a quienes da el Espíritu Santo, como prenda de aquella visión. El hombre, por el pecado, fué desechado de esta participación de la bondad divina, es decir, de la visión de su esencia, y por eso se decía que el hombre estaba

privado del amor de Dios. Se dice que Cristo nos reconcilió con Dios, porque satisfaciendo por nosotros con su Pasión, logró que los hombres fuésemos admitidos a la visión de Dios.

(2, *Dist.*, 19, *q.* I, *a.* 5.)

Cuarto Domingo de Cuaresma

CRISTO CON SU PASIÓN NOS ABRIÓ LA PUERTA DEL CIELO [60]

Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el Santuario por la sangre de Cristo . . . (*Hebr.*, X, 19.)

La clausura de la puerta es un obstáculo que impide a los hombres la entrada. Pero los hombres son privados de la entrada en el reino celestial por causa del pecado, pues como se dice en Isaías (XXXV, 8): *Se llamará camino santo; no pasará por él hombre mancillado.*

Hay dos clases de pecados que impiden la entrada en el reino celestial. Uno, común a toda la naturaleza humana, que es el pecado del primer padre; y por este pecado se cerraba al hombre la entrada en el reino celestial. Por esto se ice en el Génèsis que, después del pecado del primer padre, *delante del paraíso puso* (Dios) *Querubines, y espada que arrojaba llamas, y andaba alrededor para guardar el camino del árbol de la vida.* Otro es el pecado particular de cada persona, que se comete por el acto propio de cada hombre.

Por la Pasión de Cristo fuimos librados no

60 Abrir las puertas del cielo no es otra cosa que hacer expedita la consecución de la eterna bienaventuranza.

solamente del pecado común a toda la naturaleza humana, en cuanto a la culpa y en cuanto al reato de la pena, pagando él el precio por nosotros, sino también de los pecados propios de cada uno de los que participan de la Pasión de Cristo por medio de la fe, de la caridad y de los sacramentos de la fe. Y por eso la Pasión de Cristo nos abrió la puerta del reino celestial. Esto es lo que dice el Apóstol a los Hebreos (IX, 11): *estando Cristo ya presente, Pontífice de los bienes venideros . . . por su propia sangre, entró una sola vez en el santuario, habiendo hallado una redención eterna.* Y esto se presentaba figuradamente en los Números, donde se dice que el homicida *se estará allí,* esto es, en la ciudad en que se había refugiado, *hasta que muera el sumo sacerdote; muerto el cual, podrá regresar a su casa.* (*Num.*, XXXV, 25.)

Los santos padres, haciendo obras de justicia, merecieron entrar en el reino celestial por la fe en la Pasión de Cristo, según aquello del Apóstol: *Los cuales por fe conquistaron reinos, obraron justicia* (*Hebr.*, XI, 33); por ella también era purificado del pecado cada uno de ellos, respecto a la purificación de la propia persona. La fe o la justicia de alguno no bastaba, empero, para remover el impedimento que provenía del reato de toda humana criatura. Ese reato fué realmente removido por el precio de la sangre de Cristo. Por eso, antes de la Pasión de Cristo, no podía ninguno entrar en el reino celestial y alcanzar la bienaventuranza eterna, que consiste en el pleno goce de Dios.

Cristo nos mereció con su Pasión la entrada en el reino celestial y removió el obstáculo; pero, por su ascensión, nos introdujo, por decirlo así, en la

posesión del reino celestial. Por eso se dice que *subirá delante de ellos el que les abrirá el camino.* (*Mich.*, II, 13.)

(3ª, *q.* XLIX, *a.* 5.)

Lunes de la cuarta semana de Cuaresma

CRISTO MERECIÓ, POR SU PASIÓN, SER ENSALZADO

Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios también lo ensalzó. (*Phil.*, II, 8.)

El mérito importa cierta igualdad de justicia; por lo cual dice el Apóstol que *al que obra, no se le cuenta el jornal por gracia, sino por deuda.* (*Rom.*, IV, 4.) Pero cuando alguno, por su injusta voluntad, se atribuye más de lo que se le debe, es justo se le disminuya también en lo que se le debía; así cuando uno roba una oveja, pagará cuatro, como se dice en el Exodo (XXII). Y se dice que eso lo merece para que por ello sea castigada su inicua voluntad. Así también, cuando uno por justa voluntad se sustrajo a sí mismo lo que debía tener, merece que se le añada más, como recompensa de esa justa voluntad. Por eso se dice: *El que se humilla, será ensalzado* (*Luc.*, XIV, 11.) Mas Cristo en su Pasión se humilló a sí mismo por bajo de su dignidad de cuatro maneras:

1º) En cuanto a la pasión y a la muerte, de la cual no era deudor.

2º) En cuanto al lugar, porque su cuerpo fué colocado en el sepulcro y su alma en el infierno.

3º) En cuanto a la confusión y a los oprobios que sobrellevó.

4º) En cuanto fué entregado a la potestad humana, como él mismo dijo a Pilatos: *No tendrías poder alguno sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba.* (*Joan.*, XIX, 11.)

Por eso mereció por su Pasión ser ensalzado en cuatro cosas:

1º) En la resurrección gloriosa; y así se dice en el salmo (CXXXVIII, 1): *Tú conociste mi sentarme,* esto es, la humildad de mi Pasión, *y mi levantarme.*

2º) En la ascensión a los cielos. Por eso dice el Apóstol: *Y que subió ¿qué es, sino porque antes había descendido a los lugares más bajos de la tierra? El que descendió, ese mismo es el que subió sobre todos los cielos.* (*Eph.*, IV, 9, 10.)

3º) En que está sentado a la diestra del Padre y ha manifestado su divinidad, según aquello de Isaías: *Ensalzado y elevado será, y sublimado en gran manera. Como muchos se pasmaron sobre ti, así será sin gloria su aspecto entre varones* (LII, 13, 14). Y el Apóstol dice a los Filipenses (II, 8, 9, 10): *Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo ensalzó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre,* es decir: para que sea llamado Dios por todos y todos le tributen reverencia como a Dios. Y esto es lo que se añade: *Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos.*

4º) En la potestad judicial, porque se dice en Job: *Tu causa ha sido juzgada como la de un impío, ganarás la causa y sentencia.* (*Job.*, XXXVI, 17.)

(3ª, *q.* XLIX, *a.* 6.)

Martes de la cuarta semana de Cuaresma

EJEMPLO DE CRISTO CRUCIFICADO

Cristo tomó la naturaleza humana para reparar la caída del hombre. Fué, por lo tanto, necesario que Cristo padeciese y ejecutase según la naturaleza humana todo aquello que puede darse como remedio contra la caída del pecado.

El pecado del hombre consiste en que el hombre se da a los bienes corporales, y abandona los bienes espirituales. Fué, así, conveniente que el Hijo de Dios, por lo que hizo y padeció en la naturaleza humana que había tomado, se mostrase tal que los hombres tuviesen por nada los bienes y los males temporales, y no se diesen menos intensamente a los bienes espirituales, impedidos por el desordenado afecto hacia los temporales.

Por eso eligió Cristo padres pobres pero perfectos en virtud, para que nadie se gloriase de la sola nobleza de la carne y de las riquezas de los padres.

Llevó vida pobre, para enseñarnos a despreciar las riquezas.

Vivió privado de dignidades, para apartar a los hombres del apetito desordenado de los honores.

Padeció trabajos, sed, hambre y azotes del cuerpo, para que los hombres, tentados por las delicias y voluptuosidades, no se desviasen del bien de la virtud a causa de las asperezas de esta vida.

Sufrió, por último, la muerte, para que no abandonasen algunos la verdad, por el temor de la muerte. Y para que nadie temiese padecer muerte ignominiosa por la verdad, eligió el gé-

nero de muerte más ignominioso, esto es, la muerte de cruz.

Fué, también, conveniente que el Hijo de Dios hecho hombre sufriese la muerte, para excitar a los hombres con su ejemplo a la virtud, a fin de que de este modo fuera verdad lo que dice San Pedro: *Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas.* (I *Petr.*, II, 21.)

(*Contra Armen. Sarac.*, VII.)

Mas *Cristo padeció por nosotros, dejando ejemplo* de tribulación, de afrentas, de azotes, de cruz, para que sigamos sus pisadas. *Si sufriéremos* tribulaciones y padecimientos por Cristo, *reinaremos también con él* en la eterna bienaventuranza. A este respecto dice San Bernardo: "Qué pocos, Señor, quieren ir detrás de ti, siendo así que no hay nadie que no quiera llegar a ti, sabiendo todos que los deleites están a tu diestra hasta el fin; por eso todos quieren gozarte, pero no quieren imitarte de la misma manera; desean reinar contigo, pero no sufrir contigo; no se cuidan de buscar, a quien, sin embargo, desean hallar, ansiando conseguir, pero no seguir."

(*De Humanitate Christi*, cap. 47.)

Miércoles de la cuarta semana de Cuaresma

EL AMIGO DIVINO

Enviaron, pues, sus hermanas a decir a Jesús: Señor, he aquí que el que amas está enfermo. (*Joan.*, XI, 3.)

Tres cosas se ofrecen aquí a nuestra consideración:

La primera, que los amigos de Cristo son a veces afligidos corporalmente. Por esto no es una señal de que uno no es amigo de Dios, si alguna vez es afligido corporalmente, como arguyó erróneamente Elifaz contra Job: *Recapacita, te ruego, ¿qué inocente pereció jamás, o cuándo los justos fueron destruidos?* (*Job*, IV, 7.) Por eso dicen (las hermanas de Lázaro): *he aquí que el que amas está enfermo.* Y en los Proverbios se lee: *Al que ama el Señor, lo castiga, y se complace en él, como un padre en su hijo.* (III, 12.)

La segunda cosa es que no dicen: "Señor, ven, sánalo"; sino únicamente exponen la enfermedad, diciendo: *Está enfermo.* En lo cual se indica que basta al amigo exponer solamente la necesidad, sin añadir ninguna petición; porque el amigo, cuando quiere el bien de su amigo como el suyo propio, así como es solícito para repeler su mal, del mismo modo lo es también para repeler el mal de su amigo. Y esto es principalmente verdadero en aquel que ama verdaderamente: *Guarda el Señor a todos los que le aman.*

(*Psal.*, CXLIV, 20.)

La tercera es que, deseando estas dos hermanas la curación de su hermano enfermo, no se llegaron personalmente a Cristo, como el paralítico y el centurión, y esto por la confianza que tenían con Cristo, por el amor especial y la familiaridad que Cristo les había mostrado; y tal vez el llanto las detenía, como dice San Juan Crisóstomo: *Si fuere firme el amigo*, dice el Eclesiástico, *será*

para ti como un igual, y obrará con confianza en tus cosas domésticas. (VI, 11.)

(*In Joan.*, XI.)

Jueves de la cuarta semana de Cuaresma

MUERTE DE LÁZARO

I. *Lázaro, nuestro amigo, duerme.* (*Joan.*, XI, 11.)

Amigo, esto es: por los muchos beneficios y obsequios que nos prestó, y por eso no debemos faltarle en la necesidad.

Duerme. Por lo que es necesario socorrerlo. *El hermano se experimenta en las angustias.* (*Prov.*, XVII, 17.) *Duerme,* repito, como dice San Agustín: "Dormía para el Señor, pero estaba muerto para los hombres, que no podían resucitarlo" [61].

El sueño se entiende de diversas maneras: por el sueño natural, por la negligencia, por el sueño de la culpa, por el descanso de la contemplación, por el reposo de la gloria futura, y a veces por la muerte, como lo emplea el Apóstol: *Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros, que no tienen esperanza.* (I *Thess.*, IV, 12.)

Pero la muerte se llama sueño a causa de la esperanza de la resurrección, y por lo tanto la muerte suele ser llamada "dormición", desde el tiempo en que Cristo murió y resucitó: *Yo dormí, y tuve profundo sueño.* (*Psal.*, III, 6.)

II. *Mas voy a despertarle del sueño.* (*Joan.*,

[61] *Tract.*, 49.

XI, 11.) En esto da a entender Jesús que con la misma facilidad podía resucitar a Lázaro del sepulcro que despertar al que duerme en el lecho. Lo cual no es de admirar, porque él es el que resucita a los muertos y les da la vida. Por eso dice él mismo: *Viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios.* (*Joan.*, V, 28.)

III. *Vayamos a él.* En lo cual se muestra la clemencia de Dios, puesto que, no pudiendo los hombres acercarse por sí mismos a él en estado de pecado y como muertos, los atrae misericordiosamente previniéndolos, conforme a lo que se dice en Jeremías: *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia.* (XXXI, 3.)

IV. *Vino, pues, Jesús, y halló que había ya cuatro días que estaba en el sepulcro.* (*Joan.*, XI, 17.) Según San Agustín, Lázaro, muerto de cuatro días, representa al hombre pecador retenido por la muerte de cuatro pecados: 1º, del pecado original; 2º, el pecado actual contra la ley natural; 3º, el pecado actual contra la ley escrita; 4º, el pecado actual contra la ley del Evangelio y de la gracia [62].

O, de otro modo, el primer día es el pecado del corazón: *Apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos.* (*Is.*, I, 16.) El segundo día es el pecado de boca: *Ninguna palabra mala salga de vuestra boca.* (*Eph.*, IV, 29.) El tercer día es el pecado de obra, del cual dice Isaías: *Cesad de obrar perversamente.* (*Is.*, I, 16.) El

62 *Tract.*, 49.

cuarto día es el pecado de la costumbre perversa.

Como quiera que se exponga, el Señor sana alguna vez a los muertos que tienen cuatro días, es decir, a los que quebrantan la ley del Evangelio, y a los retenidos por la costumbre del pecado. (*In Joan.*, XI.)

Viernes de la cuarta semana de Cuaresma

LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DEL SEÑOR

I. Por la sangre de Cristo fué confirmado el nuevo Testamento. *Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre.* (I *Cor.*, XI, 25.)

La palabra testamento se emplea de dos maneras:

1º) Comúnmente por todo pacto. En este sentido Dios concertó dos pactos con el género humano: prometiéndole bienes temporales y librándolo de males temporales, lo cual se llama antiguo testamento; y prometiendo bienes espirituales y librando de los males opuestos a ellos, lo cual se llama nuevo testamento. *Haré nueva alianza con la casa de Israel, y con la casa de Judá; no según el pacto que hice con los padres de ellos, en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto . . . Mas éste será el pacto . . . Pondré mi ley en las entrañas de ellos . . . y yo seré su Dios.* (*Jer.*, XXXI, 31-33.) Había entre los antiguos la costumbre de derramar la sangre de alguna víctima para confirmar el pacto. De este modo Moisés tomó la sangre y la esparció sobre el pueblo y dijo: *Ésta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros.* (*Gen.*, XXIV, 8.) Por lo tanto, así como el anti-

guo testamento o pacto fué confirmado con la sangre figurativa de los toros, del mismo modo el nuevo testamento o pacto fué confirmado con la sangre de Cristo, que fué derramada por la Pasión.

2º) En su segunda acepción la voz testamento se toma más restringidamente por la disposición de la herencia que ha de percibirse. Tomado así el testamento, no se confirma sino por la muerte, pues como dice el Apóstol: *Porque el testamento no tiene fuerza sino por la muerte; de otra manera no vale mientras que vive el que hizo el testamento.* (*Hebr.*, IX, 17.) Dios había tomado primeramente disposición acerca de la herencia eterna, mas bajo la figura de los bienes temporales, lo cual pertenece al antiguo testamento. Posteriormente hizo el nuevo testamento prometiendo expresamente la herencia eterna, lo cual fué confirmado efectivamente por la sangre de la muerte de Cristo. Por consiguiente, dijo el Señor acerca de esto: *Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre,* como si dijese: Por lo que se contiene en este cáliz, se conmemora el nuevo testamento, confirmado por la sangre de Cristo.

(*In* I *Cor.*, XI.)

II. Otras utilidades de la sangre de Cristo:

1º) La purificación de nuestros pecados e inmundicias. *Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.* (*Apoc.*, I, 5.)

2º Nuestra redención. *Nos has redimido para Dios en tu sangre.* (*Ibid.*, V, 9.)

3º Nuestra reconciliación con Dios y con los ángeles. *Pacificando por la sangre de su cruz, tanto lo que está en la tierra, como lo que está en el cielo.* (*Col.*, I, 20.)

4º) La bebida y embriaguez de los que la toman. *Bebed de éste todos.* (*Matth.*, XXVI, 27.) *Para que bebiera sangre purísima de uva.* (*Deut.*, XXXII, 14.)

5º) Apertura de la puerta celestial. *Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo* (*Hebr.*, X, 19), esto es, la oración continua por nosotros ante Dios. Porque todos los días la sangre clama al Padre por nosotros. *Os habéis llegado... a la aspersión de la sangre, que habla mejor que la de Abel.* (*Hebr.*, XII, 22, 29.) La sangre de Abel clamó venganza, la sangre de Cristo pide indulgencia.

6º) Sacar del infierno a los santos. *Tú también por la sangre de tu testamento hiciste salir tus cautivos del lago en que no hay agua.* (*Zach.*, IX, 11.)

(*Serm., in Dom. de Passione.*)

Sábado de la cuarta semana de Cuaresma

NO EXISTIÓ OTRO MODO MÁS CONVENIENTE QUE LA PASIÓN DE CRISTO PARA LIBRAR AL GÉNERO HUMANO

Algún modo es tanto más conveniente para conseguir un fin, cuanto por el mismo concurren mayor número de cosas que son ventajosas para ese fin. Mas por el hecho de haber sido liberado el hombre por la Pasión de Cristo, concurren muchas cosas pertenecientes a la salvación del hombre, además de la liberación del pecado.

1º) Porque por esto conoce el hombre cuánto le ama Dios, y por ello es excitado a amar a aquél

en el que consiste la perfección de la salvación humana; por lo cual dice el Apóstol: *Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros.* (*Rom.*, V, 8.)

2º) Porque por esto nos dió ejemplo de obediencia, humildad, constancia, justicia y demás virtudes, manifestadas en la Pasión de Cristo, las cuales son necesarias para la salvación humana. Por eso se dice: *Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas.* (I *Petr.*, II, 21.)

3º) Cristo, por medio de su Pasión, no sólo libró al hombre del pecado, sino también le mereció la gracia justificante y la gloria de la bienaventuranza.

4º) Por esto impuso en el hombre mayor necesidad de conservarse libre del pecado, al pensar que ha sido redimido del pecado por la sangre de Cristo, como dice el Apóstol: *Comprados fuisteis por grande precio. Glorificad a Dios, y llevadle en vuestro cuerpo.* (I *Cor.*, VI, 20.)

5º) Porque esto redundó en mayor dignidad de Cristo, de modo que, así como el hombre había sido vencido y engañado por el diablo, así también fuese el hombre quien venciese al diablo; y así como el hombre mereció la muerte, del mismo modo el hombre venciese a la muerte muriendo. Por eso se dice: *Gracias a Dios, que nos dió la victoria por nuestro Señor Jesucristo.* (I *Cor.*, XV, 57.)

(3ª, *q.* XLVI, *a.* 3.)

TIEMPO DE PASIÓN

Domingo de Pasión

LA PASIÓN DE CRISTO

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquél que crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna. (*Joan.*, III, 14, 15.)

Tres cosas se han de considerar aquí:

1º) La figura de la Pasión: *Como Moisés levantó la serpiente en el desierto.* Al decir el pueblo judío: *Nuestra alma ya padece bascas por este manjar de poquísima substancia* (*Num.*, XXI, 5), el Señor envió serpientes para vengarse; después ordenó que se hiciese para remedio una serpiente de bronce, que fué remedio contra las serpientes y figura de la Pasión. Propio de la serpiente es tener veneno, más la serpiente de bronce no tuvo veneno, sino que fué figura de la serpiente venenosa. Así, Cristo no tuvo pecado, que es veneno, sino que tuvo semejanza de pecado, como dice el Apóstol: *Enviando Dios a Su Hijo en semejanza de carne de pecado.* (*Rom.*, VIII, 3.) Por lo tanto, tuvo Cristo el efecto de la serpiente contra el movimiento de las concupiscencias encendidas.

2º) Modo de la Pasión: *Así es también necesario que sea levantado el Hijo del hombre,* lo

cual se entiende de la elevación de la Cruz. Mas quiso morir levantado:

Para purificar las cosas celestiales. Ya había purificado la tierra con la santidad de su vida; restaba purificar las celestiales por la muerte.

Para triunfar de los demonios que en el aire preparan la guerra.

Para atraer a sí mismo nuestros corazones. *Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mi mismo.* (*Joan.*, XII, 32.)

Porque fué exaltado en la muerte de Cruz, en cuanto que allí triunfó de los enemigos; de ahí que no se llame muerte sino exaltación. *Del torrente beberá en el camino, por lo cual ensalzará la cabeza.* (*Psal.*, CIX, 7.)

Porque la Cruz fué causa de su exaltación. *Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo ensalzó.* (*Phil.*, II, 8, 9.)

3º) Fruto de la Pasión. El fruto es la vida eterna. Por eso dice: *Para que todo aquél que crea en él,* obrando bien, *no perezca, sino que tenga vida eterna.* Este fruto corresponde al fruto de la serpiente figurativa. Porque cualesquiera que miraban la serpiente de bronce, eran librados del veneno y sus vidas eran preservadas. Contempla al Hijo del hombre exaltado el que cree en Cristo crucificado, y así es librado del veneno y del pecado, y es reservado para la vida eterna.

(*In Joan.*, III.)

Lunes de la semana de Pasión

LA PASIÓN DE CRISTO ES REMEDIO CONTRA LOS PECADOS

En la Pasión de Cristo encontramos remedio contra todos los males en que incurrimos por el pecado. En cinco especies de males incurrimos por el pecado.

1º) En la mancha. Porque, cuando el hombre peca, afea su alma; pues así como la virtud es la hermosura del alma, del mismo modo el pecado es su mancha. *¿Cómo es, Israel, que estás en tierra de enemigos? Has envejecido en tierra ajena, te has contaminado con los muertos.* (*Baruch*, III, 10 11.) La Pasión de Cristo borra esta mancha, porque Cristo con su Pasión hizo un baño de su sangre, para lavar a los pecadores. El alma se lava con la sangre de Cristo en el Bautismo, el cual, en virtud de la sangre de Cristo, tiene una virtud regenerativa. Por eso cuando alguno se mancha por pecado, injuria a Cristo, y peca más gravemente que antes.

2º) En la ofensa de Dios. Porque así como el hombre carnal ama la hermosura carnal, así Dios ama la espiritual, que es la hermosura del alma. Cuando, pues, el alma se mancha por el pecado, es ofendido Dios, y él tiene odio al pecador. Mas la Pasión de Cristo remueve esto, pues él satisfizo a Dios Padre por el pecado, por el que el hombre no podía satisfacer. Su caridad y su obediencia fueron mayores que el pecado y la prevaricación del primer hombre.

3º) En la debilidad. Porque el hombre, pecando una vez, cree que después podrá abstenerse

del pecado; pero ocurre todo lo contrario; pues por el primer pecado se debilita y se hace más propenso a pecar, y el pecado domina más al hombre, y éste, en cuanto de él depende, se pone en un estado del que no se levanta; como el que se arroja a un pozo, si no es alzado por la virtud divina. Por consiguiente, después que pecó el hombre, fué debilitada y corrompida su naturaleza; y desde entonces está más propenso a pecar.

Pero Cristo disminuyó esa enfermedad y debilidad, aunque no la destruyó del todo; sin embargo, de tal modo fué confortado el hombre por la Pasión de Cristo, debilitado el pecado, que no le domina tanto, y puede el hombre hacer esfuerzos, ayudado por la gracia de Dios, la cual se confiere por los sacramentos, que tienen su eficacia de la Pasión de Cristo, de suerte que el hombre puede apartarse de los pecados. Antes de la Pasión de Cristo se encontraron pocos que viviesen sin pecado mortal, pero después de ella muchos vivieron y viven sin pecado mortal.

4º) En el reato de pena. Porque exige la justicia de Dios que cada cual sea castigado, cuando peca. La pena se mide por la culpa. De ahí que como la culpa del pecado mortal es infinita, en cuanto se comete contra el bien infinito, Dios, cuyos preceptos desprecia el pecador, la pena debida al pecado mortal es infinita.

Pero Cristo nos quitó esa pena por su Pasión, y él mismo la sufrió; como dice el Apóstol San Pedro (I, II, 24): *Llevó nuestros pecados*, es decir, la pena del pecado, en su cuerpo. Porque fué de tanta virtud la Pasión de Cristo, que bastó para expiar todos los pecados de todo el mundo, aunque hubiesen sido cientos de miles. De ahí que los bautizados sean aliviados de todos los

pecados; de ahí también que el sacerdote perdone los pecados; de ahí que quien más se conforme a la Pasión de Cristo y se adhiera a ella, consiga mayor perdón y merezca más gracia.

5º) Incurrimos en el destierro del reino. En efecto, los que ofenden a los reyes son obligados a salir del reino. Del mismo modo, el hombre es arrojado del paraíso a causa del pecado. Por eso Adán fué expulsado del paraíso inmediatamente después del pecado, y fué cerrada la puerta de aquél.

Mas Cristo, con su Pasión, abrió aquella puerta y volvió a llamar al reino a los desterrados. Pues una vez abierto el costado de Cristo, fué abierta la puerta del paraíso, y una vez derramada su sangre, fué lavada la mancha, aplacado Dios, destruída la enfermedad, expiada la pena y los desterrados llamados al reino. Por eso, se dijo al instante al ladrón: *Hoy serás conmigo en el paraíso.* (*Luc.*, XXIII, 43.) Esto no se dijo anteriormente, ni a Adán, ni a Abrahán, ni a David. Pero hoy, es decir, cuando fué abierta la puerta, el ladrón pidió y obtuvo el perdón. *Teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo.* (*Hebr.*, X, 19.)

(*In Symb.*)

Martes de la semana de Pasión

SEPULTURA DE CRISTO

Ha hecho conmigo una buena obra... Porque derramando ésta este ungüento en mi cuerpo, para sepultarme lo hizo. (*Matth.*, XXVI, 10, 12.)

Fué conveniente que Cristo fuese sepultado:

1º) Para comprobar la verdad de su muerte; pues nadie es puesto en el sepulcro, sino cuando ya consta la verdad de la muerte. Por eso se lee en la Escritura que Pilatos, antes de permitir que Cristo fuese sepultado, hizo examinar con exquisita diligencia si estaba muerto. (*Marc.*, XV, 44, 45.)

2º) Porque por lo mismo que Cristo resucitó del sepulcro, da la esperanza de resucitar por él a los que están en el sepulcro, según aquello: *Todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hicieron bien irán a resurrección de vida.* (*Joan.*, V, 28, 29.)

3º) Para ejemplo de los que por la muerte de Cristo mueren espiritualmente a los pecados, esto es, los que se esconden de la conturbación de los hombres. Por eso se dice: *Porque estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* (*Col.*, III, 3.) Por lo que también los bautizados, que mueren a los pecados por la muerte de Cristo, son como consepultados con Cristo por la inmersión, conforme a aquello a los Romanos: *Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo.* (VI, 4.)

Así como la muerte de Cristo obró eficientemente nuestra salvación, así también su sepultura. Por lo cual dice San Jerónimo [63]: "Resucitamos por la sepultura de Cristo". Sobre aquello de Isaías: *A los impíos dará por su sepultura* (LIII, 9), dice la Glosa: esto es, a los gentiles que estaban sin piedad, los dará a Dios Padre; porque los adquirió muriendo y siendo sepultado.

Y en el salmo (LXXXVII, 5, 6) se lee: *He venido a ser como hombre sin socorro, libre en-*

63 *Sobre el Evangelio de Mateo.*

tre los muertos. Porque Cristo, siendo sepultado entre los muertos, demostró haber sido libre, porque su encerramiento en el sepulcro no pudo impedir que saliese de él resucitado.

(3ª *q.* LI, *a.* 1.)

Miércoles de la semana de Pasión

SEPULTURA ESPIRITUAL

Por el sepulcro se significa la contemplación celestial. Por eso sobre aquello de Job (III, 22): *Y se gozan en extremo cuando hallan el sepulcro,* dice San Gregorio: "Así como el cuerpo en el sepulcro, del mismo modo el alma, muerta al mundo, se esconde en la contemplación divina, donde está tranquila de todo estrépito mundano, durante los tres días de sepultura, como con tres inmersiones: *Los esconderás en el secreto de tu rostro de la conturbación de los hombres.* (*Psal.*, XXX, 21.) Los atribulados, los vejados por los oprobios de los hombres, entrando espiritualmente en la presencia de Dios, no son turbados.

Tres cosas son necesarias para esta sepultura espiritual en Dios, a saber: que el alma se ejercite en las virtudes; que toda ella se haga pura y cándida; que muera totalmente a este mundo, las cuales cosas se encuentran místicamente verificadas en la sepultura de Cristo.

La primera está señalada por San Marcos (XIV, 8), donde se lee que María Magdalena se adelantó a ungir el cuerpo de Jesús para la sepultura, pues el ungüento de nardo espique designa las virtudes por su preciosidad, ya que nada hay más precioso en esta vida que las virtudes.

El alma santa que quiere ser sepultada en la contemplación divina, debe, por lo tanto, primeramente ser ungida por el ejercicio de la virtud. Por eso se dice en Job (V, 26): *Entrarás con abundancia en el sepulcro,* esto es, de la contemplación divina, según dice la Glosa: *Como se encierra el montón de trigo a su tiempo.* A lo que añade la Glosa: "porque el tiempo de la acción es premio de la contemplación eterna; y es necesario que el perfecto ejercite primero su alma en las virtudes, y la esconda después en el granero del reposo".

La segunda se halla expresada en San Marcos (XV, 46). Allí se lee que José compró una sábana, porque la sábana es un paño de lino, blanqueado con mucho trabajo. Por eso significa el candor interior del alma, a cuya perfección se llega con gran trabajo. *El que es justo, sea aun justificado.* (*Apoc.*, XXII, 11.) *También nosotros andemos en novedad de vida* (*Rom.*, VI, 4), avanzando de lo bueno a lo mejor, y por la justicia de la fe, a la esperanza de la gloria. Así, pues, deben los hombres esconderse en el sepulcro de la contemplación divina con candor de limpieza interior. Por lo cual, sobre aquello de Mateo: *Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios* (V, 8), dice San Jerónimo: El Señor, puro, es mirado por el corazón puro.

La tercera está expresada por las palabras de San Juan: *Y Nicodemo... vino también trayendo una confección, como de cien libras, de mirra y de áloe* (*Joan.*, XIX, 39), porque mediante las cien libras de mirra y de áloe, con las cuales se conserva incorrupta la carne, se designa la perfecta mortificación de los sentidos exteriores; por la cual la mente se conserva muerta al mundo,

para no ser corrompida por los vicios, según aquello del Apóstol: *Aunque este nuestro hombre, que está fuera, se debilite; pero el que está dentro, se renueva de día en día* (II *Cor.*, IV, 16), esto es, se purifica más intensamente de los vicios continuamente por el fuego de la tribulación.

Por consiguiente, el alma del hombre debe primero morir a este mundo con Cristo, y después ser sepultada con él en el secreto de la contemplación divina. Por eso dice el Apóstol: *Porque estáis ya muertos a las cosas vanas y caducas, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* (*Col.*, III, 3.)

(*De Humanit. Christi,* cap. XLII.)

Jueves de la semana de Pasión

LA MAYOR SEÑAL DEL AMOR DE CRISTO

Parece que Cristo nos dió mayor prueba de amor entregando su cuerpo en comida que padeciendo por nosotros. Porque el amor de la patria es más perfecto que el amor de aquí abajo. Pero aquel beneficio que Cristo nos dió, entregándonos su cuerpo en manjar, más se asimila a la caridad de la patria en la que disfrutaremos plenamente de Dios. Y la Pasión que sufrió por nosotros más se asimila a la caridad de esta vida, en la cual nos estamos expuestos a padecer por Cristo. Luego es mayor señal de amor el habernos dado Cristo su cuerpo en comida, que el haber padecido por nosotros.

Mas en contra está lo que se dice en San Juan: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos.* (*Joan,* XV, 13.)

Cuando se trata del amor de los hombres nada hay más poderoso que el amor con que uno se ama a sí mismo. Y por consiguiente, a ese amor debe tomarse como medida de todo amor para los demás. Corresponde al amor con que uno se ama a sí mismo querer el bien para sí. Por eso es evidente que uno ama tanto más a otro, cuanto más abandona el bien propio en favor del amigo, conforme a aquello de los Proverbios: *El que por el amigo no hace caso del daño, es justo.* (XII, 26.)

Mas el hombre quiere para sí un triple bien: su alma, su cuerpo y los bienes exteriores. Es, pues, prueba de amor el padecer detrimento en las cosas exteriores por amor a otro. Pero es mayor señal de amor, si alguien sufre también detrimento en su propio cuerpo, ya sean trabajos, ya azotes, por el amigo.

Mas la mayor prueba de amor será abandonar la vida, muriendo por su amigo.

Luego la mayor prueba del amor de Cristo fué sacrificar su vida padeciendo por nosotros. El habernos dado su cuerpo como manjar en el sacramento, no le causó ningún detrimento. De donde resulta evidente que lo primero es la mayor señal de amor. Por esto este sacramento es memorial y figura de la Pasión de Cristo. Mas la verdad es más excelente que la figura; y la realidad más que el memorial.

Ciertamente la dádiva del cuerpo de Cristo en el sacramento es una figura del amor con que Dios nos ama en la patria; mas su Pasión pertenece al mismo amor de Dios, que nos saca de la perdición para llevarnos a la patria. No obstante el amor de Dios no es mayor en el cielo de lo que es al presente.

(*Quodl.* V, *q.* III, *a.* 2)

Viernes de la semana de Pasión

COMPASIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Una espada traspasará tu alma de ti misma. (*Luc.*, II, 35.)

En estas palabras se advierte la gran compasión de la bienaventurada Virgen hacia Cristo. Conviene saber que cuatro cosas hicieron sobremanera amarga la Pasión de Cristo a la bienaventurada Virgen.

Primero, la bondad del Hijo, *que no hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca* (I *Petr.*, II, 22); segundo, la crueldad de los que le crucificaron, pues ni siquiera quisieron dar agua al moribundo, ni permitieron que la madre se la diera, aun cuando ella diligentemente se la hubiese dado; tercero, la ignominia del suplicio: *Condenémosle a la muerte más infame* (*Sap.*, II, 20); cuarto, la crueldad del tormento: *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y mirad, si hay dolor como mi dolor.* (*Thren.*, I, 12.)

(*Serm.*)

Orígenes [64] y algunos otros doctores entienden aquellas palabras de Simeón: *Una espada traspasará tu alma de ti misma* (*Luc.*, II, 35), del dolor que padeció la Bienaventurada Virgen en la Pasión de Cristo. Pero San Ambrosio dice que la espada significa la prudencia de María que no ignoraba el misterio celestial; porque la palabra de Dios es viva y fuerte y más aguda que la espada más afilada.

[64] *Hom.* XVII *in Luc.*

Pero otros entienden por espada la duda, pues dice San Agustín que "la Bienaventurada Virgen dudó con cierto estupor de la muerte del señor"[65]; pero esa duda no debe entenderse, sin embargo, como duda de infidelidad, sino de admiración y discusión; porque dice San Basilio[66] que al asistir la Bienaventurada Virgen a la crucifixión y observarlo todo, después del testimonio de Gabriel, después del conocimiento inefable de la divina concepción, después de haber sido testigo de tantos milagros, vacilaba su espíritu, al verle, por un lado, sufrir tormentos ignominiosos, y por otro, al considerar sus maravillas.

(3ª, *q*. XXVII, *a*. 4, *ad* 2um.)

...Aun cuando la Santísima Virgen conoció por la fe que Dios quería que Cristo padeciese, y conformó su voluntad al querer divino, como hacen los perfectos, la Bienaventurada estaba triste por la muerte de Cristo, por cuanto la voluntad inferior repugnaba esa cosa particularmente querida, y esto no es contrario a la perfección.

(I *Dist*. 48, *q*. única, *a*. III.)

65 Erróneamente se atribuye a San Agustín. Se trata de otro autor en *Quaest. veteris et novi Testamenti*, q. 73.
66 *Epist. ad Optimum*, 317.

Sábado de la semana de Pasión

CÓMO DEBEMOS LAVARNOS LOS PIES LOS UNOS A LOS OTROS

Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. (*Joan*, XIII, 14.)

Quiere el Señor que los discípulos imiten su ejemplo, pues dice: *Si yo*, que soy mayor, porque soy maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros, con más motivo, que sois menores, que sois discípulos y siervos, *debéis lavaros los pies los unos a los otros*. Por eso dice el mismo Cristo: *El que quiere ser mayor, sea vuestro criado... El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir.* (*Matth.*, XX, 26, 28.)

Según San Agustín [67], todo hombre debe lavar los pies de otro, o corporalmente o espiritualmente. Mucho mejor es y más verdadero, sin discusión alguna, que uno lo haga realmente, y que el cristiano no se desdeñe de hacer lo que hizo Cristo. Porque cuando el cuerpo se inclina ante los pies del hermano, también se excita el sentimiento de humanidad en el mismo corazón, o si ya existía en él, se robustece dicho sentimiento. Si no se hiciere de obra, debemos hacerlo por lo menos con el corazón. Pues en el lavatorio de los pies, se da a entender el lavatorio de las manchas. Lavas, pues, espiritualmente los pies de tu hermano, cuando limpias sus manchas, en cuanto de ti depende.

Esto se hace de tres maneras:

[67] *Tract.* 58.

1º) Perdonándole las ofensas, según aquello del Apóstol: *Sufriéndoos los unos a los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro, así como el Señor os condonó a vosotros, así también vosotros.* (*Col.*, III, 13.)

2º) Orando por sus pecados, como dice Santiago: *Orad los unos por los otros, para que seáis salvos.* (*Jac.*, V, 16.) Este doble modo de lavar es común a todos los fieles.

3º) Pero el tercer modo corresponde a los prelados, quienes deben lavar perdonando los pecados con la autoridad de las llaves: *Recibid el Espíritu Santo; a los que perdonareis los pecados, perdonados les son.* (*Juan*, XX, 22, 23.)

También podemos decir que con este hecho nos mostró el Señor todas las obras de misericordia. Porque el que da pan al hambriento, lava sus pies, del mismo modo el que le da hospitalidad, y el que viste al desnudo, y así en lo demás. *Socorriendo las necesidades de los Santos.* (*Rom.*, XII, 13.)

(*In Joan.*, XIII.)

Domingo de Ramos

UTILIDAD EJEMPLAR DE LA PASIÓN DE CRISTO

La Pasión de Cristo es suficiente para informar totalmente nuestra vida. Pues quien desea vivir con perfección, no debe hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz, y desear lo que Cristo deseó. Ningún ejemplo de virtud está ausente de la cruz.

Si buscas el ejemplo de la caridad, *ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida*

por sus amigos (*Joan.*, XV, 13), y esto lo hizo Cristo en la cruz. Por consiguiente, si dió su alma por nosotros, no debe sernos pesado soportar por amor a él cualquier mal. *¿Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado?* (*Psal.*, CXV, 12.)

Si buscas ejemplo de paciencia, se encuentra excelentísimo en la cruz. Pues la paciencia es grande en dos cosas: o cuando se sufren pacientemente grandes males, o cuando se los soporta, y pudiéndoselos evitar, no se los evita. Mas Cristo sufrió grandes males en la cruz. *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor.* (*Thren.*, I, 12.) Lo sufrió pacientemente, porque *padeciendo no amenazaba.* (I *Petr.*, II, 23.) *Como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá.* (*Is.*, LIII, 7.) Asimismo, pudo evitarlos y no los evitó: *¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles?* (*Matth.*, XXVI, 53.) Por lo tanto, la paciencia de Cristo en la cruz fué máxima. *Corramos con paciencia a la batalla, que nos está propuesta, poniendo los ojos en el autor y consumador de la fe, Jesús, el cual habiéndole sido propuesto gozo, sufrió cruz, menospreciando la deshonra.* (*Hebr.*, XII, 1, 2.)

Si buscas ejemplo de humildad, mira al crucificado; porque Dios quiso ser juzgado y morir bajo Poncio Pilato, cumpliéndose lo que dice el libro de Job (XXXVI, 17): *Tu causa ha sido juzgada como la de un impío.* Verdaderamente como la de un *impío*, por aquello de *condenémosle a la muerte más infame.* (*Sap.*, II, 20.) El Señor quiso morir por el siervo, y él, que es la

vida de los ángeles, quiso morir por los hombres.

Si buscas ejemplo de obediencia, sigue al que se *hizo obediente hasta la muerte.* (*Philip.*, II, 8.) *Porque como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron hechos pecadores; así también serán muchos hechos justos por la obediencia de uno solo.* (*Rom.*, V, 19.)

Si buscas ejemplo del desprecio de lo terreno, sigue al que es Rey de reyes y Señor de los que dominan, en el cual están los tesoros de la sabiduría; y, sin embargo, aparece en la cruz, desnudo, burlado, escupido, herido, coronado de espinas, abrevado con hiel y vinagre, y muerto. Falsamente, pues, te dejas impresionar por los vestidos y las riquezas: *Se repartieron mis vestiduras* (*Psal.*, XXI, 19); falsamente te seducen los honores, porque yo he sufrido ludibrios y azotes; falsamente te inquietan las dignidades, pues: *Tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza* (*Matth.*, XXVII, 29); falsamente te conmueven las delicias, porque *en mi sed me dieron a beber vinagre.* (*Psal.*, LXVIII, 22.)

(*In Symb.*)

Lunes de la Semana Santa

NECESIDAD DE LA PERFECTA PURIFICACIÓN

I. *Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.* (*Joan.*, XIII, 8.)

Nadie puede llegar a participar de la herencia eterna y ser coheredero de Cristo, si no está purificado espiritualmente, pues se dice en la Escritura: *No entrará ninguna cosa contaminada.* (*Apoc.*, XXI, 27.) *Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo?* (*Psal.*, XIV, 1.) *El inocente de manos y*

de corazón limpio. (*Psal.*, XXIII, 4.) Como si dijese: *Si no te lavare,* no estarás limpio, y si no estás limpio, *no tendrás parte conmigo.*

II. *Simón Pedro le dice: Señor, no solamente mis pies, mas las manos también y la cabeza.* (*Joan.*, XIII, 9.) Aterrado Pedro se ofrece todo él a ser lavado, turbado por el amor y el temor. Pues, como se lee en el *Itinerario* de Clemente, de tal modo estaba unido a la presencia corporal de Cristo, a la que fervorosísimamente había amado, que cuando se acordaba, después de la Ascensión de Cristo, de su presencia dulcísima y trato santísimo, se deshacía todo él en lágrimas hasta el punto que sus mejillas parecían abrasadas.

Es menester saber que en el hombre existen tres (miembros principales que deben ser purificados): la cabeza, que es la parte superior; los pies, que constituyen la ínfima, y las manos, que ocupan un lugar intermedio. Del mismo modo en el hombre interior, es decir, en el alma, está la cabeza, que es la razón superior, con la que el alma se adhiere a Dios; las manos, esto es, la razón inferior, que se ocupa de las obras activas, y los pies, que son la sensualidad. El Señor sabía que sus discípulos estaban purificados en cuanto a la cabeza, porque estaban unidos a Dios por la fe y la caridad; y en cuanto a las manos, porque sus acciones eran santas; pero en cuanto a los pies, tenían por la sensualidad algunos afectos terrenos.

Mas temiendo Pedro la amenaza de Cristo, no sólo consiente en la ablución de los pies, sino también en la de las manos y la cabeza, diciendo: *Señor, no solamente mis pies, mas las manos*

también y la cabeza. Como si dijese: Ignoro si necesito la ablución de las manos y de la cabeza; *Porque de nada me arguye la conciencia, mas no por eso soy justificado.* (I *Cor.*, IV, 4.) Por consiguiente estoy preparado a la ablución *no solamente de los pies*, esto es, de los afectos inferiores, *sino de las manos también*, esto es, de las acciones, y *de la cabeza*, a saber, de la razón superior.

III. *Jesús le dice: El que está lavado, no necesita sino lavar los pies. Y vosotros limpios estáis.* (*Joan.*, XIII, 10.) Dice Orígenes que estaban limpios, pero que todavía necesitaban mayor limpieza; porque la razón debe siempre emular carismas mejores, debe siempre subir a elevadas virtudes, brillar por el candor de la justicia. *El que es santo, sea aún santificado.* (*Apoc.*, XXII, 11.)

(*In Joan.*, XIII.)

Martes de la Semana Santa

PREPARACIÓN DE CRISTO AL LAVATORIO DE LOS PIES

Se levanta de la cena, y se quita sus vestiduras; y tomando una toalla, se la ciñó. (*Joan.*, XIII, 4.)

I. Cristo se muestra servidor por amor a la humildad, conforme a aquello de San Mateo: *El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en redención por muchos.* (XX, 28.)

Para ser buen servidor se requieren tres cosas:

1º) Que sea circunspecto para ver todas las cosas que pueden faltar en el servicio; para lo

cual sería gran inconveniente estar sentado o recostado; por eso la actitud del servidor es estar de pie. Por lo cual dijo: *Se levanta de la cena.* Y el evangelista San Lucas: *Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve?* (XXII, 27.)

2º) Que esté expedito para poder ejecutar convenientemente todas las cosas necesarias al servicio; y para esto es un obstáculo el exceso de vestidos. Por eso el Señor *se quita sus vestiduras.* Esto fué simbolizado en el Génesis cuando Abrahán eligió siervos expeditos. (*Gen.*, XVII.)

3º) Que sea pronto para servir, es decir, que posea todas las cosas necesarias para el servicio. En el Evangelio de San Lucas se dice que *Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa* (X, 40). De ahí que el Señor *tomando una toalla, se la ciñó,* para, de este modo, estar preparado, no solamente a lavar los pies, sino también a enjugarlos. Con lo cual, el que salió de Dios y volvió a Dios, nos enseña a conculcar toda hinchazón, lavando los pies.

II. *Echó después agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies a los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.* (*Joan.*, XIII, 5.) Aquí se expresa el obsequio de Cristo; en el cual brilla su humildad de tres maneras.

1º) Por la naturaleza del obsequio, que fué muy humilde, a saber: que el Señor de la majestad se inclinase a lavar los pies de los siervos.

2º) Por la multitud del obsequio, pues puso agua en el lebrillo, lavó los pies, los limpió, etc.

3º) Por modo de obrar, pues no lo hizo por medio de otros o con la ayuda de otros, sino

por sí mismo, cumpliéndose aquello del Eclesiástico: *Cuanto mayor eres, humíllate en todas las cosas.* (III, 20.)

(*In Joan.*, XIII.)

Miércoles de la Semana Santa

TRES CONSIDERACIONES MÍSTICAS EN TORNO AL LAVATORIO DE LOS PIES

Echó agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla, con que estaba ceñido. (*Joan.*, XIII, 5.)

Aquí pueden entenderse místicamente tres cosas.

1º) Por la acción de poner agua en el lebrillo se significa la efusión de su sangre sobre la tierra. Puesto que la sangre de Jesús puede llamarse agua por la virtud que tiene de lavar. De ahí que simultáneamente saliera agua y sangre de su costado para dar a entender que aquella sangre lavaba los pecados. También puede entenderse por el agua la Pasión de Cristo. Pues *echó agua en un lebrillo,* esto es, imprimió en las almas de los fieles, por la fe y la devoción, el recuerdo de su Pasión. *Acuérdate de mi pobreza, y traspaso, del ajenjo, y de la hiel.* (*Thren.*, III, 19.)

2º) Por aquello que dice: *y comenzó a lavar,* se alude a la imperfección humana. Porque los Apóstoles, después de Cristo, eran más perfectos, y no obstante necesitaban de la ablución, porque tenían algunas manchas; para dar así a entender que aun cuando el hombre sea perfecto, necesita perfeccionarse más; y contrae algunas manchas, según aquello de los Proverbios:

¿Quién puede decir: Limpio está mi corazón, puro soy de pecado? (XX, 9.) Pero estas manchas las tienen en los pies solamente. Otros, al contrario, no sólo están manchados en los pies, sino totalmente. Pues se manchan totalmente con las impurezas terrenas los que yacen sobre ellas; de ahí que quienes totalmente, en cuanto al afecto y en cuanto a los sentidos, estén apegados al amor de lo terreno, sean enteramente inmundos.

Pero los que están de pie, esto es, los que con el espíritu y el deseo tienden a las cosas celestiales, sólo contraen manchas en los pies. Pues así como el hombre que está de pie se ve obligado a tocar la tierra, al menos con los pies, del mismo modo, mientras vivimos en esta vida mortal, que necesita de las cosas terrenas para sustentación del cuerpo, contraemos algunas impurezas, al menos, por la sensualidad. Por eso el Señor mandó a los discípulos que sacudiesen el polvo de sus pies (*Luc.*, IX, 5.) Pero se dijo: *comenzó a lavar,* porque la ablución de los afectos terrenos comienza aquí y termina en el futuro.

Así, pues, la efusión de su sangre está simbolizada por la acción de poner agua en el lebrillo; y la ablución de nuestros pecados, por la acción de haber comenzado a lavar los pies de los discípulos.

3º) Aparece también la aceptación de nuestras penas sobre sí mismo. Pues no sólo lavó nuestras manchas, sino que tomó sobre sí las penas debidas por aquéllas. Porque nuestras penas y penitencias no serían suficientes, si no estuvieran cimentadas en los merecimientos y en la virtud de la Pasión de Cristo. Lo cual se simboliza por aquello de haber limpiado los pies de los discí-

pulos con la toalla, es decir, con el lienzo de su cuerpo.

(*In Joan.*, XIII.)

Jueves de la Semana Santa

LA CENA DEL SEÑOR

Convenientemente fué instituído en la cena el sacramento del Cuerpo del Señor.

1º) Por razón del contenido de este sacramento. Pues en él se contiene el mismo Cristo. Antes de separarse de los discípulos en su forma propia, se queda con ellos bajo la forma sacramental, como en la ausencia de un emperador se presenta su imagen. Por eso dice San Eusebio: Como debía quitar de los ojos corporales el cuerpo que había tomado, y llevarlo a los cielos, era necesario que el día de la cena consagrase para nosotros el sacramento de su cuerpo y sangre, para que se pudiese honrar perpetuamente por el misterio lo que una sola vez se ofrecía como precio (de nuestro rescate).

2º) Porque sin la fe en la Pasión nunca pudo existir salvación. Por lo tanto, fué necesario que en todo tiempo existiese entre los hombres algo que representase la Pasión del Señor, cuya principal figura en el testamento antiguo fué el cordero pascual. En el testamento nuevo reemplazó al cordero pascual el sacramento de la Eucaristía, que es un memorial de la Pasión del Señor, realizada en el pasado, como aquél fué figura de la Pasión futura. Fué, por lo tanto, conveniente que

en vísperas de la Pasión, y celebrado el anterior sacramento, se instituyese el nuevo.

3º) Porque las cosas que dicen los amigos al separarse para siempre se graban más en la memoria, principalmente porque entonces se inflama más el amor a los amigos; y las cosas que más impresionan se graban más profundamente en el alma. Ahora bien, porque entre los sacrificios nada puede ser mayor que el cuerpo y la sangre de Cristo, ni más poderoso que esta oblación, por eso, para que fuese tenida en mayor veneración, el Señor instituyó este sacramento la víspera de separarse de sus discípulos. Esto mismo es lo que dice San Agustín: "El Salvador, a fin de recomendar más intensamente la grandeza de aquel misterio, quiso fijarlo el último en los corazones y en la memoria de los discípulos, de los cuales había de separarse por la Pasión."

Pero debe advertirse que este sacramento tiene una triple significación.

1º) Respecto al pasado, esto es, en cuanto es conmemorativo de la Pasión del Señor, que fué un verdadero sacrificio, y por esto se llama sacrificio.

2º) Respecto a la realidad presente, esto es, a la unidad de la Iglesia, y para que los hombres se unan estrechamente por este sacramento; y por esto se llama comunión. Dice San Juan Damasceno que se llama comunión porque por él comunicamos con Cristo, y participamos de su carne y divinidad, y por él nos comunicamos y unimos recíprocamente.

3º) Respecto al futuro, por cuanto es prefigurativo del goce de Dios, que tendrá lugar en la patria celestial; y por eso se llama viático, pues nos ofrece el medio de llegar allá. Bajo este as-

pecto se llama asimismo Eucaristía, esto es, buena gracia, pues *la gracia de Dios es vida perdurable* (*Rom.*, VI, 23), o porque contiene realmente a Cristo, que está lleno de gracia. También se llama en griego *metalipsis,* es decir, asunción, porque por él tomamos la divinidad del Hijo de Dios.

(*De Humanitate Christi.*)

Viernes de la Semana Santa

MUERTE DE CRISTO

Fué conveniente que Cristo muriese.

1º) Para complemento de nuestra redención; porque aun cuando la Pasión de Cristo tuvo virtud infinita por la unión de la divinidad, sin embargo, no por cualquier sufrimiento se hubiera completado la redención del género humano, sino por la muerte. Por eso dice el Espíritu Santo por boca de Caifás: *Os conviene que muera un hombre por el pueblo.* (*Joan.,* XI, 50.) Por lo cual dice San Agustín: "Admirémonos, congratulémonos, alegrémonos, amemos, alabemos, adoremos, porque por la muerte de nuestro Redentor hemos sido llamados de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, del destierro a la patria, del llanto al gozo."

2º) Para acrecentamiento de la fe, la esperanza y la caridad. Del aumento de la fe se dice en el Salmo (CXL, 10): *Solo estoy yo hasta que yo pase adelante,* del mundo al Padre. Cuando yo haya pasado al Padre, entonces me multiplicaré. *Si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo queda.* (*Matth.,* XII, 24.) De

acrecentamiento de la esperanza dice el Apóstol: *El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó también con él todas las cosas?* (*Rom.*, VIII, 32.) No se puede negar que es menos dar todas las cosas que entregarlo a la muerte por nosotros. A este respecto dice San Bernardo: ¿Quién no se dejará arrebatar a la esperanza de lograr perdón, si atiende a la posición del cuerpo crucificado, a saber, la cabeza inclinada para besar, los brazos extendidos para abrazar, las manos perforadas para colmar de bienes, el costado abierto para amar, los pies clavados para permanecer con nosotros? *Levántate, amiga mía... y ven, paloma mía, en los agujeros de la pena...* (*Cant.* II, 13,14.) En las llagas de Cristo vive y anida la Iglesia, cuando pone la esperanza de su salvación en la Pasión del Señor, y por eso confía que ha de ser protegida de las asechanzas del gavilán, es decir, del diablo.

Del aumento de la caridad se lee en el Eclesiástico: *Al mediodía quema a la tierra* (XLIII, 3), esto es, en el fervor de la Pasión inflama a los terrenos a amar. Y San Bernardo dice: "Sobre todas las cosas, buen Jesús, te me ha hecho amable el cáliz que has bebido. La obra de nuestra redención fácil y absolutamente conquista para sí todo nuestro amor; esto es lo que más suavemente alienta nuestra devoción, más justamente la eleva, más estrechamente la obliga, y más intensamente la afecta."

3º) Para el misterio de nuestra salvación, para que muriésemos a este mundo a semejanza de su muerte: *Escogió mi alma la horca, y mis huesos la muerte.* (*Job.*, VII, 15.) Y San Gregorio comenta esto diciendo: "El alma es la in-

tención del espíritu, los huesos la fortaleza de la carne. Lo que se suspende, es elevado de abajo. El alma, pues, se suspende hacia lo eterno, para que mueran los huesos, porque por amor de la vida eterna destruye en nosotros toda fortaleza de la vida exterior." Señal de esta muerte es ser despreciados por el mundo. Por eso añade San Gregorio: "El mar retiene en sí los cuerpos vivos; y a los muertos los arroja luego de sí."

(*De Humanitate Christi*, cap. 47.)

Sábado Santo

UTILIDAD DEL DESCENDIMIENTO DE CRISTO A LOS INFIERNOS

Cuatro lecciones podemos sacar para nuestra instrucción del descendimiento de Cristo a los infiernos:

1º) Una firme esperanza en Dios. Porque cualquiera que sea la aflicción que le atormente, debe esperar siempre la ayuda de Dios y confiar en él. Porque nada hay más cruel que estar en el infierno. Ahora bien, si Cristo libró a los que estaban en el infierno, mucho más debe confiar el que es amigo de Dios, que será librado por él de cualquier angustia. *Ésta* (la sabiduría) no *desamparó al justo vendido, mas le libró de los pecadores, y descendió con él al hoyo; y en las prisiones no le desamparó.* (*Sap.*, X, 13, 14.) Y porque Dios ayuda de manera especial a sus siervos, debe estar muy seguro el que sirve a Dios. *El que teme al Señor de nada temblará, ni ten-*

drá pavor; porque él mismo es su esperanza. (*Eccli.*, XXXIV, 16.)

2º) Debemos concebir temor y desechar la presunción. Porque si Cristo padeció por los pecadores y bajó a los infiernos, no libró, sin embargo, a todos, sino únicamente a los que estaban sin pecado mortal; pero dejó allí a los que habían muerto en pecado mortal. Por consiguiente, ninguno que baje allí con pecado mortal, espere perdón; sino que estará en el infierno el tiempo que los santos Padres estarán en el paraíso, o sea, eternamente.

3º) Debemos ser solícitos. Porque Cristo descendió a los infiernos por nuestra salvación, y nosotros debemos preocuparnos por bajar allá frecuentemente, meditando en las penas, como hacía el santo profeta Ezequías: *Yo dije*: *En el medio de mis días iré a las puertas del infierno.* (*Is.*, XXXVIII, 10.) Porque el que en vida desciende frecuentemente allí por la meditación, no desciende fácilmente en la muerte; pues esa consideración le preserva del pecado y le aparta de él. Vemos que los hombres de este mundo se guardan de obrar mal por temor a la pena temporal; ¿con cuánta mayor razón deben evitar las acciones malas por temor a las del infierno, que son mayores por la duración, la acerbidad y el número? Por eso se dice en el Eclesiástico: *Acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamás.* (VII, 40.)

4º) De este hecho nos viene un ejemplo de amor. Cristo bajó a los infiernos para librar a los suyos; y, por consiguiente, también nosotros debemos bajar allá para socorrer a los nuestros. Pues ellos nada pueden y debemos, por lo tanto, socorrer a los que están en el purgatorio. Sería

demasiado duro el que no socorriese a una persona querida que estuviese en la cárcel, pero mucho más duro es el que no socorre al amigo que está en el purgatorio, ya que no existe comparación alguna entre las penas del mundo y aquellas otras. *Apiadaos de mí.* (*Job.*, XIX, 21.)

De tres maneras se las puede socorrer: por medio de misas, oraciones y limosnas. Esto no es extraño, porque también en este mundo puede un amigo satisfacer por su amigo.

(*In Symb.*)

TIEMPO PASCUAL

Fiesta de Pascua

NECESIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Era necesario que el Cristo padeciese y resucitase al tercer día de entre los muertos. (*Luc.*, XXIV, 46.)

Fué necesario que Cristo resucitase por cinco motivos:

1º) Para recomendación de la justicia divina, a la cual pertenece exaltar a los que se humillan por Dios, según aquello: *Destronó a los poderosos, y ensalzó a los humildes.* (*Luc.*, I, 52.) Luego, si Cristo se humilló hasta la muerte de cruz por amor y obediencia a Dios, era necesario que fuese ensalzado por Dios hasta la resurrección gloriosa; por lo cual se dice de su persona: *Tú conociste,* esto es, aprobaste, *mi sentarme,* es decir, mi humildad y pasión, *y mi levantarme,* a saber, mi glorificación en la resurrección. (*Psal.*, CXXXVIII, 2.)

2º) Para instrucción de nuestra fe; porque por su resurrección fué confirmada nuestra fe en la divinidad de Cristo, como dice el Apóstol: *Si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación, y también es vana nuestra fe.* (I *Cor.*, XV, 14.) Y en el Salmo XXIX, 10: *¿Qué provecho hay en mi sangre,* esto es, en el derramamiento de mi sangre, *si desciendo,* como por ciertos escalones

de males, *a la corrupción?* Como si dijese: ningún provecho; "porque si no resucito al instante, y mi cuerpo se hubiese corrompido, a nadie predicaré ni ganaré a ninguno", como expone la Glosa.

3º) Para levantar nuestra esperanza, porque al ver resucitar a Cristo, que es nuestra cabeza, esperamos que también nosotros resucitaremos. Por eso se dice: *Si se predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de vosotros que no hay resurrección de muertos?* (I *Cor.*, XV, 12.) Y en Job: *Yo sé,* mediante la certeza de la fe, *que mi redentor,* esto es, Cristo, *vive,* habiendo resucitado de entre los muertos, y por lo tanto *en el último día he de resucitar de la tierra... esta mi esperanza está depositada en mi pecho.* (XIX, 25, 27.)

4º) Para informar la vida de los fieles, según aquello: *Como Cristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida* (*Rom.*, VI, 4); y más adelante: *Habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere; ... así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo.* (*Ibid.*, 9, 11.)

5º) Para complemento de nuestra salvación, porque así como sufrió males y se humilló muriendo, para librarnos de los males, del mismo modo fué glorificado resucitando, para conducirnos a los bienes, según aquello: *El cual fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.* (*Rom.*, IV, 25.) La Pasión de Cristo obró nuestra salvación en cuanto a

remoción de los males; mas la resurrección, en cuanto a la incoación y modelo de los bienes. (3ª *p. q.* LIII, *a.* I.)

Lunes de la infraoctava de Pascua

UTILIDADES DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Del misterio de la Resurrección del Señor podemos sacar cuatro enseñanzas para nuestra instrucción.

1º) Debemos procurar resucitar espiritualmente de la muerte del alma, en la que incurrimos por el pecado, a la vida de justicia que se logra por la penitencia. *Despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo.* (*Eph.* V, 14.) Y ésta es la resurrección primera. *Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección* [68]. (*Apoc.*, XX, 6.)

2º) No debemos diferir el resucitar hasta la hora de la muerte, sino pronto; pues Cristo resucitó al tercer día: *No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día* (*Eccli.*, V, 8), porque, vejado por la enfermedad, no podrás pensar en las cosas que pertenecen a la salvación; y porque pierdes además la participación en todos los bienes que se hacen en la Iglesia, e incurres en muchos males perseverando en el pecado. Por otra parte, cuanto más tiempo posee el diablo, tanto más difícilmente abandona, como dice San Beda.

3º) Debemos resucitar a una vida incorruptible, de suerte que no muramos otra vez, es decir,

[68] Que muere en estado de gracia.

que no pequemos más. *Habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de él.* (*Rom.*, VI, 9.) Y más adelante: *Así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios, en nuestro Señor Jesucristo. Por tanto no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias. Ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad, mas ofreceos a Dios, como resucitados de los muertos.* (*Ibid.*, 11-13.)

4º) Debemos resucitar a una vida nueva y gloriosa, esto es, que evitemos todas aquellas cosas que antes fueron ocasiones y causa de muerte y de pecado. *Como Crito resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.* (*Rom.*, VI, 4.) Y esta nueva vida es la vida de la justicia que renueva al alma y la conduce a la vida de la gloria.

(*In Symb.*)

Martes de la infraoctava de Pascua

LAS LLAGAS DE CRISTO RESUCITADO

Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. (*Joan*, XX, 27.)

Fué conveniente que el alma de Cristo en la resurrección tomase el cuerpo con las cicatrices de las llagas.

1º) Para gloria del mismo Cristo. Porque dice San Beda que "conservó las llagas, no por la impotencia de curarlas, sino para llevar sie

pre consigo el trofeo de su victoria [69]. Por eso dice también San Agustín que "tal vez en aquel reino veremos en los cuerpos de los mártires las cicatrices de las heridas que sufrieron por el nombre de Cristo, porque no serán en ellos deformidad, sino dignidad; y la belleza de su virtud brillará por ellas en cierto modo en su cuerpo [70].

2º) Para confirmar los corazones de sus discípulos en la fe de su resurrección.

3º) Para que al rogar al Padre por nosotros, manifieste siempre qué género de muerte padeció por el hombre.

4º) Para hacer ver a los que ha rescatado por su muerte, poniéndoles a su vista las señales de su suplicio, qué misericordia vino en su socorro.

Finalmente para hacer ver en el juicio (final) cuán justamente serán condenados allí mismo (los réprobos). Por esta razón, como dice San Agustín: "Sabía Cristo por qué conservaba las cicatrices en su cuerpo; porque así como las mostró a Tomás, que no creía si no las tocaba y las veía, así también había de mostrarlas a los enemigos, para que convenciéndolos de la verdad les pudiera decir: He aquí al hombre a quien crucificasteis; mirad las llagas que le inferisteis; reconoced el costado que atravesasteis, pues por vosotros y para vosotros fué abierto, y sin embargo no quisisteis entrar" [71].

Así, pues, aquellas cicatrices no son debidas a la corrupción o defecto, sino al mayor cúmulo de gloria, en cuanto son ciertas señales de su virtud, y en aquellos lugares de las llagas aparecerá cierto esplendor especial. Y siempre perma-

[69] *Super Luc.*, cap. 97.
[70] *De civitate Dei*, lib. XXII, cap. 20.
[71] *De Symb.*, lib. II, cap. 8.

necerán en el cuerpo de Cristo, porque, como dice San Agustín: "Creo que el cuerpo del Señor está en el cielo como estaba cuando subió a él" [72].

(3ª, *q.* LIV, *a.* 4.)

Miércoles de la infraoctava de Pascua

CRISTO, RESURRECCIÓN Y VIDA

I. *Yo soy la resurrección y la vida.* (*Joan.*, XI, 25.) El Señor muestra su virtud y poder que es vivificante. Debe saberse que, entre los que necesitan participar del efecto de la vida, unos tienen esa necesidad porque perdieron la vida, y otros, que no la perdieron, lo necesitan para conservar la que ya tienen. Así, pues, dice a los primeros: *Yo soy la resurrección,* porque los que perdieron la vida, por la muerte la recobran. Para los segundos dice: *y la vida,* porque por ella se conservan los vivos.

Ha de advertirse que por estas palabras: *Yo soy la resurrección,* ha de entenderse: yo soy la causa de la resurrección. Y en verdad Cristo es la causa total de nuestra resurrección, tanto del alma como del cuerpo. Y por eso cuando dice: *Yo soy la resurrección,* es como si dijese: Todo lo que resucita en las almas y en los cuerpos, resucita por mí. *Porque como la muerte fué por un hombre la resurrección de los muertos.* (I *Cor.*, XV, 21.) Cuando digo que soy *la resurrección* es porque soy *la vida;* pues corresponde a la vida el que algunos sean restituidos a ella, del mismo modo que pertenece al fuego el que una cosa apa-

[72] *Ad Consentium,* epist. 205.

gada sea nuevamente encendida. *En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.* (*Joan.*, I, 4.)

II. Sigue un doble efecto:

1º) Vivifica a los muertos. *El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá. Yo soy la resurrección* (*Joan.*, XI, 25), esto es, la causa de la resurrección, y uno consigue el efecto de esta causa, creyendo en mí. Por eso dice: *El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.* Pues, por el hecho de creer, me posee en sí mismo: *Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones* (*Eph.*, III, 17.) El que me posee tiene en sí la causa de la resurrección; luego *el que cree en mí, vivirá,* es decir, con vida espiritual, resucitando de la muerte del pecado, y también con vida natural, resucitando de la muerte de la pena.

2º) Porque él es la vida, conserva a los vivientes en la vida. Por eso dice: *Y todo aquél que vive y cree en mí,* con la vida de justicia, de la cual dice Hababuc: *El justo en su fe vivirá* (*Hab.*, II, 4), *no morirá jamás,* esto es, con muerte eterna, sino que tendrá la vida eterna. *La voluntad de mi Padre, que me envió, es ésta: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna.* (*Joan.*, VI, 40.)

Esto no ha de entenderse en el sentido de que no morirá temporalmente con muerte de la carne; sino que de tal modo morirá alguna vez, que, habiendo resucitado, viva eternamente en el alma, hasta que resucite la carne que después no morirá nunca. Por eso añade: *y yo le resucitaré en el último día.* (*Ibid.*)

(*In Joan.*, XI.)

Jueves de la infraoctava de Pascua

TRES MUERTOS RESUCITADOS POR CRISTO

I. Cristo resucitó tres muertos, a saber: a la hija del archisinagogo (*Matth.*, IX, 18 sgts.), al hijo de la viuda, que era llevado fuera de la puerta (de la ciudad de Naím), como se lee en San Lucas (VII, 11), y a Lázaro, que llevaba ya cuatro días en el sepulcro: A la niña la resucitó en la casa; al joven, fuera de la puerta de la ciudad; a Lázaro, en el sepulcro. Además, a la niña la resucitó en presencia de pocos testigos: el padre y la madre de la niña, y tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan; pero al joven en presencia de una gran muchedumbre; a Lázaro, delante de una multitud y con gemidos.

Por estos tres resucitados se designan tres clases de pecadores. Pues unos pecan consintiendo con el corazón en el pecado mortal; y éstos son simbolizados por la niña muerta en la casa.

Otros pecan por acciones y signos externos, y éstos son representados por el muerto que era llevado fuera de las puertas de la ciudad.

Pero cuando se afirman en el pecado por costumbre, entonces son encerrados en el sepulcro.

Sin embargo, el Señor los resucita a todos. Los que pecan únicamente por el consentimiento, y mueren pecando mortalmente, más fácilmente son resucitados. Y como su pecado es secreto, se curan con enmienda secreta. Pero cuando el pecado sale al exterior, entonces exige un remedio público.

II. *Viene la hora, y ahora es, cuando los muer-*

tos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán. (*Joan.*, V, 25.)

1º) Esto puede entenderse de la resurrección del cuerpo. *Viene la hora, y ahora es,* como si dijese: es verdad que todos resucitarán finalmente, pero también al presente es la hora en que algunos, a los cuales el Señor ha de resucitar, oirán su voz. Así la oyó Lázaro, cuando se le dijo: *Ven fuera* (*Joan.*, XI, 43); así la oyeron la hija del archisinagogo y el hijo de la viuda. Y dice claramente: *y ahora es,* porque por mí ya comienzan los muertos a resucitar.

2º) Puede referirse también a la resurrección del alma. Porque hay una doble resurrección: la de los cuerpos, que tendrá lugar, y todavía no se realiza, sino que se verificará en el juicio futuro; y la de las almas, de la muerte de la infidelidad a la vida de la fe, de la injusticia a la justicia, y esto ya *es ahora.* Por lo cual dice: *Viene la hora, y ahora es cuando los muertos,* esto es, los infieles y los pecadores, *oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren, vivirán, según la verdadera fe.*

(*In Joan.*, V.)

Viernes de la infraoctava de Pascua

LA NUEVA VIDA

Como Cristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. (*Rom.*, VI, 4.)

Debe advertirse que la vida vieja es la vida terrestre, consumida por la vejez de los pecados, según aquello de Jeremías: *Hizo envejecida mi*

piel y mi carne. (*Thren.*, III, 4.) A lo que dice la Glosa: De ahí que gima el alma, cuando es envejecida exteriormente como la piel, y la conciencia interiormente hermosa se consume como la carne, corrompida por el pus del pecado. Pero la nueva vida es vida celestial, que debe ser renovada de día en día por la gracia, según aquello: *Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento.* (*Eph.*, IV, 23.) Y a los Romanos: *Como Cristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros* (*Rom.*, VI, 4.) ¿Cómo resucitó Cristo? San Pablo lo dice luego: *Habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere.* (*Ibid.*, 9.) Y más adelante: *Así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo.* (*Ibid.*, 11.)

Advierte: Así como Cristo murió una vez, del mismo modo muera el pecado una vez en nosotros, y que no sea renovado. Así como Cristo vive siempre, vivid también vosotros siempre por las virtudes, y esto en Jesucristo Señor nuestro; fuera de él no hay ninguna esperanza.

Sabemos que la vida se manifiesta por el movimiento, por lo cual la vida vieja se muestra por el movimiento de las acciones terrenas, de las cuales se dice: *Resolvieron fijar en tierra sus ojos* (*Psal.*, XVI, 11.) Mas la vida nueva se manifiesta por el movimiento de las acciones celestiales, de las cuales dice el Apóstol: *Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba.* (*Col.*, III, 1.) Y la Glosa añade: Pensad, retened con alegría las cosas halladas, y eso es lo que dice San Pablo: *Pensad en las cosas de arriba.*

(*De Humanitate Christi*)

Sábado de la infraoctava de Pascua

PRUEBAS DE LA RESURRECCIÓN ESPIRITUAL

Cristo probó su resurrección de tres maneras: por la vista: *Ved mis manos y mis pies* (*Luc.*, XXIV, 39); por el tacto, por lo cual continúa: *palpad y ved, que el espíritu no tiene carne*; por el gusto: *Mas como aún no le acabasen de creer y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?* (*Ibid.*, 41.) Del mismo modo se demuestra la resurrección espiritual.

I. Por el aspecto de santidad: *A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres.* (*Matth.*, V, 16.) San Agustín dice: "No ponga allí el hombre su fin, sino refiéralo a la alabanza de Dios; de ahí que prosiga el evangelista: *y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.* El haber mostrado el Señor las manos y los pies significa que la resurrección espiritual se manifiesta por el sentimiento del amor divino y por el efecto de la buena obra. Por eso dice el Evangelista: *Tienes nombre, que vives, y estás muerto* (*Apoc.*, III, 1), a saber, por falta de amor divino y falta de buenas obras."

II. Por el contacto de la adversidad. En varios lugares de la Escritura se lee: *El horno prueba las vasijas del ollero, y a los hombres justos la tentación de tribulación* (*Eccli.*, XXVII, 6): *El oro se prueba en la hornaza* (*Prov.*, XXVII, 21), esto es, el hombre es probado por la tribulación. *Acércate a mí, hijo mío, para que te toque.* (*Gen.*, XXVII, 21.) *Las cosas que antes no quería tocar*

mi alma, ahora por la congoja son mi comida. (*Job.*, VI, 7.) A esto dice la Glosa: "Las cosas tristes del mundo son mi manjar a causa de la angustia. Ahora son manjares dulces a causa del amor y del deseo del cielo." Cuando el Señor dijo: *Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne* (*Luc.*, XXIV, 39), significa místicamente que el hombre espiritual no se apoya en los consuelos carnales, sino en la esperanza de la patria celestial, que hace que no tema padecer las asperezas. Y sería éste mi consuelo, que afligiéndome con *dolor no me perdonara.* (*Job*, VI, 10.)

III. Por el gusto de la suavidad interior y eterna. *Pensad en las cosas de arriba.* (*Col.*, III, 2.) Por lo cual dice San Bernardo: "El que después de las lamentaciones de la penitencia no retorna a los consuelos carnales, sino que se abandona con confianza a la misericordia divina, y se adentra en la devoción y gozo en el Espíritu Santo, y no tanto se compunge con el recuerdo de los pecados pasados cuanto se deleita en el recuerdo y se inflama en el deseo de los premios eternos, éste ciertamente resucitará con Cristo; porque el deleite santo no es para el que está preocupado de los deseos mundanos. Ni pueden mezclarse las cosas verdaderas con las vanas, las eternas con las caducas, las espirituales con las carnales, las ínfimas con las sublimes, de modo que guste igualmente las cosas de arriba y las de la tierra.

El que el Señor haga parte del pez asado y [illegible] panal de miel simboliza místicamente que los re-sucitados espiritualmente deben gustar de ante-mano la dulzura de su divinidad y humanida[d] simbolizadas por el pez asado y el panal de mi[el]. San Gregorio dice: "¿Qué creemos que signifi

el pez asado, sino el crucificado mediador entre Dios y los hombres? Él se dignó ocultarse en las aguas del género humano, quiso ser cautivado con el lazo de nuestra muerte, y fué como asado por la tribulación en el tiempo de su Pasión. Pero el que se dignó hacerse pez asado en la Pasión, fué para nosotros panal de miel en la resurrección; y el que quiso que la tribulación de su Pasión fuese figurada en el pez asado, quiso asimismo expresar las dos naturalezas de su persona en el panal de miel; porque el panal es miel en la cera; la miel en la cera es la divinidad en la humanidad"[73].

(*De Humanitate Christi,* LVII.)

Domingo en la Octava de Pascua

APARICIÓN DE CRISTO EN LA OCTAVA DE PASCUA

Estando cerradas las puertas, en donde se hallaban juntos los discípulos ... vino Jesús, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros. (*Joan.*, XX, 19.)

1º) Según algunos, entrar estando las puertas cerradas es propio del cuerpo glorioso, porque dicen que, en virtud de cierta condición de su estado, puede estar simultáneamente con otro cuerpo en el mismo lugar, en cuanto que es glorioso, y que esto se hizo y puede hacerse sin milagro. Pero esta opinión no tiene consistencia, y por lo tanto ha de decirse que esto lo hizo Cristo milagrosamente en virtud de su divinidad.

San Agustín dice: "¿Preguntas cómo pudo en-

[73] *Homil.* XXIV, *in Joan.* XXI, 1-14.

trar estando las puertas cerradas? Si comprendes el modo, no es milagro. Donde desfallece la razón, la fe tiene su lugar" [74]. Y añade: "Bien pudo entrar no estando abiertas las puertas el que al nacer dejó intacta la virginidad de su madre." Así como su nacimiento de la virgen madre fué milagroso por virtud de su divinidad, igualmente lo fué esta entrada en el cenáculo.

Con ello se da a entender místicamente que Cristo se nos aparece cuando las puertas, esto es, los sentidos exteriores, están cerrados en la oración. *Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto.* (*Matth.*, VI, 6.)

También se describe la disposición de los discípulos, para que la imitemos. Estaban reunidos, lo que no está exento de misterio. Cristo vino a los que estaban reunidos, el Espíritu Santo desciende a los reunidos, porque Cristo y el Espíritu Santo no están presentes sino a aquellos que están congregados en caridad. *Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.* (*Matth.*, XVIII, 20.)

2º) *Vino Jesús y se puso en medio de los discípulos.* Él mismo vino personalmente, como les había prometido: *Voy y vengo a vosotros.* (*Joan.*, XIV, 28.) *Se puso en medio,* para que todos le reconociesen con seguridad, y también para mostrar la conformidad de su naturaleza humana con la de ellos. *Se puso en medio* por condescendencia, porque estuvo entre ellos como uno de ellos; y para indicarnos, por otra parte, que debemos estar en medio de la virtud.

3º) *Y les dijo: Paz a vosotros.* Este saludo fué

[74] *Serm. de pass.*

necesario, porque la paz de los discípulos estaba muy perturbada por muchos motivos:

Con respecto a Dios, contra el cual habían pecado, los unos negando y los otros huyendo. *Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño.* (*Matth.*, XXVI, 31.) Contra esto les propuso la paz de la reconciliación con Dios. *Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo.* (*Rom.*, V, 10.) Esa reconciliación la llevó a cabo por su Pasión.

Con respecto a ellos mismos, porque estaban tristes y vacilantes en la fe, y también les propuso esta paz: *Mucha paz para los que aman tu ley.* (*Psal.*, CXVIII, 165.)

Finalmente, con respecto a las personas exteriores, pues sufrían persecución de parte de los judíos, y contra esto les dice: *Paz a vosotros.*

(*In Joan.*, XX.)

Lunes después del primer domingo de Pascua

LA PAZ DE CRISTO

Mi paz os doy, no os la doy yo como la da el mundo. (*Joan.*, XIV, 27.)

I. La paz no es otra cosa que la tranquilidad en el orden. Porque se dice que algunas cosas tienen paz, cuando el orden de ellas permanece imperturbable. En el hombre el orden es triple: del hombre con respecto a sí mismo, del hombre con respecto a Dios, del hombre con respecto al prójimo, y así existe en el hombre una triple paz: una, por la cual está tranquilo en sí mismo, sin perturbación de sus facultades; otra, por la cual el hombre tiene paz con Dios, sometiéndose

totalmente a sus disposiciones; la tercera, con respecto al prójimo.

Debe advertirse que en nosotros deben ser ordenadas tres cosas: el entendimiento, la voluntad y el apetito sensitivo, esto es, que la voluntad sea dirigida según el espíritu o la razón; el apetito sensitivo según la voluntad y el entendimiento. Por eso, al definir San Agustín la paz de los santos, dice: "La paz es la serenidad del espíritu, la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor, el lazo de la caridad"; en este sentido la serenidad del espíritu se refiere a la razón, la cual debe ser libre, no atada, ni absorbida por algún afecto desordenado; la tranquilidad del alma se refiere a la sensibilidad, que debe estar libre de la molestia de las pasiones; la sencillez del corazón se refiere a la voluntad, la cual debe ser llevada totalmente a Dios, su objeto; el vínculo del amor se refiere al prójimo, y el consorcio de la caridad a Dios.

Los santos tienen aquí y tendrán en el futuro esa paz, pero aquí de una manera imperfecta, pues no podemos aquí tener paz sin alguna perturbación ni con nosotros mismos, ni con Dios, ni con el prójimo; pero en el futuro poseeremos perfectamente la paz, cuando reinemos sin enemigos, donde nunca podremos estar en desacuerdo.

II. Cuando dice: *No os la doy yo como la da el mundo,* distingue su paz de la paz del mundo. En tres cosas se distingue la paz de los santos de la paz del mundo:

1º) En cuanto a la intención. Porque la paz del mundo se ordena al goce tranquilo y pacífico de las cosas temporales, por lo cual sucede a veces

cuando coopera con los hombres para pecar. Mas la paz de los santos se ordena a los bienes eternos. El sentido es: *No os la doy yo como la da el mundo,* esto es, no para el mismo fin, pues el mundo la da para poseer tranquilo los bienes exteriores; pero yo os la doy para alcanzar los eternos.

2º) En cuanto a la simulación y a la verdad, porque la paz del mundo es simulada, y sólo existe por fuera; *Los cuales hablan paz con su prójimo, pero en sus corazones hay cosas malas* (*Psal.*, XXVII, 3); mas la paz de Cristo es verdadera porque es interior y exterior. Así, pues, *no os la doy yo como la da el mundo,* significa: no doy paz simulada, sino verdadera.

3º) En cuanto a la perfección, pues la paz del mundo es imperfecta, ya que únicamente lo es en cuanto al descanso exterior del hombre y no del interior; mas la paz de Cristo tranquiliza interior y exteriormente. *Mucha paz para los que aman tu ley.* (*Psal.*, CXVIII, 165.)

(*In Joan.*, XIV, 27.)

Martes después del primer domingo de Pascua

LA SABIDURÍA DE LO CELESTIAL

Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. (*Col.*, III, 1, 2.)

Es un beneficio el haber resucitado con Cristo resurgente, y esto por dos motivos; por la esperanza de nuestra resurrección corporal, y porque, resucitando con él, somos restaurados a la vida

de justicia. *El cual fué entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.* (*Rom.*, IV, 25.)

I. Se nos enseña, por lo tanto, a tener recta intención del fin, y en primer lugar quiere el Apóstol que cada uno tenga en vista principalmente el fin. Pues dice: *Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba.* Y San Mateo: *Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia* (VI, 33). Pues éste es el fin. *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta volveré a pedir, que more yo en la casa del Señor.* (*Psal.*, XXVI, 4.) Por consiguiente, buscad el lugar *en donde está Cristo sentado a la diestra.* Cristo está sentado a la diestra, porque en cuanto hombre está en los mejores bienes del Padre, mas en cuanto Dios está en igualdad con él. Y así también haya este orden en vosotros, a saber que así como Cristo murió y resucitó y de este modo fué llevado a la diestra de Dios, así vosotros estad muertos al pecado, para que después viváis la vida de justicia y así seáis llevados a gloria.

O bien, nosotros hemos resucitado por Cristo, mas si él está sentado allí, nuestro deseo debe dirigirse hacia él. *Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas* (*Matth.*, XXIV, 28) *y en donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.* (*Matth.*, VI, 21.)

II. Es necesario juzgar de las demás cosas con respecto al fin; y por eso dice: *Pensad en las cosas de arriba.* (*Col.*, III, 2.) Piensa en las cosas de arriba el que ordena su vida conforme con las razones celestiales, según ellas juzga todo lo demás. *Ésta es la sabiduría que desciende de arriba*

(*Jac.*, III, 17.) Piensa en las cosas de la tierra el que ordena y juzga todas las cosas según los bienes terrenos, considerándolos como bienes supremos. *Y su gloria es para confusión de ellos, que gustan sólo de lo terreno.* (*Phil.*, III, 19.)

Y da la razón cuando dice: *Estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* (*Col.*, III, 3.) Como si dijese: No gustéis las cosas terrenas, porque estáis muertos a la vida terrena. El hombre muerto a esta vida no conoce las cosas de este mundo, así vosotros, si estáis muertos con Cristo, lo estáis también a los elementos de este mundo. *Consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo.* (*Rom.*, VI, 11.)

Existe, por lo tanto, otra vida oculta. Por eso dice: *Y vuestra vida está escondida.* Esa vida la adquirimos por medio de Cristo. *Cristo una vez murió por nuestros pecados.* (I *Petr.*, III, 18.) Mas como esta vida existe por Cristo, y Cristo está oculto para nosotros, porque está en la gloria de Dios Padre, del mismo modo la vida, que por él se nos da, está escondida donde Cristo está, en la gloria de Dios Padre. *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen!* (*Psal.*, XXX, 20.) Por eso cuando dice: *Cuando apareciere Cristo, que es nuestra vida,* indica cómo se manifiesta, esto es, como el mismo Cristo. *Cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida,* porque él es autor de vuestra vida, y porque vuestra vida consiste en su amor y conocimiento, *entonces también vosotros apareceréis.* Y el evangelista dice: *Cuando él apareciere, seremos semejantes a él.* (I *Joan.*, III, 2.)

(*In Col.*, III.)

Miércoles después del primer domingo de Pascua

LA GRACIA O PRINCIPIO DE LA NUEVA VIDA

I. Porque el fin último de la criatura racional (que es el mismo Dios visto en su esencia) sobrepasa la capacidad de su naturaleza, y los medios deben ser proporcionados al fin, según el orden recto de la providencia, síguese que los auxilios también deben ser conferidos por Dios a la criatura racional, no sólo aquellos que son proporcionados a la naturaleza, sino también los que sobrepasan la capacidad de la naturaleza. De donde proviene que, además de la facultad natural de la razón, se impone divinamente al hombre la luz de la gracia por la cual el hombre es perfeccionado interiormente para la virtud, y esto en cuanto al conocimiento, puesto que al ser elevado el espíritu del hombre por esta luz, puede conocer lo que excede a la razón; y también en cuanto a la capacidad de obrar y de amar, puesto que por esta luz el corazón del hombre se eleva sobre todo lo creado hasta amar a Dios y esperar en él, y ejecutar todo lo que requiere este amor.

II. Estos dones o auxilios dados al hombre, sobrenaturalmente, se llaman gratuitos por dos razones:

1º) Porque Dios los da gratuitamente. En efecto, nada hay en el hombre que pueda exigir en justicia la donación de tales auxilios, puesto que sobrepasan la capacidad de la naturaleza humana.

2º) Porque el hombre se hace grato a Dios

de un modo especial, por estos dones. Así, como el amor de Dios es causa de la bondad que hay en las cosas —y no que él haya sido provocado por una bondad preexistente en ellas, como lo es nuestro amor—, es necesario que, con respecto a aquellos a quienes da algunos efectos especiales de bondad, se considere una razón especial de amor divino. Por eso se dice que Dios ama principal y absolutamente a aquéllos sobre quienes derrama tales afectos de bondad, por los cuales llegan al fin último, que es él mismo, fuente de toda bondad.

(Ad Regin.)

III. Sólo Dios da la gracia. *El Señor dará la gracia y la gloria.* (*Psal.*, LXXXIII, 12.) Porque el don de la gracia excede toda capacidad de la naturaleza creada, ya que la gracia no es otra cosa que una participación de la naturaleza divina. De ahí que sea imposible que una criatura cause la gracia. Por lo tanto, necesariamente sólo Dios deifica, comunicando el consorcio de la naturaleza divina por una cierta participación de semejanza, del mismo modo que es imposible que otra cosa queme, a no ser el fuego.

La humanidad de Cristo es una especie de órgano de su Divinidad. Ahora bien, un instrumento no produce la acción del agente principal por propia virtud, sino por virtud del agente principal. Por consiguiente, la humanidad de Cristo no causa la gracia por su propia virtud, sino por virtud de la Divinidad unida a ella, y por la cual las acciones de la humanidad de Cristo son saludables. Igualmente en los Sacramentos de la nueva ley, la gracia es causada instrumentalmente, por los mismos sacramentos,

pero principalmente por la virtud del Espíritu Santo que obra en los sacramentos.

(1ª 2ae., *q.* CXII, *a.* 1º.)

Jueves después del primer domingo de Pascua

EL AGUA VIVA

Te daría agua viva. (*Joan.*, IV, 10.)

I. Por el agua se entiende la gracia del Espíritu Santo. Unas veces se llama fuego y otras agua, para significar que ni ésta ni aquél se toman según la propiedad de su substancia, sino en cuanto a la semejanza de acción; pues se dice fuego, debido a que eleva el corazón por el fervor y el calor: *Fervorosos de espíritu* (*Rom.*, XII, 11); y porque consume los pecados: *Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas.* (*Cant.*, VIII, 6.)

Pero se llama agua porque purifica: *Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias.* (*Ezech.*, XXXVI, 25.) Porque enfría el ardor de las tentaciones: *Al fuego ardiente apaga el agua.* (*Eccli.*, III, 33.) Y porque apaga la sed de los bienes terrenos y de cualquier cosa temporal: *Todos los sedientos, venid a las aguas.* (*Is.*, LV, 1.)

II. Existen dos variedades de agua: la viva y la no viva. Agua no viva es la que no está unida al principio de donde brota, sino que se recoge con la lluvia o de otro modo se guarda en lagunas o cisternas, y se conserva separada de su prin-

cipio. El agua viva es la que corre y fluye de la fuente.

Según esto, la gracia del Espíritu Santo se llama rectamente agua viva, porque la gracia del Espíritu Santo se da al hombre de tal modo que se le da la misma fuente de la gracia, es decir, el Espíritu Santo; y aún más, por él se da la gracia, como dice el Apóstol: *La caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado.* (*Rom.*, V, 5.) Porque el Espíritu Santo es fuente inagotable de la cual brotan todos los dones de las gracias. *Todas estas cosas obra sólo uno y el mismo Espíritu.* (I *Cor.*, XII, 11.) De ahí que si alguno tiene un don del Espíritu Santo y no posee a este Espíritu, el agua no es continua desde su principio, y por consiguiente es agua muerta y no viva. *La fe sin las obras es muerta.* (*Jac.*, II, 20.)

(*In Joan.*, IV.)

Viernes después del primer domingo de Pascua

DESEO DEL AGUA VIVA

Si supieses el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber; tú tal vez le pedirías a él, y te daría agua viva. (*Joan.*, IV, 10.)

I. En los adultos se llega a poseer el agua viva, esto es, la gracia, por el deseo, es decir, pidiéndola: *Oyó el Señor el deseo de los pobres* (*Psal.*, IX, 17), pues la gracia no se da sin una petición y un deseo. Por eso decimos que en la justificación del impío se requiere el libre albedrío para detestar los pecados y desear la gracia,

según aquello de San Mateo: *Pedid, y se os dará* (VII, 7). Para tanto se requiere el deseo que aun el mismo Hijo es invitado a pedir: *Pídeme, y te daré.* (*Psal.*, II, 8.) Por lo cual, el que resiste a la gracia, no la recibe, si primero no la desea, como sucedió con San Pablo, que antes de recibir la gracia, fué reducido a desearla, diciendo: *Señor ¿qué quieres que yo haga?* (*Act.*, IX, 6.) Por eso claramente se dice: *Tú tal vez le pedirías a él. Tal vez,* a causa del libre albedrío, por el cual el hombre unas veces pide y desea la gracia, y otras no.

II. Dos cosas mueven el deseo del hombre a pedir la gracia, a saber: el conocimiento del bien deseable, y el conocimiento del que la da, y por eso propone conocer dos cosas:

1º) El mismo don. Por lo cual dice: *Si supieses el don de Dios,* el cual es todo el bien deseable, y procede del Espíritu Santo. *Llegué a entender que de otra manera no podría ser continente, si Dios no me lo daba.* (*Sap.*, VIII, 21.) Esto es el don de Dios.

2º) El dador. Por eso dice: *Y quién es el que te dice,* etc., esto es: si conocieses al que puede dar, que soy yo. *Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre . . . él dará testimonio de mí.* (*Joan.*, XV, 26.) Y el Apóstol dice: *Dió dones a los hombres.* (*Eph.*, IV, 8.)

(*In Joan.*, IV.)

Sábado después del primer Domingo de Pascua

LA SED DEL AGUA VIVA

El que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed. (*Joan.*, IV, 13.)

A este pasaje parece oponerse aquel otro del Eclesiástico: *Los que me beben, aún tendrán sed* (XXIV, 2ª). ¿Cómo, pues, nunca jamás tendrá sed quien bebiere de esta agua, esto es, de la sabiduría divina, cuando dice la misma sabiduría: *Los que me beben, aún tendrán sed*?

Ambas cosas son verdaderas, pues quien bebe del agua que Cristo da, tiene sed todavía, y al mismo tiempo no tiene sed; pero el que bebe del agua material, tendrá otra vez sed. Y esto por dos razones:

1º) Porque el agua material no es perpetua, ni tiene causa perpetua, sino deficiente. Por lo cual, necesariamente cesa su efecto. *Todas aquellas cosas pasaron como sombra.* (*Sap.*, V, 9.) Mas el agua espiritual tiene causa perpetua, esto es, al Espíritu Santo, que es fuente inagotable de vida. Por eso, el que de ella bebe no tendrá sed jamás, del mismo modo que jamás tendría sed el que tuviese en sí una fuente de agua viva.

2º) Por la diferencia entre las cosas espirituales y las temporales. Pues aunque unas y otras produzcan sed, sin embargo, ésta es de distinta manera. Porque lo temporal, una vez poseído, no produce ciertamente sed de sí mismo, pero sí de otras cosas; mas lo espiritual quita la sed de las otras cosas, y produce sed de sí mismo. La razón de esto se funda en que lo temporal se estima como de gran valor y suficiente, antes de

ser poseído; pero una vez que se tiene, como no se encuentra de tanto valor, ni suficiente para aquietar el deseo, no sacia este deseo, sino que provoca el deseo de poseer otra cosa.

Lo espiritual no es conocido sino cuando se lo posee. *No sabe ninguno, sino aquel que lo recibe.* (*Apoc.*, II, 17.) Y por lo tanto, no provoca ningún deseo antes de ser poseído; pero cuando se le tiene y se le conoce, entonces deleita el corazón y mueve el deseo, no ciertamente para poseer otra cosa, sino que como es gustado imperfectamente a causa de la imperfección del que lo recibe, provoca a una posesión perfecta. De esta sed se dice: *Sedienta está mi alma del Dios fuerte*[75]. (*Psal.*, XLI, 3.)

Esta sed no se quita del todo en este mundo, porque no podemos percibir los bienes espirituales en esta vida; y por consiguiente, el que bebiere de esta agua todavía tendría sed, ciertamente, de su perfección; pero no tendrá sed jamás, como si faltase el agua, pues como se dice en el salmo XXXV, 9: *Serán embriagados de la abundancia de tu casa.* En efecto, en la vida de la gloria, donde los bienaventurados beben perfectamente el agua de la gracia divina, no tendrán jamás sed. *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia,* a saber, en este mundo, *porque ellos serán hartos* (*Matth.*, V, 6) en la vida de la gloria.

(*In Joan.*, IV.)

[75] Santo Tomás dice: Sedienta está mi alma de Dios, *fuente viva.*

Segundo Domingo de Pascua

ADOPCIÓN DIVINA

Envió Dios a su Hijo . . . para que recibiésemos la adopción de hijos. (*Gal.*, IV, 4.)

1º) La adopción se transfiere a las cosas divinas por semejanza de las humanas. Pues se dice que un hombre adopta a uno como hijo, cuando gratuitamente da el derecho de percibir su herencia al que no le corresponde por naturaleza. Se dice herencia de un hombre aquélla por la cual es rico; pero aquello por lo que Dios es rico es el goce de sí mismo, pues por eso es bienaventurado y, así, ésa es su herencia. En ese sentido, se dice que Dios adopta por hijo a alguno, puesto que a los hombres, que por sus fuerzas naturales no pueden llegar al goce mencionado, les da la gracia con la cual el hombre merece aquella bienaventuranza para que de ese modo le corresponda el derecho a aquella herencia.

Acaece, en la adopción humana, que por ella se divide la herencia, porque toda no puede ser poseída simultáneamente por muchos. Mas la herencia celestial es poseída simultáneamente en su totalidad por el padre adoptante y por todos los hijos adoptados; por lo cual no hay allí ni división ni sucesión.

2º) Nuestra adopción es por gracia. El hombre, dado que es producido por creación para participar del entendimiento, es producido como a semejanza de la especie del mismo Dios; pues lo que constituye el grado supremo, según el cual la naturaleza creada participa de la semejanza de la naturaleza increada, es la intelectualidad, y

por lo tanto sólo la criatura racional se dice creada a imagen de Dios. Luego sólo la criatura racional alcanza el nombre de filiación por la creación.

Pero la adopción requiere que el adoptado adquiera el derecho a la herencia del adoptante. Mas la herencia del mismo Dios es su misma bienaventuranza, de la cual sólo es capaz la criatura racional; pero no la adquiere por el solo hecho de la creación, sino por don del Espíritu Santo. De donde resulta evidente que la creación no da a las criaturas irracionales ni la adopción ni la filiación; y a la criatura racional le da ciertamente la filiación, pero no la adopción.

Porque la comunicación de algunos bienes no basta para la adopción, sino la herencia. Por lo cual no se dice que una criatura es adoptada por esto de que Dios le comunica algunos bienes, si no le comunica también la herencia, que es la divina bienaventuranza.

Pero Cristo de ninguna manera puede llamarse Hijo de adopción, pues por naturaleza, ya que nace eternamente del Padre, le corresponde el derecho a la herencia paterna, y todo lo que tiene el Padre es suyo. Por lo cual no adquiere ese derecho por una gracia sobreviniente.

(3 *Dist.* X, *q.* II, *a.* 1 *et* 2.)

Lunes después del segundo domingo de Pascua

MORADA DE LAS DIVINAS PERSONAS EN EL ALMA

I. Se dice de la divina Sabiduría: *Envíala de tus santos cielos, y del trono de tu grandeza.* (*Sap.*, IX, 10.)

Por medio de la gracia santificante toda la Trinidad habita en el alma, según aquello del Evangelista: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él.* (*Joan.*, XIV, 23.) Ser enviada una persona divina a alguien por la gracia invisible significa nuevo modo de habitar en él esa Persona (divina), y su origen de otra.

Luego, puesto que tanto al Hijo como al Espíritu Santo conviene morar por la gracia y proceder de otro, es propio de ambos ser invisiblemente enviados.

En cuanto al Padre, si bien habita en nosotros por la gracia, no le conviene proceder de otro, ni, por consiguiente, ser enviado.

El alma se asemeja a Dios por la gracia. Así, pues, para que una persona divina sea enviada a alguien por su gracia, es preciso se realice asimilación a la persona divina, enviada por algún don de gracia. Y como el Espíritu Santo es amor, el alma se asemeja al Espíritu Santo por el don de la caridad. Por lo tanto, la misión del Espíritu Santo es considerada según el don de la caridad. Pero el Hijo es Verbo, y no un verbo cualquiera, sino que emana amor. Así, pues, el Hijo no es enviado según cualquier perfección intelectual, sino según tal ilustración del intelecto que lo haga prorrumpir en afecto de amor. *En mi meditación se inflamará fuego.* (*Psal.*, XXXVIII, 4.) Por eso dice San Agustín que "El Hijo es enviado, cuando es conocido y percibido por alguno" [76]. Mas la percepción significa cierto conocimiento experimental. Y esto es lo que propiamente se llama sabiduría, como *ciencia sápida*.

[76] *De Trin.*, lib. IV, cap. 20.

II. Cuándo tiene lugar la misión. La misión importa en su razón que el que es enviado comience a estar donde antes no estaba, o donde ya estaba, aunque de un modo nuevo; y según este modo se atribuye la misión a las Personas divinas. Así, en aquel a quien se dirige la misión hay que considerar dos cosas: la inhabitación de la gracia, y cierta renovación por ella. Para todos aquellos en quienes se dan estas dos cosas, se hace la misión invisible.

Esta misión se hace según el provecho en la virtud o el aumento de gracia. Sin embargo, la misión invisible se considera principalmente según ese aumento de gracia, cuando alguno adelanta hacia algún nuevo acto o nuevo estado de gracia, como sucede, por ejemplo, cuando uno llega a obtener la gracia de milagros, o de profecía, o se expone al martirio movido del fervor de caridad, o renuncia cuanto posee, o emprende cualquier otra santa empresa ardua.

III. La misión tiene lugar solamente según el don de la gracia santificante. Conviene a una persona divina ser enviada sólo para existir de un modo nuevo en algo; y el ser dada, con el fin de ser recibida por alguien; ni en uno ni en otro concepto se realiza sino por la gracia santificante. Porque hay un modo común de estar Dios en todas las cosas por esencia, potencia y presencia, como la causa en los efectos que participan de su bondad.

Además de este modo común hay uno especial, que conviene a la naturaleza racional, en la cual se dice estar Dios como lo conocido en quien lo conoce, y lo amado en el amante. Y porque, conociendo y amando la criatura racional, toca

por su operación al mismo Dios, según este modo especial no sólo se dice que Dios está en ella, sino que mora en ella, como en su templo.

No hay, pues, otro efecto sino la gracia santificante, que pueda ser razón de que una persona divina esté de un nuevo modo en la criatura racional.

Por otra parte, sólo se dice que poseemos aquello de que libremente podemos usar o disfrutar, y la potestad de disfrutar de una persona divina sólo se verifica según la gracia santificante, aunque en el don de esta gracia recibe el hombre al Espíritu Santo y éste habita en él. Por consiguiente, el Espíritu Santo mismo es dado y enviado.

(1ª part. *q.* XLIII, *a.* 5, 6 y 3.)

Martes después del segundo domingo de Pascua

LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL

Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres . . . y ven, sígueme. (*Matth.*, XIX, 21.)

La perfección de la vida espiritual ha de medirse con la caridad; quien careciere de ella no será nada espiritualmente, como dice el Apóstol. (I *Cor.*, XIII, 1-3.) Por esta perfección se dice absolutamente que alguien es perfecto. Por lo cual se expresa: *Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección.* (*Col.*, III, 14.) El amor tiene una fuerza de transformación, por la cual el que ama se transforma en cierto modo en el amado. Por eso dice Dionisio: "Es el amor divino el que produce el éxtasis, no consin-

tiendo que los que se aman se pertenezcan a sí mismos, sino a las personas amadas."

Y porque el todo y lo perfecto son una misma cosa, posee perfectamente la caridad aquel que se transforma totalmente en Dios por el amor, posponiéndose totalmente a sí mismo y a todas sus cosas por Dios. Por lo cual dice San Agustín que así como el amor propio lleva a la ciudad de Babilonia hasta el desprecio de Dios, así el amor de Dios lleva a la ciudad de Dios hasta el desprecio de sí mismo; y en otro lugar dice que la perfección de la caridad consiste en no tener ninguna afición a lo creado. También dice San Gregorio que cuando alguien ofrece una cosa a Dios y no le ofrece otra, hace un sacrificio; pero cuando ofrece a Dios omnipotente todo lo que tiene, todo lo que vive, todo lo que le gusta, hace un holocausto.

Cuando uno tiene el alma de tal modo afectada en su interior que se desprecia a sí mismo y a todas sus cosas por Dios, conforme a aquello del Apóstol: *Pero las cosas que me fueron ganancias, las he reputado como pérdida por Cristo . . . por el cual todo lo he perdido, y lo tengo por basura, con tal que gane a Cristo* (*Phil.*, III, 7, 8); ese tal es perfecto, ya sea religioso, ya secular, ya clérigo, ya lego, ya incluso esté unido en matrimonio. Porque Abrahán era casado y rico, y le dijo el Señor: *Anda en mi presencia y sé perfecto.* (*Gen.*, XVII, 1.)

Si quieres ser perfecto: no que seas perfecto al instante, sino que tendrás cierto principio de perfección, porque, descargado de estas cosas (las terrenas), más fácilmente podrás contemplar las celestiales. Dice San Agustín que las vigilias y otras austeridades son instrumentos de perf

ción, pero la perfección consiste en lo que se dice a continuación: *y sígueme*. Por consiguiente, el amor de Dios es la perfección, pero el abandono de las cosas es el camino para la perfección. ¿De qué manera? Dice San Agustín que el aumento de la caridad es disminución de la ambición terrena; la perfección de la caridad es la negación total de la ambición terrena. Luego es perfecto en la caridad el que ama a Dios hasta el desprecio de sí mismo y de sus cosas.

(*In Joan.*, XIX.)

Miércoles después del segundo domingo de Pascua

EL HOMBRE ESPIRITUAL

El espiritual juzga todas las cosas; y él no es juzgado de nadie. (I *Cor.*, II, 15.)

I. Veamos quién es el hombre espiritual. Mas advirtamos antes que acostumbramos llamar espíritus a las substancias incorpóreas; y porque hay una parte del alma que no es el principio de existencia de algún órgano corporal, es decir, la parte intelectiva que comprende la inteligencia y la voluntad, esta parte del alma es llamada espíritu de hombre, el cual, sin embargo, es iluminado por el Espíritu de Dios, en cuanto al entendimiento, e inflamada en la parte afectiva y la voluntad.

Hombre espiritual se dirá, pues, en dos sentidos:

1º) Por la inteligencia, iluminada por el Espíritu de Dios; y en este sentido dice la Glosa que el hombre espiritual es el que, sujeto al

espíritu de Dios, conoce ciertísima y fielmente las cosas espirituales.

2º) Por la voluntad, inflamada por el Espíritu de Dios; y en este sentido dice la Glosa que la vida espiritual es la que, teniendo por dirigente al Espíritu de Dios, rige al alma, esto es, a las fuerzas animales. *Vosotros que sois espirituales, amonestádle con espíritu de mansedumbre.* (*Gal.*, VI, 1.)

II. Consideremos por qué el hombre espiritual juzga todas las cosas, y él no es juzgado por nadie. Debe advertirse aquí que quien rectamente se conduce en todas las cosas, tiene juicio recto acerca de cada una de ellas. En cambio, el que tiene en sí deficiencia de rectitud, también es defectuoso al juzgar. Pues el que está despierto juzga rectamente que él vela y que otro duerme. Mas el que duerme no posee un juicio verdadero sobre sí mismo, ni sobre el que vela, y las cosas no son tales como las ve el que duerme, sino como las ve el que está despierto.

Sucede lo mismo con el que está sano y el que está enfermo, para juzgar de los sabores, con el que es débil y el que es fuerte, para juzgar de los pesos, con el virtuoso y el vicioso, para juzgar de los actos humanos. Por eso dice el filósofo Aristóteles que el virtuoso es regla y medida de todas las cosas humanas, porque en las cosas humanas las acciones particulares son tales como las juzga el virtuoso.

Según esto dice aquí el Apóstol que *el espiritual juzga todas las cosas,* porque el hombre que tiene el entendimiento ilustrado y el corazón ordenado por el Espíritu Santo, posee un criterio recto acerca de cada una de las cosas que perte-

necen a la salvación. En cambio, el que no es espiritual tiene obscurecido el entendimiento y desordenado el afecto acerca de los bienes espirituales, y, por consiguiente, el hombre espiritual no puede ser juzgado por el hombre que no es espiritual, del mismo modo que el que está despierto no puede serlo por el que duerme.

Mas el hombre animal no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios. (I *Cor.*, II, 14.) El Espíritu Santo inflama el corazón para que ame los bienes espirituales, despreciando los bienes sensibles; mas el que es de vida animal no puede apreciar los bienes espirituales, pues como es cada uno, tal le parece el fin.

(*In* I *Cor.*, II.)

Jueves después del segundo domingo de Pascua

REGENERACIÓN ESPIRITUAL POR MEDIO DEL BAUTISMO

1º) El bautismo quita todo pecado.

Como dice el Apóstol: *Todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte* (*Rom.*, VI, 3); y después concluye: *Y así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo.* (*Ibid.*, 11.) De lo cual se deduce que por el bautismo muere el hombre para el antiguo pecado y comienza a vivir a la novedad de la gracia. Mas como todo pecado pertenece a la primitiva vejez, síguese que todo pecado queda borrado por el bautismo.

2º) El bautismo libra de todo reato del pecado. Porque por el bautismo el hombre es incorpo-

rado a la Pasión y Muerte de Cristo, según aquello: *Si somos muertos con Cristo, creemos que juntamente viviremos también con Cristo.* (*Rom.*, VI, 8.) De donde resulta que a todo bautizado se le comunica para su remedio la Pasión de Cristo, como si él mismo hubiese padecido y muerto. Pero la Pasión de Cristo es suficiente satisfacción por todos los pecados de todos los hombres, y por eso el que es bautizado se libra del reato de toda la pena debida por los pecados, como si él mismo hubiese satisfecho suficientemente por todos sus pecados.

3º) El bautismo confiere la gracia y las virtudes. El Apóstol dice: *Nos hizo salvos por el bautismo de regeneración,* esto es, por el bautismo, y *renovación del Espíritu Santo, el cual difundió sobre nosotros abundantemente,* es decir, para perdón de los pecados y abundancia de las virtudes. (*Tit.*, III, 5, 6.) Así, pues, en el bautismo se dan la gracia del Espíritu Santo y abundancia de las virtudes. Por otra parte, el bautismo tiene poder para que los bautizados se incorporen a Cristo como miembros suyos. De la cabeza, Cristo, deriva la plenitud de la gracia y de la virtud a todos los miembros, según aquello de San Juan: *De su plenitud recibimos nosotros todos* (I, 16).

4º) El bautismo confiere la fecundidad de las buenas obras.

En efecto, por el bautismo somos regenerados a la vida espiritual que se obtiene por la fe de Cristo. Mas la vida sólo pertenece a los miembros unidos a la cabeza, de la cual reciben la sensibilidad y el movimiento. Por consiguiente es necesario que por el bautismo uno se incorpore a Cristo como uno de sus miembros. Y así, como de la cabeza natural deriva a los miembros el senti-

miento y el movimiento, del mismo modo, de la cabeza espiritual, que es Cristo, deriva a sus miembros el sentido espiritual, que consiste en el conocimiento de la verdad, y el movimiento espiritual, que viene del influjo de la gracia. Por lo cual dice San Juan: *Vimos la gloria de él* (del Verbo), *gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... Y de su plenitud recibimos nosotros todos.* (*Joan.*, I, 14, 16.) Síguese, pues, que los bautizados son iluminados por Cristo, por el conocimiento de la verdad, y fecundados por él con la fecundidad de las buenas obras por infusión de la gracia.

(3ª part., *q.* LXIX.)

Viernes después del segundo Domingo de Pascua

PENALIDADES DE LA VIDA PRESENTE

El bautismo tiene la virtud de quitar las penalidades de la vida presente; pero no las quita durante la presente vida, sino que por su virtud serán quitadas a los justos en la resurrección: *cuando esto, que es mortal, fuere revestido de inmortalidad.* (I *Cor.*, XV, 54.) Y esto con razón:

1º) Porque por el bautismo se incorpora el hombre a Cristo, y se hace miembro suyo. Así, es conveniente que se verifique en el miembro incorporado lo que se verificó en la cabeza. Mas Cristo desde el principio de su concepción estuvo lleno de gracia y de verdad; y, no obstante, tuvo un cuerpo pasible, que resucitó a la vida gloriosa después de su Pasión y Muerte. Por consiguiente, también el cristiano consigue en el bautismo la gracia en cuanto al alma; tiene, empero, un cuer-

oyen la ley, mas los hacedores de la sey serán justificados. (*Rom.*, II, 13.) Y Santiago: *Sed, pues, hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente.* (*Jac.*, I, 22.)

Si alguno oyere mis palabras y no las guardare, no le juzgo yo. (*Joan.*, XII, 47.) De dos maneras puede decirse que alguien condena a otro; o como juez o como causa de condenación. Pues no solamente condena al homicida el juez que dicta la sentencia, sino también le condena el mismo homicidio perpetrado, que es causa de su condenación. Así, pues, dice (Jesús): *No le juzgo yo*, es decir, no soy yo causa de su condenación, sino él mismo. Por ello dice Oseas: *Tu perdición, Israel, de ti; sólo en mí está tu socorro.* (*Os.*, XIII, 9.) Y esto, precisamente, *porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo* (*Joan.*, XII, 47), esto es, no he sido enviado para condenar, sino para salvar.

II. *El que me desprecia, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue.* (*Joan.*, XI, 48.) Como si dijese: Los que no guardan mis palabras, creyendo y practicando, no quedarán impunes, quienesquiera que sean. La razón se funda en que, si no reciben la palabra de Dios, desprecian lo dicho por Dios, cuyo Verbo es él mismo, como el que no obedece el mandato de su Señor. Y dice Job: *Huid, pues, de la vista de la espada, porque espada hay vengadora de iniquidades; y tened entendido que hay juicio.* (*Job.*, XIX, 29.)

III. *La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrimero.* (*Joan.*, XII, 48.) Lo que equivale a decir, según San Agustín: Soy Yo el que juzgaré. Porque Cristo aludió a sí mismo en

nal, de modo que no la experimentaran los bautizados y los verdaderamente arrepentidos; pero la temporal no la quitó todavía por completo, pues subsisten aún el hambre, la sed, la muerte, y otras semejantes; aunque destruyó su reinado y su dominio, para que el hombre no las tema; y las exterminará totalmente al fin en el último día.

(3ª part. *q*. LXIX, *a*. 3.)

Sábado después del segundo Domingo de Pascua

EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

1º) La confirmación es un sacramento.

Donde se presenta algún efecto especial de la gracia, se ordena un sacramento especial, y por las cosas que se hacen en la vida podemos formarnos una idea de las que existen en la vida espiritual de la gracia. Es evidente que en la vida corporal hay cierta perfección especial que hace llegar al hombre a la edad perfecta y que le permite obrar acciones perfectas de hombre, por lo que dijo el Apóstol: *Cuando ya fuí hombre hecho, di de mano a las cosas de niño.* (I *Cor.*, XIII, 11.) De lo que se deduce que, fuera del movimiento de la generación por el cual uno recibe la vida corporal, hay un movimiento de crecimiento, por el cual el hombre es llevado a la edad perfecta. Del mismo modo el hombre recibe la vida espiritual por medio del bautismo, que es la regeneración espiritual; mas en la confirmación el hombre recibe como cierta edad perfecta de la vida espiritual.

2º) La materia conveniente es el Crisma, es decir, aceite y bálsamo.

En este sacramento se da la plenitud del Espíritu Santo para el vigor espiritual, que compete a la edad perfecta. Mas el hombre, cuando llega a la edad perfecta, comienza a comunicar sus acciones a los otros, pues hasta entonces vive particularmente para sí mismo. Pero la gracia del Espíritu Santo es representada por el aceite, por lo que se dice que Cristo fué ungido *con óleo de alegría* (*Psal.*, XLX, IV, 8) al tener la plenitud del Espíritu Santo. Y por este motivo, el óleo corresponde a la materia de este sacramento. Mézclase con el bálsamo por la fragancia del olor que esparce sobre otros, y aunque existen muchas sustancias olorosas, se emplea con preferencia el bálsamo porque posee un olor excelente, y además preserva de la incorrupción.

3º) La confirmación imprime carácter.

El carácter es cierta potestad espiritual ordenada a algunas acciones sagradas. Así como el Bautismo es una regeneración espiritual a la vida cristiana, así la Confirmación es cierto crecimiento espiritual. Es evidente, por la semejanza de la vida corporal, que una es la acción del hombre recién nacido y otra la que le corresponde cuando llega a la edad perfecta. Por consiguiente, por el sacramento de la confirmación se da al hombre la potestad espiritual para ciertas acciones sagradas, además de las que le fueron dadas para otras en el bautismo; porque en el bautismo el hombre recibe potestad para hacer las obras que pertenecen a su propia salvación, esto es, en cuanto vive para sí mismo; pero en la confirmación recibe la potestad para hacer aquéllas que pertenecen a la lucha espiritual contra los enemigos de

la fe, como se ve por el ejemplo de los Apóstoles, quienes, antes de recibir la plenitud del Espíritu Santo, estaban en el cenáculo perseverantes en la oración; pero después, saliendo de allí, no se avergonzaban de confesar públicamente la fe aun delante de los enemigos de la fe cristiana. Y por tanto es evidente que en el sacramento de la Confirmación se imprime carácter.

(3ª part., *q*. LXXII, *a*. 1, 2 y 5.)

Tercer Domingo de Pascua

POR QUÉ SE ADMINISTRA EN LA FRENTE EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

En este sacramento recibe el hombre al Espíritu Santo para fortificarse en la lucha espiritual, a fin de confesar varonilmente la fe de Cristo entre los adversarios de dicha fe. Y así, es signado convenientemente con el crisma en la frente y la señal de la cruz, por dos razones:

1ª) Porque el crisma se administra, ciertamente, con la señal de la Cruz, por la cual triunfó nuestro rey, como el soldado es señalado con la insignia de su capitán, la cual debe ser evidente y manifiesta. Entre todas las partes del cuerpo humano, la frente es la más visible, y generalmente, no se cubre nunca; por esto el confirmado es ungido en la frente con el crisma, para que manifieste con claridad que es cristiano, como también los Apóstoles, después de recibido el Espíritu Santo, salieron del cenáculo donde estaban ocultos y se manifestaron a todo el mundo.

2ª) Porque alguno es impedido de confesar libremente el nombre de Cristo por temor y por

vergüenza. Las señales de estos dos signos se manifiestan sobre todo en la frente por dos causas: por la proximidad de la imaginación, y porque el movimiento de los afectos sube directamente del corazón a la frente; por eso los que se avergüenzan enrojecen y los que temen palidecen. Por lo tanto se unge al cristiano con el crisma en la frente para que ni por temor ni por vergüenza deje de confesar el nombre de Cristo.

El principio de la fortaleza está en el corazón, pero la señal aparece en la frente, por lo cual se dice: *He aquí que yo he hecho... tu frente más dura que la frente de ellos.* (*Ezech.*, III, 8.) Por eso el sacramento de la Eucaristía, por el cual el hombre es confirmado en sí mismo, pertenece al corazón, según aquello: *Con el pan corrobore su corazón* (*Psal.*, CIII, 15); pero el sacramento de la confirmación se requiere como señal de fortaleza, respecto a otros, y por lo tanto, se da en la frente.

(3ª, *q.* LXXII, *a.* 9.)

Lunes después del tercer Domingo de Pascua

EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

El que come mi carne y bebe mi sangre, tien[e] vida eterna. (*Joan.*, VI, 55.)

I. Este manjar espiritual es semejante al co[r]poral, por cuanto sin él no puede existir la vi[da] espiritual, lo mismo que la vida corporal no ex[is]te sin el manjar corporal; pero además posee al[go] más que el corporal, porque produce, en el q[ue] lo toma, vida indeficiente, lo que no hace el

mento corporal; pues el que lo toma no está seguro de vivir.

En efecto, puede ocurrir, como dice San Agustín, que los que le comen mueran, ya de vejez, ya de enfermedad u otro accidente, mientras que el que toma este manjar y bebida del cuerpo y de la sangre del Señor *tiene vida eterna,* y por eso es comparado al árbol de la vida. *Árbol de vida es para aquéllos que la alcanzaren.* (*Prov.*, III, 18.) También se llama pan de vida: *Lo alimentará con pan de vida y de entendimiento.* (*Eccli.*, XV, 3.) Por eso dice: *vida eterna.* Lo cual significa que quien come este pan tiene en sí a Cristo, que es verdadero Dios y vida eterna.

Posee vida eterna el que come y bebe, no sólo sacramental, sino también espiritualmente, esto es, no sólo tomando el sacramento, sino también llegando hasta la realidad del sacramento. Pues entonces está unido por la fe y la caridad a Cristo, contenido en el sacramento, de tal modo que se transforma en él y llega a hacerse miembro suyo; ya que este manjar no se convierte en el que lo come, sino que convierte en sí al que lo toma, según lo que dice San Agustín: "Soy manjar de los grandes; crece y me comerás; tú no me cambiarás en ti, sino que tú te transformarás en mí". Por eso es un manjar que puede hacer divino al hombre, y embriagarlo en la divinidad.

Grande es, por tanto, la utilidad de este manjar, porque da al alma la vida eterna.

II. Mas es también grande (la utilidad de la Eucaristía, porque da la vida eterna al cuerpo. Por eso se añade: *Y yo le resucitaré en el último día.* Pues el que come y bebe espiritualmente, se hace participante del Espíritu Santo, por el cual

nos unimos a Cristo con unión de fe y de caridad, y por el cual nos hacemos miembros de la Iglesia. El Espíritu Santo nos hace merecer la resurrección. *El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su espíritu, que mora en vosotros.* (*Rom.*, VIII, 11.)

Por eso dice el Señor que al que come y bebe lo resucitará para la gloria; no para condenación, porque esta resurrección no sería provechosa. Con propiedad se atribuye tal efecto al sacramento de la Eucaristía; porque el Verbo resucitará las almas, mas el Verbo hecho carne resucitará a los cuerpos. En este sacramento no solamente está el Verbo según su divinidad, sino también según la verdad de la carne; y por consiguiente no es sólo causa de la resurrección de las almas, sino también de los cuerpos. Claramente se ve, pues, la utilidad de esta manducación.

(*In Joan*, VI.)

Martes después del tercer Domingo de Pascua

ATRACCIÓN DE DIOS Y RESPUESTA DEL HOMBRE

I. *Nadie puede venir a mí, si no le trajere mi Padre que me envió.* (*Joan.*, VI, 44.)

Verdaderamente nadie puede venir si no es atraído por el Padre. Porque así como un cuerpo pesado por naturaleza no puede elevarse por sí mismo, si no es atraído por otro, del mismo modo el corazón humano, que por sí tiende a las cosas inferiores, no puede elevarse si no es llevado (por otro).

El Padre atrae hacia el Hijo de muchas man

ras, pero sin hacer violencia a los hombres. 1º) Persuadiendo por la razón, y de este modo el Padre atrae a los hombres hacia su Hijo, demostrando que él es su Hijo, y esto de dos modos: o por revelación interior, como refiere el Evangelio: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre* (Matth., XVI, 7); o por la realización de milagros, que recibe del Padre. 2º) Atrayendo. *Lo arrastró con los halagos de sus labios.* (*Prov.*, VII, 21.) Y de este modo los que se dirigen a Jesús por la autoridad de la majestad paterna, son atraídos por el Padre, cautivados por su majestad. Pero también son atraídos por el Hijo con delectación admirable y amor de la verdad, que es el mismo hijo de Dios. Porque si a cada uno le arrastra su propio deleite, ¿cuánto más fuertemente debe el hombre ser atraído por Cristo, si le deleita con la verdad, con la bienaventuranza, con la justicia, con la vida eterna, pues todo eso es Cristo? Y puesto que somos atraídos por éste, lo somos por el amor de la verdad: *Ten tu deleite en el Señor.* (*Psal.*, XXXVI, 4.) Por eso decía la esposa: *Tráeme; en pos de ti correremos al olor de tus ungüentos.* (*Cant.*, I, 3.) 3º) El Padre lleva a muchos a su Hijo por el impulso de la acción divina que mueve interiormente el corazón del hombre a creer y amar. *El corazón del rey en la mano del Señor; a cualquiera parte que quisiere lo inclinará.* (*Prov.*, XXI, 1.)

II. Respuesta del hombre. *Todo aquél que oyó del Padre, y aprendió, viene a mí.* (*Joan.*, VI, 45.) *Todo el que oyó del Padre,* enseñándole y manifestándole, y *aprendió,* dando su asentimiento, *viene a mí,* y viene de tres maneras: por

el conocimiento de la verdad, por el sentimiento del amor y por la imitación de la obra.

En cada una de esas tres cosas es necesario escuchar y aprender. Porque el que viene por el conocimiento de la verdad, debe escuchar cuando Dios le inspira: *Oiré lo que el Señor Dios me hable* (*Psal.*, LXXXIV, 9); y aprender con el corazón. El que viene por el amor y el deseo, también debe escuchar al Verbo del Padre y recibirlo para que aprenda y ame. Pues aprende la palabra el que la recibe en el sentido del que habla. Mas el Verbo de Dios Padre exhala el amor; luego el que lo recibe con fervor de amor, se instruye. *Se difunde en las almas santas, forma amigos de Dios y profetas.* (*Sap.*, VII, 27.)

También se va a Cristo por la imitación de las acciones. Quienquiera que de este modo aprende, va a Cristo. Porque en las obras la operación es como la conclusión de los razonamientos. En las ciencias el que las aprende perfectamente llega a la conclusión; así en las obras, el que perfectamente aprende las enseñanzas, llega a la acción recta.

(*In Joan.*, VI.)

Miércoles después del tercer Domingo de Pascua

¿PUEDE SABER EL HOMBRE SI ESTÁ EN GRACIA?

I. A veces conviene que ignoremos la presencia de Dios por la gracia en nosotros.

1º) Para que el temor del juicio futuro nos humille. *Bienaventurado el hombre que siempre está pavoroso; mas el que es de duro corazón,* es decir, aquél a quien no afecta el temor del castigo futuro, *se precipitará en el mal.* (*Prov.*

XXVIII, 14.) Este temor humilla al hombre; por lo cual conviene a veces ignorar si la gracia está en nosotros. San Gregorio dice: "Quiso Dios que nuestros bienes nos fuesen inciertos, a fin de que poseyéramos una gracia cierta, la humildad".

2º) Para que no le precipite la presuntuosa seguridad. *Porque cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina.* (I *Thess.*, V, 3.) San Jerónimo dice: "El temor es guardián de las virtudes, la seguridad hace fácil la caída."

3º) Para que esperemos vigilantes y deseosos la gracia de Dios. *Bienaventurado el hombre que me oye, y que vela a mis puertas cada día...* (*Prov.*, VIII, 34.)

II. A veces revela Dios a algunos, por privilegio, que tienen la gracia, para que comience en ellos, aun en esta vida, el gozo de la seguridad, y con más confianza y fortaleza lleven a cabo obras grandes, y soporten los males de la vida presente. Sin embargo, uno puede conocer conjeturalmente que tiene la gracia por cuanto siente deleite en Dios y desprecia las cosas mundanas, y que no le arguye la conciencia de algún pecado mortal. En este sentido puede interpretarse lo que dice el Apocalipsis: *Al vencedor daré yo maná escondido... que no sabe ninguno, sino aquél que lo recibe* (II, 17), pues el que lo recibe lo conoce por cierta sensación de dulzura que no experimenta el que no lo recibe.

(1ª 2ae, *q.* CXII, *a.* 5.)

Existen principalmente tres señales por las cuales puede conocerse conjeturalmente la presencia de la gracia en el alma:

1º) El testimonio de la conciencia, como dice el Apóstol: *Nuestra gloria es ésta, el testimonio de nuestra conciencia.* (II *Cor.*, I, 12.) Por eso escribe San Bernardo: "Nada más claro que esta luz, nada más glorioso que este testimonio, cuando el espíritu se ve en la verdad; pero ¿de qué modo? Púdico, modesto, temeroso, circunspecto, sin que nada le haga ruborizarse en presencia de la verdad. Esto es, ciertamente, lo que deleita a las divinas miradas sobre todos los bienes del alma".

2º) El gozo de la palabra de Dios, no sólo para escucharla, sino también para practicarla. *El que es de Dios oye las palabras de Dios.* (*Joan.*, VIII, 47.) A este respecto dice San Gregorio: "Está mandado desear la patria celestial de la verdad, despreciar la gloria del mundo, no apetecer las cosas ajenas y hacer limosnas con las propias. Juzgue cada cual en su conciencia si esta voz del Señor prevalece en sus oídos y así sepa si es de Dios."

3º) El gusto interior de la divina sabiduría, que es como un anticipo de la eterna bienaventuranza. *Gustad, y ved que el Señor es suave* (*Psal.*, XXXIII, 9), esto es, por su gracia en nosotros. Y San Agustín dice: "Puesto que *mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor* (II *Cor.*, V, 6), gustemos al menos cuán suave es el Señor, que nos dió en prenda el espíritu, por el que experimentamos su dulzura y deseamos ver la misma fuente, donde seremos purificados con sobria embriaguez y seremos regados como el árbol que ha sido plantado junto a las corrientes de muchas aguas". Y añade: "Haz, Señor, te ruego, que guste con amor lo que gusto con el conocimiento; sienta con el corazón lo que siento con el entendimiento; yo te debo más que todo lo

que soy; pero ni tú posees más, y yo no puedo darte más de todo lo que yo soy. Tráeme, Señor, a tu amor, llévate todo lo que yo soy."

(*De Humanitate Christi.*)

Jueves después del tercer Domingo de Pascua

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Y reposará sobre él el espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu del temor de Dios. (*Is.*, XI, 2.)

Los dones son unas perfecciones del hombre con las cuales se dispone a moverse prontamente a impulso de la inspiración divina para obrar de una manera sobrehumana:

1º) En el conocimiento de las cosas necesarias y eternas, el espíritu humano procede por modo humano cuando es perfeccionado por la virtud, es decir, el entendimiento, que es el hábito de los primeros principios, o por la fe, que es la contemplación de las cosas divinas como en un espejo. Pero que sean aprehendidas las cosas espirituales, como en su verdad desnuda, excede a la capacidad humana, y esto lo hace el don de *entendimiento,* que ilustra la mente sobre las cosas oídas por la fe.

2º) Es un procedimiento humano que el hombre juzgue y ordene las cosas inferiores por la consideración de los primeros principios y de las causas altísimas. Esto se hace por la sabiduría, que es una virtud intelectual. Pero que el hombre se una a esas causas supremas y que sea trans-

formado a semejanza de ellas por el modo según el cual *el que se allega al Señor, un espíritu es* (I *Cor.*, VI, 17), y que de ese modo, como de lo más profundo de sí mismo, juzgue las demás cosas y ordene, no sólo lo cognoscible, sino también las acciones y pasiones humanas, esto supera los procedimientos humanos, y se hace por el don de *sabiduría*.

3º) Para obrar es menester consejo. El modo humano es proceder inquiriendo y conjeturando según lo que suele acaecer de ordinario, y esto se obtiene por la eubolia, que es el buen consejo. Pero que el hombre reciba lo que ha de hacer, como enseñado con certeza por el Espíritu Santo, supera al modo humano, y esto lo hace el don de *consejo*.

4º) Para la ejecución el procedimiento humano consiste en que el hombre se forme un juicio de las cosas que suelen ocurrir con frecuencia según el resultado del consejo, y luego imponga el orden de ese juicio a los inferiores, lo cual se hace por la prudencia. Pero que el hombre juzgue con certeza sobre lo que debe obrar, es cosa que está sobre su capacidad, y esto se hace por el don de *ciencia*.

5º) Para los actos que regulan nuestras relaciones con los demás, están, según el modo humano, la justicia, la liberalidad, etc. Pero cuando en estas relaciones, uno no se inspira ni por el bien personal, ni el de otro, ni da a otro lo que se le debe o cuanto le conviene, sino que da en cuanto es acepto a Dios, el bien divino que resplandece en sí mismo o en el prójimo, esto está más allá de los procedimientos humanos y se hace por el don de *piedad*.

6º) En el gobierno de las pasiones del irascible,

se toma humanamente por medida o regla el bien de la razón. Que el hombre, midiendo las propias fuerzas, se extienda a acciones arduas de virtud según la medida de aquéllas, corresponde a la magnanimidad. La virtud de la fortaleza enseña a acometer o huir males inminentes según la medida de sus fuerzas. La mansedumbre hace que el hombre no se vengue más allá de lo que pide la gravedad de la ofensa y el orden del derecho. Pero que el hombre tome por medida en todas esas cosas la virtud divina, para emprender obras de virtud con relación a las cuales sabe que no se basta con sus propias fuerzas, que no tema los peligros que exceden a esas fuerzas, confiado en la ayuda divina, y que no solamente no exija venganza por las injurias recibidas, antes bien se glorie en ellas, poniendo sus miras en la recompensa, son cosas sobrehumanas; esto se hace por el don de *fortaleza*.

7º) En las pasiones del apetito concupiscible nos dirigimos, según el modo humano, al bien de la razón, esto es, a que el hombre se aficione a los bienes temporales en cuanto necesita de ellos, lo cual se obtiene por la templanza. Pero que el hombre por reverencia a la divina majestad considere todas esas cosas como estiércol, es también cosa sobrehumana, y esto lo hace por el don del *temor de Dios*.

(3. *Dist.*, 34, *q.* I, *a.* 2.)

Viernes después del tercer Domingo de Pascua

EL DON DE LA PIEDAD

Toda la materia moral se divide en tres partes: las cosas deleitables, que sigue el amor carnal; las cosas difíciles, de las que huye; y las comunicables que se refieren a otro, las cuales más bien consisten en acción que en pasión.

En cada una de ellas interviene la dirección de las virtudes y de los dones, pero de manera diferente. Porque la virtud dirige tomando como regla algo humano, mas el don toma lo divino como regla.

En los deleites, la virtud se inspira en la dignidad humana, que nosotros envilecemos por los deleites temporales. Mas el don se inspira en la dignidad divina a la que nosotros tememos ofender por esos bienes terrenos; lo cual pertenece al temor. Y lo mismo hay que decir del don de fortaleza, y de las virtudes que tienen por fin soportar las dificultades o combatirlas.

Así también acaece en las relaciones con el prójimo. Porque en ellas las virtudes dirigen tomando por medida algo humano, esto es, la conveniencia o la deuda. Pero el don toma en esto por regla al mismo Dios; de modo que, como ya se ha dicho, por el don de fortaleza el hombre emprende cosas difíciles usando del poder divino como suyo, por la confianza, e igualmente se comunica con otro usando de Dios como de sí mismo, esto es, que ejecute como unido a Dios las cosas que convienen en esas relaciones. Por lo cual el Señor exhorta a imitar la liberalidad del Padre celestial, *el cual hace nacer su sol sobre*

buenos y malos. (*Matth.*, V, 45.) Y porque esta comunicación de las cosas divinas se llama piedad, por eso también el don que toma la medida divina en las relaciones con los demás llámase piedad.

Aunque la virtud de la piedad se ejercita para con Dios, toma, en esto, algo de humano por medida, es decir, el beneficio recibido de Dios; razón por la cual le somos deudores. Mas el don de piedad toma, en esto, por medida algo divino: honrar a Dios, no porque seamos sus deudores, sino porque Dios es digno de honor. Por este modo el mismo Dios se da honor a sí mismo.

El don de la piedad no es lo mismo que el de la misericordia, pues la misericordia tiende a aliviar las miserias de los prójimos, porque están unidos por la sangre o la amistad o la semejanza de naturaleza, tomando en todo por medida algo humano, como las demás virtudes. Pero el don de piedad se mueve a remediar las miserias de los prójimos por un motivo divino: porque son hijos de Dios o están dotados de la semejanza divina. Por lo cual tiene con más propiedad el nombre de piedad, que significa algo divino.

(3. *Dist.* XXXIV, *q.* III, *a.* 2.)

Sábado después del tercer Domingo de Pascua

NÚMERO DE LAS BIENAVENTURANZAS

Algunos establecieron una triple bienaventuranza; porque unos la cifraron en la vida voluptuosa, otros en la vida activa, y otros en la vida contemplativa. Por eso el Señor señaló algunas

bienaventuranzas como destructoras del obstáculo de la felicidad voluptuosa.

I. La vida voluptuosa consiste en dos cosas:

1ª) En la afluencia de los bienes exteriores, sean riquezas u honores; de los que el hombre se retrae por la virtud, que le aconseja usar de ellos con moderación; mas por el don, de un modo más excelente, despreciándolos totalmente el hombre. Por eso se pone como primera bienaventuranza: *Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.* (*Matth.*, V, 3), lo cual puede referirse al desprecio de las riquezas o al desprecio de los honores; y se hace por la humildad.

2ª) La vida voluptuosa consiste en seguir las propias pasiones, ya sea la irascible, ya la concupiscible. La virtud impide seguir la pasión de la irascibilidad, para que el hombre no sobrepase los límites razonables en cosas superfluas; pero por el don se hace de modo más excelente, de suerte que el hombre esté totalmente sereno respecto de ella, conforme a la voluntad divina. Por eso se fija por segunda bienaventuranza: *Bienaventurados los mansos.* (*Ibid.*, 4.)

La virtud impide seguir las pasiones de la concupiscencia por un uso moderado de tales pasiones; mas el don las desecha totalmente, si es necesario; y aún más, aceptando voluntariamente el llanto si es preciso. De ahí la tercera bienaventuranza: *Bienaventurados los que lloran.* (*Ibid.*, 5.)

II. La vida activa consiste principalmente en las cosas que entregamos al prójimo, o por razón de débito, o por espontáneo beneficio.

A lo primero nos dispone la virtud, para que no rehusemos pagar al prójimo lo que le debemos, lo cual pertenece a la justicia; pero el don nos induce a esto mismo con afecto más generoso, a saber, con un deseo ferviente de cumplir las obras de justicia, semejante al deseo ardiente con que desean el alimento y la bebida el hambriento y el sediento. De ahí la cuarta bienaventuranza: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia.* (*Ibid.*, 6.)

Por lo que se refiere a las dádivas espontáneas, la virtud nos perfecciona para que las demos a aquéllos a quienes dicta la razón que debemos donarlas, por ejemplo, a los amigos, o a nuestros parientes, lo cual corresponde a la virtud de la largueza. Mas el don, por reverencia a Dios, solamente considera la necesidad en aquéllos a quienes presta gratuitos beneficios. Por eso se dice: *Cuando das una comida, o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ...sino llama a los pobres, lisiados,* etc. (*Luc.*, XIV, 11, 13), lo cual es, con propiedad, compadecerse. De ahí la quinta bienaventuranza: *Bienaventurados los misericordiosos.* (*Ibid.*, 7.)

III. Las cosas pertenecientes a la vida contemplativa, o son la misma bienaventuranza final, o alguna incoación de ella; y por tanto no se incluyen en las bienaventuranzas como méritos, sino como premios.

Pero se asignan como méritos los efectos de la vida activa, con los que el hombre se dispone para la vida contemplativa, y el efecto de la vida activa, en cuanto a las virtudes y dones con que el hombre se perfecciona en sí mismo, es la pureza de corazón, para que éste no se manche con

pasiones. De ahí la sexta bienaventuranza: *Bienaventurados los limpios de corazón.* (*Ibid.*, 8.)

Por fin, en cuanto a las virtudes y dones con que el hombre se perfecciona en orden al prójimo, el efecto de la vida activa es la paz, según aquello de Isaías: *Obra de la justicia será la paz.* (XXXII, 17.) Y por tanto la séptima bienaventuranza es: *Bienaventurados los pacíficos.* (*Matth.*, V, 9.)

(1ª 2ae., *q.* LXIX, *a.* 3.)

Cuarto Domingo de Pascua

LOS PREMIOS DE LAS BIENAVENTURANZAS

1º) Los premios de las tres primeras bienaventuranzas se toman según aquellas cosas que algunos buscan en la dicha terrena; pues los hombres buscan en la cosas exteriores, como en las riquezas y en los honores, cierta excelencia y abundancia, cosas ambas incluídas en el reino de los cielos, por el cual consigue el hombre la excelencia y abundancia de bienes en Dios. Por eso el Señor prometió a los pobres de espíritu el reino de los cielos.

Los hombres feroces y crueles pretenden por medio de litigios y guerras adquirir para sí seguridad, destruyendo a sus enemigos; por eso el Señor prometió a los mansos posesión segura y tranquila de la tierra de los vivientes, por la cual se significa la estabilidad de los bienes eternos.

Buscan los hombres en las concupiscencias y deleites del mundo tener consuelo contra los trabajos de la vida presente; y por eso el Señor prometió la consolación de la vida a los que lloran.

2º) Las otras dos bienaventuranzas pertenecen a las obras de la bienaventuranza activa que son las obras de las virtudes que ordenan al hombre para con el prójimo; de las cuales obras se retraen algunos por el amor desordenado del bien propio; y por eso el Señor adjudica aquellos premios a estas bienaventuranzas por las que los hombres se apartan de ellas. Pues algunos se apartan de las obras de justicia no pagando sus deudas, sino, más bien, hurtando lo ajeno, para enriquecerse en bienes temporales; de ahí que el Señor prometiera hartura a los que tienen hambre de justicia. Se apartan también, algunos, de las obras de misericordia, para no mezclarse en las miserias ajenas, mas el Señor prometió, a los misericordiosos, misericordia, por la cual se libran de toda miseria.

3º) Las dos últimas bienaventuranzas corresponden a la felicidad o bienaventuranza contemplativa; y por eso, según la conveniencia de las disposiciones que se suponen en el mérito, se dan los premios. Porque como la limpieza del ojo dispone a la visión clara, se promete la visión divina a los limpios de corazón.

El tener paz consigo mismo o con los otros manifiesta que el hombre es imitador de Dios, que es Dios de unión y de paz; y así, se le otorga por premio la gloria de la filiación divina, que consiste en la perfecta unión con Dios por medio de la sabiduría consumada.

4º) Todos aquellos premios se consumarán perfectamente en la vida futura, pero entre tanto también comienza de algún modo en esta vida; porque el reino de los cielos puede entenderse como principio de la perfecta sabiduría, según el cual comienza el espíritu a reinar en ellos. La

posesión de la tierra significa también el buen afecto del alma reposando por el deseo en la estabilidad de la herencia perpetua significada por la tierra. Pero son consolados en esta vida, participando del Espíritu Santo, que se llama *Paráclito,* esto es, consolador. Son saturados también en esta vida con aquel manjar, del cual dice el Señor: *Mi comida es que haga la voluntad del que me envió.* (*Joan.*, IV, 34.) También en esta vida consiguen los hombres la misericordia de Dios; e igualmente, purificado el ojo por el don de entendimiento, Dios puede ser visto de alguna manera en esta vida; así como en esta vida son llamados, a su vez, hijos de Dios los que pacifican sus movimientos acercándose a la semejanza de Dios. Sin embargo, todo esto se verificará más perfectamente en la patria.

(1ª 2ªᵉ *q.* LXIX, *a.* 4 y *a.* 2 *ad* 3ᵘᵐ.)

Lunes después del cuarto Domingo de Pascua

FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

Mis flores son frutos de honor y de riquezas. (*Eccli.*, XXIV, 23.)

I. De dos maneras puede ser el fruto: *adquirido,* por el trabajo o por el estudio; y *producido,* como es producido el fruto por el árbol. Las obras del Espíritu Santo se llaman frutos, no como alcanzados o adquiridos, sino como producidos; mas el fruto que es alcanzado tiene razón de fin último, no así el fruto producido. No obstante, el fruto así tomado encierra dos cosas: es lo último del que lo produce, como el fruto es lo último que produce el árbol, y es suave y de

leitable, como dice la Escritura: *Su fruto dulce a mi garganta.* (*Cant.*, II, 3.)

Así, pues, las obras de las virtudes y del espíritu son algo último en nosotros. Porque el Espíritu Santo está en nosotros por gracia, mediante la cual adquirimos el hábito de las virtudes, y con él somos poderosos para obrar de acuerdo a la virtud. Son también deleitables. *Tenéis vuestro fruto en santificación* (*Rom.*, VI, 22), es decir, en obras santificadas, y por lo tanto se llaman *frutos.*

Se llaman, además, *flores* con relación a la bienaventuranza futura, porque así como de las flores se concibe la esperanza del fruto, igualmente de las obras virtuosas se concibe la esperanza de la vida eterna y de la bienaventuranza. Y así como en la flor se da cierta incoación del fruto, de la misma manera en las obras de las virtudes existe cierta incoación de la bienaventuranza que tendrá lugar cuando se perfeccionen el conocimiento y la caridad.

Por consiguiente, las obras de las virtudes han de apetecerse por sí mismas de dos maneras: o porque encierran en sí mismas la dulzura, o la causa de la bienaventuranza, que es su fin; del mismo modo que una medicina dulce se apetece formalmente por sí misma, pues tiene en sí algo que la hace apetecible, la dulzura, y también se apetece por el fin, que es la salud.

II. Por todo esto se ve por qué el Apóstol llama efectos a las obras de la carne, y a los frutos del espíritu los llama frutos. Pues se llama fruto algo final y suave por sí. Mas lo que se produce de otro, contra naturaleza, no tiene razón de fruto, sino que es producido por otro germen.

Las obras de la carne y de los pecados están fuera de la naturaleza de las cosas que Dios ha sembrado en nuestra naturaleza. Pues Dios depositó ciertas semillas en la naturaleza humana, es decir, el apetito natural del bien y el conocimiento, y añadió, además, los dones de la gracia. Por lo tanto, puesto que las obras de las virtudes son naturalmente producidas por aquéllos, se llaman frutos, y no obras de la carne; *frutos del espíritu,* que nacen en el alma por la semilla de la gracia espiritual.

Es claro que las obras de las virtudes se llaman frutos del espíritu, no sólo porque encierran en sí suavidad y dulzura, sino también porque son cierto producto final, según la conveniencia de los dones.

La diferencia entre dones, bienaventuranzas, virtudes y frutos se establece del modo siguiente: en la virtud debe considerarse el hábito y el acto. El hábito de la virtud perfecciona para obrar bien. Si perfecciona para obrar al modo humano, se llama *virtud;* si perfecciona para obrar de un modo sobrehumano, se llama *don.* El acto de la virtud, o es perfectivo, y en este caso se llama *bienaventuranza,* o es deleitoso, y así es *fruto.*

(*In Gal.*, V.)

Martes después del cuarto Domingo de Pascua

NÚMERO DE LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

De la una y de la otra parte del río, el árbol de la vida, que da doce frutos. (*Apoc.*, XXII, 2.)

El Apóstol enumera convenientemente doce

frutos, en la epístola a los Gálatas (V, 22, 23). Debe considerarse la distinción de estos frutos según el diverso procedimiento del Espíritu Santo en nosotros, esto es, según que el espíritu del hombre se ordene: 1º, en sí mismo; 2º, a las cosas próximas a él; 3º, a las que le son inferiores.

I. El espíritu del hombre se ordena en sí mismo, cuando se conduce rectamente en los bienes y males.

La primera disposición del corazón del hombre para el bien es por amor, que es la primera afección y raíz de todas las afecciones, y por consiguiente se pone la *caridad* como primer fruto del espíritu, en la cual se da especialmente el Espíritu Santo, como en propia semejanza, puesto que él es amor. Al amor de caridad sigue necesariamente el *gozo;* porque todo el que ama goza la unión del amado, y la caridad tiene siempre presente a Dios, a quien ama. *Quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él.* (I *Joan.*, IV, 16.) Por lo cual el *gozo* es consecuencia de la caridad.

Mas la perfección del gozo es la *paz* en dos conceptos:

1º) En cuanto a la quietud respecto de las conturbaciones exteriores, pues no puede gozar perfectamente del bien amado el que en su fruición es perturbado por otras cosas; y además quien tiene el corazón perfectamente pacífico en un objeto, no puede ser molestado por ningún otro, porque reputa lo demás como nada. Por lo cual se dice: *Mucha paz para los que aman tu ley; y no hay para ellos tropiezo* (*Psal.*, CXVIII, 165), porque no son perturbados por cosas exteriores que les impidan gozar de Dios.

2º) En cuanto al sosiego del deseo fluctuante, porque no goza perfectamente de algo aquél a quien no basta lo que goza, y la paz lleva consigo estas dos cosas, es decir, que no seamos turbados por las cosas exteriores, y que nuestros deseos reposen en un solo objeto; por esto, después de la caridad y del gozo, se designa en tercer lugar la *paz*.

En los males se halla bien dispuesta el alma en cuanto a dos cosas: 1º, en no ser perturbada por la inminencia de males, lo cual corresponde a la *paciencia;* y 2º, en que tampoco se turbe por la dilatación de los bienes, lo cual pertenece a la *longanimidad;* pues el carecer del bien tiene razón de mal [77].

II. En lo que está cerca del hombre, es decir, el prójimo, la mente del hombre se dispone bien:

1º) En la voluntad de hacer el bien, y esto pertenece a la *bondad*.

2º) En el ejercicio de la beneficiencia; y a esto responde la *benignidad*; pues dicen benignos a aquellos a quienes el fuego del amor enfervoriza para hacer bien a los prójimos.

3º) En tolerar ecuánimamente los males causados por aquéllos (los prójimos); a lo cual responde la *mansedumbre,* que cohibe la ira.

4º) En que no solamente no perjudiquemos a los prójimos con la ira, sino que ni aun con el fraude o el engaño; y a esto se refiere la *fe* en el sentido de fidelidad; pero si se toma por la fe con la que se cree en Dios, por ésta se ordena el hombre a lo que está sobre él, sometiendo su entendimiento a Dios, y por consiguiente, a todas las cosas que son de Dios.

[77] *Ethic.*, lib. V, cap. 3.

III. Respecto a lo que es inferior al hombre, éste se dispone bien, en cuanto a las acciones exteriores, por la *modestia,* que guarda moderación en todos los dichos y en los hechos; en cuanto a las concupiscencias interiores, por la *continencia* y la *castidad,* ya se distingan estas dos en el sentido de que la castidad refrena al hombre de lo lícito; ya en que el continente sufre las concupiscencias, sin dejarse seducir, y el casto ni las sufre ni sucumbe.

(1ª 2ae, *q.* LXX, *a.* 3.)

Miércoles después del cuarto Domingo de Pascua

EL HOMBRE EN ESTADO DE GRACIA PUEDE MERECER DE CONDIGNO LA VIDA ETERNA

Lo que se da según el justo juicio parece ser la recompensa condigna. Es así que la vida eterna se da por Dios conforme al juicio de justicia, según aquello del Apóstol: *Por lo demás me está reservada la corona de justicia, que el Señor justo juez me dará en aquel día.* (II *Tim.,* IV, 8.) Luego el hombre merece de condigno la vida eterna.

La obra meritoria del hombre puede considerarse de dos modos: 1º, en cuanto procede del libre albedrío; 2º, en cuanto procede de la gracia del Espíritu Santo.

Si se considera según la sustancia de la obra y como procedente del libre albedrío, no puede, en este concepto, haber en ella condignidad a causa de la inmensa desigualdad, pero se da congruidad por cierta igualdad proporcional, pues parece congruente que, obrando el hombre se-

gún su virtud, sea recompensado por Dios según la excelencia de su virtud.

Pero si hablamos de la acción meritoria en cuanto procede de la gracia del Espíritu Santo, entonces es merecedora de la vida eterna de condigno, puesto que así el valor del mérito se estima según la virtud del Espíritu Santo que nos conduce a la vida eterna, según aquello del Evangelio: *Se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna.* (*Joan.*, IV, 14.) El valor de la obra se gradúa también según la dignidad de la gracia, por la que el hombre, hecho consorte de la naturaleza divina, es adoptado como hijo de Dios, a quien se debe la herencia por el derecho mismo de la adopción, según aquello: *Si hijos, también herederos.* (*Rom.*, VIII, 17.)

La gracia del Espíritu Santo, que poseemos en esta vida, aunque no sea igual a la gloria en acto, es, sin embargo, igual virtualmente; como la semilla del árbol, en la cual se contiene virtualmente todo el árbol. Asimismo el Espíritu Santo, que habita en el hombre por la gracia, es causa suficiente de la vida eterna; por lo cual se dice que es la prenda de nuestra herencia.

(1[a] 2[ae], *q.* CXIV, *a.* 3.)

Jueves después del cuarto Domingo de Pascua

MÁS PRINCIPALMENTE MERECEMOS POR LA CARIDAD QUE POR LAS OTRAS VIRTUDES

Si alguno me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me le manifestaré a mí mismo. (*Joan.*, XIV, 21.) Es así que la vida eterna consiste en la visión manifiesta de Dios, según aque-

llo: *Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero.* (*Joan.*, XVII, 3.) Luego el mérito de la vida eterna reside principalmente en la caridad.

I. El acto humano merece por dos razones: 1º, por razón de la ordenación divina, según la cual se dice ser el acto meritorio de aquel bien, al cual el hombre es ordenado por Dios; 2º, por parte del libre albedrío, según el cual el hombre tiene sobre las demás criaturas la preferencia de obrar por sí mismo y voluntariamente. En ambos conceptos lo principal del mérito consiste en la caridad; porque debe considerarse que la vida eterna consiste en el goce de Dios, y el movimiento del alma humana hacia la fruición del bien divino es el acto propio de la caridad, por el que todos los actos de las otras virtudes se enderezan a ese fin, ya que las demás virtudes son regidas por la caridad. Por consiguiente el mérito de la vida eterna corresponde primariamente a la caridad, y secundariamente a las demás virtudes, puesto que los actos de éstas son regidos por la caridad.

Es evidente también que lo que hacemos por amor, lo hacemos con la mayor voluntariedad, y por lo tanto también se atribuye el mérito principalmente a la caridad, por cuanto para la razón de mérito se requiere que sea voluntaria.

II. No siempre una obra posee mayor mérito por ser más laboriosa y difícil. De dos maneras una obra puede ser laboriosa y difícil: 1º, por la grandeza de la obra; y así la grandeza del trabajo pertenece al aumento del mérito, porque la caridad, aunque convierte las cosas terribles

y violentas en fáciles y casi nulas, no disminuye el trabajo, antes bien, hace acometer mayores empresas; pues, como dice San Gregorio [78], cuando existe, obra grandes cosas; 2º, por defecto del agente mismo, porque a cada cual es penoso y difícil lo que no hace con pronta voluntad; y tal trabajo disminuye el mérito y es anulado por la caridad.

En gran manera son meritorios los actos de la fe y de la paciencia o fortaleza, como se ve en los mártires, que pelearon por la fe con paciencia y fortaleza hasta la muerte. Mas el acto de fe no es meritorio, si la fe no obra por amor, y del mismo modo el acto de la paciencia y de la fortaleza, si uno no los ejecuta por caridad, según aquello: *Si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha.* (I *Cor.*, XIII, 3.)

(1ª 2ªᵉ, *q.* CXIV, *a.* 4.)

Viernes después del cuarto Domingo de Pascua

LAS OBRAS DEL PRIMER HOMBRE EN EL ESTADO DE INOCENCIA ¿FUERON MENOS EFICACES PARA MERECER QUE LAS OBRAS NUESTRAS?

La magnitud del mérito puede medirse de dos maneras:

1º) Por la caridad y la gracia, que son su raíz, y bajo este aspecto la magnitud del mérito corresponde al premio esencial, que consiste en el goce de Dios; pues el que obra con mayor caridad más perfectamente goza de Dios.

78 *Homil.* 30 *in Evangel.*

2º) Por la cantidad de la obra, que puede, a su vez, ser doble, es decir, absoluta y proporcional. Porque la viuda que depositó dos pequeñas monedas en el gazofilacio del templo, hizo una obra menor en cantidad absoluta que los que depositaron grandes limosnas; pero proporcionalmente hizo más la viuda, según sentencia del Señor (*Luc.*, XXI, 3), porque superaba en más sus posibilidades. Ambas cantidades de mérito corresponden al premio accidental, que consiste en el gozo del bien creado.

Así, pues, debe decirse que las acciones del hombre fueron más eficaces para merecer en el estado de inocencia que después del pecado, si se considera la magnitud del mérito por parte de la gracia, que habría sido entonces más copiosa, no oponiéndose ningún obstáculo a ella en la naturaleza humana; igualmente si se considera la cantidad absoluta de la obra; porque siendo el hombre de mayor virtud, habría realizado obras mayores. Pero atendida la cantidad proporcional, hállase mayor razón de mérito después del pecado por la debilidad del hombre. Porque una obra pequeña *excede* la potencia del que la ejecuta con esfuerzo más que una obra grande al que la ejecuta sin dificultad.

La dificultad y la lucha pertenecen efectivamente a la magnitud del mérito según la cantidad proporcional de la obra. Y es señal de la prontitud de la voluntad el esforzarse para lo difícil. Mas la prontitud de la voluntad viene de la grandeza de la caridad. Puede, no obstante, acaecer que alguno haga una obra fácil con tan pronta voluntad como otro una difícil, por estar dispuesto a ejecutar también lo difícil. Mas la

dificultad actual en lo que tiene de pena es, además, satisfactoria por el pecado.

(1ª part. *q.* XCV, *a.* 4.)

Sábado después del cuarto Domingo de Pascua

EL HOMBRE PUEDE MERECER AUMENTO DE GRACIA

Así como a la culpa sigue doble pena, una que acompaña a la misma culpa, como el remordimiento de conciencia y otras semejantes, según lo que dice San Agustín, "que el ánimo desordenado es pena para sí mismo", y otra que se inflige exteriormente por Dios-Juez o por el hombre; del mismo modo también un doble premio corresponde al mérito: uno que acompaña a la misma obra meritoria, como la alegría de la buena acción y otros semejantes; y otro que dan Dios o el hombre por la buena obra, como la vida eterna y todo lo que se da de este modo.

Mas el acto meritorio se ordena de modo diverso en este doble premio. Porque según su forma es proporcionado al primer premio; por ejemplo: por el hecho de ser un acto que procede de un hábito perfecto, es deleitable, por lo cual el acto se refiere a su principio como a causa. Pero en cuanto al premio que se da exteriormente, solamente se ordena según una proporción de dignidad, de modo que quien mucho mereció, otro tanto recibirá en recompensa en cualquier bien, y quien mucho pecó, otro tanto será castigado.

Según esto, digo que por el acto meritorio se merece acrecentamiento de gracia, del mismo modo que el premio, concomitante a la naturaleza

del acto meritorio, porque es natural que todo acto haga posible la adquisición o aumento de un acto semejante, ya efectivamente, ya disponiendo a él.

El hombre que tiene la gracia puede adelantar más, pero no es que él mismo aumente la gracia en sí, puesto que sólo Dios puede dar este aumento; sino en el sentido de que el hombre puede, por una gracia recibida, merecer que se le aumente la gracia, disponiéndose a ser más capaz de una gracia mayor.

Ciertamente el acrecentamiento de gracia, lo mismo que su infusión, procede de Dios, pero de manera distinta se relacionan nuestros actos con la infusión de la gracia y con el aumento de ella. Porque antes de la infusión de la gracia el hombre no es todavía participante del ser divino; por lo cual sus actos son absolutamente desproporcionados para merecer alguna cosa divina, que excede la capacidad de la naturaleza. Sin embargo, por la infusión de la gracia el hombre se constituye en el ser divino, y entonces sus actos llegan a ser proporcionados y, por lo mismo, a merecer aumento o perfección de gracia.

(2 *Dist.* 27, *q.* I, *a.* 5.)

Pero la gracia no se aumenta de hecho por cualquier acto meritorio. Por cada acto meritorio el hombre merece aumento de gracia, como también la consumación de la gracia, que es la vida eterna. Mas así como la vida eterna no es dada inmediatamente, sino a su tiempo, del mismo modo la gracia no se aumenta en el instante, sino a su tiempo, es decir, cuando uno está suficientemente dispuesto al aumento de la gracia.

(1^a 2^{ae}, *q.* CXIV, *a.* 8, *ad* 3um.)

Quinto Domingo de Pascua

LA ORACIÓN

Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy, porque me has oído. (*Joan.*, XI, 41.)

Dos cosas indica el Evangelista: 1ª) El modo conveniente de orar, porque *alzando los ojos a lo alto,* esto es, elevó su inteligencia, llevándola al excelso Padre por la oración. Si nosotros queremos orar a ejemplo de Cristo, debemos elevar hasta él los ojos del alma, apartándolos de las cosas presentes, recuerdos, pensamientos y deseos.

También levantamos los ojos hacia Dios, cuando, desconfiando de nuestros méritos, esperamos en su sola misericordia, según aquello del Salmo CXXII, 1, 2: *Alcé mis ojos a ti, que habitas en los cielos... Como los ojos de la esclava en manos de su señora; así nuestros ojos al Señor Dios nuestro, hasta que tenga misericordia de nosotros.* Y agrega Jeremías: *Levantemos al Señor nuestros corazones con las manos hacia los cielos.* (*Thren.*, III, 41.)

Se dice en la epístola a los Colosenses: *No cesamos de orar por vosotros, y de pedir* (I, 9). La oración es una elevación del alma hacia Dios. Pedir es suplicar alguna cosa. La oración debe preceder, para que sea escuchado el que pide devotamente, como los que piden comienzan por la persuasión, para inclinar a sus necesidades. Del mismo modo, debemos nosotros comenzar por la devoción y la meditación sobre Dios y las cosas divinas, no para doblegarlo a él, sino para alzarnos nosotros hasta él. (*In Col.*, I.)

2ª) La eficacia de la oración se expresa en estas palabras: *Padre, gracias te doy, porque me has oído.*

Tenemos aquí una prueba de que Dios es fácil para otorgar, como se lee en el Salmo IX, 17: *Oyó el Señor el deseo de los pobres,* es decir, que escucha el deseo antes de que se profieran las palabras. Y en Isaías: *Luego que oyere la voz de tu clamor, te responderá* (*Is.*, XXX, 19); y más adelante: *Cuando aún estén hablando, yo los oiré* (LXV, 24).

Con mayor razón conviene considerar que Dios Padre, previniendo la oración de Cristo Salvador, la escuchó; porque las lágrimas que Cristo derramó por la muerte de Lázaro hicieron las veces de oración.

En el hecho de que al principio de la oración dió acciones de gracias, se nos da el ejemplo de que, cuando queremos orar, demos gracias a Dios por los beneficios recibidos antes de pedir cosas futuras, cumpliendo lo que dice el Apóstol: *En todo dad gracias.* (I *Thess.*, V, 18.)

(*In Joan.*, XI.)

Lunes de Rogativas

BIENES DE LA ORACIÓN

Los bienes de la oración son tres.

I. Es un remedio útil y eficaz contra los males; pues libra de los pecados cometidos, como dice el Profeta: *Tú perdonaste la impiedad de mi pecado. Por esta razón orará a ti todo santo en el tiempo oportuno.* (*Psal.*, XXXI, 5.)

Así el ladrón oró en la cruz y obtuvo el perdón: *hoy serás conmigo en el paraíso.* (*Luc.*, XXIII, 43.) Así el publicano oró, y *descendió justificado a su casa.* (*Luc.*, XVIII, 14.)

Libra también del temor de los pecadores que asedian, de las perturbaciones y tristezas. *¿Hay alguno triste entre vosotros? Haga oración.* (*Jac.*, V, 13.)

Libra además de las persecuciones y de los enemigos. *En vez de amarme, decían mal de mí; mas yo oraba.* (*Psal.*, CVIII, 4.)

II. Es eficaz y útil para lograr todo lo que se desea. *Todas las cosas que pidiereis orando; creed que las recibiréis; y os vendrán.* (*Marc.*, XI, 24.) Si no somos escuchados es porque no perseveramos: *es menester orar siempre, y no desfallecer* (*Luc.*, XVIII, 1); o no pedimos lo que más conviene a la salvación. San Agustín dice: "El Señor bueno, que muchas veces no da lo que queremos, para dar lo que querríamos mejor." Existe el ejemplo de San Pablo, que pidió tres veces le fuese quitado el aguijón (de la carne) y no le fué otorgado. (II *Cor.*, XII, 7-9.)

III. Es útil, porque nos hace amigos de Dios: *Suba derecha mi oración como un perfume en tu presencia.* (*Psal.*, CXL, 2.)

(*In Oration. Dominic.*)

La oración es un acto de religión, por el cual el hombre tributa veneración a Dios en cuanto se somete a él y reconoce, al pedirle, que tiene necesidad de él como autor de sus bienes.

Orando, entrega el hombre su alma a Dios, la que somete a él por respeto y, en cierto modo,

la presenta; pues así como el alma humana es superior a los miembros exteriores o corporales, o a las cosas exteriores que se aplican al servicio de Dios, así también la oración aventaja a los otros actos de religión.

(2ª 2ªᵉ, *q.* LXXXIII, *a.* 3.)

Ciertamente, Dios nos da muchas cosas por su liberalidad, aun las que no pedimos; pero otras quiere dárnoslas a requerimiento nuestro, lo cual es para nuestra utilidad, es decir, para que recibamos cierta confianza de recurrir a él y reconozcamos que es el autor de nuestros bienes. Por eso dice San Juan Crisóstomo: "Considera cuánta es la felicidad que se te ha dado, cuánta la gloria concedida, esto es: hablar con Dios en la oración, tener coloquios con Cristo, y poder pedir lo que quieras y lo que desees" [79].

(2ª 2ªᵉ, *q.* LXXXIII, *a.* 2.)

Martes de Rogativas

LA ORACIÓN DOMINICAL

Posee la oración dominical cinco excelencias que se requieren en la oración. Pues la oración debe ser confiada, recta, ordenada, devota y humilde.

Confiada, esto es, que *lleguemos confiadamente al trono de la gracia* (*Hebr.*, IV, 16); que además no desfallezca en la fe, como dice la Escritura: *Pídala con fe, sin dudar en nada.* (*Jac.*, I. 6.) Esta oración dominical es segurísima, pues fué

[79] *Implic. hom.* II; *De orat. circa princ.; hom.* XXX *in Genes.*

compuesta por nuestro abogado, que es demandante sapientísimo, *en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.* (*Colos.* II, 3.) Por eso dice San Cipriano: "Teniendo a Cristo por abogado de nuestros pecados ante el Padre, empleemos las palabras de nuestro abogado, cuando pedimos por nuestros delitos"[80].

Más segura aparece, porque quien nos enseñó a orar, escucha la oración con el Padre, según aquello del Profeta: *Clamará a mí, y yo le oiré.* (*Psal.* XC, 15.) Por eso dijo San Cipriano: "Es una oración amiga, familiar y devota la del que ruega al Señor con su oración. Por lo cual nunca nos retiramos sin fruto de esta oración, pues por ella se perdonan las faltas veniales" [81].

Nuestra oración debe ser recta, es decir, que el que ora debe pedir a Dios lo que le conviene. Muchas veces no es escuchada la oración, porque se piden cosas inconvenientes. Es muy difícil saber lo que es menester pedir, como es muy difícil saber lo que se ha de desear, como dice el Apóstol: *No sabemos lo que hemos de pedir como conviene; mas el mismo Espíritu pide por nosotros.* (*Rom.*, VIII, 26.) Pues si Cristo es quien da el Espíritu Santo, a él le corresponde enseñar lo que nos conviene pedir. Luego se piden rectísimamente las cosas que él mismo nos enseñó a pedir.

La oración debe ser ordenada como el deseo, pues la oración es intérprete del deseo. El orden debido es que en los deseos y oraciones prefiramos lo espiritual a lo carnal, lo celestial a lo terreno. Esto mismo nos enseñó el Señor en esta

80 *De Orat. Dom.*
81 *De Orat. Dom.*

oración, en la que primero se piden los bienes celestiales y después los terrenos.

La oración debe ser devota, porque la suavidad de la oración hace que el sacrificio de ésta sea acepto a Dios. *En tu nombre alzaré mis manos; como de grosura y de gordura sea rellenada mi alma.* (*Psal.*, LXII, 5.) Mas la devoción se debilita muchas veces a causa de la prolijidad de la oración; por eso el Señor enseñó a evitar la prolijidad superflua de la oración en estas palabras: *Cuando orareis, no habléis mucho.* (*Matth.*, VI, 7.) Y San Agustín dice: "Lejos de la oración el mucho hablar, pero que no falte el llamamiento múltiple, si persevera la intención ferviente. Por eso el Señor instituyó esta breve oración. La devoción es resultante de la caridad, que es el amor de Dios y del prójimo, en el que se inspira esta oración; porque para indicar el amor divino, llamamos Padre a Dios; para señalar el del prójimo, oramos comúnmente por todos diciendo: *Padre nuestro, y perdónanos nuestras deudas;* a lo cual nos incita el amor del prójimo."

La oración debe ser también humilde, como se dice en el Salmo: *Miró a la oración de los humildes* (*Psalm.* CI, 18); y en San Lucas con ocasión del fariseo y del publicano (*Luc.*, XVIII, 10 y sgtes.); y también en Judit: *Siempre te agradó la oración de los humildes y de los mansos* (IX, 16). Esa humildad tiene su lugar en esta oración; porque existe verdadera humildad cuando uno no presume en nada de sus fuerzas, sino que todo espera alcanzarlo de la virtud divina.

(*In Orat. Dominic.*)

Miércoles de Rogativas

POR QUÉ LAS ORACIONES NO SON ESCUCHADAS ALGUNAS VECES

Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré. (*Joan.*, XIV, 13.)

¿Qué es lo que dice el Señor: *Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré,* siendo así que vemos a muchos fieles pedir y no recibir? Según San Agustín, debe considerarse lo que aquí dice primero: *en mi nombre,* y lo que añade después; *yo lo haré.* El nombre de Cristo es nombre de salvación, como se dice en San Mateo: *Llamarás su nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de los pecados de ellos* (I, 21). Luego el que pide alguna cosa que pertenece a la salvación, pide en nombre de Cristo. Mas acontece que uno pide cosas extrañas a su salvación, de dos maneras:

1º) Por mala disposición; por ejemplo, cuando pide algo a que tiene inclinación, lo cual impediría la salvación, si lo poseyera. Por lo tanto, quien así pide, no es escuchado, pues pide malamente, como dice Santiago: *Pedís y no recibís; y esto es porque pedís mal.* (*Jac.*, IV, 3.) Porque cuando alguno, por un afecto desordenado, va a usar mal de lo que quiere recibir, no lo recibe, por la misericordia del Señor, que no le escucha según su deseo, sino que obra para su bien, pues el Señor de bondad niega muchas veces lo que pedimos, para concedernos lo que deberíamos preferir.

2º) Por ignorancia, cuando uno pide alguna vez lo que cree convenirle y, sin embargo, no le

conviene. Pero Dios, mirando mejor por ellos, no hace lo que le piden. Así San Pablo, que había trabajado más que los otros, pidió tres veces al Señor que apartase de él el aguijón de la carne, y, sin embargo, no obtuvo lo que pidió, porque no le convenía, como puede verse en la II Epístola a los de Corinto (XII, 7). Y en la carta a los Romanos dice: *No sabemos lo que hemos de pedir como conviene; mas el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inexplicables* (VIII, 26). Y el mismo Señor dice en San Mateo, XX, 22: *No sabéis lo que pedís.*

Es evidente, pues, que cuando pedimos en su nombre, es decir en nombre de Jesucristo, él lo hará. Pero dice: *yo lo haré* en futuro; mas no dice: *lo hago,* en presente, porque a veces difiere hacer lo que pedimos, para acrecentar nuestro deseo, y hacerlo en tiempo oportuno: *Os daré lluvias a sus tiempos.* (*Lev.*, XXVI, 3.)

A veces ocurre también que pedimos para otro, en favor del cual tal vez no somos escuchados, porque son un obstáculo sus méritos: *Así, pues, tú no ruegues por este pueblo . . . porque no te escucharé* (*Jer.*, VII, 16); y más adelante dice el Señor: *Aunque Moisés y Samuel se me pusiesen delante, no es mi alma para con este pueblo.* (*Jer.*, XV, 1.)

(*In Joan.*, XIV.)

Fiesta de la Ascensión

ASCENSIÓN DE CRISTO

I. La Ascensión de Cristo fué sublime, porque subió a los cielos.

1º) Sobre todos los cielos corpóreos, como dice el Apóstol: *Ese mismo es el que subió sobre todos los cielos.* (*Eph.*, IV, 10.)

Y esto por vez primera comienza en Cristo. Porque anteriormente el cuerpo terreno sólo estaba en la tierra, a tal punto que el mismo Adán fué colocado también en el paraíso terrenal.

2º) Subió sobre todos los cielos espirituales, esto es, las naturalezas espirituales: *Y colocándolo a su derecha en los cielos, sobre todo principado y potestad, y virtud, y dominación, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, mas aun en el venidero. Y todas las cosas sometió bajo los pies de él.* (*Eph.*, I, 20-23.)

3º) Subió hasta el trono del Padre. *Fué recibido arriba en el cielo, y está sentado a la diestra de Dios.* (*Marc.*, XV, 19.) Lo cual ha de entenderse metafóricamente, porque, como Dios, se dice que está sentado a la diestra del Padre, es decir, en igualdad con el Padre, en cuanto a los mejores bienes. El diablo ambicionó también esto, como se lee en Isaías: *Subiré al cielo* (XIV, 13). Pero no llegó sino Cristo.

II. La ascensión de Cristo fué razonable, porque tiene por término los cielos.

1º) Porque el cielo le era debido a Cristo por su naturaleza; pues es natural que cada cual regrese al punto de su origen. El principio del ori-

gen de Cristo es Dios, que está sobre todas las cosas. Y aun cuando también los santos suben al cielo, no suben como Cristo, pues Cristo subió por su virtud, y los santos son llevados por Cristo. También puede decirse que ninguno sube a los cielos sino Cristo, porque los santos no suben sino en cuanto son miembros de Cristo, que es cabeza de la Iglesia.

2º) El cielo era debido a Cristo también por su victoria; puesto que Cristo fué enviado al mundo para pelear contra el diablo y lo venció, y por eso mereció ser exaltado sobre todas las cosas.

3º) Por su humildad. Porque ninguna humildad es tan grande como la humildad de Cristo, que, siendo Dios, quiso hacerse hombre, y siendo Señor, quiso tomar forma de siervo, *hecho obediente hasta la muerte* (*Phil.*, II, 8), y descendió hasta el infierno. Por ello mereció ser elevado hasta el cielo, hasta el trono de Dios; ya que la humildad es el camino para la exaltación.

III. La ascensión de Cristo fué útil para tres cosas.

1º) Para conducirnos allá. Precisamente subió para conducirnos; pues no sabíamos el camino y él nos lo mostró; y para darnos seguridad de la posesión del reino celestial.

2º) Para nuestra seguridad; pues él subió para rogar por nosotros.

3º) Para atraer a sí nuestros corazones: *En donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.* (*Matth.*, VI, 21.) Para que despreciemos las cosas temporales. *Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sen-*

tado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. (*Colos.*, III, 1, 2.)
(*In Symb.*)

Viernes de la infraoctava de la Ascensión.

UTILIDADES DE LA ASCENSIÓN DE CRISTO

Aunque la presencia corporal de Cristo fué arrebatada a los fieles por la ascensión, sin embargo la presencia de su divinidad siempre permanece en ellos, según lo que él mismo dice: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.* (*Matth.*, XXVIII, 20.) Pues, como dice el papa San León, "el que sube a los cielos, no dejó abandonados a los que adoptó" [82]. Por el contrario, la misma ascensión de Cristo al cielo, que nos privó de su presencia corporal, nos fué más útil que lo hubiera sido su presencia corporal:

1º) A causa del aumento de la fe, que tiene por objeto lo que no se ve. Por eso, el mismo Señor dice a sus discípulos que el Espíritu Santo, cuando él viniere argüirá al mundo de justicia (*Joan.*, XVI, 8), es decir, de los que creen, como dice San Agustín: "Pues la misma comparación es la vituperación de los infieles" [83]; por lo cual añade: "Porque voy al Padre, y ya no me veréis. Bienaventurados los que no ven, y creen. Luego será vuestra justicia de la que se argüirá al mundo, porque creéis en mí sin verme."

2º) Para excitar la esperanza; por lo que dice él mismo: *Si me fuere, y os aparejare lugar, ven-*

[82] *Serm.* 2, *De Resurrect.*, cap. 3.
[83] *Super. Joan.*, *tract.* 95.

dré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que en donde yo estoy, estéis también vosotros (*Joan.*, XIV, 3); pues lo mismo que Cristo colocó en el cielo la naturaleza humana que tomó, nos dió la esperanza de llegar allá; ya que *doquiera que estuviere el cuerpo, allí también se congregarán las águilas.* (*Luc.*, XVII, 37.) *Subirá delante de ellos el que les abrirá el camino.* (*Mich.*, II, 13.)

3º) Para excitar el amor de la caridad hacia las cosas del cielo. Por lo cual dice el Apóstol: *Buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra.* (*Colos.*, III, 1.) Y: *En donde está tu tesoro, allí también tu corazón.* (*Matth.*, VI, 21.) Como el Espíritu Santo es el amor que nos lleva a las cosas celestiales, por eso dice el Señor a los discípulos: *Conviene a vosotros que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré.* (*Joan.*, XVI, 7.) Lo cual San Agustín explica en estas palabras: "No podéis recibir el Espíritu mientras persistís en conocer a Cristo según la carne [84]. Pero al descender Cristo corporalmente, no solamente el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo estuvieron presentes en ellos espiritualmente". (*Tract. XCIV, super Joan.*)

(3ª part., *q*. LVII, *a*. I *ad* 3um.)

[84] Alude a aquello del Apóstol: *Si conocimos a Cristo según la carne, mas ahora ya no le conocemos.* (*Cor.*, V, 16.)

Sábado de la infraoctava de la Ascensión

LA ASCENSIÓN DE CRISTO ES CAUSA DE NUESTRA SALVACIÓN

Conviene a vosotros que yo me vaya. (*Joan.*, XVI, 7.)

La ascensión de Cristo es causa de nuestra salvación de dos modos, por parte nuestra y por parte de él.

I. Por parte nuestra, en cuanto que por la ascensión de Cristo nuestro espíritu se mueve hacia él, pues por ella se da lugar a la fe, a la esperanza y a la caridad, y además se acrecienta con ello nuestra reverencia hacia él, dado que no lo consideramos ya como un hombre terreno, sino como Dios celestial; según dice también el Apóstol: *Si conocimos a Cristo según la carne* (II *Cor.*, V, 16), es decir, mortal, por lo que le juzgamos sólo como hombre, *mas ya ahora no le conocemos.*

II. Por parte suya, en cuanto a las cosas que él hizo, ascendiendo para nuestra salvación:

1º) Nos preparó, efectivamente, el camino para subir al cielo, como él mismo dice: *Voy a aparejaros el lugar* (*Joan.*, XIV, 2). Y en Miqueas se lee: *Subirá delante de ellos el que les abrirá el camino* (II, 13). Pues siendo él nuestra cabeza, es necesario que los miembros sigan allí hacia donde fué la cabeza. Por eso se dice: *Para que en donde yo estoy, estéis también vosotros.* (*Joan.*, XIV, 3.) Y en prueba de ello, llevó al cielo las almas de los santos que había sacado del infierno,

según aquello: *Cuando él* (Cristo) *subió a lo alto; llevó cautiva la cautividad*[85] (*Eph.*, IV, 8), esto es, porque condujo consigo al cielo, como a lugar extraño a la naturaleza humana, a los que habían sido retenidos cautivos por el diablo, habiéndolos conquistado de la manera más gloriosa por la victoria que reportó sobre el enemigo.

2º) Porque así como el pontífice en el Antiguo Testamento entraba en el santuario para pedir a Dios por el pueblo, así también Cristo entró en el cielo *para interceder por nosotros.* (*Hebr.*, VII, 25.) Pues su misma presentación de la naturaleza humana que llevó consigo al cielo, es ya una intercesión por nosotros; pues por lo mismo que Dios exaltó de ese modo la naturaleza humana en Cristo, también se compadecería de aquéllos por los que el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana.

3º) A fin de que, constituído como Dios y Señor sobre su trono celestial, derramase desde allí sobre los hombres los dones divinos, según aquello del Apóstol: *Subió sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas* (*Eph.*, IV, 10), esto es, con sus dones.

La pasión de Cristo es causa de nuestra ascensión al cielo, propiamente hablando, por la remoción del pecado, que nos impide ir allí, y por modo de mérito; pero la ascensión de Cristo es directamente la causa de nuestra ascensión, como incoada en nuestra cabeza, a la que es necesario que se unan los demás miembros.

Cristo, al subir una vez al cielo, adquirió perpetuamente para sí y para nosotros el derecho y la dignidad de la mansión celestial; dignidad

[85] El Apóstol cita esas palabras del Salmo LXVII, 17.

que, sin embargo, no deroga, si por alguna disposición desciende Cristo alguna vez corporalmente a la tierra, ya para manifestarse a todos, como en el juicio, ya para manifestarse especialmente a alguno, como a San Pablo.

(3ª, *q.* LVII, *a.* 6.)

Domingo de la infraoctava de la Ascensión

LA VIDA EN EL CIELO

Nuestra morada está en los cielos. (*Philip.*, III, 20.)

El apóstol nos enseña en estas palabras que la vida de los justos está en los cielos; y por eso, si queremos ser semejantes a ellos, no debemos vivir en las miserias de esta vida sino en los cielos.

I. Los santos moran en los cielos por tres razones:

1º) Por la seguridad, pues quien vive en el cielo está al abrigo de los peligros de esta miserable vida.

2º) Por la alegría. El que morará en el cielo, tendrá como un continuo gozo y alegría. *Ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo.* (*Sap.*, VIII, 16.)

3º) Por las cosas transitorias de este mundo. Los santos saben que todo este mundo pasará presto. *Vendrá, pues, como ladrón el día del Señor; en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu, y los elementos con el calor serán deshechos, y la tierra y todas las obras que hay en ella serán abrasadas. Pues como todas las cosas hayan de ser deshechas, ¿cuáles os conviene ser en*

santidad de vida y de piedad, esperando y apresurándoos para la venida del día del Señor, en el cual los cielos, ardiendo, serán deshechos, y los elementos se fundirán con el ardor del fuego? Pero esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los que mora la justicia. (II *Petr.*, III, 10-13.)

II. Los santos viven en el cielo de tres modos:

1º) Por el pensamiento continuo en los bienes del cielo.

2º) Por un deseo ininterrumpido. En la liturgia se dice de estas dos cosas: Este santo, digno de vivir en el recuerdo de los hombres, ha pasado al goce de los ángeles; porque, mientras vivió corporalmente en esta peregrinación de aquí abajo, moró en aquella patria celestial con el pensamiento y el deseo.

3º) Viviendo conforme a las costumbres del cielo. La vida de los santos es semejante a la vida de los Ángeles en tres cosas: en la pureza, en la sencillez sin dolo, en la caridad. Estas tres cosas se dan sobre todo en los Ángeles: la simplicidad en su esencia, la pureza en su naturaleza, la caridad en la gracia. También en estas tres cosas consiste la vida de los santos.

(*Serm.* CXXXVI.)

Lunes de la infraoctava de la Ascensión

EL PADRE CELESTIAL

Padre nuestro, que estás en los cielos. (*Matth.*, VI, 9.)

Entre las cosas necesarias al que ora, tiene gran

valor la confianza. Por eso, al enseñarnos a orar el Señor, comienza por aquellas palabras que engendran en nosotros la confianza, esto es, la bondad de Padre; por eso dice: *Padre nuestro;* y la grandeza de su poder; por eso dice: *que estás en los cielos.* Las palabras *en los cielos* pueden referirse a tres cosas:

1º) A la preparación del que ora. *Antes de la oración prepara tu alma* (*Eccli.*, XVIII, 23) de modo que se oiga *en los cielos,* esto es, en la gloria celestial. *Vuestro galardón muy grande es en los cielos.* (*Matth.*, V, 12.)

Esta preparación debe hacerse:

Por la imitación de las cosas celestiales; pues el hijo debe imitar al padre. *Así como trajimos la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial.* (I *Cor.*, XV, 49.)

Por la contemplación de las cosas celestiales, pues suelen los hombres dirigir con mayor frecuencia el pensamiento adonde tienen al padre y las demás cosas que aman. *En donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.* (*Matth.*, VI, 21.). Por eso decía el Apóstol: *Nuestra morada está en los cielos.* (*Philip.*, III, 20.)

Por el deseo de las cosas celestiales de modo que no busquemos del que está en los cielos más que las cosas celestiales, según aquello de la Epístola a los Colosenses (III, 1): *Buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo.*

2º) A la facilidad del que escucha, porque está cerca de nosotros; de modo que las palabras *que estás en los cielos* se entiendan en los santos, en los cuales habita Dios. *Tú, Señor, entre nosotros estás.* (*Jer.*, XIV, 9.) Pues los santos se llaman cielos, según el profeta David: *Los cielos declaran la gloria de Dios* (XVIII, 2). Mas Dios habita en

los santos por la fe, como se dice a los efesios: *Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones* (III, 17). También por el amor: *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él.* (I *Joan.*, IV, 16.) Por el cumplimiento de los mandamientos. *Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él.* (*Joan.*, XIV, 23.)

3º) A la eficacia del que escucha, de modo que por los cielos entendamos los cielos corpóreos. No porque Dios esté contenido en los cielos corpóreos, sino para significar que Dios es penetrante en el examen, pues ve desde lo alto; y además es sublime en el poder, y estable en la eternidad.

(In Oration. Dominic.)

Martes de la infraoctava de la Ascensión

LA CONFIANZA EN EL PADRE CELESTIAL

Por las palabras del Padre nuestro: *que estás en los cielos,* se nos anima a orar con confianza por tres motivos: el poder de aquel a quien pedimos, la familiaridad con nosotros y la oportunidad de nuestra oración.

I. El poder de aquel a quien pedimos está indicado, si entendemos por los cielos los cielos corpóreos. Y aun cuando Dios no esté circunscrito por lugares corpóreos, como está escrito: *¿acaso no lleno yo el cielo y la tierra?* (*Jer.*, XXIII, 24), sin embargo, se dice que está en los cielos corpóreos para indicar dos cosas: la virtud de su poder, y la sublimidad de su naturaleza. Lo primero va contra los que dicen que todas las

cosas provienen necesariamente del destino de los cuerpos celestes, y, según esta opinión, es inútil pedir algo a Dios por medio de la oración. Pero esto es una necedad, pues se dice que Dios está en los cielos como Señor de los cielos y de las estrellas. Lo segundo va contra los que en la oración se forjan de Dios imágenes corporales y fantásticas. Pero se dice *en los cielos,* para significar, por lo que hay de más elevado en las cosas sensibles, que la sublimidad divina excede a todas las cosas, aun al deseo y al entendimiento del hombre; por lo tanto, todo cuanto puede pensarse o desearse es menor que Dios. Por eso se dice en Job: *Ciertamente Dios es grande, que sobrepuja nuestro saber* (XXXVI, 26).

II. La familiaridad de Dios con nosotros está indicada, si por los cielos entendemos los santos. Pues algunos dijeron que Dios, por razón de su elevación, no se ocupaba de las cosas humanas, según aquello de Job: *Las nubes son su escondrijo, ni repara en nuestras cosas, y se pasea por los polos del cielo* (XXII, 14); y contra éstos conviene decir y demostrar que él nos es más íntimo que nuestro íntimo mismo. Y esto da confianza a los que oran, por dos motivos:

1º) Por la proximidad de Dios, según aquello del salmo CXLIV, 18: *Cerca está el Señor de todos los que le invocan.* Y San Mateo: *Mas tú cuando orares entra en tu aposento,* es decir, en el aposento de tu corazón.

2º) Por el patrocinio de los demás santos, en los cuales habita Dios; y éste es otro motivo de confianza para alcanzar lo que queremos por sus méritos.

III. La oportunidad o conveniencia de la oración se manifiesta si por los cielos se entienden los bienes espirituales y eternos, que constituyen la bienaventuranza. Y esto por dos motivos:

1º) Porque con ello se excita nuestro deseo hacia las cosas celestiales, ya que nuestro deseo debe dirigirse hacia donde tenemos un padre, pues allí está nuestra herencia. *Buscad las cosas que son de arriba.* (*Colos.*, III, 1.) *Para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros.* (I *Petr.*, I, 4.)

2º) Porque con ello se nos advierte que debemos llevar una vida celestial, que nos hace semejantes al Padre celestial, según aquello del Apóstol: *Cual el celestial, tales también los celestiales.* (I *Cor.*, XV, 48.)

Estas dos cosas, el deseo celestial y la vida celestial, hacen aptos para pedir; y así nuestra oración se hace convenientemente.

(In oration. Dominic.)

Miércoles de la infraoctava de la Ascensión

LA FUENTE DE TODO CONSUELO

Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación. (II. *Cor.*, I, 3.)

I. Nosotros bendecimos a Dios, y Dios nos bendice a nosotros, pero de distinta manera. Para Dios, decir es hacer, como dice la Escritura: *Él dijo, y fueron hechas las cosas.* (*Psal.*, XXXII, 9.) Para Dios, bendecir es hacer el bien y derramar

el bien. Mas nuestro decir no es causal, reconoce solamente, expresa lo que existe. Para nosotros bendecir es lo mismo que reconocer el bien. Luego, cuando damos gracias a Dios, lo bendecimos, esto es, lo reconocemos como bueno y dador de todos los bienes.

Por consiguiente, el Apóstol rectamente da gracias al Padre, porque es misericordioso y consolador.

Los hombres necesitan sobre todo dos cosas:

1º) Que se le quiten los males, y esto lo hace la misericordia, que quita la miseria. El compadecerse es propio del Padre.

2º) Ser sostenido en los males que les sobrevienen, y esto se llama propiamente consolar, pues si el hombre no tuviese algo en que descansar su corazón, cuando le sobrevienen los males, no subsistiría. Entonces, alguien consuela a otro, cuando le lleva algún refrigerio con el que se alivia de los males. Y aun cuando en algunos males puede el hombre ser consolado, descansar y ser fortalecido, sin embargo, sólo Dios es el que nos consuela en todos los males. Por eso dice: *Dios de toda consolación*, porque si pecas, te consuela Dios, pues es misericordioso. Si eres afligido, él te consuela, o sacándote de la aflicción con su poder, o juzgando con justicia. Si trabajas, te consuela recompensándote: *Yo soy tu galardón*. (*Gen.*, XV, 1.) Por eso se dice: *Bienaventurados los que lloran* (*Matth.*, V, 5).

II. *Para que podamos también consolar a los que están en toda angustia.* (II *Cor.*, I, 4.)

Existe un orden en los dones divinos. Pues Dios da a algunos dones especiales, para que éstos, a su vez, los derramen para utilidad de los demás;

así no da la luz al sol para que se alumbre a sí mismo, sino a todo el mundo; por eso quiere que recaiga sobre los otros alguna utilidad de todos nuestros bienes, ya sean riquezas, poder, ciencia, sabiduría. Y así dice el Apóstol: *El cual nos consuela en toda nuestra tribulación*; pero ¿para qué? No únicamente para nuestro bien personal, sino para que ello aproveche a los demás. Por eso dice: *para que podamos también consolar.*

Podemos consolar a otro por el ejemplo de nuestra consolación; pues quien no ha experimentado consuelo, no sabe consolar. *El espíritu del Señor sobre mí... para consolar a todos los que lloran.* (*Is.*, LXI, 1, 2.)

Podemos consolar exhortando a la paciencia en los padecimientos, prometiendo premios eternos. Y de este modo nuestro consuelo se convierte en el consuelo de los otros.

(*In* II *Cor.*, I, 3.)

Jueves, octava de la Ascensión

PREPARACIÓN PARA RECIBIR AL ESPÍRITU SANTO

Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador. (*Joan.*, XIV, 15, 16.)

I. Los discípulos tenían necesidad de una doble preparación: el amor del corazón y la obediencia en la acción. El Señor supone que ellos tenían una de las dos y por eso dice: *Si me amáis*, y esto se ve en que os entristecéis por mi partida. Pero les ordena otra cosa futura, diciendo: *Guardad mis mandamientos*, como si dijese:

No mostréis el amor que me tenéis con lloros, sino con la obediencia a mis mandamientos, pues ésta es la señal evidente del amor. Esas dos cosas preparan al recibimiento del Espíritu Santo. Ya que, siendo el Espíritu Santo amor, no se da sino a los que aman. *Yo amo a los que me aman.* (*Prov.*, VIII, 17.) También se da a los obedientes: *Sobre quien descansa mi Espíritu*, etc. (*Is.*, XI, 2.)

II. Mas ¿por ventura la obediencia y el amor preparan? Parece que no, porque el amor con que amamos a Dios nos viene por el Espíritu Santo, así como también la obediencia nos viene del Espíritu Santo.

Mas conviene saber que en los dones de Dios quien usa bien de un don que le fué concedido, merece recibir un don nuevo y una gracia más grande; y quien usa mal, será privado de eso mismo que recibió. Al siervo perezoso se le quitó el talento que había recibido de su señor, porque no usó bien de él, y fué dado al que había recibido cinco. Lo mismo ocurre con los dones del Espíritu Santo.

Nadie puede amar a Dios, si no es por el Espíritu Santo. No somos nosotros los que prevenimos la gracia de Dios, es ella la que nos previene a nosotros. Por eso debe decirse que los Apóstoles recibieron efectivamente en primer lugar al Espíritu Santo para que amasen a Dios y obedeciesen a sus mandatos. Pero era necesario además que recibiesen más ampliamente al Espíritu Santo, para usar bien del don del Espíritu Santo anteriormente recibido, amando y obedeciendo. En este sentido debe leerse: *Si me amáis*, por el Espíritu que tenéis, y obedecéis mis mandatos, reci-

biréis más plenamente al Espíritu Santo, que ya poseéis.

(*In Joan.*, XIV.)

Viernes después de la octava de la Ascensión

EL ESPÍRITU SANTO NO SE DA AL MUNDO

A quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce. (*Joan.*, XIV, 17.)

I. El Señor llama aquí mundo a los amadores del mundo. Éstos, mientras aman al mundo, no pueden recibir al Espíritu Santo, que es amor de Dios. Nadie puede amar a Dios y al mundo con un amor que les considere como un fin, como dice San Juan: *Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en él.* (I *Joan.*, II, 15.) Pues dice San Gregorio: "El Espíritu Santo inflama todo lo que llena en el deseo de las cosas invisibles." Y porque los corazones mundanos solamente aman las cosas visibles, el mundo no recibe a aquél, pues no se mueve a amar lo invisible. Ciertamente, cuanto más se dilatan hacia afuera los corazones mundanos en sus deseos, más se estrechan para recibir al Espíritu Santo.

II. Cristo da la razón por la cual el Espíritu Santo no se da al mundo, cuando dice: *Porque ni lo ve, ni lo conoce.* Pues los dones espirituales no se dan si no son deseados. La divina sabiduría *toma la delantera a los que la codician.* (*Sap.*, VI, 14.) Pero los dones no son deseados si no son conocidos de algún modo.

No son conocidos por dos motivos: en primer

lugar, porque el hombre no se aplica a conocerlos; en segundo lugar, porque uno es incapaz de ese conocimiento. Los mundanos no poseen ninguna de estas dos cosas.

Primero, porque no tienen voluntad para desearlos. Y en cuanto a esto, dice: *Porque no lo ve,* es decir, no dirige su intención a conocerlo. *Resolvieron fijar en tierra sus ojos.* (*Psal.*, XVI, 11.)

Segundo, tampoco pueden conocerlos. Por eso agrega: *Ni lo conoce.* Pues, como dice San Agustín, el amor mundano no posee ojos invisibles, por los cuales el Espíritu Santo no puede ser visto sino invisiblemente. *El hombre animal no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios.* (I *Cor.*, II, 14.) Así como la lengua infectada no siente el buen sabor a causa de la corrupción del humor, del mismo modo el alma infectada por la corrupción del mundo, no gusta la dulzura de las cosas celestiales.

III. *Mas vosotros lo conoceréis, porque morará en vosotros, y estará en vosotros.* (*Joan.*, XIV, 17.) Aquí enseña a quiénes se da el Espíritu Santo, es decir, a los fieles. De ahí estas palabras: *Mas vosotros,* que sois movidos por el Espíritu Santo, *lo conoceréis.* El Apóstol dice a los Corintios: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios.* (I *Cor.*, II, 12.) Y esto, porque despreciáis al mundo: *No atendiendo nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven.* (II *Cor.*, IV, 18.)

La razón es: *porque permanecerá en vosotros.* Donde advierte primero la familiaridad del Espíritu Santo para con los apóstoles, *porque permanecerá en vosotros,* esto es, para vuestra utili-

dad; y segundo, una permanencia íntima del mismo Espíritu, porque *estará en vosotros*, esto es, en lo íntimo de nuestro corazón.

(*In Joan.*, XVI.)

Sábado, Víspera de Pentecostés

DIVERSAS OPERACIONES DEL ESPÍRITU SANTO

Y el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas. (*Joan*, XIV, 26.)

Aquí se advierten tres cosas.

I. Hay una descripción del mismo Espíritu Santo, pues es llamado Consolador, Espíritu y Santo. Es Consolador, porque nos consuela en las tristezas que proceden de las perturbaciones de este mundo. Y esto lo hace en cuanto es amor, que nos lleva a amar a Dios y nos da idea de su grandeza, lo cual nos mueve a padecer con alegría las afrentas, como se lee en los Hechos de los Apóstoles: *Pero ellos salieron gozosos de delante del concilio, porque habían sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús.* (*Act.*, V, 41.) Porque, siendo el Espíritu Santo amor de Dios, nos hace despreciar las cosas terrenas y unirnos a Dios, por lo cual excluye de nosotros el dolor y la tristeza, y nos da la alegría de las cosas divinas. Nos consuela además de las tristezas de los pecados pasados; y esto lo hace en cuanto nos da la esperanza de perdón.

Es Espíritu, porque mueve los corazones a obedecer a Dios. Y porque este vocablo Espíritu envuelve cierta idea de impulsión, pues todo mo-

vimiento produce un efecto conforme a su principio, como la calefacción da calor, se deduce que el Espíritu Santo hace semejantes a aquél de quien es Espíritu, a aquéllos a quienes es enviado, y por lo tanto, siendo *Espíritu de la Verdad, enseña toda verdad.* Y como es el Espíritu del Hijo, hace hijos.

Es Santo, porque nos consagra a Dios; todas las cosas consagradas se llaman santas.

II. Se describe su misión: *Que enviará el Padre en mi nombre.* Se dice que el Espíritu Santo es enviado, no porque cambie de lugar, puesto que él llena todo el orbe, sino en el sentido de que comienza a habitar por la gracia de un modo nuevo en aquéllos a los que hace templo de Dios. *Enviará el Padre en mi nombre,* porque el Espíritu Santo es enviado por el Padre y el Hijo, como se expresa en el Apocalipsis: *Me mostró un río de agua de vida* (*Apoc.*, XXII, 1), esto es, al Espíritu Santo, *que salía del trono de Dios y del Cordero.* Por eso, al hablar de la misión del Espíritu Santo, se hace mención del Padre y del Hijo, por los que es enviado con igual e idéntico poder.

III. Se describe su efecto: *Él os enseñará todas las cosas.* Porque así como el efecto de la misión del Hijo fué llevarnos al Padre, así el efecto de la misión del Espíritu Santo es conducir a los fieles hacia el Hijo. Siendo el Hijo la Sabiduría engendrada, es la misma Verdad. Por eso el efecto de tal misión es hacer a los hombres participantes de la divina sabiduría y conocedores de la verdad. El Hijo nos entrega la doctrina, puesto que es el Verbo; mas el Espíritu Santo nos hace capa-

ces de esa doctrina; pues dice: *Él os enseñará todas las cosas*, porque cualquiera que sea la enseñanza exterior del hombre, si el Espíritu Santo no le da interiormente inteligencia, se trabaja en vano, ya que si el Espíritu Santo no está presente en el corazón del que escucha, será letra muerta el discurso del que enseña, y a tal punto que aun hablando el mismo Hijo por el órgano de su humanidad, no puede nada sin la asistencia del Espíritu Santo.

(*In Joan.*, XIV, 26.)

TIEMPO DE PENTECOSTÉS

Fiesta de Pentecostés

EL DON DE DIOS ALTÍSIMO

I. Compete a una persona divina ser don y darse. Pues lo que se dona tiene aptitud y habitud, ya respecto de aquél por quien se da, ya de aquél a quien se da; toda vez que no sería dado por alguno si no fuera de él y además se da a uno para que sea de éste. Ahora bien, una persona divina se dice ser de alguien, o por razón de origen, como el Hijo es del Padre, o porque alguno la tiene. Tener decimos al disponer libremente y usar o disfrutar de algo a nuestro arbitrio. De este modo sólo la criatura racional unida a Dios puede tener una persona divina; las demás criaturas pueden ser movidas por una persona divina mas no hay en ellas aptitud para gozar de su posesión y usar de su efecto. La criatura racional llega alguna vez a ello, como cuando participa del Verbo divino y del Amor procedente, y hasta poder libremente conocer de verdad a Dios y amarlo como se debe.

Luego, sola la criatura racional puede poseer a una persona divina. Pero no puede llegar a poseerla de este modo por su propia virtud. Luego es necesario que esto le sea dado de lo alto. Pues se dice que se nos da lo que poseemos de

afuera. En este sentido compete a una persona divina darse y ser don.

(1ª par., *q.* XXXVIII, *a.* 1.)

II. El Espíritu Santo es un don de Dios. Pues como el Espíritu Santo procede por el modo de amor con que Dios se ama a sí mismo, y como Dios por el mismo amor se ama a sí mismo, y a las otras criaturas a causa de su misma bondad, es evidente que el amor con que Dios nos ama corresponde al Espíritu Santo, como también el amor con que amamos a Dios, dado que nos hace amadores de Dios.

En cuanto a ambos amores conviene al Espíritu Santo el ser dado.

1º Por razón del amor con que Dios nos ama, de la misma manera que decimos de alguien que da su amor a otro cuando empieza a amarle. Aunque Dios no comienza a amar a nadie en el tiempo si tenemos en cuenta su divina voluntad con la cual nos ama, sin embargo el efecto de su amor se produce en alguno en el tiempo, cuando lo atrae a sí.

2º Por razón del amor con que nosotros amamos a Dios, pues este amor el Espíritu Santo lo obra en nosotros; de donde se sigue que por lo que a este amor se refiere él habita en nosotros y nosotros lo tenemos a él como a alguien de cuya riqueza gozamos.

Y puesto que proviene al Espíritu Santo del Padre y del Hijo el que por el amor que obra en nosotros esté en nosotros y sea poseído por nosotros, dícese con razón que nos es dado por el Padre y por el Hijo. Dícese también que él mismo se nos da a nosotros en cuanto que el amor

por el cual habita en nosotros él lo obra en nosotros juntamente con el Padre y el Hijo.

(*Contra Gent.*, IV, XXIII.)

III. El nombre propio del Espíritu Santo es don. Entiéndese por don aquello que se da para no ser devuelto, es decir, lo que no se da con idea de retribución. De aquí que envuelve la idea de donación gratuita, cuya razón de ser es el amor. Pues cuando damos algo gratuitamente a otro es porque le deseamos algún bien. Luego, lo primero que le damos es el amor con que le deseamos algún bien. De donde se sigue que el amor tiene carácter de primer don, por el cual son dados todos los dones gratuitos. Si, pues, el Espíritu Santo procede como amor, síguese que procede como primer don. Por consiguiente, por este don que es el Espíritu Santo los miembros de Cristo reciben muchos otros dones.

(1ª *q*. XXXVIII, *c*. II.)

Lunes de la infraoctava de Pentecostés

CÓMO NOS MUEVE EL ESPÍRITU SANTO HACIA DIOS

I. Cosa muy propia de la amistad es, sin duda, conversar con el amigo. Ahora bien, la conversación del hombre con Dios tiene lugar por medio de la contemplación, como decía el Apóstol: *Nuestra conversación está en los cielos*. Si, pues, el Espíritu Santo nos hace amadores de Dios, síguese que a él también debemos el llegar a ser contempladores de Dios, como leemos en la segunda carta a los Corintios, III, 18: *Así todos nosotros, registrando a cara descubierta la gloria*

del Señor, somos transformados de claridad en claridad en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor. (II *Cor.*, III, 18.)

II. Es también propio de la amistad sentirse feliz en presencia del amigo, alegrarse de sus dichos y hechos, y encontrar en él consuelo en todas las aflicciones; por eso en las tristezas buscamos principalmente el consuelo en los amigos. Y como quiera que el Espíritu Santo nos constituye amigos de Dios, y hace que él habite en nosotros y nosotros en él, síguese que recibamos de Dios, por el Espíritu Santo, gozo y consuelo contra todas las adversidades y pruebas del mundo. Por eso el Espíritu Santo es llamado por el Señor Paráclito, esto es, Consolador.

III. Igualmente es propio de la amistad consentir en los deseos del amigo; mas la voluntad de Dios se nos manifiesta por medio de sus preceptos; corresponde, por tanto, al amor con que amamos a Dios cumplir sus mandatos. Y como el Espíritu Santo es quien nos hace amar a Dios, por él también en cierto modo somos movidos a cumplir los preceptos de Dios.

IV. Notemos, sin embargo, que los hijos de Dios son movidos por el Espíritu Santo, no como siervos, sino como libres. Porque siendo libre el que es causa de sí mismo, ejecutamos libremente lo que hacemos por nosotros mismos, esto es, lo que hacemos voluntariamente; y lo que hacemos contra nuestra voluntad no lo hacemos libremente sino servilmente. Mas el Espíritu Santo nos inclina a obrar de tal modo, que lo hacemos libremente, por lo mismo que nos hace amar a Dios. Así, pues, los hijos de Dios son movidos

libremente por el Espíritu Santo a obrar por amor y no servilmente por el temor. Por eso dice el Apóstol: *No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos.* (*Rom.*, VIII, 15.)

(*Contra Gentiles,* lib. 4, cap. 22.)

Martes de la infraoctava de Pentecostés

PROPIEDADES DEL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu donde quiere sopla; y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquél que es nacido de Espíritu. (*Joan.*, III, 8.)

I. Cuatro cosas se indican aquí acerca del Espíritu Santo:

1º) Su poder: *El espíritu donde quiere sopla.* Al libre albedrío de su potestad inspira donde quiere y cuando quiere, ilustrando los corazones. Si fuese ministro del Padre y del Hijo, no soplaría donde quisiese, sino donde le fuere ordenado.

2º) La manifestación del Espíritu Santo (cuando se dice: *Y oyes su voz*). Hay dos voces del Espíritu Santo: una que habla interiormente en el corazón del hombre, como dice el Profeta: *Oiré lo que el Señor Dios me hable.* (*Psal.*, LXXXIV, 9.) Otra con la que habla el Espíritu Santo en la Escritura, o por medio de los predicadores, según lo que se dice en San Mateo: *No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros* (X, 20). Esta voz la escuchan también los infieles y pecadores.

3º) Su origen, que es oculto: *No sabes de dónde viene,* aun cuando oyes su voz, y esto, porque viene del Padre y del Hijo. Mas el Padre y el Hijo habitan en una luz inaccesible que ningún hombre ha visto ni puede ver.

4º) Su fin, que es oculto: *Ni adónde va.* Conduce a un fin oculto, es decir, a la bienaventuranza eterna. Por eso se le llama prenda de herencia. *Ojo no vió, ni oreja oyó,* etc. (I *Cor.,* II, 9.)

O *no sabes de dónde viene,* esto es, de qué modo entra en el hombre; *ni adónde va,* es decir, a qué perfección le conduce.

II. *Así es todo aquél que es nacido de Espíritu,* que equivale a decir: es como el Espíritu Santo. No debe extrañarnos esto, porque en el varón espiritual se dan las propiedades del Espíritu Santo, del mismo modo que en el carbón encendido se dan las propiedades del fuego. Existen efectivamente en él las cuatro mencionadas propiedades del Espíritu.

1º) La libertad, como dice el Apóstol: *En donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad* (II *Cor.,* III, 17), porque el Espíritu del Señor conduce a lo que es recto, y libra de la servidumbre del pecado y de la ley.

2º) Toma su manifestación o señal por la voz de sus palabras; desde que se le oye, se conoce su espiritualidad. *De la abundancia del corazón habla la boca.* (*Matth.,* XII, 34.)

3º) Tiene un origen oculto y también sus fines, porque ninguno puede juzgar al espiritual.

O *no sabes de dónde viene,* el principio de su nacimiento espiritual, que es la gracia bautismal; o *adónde va,* es decir, de qué se hace digno, esto

es, de la vida eterna, que todavía está oculta para ti.

(*In Joan.*, III.)

Miércoles de la infraoctava de Pentecostés

MULTIPLICIDAD DE FRUTOS QUE DIMANAN DEL ESPÍRITU SANTO

Son muchos los frutos que nos vienen del Espíritu Santo.

1º) Purifica de los pecados. La razón de ello es que corresponde sanar a quien toca constituir.

El alma es creada por el Espíritu Santo, porque Dios lo hace todo por él; pues Dios creó todas las cosas por amor a su propia bondad. *Amas todas las cosas que son, y ninguna aborreces de aquellas que hiciste.* (*Sap.*, XI, 25.) San Dionisio dice: "El amor divino no permitió que él estuviese sin germen." Luego es necesario que sean restaurados por el Espíritu Santo los corazones de los hombres destruídos por el pecado. *Enviarás tu espíritu, y serán criados; y renovarás el semblante de la tierra.* (*Psal.*, CIII, 30.) No es de admirar que purifique el Espíritu Santo, porque todos los pecados son perdonados por amor. *Perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho.* (*Luc.*, VII, 47.) *La caridad cubre todas las faltas.* (*Prov.*, X, 12.)

2º) Ilumina la inteligencia, porque todo lo que sabemos lo conocemos por el Espíritu Santo, como dice el Evangelista: *El Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiera dicho.* (*Joan.*, XIV,

26.) Y en otro lugar: *Su unción os enseña en todas las cosas.* (*Joan.*, II, 27.)

3º) Ayuda y en cierto modo obliga a guardar los mandamientos. Porque nadie puede observar los mandamientos de Dios sin amar a Dios. *Si alguno me ama, guardará mi palabra.* (*Joan.*, XIV, 23.) Luego el Espíritu Santo nos hace amar a Dios. *Os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros; y haré que andéis en mis preceptos, y que guardéis, y hagáis mis juicios.* (*Ezech.* XXXVI, 26, 27.)

4º) Confirma la esperanza de la vida eterna, porque él es como la prenda de esta herencia, según el Apóstol: *Fuisteis sellados con el Espíritu Santo, que era prometido, el cual es la prenda de nuestra herencia.* (*Eph.*, I, 13.) Pues él es como las arras de la vida eterna. La razón es que la vida eterna se debe al hombre, en cuanto es hijo de Dios; y llega a serlo haciéndose semejante a Cristo; mas uno se asemeja a Cristo en cuanto tiene el Espíritu de Cristo, que es el Espíritu Santo. *No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba* (Padre). *Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.* (*Rom.*, VIII, 15, 16.) Y en otro lugar dice el mismo Apóstol: *Y por cuanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba,* Padre. (*Gal.*, IV, 6.)

5º) Enseña cuál es la voluntad de Dios: *El que tiene oreja, oiga lo que el Espíritu dice a las Igle-*

sias. (*Apoc.*, II, 7.) *Para que le oiga como a maestro.* (*Is.*, L, 4.)

(*In Symbol.*)

Jueves de la infraoctava de Pentecostés

APARICIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN FIGURA DE PALOMA

Vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma. (*Joan.*, I, 32.)

¿Por qué el Espíritu Santo apareció en figura de paloma más bien que en la de otra especie? Para simbolizar las cualidades de los bautizados:

1º) Por la sencillez de la paloma; porque la paloma es sencilla. *Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.* (*Matth.*, X, 16.) Mas porque el Espíritu Santo nos hace contemplar al que es uno, es decir, a Dios, nos hace sencillos; por esto aparece en figura de paloma. A la verdad, dice San Agustín, apareció también en figura de fuego sobre los apóstoles reunidos, porque hay algunos que son sencillos, pero tibios; otros son fervorosos, pero maliciosos. Para que los bautizados por el Espíritu Santo abandonen todo dolo, el Espíritu Santo aparece en figura de paloma; y para que su sencillez no se entibie con la frialdad, aparece en forma de fuego."

2º) Por la unidad de la caridad; pues la paloma tiene el amor ardiente. *Una sola es mi paloma.* (*Cant.*, VI, 8.) Para mostrar, pues, la unidad de la Iglesia, aparece el Espíritu Santo en figura de paloma.

3º) A causa de su gemido, pues el canto de la

paloma es un gemido. Así dice San Pablo: *El Espíritu pide por nosotros con gemidos inexplicables.* (*Rom.*, VIII, 26.)

4º) Por la fecundidad, porque la paloma es un animal fecundísimo; y para significar la fecundidad de la gracia espiritual en la Iglesia, el Espíritu Santo aparece en figura de paloma.

5º) Por la cautela de la paloma. Pues la paloma se posa sobre las riberas de los ríos, y cuando en ellas divisa al halcón que vuela, se guarda de él. *Sus ojos como palomas.* (*Cant.*, V, 12.) Y como en el bautismo el Espíritu Santo es nuestra tutela y defensa, convenientemente aparece el Espíritu Santo en figura de paloma.

Corresponde a la figura del antiguo testamento. Así como la paloma, llevando una rama de olivo verde, mostró una señal de la clemencia de Dios a los que habían sobrevivido de las aguas del diluvio, así también en el bautismo, viniendo el Espíritu Santo en figura de Paloma, mostró la señal de la clemencia divina, que perdona los pecados a los bautizados y les confiere la gracia. (*In Joan.*, I.)

Viernes de la infraoctava de Pentecostés

DESCENSO Y PERMANENCIA DEL ESPÍRITU SANTO

Vi el Espíritu que descendía... y reposó sobre él. (*Joan.*, I, 32.)

La presencia del Espíritu Santo en el bautismo de Cristo realizado por San Juan, se armoniza con el bautizado y el bautismo. Con el bautizado, porque así como el hijo que procede del Padre manifiesta al Padre, como dice el Evangelista: *He*

manifestado tu nombre a los hombres (*Joan.*, XVII, 6), así el Espíritu Santo, que procede del Hijo, manifiesta al Hijo, según se lee en el Evangelio de San Juan: *Él me glorificará; porque de lo mío tomará* (XVI, 14).

La presencia del Espíritu Santo se armoniza con el bautismo, porque el bautismo de Cristo es la inauguración del nuestro. Mas nuestro bautismo es consagrado por la invocación de la Santísima Trinidad, luego lo que nosotros invocamos en nuestro bautismo estuvo presente en el bautismo de Cristo: El Padre en la voz, el Espíritu Santo en la paloma, el Hijo en la naturaleza humana.

Dice *que descendía*. Porque existe un doble espíritu: el del mundo y el de Dios. El espíritu del mundo es, efectivamente, el amor del mundo, que no procede de arriba, antes bien, desde abajo asciende hasta el hombre y hace descender a éste; pero el espíritu de Dios, es decir, el amor de Dios, desciende de arriba hasta el hombre y lo hace subir con él: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios.* (I *Cor.*, II, 12.)

Dice después: *y reposó sobre él*, porque con la permanencia se designa el descanso. Y que el Espíritu Santo no descanse en uno se debe a dos causas:

Una se deriva del pecado. Porque todos los hombres, excepto Cristo, o están heridos por la llaga del pecado mortal, que ahuyenta al Espíritu Santo, o están oscurecidos por la mancha del pecado venial, que impide algunas acciones del Espíritu Santo. Pero en Cristo no existió ni el pecado mortal, ni el venial, ni el original. Por

lo cual no fué inquietado en él el Espíritu Santo, sino que reposó sobre él, esto es, descansó.

Otra causa es que las gracias gratuitas no siempre dan a los santos el poder de obrar por ellas; no siempre tienen los santos el poder de hacer milagros, ni los profetas el espíritu de profecía. Pero Cristo poseyó siempre el poder de realizar todas las operaciones de las virtudes y de las gracias, y esto significa la expresión: *posó sobre él*. Y ésta fué la señal apropiada para conocer a Cristo. *Reposará sobre él el Espíritu del Señor* (*Is.*, XI, 2). Esto ha de entenderse de Cristo en cuanto al hombre.

(*In Joan.*, I.)

Sábado de la infraoctava de Pentecostés

EFECTOS ATRIBUÍDOS AL ESPÍRITU SANTO CON RELACIÓN A LAS DÁDIVAS QUE DIOS NOS DA

I. El Espíritu Santo es quien revela los misterios secretos. En efecto, es propio de la amistad revelar sus secretos al amigo. La amistad es una fusión de sentimientos; ella hace, por decirlo así, un solo corazón de dos corazones, y parece que no sacáramos del corazón lo que revelamos al amigo. Por eso dice el Señor a los discípulos: *No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.* (*Joan.*, XV, 15.) Si, pues, por el Espíritu Santo somos constituídos amigos de Dios, convenientemente se dice que los misterios divinos son revelados a los hombres por el Espíritu Santo. Por eso dice el Após-

tol: *Está escrito: Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió lo que preparó Dios para aquéllos que le aman; mas Dios nos lo reveló a nosotros por su Espíritu.* (I *Cor.*, II, 9, 10.)

II. Por el Espíritu Santo expresamos los misterios divinos. El hombre habla de lo que conoce; y es justo que por el Espíritu Santo el hombre hable de los misterios divinos, según aquello del Apóstol: *En espíritu habla misterios* (I, *Cor.*, XIV, 2), y San Mateo dice: *No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros* (X, 20). Por eso se dice en el símbolo acerca del Espíritu Santo: que habló por los profetas.

III. El Espíritu Santo es quien nos comunica los bienes divinos. No sólo es propio de la amistad revelar al amigo sus secretos, a causa de la unión de los corazones, sino que esa unión exige también que todo lo que el amigo posee, lo comunique a su amigo. En efecto, el hombre considera al amigo como otro yo, y es menester, por consiguiente, que le ayude como a sí mismo, dándole participación en sus cosas. Por eso es propio del amigo hacer bien al amigo, según aquello de San Juan: *El que tuviere riquezas de este mundo, y viere a un hermano tener necesidad, y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está la caridad de Dios en él?* (I *Joan.*, III, 17.)

Esto sucede sobre todo con Dios, cuyo querer es eficaz en cuanto al efecto. Por eso se dice muy bien que todos los dones de Dios se nos dan por el Espíritu Santo, como afirma San Pablo: *A uno por el Espíritu Santo es dada palabra de sabidu-*

ría; a otro, de ciencia según el mismo Espíritu, y después de enumerar muchas otras cosas añade: *Mas todas estas cosas obra solo uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere.* (I *Cor.*, XII, 8-11.)

(*Contra Gentiles,* lib. IV, cap. 21.)

IV. Cristo es cabeza de la Iglesia, mas el Espíritu Santo es el corazón.

La cabeza tiene una superioridad manifiesta sobre los demás miembros exteriores; pero el corazón tiene cierta influencia oculta; por eso es comparado al corazón el Espíritu Santo, que vivifica y une invisiblemente a la Iglesia; y el mismo Cristo es comparado a la cabeza por razón de su naturaleza visible, según la cual como hombre tiene la preferencia sobre todos los hombres.

(3ª p., *q.* VIII, *a.* I, *ad* 3um.)

Fiesta de la Santísima Trinidad

VENIDA DE LA TRINIDAD AL ALMA

No solamente el Hijo, sino también el Padre y el Espíritu Santo vienen por la gracia al alma humana y habitan en ella, según aquello de San Juan: *Vendremos a él, y haremos morada en él.* (*Joan.*, XIV, 23.)

El Padre viene por su poder, confortándonos. *El que da fuerza al cansado* (*Is.*, XL, 29), a lo que añade la Glosa: "fuerza de creer y de obrar".

El Hijo viene por su sabiduría, iluminándonos, porque es *luz verdadera que alumbra a todo hombre.* (*Joan.*, I, 9.)

El Espíritu Santo viene por su bondad, inflamándonos en su amor.

El Espíritu Santo derrama en nosotros su bondad inflamándonos en su amor; porque el amor de Dios es la fuente de todo bien. Él se nos comunica de una manera soberana. Pero está lleno de suavidad en nosotros, cuando nos alegra con el gusto interno de su dulzura. Por eso, sobre las palabras del Salmo (CXIV, 9): *Suave es el Señor para con todos,* agrega la Glosa: "pero principalmente para los que le gustan". Y San Bernardo añade: "El solo Consolador es nuestro huésped, el Dios de caridad, el cual, aunque nunca abandona a los justos para hacerlos merecer, con frecuencia se ausenta, sin embargo, y se abstiene de consolarlos; aquello es más agradable, esto es más útil. Se le tiene, en verdad, pero oculto, cuando aquella suavidad poseída no toca la sensibilidad del corazón. Y así como el pueblo israelita, cuando al principio el Señor le hizo llover el maná, decía admirado: *¿Manhú?*, que quiere decir: *¿Qué es esto?* (*Ex.*, XVI, 15), así el alma devota se admira al experimentar en su interior la suavidad de la bondad divina, porque no la ha experimentado tal en las cosas creadas." Por eso dice San Anselmo: "Pensad cuál sea aquel bien que contiene el placer de todos los bienes, y no experimentáis en las cosas creadas, pero que difiere como el Criador de la criatura."

Además, la suavidad de esta bondad no se puede expresar con palabras, ni se enseña con la lengua sino con la gracia. *Al vencedor daré yo maná escondido* (*Apoc.*, II, 17), porque no es descubierto por ningún lenguaje. Por lo cual dice San Bernardo: "¡Oh!, que quien esté ansioso por

saber qué es gustar del Verbo prepare, no su oído, sino el alma, porque no es la lengua la que lo enseña, sino la gracia."

Todavía más, sobrepasa a toda inteligencia y a todo deseo, lo cual es mayor, porque sabemos muchas cosas que no expresamos; pero la suavidad de la bondad divina es tan grande que no sólo no podemos expresarla con palabras, sino que aun somos impotentes para buscarla. Por eso dice el Profeta: *Me acordé de Dios, y me deleité* (en lo cual está la suavidad), *y me ejercité, y desmayó mi espíritu.* (*Psal.*, LXXVI, 4.) Y San Bernardo nos explica que la inteligencia no puede comprenderlo sino cuando tiene la experiencia.

Así deben entenderse las palabras del profeta que dice: *Maravillosas tus obras, y mi alma lo conoce mucho* (*Psal.*, CXXXVIII, 14), esto es, maravillosos son el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, y la dulzura del Espíritu Santo, que hacen desfallecer el alma cuando intenta conocer la grandeza del poder, la profundidad de la sabiduría y la abundancia de la dulce suavidad.

(*De Humanitate Christi.*)

Lunes de la infraoctava de la Trinidad

LA IMAGEN DE DIOS EN EL HOMBRE

I. *Crió Dios al hombre a su imagen.* (*Gen.*, I, 27.)

El hombre es en gran manera semejante a Dios en cuanto que la naturaleza intelectual puede imitar mucho a Dios. Pero en lo que más imita a Dios la naturaleza intelectual es en que Dios

se conoce y se ama a sí mismo. Por consiguiente podemos considerar desde tres aspectos la imagen de Dios en el hombre:

Uno, en la aptitud natural que el hombre tiene para conocer y amar a Dios; y esta aptitud reside en la misma naturaleza del espíritu, que es común a todos los hombres.

Otro, en que el hombre conoce actual o habitualmente a Dios y lo ama, aunque de un modo imperfecto, y esta imagen surge de la conformidad que da la gracia.

Tercero, en que el hombre conoce a Dios en acto y le ama perfectamente; y ésta es la imagen según la semejanza que da la gloria. Por lo cual, sobre aquello: *Sellada está, Señor, sobre nosotros la imagen de tu rostro* (*Psal.*, IV, 7), distingue la Glosa tres clases de imagen: de creación, de restauración y de semejanza. La primera se encuentra en todos los hombres; la segunda, únicamente en los justos; la tercera, sólo en los bienaventurados.

(1ª, *q*. XCIII, *a*. 4.)

II. La imagen de Dios está principalmente en nosotros, cuando en acto conocemos y amamos a Dios. Pues la criatura intelectual se asemeja en gran manera a Dios por ser intelectual; ya que posee esa semejanza sobre las demás criaturas y esto incluye a todas las otras.

Por lo que hace al género de esta semejanza, más se asemeja Dios cuando lo conoce en acto que cuando lo conoce en hábito o en potencia, pues Dios es siempre inteligente en acto.

Y cuando conoce en acto, se asemeja en gran manera a Dios, por cuanto conoce al mismo Dios;

y Dios conoce todas las otras cosas, conociéndose a sí mismo.

(*Contra Gentiles*, lib., III, cap. 23.)

Así, pues, la imagen de la Trinidad se considera primaria y principalmente en el alma según sus actos, es decir, por el conocimiento que tenemos pensando, y del que formamos el verbo interno, del cual prorrumpimos en amor; secundariamente y como por consecuencia según sus potencias y principalmente según sus hábitos, esto es, en cuanto incluyen virtualmente los actos.

(1ª, *q*. XCIII, *a*. 7.)

III. La imagen de Dios en el hombre puede estar tan borrosa que sea casi nula, como en los que no tienen uso de razón; o bien oscura y deforme, como en los pecadores; o clara y hermosa, como en los justos. (San Agustín, *De Trin.*, I. 14, c. 4.)

(1ª, *q*. XCIII, *a*. 8, *ad* 3um.)

Martes de la infraoctava de la Trinidad

EL AMOR Y CULTO DE LATRÍA DEBIDOS A DIOS. SOBERANO E INFINITAMENTE BUENO

I. *Amemos nosotros a Dios, porque Dios nos amó primero.* (I *Joan.*, IV, 19.) Debemos amar a Dios de tres maneras:

1º) Que llenemos todo nuestro corazón con su amor. *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón* (*Deut.*, VI, 5.)

2º) Que no amemos cosa alguna sino por él.

San Agustín dice: "Menos te ama quien contigo ama alguna cosa a la que no ama por ti."

3º) Que ninguna adversidad nos aparte de su caridad. *¿Quién nos separará del amor de Cristo?* (*Rom.*, VIII, 35.)

Debemos amar mucho a Cristo por tres motivos:

Por su bondad. San Bernardo comenta: "La causa de amar a Dios es Dios mismo. Su bondad es tan grande que, aun cuando no nos hubiese hecho ningún bien ni lo hubiere de hacer, deberíamos sin embargo amarlo siempre."

Por su caridad. *Amemos nosotros a Dios, porque Dios nos amó primero.* Y San Agustín exclama: "¡Miserable de mí! Cuánto debo amar a mi Dios que me hizo lo que no era, que me redimió cuando yo había perecido, cuando estaba vendido con mis pecados; él vino por mí, y tanto me amó que dió por mí el precio de su sangre."

Por nuestra utilidad. Pues dispuso bienes inenarrables para los que le aman. *Ojo no vió,* etc. (I *Cor.*, II, 9.)

(*Serm.* LXXVIII.)

II. Por el culto de latría confesamos nuestra dependencia de Dios, puesto que él nos creó. Por lo tanto, debemos el culto de latría en cuanto es nuestro Creador, nuestro fin y primera fuente de nuestro ser. Y porque es Creador, bueno, sabio y poderoso, y por otros atributos, le debemos el culto de latría y no sólo por uno de ellos.

Y porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Creador, les debemos también ese culto de latría, que es debido a Dios como Creador.

Por todos estos títulos debemos rendir a Dios culto de latría.

Existen en nosotros tres clases de bienes: el espiritual, el corporal y el externo. Y como todos ellos nos vienen de Dios, por todos ellos debemos ofrecer a Dios culto de latría. Por nuestra alma, le debemos un amor especial; por nuestro cuerpo, le ofrecemos postraciones y cánticos; por los bienes externos le ofrecemos sacrificios, luminarias, etcétera. No ofrecemos a Dios todo esto porque él lo necesite, sino para reconocer que todo lo recibimos de él. Y porque por todo le damos gracia, así también le honramos con todo.

(3 *Dist.* 9, *q.* I, *a.* 3.)

Miércoles de la infraoctava de la Trinidad

PECADO CONTRA EL PADRE, CONTRA EL HIJO Y CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

I. Pecar contra el Padre es pecado de debilidad. Pecar contra el Hijo es pecado de ignorancia. Pecar contra el Espíritu Santo es pecado de malicia. En otros términos, se peca contra el Padre no tributándole lo que le es debido por razón de su poder; contra el Hijo, cuando se desprecia su sabiduría, que es su atributo; contra el Espíritu Santo cuando se ofende su bondad, que es su atributo.

El pecado se comete de tres modos: por ignorancia, por pasión y por libre decisión. Por ignorancia, cuando se desconoce aquello cuyo conocimiento hubiese impedido el pecado, por lo cual la ignorancia es la causa en este caso. Es el pecado contra el Hijo. Por pasión, cuando ésta obscu-

rece el juicio de la razón. Y esto es propiamente pecar por debilidad y contra el Padre. Por libre decisión cuando el hombre, después de deliberar, elige el pecado, no que él es vencido por la tentación, sino, porque el corazón está corrompido, y le place el pecado en sí. Esto es pecar por malicia, que es el pecado contra el Espíritu Santo.

(2. *Dist.* 43, *q.* I, *a.* 1.)

II. En cuanto al pecado contra el Espíritu Santo, se asignan seis especies, que se distinguen según el alejamiento o desprecio de las cosas que pueden impedir al hombre la elección del pecado. Estas cosas provienen, ya de parte del juicio divino, ya de parte de sus dones, ya también de parte del mismo pecado.

1º) El hombre se aparta de la elección del pecado o por consideración al juicio divino o por la esperanza que despierta la consideración de la misericordia que perdona los pecados y premia las cosas buenas, la cual se destruye por la *desesperación;* además por el temor, que surge al considerar la justicia divina, que castiga los pecados, el cual se destruye por la *presunción,* es decir, mientras uno presume que puede alcanzar la gloria sin méritos y el perdón sin penitencia.

2º) Los dones de Dios, que nos retraen del pecado, son dos: uno es el conocimiento de la verdad, al que se opone la *impugnación de la verdad conocida,* esto es, cuando uno combate la verdad conocida de la fe con el fin de pecar más libremente; otro es el auxilio de la gracia interior al que se opone la *envidia de la gracia fraterna;* esto es, cuando uno no sólo envidia a la persona del hermano sino también la gracia de Dios que se acrecienta en el mundo.

3º) Con relación al pecado dos son las cosas que pueden retraer al hombre de él: una es el desorden y fealdad del acto, cuya consideración suele producir en el hombre la penitencia del pecado cometido, y a esto se opone la *impenitencia,* que encierra el propósito de no arrepentirse. Otra es la pequeñez y brevedad del bien que se encuentra en el pecado, como dice el Apóstol: *¿Qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de que ahora os avergonzáis?* (*Rom.*, VI, 21.) La consideración de esto suele inducir al hombre a que su voluntad no se afirme en el pecado, lo cual se destruye por la *obstinación,* cuando el hombre se aferra en su propósito de permanecer en pecado.

(2ª 2ae, *q.* XIV, *a.* 2.)

Fiesta del Corpus Christi

LA EUCARISTÍA CONFIERE GRACIA

El pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo. (*Joan.*, VI, 52.)

El efecto de este sacramento debe ser considerado:

1º) Por lo que en el sacramento se contiene, que es Cristo, quien, viniendo visiblemente al mundo le confirió la vida de la gracia, del mismo modo que viniendo al hombre sacramentalmente, obra la vida de la gracia, como dice el Evangelista: *El que me come, él mismo vivirá por mí.* (*Joan.*, VI, 58.) Por eso comenta San Cirilo: "El Verbo vivificante de Dios, uniéndose a su propia carne, la hizo vivificante. Pues convenía que se uniese de algún modo a nuestros

cuerpos por su carne sagrada y su sangre preciosa, que recibimos en el pan y en el vino como bendición vivificante."

2º) Por lo que en él se representa, esto es, la Pasión de Cristo, y en consecuencia, este sacramento obra en el hombre el mismo efecto que la Pasión de Cristo obró en el mundo. De ahí que, comentando las palabras: *Salió luego sangre y agua* (*Joan.*, XIX, 34), diga San Crisóstomo: "Puesto que de aquí tienen su origen los sagrados misterios, cuando te acercares al tremendo cáliz, acércate como si hubieras de beber del mismo costado de Cristo"[86]. Por eso dice el mismo Cristo: *Ésta es mi sangre del nuevo Testamento que será derramada por muchos para remisión de pecados.* (*Matth.*, XXVI, 28.)

3º) Se considera el efecto de este sacramento por el modo con que es dado: como comida y bebida. Y por esto, todo el efecto que produce la comida y la bebida materiales en la vida corporal, es decir, que sustentan, acrecientan, reparan y deleitan, todo esto lo produce este sacramento en cuanto a la vida espiritual. Por esta razón dice San Ambrosio: "Este pan es el de la vida eterna, que sostiene la substancia de nuestra alma"[87]. San Juan Crisóstomo agrega: "Se nos da a los que lo deseamos para ser palpado, comido y abrazado"[88].

Y son palabras del mismo Jesucristo: *Mi carne verdaderamente es comida; y mi sangre verdaderamente es bebida.* (*Joan.*, VI, 56.)

4º) Se considera el efecto de este sacramento por las especies en que se da. A este respecto dice

86 *Hom.* 84 *in Joan.*
87 *De Sacramentis*, lib. IV, cap. 4.
88 *Super Joan.*, *hom.* XLV.

San Agustín: "Nuestro Señor ha puesto su cuerpo y sangre en estas cosas que, de múltiples que ellas son, se reducen a una sola: porque la una, es decir, el pan, resulta como síntesis de muchos granos; la otra, es decir, el vino, se produce de muchas uvas, que forman un solo licor" [89]. Por lo cual exclama: "¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!" [90]. Y puesto que Cristo y su Pasión son causa de la gracia y refección espiritual, y la caridad no puede existir sin la gracia, dedúcese de todo lo dicho que este sacramento confiere la gracia.

(3ª, *q*. LXXIX, *a*. 1.)

Viernes de la infraoctava del Corpus

QUÉ GRACIA CONFIERE LA EUCARISTÍA

1º) El sacramento de la Eucaristía tiene por sí mismo la virtud de conferir la gracia, y nadie tiene la gracia antes de recibirlo, a no ser por algún deseo, ya expresado por sí mismo, como los adultos, ya por la Iglesia, como los niños [91]. Por lo cual, debido a la eficacia de

89 *Tract.* 26 *in Joan.*

90 Lugar citado.

91 Para aclarar este punto y evitar torcidas interpretaciones conviene hacer algunas advertencias. No hay duda de que la recepción *real* de este sacramento es necesaria para la salvación con necesidad de *precepto*, tanto divino como eclesiástico, ya en artículo de muerte, ya muchas veces en la vida. La existencia del precepto consta por el Evangelio de San Juan, cap. VI, y por las leyes legítimas de la Iglesia que en esta materia obligan bajo grave en determinadas circunstancias. En cambio, no es necesaria dicha recepción *real* con necesidad de *medio*, ni tampoco con *voto propiamente dicho*. Pues sólo es nece-

la virtud del mismo, resulta que también por el deseo de este sacramento alguno consigue la gracia que lo vivifica espiritualmente. Sucede, además, que cuando se recibe realmente este sacramento se aumenta la gracia y se perfecciona la vida espiritual, pero de modo distinto que con el sacramento de la Confirmación, en el que se aumenta y perfecciona la gracia para resistir a los ataques exteriores de los enemigos de Cristo, pues por la Eucaristía se aumenta la gracia y se perfecciona la vida espiritual, para que el hombre sea perfecto en sí mismo por su unión a Dios.

2º) Este sacramento confiere espiritualmente la

---

sario con necesidad de medio para la salvación, lo que se requiere como medio para la primera justificación, ya surja de la necesidad de la naturaleza de dicha cosa, ya de una positiva institución de Dios. Pero la Eucaristía no ha sido instituida regularmente para conferir la justificación primera, antes bien, la supone, pues es sacramento de vivos y no de muertos, y ¡ay de aquel que se acerque en pecado mortal a recibirlo! Luego no puede ser necesaria la recepción real del mismo con necesidad de medio para la salvación.

Pero si la recepción del *mismo sacramento* no es necesaria ni realmente ni en deseo, lo es en cambio *res sacramenti*, el efecto del sacramento de la Eucaristía para alcanzar la salvación. Porque el medio necesario para la salvación es la incorporación a Cristo que tiene lugar en la primera justificación, justificación que formalmente consiste en la primera gracia y en la caridad habitual, que es el mismo vínculo por el cual nos unimos *como miembros vivos* a Cristo y a su cuerpo místico. Es así que el efecto de este sacramento es precisamente la unidad perfecta del cuerpo místico, esto es, la unión perfecta del alma a Cristo y a sus miembros por la caridad. Luego el efecto de este sacramento *(res sacramenti)* es necesario con necesidad de medio, ya en realidad ya en deseo implícito o explícito. En este sentido hemos de entender las palabras de Santo Tomás que han motivado esta nota.

gracia con la virtud de la caridad. Por eso San Juan Damasceno [92] compara este sacramento al carbón que vió Isaías (*Is.*, VI). Pues el carbón no es simple madera, sino leña, unida al fuego, y así también el pan de la comunión no es simple pan, sino que está unido a la Divinidad. Pero, como dice San Gregorio [93], "el amor de Dios no es ocioso; porque obra grandes cosas cuando existe." Y por consiguiente, por este sacramento, según su propia virtud, no sólo se confiere el hábito de la gracia y de la virtud, sino también se excita a obrar, según aquello: *El amor de Cristo nos estrecha.* (II *Cor.*, V, 14.) De ahí que por la virtud de este sacramento se fortifique el alma espiritualmente, por cuanto se deleita espiritualmente, y se embriaga, en cierto modo, con la dulzura de la bondad divina, como dice el Cantar de los Cantares: *Comed, amigos, y bebed, embriagaos, los muy amados* (V, 1).

3º) Puesto que los sacramentos obran la salud que significan, se dice, por cierta analogía, que en este sacramento se ofrece el cuerpo por la salud del cuerpo, y la sangre por la salud del alma, aunque el uno y la otra obren por la salud de los dos, pues todo Cristo se contiene bajo ambos. Y aunque el cuerpo no sea el sujeto inmediato de la gracia, el efecto de ella redunda, sin embargo, del alma al cuerpo, al presente mientras exhibimos nuestros miembros como *instrumentos de la justicia de Dios*, y en el futuro cuando nuestro cuerpo alcance la incorrupción y la gloria del alma.

(3ª, *q.* LXXIX, *ad.* 1.)

[92] *Orth. fid.*, lib. IV, cap. 14.
[93] *Hom. Pent.* 30 *in Evangelium.*

Sábado de la infraoctava del Corpus

EFECTO DE LA EUCARISTÍA ES LA CONSECUCIÓN DE LA GLORIA

Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente. (*Joan.*, VI, 52.)

En este sacramento podemos considerar aquello que obra el efecto, o sea, el mismo Cristo en él contenido y su pasión en él representada, y aquello por lo cual tiene efecto, a saber, el uso del sacramento y sus especies. En cuanto a ambos extremos puede afirmarse que este sacramento causa la consecución de la vida eterna.

En efecto: el mismo Cristo por medio de su pasión nos abrió la entrada a la vida eterna, como se dice en la carta a los Hebreos, IX, 15: *Es mediador de un nuevo Testamento para que, interviniendo la muerte, reciban la promesa de la herencia eterna los que han sido llamados.*

Del mismo modo, la refección del manjar espiritual y la unidad significada por las especies del pan y del vino tienen lugar, ciertamente, en la vida presente, pero de manera imperfecta; perfectamente se dan en el estado glorioso. De donde dice San Agustín: "Los hombres cuando comen y cuando beben lo que buscan es no tener hambre ni sed; pero esto, en realidad, solamente lo proporciona esta comida y esta bebida que hace inmortales e incorruptibles a los que la toman, en la compañía de los santos, donde tendrá lugar la paz y la unidad plena y perfecta."

Y aunque este sacramento corresponda a los viadores, incapaces aún de la gloria, no se sigue que el efecto del mismo no sea la consecución

dificultad actual en lo que tiene de pena es, además, satisfactoria por el pecado.

(1ª part. q. X... CV, a. 4.)

Sábado después del cuarto Domingo de Pascua

EL HOMBRE PUEDE MERECER AUMENTO DE GRACIA

Así como a la culpa sigue doble pena, una que acompaña a la misma culpa, como el remordimiento de conciencia y otras semejantes, según lo que dice San Agustín, "que el ánimo desordenado es pena para sí mismo", y otra que se inflige exteriormente por Dios Juez o por el hombre, del mismo modo también un doble premio corresponde al mérito: uno que acompaña a la misma obra meritoria, como la alegría de la buena acción y otros semejantes; y otro que dan Dios o el hombre por la buena obra, como la vida eterna y todo lo que se da de este modo.

Mas el acto meritorio se ordena de modo diverso en este doble premio. Porque según su forma es proporcionado al primer premio; por ejemplo: por el hecho de ser un acto que procede de un hábito perfecto, es deleitable, por lo cual el acto se refiere a su principio como a causa. Pero en cuanto al premio que se da exteriormente, solamente se ordena según una proporción de dignidad, de modo que quien mucho mereció otro tanto recibirá en recompensa en cualquier bien, y quien mucho pecó, otro tanto será castigado.

Según esto, digo que por el acto meritorio se merece acrecentamiento de gracia, del mismo modo que el premio, concomitante a la naturaleza

Los pecados veniales pueden ser considerados de dos modos: 1º, según que sean pasados; 2º, según que se cometan actualmente. Del primer modo, los pecados veniales no impiden en manera alguna el efecto de este sacramento; porque puede suceder que alguno, después de haber cometido muchos pecados veniales, se acerque devotamente a este sacramento, y reciba plenamente su efecto. Mas del segundo modo, los pecados veniales no impiden del todo el efecto de este sacramento, sino en parte; pues el efecto de este sacramento no es únicamente la adquisición de la gracia habitual o de la caridad, sino también cierta refección actual de la dulzura espiritual, la que es impedida si alguno se acerca a este sacramento con la mente distraída por los pecados veniales; pero no se destruye el aumento de la gracia habitual o de la caridad.

Aquél que se acerca a este sacramento con el acto de pecado venial, come espiritualmente de una manera habitual (el pan celestial), mas no de un modo actual, y por tanto, percibe el efecto habitual de este sacramento, pero no el actual.

Es cierto que los pecados veniales no impiden el efecto del Bautismo, pero no debe hablarse idénticamente de la Eucaristía y del Bautismo. Pues el Bautismo no se ordena del mismo modo al efecto actual, esto es, al fervor de la caridad, como este sacramento; porque el Bautismo es la regeneración espiritual por la que se adquiere la primera perfección, que es el hábito o la forma; mas este sacramento es la manducación espiritual que tiene delectación actual.

(3ª, *q.* LXXIX, *a.* 8.)

Lunes de la infraoctava de Corpus

LA EUCARISTÍA PRESERVA AL HOMBRE DE LOS PECADOS FUTUROS

Éste es el pan que desciende del cielo; para que el que comiere de él no muera. (*Joan.*, VI, 50.)

El pecado es cierta muerte espiritual del alma. Por lo tanto, alguno es preservado del pecado futuro como lo es el cuerpo de la muerte futura; lo cual se verifica de dos modos: 1º, en cuanto la naturaleza del hombre se robustece interiormente contra los factores internos de corrupción, y de este modo es preservado de la muerte por la comida y por la medicina; 2º, porque se defiende de los ataques exteriores, y así es preservado por las armas de que está provisto su cuerpo.

De uno y otro modo preserva del pecado este sacramento:

1º) Por el mismo hecho de que una a Cristo por la gracia, y ésta robustezca la vida espiritual del hombre, como un manjar y medicina espiritual, según aquello: *El pan corrobore su corazón.* (*Psal.*, CIII, 15.) Y San Agustín dice: "Acércate con confianza, es pan, no veneno" [95].

2º) En cuanto es una señal de la Pasión de Cristo, por la cual han sido vencidos los demonios, rechaza todo ataque de los demonios. Por lo cual dice San Juan Crisóstomo: "Como los leones que exhalan llamas, así nos retiramos de aquella mesa, hechos terribles para el diablo" [96].

[95] *Super Joan., tract.* 26.
[96] *Super Joan., hom.* 45.

Es cierto que muchos que se acercan dignamente a este sacramento, caen después en el pecado, y la razón es que el hombre en estado de viador se halla en una condición tal, que por su libre albedrío puede doblegarse al bien o al mal. Por lo cual, aunque este sacramento en sí mismo tenga una virtud preservativa del pecado, no quita, sin embargo, al hombre la posibilidad de pecar.

Y lo mismo hay que decir de la caridad. Pues la caridad en sí misma preserva al hombre del pecado; pero por la mutabilidad del libre albedrío ocurre que alguno, después de poseída la caridad, peca como después de haber recibido este sacramento.

Aunque este sacramento no se ordene directamente a disminuir el fomes de la concupiscencia, sin embargo lo disminuye por cierta consecuencia, en cuanto acrecienta la caridad, pues, como dice San Agustín, "el aumento de la caridad es la disminución de la concupiscencia". Afirma directamente el corazón del hombre en el bien, por lo que también es preservado del pecado.

(3ª, *q.* LXXIX, *a.* 6.)

Martes de la infraoctava del Corpus

POR LA EUCARISTÍA SE PERDONA LA PENA DEL PECADO

El sacramento de la Eucaristía es a la vez sacrificio y sacramento; es sacrificio en cuanto es ofrecido, y sacramento en cuanto se recibe. Y por esto el efecto como sacramento se produce en

el que lo sume, y como sacrificio en el que lo ofrece o en aquéllos por quienes se ofrece.

Si, pues, se considera como sacramento, tiene dos clases de efectos: 1º, directamente por virtud del sacramento; 2º, como por cierta concomitancia. Por virtud del sacramento tiene directamente aquel efecto para el que ha sido instituído; y no lo ha sido para satisfacer, sino para alimentar espiritualmente por la unión a Cristo y a sus miembros, como también el nutrimiento se une al que se nutre. Pero como esta unión se verifica por la caridad, por cuyo fervor uno consigue el perdón, no sólo de la culpa, sino también de la pena, de ahí resulta que, por cierta concomitancia con su efecto principal, el hombre consigue la remisión de la pena, no de toda ella, sino según el modo de su devoción y fervor.

En cuanto es sacrificio, tiene una virtud satisfactoria; pero en la satisfacción se atiende más al afecto del oferente que a la cantidad de la oblación. Por eso el Señor dice acerca de la viuda que ofreció dos ases, que *echó más que todos los otros* (*Marc.*, XII, 43); así, aunque esta oblación baste por su cantidad para satisfacer por toda pena, sin embargo se hace satisfactoria para aquéllos por quienes se ofrece o también para los que la ofrecen, según la cantidad de su devoción y no por toda pena.

La virtud de Cristo, que se contiene en este sacramento, es infinita. Por consiguiente, el que sólo se quite por este sacramento parte de la pena, y no toda, no proviene del defecto de la virtud de Cristo, sino del defecto de la devoción del hombre.

(3ª, *q.* LXXIX, *a.* 5.)

Miércoles de la infraoctava del Corpus

LA EUCARISTÍA PERDONA LOS PECADOS VENIALES

En este sacramento pueden considerarse dos cosas: el sacramento mismo y la cosa del sacramento. Y de una y otra resulta que este sacramento tiene virtud para perdonar los pecados veniales.

Porque este sacramento se toma bajo la especie de manjar nutritivo; y la nutrición del manjar es necesaria al cuerpo para reparar lo que diariamente pierde por la acción del calor natural. Bajo el concepto espiritual hay en nosotros una pérdida diaria, que resulta del calor de la concupiscencia por medio de los pecados veniales, que disminuyen el fervor de la caridad. Y así, compete a este sacramento perdonar los pecados veniales; por lo cual dice San Ambrosio que "este pan cotidiano se toma para remedio de la debilidad cotidiana"[97].

La cosa, empero, de este sacramento es la caridad (no sólo en cuanto al hábito, sino también en cuanto al acto), que es excitada en este sacramento, por el cual son borrados los pecados veniales. Luego es evidente que por virtud de este sacramento se perdonan los pecados veniales.

Aun cuando los pecados veniales no sean contrarios a la caridad, considerada en cuanto al hábito, la contrarían, sin embargo, en cuanto al fervor del acto, que es excitado por este sacramento, en razón del cual son borrados los pecados veniales.

(3ª, *q.* LXXIX, *a.* 4.)

97 *De Sacramentis,* lib. V, cap. 4.

En virtud de este sacramento se verifica cierta transformación del hombre en Cristo, por el amor; y ésta es el efecto propio de este sacramento. Y como por el fervor de la caridad se perdonan los pecados veniales, porque le son contrarios; síguese que por la virtud de este sacramento son destruídos los pecados veniales.

Además, el fervor de la devoción puede ser tan grande que destruya todos los pecados veniales. Pues no hay inconveniente en que en un momento esté el hombre libre de todo pecado venial; aunque esto no puede durar mucho tiempo a causa de la dificultad de evitar los pecados veniales. Ni tampoco es necesario que siempre destruya todos los pecados veniales, sino que lo hace según la medida de la devoción; porque no es su efecto inmediato la destrucción de los veniales, sino una consecuencia.

(4, *Dist.* 12, *q.* II.)

Jueves de la infraoctava del Corpus

USO DE LA EUCARISTÍA

I. La Eucaristía debe recibirse frecuentemente.

Los efectos de este sacramento son análogos a los de la nutrición corporal. De continuo se verifica un desperdicio del humor natural por la acción del calor y el trabajo; y es necesario tomar frecuentemente alimento corporal para reparar lo perdido, de modo que el desgaste continuo no produzca la muerte.

Así, por la concupiscencia original y la ocupación en cosas exteriores, se verifica un desgaste de devoción y de fervor, con los que el hombre

se recoge en Dios. Por consiguiente, es necesario reponer muchas veces lo perdido, para que el hombre no se aleje totalmente de Dios.

II. ¿Es necesario comulgar diariamente?

En este sacramento dos cosas se requieren por parte del que le recibe: el deseo de unirse a Cristo, lo cual realiza el amor, y la reverencia al sacramento, que proviene del don del temor. Lo primero invita a la frecuencia cotidiana de este sacramento, pero lo segundo retrae.

Por lo cual si alguno sabe, por experiencia, que con la comunión diaria se acrecienta en él el fervor del amor, y que no se disminuye su reverencia, ese tal debe comulgar diariamente. Pero si la comunión diaria disminuye en él la reverencia y no se acrecienta mucho el fervor, debe abstenerse algunas veces, para acercarse después con mayor reverencia y devoción.

Por consiguiente, cada cual debe, en esto, ser dejado a su criterio. Y esto es lo que dice San Agustín: "Si dijera a alguno que no debe recibirse diariamente la Eucaristía, y otro afirmara que debe tomarse todos los días, haga cada cual lo que piadosamente cree deba hacerse según su fe." Y lo prueba con los ejemplos de Zaqueo y del Centurión, uno de los cuales recibe gozoso al Señor, mientras el otro dice: *No soy digno de que entres en mi casa* (*Matth.*, VIII, 8), y los dos alcanzaron misericordia, honrando ambos al Señor, aunque de manera distinta.

Sin embargo, el amor y la esperanza, a los cuales nos induce siempre la Escritura, son preferidos al temor: Por lo que habiendo dicho Pedro: *Señor, apártate de mí, que soy un hombre peca-*

dor (*Luc.*, V, 8), respondió Jesús: *No temas.* (*Ibid.*, 10.)

A él nos acercamos ciertamente muchísimo por la humildad; pero no se sigue que sea más laudable abstenerse de este sacramento, como más meritorio; porque la caridad es la que nos une directamente a Dios, mientras que la humildad dispone a esta unión, ya que somete el hombre a Dios. Por lo que el mérito consiste más en la caridad que en la humildad.

(4, *Dist.*, 12, *q.* III, *a.* 2.)

Fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús

EL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS

Mi corazón se ha hecho como cera que se derrite en medio de mi vientre. (*Psal.*, XXI, 15.)

El derretimiento pertenece al amor. *Mi alma se derritió.* (*Cant.* V, 6.) Antes que un cuerpo se derrita, es duro y compacto en sí mismo; al derretirse, se esparce y de sí tiende a otra cosa. También a veces se endurece el temor, cuando no es grande, y así ocurre con el amor; pues cuando sobreviene el amor el hombre tiende a otra cosa que antes estaba en él. Este derretimiento puede entenderse de Cristo en cuanto es cabeza de la Iglesia; porque este derretirse procede del Espíritu Santo, y está en el fondo de las entrañas, es decir, del corazón.

Por el corazón de Cristo puede entenderse también la sagrada Escritura, la cual nos revela el Corazón de Cristo.

Todo esto estaba cerrado antes de la Pasión, porque era obscuro, pero llegó a ser claro por la

Pasión, porque los que comprenden, lo estudian, y disciernen cómo deben ser expuestas las profecías.

(*In Psal.*, XXXI.)

II. *¿Qué cosa es el hombre para que lo engrandezcas o por qué pones sobre él tu corazón?* (*Job,* VII, 17.)

¿Qué es el hombre? Esto es: ¡qué pequeño y débil de cuerpo! *Lo engrandeces* con gran honor entre las demás criaturas. *Pones sobre él tu corazón,* es decir, guardándolo y protegiéndolo con especial cuidado.

Aunque todas las cosas están sometidas a la divina Providencia, sin embargo, de distinta manera están dispuestas por Dios en relación con los demás seres del universo. Los seres que tienen cierta perpetuidad, concurren especialmente a la perfección del universo y son administrados por sí mismos por Dios; los que carecen de perpetuidad, pertenecen accidentalmente a la perfección del universo, y no son gobernados por sí mismos, sino por la conservación de la especie. Pero el hombre es perpetuo como especie y como individuo, y por eso Dios pone sobre él su corazón y provee a su bien.

¿Cómo pone Dios sobre él su corazón? Muéstralo cuando añade: *Le visitas de madrugada,* (*Job,* VII, 18), esto es, desde su nacimiento, procurándole con su Providencia las cosas necesarias a la vida y a su engrandecimiento tanto corporal como espiritual; *y de repente le pruebas,* es decir, por las adversidades, en las cuales aparece cómo hace pruebas de su virtud. El horno prueba las vasijas de barro; y la tentación de la tribulación, a los hombres justos. Se dice que Dios prueba al

hombre, no para saber lo que es el hombre, sino para darlo a conocer a los otros, y para que él se conozca a sí mismo.

(*In Job.*, VIII.)

Sábado después de la octava del Corpus

EL AMOR DE CRISTO

Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. (*Joan.*, XIII, 1.)

Por estas palabras se recomienda el profundo amor de Cristo, y esto por cuatro cosas.

I. Fué preveniente, según aquello de San Juan: *No que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero a nosotros.* (I *Joan.*, IV, 10.) Y explicando esto, dice: *Habiendo amado a los suyos,* como indicando que los amó antes. Nos amó, es decir, antes de crearnos, pues, como dice la Sabiduría: *Amas todas las cosas que son.* (*Sap.*, XI, 25.) Nos amó antes de llamarnos. *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia.* (*Jer.*, XXXI, 3.) Nos amó antes de redimirnos.

II. Fué su amor adecuado, porque amó a los *suyos.*

Se es suyo de diversas maneras; según esto son amados por Dios de diferentes modos. Se es suyo de tres maneras: Por creación, y a éstos los ama conservándoles los bienes de naturaleza: *A lo suyo vino, y los suyos,* por creación, *no le recibieron.* (*Joan.*, I, 11.) Otros son suyos por consagración, como los que han nacido de Dios Padre por la fe,

como dice el Evangelista: *Tuyos eran y me los diste a mí.* (*Joan.*, XVII, 6.) A éstos los ama conservándolos en los bienes de gracia. Otros son suyos por una especial devoción, como se lee en el Antiguo Testamento: *Hueso tuyo somos, oh David, y carne tuya.* (I *Paral.*, XI, 1.) A éstos los ama consolándolos especialmente.

III. El amor de Cristo fué necesario, porque *amó a los suyos, que estaban en el mundo.* Pues son suyos algunos que ya estaban en la gloria del Padre, porque también eran suyos los Padres antiguos, por la esperanza de ser librados por él. Pero éstos no necesitan tanto de su amor como los que estaban en el mundo. Y por eso dice: *que estaban en el mundo,* es decir, con el cuerpo, pero no con el corazón.

IV. Se recomienda el amor de Cristo como perfecto. De ahí estas palabras: *los amó hasta el fin.* El fin de la intención, al cual debe ordenarse la nuestra, es la vida eterna. Y éste debe ser también el fin de Cristo. Estos dos fines no son más que uno, porque la vida eterna no es otra cosa que el goce de Cristo en su divinidad, como dice el Evangelio: *Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste.* (*Joan.*, XVII, 3.) Según esto dice, pues: *los amó hasta el fin,* para conducirlos a sí mismo como fin, o a la vida eterna que es la misma cosa.

El fin de ejecución es aquello que es término de una cosa, y de este modo la muerte puede llamarse fin. Por eso se dijo: *los amó hasta el fin,* esto es, hasta la muerte. No en el sentido de que los amó sólo hasta la muerte y no más allá; pues

esto sería falso. Lejos de nosotros el pensar que con la muerte dejó de amar el que no tuvo fin en la muerte. Otro significado de *los amó hasta el fin* es que el amor hacia ellos les llevó hasta la muerte.

Otra interpretación de *hasta el fin* es: que habiéndoles dado anteriormente muchas pruebas de amor, al fin, es decir, muy cerca de la muerte, les dió señales de mayor amor. *No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros* (*Joan.*, XVI, 5), como diciendo: No fué entonces necesario a vosotros que yo os demostrase cuánto os amaba, sino al dejaros, para que de ese modo se imprimiesen más profundamente en vuestros corazones el amor a mí y el recuerdo de mí.

(*In Joan.*, XIII.)

Sábado después de la octava del Corpus

FIESTA DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

I. La Bienaventurada Virgen María fué purísima. Pues era necesario que la Madre de Dios brillase por una máxima pureza. Ninguna cosa es receptáculo de Dios, si no está limpia, según aquello de David: *A tu casa conviene santidad, Señor.* (*Psal.*, XCII, 5.)

(1ª 2ae., *q.* LXXXI, *a.* 5, *ad* 3um.)

La Bienaventurada Virgen no mereció la encarnación sino suponiendo que ella debía realizarse. Y así mereció que se verificase por ella, no ciertamente de condigno, sino por conveniencia; en cuanto que era conveniente que la Madre de Dios resplandeciese con tal pureza que no pudie-

ra concebirse ninguna más grande después de la pureza divina, como dice San Anselmo.

(3. *Dist.*, 4, *a.* 4.)

II. La Bienaventurada Virgen hizo voto de virginidad.

Ciertamente, las obras de perfección son más loables cuando se hacen por voto. La virginidad debió brillar principalmente en la Madre de Dios. Por lo tanto fué muy conveniente que su virginidad fuese consagrada por voto.

Refiriéndose a ello dice San Agustín: "María contestó al Ángel de la Anunciación: *¿Cómo será esto, porque no conozco varón?* (*Luc.*, I, 34.) Lo que no hubiera dicho si antes ella no hubiese ofrecido a Dios los votos de su virginidad."

Como la plenitud de la gracia existió perfectamente en Cristo, y, no obstante, algún principio de ella existió anteriormente en su Madre, así también la observancia de los consejos, que es efecto de la gracia de Dios, comenzó perfectamente en Cristo pero de algún modo fué incoada en la Virgen, su Madre.

(3ª, *q.* XXVIII, *a.* 4.)

III. La Bienaventurada Virgen obtuvo la aureola de la virginidad.

La aureola es una recompensa privilegiada que corresponde a una victoria privilegiada. Por eso hay tres aureolas según las victorias privilegiadas en tres luchas, propuestas a todo hombre. En la lucha contra la carne, el que obtiene la victoria más preciosa es aquel que se abstiene de los deleites carnales, como la Virgen. En la lucha contra el mundo, la victoria principal es la del que soporta la persecución del mundo hasta la

muerte. En la lucha contra el diablo, la victoria principal es la que se obtiene cuando uno arroja al enemigo no sólo de sí mismo, sino también de los corazones de los demás, lo cual se lleva a cabo por la doctrina de la predicación. Por consiguiente, la aureola se debe a los vírgenes, a los mártires y a los predicadores o doctores.

Luego la aureola es debida a la Bienaventurada Virgen, en la cual se da la virginidad perfectísima, que le ha valido el título de *Virgen de las Vírgenes.*

Algunos objetan que no se le debe aureola, porque no soportó ninguna lucha con respecto a la continencia. Además, dicen otros que la Bienaventurada Virgen no tiene aureola por premio de la virginidad, si la aureola se toma propiamente en su relación con la lucha, pero que posee una cosa mayor que la aureola, por el propósito perfectísimo de guardar virginidad. Pero otros dicen que posee aureola excelentísima; pues aunque no sintió lucha, conoció, sin embargo, alguna lucha de la carne, mas a causa de la vehemencia de su virtud le estuvo de tal modo sujeta la carne que esa lucha le fué insensible.

Esto no parece conveniente, pues la fe enseña que la Bienaventurada Virgen fué totalmente inmune del fomes del pecado y sus inclinaciones a causa de su perfecta santificación; y no es piadoso suponer que hubo en ella alguna lucha. Por lo cual debe decirse que posee propiamente aureola, para conformarse en esto con los demás miembros de la Iglesia, que son vírgenes; y si ella no tuvo que luchar contra las tentaciones de la carne, tuvo, sin embargo, que luchar contra

la tentación del enemigo, que no respetó siquiera al mismo Cristo.

(4, *Dist.*, 49, *q*. V, *a*. 3, *ad* 2[um].)

Nota. — Desde el día de mañana hasta el primero de julio, deben buscarse las meditaciones entre las que se omitieron antes de septuagésima.

MEDITACIONES PARA ALGUNAS FIESTAS

30 de noviembre

SAN ANDRÉS

Éste halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías... Y le llevó a Jesús. (*Joan.*, I, 41, 42.)

I. La señal evidente de una perfecta conversión es que el convertido no cesa hasta que ha llevado a Cristo a aquéllos que le son más cercanos. Por eso San Andrés, perfectamente convertido, no retuvo para sí solo el tesoro hallado, sino que se apresura y corre aprisa hacia su hermano, para comunicarle los bienes que había recibido. Así, pues, dice: *Éste halló primero,* esto es, primeramente a su hermano Simón a quien buscaba, para hacer de él su hermano en la fe, como ya era su hermano en la sangre. *El que lo oye, diga: Ven.* (*Apoc.*, XXII, 17.)

II. Dícele Andrés: *Hemos hallado al Mesías.* Jesús lo había instruído hasta hacerle conocer que él era el Cristo, y por eso dice: *Hemos hallado.* Con lo cual insinúa que lo había buscado con deseo durante mucho tiempo. *Bienaventurado el hombre que halló la sabiduría.* (*Prov.*, III, 13.)

III. Señálase luego el fruto que consiguió, porque *lo llevó a Jesús*, esto es, llevó a Pedro hacia Jesús. En lo cual se recomienda la obediencia de Pedro; porque al instante acudió sin tardanza.

Considera la devoción de Andrés, pues lo condujo a Jesús, no a sí mismo, porque se reconocía débil. Por consiguiente, lo conduce a Cristo para que éste lo instruya; enseñando al mismo tiempo con esto que el predicador no debe atribuirse a sí mismo los frutos de la predicación, ni hacerlos servir para su propia honra y provecho, sino llevar las almas a Cristo, para honra y gloria suya, como dice el Apóstol: *Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo.* (II *Cor.*, IV, 5.)

(*In Joan.*, I.)

25 de marzo

ANUNCIACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

I. Fué conveniente se anunciase a la Bienaventurada Virgen que concebiría a Cristo.

1º) Para que se guardase el orden conveniente de la unión del Hijo de Dios con la Virgen, es decir, para que su espíritu lo supiera antes que lo concibiese en la carne. Por lo cual dice San Agustín: "Más dichosa es María percibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo". Y después añade: "De nada hubiera aprovechado a María su cualidad de Madre, si no hubiese llevado más felizmente a Cristo en su corazón que en su cuerpo" [98].

[98] *De Virginitate*, cap. 3.

2º) Para que tuviera más cierta noticia de este misterio una vez que ya había sido instruída de él por parte de Dios.

3º) Para que ofreciese a Dios el presente voluntario de su obediencia, a lo que se ofreció dispuesta, diciendo: *He aquí la esclava del Señor.* (*Luc.*, I, 38.) Y da ejemplo de recibir la fe, porque la anunciación, que es por la predicación de la fe, según aquello: *la fe es por el oído* (*Rom.*, X, 17), precedió a la concepción espiritual de Cristo, que es por la fe.

4º) Para que se manifestase haber cierto matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana; y por eso, se esperaba por la anunciación el consentimiento de la Virgen en nombre de toda la naturaleza humana.

II. La anunciación fué hecha por el Angel con un orden conveniente.

Tres cosas se proponía el Angel con relación a la Virgen.

1º) Llamar la atención de su alma a la consideración de una cosa grande, lo cual hizo al saludar de una manera nueva y desusada; porque para un alma humilde nada es más extraordinario que oír hablar de su excelencia; pero la admiración excita la atención de la manera más viva; y por esto el Angel, queriendo llamar la atención de la mente de la Virgen a la audición de un misterio tan grande, comienza por alabarla: *Dios te salve, llena de gracia.* (*Luc.*, I, 28.) En la cual la expuso primero su idoneidad de concebir, al decir: *llena de gracia*; expresó que concebiría en estas otras palabras: *El Señor es contigo*; y le anunció el honor consiguiente, cuando dijo: *Bendita tú entre las mujeres.*

2º) Proponíase instruirla en el misterio de la Encarnación, que debía cumplirse en ella, lo cual hizo preanunciando la concepción y el parto: *Concebirás en tu seno y parirás* (*Ibid.*, 31), y al manifestarle la dignidad de la prole concebida, cuando dijo: *Éste será grande*, etc. (*Ibid.*, 32), y también al demostrar el modo de la concepción, en estas palabras: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti.* (*Ibid.*, 35.)

3º) Trataba de atraer su ánimo al consentimiento, lo cual hizo con el ejemplo de Isabel y con el argumento tomado de la omnipotencia divina.

(3ª, *q.* XXX, *a.* 1 y 4.)

24 de mayo

FIESTA DE MARÍA AUXILIADORA

Debe colocarse la esperanza en la Bienaventurada Virgen

Se cuenta en la Escritura cómo el rey Asuero, por una falsa sugestión del traidor Amán, promulgó una sentencia de condenación y de muerte contra todo el pueblo judío que vivía en su reino. Ya estaba dictada la sentencia, ya estaba sellada con el anillo del rey, ya publicada por los pregoneros y señalado el día; no restaba sino llevar a cabo la matanza. Pero fué revocada por la intercesión de la reina Esther, por la extensión del cetro de oro y el ósculo de la extremidad del mismo.

La realidad correspondiente a esta figura es la siguiente: a causa del pecado de los primeros pa-

dres, perpetrado por la falsa sugestión del traidor Amán, fué dictada por el rey Asuero, es decir por Dios, sentencia de condenación contra todo el género humano. Ya había sido dictada la sentencia, ya había sido consignada en la sagrada Escritura, ya había sido promulgada por los pregoneros, esto es, por los profetas, ya estaba señalado el día. Pues apenas moríamos, descendíamos a los infiernos.

Pero, gracias a la reina Esther, es decir, a la intercesión de la bienaventurada Virgen María, la sentencia fué revocada por la extensión del cetro de oro y el ósculo de la extremidad del mismo.

En el libro de Esther, capítulo VIII, se refiere que la reina Esther fué grata a los ojos del rey, y que éste extendió hacia ella el cetro de oro, y que la reina besó la extremidad del cetro. Y el rey le dijo: *¿Qué petición es la tuya, Esther, para que se te conceda; y qué quieres que se haga? Aunque pidas la mitad de mi reino, la alcanzarás. Al cual ella respondió: Si he hallado gracia en tus ojos, oh rey, y si a ti place, concédeme la vida, por la que te ruego, y a mi pueblo, por quien intercedo. Porque hemos sido entregados, yo y mi pueblo, a ser destruídos, degollados, y a perecer* (*Esther*, VII, 2-4), a causa del pecado original contraído y de nuestros pecados actuales sobreañadidos.

Pero la reina Esther, es decir, la Bienaventurada Virgen, fué grata a los ojos del rey para la restauración del género humano, y encontró gracia ante él, no solamente para sí, sino para todos los hombres.

El rey alargó el cetro de oro. El Señor Dios Padre nos alargó ese cetro de oro, cuando, por la máxima caridad que nos tenía, expuso a su Hijo

a la Pasión. La Bienaventurada Virgen tocó la extremidad del cetro, cuando concibió en su seno al Hijo de Dios, y después lo dió a luz.

Y así alcanzó la mitad del reino de Dios, de modo que sea reina de misericordia aquélla cuyo Hijo es rey de justicia. De ese modo fué también revocada la sentencia de nuestra condenación. Esa revocación fué promulgada por mensajeros los Apóstoles, enviados especialmente para ello.

(Del prólogo de la exposición a las siete Epístolas Canónicas.)

24 de junio

SAN JUAN BAUTISTA

Él era una antorcha, que ardía y alumbraba. (*Joan.*, V, 35.)

Juan fué un testigo grato de Cristo, y esto se demuestra por tres cualidades de su perfección. La primera pertenece a la condición de su naturaleza, cuando dice: *Era una antorcha*; la segunda a la perfección de su amor, porque *ardía;* la tercera a la perfección de su inteligencia, porque *alumbraba.*

I. Juan era perfecto en su naturaleza, porque era una *antorcha,* es decir, estaba iluminado por la gracia y por la luz del Verbo de Dios. Pues la antorcha se diferencia de la luz en que la luz brilla por sí misma y la antorcha no brilla por sí misma, sino por participación. La verdadera luz es Cristo, como dice el Evangelista: *Era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre.* (*Joan.*, I, 9.) Pero Juan no era luz, sino antorcha, pues es

taba iluminado, *para que diese testimonio de la luz* (*Ibid.*, 8), conduciendo los hombres a Cristo; antorcha de la cual se dice: *Preparada tengo una antorcha a mi Cristo.* (*Psal.*, CXXXI, 17.)

II. En él había un amor ardiente y ferviente; por eso dice: *Que ardía.* Porque algunos son antorchas únicamente por oficio, pero están apagadas en el corazón. Pues así como la antorcha no puede arder, si no se enciende con fuego, del mismo modo la antorcha espiritual no brilla, si con anterioridad no arde y es inflamada por el fuego de la caridad. Por eso el ardor precede a la luz, pues, por el ardor de la caridad se da el conocimiento de la verdad. *A vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.* (*Joan.*, XV, 15.) *Los que teméis al Señor, amadle; y serán iluminados vuestros corazones.* (*Eccli.*, II, 10.) Porque el fuego tiene dos propiedades: arde y resplandece. El ardor del fuego representa al amor por tres causas:

1º) Porque el fuego es el más activo de todos los cuerpos, y del mismo modo el ardor de la caridad, en cuanto que nada puede soportar su ímpetu, como dice el Apóstol: *El amor de Cristo nos estrecha.* (II *Cor.*, V, 14.)

2º) Porque así como el fuego, por herir mucho la sensibilidad, produce mucho calor, así también la caridad causa calor hasta que el hombre logre su fin.

3º) Porque como el fuego se dirige hacia arriba, así también lo hace la caridad, para unirnos a Dios. *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él.* (I *Joan.*, IV, 16.)

III. *Alumbraba* también en el entendimiento.

1º) Interiormente, por el conocimiento de la verdad. *Llenará tu alma de resplandores* (*Is.*, LVIII, 11), esto es, hará que resplandezca.

2º) Exteriormente por la predicación. *Entre los cuales resplandecéis como lumbreras en el mundo.* (*Phil.*, II, 15.)

3º) Por la manifestación de las buenas obras. *A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras.* (*Matth.*, V, 16.)

(*In Joan.*, V.)

SEGUNDA PARTE

DIOS

1º de julio

EXCELENCIA DE LA NATURALEZA DIVINA

1º) Dios no está abarcado en el tiempo; es eterno. Se dice eterno, porque carece de principio y de fin, y porque su ser escapa de las variaciones del pasado y del futuro. Nada se le substrae, nada, además, puede sobrevenirle de nuevo. Por eso dice a Moisés: YO SOY EL QUE SOY (*Ex.*, III, 14); pues su ser no conoce pasado ni futuro, sino que siempre está en el presente.

2º) Su grandeza sobrepasa incomparablemente a la grandeza de todas las criaturas, porque es inmenso.

Un ser puede ser medido por otro si, excediéndole en magnitud, guarda en su exceso alguna proporción. Así, el número dos mide al seis, por cuanto tres veces dos son seis. El seis, pues, excede al dos en alguna proporción según la cual el dos mide al seis, que es triple de aquél. Pero Dios excede infinitamente a toda criatura por la grandeza de su dignidad. Y, por consiguiente, se dice inmenso, porque no existe ninguna medida o proporción entre él y una criatura. Por eso dice el Salmo CXLIV, 3: *Grande es el Señor, y muy loable; y su grandeza no tiene límite,* y en Baruc (III, 25): *Grande es y no tiene fin; excelso e inmenso.*

3º) Dios excede toda mutabilidad, porque es inmutable, ya que en él no existe ninguna variación, según aquello de Santiago: *En el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.* (*Jac.*, I, 17.)

4º) Su poder sobrepuja a todas las cosas, porque es omnipotente: lo puede todo absolutamente. Por eso dice el Génesis: *Yo soy el Dios Todopoderoso* (XVII, 1).

5º) Excede la razón y la inteligencia de todos, porque es incomprensible. Comprender es penetrar hasta el fondo, es agotar todo lo que hay de cognoscible en un ser. Ahora bien, ninguna criatura puede conocer a Dios en ese grado; luego ninguna criatura puede comprenderlo. De ahí estas palabras del libro de Job (XI, 7): *¿Darás, acaso, alcance a las huellas de Dios, y encontrarás perfectamente al Todopoderoso?*, que es como si dijese: "no". *El Señor de los ejércitos es tu nombre. Grande en consejo e incomprensible en pensamiento.* (*Jer.*, XXXII, 18, 19.)

6º) Excede a todo lo que pueda decirse, porque es inefable, es decir, ninguno puede expresar una alabanza que iguale a su excelencia. Por eso dice el Eclesiástico: *Ensalzadlo cuanto podéis; porque mayor es que toda alabanza* (XLIII, 33.)

(*In I Decret.*)

2 de julio

VISITACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Se lee que la Bienaventurada Virgen María hizo tres cosas, después de la concepción de Cristo, que señalan en sentido místico lo que debe imitar

toda alma piadosa después de concebir espiritualmente al Verbo de Dios: subió a la montaña, saludó a Isabel y glorificó magníficamente al Señor. Por lo primero se significa la perfección de las virtudes; por lo segundo, el amor fraterno; por lo tercero, la alabanza y la alegría.

1º) *Levantándose María, fué con prisa a la montaña.* (*Luc.*, I, 39.) Dice la Glosa: "Recibido el consentimiento de la Virgen, se va a los cielos el ángel, a quien imita la Virgen al marchar a la montaña. Del mismo modo el alma, que concibió (espiritualmente) al Verbo de Dios, sube a las cumbres de las virtudes progresando en el amor, para penetrar en la ciudad de Judá, esto es, en la fortaleza de la confesión y de la alabanza, y morar en ella unos tres meses hasta la perfección de la fe, de la esperanza y de la caridad." En esta subida hay tres cosas: el valle del temor y de la humildad, la subida del trabajo y de la dificultad, la cima del amor o caridad. Por eso dice San Bernardo: "La virtud quiere ser enseñada con humildad, ser adquirida con trabajo, ser poseída con amor." Y como estas tres cosas le pertenecen de derecho, no puede ser enseñada, adquirida o poseída de otra manera.

2º) *Y entró en la casa de Zacarías, y saludó a Isabel.* (*Luc.*, I, 40.) El saludo es deseo de salud; desear salud al prójimo corresponde al amor fraterno; pues ésta es la forma verdadera de amar al prójimo, expresada en San Mateo: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (XXII, 39). El alma santa, después de haber concebido espiritualmente al Verbo de Dios, debe insistir en ese amor, pues se dice en San Juan: *Si nos amáremos los unos a los otros, Dios está en nosotros, y su caridad es perfecta en nosotros.* (I *Joan.*, IV, 12.) Y

San Agustín dice: "Bienaventurado es el que te ama, ¡oh Dios mío!, y al amigo en ti, y al enemigo por ti". Y en otro lugar dice el mismo escritor: "¿Qué puede faltar donde está el verdadero amor? ¿Qué ventaja puede haber donde no hay amor?"

3º) *Mi alma engrandece al Señor.* (*Luc.*, I, 46.) Es cántico de alabanza y de regocijo el que puede cantar toda alma santa, después de haber concebido al Verbo de Dios. Por eso aconseja San Ambrosio: "Que en cada uno de nosotros esté el alma de María glorificando a Dios, que esté en cada uno el espíritu de María regocijándose en Dios."

Qué cosa sea engrandecer a Dios lo explica el mismo San Ambrosio: "Dios es glorificado no porque la alabanza humana le añada alguna cosa, sino porque es engrandecido en nosotros, cuando nuestra alma, que ha sido creada a imagen de Dios, se asemeja por la justicia a Cristo, que es imagen del Padre. Y de este modo, cuando engrandece a Cristo, imitándolo, se hace más sublime por cierta participación de su grandeza, de modo que parece expresar en sí la misma imagen por el esplendor de las buenas obras y cierta emulación de virtud." Y Orígenes: "Cuando yo glorifico mi alma con obras, pensamientos y palabras, entonces se hace grande la imagen de Dios, y el mismo Señor, del cual es imagen, es glorificado en mi alma". Por último, dice San Beda: "Engrandece a Dios el alma del que consagra al servicio y a las alabanzas divinas todos los afectos de su hombre interior. Se regocija en Dios, su Salvador, el espíritu de aquél a quien nada de lo terreno agrada, a quien no ablanda la afluencia de las cosas caducas, a quien no quebranta

ninguna adversidad, sino que únicamente le deleita el recuerdo de su Criador, del cual espera la salvación eterna."

(*De Humanitate Christi.*)

3 de julio

FRUTO DEL CONOCIMIENTO DE DIOS

Juan, el precursor de Cristo, decía: *De quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos* (*Luc.*, III, 16), como si hubiese querido decir: no entendáis que yo lo tengo por superior a mí en dignidad, al modo con que un hombre está sobre otro hombre; sino de modo tan excelente que nada soy en comparación con él. Y esto es manifiesto, porque el *no soy digno de desatar la correa de sus zapatos,* es el obsequio más pequeño que puede ofrecerse a los hombres.

De esto resulta que Juan se había acercado mucho al conocimiento de Dios, en cuanto que por la consideración de la grandeza infinita de aquél se vilipendiaba totalmente, y decía no ser nada. Del mismo modo Abrahán, habiendo conocido a Dios, manifestaba: *Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza.* (*Gen.*, XVIII, 27.) Así también Job, habiendo visto al Señor, dijo: *Ahora te ve mi ojo. Por esto yo me reprendo a mí mismo, y hago penitencia en pavesa y ceniza.* (*Job*, XLII, 7.) Después que Isaías vió la gloria de Dios, exclamó: *Todas las naciones, como si no fueran, así son en su presencia* (XL, 17). Por eso dice San Gregorio: "Cuanto más perfectamente conoce el espíritu humano los bienes celestiales, tanto más se humilla en sí mismo. Y todo varón

santo, cuanto más alto se eleva a contemplar la divinidad, tanto más se abisma en su nada dentro de sí mismo."

Según San Gregorio, por el calzado, que se hace con pieles de animales muertos, se entiende la naturaleza humana mortal que tomó Cristo. *Sobre la Idumea extenderé mi calzado* (LIX, 10). La correa del zapato es la unión de la divinidad y la humanidad, unión que ni Juan ni otra persona alguna puede desatar, ni nadie pudo penetrar plenamente, puesto que hace un Hombre-Dios, y un Dios-Hombre, y por eso dice: *no soy digno de desatar la correa de sus zapatos,* que equivale a "explicar el misterio de la Encarnación". Debe entenderse plena y perfectamente, porque tanto Juan como los otros predicadores desatan de algún modo la correa de su zapato, aunque imperfectamente.

(*In Joan.*, I.)

4 de julio

PRESENCIA DE DIOS EN TODAS PARTES

1º) Dios está en todas las cosas, no como parte de su esencia o como accidente, sino como un agente está en aquello donde obra. Siendo Dios ser por esencia, es necesario que el ser creado sea su efecto más propio, como quemar es el efecto propio del fuego. Dios produce ese efecto en las cosas, no sólo en el primer momento de su existencia, sino mientras las conserva en el ser, como la luz es producida en el aire por el sol, mientras el aire está iluminado. Por tanto, mientras una cosa tiene existencia, es necesario que

Dios esté presente a ella, conforme con su modo de existir. Y como el existir es lo que hay de más íntimo en cada cosa y lo más profundamente unido, puesto que es formal respecto de todo lo que hay en la cosa, se deduce que Dios está íntimamente en todas las cosas.

2º) Está en todo lugar, es decir, en todas partes, como dice la Escritura: *¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra, dice el Señor?* (*Jer.*, XXIII, 24.) Así como Dios está en todas las cosas, dándoles el ser, la virtud y la acción, del mismo modo está en todo lugar, dándole el ser y la virtud locativa. Es más, llena todos los lugares porque da el ser a todos los objetos colocados, los cuales llenan todos los lugares. Estar en todas partes conviene por sí y primariamente a Dios y es cosa propiamente suya, porque, sean cuales fueren los lugares que se pongan, es necesario que Dios esté en cada uno de ellos, no como parte, sino según su propio ser.

3º) Dios está en todo lugar por esencia, presencia y potencia.

Se dice que Dios está en alguna cosa de dos maneras: 1ª, como causa agente, y así está en todas las cosas creadas por él; 2ª, como objeto de operación en el operante, lo cual es propio de las operaciones del alma, por cuanto el objeto conocido está en el cognoscente, y el deseado en el que desea. De esta segunda manera es como Dios está especialmente en la criatura racional, que lo conoce y ama actual y habitualmente. Y como la criatura racional obtiene esto por la gracia, se dice, en este sentido, que está por gracia en los santos.

Mas para saber cómo está en las otras cosas creadas por él, es preciso examinarlo por ana-

logía con las cosas humanas. Se dice que un rey está en todo el reino por su poder, aunque no esté presente en todas partes. Se dice que una cosa está presente en todas las cosas que están ante su mirada, igual que de todas las cosas que están en una casa se dice que están presentes a alguno; el cual, sin embargo, no está sustancialmente en cada parte de la casa. Se dice que una cosa está esencial o sustancialmente en un lugar en el cual su sustancia existe.

Por consiguiente, Dios está por potencia en todo, porque todo está sometido a su poder; está en todo por presencia, porque todo está descubierto a sus ojos; y está en todo por esencia, porque se halla presente en toda cosa como causa de su ser.

(1ª, *q*. VIII, *a*. 1, 2, 3.)

5 de julio

INMUTABILIDAD DE DIOS

I. Existe en Dios una manera de ser o perfección, según la cual es inmutable en su naturaleza, como atestigua él mismo por el profeta Malaquías: *Yo soy el Señor, y no me mudo* (III, 6). Todo lo que se mueve adquiere con su movimiento alguna cosa y llega a aquello a lo que antes no llegaba. Pero siendo Dios infinito, y comprendiendo en sí mismo toda la plenitud de perfección de todo ser, nada puede adquirir, ni extenderse a nada donde antes no tocara. Por consiguiente, de ninguna manera es compatible con él el movimiento.

Es verdad que se dice en el libro de la Sabi-

duría: *La sabiduría es más ágil que todas las cosas movibles* (VII, 24). Pero se dice que la sabiduría es móvil por vía de símil, en atención a que esta Sabiduría difunde su semejanza hasta lo último del ser; pues nada puede existir que no proceda en similitud de la divina sabiduría, como de su primer principio efectivo y formal, al modo con que también las obras de arte proceden de la sabiduría del artífice. Así, pues, en cuanto la semejanza de la divina sabiduría procede gradualmente desde las criaturas superiores que más participan de su semejanza, hasta las cosas inferiores, que participan menos, se dice que hay cierta procesión o movimiento de la divina sabiduría a las cosas; como si dijéramos que el sol baja a la tierra, por cuanto el rayo de su luz alcanza y toca la tierra.

En sentido metafórico se usan estas palabras en la Escritura: *Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros.* (*Jac.*, IV, 8.) Pues, así como se dice que el sol entra en una casa y sale de ella, para indicar que su rayo llega hasta la casa, del mismo modo se dice que Dios se acerca a nosotros o se aleja de nosotros, para indicar que experimentamos influencia de su bondad o nos separamos de él.

(1ª, *q.* IX, *a.* 1.)

II. También nosotros debemos procurar, para constancia del alma, ser inmutables en el bien y no apartarnos del camino de la rectitud, ni doblegados por las adversidades, ni seducidos por la prosperidad. Pero, ¡ay!, somos excesivamente inconstantes en las santas meditaciones, en los afectos ordenados, en la seguridad de la conciencia, en la recta voluntad. ¡Ay!, cuán súbitamente nos

mudamos del bien al mal; de la esperanza, al temor injusto; y por el contrario: del gozo, al dolor injusto; de la taciturnidad, a la locuacidad; de la madurez, a la ligereza; de la caridad, al rencor o a la envidia; del fervor, a la sequedad; de la humildad, a la vanagloria o a la soberbia; de la mansedumbre, a la ira; de la alegría y del amor espiritual, al carnal; de tal modo que nunca permanecemos estables un solo momento en el mismo estado, sino que somos constantes en la inconstancia, en la infidelidad, en la ingratitud, en los defectos espirituales, en la imperfección, en la pérdida del tiempo, en las ligerezas, en los pensamientos y afectos impúdicos. La inestabilidad de los sentidos y de los miembros exteriores arguye mutabilidad de los afectos y de los movimientos interiores. Esforcémonos en estas cosas razonablemente, y conduzcámonos con igualdad y frecuentemente de un mismo modo, esto es, con madurez y benignidad en el reposo y en la manera de andar, y en toda nuestra vida.

(De divinis moribus.)

6 de julio

UTILIDADES DERIVADAS DE LA CONSIDERACIÓN DE DIOS CREADOR

1º) Por esa meditación, el hombre se dirige al conocimiento de la majestad divina; porque el artífice descuella sobre sus obras. Y como Dios es artífice de todas las cosas, se sigue que él es más eminente que todas ellas. Por consiguiente, cualquier cosa que puede ser conocida o pensada, es menor que el mismo Dios. *Ciertamente*

Dios es grande, que sobrepuja nuestro saber. (Job., XXXVI, 26.)

2º) Por ello el hombre se inclina a darle gracias. Pues siendo Dios criador de todas las cosas, es cierto que todo lo que somos y cuanto poseemos procede de Dios, como dice el Apóstol: *¿Qué tienes tú, que no hayas recibido?* (I *Cor.*, IV, 7.) Y el Real Profeta: *Del Señor es la tierra y su plenitud; la redondez de la tierra y todos sus habitadores.* (*Psal.*, XXIII, 1.) Por consiguiente, debemos darle acciones de gracias.

3º) El hombre es inducido a la paciencia en las adversidades. Porque, aunque toda criatura proceda de Dios, y por eso sea buena según su naturaleza, sin embargo, si en algo nos perjudica o causa pena, debemos creer que esa pena procede de Dios, mas no la culpa; pues ningún mal procede de Dios, sino el que se ordena al bien. Y por lo tanto, si toda pena que el hombre sufre procede de Dios, debe soportarse pacientemente. Las penas purifican los pecados, humillan a los reos, provocan a los buenos al amor de Dios. Por eso decía Job: *Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no recibimos los males?* (*Job.*, II, 10.)

4º) Esta meditación nos lleva a usar rectamente de las cosas creadas. Porque debemos emplear las criaturas para lo que han sido hechas por Dios. Mas las cosas han sido hechas con dos fines: para gloria de Dios, pues *todas las cosas las ha hecho el Señor por sí mismo* (*Prov.*, XVI, 4), esto es, para su gloria; y para utilidad nuestra: *Aquellas cosas que el Señor Dios tuyo crió para servicio de todas las gentes que están debajo del cielo.* (*Deut.*, IV, 19.) Debemos, por tanto, usar de las cosas para gloria de Dios, a fin de agradarle con

ello, y para utilidad nuestra, es decir, de modo que, usando de ellas, no cometamos pecado. *Tuyas son todas las cosas; y lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado.* (I *Par.*, XXIX, 14.) Luego todo lo que tienes, ciencia, hermosura, todo debes referirlo y usarlo para gloria de Dios.

5º) Nos lleva al conocimiento de la dignidad humana. Porque Dios hizo todas las cosas por el hombre, como se dice en el Salmo (VIII, 8): *Todas las cosas sujetaste debajo de sus pies*, y el hombre es más semejante a Dios que todas las criaturas, exceptuados los ángeles. Por eso se lee en el Génesis (I, 26): *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.* Esto no lo ha dicho del cielo, ni de las estrellas, sino del hombre; pero no en cuanto al cuerpo, sino en cuanto al alma, que posee voluntad libre y es incorruptible, en lo cual se asemeja a Dios más que las demás criaturas.

Debemos, pues, considerar al hombre, después de los ángeles, más digno que las demás criaturas, y no aminorar de ninguna manera nuestra dignidad por el pecado y por el apetito desordenado de las cosas corporales, que son más viles que nosotros y han sido creadas para nuestro servicio; antes bien debemos conducirnos del modo que Dios nos ha hecho. Porque Dios crió al hombre para que presidiese a todas las cosas que están en la tierra, y para que se sujetase a él. Debemos, por lo tanto, dominar y presidir a las cosas, pero sometername a Dios, obedecerle y servirle, y con ello llegaremos al goce de Dios.

(In Symbol.)

7 de julio

DIOS, GOBERNADOR DE TODAS LAS COSAS

Creo en Dios.

I. Este nombre "Dios" no significa otra cosa que gobernador y provisor de todas las cosas. Así, pues, cree en la existencia de Dios el que cree que él gobierna todas las cosas de este mundo y es su providencia. Pero el que cree que todas las cosas provienen de la casualidad, ese tal no cree que existe Dios. Nadie hay tan necio que no crea que todas las cosas naturales son gobernadas, provistas y ordenadas, ya que todas proceden con cierto orden y en determinados tiempos. Porque observamos que el sol, la luna, las estrellas y todas las otras cosas naturales guardan un curso determinado, lo cual no ocurriría si procediesen de la casualidad.

II. Hay, sin embargo, algunos que, aun admitiendo que Dios gobierna y ordena las cosas naturales, no creen, sin embargo, que Dios tenga providencia de los actos humanos, y creen, por tanto, que los actos humanos no son ordenados por Dios. Ésos razonan así porque observan que en este mundo son afligidos los buenos, y prosperan los malos; lo cual parece una negación de la providencia divina con respecto a los hombres. Pero esto es una necedad. Les ocurre a esos individuos lo mismo que al que, desconociendo la medicina y viendo a un médico propinar agua a un enfermo y vino a otro, creyese que eso es debido a la casualidad, e ignorara que el arte

de la medicina, por justa causa, da vino a uno y agua a otro. Así ocurre con Dios, pues éste, por justa causa y con su providencia, dispone las cosas necesarias a los hombres; y de este modo aflige a algunos buenos, y deja en la prosperidad a algunos malos. Por lo cual, quien creyere que esto ocurre casualmente, es un necio y por tal es reputado, pues tal cosa no ocurre sino porque ignora el arte y la causa de las disposiciones divinas.

III. Por consiguiente, debe creerse con firmeza que Dios gobierna y ordena, no sólo las cosas naturales, sino también los actos humanos. *Y dijeron: No lo verá el Señor, ni lo sabrá el Dios de Jacob. Entended, insensatos del pueblo, y vosotros, necios, entrad una vez en cordura. El que plantó la oreja, ¿no oirá?... El Señor conoce los pensamientos de los hombres.* (*Psal.*, XCIII, 7-11.) Dios ve, pues, todo: los pensamientos y las cosas ocultas de la voluntad. Por eso se impone, de manera especial, a los hombres la necesidad de obrar bien, porque cuanto piensan y obran está patente a las miradas divinas.

(In Symbol. Apost.)

8 de julio

DIOS PADRE NUESTRO

I. Dios se llama Padre nuestro por razón de nuestra creación singular, porque nos crió a su imagen y semejanza, a diferencia de las demás criaturas inferiores. También por razón de su providencia, pues aunque gobierna a las demás

cosas, a nosotros nos gobierna como a señores, y a las demás cosas como a siervos. Además, por razón de la adopción, porque a las demás criaturas les dió pequeños dones, pero a nosotros nos dió su herencia, porque somos hijos, como dice el Apóstol: *Si hijos, también herederos* (*Rom.*, VIII, 17), y en el versículo 15 había dicho: *Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre.*

II. Cuatro cosas le debemos a Dios:

1º) El honor. *Si yo soy Padre, ¿dónde está el honor que se me debe?* (*Mal.*, I, 6.) Ese honor debido a Dios consiste en tres cosas, una de las cuales es el tributo de alabanza debido a Dios: *Sacrificio de alabanza me honrará* (*Psal.*, XLIX, 23), alabanza que no debe ser únicamente de boca, sino también de corazón. Por eso se queja el Señor según Isaías: *Este pueblo ... con sus labios me honra; mas su corazón está lejos de mí* (XXIX, 13). El honor debido a Dios consiste también en la pureza del cuerpo para nosotros mismos: *Glorificad a Dios, y llevadle en vuestro cuerpo* (*I Cor.*, VI, 20), y en la equidad de juicio para con el prójimo: *El honor del rey ama la justicia.* (*Psal.*, XCVIII, 4.)

2º) La imitación, porque es padre: *Me llamarás padre y no cesarás de ir en pos de mí.* (*Jer.*, III, 19.) Esta imitación consiste en tres cosas. En el amor: *Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy amados; y andad en caridad.* (*Eph.*, V, 1, 2.) Es necesario que ese amor sea de corazón, para que no sea simulado. En la compasión, pues el amor debe ser compasivo: *Sed, pues,*

misericordiosos (*Luc.*, VI, 36), y esa compasión debe ser de obra. En la perfección, porque el amor y la misericordia deben ser perfectos. *Sed, pues, vosotros, perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.* (*Matth.*, V, 48.)

3º) La obediencia y la sujeción: *¿Cómo no obedeceremos mucho más al Padre de los espíritus?* (*Hebr.*, XII, 9.) Y esto por tres motivos: A causa de su dominio, pues él es el Señor; por el ejemplo, pues el verdadero Hijo de Dios *se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte* (*Philip.*, II, 8); por la utilidad y ventaja: *Danzaré, y me haré más vil que los hermanos, y seré humilde en la presencia del Señor que me eligió.* (II *Reg.*, VI, 22.)

4º) Paciencia en los castigos. *No deseches, hijo mío, la corrección del Señor; ni desmayes cuando él te castiga. Porque al que ama el Señor, lo castiga; y se complace en él, como un padre en su hijo.* (*Prov.*, III, 11, 12.)

(*Orationes Dominicae expos.*)

9 de julio

AMOR DE DIOS

Amas todas las cosas que son, y ninguna aborreces de aquellas que hiciste. (*Sap.*, XI, 25.)

I. Dios ama todas las cosas existentes, porque todo lo existente es bueno, puesto que existe, y la existencia misma de cada cosa es un bien, lo mismo que cada una de sus perfecciones. La voluntad de Dios es la causa de todas las cosas; y así es necesario que en cada una haya tanto de

ser y de bien cuanto Dios ha querido que hubiera. Por consiguiente, Dios quiere algún bien para toda cosa que existe, y como amar no es otra cosa que querer el bien para alguno, es evidente que Dios ama todo cuanto existe.

Pero no de la manera que amamos nosotros. Porque nuestra voluntad no es causa de la bondad de las cosas, sino que es movida por ella como por su objeto; el amor nuestro por el que queremos el bien para alguno no es causa de la bondad de éste, sino que, por el contrario, su bondad real o supuesta incita ese amor con que queremos conservarle el bien que tiene y añadirle el que no tiene, y para este fin obramos.

Pero el amor de Dios infunde y crea la bondad en los seres.

De este modo el amante sale fuera de sí transportado al amado, en cuanto quiere para éste el bien y por su providencia se lo proporciona, como lo hace para sí. Por eso dice San Dionisio: "Se ha de tener valor y decir con verdad que también él, causa de todas las cosas, sale de sí mismo, en la abundancia de su bondad amativa, proveedora de todo lo existente" [1].

(1ª, *q.* XX, *a.* 2.)

II. Dios ama con amor admirable a los miembros de su Unigénito. *Conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste a mí.* (*Joan.*, XVII, 23.)

Es preciso saber que Dios ama todas las cosas que hizo, dándoles el ser; pero ama sobre todo a su Hijo Unigénito, a quien dió toda su naturaleza por la generación eterna. Entre estos dos

[1] *De div. nom.*, cap. 4.

amores está el amor que tiene a los miembros de su Unigénito, es decir, a los fieles de Cristo, dándoles la gracia por la cual Cristo habita en ellos.

Los has amado, como también me amaste a mí; estas palabras no expresan identidad de amor, sino motivo y semejanza. Como diciendo: El amor con que me has amado es razón y causa de vuestro amor a ellos; porque, al amarme a mí, amas a los que me aman y que son mis miembros. *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis.* (*Joan.*, XVI, 27.)

Es lógico que ahora no podamos conocer cuánto nos ama Dios, porque los bienes que Dios ha de darnos exceden nuestro apetito y deseo, y no pueden ser contenidos en nuestro corazón. *Ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió, lo que preparó Dios para aquellos que le aman.* (I *Cor.*, II, 9.) Por tanto el mundo creyente, esto es, los santos, conocerá por experiencia cuánto nos ama; pero los amadores del mundo, es decir, los malos, conocerán esto viendo y admirando la gloria de los santos, como dice el libro de la Sabiduría: *Éstos son los que en otro tiempo tuvimos por escarnio, y como ejemplo de oprobio* (V, 3). Y más abajo: *Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios, y entre los santos está la suerte de ellos.* (*Ibid.*, 5.)

(*In Joan.*, XVII.)

10 de julio

LA CENA DEL SEÑOR

Podemos distinguir tres cenas de Cristo: sacramental, espiritual y eterna.

De la primera se dice en el Apocalipsis (XIX, 9): *Bienaveturados los que han sido llamados a la cena de las bodas del Cordero.* Verdaderamente son bienaventurados, en el presente por la gracia, y en el futuro por la gloria. *Y me vinieron todos los bienes juntamente con ella.* (*Sap.*, VII, 11.) A esto añade la Glosa: "El que recibe a Cristo en el corazón, o percibe la noticia de todas las cosas, éste tiene aquí igualmente la virtud y la gracia, y en el futuro la vida eterna." Ésta es la cena en la cual lavó Cristo los pies de sus discípulos, esto es, la parte afectiva de nuestra alma de los pecados veniales, porque en este sacramento se verifica la transformación del hombre en Cristo, por el amor. Y porque los pecados veniales son contrarios al fervor del amor, fervor que es excitado en este sacramento, por eso se perdonan, en consecuencia, los pecados veniales. Y así explica San Bernardo: "El alma se embriaga de celestial dulzura en el sacramento del altar, el pecado venial es destruído y el hombre se robustece en la gracia."

De la segunda se dice también en el Apocalipsis (III, 20): *He aquí que estoy a la puerta, y llamo,* a las puertas cerradas del corazón, según la Glosa; *si alguno oyere mi voz, y me abriere la puerta, entraré en él, y cenaré con él, y él conmigo,* esto es, como se entiende por la Glosa: "me deleitaré en su fe y sus obras". Esta cena

está expresada místicamente en el Evangelio de San Juan, donde se dice: *Jesús, seis días antes de la Pascua, vino a Betania . . . y le dieron allí una cena, y Marta servía.* (*Joan.*, XII, 1, 2.) Por lo cual explica Alcuino que místicamente la cena del Señor es la fe de la Iglesia, que obra por amor. Marta sirve con fe, cuando el alma ejecuta las obras de su devoción. Lázaro es uno de los que estaban sentados, cuando aquellos que resucitaron a la justicia después de la muerte de los pecados, juntamente con los que permanecieron en su justicia, se regocijan de la presencia de la verdad y se sustentan con los dones de la gracia celestial. Y bien se dice en "Betania", que significa "casa de obediencia".

De la tercera cena dice el Señor en San Lucas, XIV, 16: *Un hombre hizo una grande cena,* lo que la Glosa explica así: "porque nos preparó la saciedad de la dulzura interior". Ésta es la cena en la cual Juan, esto es, todo elegido en quien reside la gracia, está sentado, libre del estrépito de la vida presente; porque, como dice San Bernardo: Allí está el descanso de los trabajos, la paz sin enemigos, la amenidad de la novedad, la seguridad de la eternidad, la suavidad y la dulzura de la visión de Dios.

(De Humanitate Christi.)

LA VIDA PURGATIVA

11 de julio

VOCACIÓN DE LOS HOMBRES

Dios quiere que todos los hombres se salven. (I *Tim.*, II, 4.)

Dios quiere tres cosas de nosotros:

1º) Que poseamos la vida eterna: Pues el que hace alguna cosa con cierto fin, quiere para esa cosa aquello para lo cual la hizo. Mas Dios crió al hombre de la nada, pero no para la nada, como se dice en el Salmo (LXXXVIII, 48): *¿Acaso criaste en vano a todos los hijos de los hombres?* Luego hizo al hombre para algo; mas no para las voluptuosidades, porque también las poseen los brutos; sino para que poseyesen la vida eterna.

Cuando un ser alcanza el fin para el que ha sido hecho, se dice que se salva; pero cuando no lo consigue, se dice que está perdido. Cuando el hombre consigue la vida eterna, se dice que se salva; y esto lo quiere el Señor, como dice el Evangelista: *La voluntad de mi Padre, que me envió, es ésta: Que todo aquel que vea al Hijo, y crea en él, tenga vida eterna.* (*Joan.*, VI, 40.)

Esa voluntad está ya cumplida en los ángeles y en los santos que están en el cielo, porque ven a Dios y lo conocen, y disfrutan de él; pero nosotros deseamos que, así como se ha cumplido la

voluntad de Dios en los bienaventurados que están en los cielos, se cumpla igualmente en nosotros, que estamos en la tierra; y esto lo pedimos, cuando oramos: *Hágase tu voluntad* en nosotros que estamos en la tierra, como en los santos que están en el cielo.

2º) Que guardemos sus mandamientos. Pues cuando alguien desea una cosa, no solamente quiere lo que desea, sino también todas las cosas por las cuales puede obtenerla, del mismo modo que el médico quiere la dieta, la medicina y otras cosas semejantes para conseguir la salud. Como por la observancia de los mandamientos llegamos a la vida eterna, Dios quiere que guardemos los mandamientos.

3º) Que el hombre sea repuesto en el estado y dignidad en que fué criado el primer hombre, la cual dignidad fué tanta, que el espíritu y el alma no sentían ninguna rebelión ni resistencia de parte de la carne y de la sensualidad. Porque mientras el alma estuvo sometida a Dios, de tal modo estuvo también la carne sometida al espíritu que no sintió ninguna corrupción de la muerte o de las enfermedades y de los otros padecimientos; pero desde el momento en que el espíritu y el alma, que estaba situada entre Dios y la carne, se rebeló contra Dios por el pecado, se rebeló entonces el cuerpo contra el alma, y comenzó a sentir la muerte y las enfermedades, y la continua rebelión de la sensualidad contra el espíritu. Así se desencadenó esta continua lucha entre la carne y el espíritu, y el hombre se envilece continuamente por el pecado. Es, por consiguiente, voluntad de Dios que el hombre sea restituído a su estado primitivo, esto es, que no haya en la carne cosa alguna que repugne al

espíritu, como dice el Apóstol: *Ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación . . . que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santificación y honor.* (I *Thess.*, IV, 3, 4.)

(In oration. Dominic.)

12 de julio

TINIEBLAS Y SOMBRA DE MUERTE

Los sacó de las tinieblas, y sombra de muerte. (*Psalm.*, CVI, 14.)

1º) Existen tres clases de tinieblas, a saber: a) Tinieblas de ignorancia. *No supieron, ni entendieron, en tinieblas andan.* (*Psal.*, LXXXI, 5.) Éstas son tinieblas de la razón, considerada en sí misma, en cuanto que se ofusca por sí misma. b) Tinieblas de culpa, y a éstas se refiere el Apóstol cuando dice: *En otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor.* (*Eph.*, V, 8.) Éstas son también de la razón humana, no producidas por sí misma, sino por el apetito, en cuanto que, mal dispuesto por las pasiones o por el hábito, ansía algo como bueno aunque en verdad no es un bien. c) Por último, están las tinieblas de condenación eterna. *Al siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores.* (*Matth.*, XXV, 30.) Las dos primeras especies de tinieblas se dan en la vida presente; pero la tercera, al término de la vida.

Pero Cristo *los sacó* de las tinieblas, porque es la *luz del mundo,* no un sol criado, sino autor de la creación del sol; y sin embargo, como dice San Agustín, la luz que crió al sol fué hecha bajo el sol, y está cubierta por la nube de la carne, no

para obscurecerla, sino para templarla. Y porque esta luz es universal, por eso expulsa universalmente todas las tinieblas. *El que me sigue, no anda en tinieblas* (*Joan.*, VIII, 12), es decir, en las tinieblas de la ignorancia, porque yo soy la verdad; ni de la culpa, porque yo soy el camino; ni de la condenación eterna, porque yo soy la vida. (*In Joan.*, c. VIII.)

2º) La noche se entiende de dos maneras. Una que resulta de la substracción de la gracia actual, a la cual lleva el pecado mortal, y cuando llega esta noche nadie puede ejecutar obras meritorias de la vida eterna.

La otra es la noche consumada, cuando uno no solamente es privado de la gracia actual por el pecado mortal, sino también de la facultad de alcanzarla, a causa de la condenación eterna en el infierno, donde existe noche profunda, que envolverá a aquéllos de quienes se dice: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno.* (*Matth.*, XXV, 41.) Entonces ninguno podrá obrar, porque no es tiempo de merecer, sino de recibir lo merecido. Por consiguiente, mientras vives, haz lo que debes hacer. Por eso aconseja la Escritura: *Cualquier cosa que pueda hacer tu mano, óbrala con instancia; porque ni obra, ni razón, ni sabiduría, ni ciencia habrá en el sepulcro, adonde caminas aprisa.* (*Eccle.*, IX, 10.)

3º) La muerte es la condenación en el infierno. *Ellos serán pasto de la muerte.* (*Psal.*, XLVIII, 15.) La *sombra* de la muerte es la semejanza de la condenación futura que existe en los pecadores. Mas la pena mayor de los que están en el infierno es la separación de Dios; y puesto que los pecadores ya se han separado de Dios,

por eso tienen una semejanza de condenación futura, al contrario de lo que ocurre a los justos, quienes poseen una semejanza de la futura bienaventuranza.

(*In Matth.*, V.)

13 de julio

HERIDAS DE LA NATURALEZA COMO CONSECUENCIA DEL PECADO

El sentido y el pensamiento del corazón humano son propensos al mal desde su juventud. (*Gen.*, VIII, 21.)

Por la justicia original la razón contenía perfectamente a las fuerzas inferiores del alma, y la misma razón era perfeccionada por Dios, estando a él sujeta. Pero esta justicia original se perdió por el pecado del primer padre; y en consecuencia todas las fuerzas del alma quedan en cierto modo destituídas del propio orden con que naturalmente se ordenan a la virtud; y la misma destitución se llama lesión de la naturaleza.

Empero, hay cuatro potencias del alma que pueden ser sujetos de las virtudes: la razón, en la cual está la prudencia; la voluntad, asiento de la justicia; la potencia irascible, en la que se halla la fortaleza; y la concupiscible, sujeto de la templaza. Así, pues, en cuanto la razón es destituída de su orden a lo verdadero, hay lesión de *ignorancia*; en cuanto la voluntad es destituída de su propio orden al bien, hay llaga de *malicia*; en cuanto la potencia irascible es despojada de su orden a lo arduo, hay lesión de *debilidad*; y en cuanto la concupiscencia es destituída de su pro-

pio orden a lo deleitable moderado por la razón, tenemos la vulneración de *concupiscencia.*

Así, pues, estas cuatro lesiones son las llagas inferidas a toda la naturaleza humana por el pecado del primer padre, mas, por cuanto la inclinación al bien de la virtud se disminuye en cada uno por el pecado actual, también son, esas mismas cuatro heridas, consecuencias de los otros pecados, en cuanto por el pecado la razón se embota principalmente en el obrar, la voluntad se endurece para el bien, se acrece la dificultad para obrar bien, y se inflama más la concupiscencia.

(1ª 2ae, *q.* LXXXV, *a.* 3.)

14 de julio

ENFERMEDADES DEL PECADO

Yacía grande muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua. (*Joan.*, V, 3.)

Aquí se describen las enfermedades del pecado.

I. En cuanto a la posición, pues *yacían* postrados, es decir, adheridos a lo terreno por los pecados; el que yace se adhiere totalmente a la tierra. San Mateo dice que Jesús *se compadeció de ellas* (de las turbas), *porque estaban fatigadas y decaídas, como ovejas que no tienen pastor.* (*Matth.*, IX, 36.) Los justos en cambio no yacen, sino que están de pie, dirigidos hacia lo celestial. *Ellos fueron atados, y cayeron; mas nosotros* (los justos) *nos levantamos y pusimos derechos.* (*Psal.*, XIX, 9.)

II. En cuanto al número, puesto que son muchos. Por eso dice: *Grande muchedumbre.* Y en el Eclesiastés se leen estas palabras: *Los perversos, con dificultad se corrigen, y el número de los necios es infinito* (I, 15). Y San Mateo agrega: *Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él.* (*Matth.*, VII, 13.)

III. En cuanto a la disposición o hábito de los enfermos; y aquí se ponen cuatro cosas en las que incurre el hombre por el pecado:

1º) Por el hecho de someterse el hombre a las pasiones de los pecados dominantes se torna enfermo, y en cuanto a esto dice: *de enfermos.* Por lo cual Cicerón llama enfermedades del alma a las pasiones de la misma, como la ira, la concupiscencia, etc. Por eso decía el Profeta: *Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo.* (*Psal.*, VI, 3.)

2º) Por el dominio de las pasiones y su victoria sobre el hombre se ciega la razón por el consentimiento, y en este sentido debe tomarse la expresión: *de ciegos*, es decir, por los pecados, según aquello del libro de la Sabiduría: *Los cegó su malicia* (*Sap.*, II, 21), y del Salmo (LVII, 9): *Cayó fuego de arriba, y no vieron el sol.*

3º) El hombre enfermo y ciego se hace inconstante en sus obras y está casi cojo. Por eso se expresa en los Proverbios: *El impío hace obra, que no subsiste* (XI, 18). Y se les llama cojos según se lee en el libro III de los Reyes: *¿Hasta cuándo cojeáis por ambos lados?* (XVIII, 21.)

4º) Enfermo el hombre de esa manera, ciego de entendimiento, cojo en las obras, se hace árido en el afecto, por cuanto se seca en él toda la sua-

vidad de la devoción que pedía el Profeta diciendo: *Como de grosura y de gordura sea rellenada mi alma.* (*Psal.*, LXII, 6.) A éstos se les llama *paralíticos*. De ellos dice el Salmo (XXI, 16): *Secóse como un tiesto mi vigor.*

Pero hay otros de tal modo afectados por la enfermedad del pecado, que no esperan el movimiento del agua, descansando en sus pecados, según aquello de la Escritura: *Viviendo en grande guerra de ignorancia, llaman paz a tantos y tan grandes males.* (*Sap.*, XIV, 22.) De los tales se dice: *Los que se alegran cuando hacen mal, y saltan de contento en cosas malísimas.* (*Prov.*, II, 14.) La razón es que no aborrecen el pecado, ni pecan por ignorancia, o debilidad, sino por una malicia evidente.

Mas estos enfermos, como no pecan por malicia, no descansaban en los pecados, antes bien esperaban con deseo el movimiento del agua. Por eso agrega: *esperando.*

(*In Joan.*, V.)

15 de julio

LA MANCHA DEL PECADO

I. Se dice propiamente que un cuerpo tiene mancha cuando de brillante que era se torna sin brillo por el contacto con otro cuerpo, como el vestido y el oro, la plata u otros semejantes; y por analogía puede decirse que hay mancha en las cosas espirituales. Ahora bien, el alma del hombre posee un doble brillo, ya por la refulgencia de la luz de la razón natural, por la que se rige en sus actos; ya por la de la luz divina, es decir, de la sabiduría y de la gracia, por la que

también se perfecciona el hombre para obrar bien y decentemente. Pero existe como cierto contacto del alma, cuando se adhiere a algunas cosas por el amor. Cuando peca, se adhiere a algunas cosas contra la luz de la razón y de la ley divina; por lo que el detrimento del brillo, proveniente de tal contacto, se llama metafóricamente mancha del alma.

(1ª 2ae, *q*. LXXXVI, *a*. 1.)

Una cosa se dice manchada cuando padece detrimento en la hermosura que debe tener; por lo cual la mancha, en ese sentido, no tiene algo positivo, sino que, con respecto al daño que causa a la belleza, se dice que produce algún efecto; igual que una cosa colocada en el rostro quita o tapa el candor del mismo. Ahora bien, la belleza del alma consiste en la semejanza que debe tener con Dios, por la claridad de la gracia recibida de él. Y así como la claridad corporal del sol es interceptada ante nosotros por un obstáculo interpuesto, así también la claridad de la gracia es substraída al alma por el pecado cometido, que se interpone entre Dios y nosotros.

La luz de la gracia dirige la inteligencia y mueve la voluntad, pero el pecado introduce un defecto en ambas facultades: en la inteligencia, porque todo pecado procede del error; en la voluntad, porque todo pecado está en la voluntad. Y por consiguiente la mancha afecta a la inteligencia y a la voluntad, pero principalmente a ésta.

(4, *Dist*., 18, *q*. I, *a*. 2.)

II. La mancha del pecado permanece en el alma, después del acto de pecado, porque la man-

cha importa cierto defecto de resplandor, a causa del receso de la luz de la razón o de la ley divina; y por tanto, mientras el hombre permanece fuera de esa luz, queda en él la mancha del pecado; mas después que retorna a la luz de la razón y a la luz divina, lo cual se verifica por la gracia, entonces cesa la mancha. Pero aunque cese el acto del pecado, por el cual el hombre se alejó de la luz de la razón o de la ley divina, el hombre no retorna, sin embargo, inmediatamente al estado en que se hallaba, sino que se requiere algún movimiento de la voluntad, contrario al primer movimiento; como cuando uno, distante de otro por algún movimiento, no se aproxima a él inmediatamente después de cesar el movimiento, sino que es necesario que se le acerque volviendo por el movimiento contrario.

(1ª 2ªᵉ, *q*. LXXXI, *a*. 2.)

16 de julio

EL PECADO PUEDE SER PENA DEL PECADO

Sobre el pecado podemos hablar de dos modos: *per se* y *per accidens*. Del primer modo, el pecado no puede ser de ningún modo pena del pecado, porque el pecado se considera *per se* como procedente de la voluntad, y en este concepto tiene razón de culpa; al paso que la pena es de suyo contraria a la voluntad. Por lo cual es evidente que el pecado, propiamente hablando, de ningún modo puede ser pena del pecado.

Mas *per accidens* el pecado puede ser pena del pecado de tres modos:

1º) Por parte de la causa, que es la remoción del

obstáculo; pues son causas incitativas al pecado las pasiones, la tentación del diablo y otras semejantes; las cuales causas se neutralizan por el auxilio de la gracia divina, que se substrae por el pecado, y así, siendo la misma substración de la gracia cierta pena, y procedente de Dios, de aquí el llamarse también pena *per accidens*, aun el pecado que de esto se sigue. En ese sentido habla el Apóstol al decir: *Por lo cual los entregó Dios a los deseos de su corazón* (*Rom.*, I, 24), que son las pasiones del alma, por cuanto desamparados los hombres del auxilio de la gracia divina, son vencidos por las pasiones. De este modo el pecado se dice ser siempre pena del pecado precedente.

2º) Por parte de la substancia del acto que produce aflicción; ya sea el acto interior, como se ve en la misma ira y en la envidia; ya exterior, como cuando algunos afrontan grave trabajo o daño para realizar el acto pecaminoso, conforme a aquello: *Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición.* (*Sap.*, V, 7.)

3º) Por parte del efecto, y así algún pecado se llama pena respecto del efecto consiguiente. Mas de estos dos últimos modos un pecado no sólo es pena de otro precedente, sino también de él mismo.

Ciertamente las penas han sido impuestas para que por ellas se reduzcan los hombres al bien de la virtud. El ser algunos castigados aun por Dios, al permitirles éste que caigan en otros pecados, se ordena al bien de la virtud, y a veces también al bien de los mismos que pecan, cuando después del pecado se levantan más humildes y más cautos. Pero siempre para enmienda de los otros, que, al ver a algunos rodar de pecado en pecado, temen más el pecar. Mas en los otros dos modos es

evidente que la pena se ordena a la enmienda; porque el hecho mismo de padecer el hombre trabajo y detrimento al pecar, naturalmente retrae a los hombres del pecado.

(1ª 2ªe, *q*. LXXXVII, *a*. 2.)

17 de julio

EL REATO DE LA PENA ES EFECTO DEL PECADO

Se dice en la epístola a los Romanos: *Tribulación y angustia será sobre toda alma de hombre que obra mal.* (II, 9.) Obrar mal es pecar. Luego el pecado lleva aneja la pena que se designa con el nombre de tribulación y angustia.

De las cosas naturales se deriva a las cosas humanas la ley siguiente: lo que actúa contra algo sufre detrimento de ello. Vemos, en efecto, en las cosas naturales, que un contrario reacciona con mayor vehemencia cuando sobreviene otro contrario; de ahí que en los hombres se halle por inclinación natural que cada uno abata al que le contraría. Pero es evidente que cuantas cosas se contienen dentro de un orden, son en cierto modo una sola en orden al principio de orden; así, pues, lo que contrarresta a algún orden, es consecuente que sea deprimido por aquel orden y por el principio del orden.

Por lo tanto, siendo el pecado un acto desordenado, es manifiesto que todo el que peca obra contra algún orden; y por lo tanto es consecuente que sea abatido por el mismo orden, el cual abatimiento, ciertamente, es una pena. Así, pues, según los tres órdenes a que está sometida la voluntad humana, puede ser castigado

el hombre con tres penas; porque la naturaleza humana está sometida: 1º, al orden de la propia razón; 2º, al orden de un hombre exterior, que gobierna espiritual o temporalmente, política o económicamente; 3º, al orden universal del régimen divino; y cada uno de estos tres órdenes se subvierte por el pecado, pues el que peca obra contra la razón, contra la ley humana y contra la ley divina, y por ello incurre en tres penas: una, por sí mismo, que es el remordimiento de la conciencia; otra por el hombre; y la tercera, de parte de Dios.

(1ª 2ªᵉ, *q.* LXXXVII, *a.* 1.)

18 de julio

DIFERENCIA ENTRE EL PECADO VENIAL Y EL PECADO MORTAL

I. La diferencia del pecado venial y mortal es consecuencia de la diversidad del desorden que completa la razón de pecado; porque hay dos clases de desorden: una por la substracción del principio del orden, y otra por la que, aun salvo el principio de orden, hay desorden acerca de lo posterior al principio; como en el cuerpo del animal a veces el desconcierto de la complexión llega hasta la destrucción del principio vital, que es la muerte; pero otras, salvo el principio de la vida, hay cierto desorden en los humores, constitutivo de la enfermedad.

II. El principio de todo orden en lo moral es el fin último, que en las cosas operativas es como el principio indemostrable en las especulativas;

y por consiguiente, cuando el alma se desordena por el pecado hasta apartarse del último fin, que es Dios, a quien se une por la caridad, entonces hay pecado mortal; pero cuando el desorden no llega hasta la aversión a Dios, entonces hay pecado venial. Pues así como en los cuerpos el desorden de la muerte, que se verifica por la remoción del principio de vida, es irreparable por naturaleza, pero el desorden de la enfermedad puede repararse por aquellos medios con que se salva el principio de la vida; así también sucede en las cosas que atañen al alma, puesto que, en las cosas especulativas, al que yerra acerca de los principios no se le puede persuadir, pero al que yerra salvando los principios, por los mismos principios se le puede sacar de su error.

Del mismo modo ocurre en las cosas prácticas; el que pecando se aparta del último fin, por cuanto es de la naturaleza del pecado, tiene una caída irreparable, y por eso se dice que peca mortalmente, y debe ser castigado eternamente. Mas el que peca sin apartarse del todo de Dios, por la misma razón de pecado se desordena reparablemente, porque se salva el principio; y por tanto se dice que peca venialmente, es decir, porque no peca de modo que merezca pena interminable.

(1ª 2ae, *q.* LXXII, *a.* 5.)

III. El pecado mortal es, por un lado, semejante a la muerte, y por otro, semejante a la enfermedad. En cuanto separa de Dios, que es la vida, tiene semejanza de muerte, y ésta es la muerte primera. Pero por cuanto deja una posibilidad de retornar a la vida, tiene semejanza de enfermedad, la cual conduce a la muerte de la condenación, que es la muerte segunda. Ésta re-

tiene semejanza absoluta con la muerte, ya que por ella el hombre se separa de Dios, y es imposible el regreso a la vida de la gracia. Pues así como en las enfermedades corporales unas son curables y otras no (en cuanto depende de la naturaleza de la enfermedad) y estas últimas se llaman enfermedades mortales, así también los pecados, unos son mortales porque de por sí son irremisibles. Se dice que el pecado es mortal por razón de la muerte primera; y también pecado para la muerte, por razón de la muerte segunda.

(2, *Dist.* 43, *q.* I, *a.* 3.)

19 de julio

EL PECADO MORTAL OBLIGA A LA PENA ETERNA

Irán éstos al suplicio eterno. (*Matth.*, XXV, 46.)

I. Por tres razones se dice que el pecado mortal obliga a la pena eterna.

1º) Por parte de aquél contra el cual se peca, que es infinitamente grande, Dios. Por consiguiente, la ofensa contra él merece pena infinita, pues cuanto más digno es aquél contra quien se peca, más gravemente debe ser castigado el pecado.

2º) Porque parte de la voluntad del pecador. Pues consta que quien peca mortalmente pone su fin en el objeto de su pecado y del placer que en él busca, hasta el punto de despreciar a Dios por ello. Mas es evidente que quien ama sumamente una cosa como fin de su voluntad, querría, por lo mismo, adherirse siempre a ella. Y por lo tanto quien mortalmente peca, con aquel acto de la voluntad con que eligió el pecado mortal, eli-

gió asimismo adherirse siempre al pecado, a no ser que accidentalmente se retraiga, ya por el temor de la pena, ya por otra cosa parecida. Pero, si pudiera adherirse infinitamente, se adheriría siempre, y por consiguiente, quien peca eternamente merece una pena eterna.

3º) Por parte del estado del que peca mortalmente, el cual es privado de la gracia por el pecado. Por lo cual, como sin la gracia no podría tener lugar el perdón de la culpa, si muere en pecado mortal, siempre permanecerá en la culpa, pues ulteriormente no será ya capaz de recibir la gracia. Al subsistir la culpa, siempre queda sujeto a la pena, ya que, en caso contrario, permanecería una cosa desordenada en el universo.

(2, *Dist.*, 42, *q.* I, *a.* 5.)

II. De que el pecado haya sido una cosa temporal no se colige que sólo deba ser castigado con pena temporal. Porque la pena es proporcionada al pecado en cuanto a la acerbidad, tanto en el juicio divino cuanto en el humano. Pero, como dice San Agustín (*De civit. Dei,* l. 21, cap. 11), en ningún juicio se requiere que la pena iguale a la culpa en duración; pues no porque el adulterio o el homicidio se cometan en un momento, se castigan con pena momentánea, sino que unas veces con cárcel perpetua o destierro, y otras veces con la muerte; en la que no se considera la duración del asesinato, y sí más bien el ser perpetuamente arrancado de la sociedad de los vivientes; y así representa a su modo la eternidad de la pena divinamente impuesta.

Es justo, según San Gregorio (*Dialog.*, I, 4, c. 44), que quien pecó en su eterno contra Dios sea castigado en lo eterno de Dios; y se dice que

uno peca en su eterno no sólo por la continuación del acto durante toda la vida del hombre, sino porque en el hecho mismo de cifrar su fin en el pecado, tiene voluntad de pecar eternamente. Por lo cual dice San Gregorio que "los pecadores habrían querido vivir sin fin, para poder perseverar sin fin en sus iniquidades". (*Moral*, l. 4.)

(1ª 2ªe, *q*. LXXXVII, *a*. 3 *ad* 1um.)

20 de julio

LOS PECADOS ESPIRITUALES

Los pecados espirituales son de mayor culpa que los pecados carnales; en lo cual no debe entenderse que cualquier pecado espiritual es de mayor culpa que cualquier pecado carnal; sino que, considerada esta sola diferencia de espiritualidad y carnalidad, son más graves los espirituales que los carnales en igualdad de circunstancias.

De esto pueden señalarse tres razones:

La primera de parte del sujeto, porque los pecados espirituales pertenecen al espíritu, al cual es propio dirigirse a Dios y apartarse de él; mas los pecados carnales se consuman en el deleite del apetito carnal, al cual corresponde principalmente dirigirse al bien corporal; y por consiguiente el pecado carnal, como tal, tiene más de conversión, por lo que también es de mayor adhesión; pero el pecado espiritual tiene más de aversión, de la cual procede la razón de culpa; y por lo mismo, el pecado espiritual, como tal, es de mayor culpa.

La segunda razón puede tomarse de parte de

aquél contra quien se peca; porque el pecado carnal, como tal, va contra el propio cuerpo, lo que es menos de amar, según el orden de la caridad, que Dios y el prójimo, contra los cuales se peca por los pecados espirituales; y así éstos, como tales, son de mayor culpa.

La tercera razón puede sacarse del motivo, porque cuanto más grave es lo que impulsa a pecar, tanto menos peca el hombre; mas los pecados carnales tienen más vehemente incitativo, que es la misma concupiscencia de la carne, innata en nosotros, y por consiguiente los pecados espirituales, como tales, son de mayor culpa.

Es cierto, como dice San Agustín [2], que el diablo se goza mucho del pecado de lujuria, no porque sea más grave, sino porque es de máxima adherencia, y difícilmente puede ser arrancado de él el hombre; pues el apetito deleitable es insaciable.

Pero el que los pecados carnales sean de mayor infamia, no quiere decir que sean más graves. Pues es más torpe ser incontinente de concupiscencia que incontinente de ira, ya que participa menos de la razón; y los pecados de intemperancia son en gran manera reprobables, porque tienen por objeto aquellos deleites que nos son comunes con los brutos; por lo que, en cierto modo, por estos pecados el hombre se torna brutal; y de ahí proviene que, como dice San Gregorio [3], sean de mayor infamia.

(1ª 2ae, *q.* LXXIII, *a.* 5.)

2 *De civitate Dei,* lib. II, cap. 4, y lib. IV, cap. 31.
3 *Moral.,* lib. XXXIII, cap. 2.

21 de julio

EL QUE PECA POR MALICIA PECA MÁS GRAVEMENTE QUE EL QUE PECA POR PASIÓN

El pecado que de industria se comete, por esto mismo merece pena más grave, según aquello de Job (XXXIV, 26): *Los hirió como a impíos en el lugar de los que miran. Los que como de propósito se apartaron de él.* Es así como el castigo no se acrecienta sino por la gravedad de la culpa; luego el pecado se agrava por ser de propósito o con malicia cierta.

El pecado que procede de malicia cierta es más grave que el que se comete por pasión, por tres razones:

1ª) Porque, consistiendo principalmente el pecado en la voluntad, cuanto más propio de la voluntad sea el movimiento del pecado tanto más grave será el pecado en igualdad de circunstancias; pero cuando se peca por malicia cierta, el movimiento del pecado es más propio de la voluntad que por sí misma se mueve al mal, que cuando se peca por pasión, es decir, como por cierto impulso extrínseco a pecar; y así el pecado, por lo mismo que procede de malicia, se agrava tanto más cuanto más vehemente fuere la malicia, y, siendo por pasión, tanto más se disminuye cuanto más violenta fuere la pasión.

2ª) Porque la pasión, que inclina a la voluntad al pecado, pasa pronto; y así el hombre retorna pronto al buen propósito, arrepintiéndose del pecado; pero el hábito con que el hombre peca por malicia es una cualidad permanente; y por tanto, quien peca por malicia, peca con más per-

sistencia. Por lo cual el Filósofo[4] compara al intemperante, que peca por malicia, con el enfermo que sufre continuamente; y al incontinente, que peca por pasión, con el que padece a intervalos.

3ª) Porque quien peca por malicia cierta está mal dispuesto en cuanto al mismo fin, que es el principio en lo operable; y así su efecto es más peligroso que el de aquel que peca por pasión, cuyo propósito tiende a un buen fin, aun cuando este propósito se interrumpa transitoriamente a causa de la pasión. Pero siempre el defecto de principio es pésimo; y por tanto, es evidente que es más grave el pecado que procede de malicia que el que procede de pasión.

Además, el impulso que procede de la pasión es como por defecto exterior de la voluntad; mas por el hábito la voluntad es inclinada como de adentro.

El que peca por pasión peca, ciertamente, eligiendo, pero no por elección, toda vez que la elección no es en él el primer principio del pecado, sino que es inducido por la pasión a elegir lo que, libre de pasión, no elegiría. Mas el que peca por malicia cierta, elige de por sí el mal, por lo tanto, la elección que hay en él es principio de pecado, y por esto se dice que peca por elección.

(1ª 2ae, q. LXXVIII, a. 4.)

[4] *Ethic.*, lib. VII, cap. 9 u 8.

22 de julio

EL PECADO SE AGRAVA SEGÚN LA CONDICIÓN DE LA PERSONA CONTRA QUIEN SE PECA

En la Sagrada Escritura se vitupera especialmente el pecado que se comete contra los siervos de Dios; también el pecado cometido contra los parientes; y por último el pecado que se comete contra las personas constituídas en dignidad.

La persona contra la cual se peca es, en cierto modo, objeto del pecado. La primera gravedad del pecado se considera por parte del objeto; y en atención a éste se computa tanto mayor la gravedad en el pecado, cuanto más principal sea el fin de su objeto. Mas los fines principales de los actos humanos son Dios, el mismo hombre, y el prójimo; ya que todo lo que hacemos lo referimos a alguno de estos tres, aunque también cada uno de estos tres esté subordinado al otro. Puede, pues, considerarse mayor o menor la gravedad en el pecado, según la condición de la persona contra quien se peca.

1º) Por parte de Dios, a quien tanto más se une el hombre cuanto más virtuoso sea y más consagrado a Dios esté; y por tanto, la injuria inferida a tal persona redunda más en contra de Dios, según aquello: *El que os tocare, toca la niña de mis ojos.* (*Zach.*, II, 8.) Por consiguiente, el pecado se hace más grave cuando se peca contra una persona más unida a Dios por su virtud o por razón de su oficio.

2º) De parte de uno mismo es manifiesto que uno peca tanto más gravemente cuanto más pecare contra persona a él unida, o por razón de

parentesco natural, o por beneficios o por cualquier otra unión, porque parece que peca más contra sí mismo, y por tanto peca más gravemente, según consta en el Eclesiástico: *Quien para sí mismo es malo, ¿para qué otro será bueno?* (*Eccl.*, XIV, 5.)

3º) Por parte del prójimo, se peca tanto más gravemente cuanto mayor sea el número de los que afecte el pecado, y por tanto el pecado que se comete contra persona pública, por ejemplo, contra el rey o el príncipe, que representan en su persona a toda la multitud, es más grave que el pecado que se comete contra una sola persona privada. Por lo que se dice especialmente: *Ni maldecirás al príncipe de tu pueblo.* (*Ex.*, XXII, 28.) Y del mismo modo la injuria que se hace a alguna persona insigne, parece ser más grave porque redunda en escándalo y perturbación de muchos.

(1ª 2ªᵉ, *q.* LXXIII, *a.* 9.)

23 de julio

LA GRANDEZA MORAL O SOCIAL DE LA PERSONA QUE PECA AGRAVA EL PECADO

Existen dos clases de pecados. Uno que proviene de la subrepción, por debilidad de la naturaleza humana; y tal pecado se imputa menos al que es más aventajado en virtud, porque descuida menos el reprimir semejantes pecados, a los que, sin embargo, la debilidad humana no permite evitar del todo.

Otros pecados proceden de deliberación, y se

imputan tanto más a uno cuanto mayor sea. Y esto puede ser por cuatro razones:

1ª) Porque los mayores pueden resistir más fácilmente al pecado, por ejemplo, los que aventajan a los demás en ciencia y en virtud; por lo cual dice el Señor: *El siervo que supo la voluntad de su Señor, y no se apercibió, y no hizo conforme a su voluntad, será muy bien azotado.* (*Luc.*, XII, 47.)

2ª) Por la ingratitud, porque todo bien con que uno se engrandece es beneficio de Dios, a quien el hombre se hace ingrato pecando; y en cuanto a esto, cierta supremacía, aun en los bienes temporales, agrava el pecado, conforme a aquella sentencia del libro de la Sabiduría: *Los poderosos poderosamente padecerán tormento.* (*Sap.*, VI, 7.)

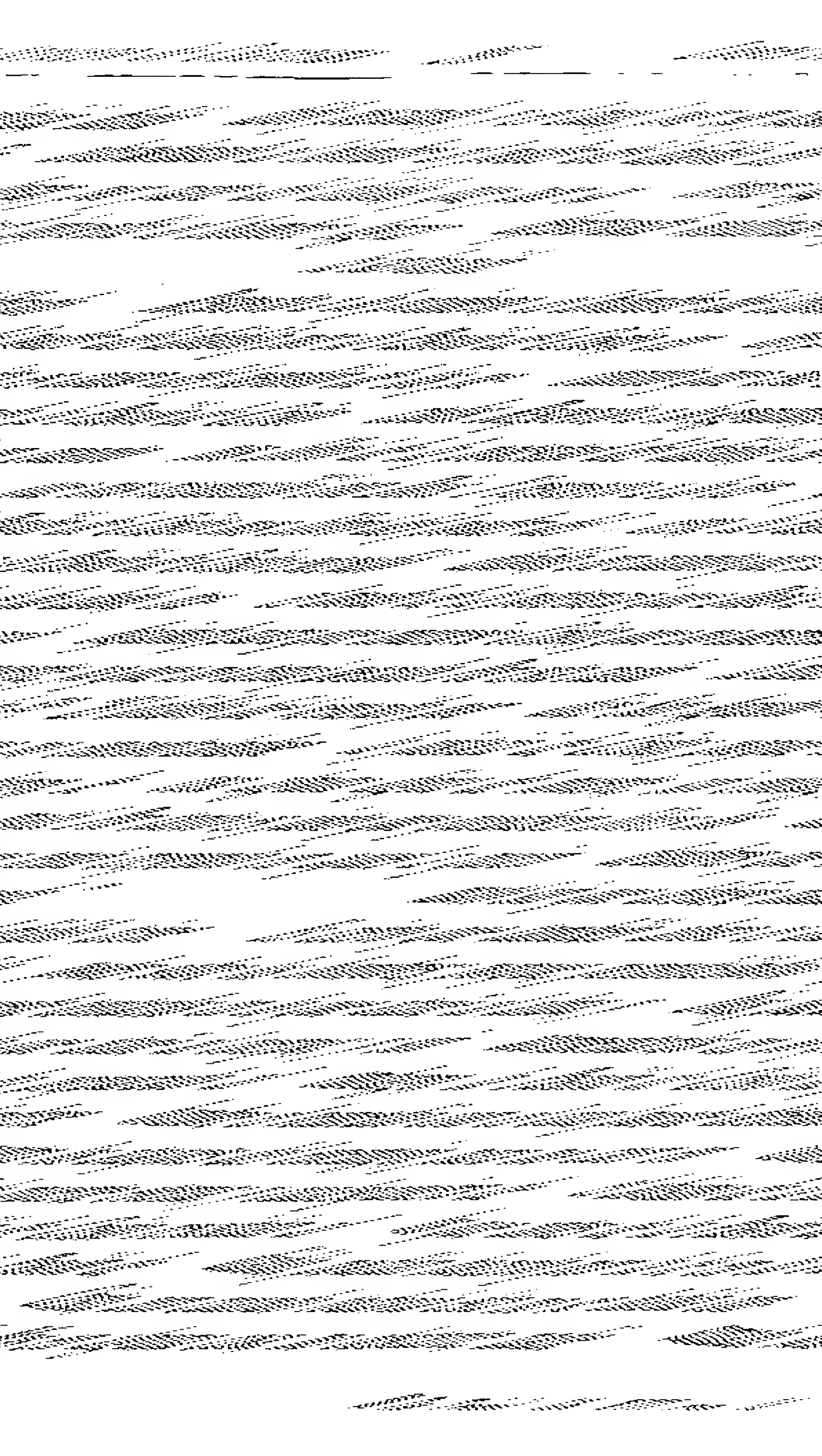
3ª) Por la especial repugnancia del acto del pecado a la grandeza de la persona, como si un príncipe, que está constituído en custodio de la justicia, la violara, y el sacerdote, que tiene hecho voto de castidad, fornicara.

4º) Por razón del ejemplo o escándalo, porque, como dice San Gregorio: "La culpa se extiende vehementemente al ejemplo, cuando el pecador es honrado por la reverencia de su posición" [5].

Pero si Dios castiga más a los mayores por un solo y mismo pecado, no hace en esto acepción de personas, porque la superioridad de los mismos influye en la gravedad del pecado.

(1ª 2ªe, *q.* LXXIII, *a.* 10.)

[5] *In Pastorali,* part. I, cap. 2.



cionados deleites. Por consiguiente no son de por sí un bien para el hombre.

Por otra parte, el último fin es Dios; por lo tanto es preciso establecer como último fin del hombre aquello que más le acerca a Dios. Ahora bien, los deleites corporales impiden al hombre el supremo acercamiento a Dios, que se verifica por la contemplación. Estos deleites la impiden en gran manera, porque sumergen profundamente al hombre en las cosas sensibles, y por consiguiente lo retraen de las cosas espirituales. No debe, por lo tanto, colocarse la felicidad humana en los deleites corporales.

(*Contra Gentiles*, lib. I, cap. 3.)

III. En esta vida no se encuentra la felicidad. Esto lo demostraremos por dos consideraciones:

1ª) Por la razón misma de la bienaventuranza. Porque siendo la bienaventuranza el bien perfecto y suficiente, excluye todo mal y sacia todo deseo; pero en esta vida es imposible sustraerse a todo mal, como que está sujeta a muchos males inevitables, ya de ignorancia por parte del entendimiento, ya de desordenado afecto en el apetito, como también muchas penalidades en el cuerpo. Tampoco es posible saciar en esta vida el deseo del bien, por cuanto el hombre desea naturalmente la permanencia del bien que posee; y los bienes de la vida son transitorios, como lo es la vida misma, que nosotros naturalmente poseemos y quisiéramos prolongar a perpetuidad, puesto que todo hombre rehusa naturalmente la muerte. Por consiguiente, es imposible obtener en esta vida la bienaventuranza propiamente como tal.

2ª) Si consideramos en qué consiste especial-

mente la bienaventuranza, es decir, la visión de la divina esencia, es inaccesible al hombre en esta vida. Todo esto prueba evidentemente que nadie en esta vida puede alcanzar la verdadera y perfecta bienaventuranza.

Algunos se dicen bienaventurados en esta vida, o por la esperanza de lograr la bienaventuranza en la vida futura, según lo que dice el Apóstol: *En la esperanza hemos sido hechos salvos* (*Rom.*, VIII, 24); o por alguna participación de la bienaventuranza en cierta parcial fruición del sumo bien.

(1ª 2ªᵉ, *q.* V, *a.* 3.)

25 de julio

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis de la misma manera. (*Luc.*, XIII, 3.)

Es absolutamente necesario para la salvación aquello sin lo cual nadie puede alcanzar a ésta, como la Gracia de Cristo y el sacramento del Bautismo, por el que uno renace en Cristo. El sacramento de la Penitencia es necesario hipotéticamente, porque no es necesario a todos, sino únicamente a los que están sujetos al pecado, pues se dice que *el pecado, cuando es consumado, engendra muerte.* (*Jac.*, I, 15.) Y por consiguiente es necesario para la salvación del pecador que el pecado sea apartado de él, lo cual no puede verificarse sin el sacramento, juntamente con la el que obra la virtud de la Pasión de Cristo por la absolución del sacerdote juntamente con la obra del penitente que coopera con la gracia a

la destrucción del pecado; pues, como dice San Agustín: "El que te crió sin ti, no te justificará sin ti" [6]. Es, por lo tanto, evidente que el sacramento de la Penitencia es necesario a la salvación después del pecado, como la medicina corporal, después que el hombre cae en una enfermedad peligrosa.

Rectamente dice San Jerónimo que la penitencia es la segunda tabla después del naufragio. Porque así como el primer remedio para los que pasan el mar está en que se mantengan dentro de la nave íntegra, y el segundo remedio, después de destrozada la nave, es adherirse a una tabla, así también el primer remedio en el mar de esta vida es que el hombre conserve la integridad; y el segundo es que, si por el pecado hubiere perdido la integridad, la recobre por la penitencia.

Ciertamente se lee en los Proverbios: *La caridad cubre todas las faltas* (X, 12), y más abajo: *Por la misericordia y por la fe se limpian los pecados.* (*Ibid.*, XV, 27.) Pero desde el momento en que alguno incurre en el pecado, la caridad, la fe y la misericordia no libran al hombre del pecado sin la penitencia, porque la caridad requiere que el hombre se duela de la ofensa cometida contra el amigo, y que procure con empeño satisfacerle. Requiere también la fe que, por virtud de la Pasión de Cristo, que obra en los sacramentos de la Iglesia, procure justificarse de sus pecados; y requiere también la misericordia ordenada que el hombre, arrepintiéndose, preste auxilio a su propia miseria, en la que incurre por el pecado, según aquello de la Escritura: *El pecado hace miserables a los pueblos.* (*Prov.*,

[6] *Serm.* 15 *de Verb. Apost.*

XIV, 34.) Por lo cual dice el Eclesiástico: *Tú, que agradas a Dios, apiádate de tu alma* (XXX, 24).

(3ª, *q.* LXXXIV, *a.* 5, 6.)

26 de julio

LAS RELIQUIAS DEL PECADO

Se lee en San Marcos que el ciego, iluminado por el Señor, recobró primeramente la vista imperfecta. Por eso dijo: *Veo los hombres como árboles que andan* (VIII, 24); después la recobró perfecta, *de modo que veía claramente todas las cosas.* (*Ibid.*, 25.) La iluminación del ciego significa la liberación del pecador. Luego de la primera remisión de la culpa, por la cual es restituída al pecador la vista espiritual, todavía quedan en él algunas reliquias del pecado pasado.

El pecado mortal, por parte de la *conversión* desordenada al bien mudable, produce en el alma una cierta disposición, o también hábito, si el acto es reiterado frecuentemente. Mas la culpa del pecado mortal se perdona en cuanto que se quita por la gracia la *aversión* de la mente a Dios.

Pero quitado lo que procede de la *aversión*, puede subsistir lo que proviene de la *conversión* desordenada, y sucede que ésta puede estar sin aquélla. Por consiguiente, nada impide que, perdonada la culpa, permanezcan las disposiciones causadas por los actos precedentes, que se dicen reliquias del pecado; permanecen, sin embargo, debilitadas y disminuídas, de modo que no dominen al hombre; y esto más bien como disposi-

ciones que como hábitos, y también queda el fomes de la concupiscencia después del Bautismo.

Dice San Agustín: "Nunca sanó el Señor a alguno, sin haberlo librado totalmente; y así sanó a un hombre por completo en sábado, pues libró su cuerpo de toda enfermedad y a su alma de todo contagio" [7]. Es cierto que Dios cura perfectamente a todo el hombre; pero unas veces lo hace súbitamente, como restituyó la salud en el acto a la suegra de San Pedro, *de tal modo que ella se levantó luego, y les servía* (*Luc.*, IV, 39); pero otras veces lo hace sucesivamente, según lo dicho del ciego iluminado. Del mismo modo toca algunas veces espiritualmente el corazón del hombre en tal forma que consiga instantáneamente la salud espiritual perfecta, no solamente por la remisión de la culpa, sino también quitándole todas las reliquias del pecado, como en el caso de la Magdalena. Mas a veces perdona primero la culpa por la gracia operante, y después, por la gracia cooperante, quita sucesivamente las reliquias del pecado [8].

(3ª, *q.* LXXXVI, *a.* 5.)

[7] Parece que la cita es de otro autor, *De vera et falsa poenit.*, cap. 9.

[8] Qué entiende Santo Tomás por gracia operante y cooperante, nos lo ha dicho ya en otro lugar (1ª, 2ªᵉ, *q.* CXI, *a.* 2): "La acción de algún efecto no se atribuye al ser movido sino al moviente. Así, pues, en aquel efecto en que nuestra mente es movida y no es moviente, mas sólo Dios es moviente, la acción se atribuye a Dios; y en este sentido se llama gracia *operante*. Pero en aquel efecto en el cual nuestra mente mueve y es movida, la acción no se atribuye a solo Dios, sino también al alma; y en este sentido se llama gracia *cooperante*.

27 de julio

LA CONTRICIÓN

1º) Debe ser máxima.

En la contrición hay doble dolor. Uno en la voluntad, que es esencialmente la misma contrición, la cual no es otra cosa que displicencia del pecado pasado, y tal dolor en la contrición excede a todos los otros dolores, porque, cuanto más agrada una cosa, tanto más desagrada su contraria. Ahora bien, el fin último agrada sobre todas las cosas, ya que todas las cosas se desean por él; luego el pecado, que aparta del fin último, debe desagradar sobre todas las cosas.

Existe otro dolor en la parte sensitiva, y no es necesario que este dolor sea máximo. Porque mayor dolor hay en la parte sensitiva por una lesión sensible, que el que se experimenta en la razón por repercusión. Por lo que el dolor de la parte sensitiva, procedente del desagrado que en la razón produce el pecado, no es mayor que los otros dolores sensibles, ya porque el sentimiento inferior no está sometido en su voluntad al superior a tal punto que una emoción u otra esté en la parte inferior en el grado que ordena la parte superior; ya porque las emociones que provienen de la razón en los actos virtuosos están sometidas a determinada medida; la que no siempre se guarda en el dolor no virtuoso, porque a veces la excede.

2º) De qué modo puede ser excesiva la contrición.

La contrición por parte del dolor que está en la razón, esto es, de la displicencia que produce

el pecado en cuanto es ofensa de Dios, no puede ser excesiva, como tampoco puede ser excesivo el amor de caridad, que inspira tal displicencia. Pero el dolor sensible puede ser excesivo, como también la aflicción exterior del cuerpo. En todo esto debe tomarse por medida la obligación de conservarse en estado de cumplir sus deberes. Por eso dice el Apóstol: (Sea) *racional vuestro obsequio.* (*Rom.*, XII, 1.)

3º) La contrición debe ser mayor para un pecado que para otro.

Podemos considerar la contrición de dos modos: Uno, en cuanto la contrición responde separadamente a cada uno de los pecados, y así en cuanto al dolor del afecto superior se requiere que uno se duela más de un pecado mayor, porque la razón del dolor es mayor en un caso que en otro, es decir, la ofensa de Dios; pues Dios se ofende más por un acto más desordenado. Igualmente, también, como quiera que a mayor culpa se deba más pena, el dolor de la parte sensitiva debe ser mayor por un pecado más grave.

En otro aspecto puede considerarse la contrición, en cuanto se extiende simultáneamente a todos los pecados, como en el acto de la justificación, y así, habitual o virtualmente, es mayor en un pecador que en otro. Pues quien se duele de haber ofendido a Dios, se duele implícitamente de diversa manera, según que por ellos haya ofendido más o menos a Dios. Aun cuando cualquier pecado mortal aparta de Dios y quita la gracia, sin embargo, uno aleja más que otro, en cuanto que un pecado está más en desacuerdo en su desorden con respecto al orden de la divina bondad, que otro pecado.

(4, *Dist.*, XVI, *a.* 3.)

28 de julio

DURACIÓN DE LA CONTRICIÓN

I. La contrición debe durar hasta el fin de la vida.

En la contrición existe un doble dolor: uno de la razón, que es la detestación del pecado cometido; otro de la parte sensitiva, que es consecuencia de aquél. Para los dos el tiempo de la contrición es el estado de toda la vida presente. Mientras uno está en el estado de vía, detesta los inconvenientes que le retardan o impiden llegar al término del camino; y como por el pecado pasado se retarda nuestra marcha hacia Dios, porque no puede recuperarse el tiempo que estaba acordado para correr, es necesario que siempre durante esta vida persista el estado de contrición, en cuanto a la detestación del pecado. El hombre debe siempre dolerse de haber pecado; porque, si le agradase haber pecado, por eso mismo incurriría ya en pecado, y perdería el fruto del perdón.

Lo mismo hay que decir del dolor sensible, que es inspirado por la voluntad como una pena; porque si el hombre al pecar mereció pena eterna, y pecó contra Dios eterno, después que la pena eterna ha sido conmutada en pena temporal, debe conservar en él un dolor eterno, es decir, durante el estado de esta vida. Y por eso dice Hugo de San Víctor que Dios, al absolver de la culpa y de la pena eterna al hombre, lo ata con el vínculo de una detestación perpetua del pecado.

El dolor de contrición corresponde a la culpa por parte de la aversión, de la cual recibe cierta

infinidad; por lo que también la contrición debe perdurar siempre.

La penitencia interior, con la que uno se duele del pecado cometido, y también la penitencia exterior, con la que se dan señales exteriores de dolor, pertenece al estado de los incipientes, es decir, de los que recientemente retornan del pecado. Pero la penitencia interior se da también en los aprovechados y perfectos, según aquello del Salmo (LXXXIII, 7): *Dispuso subidas en su corazón, en el valle de lágrimas.* Por eso decía el Apóstol: *No soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.* (I *Cor.*, XV, 9.)

2º) De qué modo debe la contrición ser continua.

Como la contrición es, por un lado, cierto desagrado experimentado por la razón, siendo un acto de la virtud de penitencia, nunca puede ser superflua, ni en cuanto a su intensidad ni en cuanto a su duración, sino únicamente en el caso de que el acto de una virtud impida el acto de otra más necesaria en un momento. Por lo cual cuanto más continuamente pueda el hombre permanecer en los actos de ese desagrado, tanto mejor es, con tal que a su tiempo se dedique a los actos de las otras virtudes, según convenga.

Pero las pasiones pueden tener algo de más y de menos, en cuanto a su intensidad y en cuanto a su duración. Y por consiguiente, así como la pasión del dolor que la voluntad ordena, debe ser moderada en su intensidad, así debe serlo en su duración, no sea que, si se prolonga demasiado, caiga el hombre en la desesperación o en la pusilanimidad y otros vicios semejantes.

(4, *Dist.*, XVII, *q.* 2.)

29 de julio

ES MENESTER EVITAR LA SOLICITUD EXCESIVA DE LAS COSAS TEMPORALES Y BUSCAR UNA SOLA COSA

Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola cosa es necesaria. (*Luc.*, X, 41, 42.)

I. La solicitud de las cosas temporales puede ser ilícita de tres maneras:

1ª) De parte del objeto de que nos inquietamos, esto es, si buscamos en las cosas temporales nuestro fin último.

2ª) Por el superfluo estudio que se pone para procurarlas, por el cual el hombre se retrae de las cosas espirituales, a las que preferentemente debe dedicarse. Por eso se dice: *Los cuidados de este siglo...: ahogan la palabra* (de Dios). (*Matt.*, XIII, 22.)

3ª) Por el temor exagerado de que a uno le falte lo necesario si hace lo que debe; lo cual ha sido prohibido por el Señor, por tres motivos: primero, por los mayores beneficios dados por Dios al hombre, sin solicitud de su parte, cuales son el cuerpo y el alma; en segundo lugar, a causa de la subsistencia que Dios asegura a los animales y a las plantas, según sus necesidades, sin intervención del hombre; y en tercer lugar, por la divina Providencia, por ignorancia de la cual los gentiles se dedican más principalmente a buscar los bienes temporales.

Por esto concluye que nuestra solicitud debe tener principalmente por objeto los bienes espirituales, esperando que también nos darán los

bienes temporales de acuerdo con la necesidad, si cumplimos lo que debemos.

(2ª 2ªᵉ, *q*. LV, *a*. 6.)

II. Debemos buscar una sola cosa: *en verdad una sola es necesaria.* (*Luc.*, X, 42.)

Estando Marta muy afanada en muchas cosas, quiso el Señor atraerla a una sola. La perfección del hombre consiste en que su corazón se ligue a una sola, ya que cuanta mayor unidad haya en él tanto más semejante es a Dios, que es verdaderamente uno. *Una sola cosa he pedido al Señor.* (*Psal.*, XXVI, 4.) Pero en contra de esto padece el que busca las riquezas o las cosas del mundo, pues se llena de muchos deseos, y su corazón es arrastrado a cosas diversas.

(*In* 1ᵃᵐ *Tim.*, VI.)

Por eso también el Espíritu Santo realizó la purificación de la Bienaventurada Virgen, como preparándola para la concepción de Cristo; esa purificación no fué de alguna impureza de culpa o de concupiscencia, sino que consistió en reconcentrar más profundamente su alma en una sola cosa, y en separarla de la multitud.

(3ª, *q*. XXVII, *a*. 3 *ad* 3ᵘᵐ.)

Ese uno, al cual se adhiere el hombre por la caridad, es Dios. En esto consiste la perfección del hombre: en unirse a Dios por la caridad. El alma puede unirse perfectamente a Dios de dos modos: refiriendo actualmente a Dios todas sus acciones y conociéndolo en la forma en que es cognoscible, lo cual se verifica en el cielo.

Pero la adhesión a esta vida en que estamos es doble: una necesaria para la salvación, a la

cual todos están obligados, es decir, que nadie debe aplicar su corazón a lo que es contra Dios, sino que habitualmente debe referir a él toda la vida. Acerca de este modo dice el Señor: *Amarás al Señor tu Dios,* etc. (*Matth.*, XXII, 37.) La otra es de supererogación, cuando alguno se une a Dios más allá del estado común a todos, lo cual se verifica apartando el corazón de las cosas temporales, y así se acerca más a la patria celestial, porque cuanto más se debilita la ambición, tanto más crece la caridad.

(*In Phil.,* III.)

30 de julio

ES UN BENEFICIO INSIGNE SALIR DEL PECADO

De ningún modo puede el hombre levantarse por sí mismo del pecado sin el auxilio de la gracia.

I. Levantarse del pecado es ser restaurado el hombre a lo que, pecando, perdió. El hombre, pecando, sufre tres clases de daño, a saber: la mancha, la corrupción del bien natural y el reato de pena. Incurre en la mancha, en cuanto es privado del brillo de la gracia por la deformidad del pecado; el bien de naturaleza se corrompe en cuanto que se desordena la naturaleza del hombre, al cesar la voluntad de éste de seguir sometida a Dios; pues la subversión de este orden lleva consigo ese desorden de toda la naturaleza del hombre pecador. El reato de pena consiste en que el hombre, al pecar mortalmente, merece la condenación eterna.

II. Es evidente que ninguna de estas tres pérdidas puede ser reparada más que por Dios.

Porque como la belleza de la gracia proviene del resplandor de la luz divina, tal hermosura no puede ser reparada en el alma, si Dios no la ilustra de nuevo; por lo cual se requiere un don habitual que es la luz de la gracia.

El orden de naturaleza no puede ser reparado de modo que la voluntad del hombre esté sometida a Dios, si Dios no atrae hacia sí la voluntad humana.

Igualmente el reato de pena eterna no puede ser perdonado sino por Dios, contra quien se cometió la ofensa, y que es el juez de los hombres.

Por consiguiente, se requiere el auxilio de la gracia para que el hombre salga del pecado, ya en cuanto al don habitual, ya en cuanto a la moción interior de Dios.

Cuando se dice: *Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo* (*Eph.*, V, 14), no debe entenderse que el salir del pecado preceda totalmente a la iluminación de la gracia; sino que, cuando el hombre se esfuerza por salir del pecado, mediante el libre albedrío movido por Dios, recibe la luz de la gracia santificante.

La razón natural no es principio suficiente de esta curación que se realiza en el hombre por la gracia santificante, sino que el principio de ésta es la gracia que se quita por el pecado. Y por lo tanto no puede el hombre redimirse por sí mismo, sino que necesita se le infunda de nuevo la luz de la gracia, como si a un cuerpo muerto se le infundiera de nuevo el alma para resucitarlo. No puede por sí misma restaurarse ni aun

al bien que le es connatural, y mucho menos al bien sobrenatural de la justicia.

(1ª 2ªe, *q.* CIX, *a.* VII.)

31 de julio

NECESIDAD DE TENER EL CORAZÓN AFIRMADO EN DIOS POR LA GRACIA HABITUAL O SANTIFICANTE PARA EVITAR LOS PECADOS

I. En el estado de naturaleza corrompida necesita el hombre de la gracia habitual que cura la naturaleza para abstenerse totalmente del pecado.

Esa curación se verifica primero en la vida presente en cuanto al espíritu, aun antes que el apetito carnal esté todavía reparado totalmente. Por eso el Apóstol en persona dice del hombre reparado: *Yo mismo con el espíritu sirvo a la ley de Dios; y con la carne a la ley del pecado* (*Rom.*, VII, 25.)

En ese estado puede el hombre abstenerse de todo pecado mortal, que consiste en la razón, mas no de todo pecado venial, a causa de la corrupción del apetito inferior de la sensualidad, cuyos movimientos pueden reprimirse uno a uno por la razón, y de esto proviene que tengan razón de pecado y de voluntario; aunque no todos, pues cuando se esfuerza por resistir a uno, tal vez surja otro, y también porque la razón no puede estar siempre alerta para evitar estos movimientos.

II. Del mismo modo, antes que la razón del hombre, en la que está el pecado mortal, sea re-

parada por la gracia santificante puede evitar cada uno de los pecados mortales durante algún tiempo, porque no es necesario que peque continuamente en acto; pero no puede ser que permanezca durante mucho tiempo sin pecado mortal, por lo cual dice San Gregorio: "el pecado que no es borrado prontamente por la penitencia, atrae a otro por su propio peso".

Porque así como el apetito inferior debe estar sometido a la razón, igualmente ésta debe someterse a Dios y poner en él el fin de su voluntad. Y pues es necesario que todos los actos humanos sean regulados por el fin, como por el dictamen de la razón los movimientos del apetito inferior, infiérese de aquí que, no estando la razón del hombre totalmente sujeta a Dios, es lógico que ocurran muchos desórdenes en los mismos actos de la razón; porque como el hombre no tiene afirmado su corazón en Dios, de modo que no quiera separarse de él por conseguir algún bien o por evitar algún mal, ocurren muchas cosas. Para conseguir o evitar éstas, el hombre se aparta de Dios despreciando sus preceptos, y así peca mortalmente; sobre todo porque "en las cosas repentinas el hombre obra según un fin preconcebido y conforme con el hábito preexistente" [8], si bien es cierto que por la premeditación de su razón el hombre puede obrar algo fuera del fin preconcebido y de la inclinación del hábito.

Mas como el hombre no puede insistir siempre en tal premeditación, no puede suceder que permanezca mucho tiempo sin obrar según la conveniencia de su voluntad desordenada con res-

[8] Aristóteles, *Ethic.*, l. 3, c. 8.

pecto a Dios, si la gracia no lo devuelve pronto al orden debido.

(1ª 2ªe, *q.* CIX, *a.* 8.)

1º de agosto

CARENCIA DE ESPERANZA

I. La infidelidad proviene de que el hombre no cree en la misma verdad de Dios; el odio a Dios proviene de que la voluntad del hombre es contraria a la misma bondad divina; mas la desesperación proviene de que el hombre no espera participar de la bondad de Dios. De donde se deduce que la infidelidad y el odio a Dios son contrarios a Dios en cuanto es en sí mismo; pero la desesperación lo es por cuanto su bondad es participada por nosotros. Por consiguiente es mayor pecado, absolutamente hablando, no creer la verdad de Dios o tener odio a Dios, que no esperar conseguir de él la gloria.

Pero si se compara la desesperación con los otros dos pecados con relación a nosotros, es más peligrosa la desesperación, porque por ella nos apartamos de las malas obras, y nos dirigimos a proseguir las buenas; por lo cual, desapareciendo la esperanza, los hombres se entregan desenfrenadamente a los vicios, y se retraen de las buenas obras. Por eso, sobre aquello de los Proverbios (XXIV, 10): *Si perdieres la esperanza desmayando en el día de la angustia, tu fortaleza será menguada,* dice la Glosa: "Nada es más execrable que la desesperación; el que cae en ella pierde la constancia en los sufrimientos generales de esta vida, y, lo que es peor, en los combates de la fe." Y

San Isidoro agrega: "Cometer un pecado grave es la muerte del alma, pero desesperar es precipitarse en el infierno" [9].

II. De dos maneras alguien puede desesperar de obtener la bienaventuranza: una, porque no la considera un bien arduo, y otra, porque no cree en la posibilidad de que sea alacanzada, ya por sí, ya por otro. Mas a no considerar los bienes espirituales como bienes, o a desconocerles un gran mérito, somos guiados porque nuestros afectos están inficionados por el amor a los deleites corporales, entre los que los más principales son los deleites carnales; puesto que del afecto a tales deleites procede que el hombre se hastíe de los bienes espirituales y no los espere como ciertos bienes difíciles, y según esto la desesperación es causada por la lujuria.

Pero a que uno no estime posible alcanzar, por sí o por otro, el bien arduo es conducido por el excesivo abatimiento, que cuando domina en el afecto del hombre le infunde la creencia de que él nunca puede elevarse a un bien cualquiera. Y como la pereza es cierta tristeza que deprime el alma, por este motivo la desesperación es hija de la pereza.

Parece cierto que la esperanza procede de la consideración de los beneficios divinos, y principalmente de la consideración de la Encarnación. Pero también la negligencia en considerar los beneficios divinos proviene de la pereza; porque el hombre afectado de alguna pasión piensa principalmente en las cosas que se refieren a esa pasión. Por consiguiente, el hombre agobiado por la tristeza no piensa fácilmente en cosas grandes

[9] *De summo bono*, lib. II, cap. 14.

y agradables, sino sólo en las tristes; a no ser que con gran esfuerzo se aparte de las cosas tristes. (2ª 2ªᵉ, *q.* XX, *a.* 3 y 4.)

2 de agosto

AMOR DESORDENADO DE SÍ MISMO

Aquél que ama la iniquidad, aborrece su alma. (*Psal.*, X, 6.)

I. Se dice que el hombre es alguna cosa según su principalidad; mas lo principal en el hombre es el espíritu racional; lo secundario es la naturaleza sensitiva y corporal. A lo primero llama el Apóstol hombre interior; a lo segundo, exterior. (II *Cor.*, 4). Los hombres buenos creen que lo principal en ellos es la naturaleza racional, o sea el hombre interior, por lo que piensan, según esto, ser lo que son; al paso que los malos consideran como principal en ellos la naturaleza sensitiva y corporal, esto es, el hombre exterior; por lo cual como no se conocen rectamente a sí mismos, no se aman verdaderamente; sino que aman lo que ellos opinan ser ellos mismos.

II. Pero los buenos, conociéndose verdaderamente a sí mismos, se aman también verdaderamente. Y esto se prueba por cinco cosas, que son propias de la amistad.

1º) Todo amigo quiere ante todo que su amigo exista y viva; 2º) quiere bienes para él; 3º) ejecuta cosas buenas para él; 4º) vive con él agradablemente; 5º) concuerda con él, compartiendo por igual sus penas y sus alegrías. Según esto,

los buenos se aman a sí mismos en cuanto al hombre interior, puesto que quieren conservarlo en toda su integridad, y le desean bienes, que son los bienes espirituales; dedican su actividad a conseguirlos y con gusto vuelven a su propio corazón, porque en él encuentran buenos pensamientos para el presente, el recuerdo de las buenas acciones pasadas y la esperanza de las futuras, por las cuales se produce la deleitación. Igualmente no toleran en sí mismos la disensión de la voluntad, porque toda su alma tiende hacia un mismo fin.

III. Por el contrario, los malos no quieren conservarse en la integridad del hombre interior, ni apetecen los bienes espirituales, ni trabajan con ese fin, ni les agrada vivir con él volviendo a su corazón, porque allí encuentran males tanto presentes como pasados y futuros, que aborrecen; ni aun concuerdan con él porque su conciencia les remuerde, según aquello del Salmo (XLIX, 21): *Te argüiré, y te pondré delante de tu cara.* De la misma manera puede probarse que los malos se aman a sí mismos según la corrupción del hombre exterior; pero no es así como los buenos se aman a sí mismos.

Así, pues, el amor de sí mismo, que es el principio del pecado, es el que es propio de los malos y llega hasta el desprecio de Dios; porque los malos desean los bienes exteriores hasta el punto de despreciar los espirituales.

(2ª 2ªe, *q.* XXV, *a.* 7.)

3 de agosto

LA NECEDAD

I. La necedad lleva consigo embotamiento del corazón y estupidez de los sentidos. El embotamiento es contrario a la penetración del espíritu, pues dícese por analogía que el entendimiento es agudo cuando puede penetrar lo más profundo de las cosas que se le proponen. De ahí que el embotamiento de la mente sea lo que impide que ésta penetre hasta lo íntimo de las cosas. Llámase necio al hombre porque juzga mal del fin común de la vida, razón por la cual se opone propiamente a la sabiduría; que forma un juicio exacto de la causa universal.

(2ª 2ªᵉ, *q.* VIII, *a.* 6, *ad* 1ᵘᵐ.)

II. La necedad es pecado; porque importa cierto estupor del sentido en el juzgar, y principalmente respecto a la causa altísima, que es el fin último y el sumo bien, acerca del cual puede alguno experimentar estupor en su juicio, de dos maneras: 1º, por indisposición natural, como se ve en los dementes, y tal necedad no es pecado; 2º, porque el hombre sumerge su sentido en las cosas terrenas, lo cual hace incapaz al sentido para percibir las cosas divinas, como dice el Apóstol: *El hombre animal no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios* (I *Cor.*, II, 14); así como también al hombre que tiene el gusto corrompido por los malos humores no le saben bien las cosas dulces; y tal necedad es pecado.

(2ª 2ªᵉ, *q.* XLVI, *a.* 2.)

III. La necedad es hija de la lujuria; porque la necedad, en cuanto es pecado, proviene de que el sentido espiritual está embotado, hasta el punto de que no es apto para juzgar de las cosas espirituales. El sentido del hombre se entrega principalmente a las cosas terrenas por la lujuria, la cual tiene por objeto los grandes deleites, que absorben sobre todo el alma; y por lo tanto, la necedad, que es pecado, nace principalmente de la lujuria.

A la necedad pertenece que el hombre se disguste de Dios y de sus dones. Por lo cual San Gregorio enumera entre las hijas de la lujuria a dos que pertenecen a la necedad, es decir, el odio de Dios y la desesperación del siglo futuro, como dividiendo a la necedad en dos partes.

(2ª 2ªᵉ, *q.* XLVI, *a.* 3.)

4 de agosto

LA PEREZA

1º) La pereza es pecado.

Porque "es cierta tristeza agravante" [10], que de tal modo deprime el ánimo del hombre, que le quita a éste el agrado de hacer cosa alguna. Por esta razón lleva consigo cierto tedio en el obrar, por lo que sobre aquello del Salmo (CVI, 18): *El alma de ellos abominó toda comida*, dice la Glosa que la pereza es adormecimiento del alma, remisa en comenzar el bien.

Semejante tristeza es mala en sí, porque se refiere a lo que es mal aparente, pero verdadero

[10] San Juan Damasceno: *De orth. fid.*, lib. 2, cap. 14.

bien, como cuando se refiere a lo que es bien espiritual e interno, que no puede ser malo sino aparentemente, en cuanto se opone a los deseos carnales. Mas también es mala la tristeza, acerca del mal verdadero, por sus efectos, si de tal modo apesadumbra al hombre que le retraiga totalmente de una acción buena. Y por consiguiente la pereza, esto es, la tristeza del bien espiritual, es pecado.

El ataque de la pereza ha de ser superado resistiendo; es decir, por el continuo pensar, pues cuanto más pensamos sobre los bienes espirituales, tanto más agradables se nos hacen; y por esto cesa la pereza.

2º) La pereza es vicio especial, no en cuanto se retrae del bien espiritual en general, pues todo vicio se aparta del bien espiritual de la virtud opuesta; ni tampoco en cuanto rehuye el bien espiritual por ser trabajoso o molesto al cuerpo e impeditivo de su deleite, sino en cuanto se entristece del bien divino. Porque todos los bienes espirituales, que existen en los actos de cada una de las virtudes, se ordenan a un solo bien espiritual, que es el bien divino, objeto de una virtud especial, que es la caridad. Por lo cual a toda virtud corresponde alegrarse del propio bien espiritual que consiste en el propio acto; pero a la caridad pertenece especialmente aquel gozo espiritual por el que uno se regocija del bien divino. Del mismo modo la tristeza del bien espiritual, que existe en los actos de cada una de las virtudes, no pertenece a un vicio especial, sino a todos los vicios; al paso que entristrecerse del bien divino, del que goza la caridad, pertenece al vicio especial llamado pereza.

3º) La pereza es pecado mortal.

Porque se llama pecado mortal el que quita la vida espiritual, que es efecto de la caridad, según la cual Dios habita en nosotros; y por consiguiente es por su género pecado mortal aquel que según su propia naturaleza contraría la caridad. Tal es la pereza; porque efecto propio de la caridad es el gozo de Dios, mas la pereza es la tristeza del bien espiritual en cuanto es bien divino.

Pero si el movimiento de la pereza se da únicamente en la sensualidad a causa de la repugnancia de la carne contra el espíritu, entonces es pecado venial; pero si llega hasta la razón, que consiente en la huída y en el horror y detestación del bien divino, entonces es pecado mortal.

(2ª 2ae, *q.* XXXV, *a.* 1, 2, 3.)

5 de agosto

LA IMPRUDENCIA

Hay tesoro apetecible, y aceite en la morada del justo; mas el hombre imprudente lo disipará. (*Prov.*, XXI, 20.)

I. El tesoro espiritual de la gracia no se quita sino por el pecado, mas se quita por la imprudencia; luego la imprudencia es pecado.

Se llama imprudencia que comete alguno cuando carece de la prudencia que naturalmente debe tener, y según esto la imprudencia es pecado por razón de la negligencia, por la que uno no pone empeño en adquirir la prudencia. También se dice que hay imprudencia cuando la razón se mueve u obra de un modo contrario a la pru-

dencia; por consiguiente si esto tiene lugar por el apartamiento de las reglas divinas, es pecado mortal; por ejemplo, si alguno, como despreciando y rechazando las advertencias divinas, obra precipitadamente; pero, si obra fuera de ellas sin desprecio ni detrimento de lo necesario para la salvación, entonces es pecado venial.

II. La imprudencia es un pecado general por participación; porque así como la prudencia es participada en cierto modo por todas las virtudes, en cuanto es directiva de ellas, así también la imprudencia lo es por todos los vicios y pecados; porque ningún pecado puede tener lugar si no existe defecto en algún acto de la razón directiva, lo cual pertenece a la imprudencia.

También es un pecado general la imprudencia si contiene bajo sí diversas especies, y esto de tres modos:

1º) Por oposición a las diversas partes subjetivas de la prudencia; porque así como la prudencia se distingue en monástica, que es directiva de uno solo, y en otras especies, que son directivas de la multitud, así también la imprudencia.

2º) Según las partes como potenciales de la prudencia, que son las virtudes adjuntas y se consideran según los diversos actos de la razón, y de este modo, en cuanto al defecto de consejo, es precipitación o temeridad; en cuanto al defecto de juicio, es inconsideración; en cuanto al mismo precepto, que es el acto propio de la prudencia, es inconstancia y negligencia.

3º) Por oposición a las cosas que se requieren para la prudencia, que son como partes integrantes de esta virtud. Mas porque todas aquéllas

se ordenan a dirigir los tres actos mencionados de la razón, todos los defectos opuestos se reducen a las cuatro partes indicadas, como la falta de precaución y de circunspección se incluyen en la inconsideración; pero el que uno obre en contra de la docilidad, de la memoria o de la razón, pertenece a la precipitación, como la imprevisión y defecto de inteligencia y de habilidad pertenecen a la negligencia e inconstancia.

(2ª 2ae, *q*. LIII, *a*. 1 y 2.)

6 de agosto

TRANSFIGURACIÓN DE CRISTO

Habiendo preanunciado su Pasión a sus discípulos, el Señor los había inducido a que le siguieran en el camino del sufrimiento. Para que uno avance directamente en un camino, es necesario que de alguna manera conozca el fin; del mismo modo que el arquero no disparará rectamente la flecha si no mira primero el blanco a que la dirige. Por eso dijo Santo Tomás: *Señor, no sabemos adónde vas; pues ¿cómo podemos saber el camino?* (*Joan.*, XIV, 5.) Y esto es necesario principalmente cuando la senda es difícil y áspera, el camino laborioso, y el fin agradable.

Mas Cristo por su Pasión llegó a obtener no sólo la gloria del alma, que tuvo desde el principio de su concepción, sino también la del cuerpo, según aquello de San Lucas: *¿Pues qué, no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria?* (XXIV, 26). A ella conduce también a los que siguen las huellas de su Pasión, conforme con estas palabras: *Por mu-*

chas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios. (*Act.*, XIV, 21.)

Y por esto fué conveniente que manifestase a sus discípulos la gloria de su claridad, que es lo mismo que transfigurarse, pues en esta claridad transfigurará a los suyos, como dice el Apóstol: *Reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme a su cuerpo glorioso.* (*Phil.*, III, 21.) De lo cual dice San Beda: "En su piadosa previsión les permitió gozar un tiempo muy corto la contemplación de la alegría, que dura siempre, para hacerles sobrellevar con mayor fortaleza la adversidad" [11].

(3ª, *q.* XLV, *a.* 1.)

Y los lleva aparte a un monte alto. (*Matth.*, XVII, 1.) En esto nos enseña que todos los que desean contemplar a Dios no deben dejarse llevar de los bajos deleites, sino que, por el amor de las cosas de arriba, deben elevarse siempre a las celestiales, y con ello muestra a sus discípulos que no hay que buscar la gloria de la claridad divina en los bajos fondos de este siglo, sino en el reino de la bienaventuranza celestial. Somos conducidos *aparte,* porque los santos están separados de los malos con toda su alma y con las tendencias de su fe, pero después estarán separados totalmente.

Señor, bueno es que nos estemos aquí. (*Ibid.*, 4.) Si San Pedro, al ver la humanidad glorificada, quiso no separarse nunca de esta visión, ¿qué pensar de los que merecieron ver su divinidad? Se dice que no sabía lo que decía por el estupor de la fragilidad humana. Pero sabía bien que

11 *Super Marc.*, c. 77.

único bien del hombre es entrar en el gozo de su Señor.

(De Humanit. Christi.)

7 de agosto

LA PRECIPITACIÓN

Se dice en los Proverbios: *El camino de los impíos es tenebroso; no saben dónde caerán* (IV, 19). Los caminos tenebrosos de la impiedad pertenecen a la imprudencia, luego el caer o precipitarse corresponde a la imprudencia.

La precipitación en los actos del alma se dice metafóricamente, según la semejanza tomada del movimiento corporal, y se dice precipitación, según el movimiento corporal, lo que proviene de arriba abajo según cierta impetuosidad del propio movimiento o de alguno que empuja, no por descenso ordenado y gradual.

Lo más elevado del alma es la razón misma; lo ínfimo es la acción ejecutada por el cuerpo, y los grados intermedios, por los cuales es menester descender ordenadamente, son la memoria de lo pasado, la inteligencia de lo presente, la solercia en la consideración de los futuros acontecimientos, el raciocinio, que compara una cosa con otra, la docilidad, por la que uno se conforma con el parecer de los mayores; grados por los cuales efectivamente desciende uno ordenadamente aconsejándose con rectitud. Mas, si uno es llevado a obrar por el ímpetu de la voluntad o de la pasión, dejando a un lado estos grados, habrá precipitación. Así, pues, como el desorden del consejo pertenece a la imprudencia,

es evidente que el vicio de la precipitación se contiene bajo la imprudencia.

Se llaman temerarias las acciones que no son regidas por la razón, lo cual puede ocurrir de dos modos: 1º, por ímpetu de la voluntad o de la pasión; 2º, por desprecio de la regla que dirige, y esto es propiamente la temeridad, por lo que parece provenir esa raíz de la soberbia, que rehuye someterse a la dirección ajena. Pero la precipitación se refiere a ambas.

(2ª 2ae, *q.* LIII, *a.* 3.)

8 de agosto

LA NEGLIGENCIA

1º) La negligencia es pecado.

La negligencia implica falta de la debida solicitud; y todo defecto del acto debido tiene razón de pecado; luego, la negligencia tiene razón de pecado; y como la solicitud es acto de virtud especial, necesariamente la negligencia es pecado especial.

En todo pecado necesariamente debe haber defecto acerca de un acto de la razón, como el defecto del consejo y otros semejantes; por lo cual, así como la precipitación es un pecado especial a causa del acto especial de la razón, del que se prescinde, esto es, el consejo, aunque pueda hallarse en cualquier género de pecados, así la negligencia es pecado especial por el defecto del acto especial de la razón, que es la solicitud, aun cuando se halle de algún modo en todos los pecados.

Son propiamente materia de la negligencia las

obras buenas que alguien debe practicar; no porque las mismas sean buenas cuando se hacen negligentemente, sino porque a causa de la negligencia se produce en ellas el defecto de bondad, ya se omita totalmente el acto debido por falta de solicitud, ya también alguna circunstancia debida del acto.

2º) La negligencia se opone a la prudencia.

La negligencia se opone directamente a la solicitud, mas la solicitud pertenece a la razón; y su rectitud, a la prudencia. Luego la negligencia pertenece a la imprudencia por oposición. La negligencia no es lo mismo que pereza o indolencia, que pertenece a la acidia, pues la negligencia consiste en el defecto del acto interior, al que también pertenece la elección; mas la pereza y el entorpecimiento más bien corresponden a la ejecución, de tal modo, sin embargo, que la pereza implica tardanza en ejecutar, y la indolencia cierta remisión en la misma ejecución.

Se dice en el Eclesiastés: *El que teme a Dios, nada desprecia* (VII, 19), pues el temor de Dios conduce a evitar todo pecado, como se lee en los Proverbios: *Por el temor de Dios todos se desvían del mal.* (*Prov.*, XV, 27.) Por esto, el temor hace evitar la negligencia, no porque la negligencia se oponga directamente al temor, sino en cuanto el temor excita al hombre a los actos de la razón. Por lo cual se ha dicho que el temor incita a tomar consejo.

3º) La negligencia puede ser pecado mortal. Esto se deduce de estas palabras: *Quien menosprecia su camino, incurrirá en la muerte.* (*Prov.*, XIX, 16.)

La negligencia proviene de cierto relajamiento de la voluntad, por el cual ocurre que la razón

no es inducida a mandar lo que debe. Si lo que se omite por negligencia es de necesidad para la salvación, será pecado mortal. De otro modo puede también ser pecado mortal por parte de la causa; si la voluntad es tan remisa en las cosas de Dios que carezca totalmente de la caridad de Dios, tal negligencia es pecado mortal, principalmente cuando la negligencia es efecto del desprecio. En cambio, si la negligencia consiste en la omisión de algún acto o circunstancia que no son necesarios para la salvación, y esto no se hace por desprecio, sino por falta de fervor, entonces no es mortal sino venial.

(2ª 2ae, *q.* LIV, *a.* 1-3.)

9 de agosto

LA INTEMPERANCIA

1º) La intemperancia es pecado pueril.

Porque la intemperancia es un pecado de concupiscencia superflua que se asemeja a un niño en tres cosas:

Primero, en cuanto a lo que ambos apetecen; pues del mismo modo que el niño, la concupiscencia apetece algo torpe.

La razón de esto es que en las cosas humanas lo bello se considera según que algo esté ordenado conforme a la razón. Pero el niño no atiende al orden de la razón, y de la misma manera la concupiscencia no escucha a aquélla.

Segundo, en cuanto al resultado; pues el niño crece en la propia voluntad, si se condesciende con ella; por lo cual se dice en el Eclesiástico: *El caballo no domado sale duro, y el hijo dejado*

saldrá precipitado. (*Eccles.*, XXX, 8.) También la concupiscencia adquiere mayor energía si se le da satisfacción. Por eso dice San Agustín: "Cuando se sirve al capricho, degenera en costumbre; y cuando no se resiste a la costumbre, hácese necesidad" [12].

Tercero, en cuanto al remedio que a ambos se aplica; puesto que el niño se enmienda porque se lo cohibe. Y así se dice en los Proverbios: *No escasees al muchacho la corrección; ... tú le sacudirás con vara, y librarás su alma del infierno.* (XXIII, 13, 14.) Del mismo modo, cuando se resiste a la concupiscencia, concluye por reducirse a los límites de la honestidad; y esto es lo que dice San Agustín: "cuando el espíritu está unido de una manera fija y permanente a las cosas espirituales, la impetuosidad de la costumbre, es decir, de la concupiscencia carnal, se destruye y apaga después de haber sido paulatinamente reprimida, porque era mayor cuando la seguíamos, y si no la anulamos, por lo menos disminuye cuando la refrenamos" [13]. Y el Filósofo opinaba al respecto: "Así como es preciso que el niño viva con arreglo a las órdenes del pedagogo, también lo es que lo concupiscible se conforme con la razón" [14].

2º) La intemperancia es pecado en gran manera reprensible, por dos motivos:

1º) Porque repugna en alto grado a la dignidad del hombre, por cuanto se refiere a los deleites que son comunes a nosotros y a los brutos. Por lo cual se lee en el Salmo (XLVIII, 21): *El hombre, cuando estaba en honor, no lo entendió;*

[12] *Confess.*, lib. VIII, cap. 5.
[13] *Musicae*, lib. VII, cap. 2.
[14] *Ethic.*, lib. III, cap. último.

ha sido comparado a las bestias insensatas, y se ha hecho semejante a ellas.

2º) Porque repugna en alto grado a su nobleza y hermosura, por cuanto en los delcites a que se refiere la intemperancia se ve brillar menos la luz de la razón, a la cual la virtud presta todo su esplendor y hermosura; de ahí que tales deleites se llamen señaladamente serviles.

(2ª 2ªe, *q.* CXLII, *a.* 2, 4.)

10 de agosto

LAS HIJAS DE LA LUJURIA

Llámanse hijas de la lujuria la ceguera de la mente, la inconsideración, la precipitación, la inconstancia, el amor propio, el odio a Dios, el amor al siglo presente y el horror del futuro.

Cuando las potencias inferiores son arrastradas vehementemente a sus objetos, resulta que las fuerzas superiores son obstruídas y desordenadas en sus actos; y pues por el vicio de la lujuria el apetito inferior concupiscible tiende vehementemente a su objeto, que es lo deleitable a causa de la vehemencia de la pasión y del deleite; es lógico que por la lujuria se desordenen las fuerzas superiores, la razón y la voluntad.

En la práctica se distinguen cuatro actos de la razón:

1º) La simple inteligencia que ve un fin como bueno, y este acto es impedido por la lujuria, según aquello: *La hermosura te engañó, y la concupiscencia trastornó tu corazón* (*Dan.*, XIII, 56); y por esto se pone la *ceguedad de la mente.*

2º) El consejo sobre lo que se debe hacer a

causa del fin, y este acto es impedido también por la concupiscencia de la lujuria. Por eso dice Terencio, hablando del amor voluptuoso: "Ésta es una cosa que no tiene consejo ni medida, y no puedes regirla por el consejo"[15]; a esto se alude con la palabra *precipitación*, que importa substracción de consejo.

3º) El juicio sobre lo que se debe hacer, y éste también es impedido por la lujuria, pues se dice en Daniel acerca de los ancianos lujuriosos: *Perdieron el juicio . . . para no acordarse de los juicios justos* (XIII, 9); y a esto pertenece la *inconsideración.*

4º) El precepto de la razón sobre lo que se debe hacer, el cual también es obstruído por la lujuria, en cuanto el hombre, por el ímpetu de la concupiscencia, se desvía de ejecutar lo que había determinado hacer, lo cual se ha llamado *inconstancia*; por tal razón Terencio dice de cierto sujeto que prometía que se iba a retirar de su amiga: "Estas palabras las extinguirá una falsa lagrimilla"[16].

Mas por parte de la voluntad se cometen dos actos desordenados, uno de los cuales es el apetito del fin, por lo que se pone *amor propio,* es decir, por la delectación que se apetece desordenadamente, y por oposición se pone el *odio a Dios,* puesto que prohibe el deleite apetecido.

El otro es el apetito de las cosas que conducen al fin; y en cuanto a esto se pone el *afecto del siglo presente,* en el que alguno quiere gozar del deleite; a éste se le opone la *desesperación de la vida futura,* pues embargado con exceso por los

[15] *Eunuch.,* act. I, scen. 1.
[16] Lugar citado.

deleites carnales, no se cuida de llegar a los espirituales, antes bien le fastidian.

(2ª 2ªª, *q.* CLIII, *a.* 5.)

11 de agosto

MODO DE VENCER LA LUJURIA

Conviene saber que para evitar este pecado de lujuria se requiere mucho esfuerzo, ya que es un vicio interno; y es más difícil vencer un enemigo que es nuestro huésped. Sin embargo, se vence de cuatro maneras:

1ª) Huyendo de las ocasiones exteriores, por ejemplo, evitando las malas compañías y todos los incentivos que ocasionalmente llevan a este pecado: *No pongas los ojos en la doncella, por que no tropieces en su belleza... No derrames la vista por las calles de la ciudad, ni andes vagando por sus plazas. Aparta tus ojos de la mujer ataviada, y no mires curioso la hermosura ajena. Por la hermosura de la mujer se perdieron muchos; y de aquí la concupiscencia se enciende como fuego.* (*Eccli.*, IX, 5-9.) *¿Por ventura, puede el hombre esconder el fuego en su seno, de manera que sus vestidos no ardan?* (*Prov.*, VI, 27.) Por eso le fué ordenado a Lot que huyera de toda la región cercana a Sodoma. (*Gen.*, XIX, 17.)

2ª) No dando entrada a los malos pensamientos, porque son ocasión de excitación para la concupiscencia, y esto se obtiene por la mortificación: *Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre.* (I *Cor.*, IX, 27.)

3ª) Insistiendo en la oración, porque *si el Señor no guardare la ciudad, inútilmente vela el*

que la guarda (CXXVI, 1). Y el Señor dice en San Mateo: *Esta casta* (de demonios) *no se lanza sino por oración y ayuno* (XVII, 20). Si dos pelearen y quisieres ayudar a uno, mas no al otro, sería necesario ayudar al primero, y negar auxilio al segundo. Ahora bien, existe una guerra continua entre el espíritu y la carne; si quieres que venza el espíritu, es necesario que le prestes ayuda, y esto se hace por la oración; mas es menester que se la niegues a la carne, y esto se hace con el ayuno; pues la carne se debilita con él.

4ª) Insistiendo en ocupaciones lícitas. *Muchos vicios enseñó la ociosidad.* (*Eccli.*, XXXIII, 29.) En Ezequiel se dice: *Ésta fué la maldad de Sodoma... la soberbia, la hartura de pan, y la abundancia, y la ociosidad de ella* (XVI, 49). Y San Jerónimo dice: "Haz siempre algo bueno, para que el demonio te encuentre ocupado. Entre todas las ocupaciones la mejor es el estudio de las Escrituras." En otro lugar dice el mismo escritor: "Ama los estudios de las Escrituras, y no amarás los vicios de la carne."

(*In Decalog.*, c. XXX.)

12 de agosto

LA SOBERBIA

El pecado de soberbia puede considerarse de dos maneras:

1ª) Según su propia especie, la que posee por razón de su objeto particular, y de este modo la soberbia es pecado especial, porque tiene objeto especial, ya que es el apetito desordenado de la propia excelencia, el cual no está de acuer-

do con la recta razón. Y en efecto, la razón es la que ordena las cosas que el hombre apetece naturalmente, y de este modo, si alguno se aparta más o menos de la regla de la razón, tal apetito será vicioso, como se ve en el apetito de la comida que naturalmente se desea. Mas la soberbia apetece la excelencia excediéndose de lo que dicta la recta razón.

2ª) Según cierta redundancia en otros pecados, y en este sentido tiene cierta generalidad, puesto que de la soberbia pueden originarse todos los pecados de dos modos:

1º) De por sí, esto es, en cuanto los demás pecados se ordenan al fin de la soberbia, que es la propia excelencia a la que puede ordenarse todo lo que el hombre apetece desordenadamente.

2º) Indirectamente y como *per accidens*, es decir, separando el obstáculo, en cuanto el hombre desprecia por la soberbia la ley divina, por la que se le prohibe pecar, según aquello: *Quebraste mi yugo, rompiste mis ataduras, y dijiste: No serviré.* (*Jer.*, II, 20.)

(2ª 2ae, *q.* CLXII, *a.* 2.)

13 de agosto

GRAVEDAD DE LA SOBERBIA

1º) La soberbia es pecado mortal.

Dice San Gregorio que "la soberbia es señal evidentísima de los réprobos, y, por el contrario, la humildad lo es de los elegidos"[17]. Mas los

[17] *Moral.*, lib. XXIV, cap. 18.

hombres no se hacen réprobos por los pecados veniales; luego la soberbia es pecado mortal.

La soberbia se opone a la humildad, y ésta se refiere propiamente a la sumisión del hombre a Dios; y así, por el contrario, la soberbia consiste propiamente en la falta de esta sujeción, esto es, en el engreimiento sobre lo que a uno le está prefijado de acuerdo a la regla o medida divina: *Nosotros, pues, no nos gloriaremos fuera de medida, sino según la medida de la regla con que Dios nos ha medido* (II *Cor.*, X, 13.) Y por eso se dice en el Eclesiástico: *El principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios* (X, 14), porque se considera la raíz de la soberbia el hecho de que el hombre no se someta igualmente ni a Dios ni a su regla. Pero es evidente que el solo hecho de no someterse a Dios tiene razón de pecado mortal, pues es apartarse de Dios. Luego la soberbia es pecado mortal. Mas ocurre que algunos movimientos de la soberbia son pecados veniales, cuando la razón no consiente en ellos.

2º) La soberbia es pecado gravísimo.

Dos cosas se consideran en el pecado: la conversión a un bien mudable, que es lo material en el pecado; y la aversión del bien inmutable, que es la formal y completiva razón del pecado. Por parte de la conversión la soberbia no es el mayor de los pecados; porque la elevación que apetece desordenadamente el soberbio, no tiene, según su razón, la mayor repugnancia al bien de la virtud.

Pero por parte de la aversión la soberbia tiene la mayor gravedad, puesto que en los otros pecados el hombre se aparta de Dios, ya por ignorancia, ya por debilidad, ya por el deseo de algún otro bien; y en efecto, la soberbia tiene aver-

sión a Dios, por lo mismo que no quiere someterse a él ni a su regla. Por eso dice Boecio que "huyendo todos los vicios de Dios, sólo la soberbia se opone a Dios". De ahí que se diga especialmente: *Dios resiste a los soberbios.* (*Jac.*, IV, 6.) Por lo tanto, apartarse de Dios y de sus preceptos, que es como la consecuencia en los demás pecados, corresponde de por sí a la soberbia, cuyo acto es el desprecio de Dios. Y puesto que lo que es de por sí siempre lo es en mayor grado que lo que es *por otro*, síguese que la soberbia es el más grave de los pecados según su género, porque excede en la aversión que completa formalmente el pecado.

Por parte de la aversión es también el pecado mayor, en cuanto comunica a los demás su gravedad; porque, por esto mismo, el pecado de infidelidad se hace más grave si procede del desprecio de la soberbia que si resulta de la ignorancia o de la debilidad.

(2ª 2ªe, *q.* CLXII, *a.* 5, 6.)

14 de agosto

PRINCIPIO DE TODO PECADO

I. *El principio de todo pecado es la soberbia* (*Eccli.*, X, 15.)

Algunos dicen que la soberbia puede tomar en tres sentidos: 1º) En su significación de ap tito desordenado de la propia excelencia, y seg esto resulta pecado especial. 2º) En el sentido que implica desprecio actual de Dios, por cuan produce el efecto de no someterse a sus precep y así dicen que es pecado general. 3º) En el

tido de que entraña cierta inclinación a este desprecio, por corrupción de la naturaleza; y por eso dicen que es principio de todo pecado. Difiere, empero, de la codicia, porque ésta mira al pecado por parte de la conversión al bien conmutable, por el que el pecado en cierto modo se nutre y fomenta, y así la codicia se llama *raíz*; pero la soberbia mira al pecado por parte de la aversión de Dios, a cuyos preceptos el hombre rehusa someterse; y por eso se llama *principio*, pues de parte de la aversión comienza la razón del mal.

Aun cuando estas cosas sean verdaderas, no están, sin embargo, conformes con la intención del Sabio, quien dice: *El principio de todo pecado es la soberbia*; porque a las claras habla de la soberbia como apetito desordenado de la propia excelencia. Por consiguiente la soberbia, aun considerada como pecado especial, es principio de todo pecado.

En los actos voluntarios se dan dos órdenes: el de la intención y el de la ejecución. En el primer orden tienen razón de principio y de fin. Mas como el fin en la adquisición de todos los bienes temporales es que el hombre tenga, por medio de ellos, cierta perfección singular y excelencia, por esta parte la soberbia, que es apetito de la excelencia, se asigna como principio de todo pecado. Pero por parte de la ejecución es lo primero aquello que suministra oportunidad de satisfacer todos los deseos del pecado, lo cual tiene razón de raíz, como las riquezas; y así, bajo este aspecto, se afirma que la avaricia es raíz de todos los males.

(1ª 2ªᵉ, *q.* LXXXIV, *a.* 2.)

II. La soberbia es reina y madre de todos los vicios. La soberbia puede considerarse de dos modos: 1º, en sí misma, en cuanto es un pecado especial; 2º, en cuanto tiene influencia universal en todos los pecados. Se consideran capitales aquellos pecados especiales de los que dimanan muchos géneros de pecados. Algunos, considerando de ese modo a la soberbia, la incluyeron entre los otros vicios capitales.

Pero viendo San Gregorio la influencia universal que ejerce en los otros vicios capitales, no la incluyó entre los otros vicios capitales, sino que la puso como reina y madre de todos los vicios; por lo cual dice: "La misma soberbia reina de los vicios, la soberbia, cuando queda plenamente dueña del corazón ya vencido, lo entrega bien pronto a los siete vicios capitales, como a ciertos capitanes suyos para que la devasten, y de éstos, multitudes de vicios" [18].

(2ª 2ae, *q.* CLXII, *a.* 8.)

15 de agosto

ASUNCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

I. *Me he exaltado como cedro sobre el Líbano.* (*Eccli.*, XXIV, 17.) Los seis árboles a los cuales es comparada la exaltación de la Bienaventurada Virgen en la Epístola de esta festividad pueden simbolizar los seis órdenes de bienaventurados.

El cedro representa a los ángeles por la sublimidad de su naturaleza. El ciprés simboliza a los patriarcas y profetas por la suavidad de su

[18] *Moral.*, lib. XXXI, cap. 17.

olor. Por lo cual se dijo de uno de ellos: *He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno.* (*Gen.*, XXVII, 27.)

La palma simboliza a los Apóstoles por su triunfo glorioso sobre todo el mundo, y también la victoria.

La rosa representa a los mártires por la efusión de sangre, que tiene color rojo. *Como rosal plantado.* (*Eccli.*, XXXIX, 17.)

El olivo simboliza a los confesores por el aceite. *Mas yo, como oliva fructífera en la casa de Dios.* (*Psal.*, LI, 10.)

El plátano significa a las vírgenes, por la frialdad que apaga el incendio de la liviandad, pues crece junto a las aguas.

II. El sentido es, pues, que la Virgen fué exaltada como los ángeles, los patriarcas, los profetas, los Apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes; aún más, sobre los coros de los ángeles y sobre todos los santos. Y es de maravillar:

Porque tuvo los merecimientos de los ángeles, viviendo angelicalmente. San Jerónimo dice: "Vivir en la carne como si no se tuviese carne no es vida terrena, sino celestial." El mismo autor dice también: "La virginidad es hermana de los ángeles."

Poseyó también los merecimientos de los profetas, profetizando: *Me dirán bienaventurada todas las generaciones.* (*Luc.*, I, 48.) Efectivamente, vió en espíritu profético y profetizó que había de ser beatificada por todos los pueblos y que todos ellos debían recibir al Hijo de Dios y suyo.

Tuvo los méritos de los Apóstoles y Evangelistas, enseñando; pues fueron escritas y predicadas muchas cosas que los santos no pudieron

saber sino por revelación de ella, como la aparición del ángel en la concepción y otras muchas.

Poseyó el mérito del mártir, padeciendo con su Hijo muerte de cruz. *Una espada traspasará tu alma de ti misma.* (*Luc.*, II, 35.)

Tuvo el mérito de los confesores, confesando devotamente al Señor. *Mi alma engrandece al Señor.* (*Luc.*, I, 46.)

Poseyó el merecimiento de las vírgenes, incoando y conservando la virginidad. *Fué enviado el ángel Gabriel a María Virgen.* (*Luc.*, I.)

Y como poseyó el mérito de todos, asimismo fué conveniente que fuese exaltada sobre todos. (*Serm.*, LVIII.)

16 de agosto

MODO DE EVITAR LA SOBERBIA

I. Algún pecado se precave difícilmente, por dos motivos:

1º) Por la vehemencia de la impugnación, como la ira que ataca vehementemente a causa de su ímpetu. Pero es aún más difícil resistir a la concupiscencia, por sernos connatural; y tal dificultad de evitar el pecado disminuye su gravedad, puesto que cuanto menor sea el ímpetu de la tentación por que cae tanto más gravemente peca.

2º) Es difícil evitar algún pecado porque está oculto; y de este modo es difícil evitar la soberbia, porque toma ocasión de las mismas cosas buenas. Por eso dice expresamente San Agustín que "pone asechanzas a las obras buenas", y el Salmo (CXL

4): *En este camino, por donde yo andaba, me escondieron lazo.*

Por consiguiente, el movimiento de la soberbia que se desliza ocultamente no tiene la mayor gravedad antes de que el juicio de la razón se percate de él; pero luego que ha sido conocido por la razón, entonces se evita fácilmente, ya por la consideración de la propia debilidad, según aquello del Eclesiástico (X, 9): *¿Por qué se ensoberbece la tierra y la ceniza?;* ya también por la consideración de la grandeza divina, como dice el libro de Job: *¿Por qué te hincha contra Dios tu espíritu?* (XV, 13); ya también por la imperfección de los bienes, de que el hombre se ensoberbece, según aquello de Isaías: *Toda carne heno, y toda su gloria como flor del campo* (XL, 6), y más adelante: *Como un paño de menstruosa son todas nuestras justicias.* (LXIV, 6.)

II. Para poner de manifiesto la soberbia de los hombres, Dios castiga a algunos, permitiéndoles caer en pecados carnales; que, aunque sean menores, sin embargo, contienen una fealdad más manifiesta; por lo cual dice San Isidoro: "La soberbia es más detestable que todo vicio, ya porque se encuentra por personas más elevadas y principales, ya porque nace de la obra de la justicia y de la virtud, y se siente menos su culpa; mas la lujuria de la carne es notoria a todos, porque es por sí misma deforme; y sin embargo, por dispensación de Dios, es menor que la soberbia. Mas el que está dominado por la soberbia y no lo siente, cae en la lujuria de la carne, para que, humillado, salga de su confusión"[19].

[19] *De summo bono,* lib. VII, cap. 38.

Por esto también resulta evidente la gravedad de la soberbia misma. Porque así como el médico sabio hace caer al enfermo en otra enfermedad más leve, para remediar la más grave; así también el pecado de la soberbia se muestra como más grave, por lo mismo que para su remedio Dios permite que los hombres caigan en otros pecados.

(2ª 2ae, *q.* CLXII, *a.* 6, *ad* 1um, *ad* 3um.)

17 de agosto

LA VANAGLORIA

I. Se designa propiamente con el nombre de gloria al hecho de que lo bueno de un individuo llegue al conocimiento y a la aprobación de muchos. Tomada en un sentido más amplio, la gloria no sólo consiste en el conocimiento de la multitud, sino también en el de un pequeño número, o de uno solo, o de sí mismo, cuando alguno considera su propio bien como digno de alabanza. El que uno conozca y apruebe su propio bien no es pecado; pues se dice: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado.* (I *Cor.*, II, 12.) Tampoco es pecado que uno quiera que sus buenas obras sean aprobadas; por estas palabras: *Ha de brillar vuestra luz delante de los hombres.* (*Matth.*, V, 16.) Por lo tanto, el apetito de la gloria no indica por sí algo vicioso, pero el apetito infundado o vanagloria importa vicio; porque apetecer algo vano es vicioso, según aquello: *¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira?* (*Psal.*, IV, 3.)

La gloria puede llamarse vana de tres maneras: 1ª, por parte de la cosa, por ejemplo, cuando uno busca gloria en aquello que no es digno de ella, como en alguna cosa frágil y caduca; 2ª, por parte de aquél de quien uno busca la gloria, por ejemplo, de un hombre, cuyo juicio no es cierto; 3ª, por parte del mismo que aparece la gloria, el cual no refiere el apetito de su gloria al fin debido, esto es, al honor de Dios o a la salvación del prójimo.

II. El pecado de vanagloria puede ser mortal, es decir, contrario a la caridad, de dos maneras:

1ª) Por razón de la materia, de que uno se gloría, como cuando uno se gloría de alguna cosa falsa que es contraria a la reverencia divina, según aquello del profeta Ezequiel: *Se ha engreído tu corazón, y dijiste: Yo soy Dios* (XXVIII, 2). Y el Apóstol dice: *¿Qué tienes tú, que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?* (I *Cor.*, IV, 7.) O también cuando uno prefiere a Dios un bien temporal de que se gloría; lo cual se prohibe en Jeremías: *No se glorie el sabio en su saber, ni se glorie el fuerte en su fuerza, y no se glorie el rico en su riqueza; mas en esto se glorie el que se gloría, en saberme y conocerme.* (IX, 23, 24.) O también cuando uno prefiere el testimonio de los hombres al testimonio de Dios, como aquéllos contra los cuales se dice en Juan (XII, 43): *Amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.*

2ª) Por parte del mismo que se gloría, quien refiere su intención a la gloria como a último fin, al cual fin ordena también las obras de virtud, y por conseguirlo no omite hacer aun lo que

está contra Dios. Y en estos casos es pecado mortal.

Así, pues, la vanagloria es pecado peligroso, no sólo a causa de su misma gravedad, sino también porque es una disposición para los pecados graves, en cuanto por ella el hombre se hace presuntuoso y demasiado confiado en sí mismo; y de este modo también dispone poco a poco a que el hombre se prive de los bienes interiores.

(2ª 2ªe, *q.* CXXXII, *a.* 1, 3.)

18 de agosto

LA VANAGLORIA ES VICIO CAPITAL

I. De los vicios capitales algunos hablan de dos maneras; pues unos clasifican a la soberbia entre los vicios capitales y no incluyen entre ellos a la vanagloria. Pero San Gregorio considera a la soberbia como reina de todos los vicios; y a la vanagloria, que nace inmediatamente de la misma, la pone como vicio capital[20]. Y esto con razón.

Porque la soberbia es apetito desordenado de excelencia. De todo bien que uno apetece, consigue cierta perfección y excelencia; por lo tanto, los fines de todos los vicios se ordenan al fin de la soberbia, y por eso parece que tiene cierta general causalidad sobre los otros y no debe computarse entre los principios especiales de los vicios, cuales son los pecados capitales. Pero entre los bienes por que el hombre alcanza superioridad parece concurrir principalmente la gloria, en

[20] *Moral.*, lib. XXXI, cap. 17.

cuanto importa la manifestación de la bondad de alguno; porque lo bueno es naturalmente amado y honrado por todos. Y por lo tanto, así como por la gloria que hay en Dios, el hombre consigue la excelencia en las cosas divinas, así también por la gloria de los hombres alcanza el hombre la excelencia en las cosas humanas. Por lo tanto, es lógico que sea muy apetecible a causa de la proximidad a la superioridad, que los hombres desean sobre todo. Y puesto que del apetito desordenado de ésta dimanan muchos vicios, la vanagloria es vicio capital.

II. De la vanagloria proceden la jactancia, la presunción de novedades, la hipocresía, la pertinacia, la discordia, las riñas y la desobediencia, que son sus hijas.

Pues aquellos vicios que por sí naturalmente se ordenan al fin de algún vicio capital se llaman hijos de éste. El fin de la vanagloria es la manifestación de la propia excelencia. A ello puede tender el hombre de dos maneras.

De una manera directa, ya por palabras, y así es *jactancia;* ya por hechos, y así si son cosas verdaderas, que tienen alguna admiración, constituyen *presunción de novedades*; mas si son falsas, *hipocresía.*

De manera indirecta, si alguno se empeña en manifestar su excelencia haciendo ver que no es menor que otro, lo cual puede ocurrir de cuatro modos:

1º) En cuanto a la inteligencia, y así es *pertinacia,* por la que el hombre se aferra demasiado en su propio parecer, y no quiere creer mejor a otro.

2º) En cuanto a la voluntad, y así es *discordia,*

porque no quiere apartarse de su propia voluntad para concordar con otros.

3º) En cuanto al lenguaje, y así es *riña,* cuando uno disputa con otro verbalmente con griterío.

4º) En cuanto al hecho, y así es *desobediencia,* cuando alguien no quiere cumplir el mandato del superior.

(2ª 2ae, *q.* CXXXII, *a.* 4, 5.)

LA VIDA ILUMINATIVA

19 de agosto

LOS VESTIDOS DE LAS VIRTUDES

Vístete de los vestidos de tu gloria, Jerusalén. (*Is.*, LII, 1.)

I. Estos vestidos son las virtudes con las cuales el hombre se hace bueno. La ley antigua contenía, efectivamente, ciertos preceptos morales y esto con justa razón; porque así como la intención principal de la ley humana es el establecer la amistad de los hombres entre sí, así la intención de la ley divina es la de constituir principalmente la amistad del hombre con Dios; siendo, pues, la semejanza razón de amor, según aquello del Eclesiástico (XIII, 19): *Todo animal ama a su semejante,* es imposible que haya amistad entre el hombre y Dios, que es el mejor, si los hombres no se hacen buenos. Por eso se dice en el Levítico (XIX, 2): *Sed santos, porque yo soy santo.* Mas la bondad del hombre es la virtud, que hace bueno al que la tiene; y por lo tanto era necesario que en la ley antigua fueran dados preceptos sobre los actos de las virtudes, y éstos son los preceptos morales, como: *No matarás; no fornicarás; no hurtarás,* etc. (*Ex.*, XX, 13, 15.)

(1ª 2ªe, *q.* XCIX, *a.* 2.)

II. Los santos poseen vestidos de virtudes, de los cuales se glorían, y éstos son: 1º) Vestidos que los protegen. *Me puso vestiduras de salud; y con un manto de justicia me rodeó.* (*Is.*, LXI, 10.) 2º) Vestidos que les dan calor. *No temerá para los de su casa los fríos de la nieve; porque todos sus domésticos vestidos están de ropas dobles.* (*Prov.*, XXXI, 21.) 3º) Vestidos de adorno: *Y te vistas de ropas blancas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez.* (*Apoc.*, III, 18.)

Estos vestidos deben ser blancos por la honestidad de la conducta. *En todo tiempo sean blancos tus vestidos* (*Eccl.* IX, 8); limpios por la rectitud de intención. *La vestidura mezclada con sangre será para la quema, y pábulo del fuego* (*Is.*, IX, 5); olorosos por la buena reputación: *El olor de tus vestidos como olor de incienso.* (*Cant.*, IV, 11.)

(*In Is.*, LII.)

III. Pero el vestido más glorioso y más precioso es el mismo Cristo. *Vestíos de nuestro Señor Jesucristo* (*Rom.*, XIII, 14), en él estuvieron abundantísimamente todas las virtudes. Nos vestimos de Jesucristo, 1º, por la recepción del sacramento (del Bautismo): *Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo* (*Gal.*, III, 27); 2º, por la imitación: *Despojándoos del hombre viejo con sus hechos; y vistiéndoos del nuevo,* etc. (*Col.*, III, 9, 10.) Y a los de Efeso: *Vestíos del hombre nuevo, que fué criado según Dios en justicia.* (*Eph.*, IV, 24.) Se dice que está vestido de Cristo el que imita a Cristo, porque así como el hombre está contenido por el

vestido, y es visible por su color, así también aparecen las obras de Cristo en el que lo imita.

(*In Rom.*, XIII.)

Y así como el que se viste con algún vestido es protegido y cubierto por él, y aparece bajo el color del vestido, ocultando su propio color, del mismo modo el que se reviste de Cristo es protegido y cubierto por él contra los ataques y contra los calores, y en él no se ven otras cosas sino las que son de Cristo. Y del mismo modo que el leño encendido es vestido por el fuego y participa de su ardor, así también el que recibe las virtudes de Cristo, está revestido de Cristo.

Conviene advertir que algunos se visten exteriormente de Cristo por su buena vida, y también interiormente por la renovación del espíritu, y en ambas cosas por la configuración con su santidad.

(*In Gal.*, III.)

20 de agosto

LA VERDADERA Y GRAN VIRTUD

I. La virtud verdadera. Se dice que algo es acto de virtud de dos modos:

1º) Materialmente, como hacer lo justo es hacer acto de justicia, acto virtuoso que puede existir sin la virtud; pues muchos que no poseen el hábito de justicia obran cosas justas, ya por la razón natural, ya por el temor, ya por la esperanza de alcanzar algo.

2º) Formalmente, como es acto de justicia obrar lo justo del modo con que el justo lo hace,

es decir, con prontitud y agrado, y en tal concepto el acto de virtud no es sin virtud.

Así, pues, puede ocurrir que, al dar limosna materialmente, se haga sin caridad. Por eso decía el Apóstol: *Si distribuyere todos mis bienes en dar de comer a pobres... y no tuviere caridad, nada me aprovecha.* (I *Cor.*, XIII, 3.) Pero dar limosna formalmente, esto es, por Dios, con agrado y prontamente y en todas las condiciones con que debe hacerse, no es posible sin caridad.

(2ª 2ªe, *q.* XXXII, *a.* 1.)

II. La gran virtud.

En los actos de las virtudes hay que distinguir dos cosas, a saber: lo que se hace y el modo de hacerlo. Pero ocurre que una misma acción que se realiza como una virtud perfecta puede ser ejecutada no sólo por el que tiene poca virtud, sino también por el que no posee ninguna. Mas si atendemos al modo de obrar, el que no tiene virtud no puede obrar lo mismo que el que la tiene; ni el que tiene poca virtud, como el que la tiene grande, el cual obra con facilidad, con prontitud y con agrado; lo que no hace el que carece de virtud o la tiene escasa.

Así, ofrecerse al martirio, o también sufrir el martirio, no sólo puede ser ejecutado por la caridad perfecta, sino también la imperfecta, y lo que es más, también el que carece de caridad, según aquello del Apóstol: *Si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad,* etc. (I *Cor.*, XIII, 3.) Pero la caridad perfecta lo hace con prontitud y alegría, como se ve en San Lorenzo y San Vicente, quienes mostraron alegría en

los tormentos. Pero esto no puede hacerlo la caridad imperfecta ni el que carece de caridad.
(*Quodl.*, 4, *q*. X, *a*. 1.)

III. El ejemplo de la fe. ¿Puede la fe ser mayor en uno que en otro? Debe responderse afirmativamente.

Porque donde quiera que hay pequeño y grande, allí se encuentra mayor y menor. En la fe se da lo pequeño y lo grande; porque dice el Señor a Pedro: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* (*Matth.*, XIV, 31), y a la mujer: *Oh mujer, grande es tu fe.* (*Ibid.*, XV, 28.) Luego la fe puede ser mayor en uno que en otro.

Efectivamente, el acto de fe procede del entendimiento y de la voluntad. Por lo tanto, la fe puede decirse que es mayor en algunos por parte del entendimiento, a causa de la mayor certeza y firmeza; y en otro sentido, por la voluntad, por la mayor prontitud, devoción y confianza.

A la razón de la fe corresponde que la verdad primera sea preferida a todas, pero de entre los que la prefieren a todas, unos se someten a ella más cierta y devotamente que otros.
(2ª 2ªᵉ, *q*. V, *a*. 4.)

21 de agosto

BIENES Y NECESIDAD DE LA FE

La fe produce cuatro clases de bienes.

1º) Por la fe el alma se une a Dios; pues por ella el alma realiza una especie de matrimonio con Dios. *Te desposaré conmigo en fe.* (*Os.*, II, 20.) De ahí es que cuando el hombre es bautiza-

do, primero hace una confesión de fe cuando se le pregunta: "¿Crees en Dios?", pues el Bautismo es el primer sacramento de la fe. Por eso dice el Señor: *El que creyere y fuere bautizado, será salvo.* (*Marc.*, XVI, 16.) Pues el Bautismo sin la fe no sirve de nada. Por consiguiente, debe saberse que ninguno es grato a Dios sin la fe. Y sobre aquello de San Pablo, *Todo lo que no es según fe, es pecado* (*Rom.*, XIV, 23), dice San Agustín: "Donde no hay conocimiento de la verdad eterna e inmutable, es falsa la virtud aun en las mejores costumbres."

2º) Por la fe se inicia en nosotros la vida eterna; pues la vida eterna no es otra cosa que conocer a Dios. Por eso dice el Señor: *Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero.* (*Joan.*, XVII, 3.) Este conocimiento de Dios en nosotros comienza por la fe, mas será perfeccionado en la vida eterna, en la cual conoceremos a Dios como es. Y por eso se dice en la Epístola a los Hebreos: *Es, pues, la fe la substancia de las cosas que se esperan* (XI, 1). Nadie, pues, puede llegar a la bienaventuranza, que es el conocimiento verdadero de Dios, si primero no conoce aquí a Dios por la fe.

3º) La fe dirige la vida presente; porque para que el hombre viva bien es necesario que sepa las cosas necesarias para vivir bien; mas la fe muestra todas esas cosas; porque enseña que hay un solo Dios, que premia a los buenos y castiga a los malos, que hay otra vida, y otras verdades semejantes, y todo esto nos invita a practicar el bien y evitar el mal. A este respecto dice la Escritura: *Mi justo vive de la fe.* (*Heb.*, X, 38.) Por donde se ve que ningún filósofo, antes de la venida de Cristo, con todo su esfuerzo no pu

saber de Dios ni de las cosas necesarias para la vida eterna lo que, después de la venida de Cristo, sabe una viejecilla por la fe. Por eso dice Isaías: *La tierra está llena de la ciencia del Señor* (XI, 9).

4º) Con la fe vencemos las tentaciones: *Los cuales* (los santos) *por fe conquistaron reinos. (Hebr.*, XI, 33.) Y esto se comprueba porque toda tentación viene del diablo, o del mundo o de la carne. El diablo nos tienta para que no obedezcamos a Dios, ni nos sometamos a él. La fe rechaza esta tentación, pues por ella conocemos que él es Señor de todas las cosas y que por lo mismo debemos obedecerle: *El diablo, vuestro adversario, anda como león rugiendo alrededor de vosotros... resistidle fuertes en la fe.* (I *Petr.,* V, 8, 9.) El mundo tienta o cautivando en las cosas prósperas o aterrando en las adversas; pero nosotros las vencemos con la fe, que nos hace creer en otra vida mejor que ésta, pues nos enseña a creer en otros bienes y en otros males; y por lo tanto a despreciar los bienes de este mundo, y a no temer las adversas. *Ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.* (I *Joan.,* V, 4.) La carne tienta incitándonos a los deleites momentáneos y caducos de la vida presente; pero la fe nos muestra que si nos adherimos a ellos indebidamente, por ellos perdemos las alegrías eternas.

(In Symb.)

22 de agosto

EFECTOS DE LA FE

I. El temor es efecto de la fe.

Por medio de la fe se verifica en nosotros cierta aprensión de algunos males penales, que se infieren según el juicio divino; y de este modo es la fe causa del temor que uno tiene de ser castigado por Dios; este temor es servil.

La fe es también causa del temor filial, por el que uno evita separarse de Dios, rehuye compararse con él y lo reverencia, pues por la fe tiene este juicio de Dios: que es cierto bien altísimo y que separarse de él constituye un gravísimo mal, lo mismo que el pretender igualarse es malo.

Mas la causa del primer temor, es decir, del servil, es la fe informe; y del segundo temor, el filial, es la fe formada, que por medio de la caridad hace que el hombre se adhiera a Dios y se someta a él.

Y aun cuando se diga en el Eclesiástico (II, 8): *Los que teméis al Señor, creed a él*, el temor de Dios no puede universalmente preceder a la fe; porque, si ignoráramos absolutamente los premios y castigos que ésta nos enseña, de ninguna manera le temeríamos. Pero supuesta la fe de algunos de sus artículos, por ejemplo, la excelencia divina, síguese el temor respetuoso que más tarde conduce al hombre a someter su entendimiento a Dios, para creer todo lo que le ha sido prometido.

II. La purificación del corazón es efecto de la fe, como se lee en los Hechos de los Apóstoles

Habiendo purificado con la fe sus corazones. (*Act.*, XV, 9.)

La impureza de una cosa consiste en que se mezcla con cosas más viles; pues no se dice que la plata es impura si se mezcla con oro, ya que con esa mezcla se hace mejor, sino por la mezcla con el plomo o el estaño. Pero es evidente que la criatura racional es la más noble de todas las criaturas temporales y corporales, y por consiguiente se hace impura sometiéndose a éstas por amor.

De esa impureza se purifica, ciertamente, por movimiento contrario, esto es, dirigiéndose a lo que está sobre ella, que es Dios, movimiento cuyo primer principio es la fe, según aquello de la epístola a los Hebreos: *Es necesario que el que se llega a Dios, crea* (XI, 6). Y por consiguiente el primer principio de la purificación del corazón es la fe, por la que se purifica la impureza del error; fe que, perfeccionada por la caridad formada, produce la purificación completa.

(2ª 2ªᵉ, *q.* VII, *a.* 1, 2.)

23 de agosto

LA ESPERANZA

I. El objeto propio de la esperanza es la bienaventuranza eterna.

La esperanza llega hasta Dios, apoyándose en su auxilio para conseguir el bien esperado. Pero conviene que el efecto sea proporcionado a la causa; por lo tanto, el bien que propia y principalmente debemos esperar de Dios es el bien infinito, proporcionado a la virtud de Dios que nos

ayuda; porque es propio de la virtud infinita producir hasta un bien infinito. Mas este bien es la vida eterna que consiste en el goce del mismo Dios; pues lo que debemos esperar de Él no es menos que Él mismo, ya que no es menor su bondad, por la que comunica los bienes a la criatura, que su esencia.

II. La esperanza es una virtud teológica distinta de las demás virtudes teologales. Una virtud se dice teologal porque tiene por objeto a Dios al cual se adhiere. De dos maneras puede uno adherirse a otro: o por sí mismo, o porque por él se llega a otro. La caridad, pues, hace que el hombre se una a Dios por causa de sí mismo, uniendo su espíritu a Dios por el afecto de amor.

Mas la esperanza y la fe hacen que el hombre se una a Dios como a cierto principio, del cual nos llegan algunas cosas. De Dios nos viene el conocimiento de la verdad y el logro de la bondad perfecta. Luego la fe hace que el hombre se adhiera a Dios, en cuanto es para nosotros el principio de conocer la verdad, pues creemos que son verdaderas las cosas que Dios nos dice. Mas la esperanza hace que nos adhiramos a Dios, como que es en nosotros el principio de la bondad perfecta, ya que por la esperanza nos apoyamos en el auxilio divino para obtener la bienaventuranza.

III. En la vía (u orden) de la generación (espiritual), la esperanza es anterior a la caridad. Pues así como alguno es conducido a amar a Dios porque, temiendo ser castigado por él, cesa de pecar, así también la esperanza introduce a

la caridad, en cuanto alguno, esperando ser recompensado por Dios, es inducido a amarle y observar sus preceptos. Pero según el orden de la perfección, la caridad es anterior naturalmente; por lo cual desde el momento en que existe la caridad, la esperanza se torna más perfecta, porque uno espera más de los amigos. En este sentido dice San Ambrosio que "la esperanza proviene de la caridad".

IV. La esperanza tiene certeza, porque la esperanza es la expectación cierta de la bienaventuranza futura, como dice el Maestro [21]. Lo cual puede tomarse de aquello que dice el Apóstol: *Porque sé a quién he creído, y estoy cierto de que es poderoso para guardar mi depósito* (II *Tim.*, I, 12).

Ciertamente no podemos saber con certeza, en esta vida, si poseemos la gracia. Mas la esperanza no se basa principalmente en la gracia ya recibida, sino en la omnipotencia y misericordia divinas, por las que, aun aquél que no posee la gracia, puede conseguirla y llegar así a la vida eterna. Mas de la omnipotencia de Dios y de su misericordia está cierto todo aquel que posee la fe. El que algunos, teniendo esperanza, se vean faltos de la consecución de la bienaventuranza, sucede por defecto del libre albedrío que les pone el obstáculo del pecado, pero no por defecto del poder divino o misericordia en que se apoya la esperanza. Por consiguiente, esto no perjudica a la certeza de la esperanza.

(2ª 2ae, *q.* XVII, *a.* 2, 6, 8; *q.* XVIII, *a.* 4.)

21 Alberto Magno, *Sent.*, III, *dist.*, 26.

24 de agosto

EXCELENCIA DE LA CARIDAD

Ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza, y la caridad; mas de éstas, la mayor es la caridad. (I *Cor.*, XIII, 13.)

I. La caridad es la mayor de las virtudes teologales.

La grandeza de una virtud en cuanto a su especie se estima por su objeto; mas como las tres virtudes teologales tienen a Dios por objeto propio, no puede ninguna de ellas decirse mayor que otra porque se refiera a mayor objeto, sino porque una de ellas se aproxime más que otra a su objeto.

Según esto, la caridad es mayor que las otras; porque las otras envuelven en su propia noción cierta distancia del objeto; pues la fe es de cosas que no se ven; y la esperanza, de lo que aún no se tiene; en tanto que el amor de la caridad es de lo que ya se posee, de modo que el amado está en cierto modo en el amante, y que además el que ama es, por su afecto, atraído a la unión con el amado, por lo cual dice San Juan: *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (I *Joan.*, IV, 16.)

(1ª 2ªe, *q.* LXVI, *a.* VI.)

II. La caridad es la forma y raíz de todas las virtudes: *Arraigados y cimentados en caridad.* (*Eph.*, III, 17.)

En los actos morales, lo que da al acto el orden al fin le da también la forma. Mas es evidente

que por la caridad se ordenan los actos de todas las otras virtudes al último fin. Pues el último y principal bien del hombre es el goce de Dios, según aquello del Salmo (LXXII, 28): *A mi bueno me es el apegarme a Dios;* a esto se ordena el hombre por la caridad y según esto ella da forma a los actos de todas las otras virtudes. Por lo tanto se dice que es la forma de las virtudes; pues también las mismas virtudes se dicen así en orden a los actos formados.

La caridad se compara al fundamento y a la raíz, porque de ella se sustentan y nutren todas las demás virtudes. Se llama también el fin de las otras virtudes, por cuanto las ordena a su fin; y como es madre la que concibe en sí de otro, por esta razón se llama madre de las otras virtudes, puesto que por el apetito del fin último concibe los actos de las demás virtudes y en ellos impera.

(2ª 2ªᵉ, *q.* XXIII, *a.* 8.)

III. La caridad es producida en nosotros por infusión.

La caridad es cierta amistad del hombre con Dios, fundada sobre la comunicación de la bienaventuranza eterna; mas esta comunicación no tiene lugar según los dones naturales, sino según los dones gratuitos, pues como se dice en la Epístola a los Romanos (VI, 23): *La gracia de Dios es vida perdurable.* Por consiguiente también la misma caridad excede a la capacidad de la naturaleza; y lo que excede a la capacidad de la naturaleza no puede ser ni natural ni adquirido por las potencias naturales, porque el efecto natural no trasciende a su causa. Así, la caridad no puede hallarse naturalmente en nosotros, ni ser adquirida por las fuerzas naturales, sino por in-

fusión del Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, cuya participación en nosotros es la misma caridad creada.

Dios es soberanamente amable en sí mismo, en cuanto es el objeto de la bienaventuranza; pero no es de este modo principalmente amable a nosotros, por la inclinación de nuestro afecto a los bienes visibles; y así es evidente que, para amar a Dios sobre todo de este modo, es necesario que la caridad se infunda en nuestros corazones.

(2ª 2ªᵉ, *q.* XXIV, *a.* 2.)

25 de agosto

EL TEMOR DEL SEÑOR

I. *El principio de la sabiduría es el temor del Señor.* (*Psal.*, CX, 10.)

De dos modos se puede decir que algo es principio de sabiduría: 1º, porque es principio de la misma sabiduría en cuanto a su esencia; 2º, en cuanto a su efecto.

Siendo la sabiduría el conocimiento de las cosas divinas, es considerada por nosotros de un modo distinto que por los filósofos; porque como nuestra vida se ordena al goce de Dios y es dirigida según cierta participación de la naturaleza divina por medio de la gracia, la sabiduría es considerada por nosotros, no sólo como cognoscitiva de Dios, forma en que también la consideran los filósofos, sino además como directiva de la vida humana, la que no sólo es dirigida según las razones humanas, sino también según las divinas.

Así, pues, el principio de la sabiduría según su

esencia son los primeros principios de la sabiduría, que son los artículos de la fe, y por esto la fe se llama principio de la sabiduría.

Pero en cuanto al efecto, el principio de la sabiduría es la operación por donde ella comienza, y de este modo el temor de Dios es el principio de la sabiduría; sin embargo, uno es el temor servil y otro el filial. Porque el temor servil es como principio que dispone exteriormente a la sabiduría, en cuanto uno se aparta del pecado por temor del castigo, y se hace apto, por esto, para el efecto de la sabiduría, según aquello del Eclesiástico: *El temor de Dios expele el pecado.* (I, 27.)

El temor casto o filial es principio de la sabiduría, como primer efecto de ella. Pues perteneciendo a la sabiduría el que la vida humana se regule según las razones divinas, es necesario tomar por principio que el hombre tema a Dios y se someta a él. Porque de este modo se regulará en todo según Dios.

Respecto a lo que se dice en el libro de Job (XXVIII, 28): *El temor del Señor, ésa es la sabiduría,* debe entenderse en el sentido de que el temor de Dios se compara a toda la vida humana regulada por la sabiduría de Dios, como la raíz al árbol. Por eso: *La raíz de la sabiduría es temer al Señor; y sus ramas son de larga duración.* (*Eccli.*, I, 25.) En consecuencia, así como se dice que la raíz es virtualmente todo el árbol, también se dice que el temor de Dios es la sabiduría.

II. Al temor corresponde propiamente la pobreza de espíritu. Pues perteneciendo al temor filial manifestar respeto a Dios y estarle sometido, aquello que es consecuencia de esta sumisión

pertenece al don del temor. Pero por el hecho de someterse uno a Dios, cesa de pretender engrandecerse en sí mismo o en otro que no sea Dios; porque este sentimiento repugnaría a la perfecta sumisión a Dios. Así, pues, desde que uno teme perfectamente a Dios, es consiguiente que no pretenda engrandecerse en sí mismo por la soberbia, ni en los bienes exteriores, tales como los honores y las riquezas, cosas que pertenecen a la pobreza de espíritu, en cuanto por pobreza de espíritu puede entenderse el anonadamiento del espíritu orgulloso y soberbio o también el desprecio de las cosas temporales, que es producido por el espíritu, esto es, por la voluntad propia movida por inspiración del Espíritu Santo.

(2ª 2ªᵉ, *q.* XIX, *a.* 7, 12.)

26 de agosto

LAS VIRTUDES CARDINALES

I. Son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Algunos consideran que las cuatro mencionadas virtudes significan ciertas condiciones generales del ánimo humano, las cuales se hallan en todas las virtudes, y según esto la prudencia no es otra cosa que cierta rectitud de discreción en cualesquiera actos o materias; la justicia, cierta rectitud del ánimo, por la cual el hombre obra lo que debe en cualquier materia; la templanza, cierta disposición del ánimo que impone moderación a cualesquiera pasiones o acciones, para que no se extralimiten más allá de lo debido; y la fortaleza, cierta disposición del alma por medio

de la cual se afirma en lo que está conforme con la razón contra cualesquiera ímpetus de las pasiones o trabajos de las acciones.

Pero otros consideran con más acierto estas cuatro virtudes en la medida en que se determinan a materias especiales, referida cada una de ellas, ciertamente, a una sola materia, en la cual se alaba principalmente aquella condición general que da su nombre a la virtud; y, según esto, las virtudes mencionadas son hábitos diversos, según la diversidad de los distintos objetos.

II. Dos grados se distinguen en estas virtudes según la diversidad del movimiento y del término; de modo que unas son virtudes de cosas trascendentes y que tienden a la semejanza divina; estas virtudes se llaman *purgativas* por cuanto el hombre sumergido en las cosas mundanas aspira al descanso de la contemplación. Así, la prudencia desprecia todas las cosas mundanas por la contemplación de las divinas, y dirige todo el pensamiento del alma sólo a las divinas; la templanza abandona, en cuanto la naturaleza lo permite, las cosas que requiere el uso del cuerpo; la fortaleza hace que el alma no se aterre por su apartamiento del cuerpo y acercamiento a las cosas de arriba; y la justicia, en fin, que toda el alma consienta en la senda de tal propósito.

Pero hay otras virtudes propias de los que consiguen ya la semejanza divina, y se llaman virtudes de *ánimo purificado,* es decir: *prudencia* que únicamente contemple las cosas divinas, *templanza* que no sólo refrene los deseos terrenos, sino que los desconozca, *fortaleza* que no sólo venza las pasiones, sino que las ignore, *justicia* que se asocie en perpetua alianza con la mente

divina y la imite, virtudes que, ciertamente, decimos son propias de los bienaventurados o de algunos muy perfectos en esta vida.

(2ª 2ªᵉ, *q.* LXI, *a.* 4, 5.)

27 de agosto

LA PRUDENCIA

I. *La sabiduría le es al hombre prudencia.* (*Prov.*, X, 23.)

Es sabio en algún género quien considera la causa suprema en ese mismo género. En el género de los actos humanos la causa suprema es el fin común de toda la vida humana, y a este fin se dirige la prudencia; por lo cual así como el que razona bien por relación a algún fin particular, por ejemplo, a la victoria, se dice ser prudente no absolutamente, sino en este género, esto es, en asuntos bélicos, así también el que razona bien acerca de todo el bien vivir, se dice ser prudente en absoluto. Luego es evidente que la prudencia es la sabiduría en las cosas humanas.

II. La prudencia no puede existir en los p-cadores. La prudencia se entiende de tres man-ras. Existe una falsa o llamada así por semejanz porque siendo prudente el que dispone bien l cosas que deben ejecutarse para un fin buen cuando alguien que se propone un fin malo d pone algunas cosas adecuadas para lograr fin, se dice que posee una prudencia falsa, p lo que acepta por fin no es verdaderamente b no, sino por semejanza, como se dice de alg

que es buen ladrón. En este sentido puede, por semejanza, llamarse prudente el ladrón que emplea medios convenientes para robar.

De esta prudencia dice el Apóstol a los Romanos (VIII, 6): *La prudencia de la carne es muerte,* aludiendo a la que constituye el último fin en el deleite carnal.

La segunda prudencia es verdadera porque encuentra los medios adecuados al fin verdaderamente bueno, pero es imperfecta por dos razones: primera, porque el bien que toma por fin no es el fin común de toda la vida humana, sino de algún negocio especial; por ejemplo, cuando uno encuentra los medios acomodados para negociar o para navegar, se dice prudente negociante o navegante; segunda, porque es deficiente en el acto principal de la prudencia, por ejemplo, cuando uno da un buen consejo y juzga bien aun de las cosas que corresponden a toda la vida, pero no da un precepto eficaz.

La tercera prudencia, verdadera y perfecta, es la que aconseja rectamente para el buen fin de toda la vida, y además juzga y manda. Ésta es la única que se llama prudencia en absoluto, la cual no puede hallarse en los pecadores. En cambio, la primera prudencia se da únicamente en los pecadores; la prudencia imperfecta es común a los buenos y a los malos, principalmente la que es imperfecta por razón de algún fin particular; y la que es imperfecta por defecto del acto principal, tampoco se da sino en los malos.

(2ª 2ªᵉ, *q.* XLVII, *a.* 2, 13.)

III. Cicerón acertadamente divide la prudencia en memoria de las cosas pasadas, inteligencia

de las presentes y previsión de las futuras [22]. Porque la prudencia versa acerca de las acciones particulares, es necesario tomar los principios del mismo género, a fin de que la persona prudente razone rectamente sobre las cosas que es necesario obrar, por la experiencia de otros hechos. Por consiguiente, necesita de la experiencia y del tiempo, a fin de prever las cosas futuras por aquéllas que existieron y que retiene en la memoria, y por las cosas que al presente contempla la inteligencia; pues por la memoria evoca el ánimo las cosas que fueron; por la inteligencia contempla las que son, y por la previsión se ve una cosa futura antes de realizarse.

(3, *Dist.*, XXIII, *q.* III, *a.* 1.)

28 de agosto

LA JUSTICIA

I. Pertenece a la justicia dar cada uno lo que es debido.

Todas las virtudes morales que conciernen a las acciones convienen en general con la justicia, porque tienen, de algún modo, razón de deuda. Pero la deuda no tiene la misma razón en todas; porque una cosa se debe al igual, otra al superior, otra al menor; una se debe por razón de un pacto, otra por promesa, otra por un beneficio recibido. Todos estos títulos diversos dan lugar a distintas virtudes; por ejemplo, la religión, por la cual se da a Dios lo que le es debido; la piedad, por la cual se da lo debido a los padres

22 *Rhet.*, lib. II, *De invent.*

o a la patria; la gratitud, por la cual se paga lo debido a los bienhechores, y así otras. Además está la justicia legal, llamada virtud general, en cuanto ordena todas las virtudes al bien común.

Además de la justicia que mira al bien común, existe otra justicia propiamente dicha, que se ordena al bien privado de alguno, para devolver a éste lo suyo.

II. La justicia es más eminente que las demás virtudes morales.

Si hablamos de la justicia legal, resulta evidente que es la más preclara entre todas las virtudes morales, por cuanto el bien común es más importante que el bien particular de una persona, y según esto dice el Filósofo que "la justicia es la más preclara de las virtudes" [23].

Pero, aun hablando de la justicia particular, sobresale entre las otras virtudes morales; porque se llama virtud mayor aquélla en que resplandece mayor bien de la razón, y conforme con esto la justicia sobresale como más próxima a la razón.

Eso se ve claro, tanto de parte del sujeto como del objeto; de parte del sujeto, porque reside en la parte más noble del alma, esto es, en el apetito racional, es decir, en la voluntad, mientras que las otras virtudes morales residen en el apetito sensitivo, al cual pertenecen las pasiones, que son materia de las demás virtudes morales. También lo es por parte del objeto o materia, porque versa acerca de las acciones con las que el hombre se ordena no sólo en sí mismo,

[23] *Ethic.*, V, cap. 1.

sino también con relación a otros; y así la justicia es en cierto modo el bien de otro. Por eso dice el Filósofo: "Es necesario que sean las mayores virtudes las que son más útiles a los otros; porque la virtud es potencia bienhechora; y por eso se honra más a los fuertes y a los justos"[24].

(2ª. 2ªe, *q.* LVIII, *a.* 12; 1ª. 2ªe, *q.* LXVI, *a.* 4.)

III. Los preceptos del Decálogo son preceptos de justicia.

Los preceptos del Decálogo son los primeros principios de la ley, y a los cuales asiente desde luego la razón natural, como a principios evidentísimos. Ahora bien, la razón de débito, que se requiere para el precepto, aparece en la justicia que se refiere a otro; porque en las cosas que atañen a sí propio, conócese a primera vista que el hombre es dueño de sí mismo, y que le es lícito hacer lo que quisiere; pero en las que atañen a otro, es notorio que el hombre está obligado a darle lo que le debe; por eso fué necesario que los preceptos del Decálogo perteneciesen a la justicia. Así, pues, los tres primeros preceptos se refieren a los actos de religión, que es la parte más principal de la justicia; el cuarto precepto tiene por objeto los actos de piedad, que es parte secundaria de la justicia; y los otros seis se dan acerca de los actos de la justicia tomada en general, que se considera entre los iguales.

(2ª 2ªe, *q.* CXXII, *a.* 1.)

24 *Ethic.*, lib. I, cap. 1.

29 de agosto

LA FORTALEZA

I. El nombre de fortaleza puede considerarse de dos modos:

1º) Según que importe en absoluto cierta firmeza del ánimo, y en este sentido es una virtud general, o más bien, condición de toda virtud; porque para la virtud se requiere obrar firme e inmutablemente. 2º) Según que implique solamente la firmeza necesaria para sobrellevar y repeler las cosas, en que es sumamente difícil tener esta firmeza, es decir, en algunos graves peligros. Por eso dice Cicerón que la fortaleza es considerada aceptación de los peligros y sufrimiento de los trabajos. En este sentido la fortaleza es una virtud especial.

II. La fortaleza se manifiesta ante todo en los peligros de muerte.

Pertenece a la virtud de fortaleza defender la voluntad del hombre para que no se retraiga del bien de la razón por el temor de un mal corporal. Es necesario, empero, mantener firmemente el bien de la razón contra cualquier mal, pues ningún bien corporal equivale al bien de la razón; y por tanto es menester se llame fortaleza del alma la que sostiene firmemente la voluntad del hombre en el bien de la razón contra los más grandes males, porque el que persiste firme contra los males mayores se sostiene, por tanto, fuerte contra los menores, pero no viceversa; y también pertenece a la razón de la virtud atender a lo último. Entre todos los males corporales,

la muerte es principalmente el más terrible, porque quita todos los bienes corporales. Por consiguiente, la virtud de la fortaleza es acerca de los peligros de muerte.

Así, pues, la fortaleza consiste en que el hombre no retroceda del bien de la virtud ante los peligros de la muerte que parecen amenazarle por seguir algún bien, por ejemplo: cuando un juez, o también una persona privada, no se aparta de un juicio justo por temor de la espada que le amenaza, o de cualquier otro peligro, aunque sea mortal; o cuando un hombre, por amor a la virtud, soporta el peligro de cualquier muerte; tal es el caso en que uno no se retrae de prestar sus obsequios al amigo enfermo por temor de un contagio mortal, o en que no rehusa emprender un viaje en pro de algún negocio piadoso por temor de un naufragio o de ladrones. Porque los mártires sufren ataques personales por el sumo bien, que es Dios, y por eso es recomendada su fortaleza.

(2ª 2ªᵉ, *q.* CXXIII, *a.* 2, 4 y 5.)

Mas aunque la fortaleza se dé principalmente contra las molestias de la muerte, también se da, no obstante, secundariamente contra todas las otras molestias, pues el fuerte en todas las cosas se conduce bien.

(3, *Dist.*, 33, *q.* II, *a.* 3.)

III. El acto principal de la fortaleza no es acometer cosas difíciles, sino más bien resistirlas, esto es, permanecer inmutable en los peligros, sin la perturbación del temor inmoderado, pues es más difícil resistir que acometer: 1º, porque el resistir supone un ataque de otro más fuerte que

lo acomete; 2º, porque el que resiste siente ya los peligros inminentes, mas el que acomete los considera como futuros; 3º, porque el resistir implica una prolongación de tiempo.

(2ª 2ªe, *q.* CXXIII, *a.* 6, *ad* 1um.)

30 de agosto

LA TEMPLANZA

I. La templanza puede considerarse según su significación común, y así no es virtud especial, sino general, porque el nombre de templanza designa cierta temperancia, esto es, moderación, que la razón pone en las acciones y pasiones humanas, lo cual es común a toda virtud moral. Sin embargo, la templanza difiere razonablemente de la fortaleza, aun consideradas ambas como virtudes comunes; porque la templanza retrae de las cosas que halagan el apetito humano de un modo contrario a la razón y a la ley divina, y la fortaleza impele a sufrir o acometer aquellas por las que el hombre rehuye el bien de la razón.

Pero si se considera la templanza en cuanto refrena el apetito de lo que más principalmente halaga al hombre, entonces es virtud especial, como que tiene materia especial, lo mismo que la fortaleza. Principalmente y de manera propia la templanza tiene por objeto las concupiscencias y deleites del tacto, y secundariamente, las demás concupiscencias. Lo que la fortaleza es a los temores y audacias con relación a los mayores males, que son los peligros de muerte, es también templanza con relación a las concupiscencias de

los mayores deleites. Tales deleites pertenecen al sentido del tacto.

(2ª 2ªᵉ, *q.* CXLI, *a.* 2, 4.)

II. La regla de la templanza debe tomarse según la necesidad de la vida presente.

El bien de la virtud moral consiste principalmente en el orden de la razón. El orden principal de la razón reside en que algo se ordene a su fin; y en este orden consiste sobre todo el bien de la razón, porque el bien tiene razón de fin, y el fin mismo es la regla de lo que a él conduce. Pero todas las cosas deleitables destinadas a uso del hombre se ordenan a alguna necesidad de esta vida como al fin, y por esto la templanza acepta la necesidad de esta vida como regla de las cosas deleitables, de que hace uso únicamente en la medida que la necesidad de esta vida requiere. Por eso dice San Agustín[25]: "El varón moderado tiene por regla en las cosas de esta vida la establecida en ambos testamentos, de no amar ni considerar como deseable nada de ellas, sino tomar para la necesidad de su vida y sus deberes cuanto basta al que usa de ellas con modestia y no con el afecto de quien las ama."

III. Aun cuando la hermosura convenga a cualquier virtud, se atribuye, empero, excelentemente a la templanza: 1º) según la razón común de ella, a la cual pertenece cierta moderada y conveniente proporción, en la que consiste la razón de la hermosura; 2º) porque las cosas que refrena la templanza son ínfimas en el hombre y convenientes a él según la naturaleza animal,

[25] *De moribus Eccles.*, cap. 24.

por eso el hombre es más propenso a ser manchado por ellas. En consecuencia, la hermosura se atribuye principalmente a la templanza, que destruye principalmente estas torpezas del hombre y rechaza los vicios más afrentosos.

(2ª 2ªe, *q.* CXLI, *a.* 2, *ad.* 3um.)

31 de agosto

LA VIRTUD DE RELIGIÓN

I. Ordena al hombre a Dios.

Como dice San Isidoro[26], el religioso es llamado así porque dicho vocablo deriva de la voz *relección*, es decir, que vuelve a tratar y como a releer lo que concierne al culto divino; y así la religión parece venir de releer las cosas que son del culto divino, pues se deben frecuentemente recordar en el corazón, según aquello de los Proverbios: *En todos tus caminos pon tu pensamiento en él* (III, 6).

También puede entenderse la voz religión en el sentido de que debemos *reelegir* a Dios, a quien habíamos perdido por nuestra negligencia, y también puede derivar de *religando* (volver a atar); por eso dice San Agustín[27]: "La religión nos vuelve a atar a solo Dios Todopoderoso." Pero sea que la religión se llame así porque requiere la frecuente lectura, ya por la reiterada elección de lo que negligentemente se ha perdido, ya proceda de la acción de volver a atar, la religión importa con toda propiedad relación a Dios; puesto que él es a quien principalmente debemos

[26] *Etymol.*, lib. X, *ad litteram R.*
[27] *De vera religione, prope finem.*

unirnos como a principio indefectible; a quien también debe dirigirse asiduamente nuestra elección como a último fin; a quien también perdemos por una culpable negligencia, y a quien debemos recuperar, creyendo y protestando nuestra fe.

II. La religión es virtud especial.

Donde hay razón especial de bien, allí existe necesariamente virtud especial. Mas el bien a que la religión se ordena es tributar a Dios el debido honor y reverencia. El honor es debido a alguno por razón de su excelencia; y como a Dios compete una singular excelencia, por cuanto excede infinitamente a todo lo que existe, en todos conceptos, síguese que se le debe un honor especial.

III. La religión es virtud que debe ser preferida a las demás virtudes morales, porque se acerca más a Dios que las otras virtudes morales, en cuanto obra lo que se ordena directa e inmediatamente al honor divino.

IV. La religión tiene actos interiores y exteriores. *Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo.* (*Psal.*, LXXXIII, 3.) Así como los actos interiores pertenecen al corazón, así los exteriores pertenecen a los miembros de la carne.

Damos a Dios honor y reverencia no a causa de sí mismo, puesto que por sí mismo está lleno de gloria, a la que nada puede agregar la criatura, sino por nosotros; pues honrando y reverenciando a Dios, nuestro espíritu se somete a él; y en esto consiste su perfección; ya que cada cosa es perfeccionada por estar sometida a su

superior; como el cuerpo lo es por ser vivificado por el alma, y el aire por ser iluminado por el sol.

Mas la mente humana necesita, para unirse a Dios, ser conducida como por la mano por medio de las cosas sensibles, pues *las cosas de él* (de Dios) *invisibles se ven después de la creación del mundo, considerándolas por las cosas creadas.* (*Rom.*, I, 20.) Por lo tanto, es necesario en el culto divino usar de algunas cosas corporales, para que por ellas, como por ciertos signos, se excite el espíritu del hombre a los actos espirituales por los que se une a Dios. Así, pues, la religión tiene actos interiores, como principales y pertenecientes por sí a la religión; y también actos exteriores, como secundarios y ordenados a los actos interiores.

Por lo tanto, esas cosas exteriores no se ofrecen a Dios como si necesitara de ellas, sino como signos de las cosas interiores y de las obras espirituales, que Dios *per se* acepta. A este respecto dice San Agustín: "El sacrificio visible es el sacramento (esto es, signo sagrado) del sacrificio invisible" [28].

(2ª 2ªᵉ, *q.* LXXXI, *a.* 1, 4, 6, 7.)

1º de septiembre

DOS ACTOS INTERIORES DE LA VIRTUD DE RELIGIÓN: LA DEVOCIÓN Y LA ORACIÓN

I. La devoción.

La palabra devoción se deriva de *devorendo*, votar o consagrar por voto; por lo cual se lla-

[28] *De civit. Dei*, lib. X, cap. 5.

man devotos los que en cierto modo se consagran a Dios, para estarle totalmente sometidos. Por consiguiente, la devoción no parece ser otra cosa que cierta voluntad de entregarse prontamente a las cosas que pertenecen al servicio de Dios. Por eso se dice en el Éxodo: *Luego que salió toda la multitud de los hijos de Israel... ofrecieron al Señor con voluntad muy pronta y devota las primicias.* (XXXV, 20, 21.)

La devoción es un acto de religión. Porque a la misma virtud pertenece querer hacer algo y tener la voluntad pronta para hacerlo, pues ambos actos tienen el mismo objeto. Pero es evidente que el hacer lo que pertenece al culto o servicio divino es propio de la virtud de la religión; luego también pertenece a ella la voluntad pronta para ejecutar estas cosas, lo cual es ser devoto.

La devoción, empero, no es acto de caridad, porque pertenece inmediatamente a la caridad que el hombre se entregue por sí mismo a Dios adhiriéndose a él mediante cierta unión del espíritu; mas que el hombre se entregue por sí mismo a Dios para algunas obras del culto divino pertenece inmediatamente a la religión, y mediatamente a la caridad, que es el principio de la religión.

Ciertamente parece que la devoción debe preceder a la caridad, porque la caridad en las Escrituras es simbolizada por el fuego, mas la devoción lo es por la grasa que es incentivo del fuego. Sin embargo, no constituye acto de caridad. Porque la grasitud corporal se produce por el calor natural digestivo, y este mismo calor natural la tiene como su nutrimento. Asimismo la caridad causa la devoción, en cuanto por amor

se hace uno pronto para servir al amigo; y también se nutre la caridad por la devoción, del mismo modo que toda amistad se conserva y acrecienta por el ejercicio y meditación de las obras amigables.

(2ª 2ªᵉ, *q.* LXXXII, *a.* 1, 2.)

II. La Oración.

La oración es acto de religión. *Suba derecha mi oración como un perfume.* (*Psal.*, CXL, 2.)

A la religión pertenece propiamente dar culto y veneración a Dios; y por consiguiente todas aquellas cosas por las que se da veneración a Dios pertenecen a la religión. Por la oración, pues, presta el hombre reverencia a Dios, en cuanto se somete a él y reconoce, al pedirle, que necesita de él, como autor de sus bienes. Resulta evidente, entonces, que la oración es propiamente un acto de religión.

Si se dijere que pertenece a la religión el que uno dé a la naturaleza divina culto y ceremonia, pero que la oración no parece que dé algo a Dios, sino que más bien le pidiera algo para obtenerlo, debe responderse que el hombre, al orar, entrega su alma a Dios, la que somete a él por respeto y en cierto modo presenta. Por lo tanto, así como el alma humana es superior a los miembros exteriores o corporales, y a las cosas exteriores, que se aplican al culto divino, así también la oración aventaja a los otros actos de religión.

La voluntad mueve las demás potencias del alma hacia su fin; y por lo tanto la religión, que reside en la voluntad, ordena los actos de las otras potencias a la reverencia de Dios. Mas entre las otras potencias del alma, el entendimiento es la más elevada y más próxima a la voluntad; por

lo tanto, después de la devoción, que pertenece a la misma voluntad, la oración, que pertenece a la parte intelectiva, es la principal entre los actos de religión, pues por ella ésta mueve el entendimiento del hombre a Dios.

(2ª. 2ªᵉ, *q*. LXXXIII, *a*. 3.)

2 de septiembre

CAUSA Y EFECTO DE LA DEVOCIÓN

I. Causa de la devoción. *En mi meditación se inflamará fuego.* (*Psal.*, XXXVIII, 4.)

La causa extrínseca y principal de la devoción es Dios. Mas la causa intrínseca por nuestra parte es necesario que sea la meditación o contemplación; pues la devoción es un acto de la voluntad para que el hombre se entregue prontamente al obsequio divino. Mas todo acto de la voluntad procede de alguna consideración, porque el bien conocido es objeto de la voluntad. Por esto dice San Agustín que "la voluntad nace de la inteligencia"[29]. En consecuencia, es menester que la meditación sea causa de la devoción, en cuanto el hombre concibe por la meditación el entregarse al obsequio divino.

A ello le mueve, en efecto, una doble consideración: Una por parte de la bondad divina y de sus beneficios, según aquello del Salmo (LXXII, 28): *A mí bueno me es el apegarme a Dios; el poner en el Señor Dios mi esperanza.* Esta consideración excita el amor, causa próxima de la devoción.

[29] *De Trinitate*, lib. XIV, cap. 8; lib. X, cap. 1.

Y otra, por parte del hombre, que considera sus defectos, por causa de los cuales necesita apoyarse en Dios, como dice la Escritura: *Levanté mis ojos a los montes, de donde me vendrá el socorro. Mi socorro viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.* (*Psal.*, CXX, 1.) Esta consideración excluye la presunción, que impide al hombre someterse a Dios, en tanto que se apoya en sus propias fuerzas.

La ciencia, en efecto, y todo cuanto revela grandeza, es una ocasión de que el hombre confíe en sí mismo y por eso no se entregue totalmente a Dios. De ahí es que tales cosas impidan a veces ocasionalmente la devoción, y la devoción abunde en las personas sencillas y en las mujeres, cuyo orgullo comprime. Pero si el hombre somete perfectamente a Dios la ciencia y toda otra perfección, por esto mismo se acrecienta la devoción.

II. Efecto de la devoción es la alegría[30].

La devoción causa de por sí, y principalmente, alegría espiritual de la mente; mas como consecuencia y sólo accidentalmente produce tristeza.

La devoción procede de dos consideraciones; principalmente de la consideración de la bondad divina, pues tal consideración pertenece como al término del movimiento de la voluntad del que

[30] Santo Tomás en este mismo artículo cita la hermosísima oración del Breviario Romano (Laudes, viernes de la cuarta semana de Cuaresma) que transcribo al castellano en obsequio a los lectores seglares: "Concede, te rogamos, Dios omnipotente, que a aquéllos a quienes castigan los ayunos votivos (los prescritos por las leyes de la Iglesia) regocije asimismo la devoción santa, para que atenuados los afectos terrenos, más fácilmente alcancemos las cosas celestiales."

se entrega a Dios, y de ella procede *per se* la delectación, según aquello del Salmo (LXXVI, 4): *Me acordé de Dios, y me deleité.* Pero accidentalmente esta consideración causa cierta tristeza en quienes todavía no gozan plenamente de Dios, como dice el Profeta: *Sedienta está mi alma del Dios fuente viva* [31], y después sigue: *Mis lágrimas fueron para mí panes.* (*Psal.*, XLI, 3,4.)

La consideración de los defectos propios ocasiona secundariamente la devoción; porque esta consideración pertenece al término, del que el hombre se separa por el movimiento de la voluntad devota para que ya no exista en sí mismo, sino que se someta a Dios. Esta consideración es de índole opuesta a la primera; porque le es natural producir *per se* la tristeza, al pensar en los propios defectos, pero accidentalmente causa alegría, por la esperanza en el auxilio divino.

Y de este modo se evidencia que el deleite sigue de por sí y primariamente a la devoción, pero secundaria y accidentalmente sigue la tristeza, que es según Dios.

(2ª 2ªᵉ, *q.* LXXXII, *a.* 3, 4.)

3 de septiembre

MODO DE ORAR

I. ¿Debe ser vocal la oración? El Profeta David dice así: *Con mi voz clamé al Señor; con mi voz al Señor rogué.* (*Psal.*, CXLI, 2.)

31 Santo Tomás sigue aquí una versión anterior a la corrección de Clemente VIII, pues después de ésta el texto dice: *fuerte, vivo,* en lugar de fuente viva.

La oración singular, que se ofrece por una persona particular, no es necesario que sea vocal; pero únese la palabra a tal oración por tres razones:

1º) Para excitar la devoción interior, por la cual el espíritu del que ora se eleva a Dios, pues el espíritu del hombre se mueve según la aprensión, y por consiguiente según el afecto, por medio de los signos externos, ya de las voces, ya también de algunos hechos. Por esto dice San Agustín que: "nosotros nos excitamos más vivamente a acrecentar el deseo santo con las palabras y otros signos"[32]. De modo que, en la oración singular, debe usarse de palabras y otros signos, tanto como conviene, para excitar el espíritu interiormente. Pero si con ello el espíritu se distrae o es impedido de algún modo debe desistirse de ello, lo cual acontece principalmente en aquéllos cuyo espíritu está suficientemente dispuesto a la devoción sin tales signos. Así dice el Salmista: *Contigo habló mi corazón, mi rostro te ha buscado* (*Psal.*, XXVI, 8); y de Ana se lee que *hablaba en su corazón.* (I *Reg.*, I, 13.)

2º) Se añade la oración vocal como para pagar una deuda, esto es, para que el hombre sirva a Dios con todo lo que de él recibe, es decir, no sólo con el alma, sino también con el cuerpo.

3º) También se une la oración vocal por cierta redundancia del alma sobre el cuerpo, a causa del afecto vehemente, según aquello del Salmo (XV, 9): *Se alegró mi corazón, y se regocijó mi lengua.*

II. ¿Debe ser atenta la oración?

Una cosa es necesaria de dos modos: 1º, si

32 *Ad Prob.*, epíst. 130 a 121.

por ella se llega mejor al fin, y según esto la atención es absolutamente necesaria a la oración; 2º, si sin ella no puede conseguirse su efecto. El efecto de la oración es triple:

El primero es común a todos los actos informados por la caridad, que es merecer, y para este efecto no se requiere necesariamente que la atención acompañe del todo a la oración, sino que la fuerza de la primera intención, por la que uno se pone a orar, hace meritoria toda la oración.

El segundo efecto de la oración es impetrar, y a este efecto también basta la primera intención, que Dios considera principalmente; pero si la primera intención falta, la oración ni es meritoria ni impetratoria; porque Dios no oye la oración a que no atiende el que ora.

El tercer efecto de la oración es el que produce de presente, es decir, cierta refección espiritual del alma, y para esto se requiere necesariamente la atención en la oración. Por eso se dice a los Corintios: *Si orare en una lengua... mi mente queda sin fruto.* (I *Cor.*, XIV, 14.)

Hay tres clases de atención: una, por la que se atiende a las palabras, para no equivocarse en ellas; la segunda es aquélla por la que se atiende al sentido de las palabras; y la tercera es por la que se atiende al fin de la oración, esto es, a Dios y al objeto por que se ora. Ésta es sobre todo necesaria y pueden tenerla hasta los idiotas; y a veces es tan intensa la atención con que el alma se eleva a Dios, que hasta el espíritu se olvida de todo lo demás.

(2ª 2ªe, *q.* LXXXIII, *a.* 12, 13.)

4 de septiembre

DEBE ORARSE SIN INTERMISIÓN

Es menester orar siempre, y no desfallecer. (*Luc.*, XVIII, 1.)

La oración puede ser considerada en sí misma y en su causa.

La causa de la oración es el deseo de la caridad, del que debe proceder la oración, y que debe ser en nosotros continuo, ya en acto, ya virtualmente; porque la virtud de este deseo permanece en todo lo que hacemos por caridad; y como debemos hacer todo para gloria de Dios, por esto la oración debe ser continua. Por lo que dice San Agustín: "En la fe, la esperanza y la caridad oramos siempre con deseo continuo" [33].

Pero la oración misma, considerada en sí, no puede ser continua, porque es necesario ocuparse en otras obras; mas como dice San Agustín: "A ciertas horas y en ciertos intervalos oramos a Dios aun con palabras, para que por aquellos signos de cosas nos percatemos de cuánto hemos adelantado en este deseo, nos conozcamos a nosotros mismos y nos excitemos más vivamente a hacer esto" [34].

Pero la cantidad de cada cosa debe ser proporcionada al fin, como la dosis de un medicamento a la salud. Por eso también es conveniente que la oración dure tanto cuanto es útil para excitar el fervor del deseo interior; pero cuando excede a esta medida, de tal modo que no pueda pro-

[33] *Ad Probam*, epíst. 130 a 121, cap. 9.
[34] *Ad Probam*, *loc. cit.*

longarse sin tedio, la oración no debe prolongarse más.

Sobre esto comenta San Agustín: "Se dice que los hermanos en Egipto hacen frecuentes oraciones, pero éstas muy breves y como ciertas rápidas jaculatorias; para que la intención, vigilantemente sostenida y necesaria al que ora mucho, no se desvanezca y embote por la excesiva detención"[35].

Así, pues, uno ora continuamente, ya por la perseverancia del deseo, ya porque no suspende el orar en horas determinadas, ya por el efecto, o en el mismo que ora, el cual permanece, aun después de la oración más devoto, o también en otro, como cuando alguno por sus beneficios induce a otro a que ore por él, aun cuando él mismo cese de orar y descanse.

Ciertamente se dice en San Mateo: *Cuando orareis, no habléis mucho* (VI, 7). Pero de aquí no se sigue que la oración no debe ser de larga duración. Como explica San Agustín: "Orar largo tiempo no es orar diciendo muchas palabras; un largo discurso no es lo mismo que un afecto de larga duración; porque del mismo Señor está escrito que pasó la noche en oración y que oró más prolijamente para darnos ejemplo." Y después añade: "Apártese de la oración el mucho hablar, mas no falte el ruego abundante, si persevera fervorosa la intención; pues hablar mucho es emplear palabras superfluas para pedir en la oración una cosa necesaria; y el rogar mucho es interesar a aquél a quien se ruega con insistente y piadosa excitación del corazón. Pero de ordinario este negocio se trata más con gemidos

[35] *Ad Probam, loc. cit.*, cap. 10.

que con palabras, más llorando que hablando."

Así, pues, la prolijidad de la oración no consiste en que se pidan muchas cosas, sino en que el afecto persevere en desear una. Por eso se dice que el Señor *oraba con mayor vehemencia, diciendo las mismas palabras.* (*Marc.*, XIV, 39; *Luc.*, XXII, 43.)

(2ª 2ªe, *q.* LXXXIII, *a.* 14.)

5 de septiembre

SACRIFICIOS QUE HAN DE OFRECERSE A DIOS

1º) La oblación del sacrificio se hace para significar alguna cosa.

El sacrificio que se ofrece exteriormente significa el sacrificio interior espiritual por el que el alma se ofrece a sí misma a Dios. *Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado* (*Psal.*, L, 19), porque los actos exteriores de la religión se ordenan a los interiores. Mas el alma se ofrece a Dios en sacrificio, como al principio de su creación y como al fin de su beatificación; y según la verdadera fe sólo Dios es Creador de nuestras almas; también en él sólo consiste la bienaventuranza de nuestra alma. Por consiguiente, como sólo al sumo Dios debemos ofrecer el sacrificio espiritual, así también a él sólo debemos ofrecer sacrificios exteriores.

2º) Ciertamente es el sacrificio un acto especial de alabanza, porque se hace en reverencia de Dios; por lo cual pertenece a determinada virtud, esto es, a la religión. Pero ocurre que también las cosas que se hacen según otras virtudes, se ordenan al honor de Dios, como cuando uno

da limosna de los bienes propios por Dios, o cuando somete su propio cuerpo a alguna aflicción por reverencia a Dios; en este sentido también los actos de las demás virtudes pueden llamarse sacrificios. Hay sin embargo algunos actos que no encierran alabanza por otro concepto, sino porque se hacen por reverencia a Dios, y estos actos se llaman propiamente sacrificios y pertenecen a la virtud de la religión.

3º) El bien del hombre es de tres clases: 1º, el bien del alma que se ofrece a Dios con un sacrificio interior por medio de la devoción, la oración y otros actos interiores semejantes; y éste es el sacrificio principal; 2º, el bien del cuerpo que en cierto modo se ofrece a Dios por el martirio, la abstinencia o la continencia; 3º, el bien de las cosas exteriores, del que se ofrece sacrificio a Dios; directamente, cuando le ofrecemos inmediatamente nuestras cosas, y mediatamente, cuando las damos a nuestros prójimos por Dios.

(2ª 2ae, *q.* LXXXV, *a.* 2, 3.)

De otra manera puede decirse que debemos ofrecer a Dios tres sacrificios. El sacrificio del corazón por la contrición: *Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado*. El sacrificio de los labios en la alabanza y en la oración: *Sacrificio de alabanza me honrará* (*Psal.*, XLIX, 23); y también: *Te ofreceré holocaustos medulosos con sahumerio de carneros.* (*Psal.*, LXV, 15.) La médula, que es pinguosidad y vigor de los huesos, es la devoción, sustancia y virtud de las oraciones. El sacrificio del cuerpo en la satisfacción: *Entonces aceptarás sacrificio de justicia* (*Psal.*, L, 21.)

(*In Apocalyp.*)

6 de septiembre

NECESIDAD DE LA HUMILDAD

Si no os volviereis e hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. (*Matth.*, XVIII, 3.)

I. El Señor nos enseña cómo se llega a la gloria celestial, esto es, por el camino de la humildad. *Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos.* (*Ibid.*, 2.) ¿Quién es este niño? Se explica de tres maneras. San Juan Crisóstomo dice que fué un verdadero niño, que estaba inmune de pasiones. Otros dicen que Cristo habla de sí mismo comparándose a un niño, y colocándose en medio de ellos. . . : *Si no os hiciereis como este niño,* etc. Hay, por fin, quien entiende por el niño al Espíritu Santo, el cual hace niños, porque es espíritu de humildad.

Decía, pues: *Si no os hiciereis como niños,* no en la edad, sino en la sencillez. *No seáis niños en el sentido, mas sed pequeñitos en la malicia.* (I *Cor.*, XIV, 20.)

Muchas son las cualidades de los niños. No ambicionan cosas grandes. Están inmunes de la concupiscencia. *Todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón.* (*Matth.*, V, 28.) Tal codicia no la tienen los niños. Además, no se acuerdan de la enemistad. Por lo cual, *si no os hiciereis como niños,* esto es, imitadores de las cualidades de los niños, *no entraréis en el reino de los cielos.* Pues nadie entrará si no es humilde. *La gloria recibirá al humilde de espíritu.* (*Prov.*, XXIX,

23.) *El que recibiere a un niño tal* (*Matth.*, XVIII, 5), esto es, quienquiera que sea imitador de la inocencia de los niños, *éste es mayor*; porque cuanto más humilde, tanto más elevado es; y *quien se humilla, será ensalzado.* (*Luc.*, XVIII, 14.)

II. Mas parece que esto no es verdad, porque la perfección consiste en la caridad. Luego donde hay mayor caridad, allí hay mayor perfección.

Hay que decir que la humildad acompaña necesariamente a la caridad. Y esto podéis verlo si consideráis qué es la humildad. Porque así como en la soberbia hay dos cosas: afecto desordenado y estimación desordenada de sí mismo, ocurre lo contrario en la humildad, porque no cuida de la propia excelencia; y además no se considera digno. Esto sigue necesariamente a la caridad. Todo hombre toma la excelencia que ama; luego cuanto más humildad posee el hombre, tanto más ama a Dios y más desprecia su propia excelencia, y tanto menos se la atribuye a sí. Por eso cuanta más caridad tiene el hombre, más humildad tiene también.

(*In Matth.*, XVIII.)

7 de septiembre

EL HOMBRE DEBE SUJETARSE A TODOS POR HUMILDAD

Teniendo cada uno por superiores a los otros (*Philip.*, II, 3.)

En el hombre pueden considerarse dos cosas: lo que es de Dios, y lo que es del hombre.

hombre pertenece todo lo que es defectuoso; mas a Dios, todo lo que pertenece a la salvación y a la perfección, según aquello de Oseas: *Tu perdición, Israel, de ti; sólo en mí está tu socorro* (XIII, 9).

Mas la humildad se refiere propiamente a la reverencia con que el hombre se somete a Dios; y por lo tanto todo hombre, según lo que es suyo, debe someterse a su prójimo en cuanto a aquello que en su prójimo es de Dios; mas la humildad no pide que uno someta lo que de Dios hay en sí mismo a lo que en otro parece ser de Dios. Porque los que participan de los dones de Dios conocen que los poseen, según aquello del Apóstol: *Para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado.* (I *Cor.*, II, 12.) Y por consiguiente, sin perjuicio de la humildad, pueden preferir los dones de Dios que ellos han recibido a los dones que parecen concedidos a otros, como dice San Pablo a los Efesios: *El cual* (Cristo) *en otras generaciones no fué conocido de los hijos de los hombres, así como ahora ha sido revelado a sus santos Apóstoles.* (*Eph.*, III, 5.)

Igualmente, tampoco exige la humildad que uno someta lo que en sí mismo es suyo, a lo que es del hombre en el prójimo; de otro modo, sería necesario que cada uno se considerase más pecador que cualquier otro, siendo así que ha dicho el Apóstol sin menoscabo de la humildad: *Nosotros somos judíos de naturaleza, y no pecadores de entre los gentiles.* (*Gal.*, II, 15.)

Puede, sin embargo, alguno juzgar que existe en el prójimo algo bueno que él no posee, o que él tiene algo malo que no hay en el prójimo, por lo cual puede someterse a él por humildad.

No sólo debemos reverenciar a Dios en sí mis-

mo, sino también lo que de Dios hay en cualquier otro, pero no en la misma reverencia que prestamos a Dios. Por consiguiente la humildad nos manda someternos a todos los prójimos por Dios, según aquello: *Someteos, pues, a toda humana criatura, y esto por Dios.* (I *Petr.*, II, 13.) Sin embargo, a solo Dios debemos ofrecer el culto de latría.

La humildad, como las demás virtudes, reside principalmente en el interior, en el alma. Por eso puede el hombre con un acto interior del alma someterse a otro, sin dar ocasión por esto a alguna cosa que pueda poner en peligro la salvación de ese otro. Esto es lo que dice San Agustín en su Regla: "Con temor ante Dios prosternese el prelado a vuestros pies" [36]. Mas en los actos exteriores de humildad, así como en los actos de las demás virtudes, debe guardarse la debida moderación para no perjudicar al prójimo. Por eso advertía San Agustín: "No sea que al observar con exceso la humildad, se quebrante la autoridad necesaria para gobernar."

(2ª 2ae, *q.* CLXI, *a.* 3.)

8 de septiembre

FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Bendita tú entre las mujeres. (*Luc.*, I, 28.)

I. Eres bendecida por Dios Padre, porque comunicas con él en el mismo Hijo; por el Hijo, porque le preparas digna morada; por el Espí-

36 *Regula, id est,* epist. 212, a. 109.

ritu Santo, porque por la acción de él engendras al Salvador del mundo.

II. Por los Angeles, porque inicias en la tierra su vida, reparas su ruina y te humillas ante su mensaje.

III. Por los pecadores, porque los libras de sus angustias, les ayudas en los peligros, y les alcanzas el perdón de sus pecados.

IV. Por los justos, pues los escuchas en sus plegarias, los libras en las tentaciones, y les acrecientas la gracia por las virtudes.

V. Por las mujeres, porque las libras de sus enemigos. En efecto, a causa del pecado eran retenidas por el diablo, y despreciadas por Dios; mas la Bienaventurada Virgen las libró de los enemigos, ya que Cristo, su hijo, destruyó al diablo.

Las excusas ante el varón. Si el varón dice: "por ti soy condenado", la mujer puede responder: "por mí eres salvado".

Las honras ante Dios. Pues él las honró, ya que el mismo Hijo de Dios es hijo de la mujer, como dice el Apóstol: *Envió Dios a su Hijo, hecho de mujer.* (*Gal.*, IV, 4.) Por estas tres cosas se dice de ella: *Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.* (*Judith*, XV, 10.)

VI. Tú eres bendecida por todas las criaturas porque amamantas a su Creador, las libras de sus manchas, esto es, limpias los pecados, y las repones en su primitivo estado. Porque el Hijo, a quien

engendraste, las crió a todas, las purificó y las renovó.

Así, pues, oh Virgen bienaventurada, bendígante Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Bendígante los Ángeles, los pecadores, los justos, las mujeres y todas las criaturas.

(*Sermo* XXXIII.)

9 de septiembre

HAY QUE PRACTICAR LA HUMILDAD, A EJEMPLO DE CRISTO

El mismo sentimiento haya en vosotros que hubo también en Jesucristo. (*Philip.*, II, 5.)

I. *El mismo sentimiento haya en vosotros*, esto es, poseed por experiencia lo que hubo en Cristo Jesús. Hay cinco modos de sentir, es decir, por los cinco sentidos. 1º) Hay que contemplar su resplandor, para que iluminados con su luz nos conformemos a él. 2º) Es preciso escuchar su sabiduría, para que seamos felices: *Dichosas tus gentes, y dichosos tus siervos, que están siempre delante de ti, y oyen tu sabiduría.* (III *Reg.*, X, 8.) 3º) Es menester aspirar las gracias de su mansedumbre, para correr hacia él: *Tráeme; en pos de ti correremos al olor de tus ungüentos.* (*Cant.*, I, 3.) 4º) Hay que gustar la dulzura de su piedad, para que seamos siempre amados en Dios. *Gustad y ved que el Señor es suave.* (*Psal.*, XXXIII, 9.) 5º) Es menester tocar la virtud de su poder para salvarnos. *Si tocare tan solamente su vestido, seré sana.* (*Matth.*, IX, 21.) Y así ex-

perimentad como tocando por la imitación de sus obras.

II. Ejemplo de la humildad de Cristo en su Encarnación. *Que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser él igual a Dios; sino que se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo* (*Philip.*, II, 6, 7.) *Se anonadó a sí mismo.* Mas, porque estaba lleno de la divinidad, ¿se desprendió por ventura de la divinidad? No, porque permaneció siendo lo que era, y tomó lo que no era. Porque así como descendió del cielo, no para dejar de estar en el cielo, sino para comenzar a estar de un modo nuevo en la tierra, así también se anonadó a sí mismo, no deponiendo la naturaleza divina, sino tomando la naturaleza humana.

Hermosamente dice: *se anonadó*. Pues lo vacío se opone a lo lleno. La naturaleza divina está sobreabundantemente llena, porque ella es la perfección de bondad: *Yo te mostraré todo bien.* (*Ex.*, XXXIII, 19.) Mas la naturaleza humana y el alma no están llenas, sino en potencia para la plenitud, porque la naturaleza humana ha sido creada como tabla rasa. Está vacía. Por eso dice *se anonadó*, porque tomó la naturaleza humana: *Tomando forma de siervo,* porque el hombre por su creación es siervo de Dios, y la naturaleza humana es forma de siervo.

III. Ejemplo de la humildad de Cristo en su Pasión. *Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* (*Philip.*, II, 8.)

Cristo es hombre, pero muy grande, porque él es Dios y hombre; y, sin embargo, se humilló. *Cuanto mayor eres, humíllate en todas las cosas.*

(*Eccli.*, III, 20.) El modo de humillarse y la señal de la humildad es la obediencia. Propio de los soberbios es seguir su propia voluntad, pues el soberbio busca la elevación, y a una cosa elevada pertenece el no ser regida por otra, sino regir a otras, y por lo tanto la obediencia es contraria a la soberbia.

Queriendo, por consiguiente, mostrar la perfección de la humildad y de la Pasión de Cristo, dice que se hizo obediente, porque si no hubiese padecido por obediencia, no hubiese sido tan recomendable, pues obediencia es la que da mérito a nuestros sufrimientos.

Pero ¿cómo se hizo obediente? No por su voluntad divina, porque ésta es la misma regla, sino por su voluntad humana, que en todas las cosas fué regulada según la voluntad paterna.

Mas el que esta obediencia sea grande y recomendable se pone de manifiesto porque la obediencia es grande cuando sigue el mandato de otro contra la propia inclinación. El movimiento de la voluntad humana se dirige hacia la vida y hacia el honor. Pero Cristo no rehusó la muerte. Tampoco rehuyó la ignominia. Por eso dice: *y muerte de cruz,* que es la más infamante: *Condenémosle a la muerte más infame.* (*Sap.*, II, 20.)

(*In Phil.*, II.)

10 de septiembre

LA PACIENCIA

I. La paciencia es necesaria.

Las virtudes morales se ordenan al bien, en cuanto conservan el bien de la razón contra los

ímpetus de las pasiones; y entre las demás pasiones, la tristeza es eficaz para impedir el bien de la razón, según aquello: *La tristeza del siglo engendra muerte.* (II *Cor.*, VII, 10.) Y en el Eclesiástico se lee: *A muchos mató la tristeza, y no hay utilidad en ella* (XXX, 25). Por consiguiente, es necesario tener alguna virtud, por la que se conserve el bien de la razón contra la tristeza, para que la razón no sucumba por la tristeza; y esto lo hace la paciencia; por eso dice San Agustín: "La paciencia del hombre es la virtud por la cual soportamos los males con ecuanimidad, es decir, sin la perturbación de la tristeza, para que no abandonemos con ánimo desigual los bienes, por los que lleguemos a cosas mejores."

II. La paciencia no es la principal de las virtudes.

Tanto más principal y poderosa será una virtud, cuanto más y más directamente dirige al hombre hacia el bien. Pero más directamente dirigen al hombre hacia el bien las virtudes que son constitutivas del bien, que las que son impeditivas de cosas que apartan del bien; y así como entre las que son constitutivas del bien es tanto mejor alguna de ellas cuanto mayor es el bien en que constituye al hombre, como la fe, la esperanza y la caridad respecto de la prudencia y la justicia; así también, entre las que son impeditivas de las cosas que retraen del bien, tanto mejor es alguna, cuanto lo que ella impide aparta más del bien.

Más apartan del bien los peligros de la muerte, que son el objeto de la fortaleza, o los deleites del tacto, que lo son de la templanza, que todas

las adversidades, objeto de la paciencia. Por eso la paciencia no es la principal de las virtudes, sino que es inferior, no sólo a las virtudes teologales, y a la prudencia y a la justicia que directamente consolidan al hombre en el bien, sino también a la fortaleza y a la templanza, que retraen de impedimentos mayores.

(2ª 2ae, *q.* CXXXVI, *a.* 1, 2.)

III. En qué sentido *contiene la paciencia obra perfecta.* (*Jac.*, I, 4.)

Se dice que la paciencia *contiene obra perfecta* en la tolerancia de los males, en los que no sólo excluye la venganza injusta, incompatible también con la justicia, ni sólo al odio, cual lo hace la caridad, ni únicamente la ira, lo cual hace la mansedumbre, sino que también excluye a la tristeza desordenada, que es la raíz de todos los vicios mencionados. Por consiguiente, en este sentido es más perfecta y mayor, porque en esta materia extirpa la raíz; mas no es absolutamente más perfecta que todas las otras virtudes, pues la fortaleza no sólo soporta las molestias sin perturbación, lo cual es propio de la paciencia, sino que también se introduce en ellas cuando es necesario; por lo que todo el que es fuerte, es paciente, pero no al revés. Es, sin embargo, la paciencia cierta parte de la fortaleza.

(1ª 2ae, *q.* LXVI, *a* 4, *ad* 2um.)

11 de septiembre

EL BIEN DE LAS TRIBULACIONES

Nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no trae confusión, porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones. (*Rom.*, V, 3-5.)

Aquí se muestra la vehemencia de la esperanza, con la que confiamos alcanzar la gloria de los hijos de Dios. Pues quien vehementemente espera algo, soporta con gusto aun las cosas difíciles y amargas, como el enfermo que espera con vehemencia la salud bebe gustosamente la medicina amarga para sanar con ella. La señal de la esperanza inquebrantable que tenemos por Cristo es que no sólo nos gloriamos por la esperanza de la gloria futura, sino también de los males que por ella padecemos. Por eso dice: *nos gloriamos en las tribulaciones,* por las cuales llegamos a la gloria, como dice la Escritura: *Por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios.* (*Act.*, XIV, 21.) *Tened por sumo gozo cuando fuereis envueltos en diversas tribulaciones.* (*Jac.*, I, 2.)

La tribulación obra paciencia, no porque sea su causa eficiente, sino porque la tribulación es materia y ocasión de ejercitar el acto de paciencia.

La paciencia (engendra) *prueba. En el fuego es probado el oro y la plata.* (*Eccli.*, II, 5.) Fácilmente soportamos el daño de alguna cosa, por amor a lo que amamos. Por consiguiente, si al-

guien sufre pacientemente en las cosas corporales y temporales para conseguir los bienes eternos, con ello se prueba suficientemente que ese tal ama más los bienes eternos que los temporales.

La prueba (produce) *esperanza*. Pues por el hecho de ser probada, una persona puede esperar, y ella y las otras lo pueden igualmente, que será admitida a la herencia de Dios. Véase, por tanto, cómo la tribulación prepara el camino a la esperanza. Por lo tanto, si alguno se gloría fuertemente de la esperanza, síguese que se gloriará de las mismas tribulaciones.

La esperanza no trae confusión, esto es, la esperanza no desmaya, si el hombre no falta a ella. Pues se dice que es confundido en su esperanza el que desconfía de lo que espera.

Porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones. La caridad de Dios puede entenderse de la caridad con que Dios nos ama, o de la caridad con que nosotros amamos a Dios. El hecho de amar nosotros a Dios es señal de que él nos ama, como dice el libro de los Proverbios: *Yo amo a los que me aman* (VIII, 17).

Se dice que la caridad con que él nos ama *está difundida en nuestros corazones*, porque se muestra patentemente en ellos por el don del Espíritu Santo impreso en nosotros. Se dice difundida en nuestros corazones la caridad con que nosotros amamos a Dios, porque se extiende a perfeccionar todas las costumbres y actos del alma.

De ambos sentidos se deduce que *la esperanza no trae confusión*. Pues si se entiende de la caridad con que Dios nos ama, es evidente que Dios no se negará a los que ama. Igualmente si se entiende de la caridad con que nosotros amamos

a Dios, también es evidente que Dios ha preparado los bienes eternos a los que le aman.

(*In Rom.*, V.)

12 de septiembre

LOS PRECEPTOS DE LA CARIDAD

1. Ha sido conveniente que se diera un precepto sobre el amor de caridad, que es el amor a Dios.

El fin de la vida espiritual es que el hombre se una a Dios, lo cual se verifica por la caridad; y a esto se ordena como a su fin todo lo que pertenece a la vida espiritual. Por eso dice el Apóstol: *El fin del mandamiento es la caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida* (I *Tim.*, I, 5); pues todas las virtudes de cuyos actos se dan preceptos se enderezan a purificar el corazón de los torbellinos de las pasiones, como las virtudes que a ellas se refieren; o a tener al menos buena conciencia, como las virtudes que se refieren a las acciones; o a tener una fe recta, como las que pertenecen al culto divino; y estas tres cosas se requieren para amar a Dios; porque el corazón impuro se aparta del amor de Dios, por causa de la pasión que lo inclina a las cosas terrenas; la mala conciencia produce el horror a la justicia divina por temor de la pena; la fe fingida arrastra el afecto a lo que se finge acerca de Dios, separándolo de la verdad de Dios.

Mas en todo género lo que es de por sí es anterior a lo que es por otro; y por lo tanto, el mayor precepto es sobre la caridad.

II. No sólo es necesario que se den preceptos acerca del amor de Dios, sino también sobre el amor del prójimo, por razón de los menos capaces, que no ven fácilmente que uno de estos preceptos está contenido en el otro.

(2ª 2ae, *q.* XLIV, *a.* 1, 2.)

Estos dos preceptos acerca de la caridad son suficientes, pues como dice el Apóstol: *El que ama a su prójimo, cumplió la ley* (*Rom.*, XIII, 8), y todos los preceptos de la ley, ordenados principalmente al prójimo, parecen tener por objeto que los hombres se amen mutuamente.

(1ª 2ae, *q.* CV, *a.* 2, *ad* 1um.)

Por consiguiente, según el Apóstol (I *Tim.*, I, 5): *El fin del mandamiento es la caridad*; porque toda la ley tiende a consolidar la amistad, de los hombres entre sí o del hombre con Dios; y en este concepto toda la ley se encierra en este único mandamiento: *Amarás al prójimo, como a ti mismo,* como en cierto fin de todos los mandamientos; porque en el amor del prójimo se incluye también el amor de Dios, cuando se ama al prójimo por Dios. Por eso el Apóstol reduce a este solo los dos preceptos que tienen por objeto el amor de Dios y del prójimo, de los cuales dice el Señor: *De estos dos mandamientos depende toda la ley, y los profetas.* (*Matth.*, XXII, 40.)

(1ª 2ae, *q.* XCIX, *a.* 1, *ad* 2um.)

13 de septiembre

CONVENIENCIA DEL PRECEPTO DEL AMOR AL PRÓJIMO

I. *El segundo* (mandamiento) *semejante es a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* (*Matth.*, XXII, 39.)

Convenientemente se ha dado este mandamiento; pues en él se toca tanto la razón de amar como el modo del amor. La razón de amar, por lo mismo que se designa al prójimo; pues debemos amar por caridad a otros, porque son nuestros prójimos, ya según la imagen natural de Dios, ya porque son capaces de la gloria; y no importa si se dice *prójimo o hermano*, como consta en la Epístola (I *Joan*, IV), o *amigo* (*Levit.*, XIX, 18), porque por todos estos nombres se designa la misma afinidad.

Indícase el modo del amor, cuando se dice: *como a ti mismo*; lo cual no debe entenderse en el sentido de que alguien debe amar al prójimo igual que a sí mismo, sino de un modo semejante, y esto de tres maneras:

1ª) Por el fin, es decir, que uno ame al prójimo por Dios, como debe amarse a sí mismo por Dios, con el objeto de que sea santo ese amor al prójimo.

2ª) Por la regla del amor, de manera que alguno no condescienda con el prójimo en algún mal, sino sólo en los bienes; como también debe el hombre satisfacer su voluntad sólo en los bienes, para que así sea justo el amor al prójimo.

3ª) Por la razón del amor, es decir, que no ame uno al prójimo por su propia utilidad o de-

leite, sino porque quiere el bien de ese prójimo, como lo quiere para sí, para que de esta forma sea verdadero el amor; pues cuando alguno ama al prójimo por su propia utilidad o deleitación, no ama verdaderamente a aquél, sino a sí mismo.

(2ª 2ae, *q*. XLIV, *a*. 7.)

II. Cuáles son las insignias de Cristo. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.* (*Joan.*, XIII, 35.) Ha de saberse que quienquiera que se aliste en el ejército de un rey, debe llevar sus insignias. Las insignias de Cristo son las de la caridad. Luego quien quiera contarse en la milicia de Cristo, debe estar adornado con el carácter de la caridad. Eso mismo dice Cristo: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros,* esto es, caridad santa. Y en el Eclesiástico se lee: *Yo, madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza.* (*Eccli.*, XXIV, 24.)

Conviene advertir que si los Apóstoles recibieron de Cristo muchos dones, como la vida, el entendimiento y la buena salud del cuerpo, y además dones espirituales, como el poder de hacer milagros: *Yo os daré boca y saber, al que no podrán resistir, ni contradecir todos vuestros adversarios* (*Luc.*, XXI, 15), ninguno de estos dones es señal de Cristo, ya que pueden ser comunes a los buenos y a los malos. Pues la señal característica de que uno es discípulo de Cristo es la caridad y el amor mutuo. *Nos selló, y dió en nuestros corazones la prenda del Espíritu.* (II *Cor.*, I, 22.)

(*In Joan.*, XIII.)



Convenía a la figura de la Pasión, porque el Señor mandó se fabricase una serpiente de bronce en el desierto: *Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre.* (*Joan.*, III, 14.) Exaltado de ese modo, *todo lo atraeré a mí mismo* (por la caridad). Y el profeta Jeremías dice: *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia* (XXXI, 3). También se manifiesta la soberana caridad de Dios para con el hombre al dignarse morir por ellos. Y así se cumplió lo que pide la esposa: *Tráeme en pos de ti, correremos al olor de tus ungüentos.* (*Cant.* I, 3.)

(*In Joan.*, XII.)

15 de septiembre

LA MUTUA CARIDAD

Un mandameinto nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado. (*Joan.*, XIII, 31.)

I. El tenor de este mandamiento es el amor mutuo. Por eso dice: *Que os améis los unos a los otros.* Porque es natural que la amistad no sea oculta; de lo contrario, no sería amistad, sino benevolencia. Es menester, para la verdadera y firme amistad, que los amigos se amen mutuamente, pues entonces la amistad es justa y firme, como duplicada. Por lo tanto, queriendo el Señor que entre sus fieles y discípulos existiese perfecta amistad, les dió este precepto de amor recíproco. *El que teme a Dios, igualmente tendrá buena amistad.* (*Eccli.*, VI, 17.)

II. Cristo presenta un modelo cuando dice: *Así como yo os he amado.* Porque de tres maneras nos amó Cristo: gratuita, eficaz y rectamente.

Gratuitamente, porque él comenzó y no esperó que nosotros comenzáramos a amarle, como explica San Juan: *No que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero a nosotros.* (I *Joan.*, IV, 10.) Así, pues, nosotros debemos también amar primero al prójimo, y no esperar a que él se nos adelante o nos beneficie.

Nos amó eficazmente, lo que es manifiesto por sus obras; pues la prueba del amor son las obras. Lo más grande que un hombre puede hacer por su amigo es darse a sí mismo por él; y esto hizo Cristo: *Nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros.* (*Eph.*, V, 2.) Siguiendo nosotros su ejemplo, amémonos unos a otros eficaz y fructuosamente. *No amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.* (I *Joan.*, III, 18.)

Rectamente, porque como toda amistad se funda sobre alguna comunicación o semejanza (pues la semejanza es causa de amor), será amistad recta la que tiene por causa la semejanza o comunicación en el bien. Mas Cristo nos amó en cuanto somos semejantes a él por la gracia de adopción. Y nos amó conforme a esta semejanza para llevarnos a Dios. Por consiguiente, nosotros debemos también amar en la persona amada, no tanto el beneficio o alegría que nos viene de ella como lo que en ella es de Dios. Y en este amor se incluye también el amor de Dios.

(*In Joan.*, XIII.)

16 de septiembre

NUEVO MANDATO DEL AMOR

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros. (*Joan.*, XIII, 34.)

Ya existía ciertamente en el Antiguo Testamento o Ley el mandamiento del amor al prójimo. Interrogado Cristo por un doctor de la ley acerca del primer mandamiento, respondió: *Amarás al Señor tu Dios* (*Matth.*, XXII, 37), y después añadió: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* (*Ibid.*, 39.) Esto ya se encuentra en el Levítico: *Amarás a tu amigo como a ti mismo* (XIX, 18).

Sin embargo, se dice especialmente que este mandamiento es nuevo por tres motivos:

1º) Por la innovación que produce. *Despojándoos del hombre viejo con sus hechos, y vistiéndoos del nuevo, de aquel que se renueva por el conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo crió.* (*Col.*, III, 9.) Esta novedad se verifica por la caridad, a la cual nos exhorta Cristo.

2º) Se llama nuevo este mandamiento por la causa que produjo este resultado, porque procede de un espíritu nuevo. Existe un doble espíritu: el viejo y el nuevo. El viejo es el espíritu de servidumbre; el nuevo es el espíritu de amor; aquél engendra siervos; éste, hijos de adopción. A ellos hace referencia San Pablo: *No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos.* (*Rom.*, VIII, 15.) Y Ezequiel dice: *Os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros* (XXXVI, 26).

Y este espíritu inflama para la caridad, *porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo.* (*Rom.*, V, 5.)

3º) Por el efecto que estableció, es decir, el Nuevo Testamento. Porque la breve diferencia entre el Nuevo y el Antiguo Testamento son el temor y el amor; como se desprende de estas palabras: *Haré nueva alianza con la casa de Israel, y con la casa de Judá.* (*Jer.*, XXXI, 31.) Este mandamiento procedía en el Antiguo Testamento del temor y de un santo amor, pero pertenecía al Nuevo Testamento; por lo cual este mandamiento existía en la ley antigua, mas no como cosa propia suya, sino como una preparación de la ley nueva.

(*In Joan.*, XIII.)

17 de septiembre

POSIBILIDAD DEL AMOR PERFECTO AL PRÓJIMO

Así como el estado de la vida presente no permite que el hombre se refiera siempre en acto a Dios, así tampoco que se refiera en acto a todos los prójimos en particular, sino que basta se refiera comúnmente a todos en general, y a cada uno habitualmente y según la disposición del ánimo.

Puede, empero, considerarse por relación al amor del prójimo como por relación al amor de Dios una doble perfección: una, en efecto, sin la cual no puede existir la caridad, es decir, que el hombre nada debe tener en su corazón que sea contrario al amor del prójimo; la otra, sin la cual no es posible encontrarse caridad, puede

considerarse de tres modos: 1º, según la extensión del amor, es decir, que uno no solamente ame a los amigos y conocidos, sino también a los extraños y aun a los enemigos, pues esto, como dice San Agustín, "es propio de los hijos perfectos de Dios" [37]; 2º, según la intensidad, que se manifiesta por aquellas cosas de que el hombre se priva por causa del prójimo, hasta el punto de no tener en nada no sólo los bienes exteriores, sino también las aflicciones corporales y aun la misma muerte, según aquello: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos* (*Joan.*, XV, 13); 3º, en cuanto al efecto del amor, es decir, que el hombre sacrifique por sus prójimos no sólo los beneficios temporales, sino también los espirituales y aun a sí mismo, según aquello: *Yo de buena gana daré lo mío, y me daré a mí mismo por vuestras almas.* (II *Cor.*, XII, 15.)

(2ª 2ae, *q.* CLXXXIV, *a.* 2, *ad* 3um.)

18 de septiembre

ATRACCIÓN DE LOS ENEMIGOS

Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (*Matth.*, XXII, 39.)

Es cierto que pecas si no perdonas al que te pide perdón, y que es cosa de perfección si le atraes a ti, aun cuando no estés obligado.

Muchas razones aconsejan que lo atraigas a ti:

La primera es la conservación de la propia dignidad. Cada dignidad tiene su señal especial, y

[37] *Enchirid*, cap. 73.

nadie debe abdicar los signos de su dignidad. Entre todas las dignidades, la mayor es ser hijo de Dios; y la señal de esa dignidad es el amor al enemigo. *Amad a vuestros enemigos... para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos.* (*Matth.*, V, 44, 45.) Amar a un amigo no es la señal de la filiación divina, pues *hacen también lo mismo los publicanos... y los gentiles.* (*Ibid.*, 46, 47.)

La segunda es el logro de la victoria. Ésta es un deseo natural de todos. Es, pues, necesario que con tu bondad atraigas al amor al que te ofendió, y entonces vences; o que el otro te arrastre al odio, y entonces pierdes. *No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien.* (*Rom.*, XII, 21.)

La tercera es la adquisición de muchas ventajas; porque con ello adquieres amigos. *Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza.* (*Rom.*, XII, 20.) Y San Agustín dice: "No hay provocación mayor para el amor que prevenir amando." Pues nadie es tan duro, que aunque no quiera dar amor, no quiera, empero, pagarlo.

La cuarta es la de que con ello son más fácilmente escuchadas tus plegarias. Por eso, sobre el pasaje de Jeremías: *Aunque Moisés y Samuel se me pusiesen delante* (XV, 1), dice San Gregorio: "Hizo principalmente mención de ellos, porque rogaron por los enemigos." También rogó Cristo: *Padre, perdónalos.* (*Luc.*, XXIII, 34.) Orando San Esteban por los enemigos (*Act.*, VII, 59), reportó gran utilidad a la Iglesia, pues convirtió a San Pablo.

La quinta es la huída del pecado, lo cual de-

bemos desear principalmente; pues algunas veces pecamos, no buscamos a Dios, y Dios nos atrae a sí, o con enfermedades o cosa semejante. *Yo cercaré tu camino con espinos.* (*Os.*, II, 6.) De este modo fué atraído San Pablo. Y en el Salmo (CXVIII, 176) se dice: *Anduve errante, como oveja descarriada; busca a tu siervo.* Mas esto lo conseguimos si atraemos a nosotros al enemigo perdonando primero, pues como consta en el Evangelio: *Con la misma medida con que midiereis, se os volverá a medir.* (*Luc.*, VI, 38.) Y en el mismo capítulo: *Perdonad y seréis perdonados.* (*Ibid.*, 37.) El mismo Jesús dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* (*Matth.*, 5, 7.) Pues no hay misericordia mayor que perdonar al que nos ofende.

(*In Decal.*, X.)

19 de septiembre

¿ES LA MISERICORDIA LA MAYOR DE LAS VIRTUDES?

I. Una virtud puede ser la mayor de todas en dos conceptos: 1º, en sí misma, y 2º, por comparación con el que la tiene. En sí misma, la misericordia es la mayor, porque a ella corresponde difundirse a los demás y, lo que es más, sobrellevar sus defectos, lo cual es propio de una virtud superior; y así la misericordia es propia de Dios, y por ella, sobre todo, se dice que manifiesta su omnipotencia. Pero respecto del que tiene misericordia no es la mayor, a no ser que quien la posee sea el Ser Supremo, que no tiene superior a sí, sino que todos le están sometidos;

pues para el que tiene alguno sobre sí, mayor y mejor cosa es el unirse al superior que tolerar el defecto del inferior. Y por eso, en cuanto al hombre, que tiene a Dios como superior, la caridad por la cual se une a Dios es mejor que la misericordia, por la cual tolera los defectos de sus prójimos. Pero entre todas las virtudes que se refieren al prójimo, la misericordia es la más excelente, como también lo es su acto; puesto que tolerar el defecto de otro en cuanto tal, es propio del superior y del mejor.

Ciertamente es preferida la misericordia al culto divino, según aquello de Oseas: *Misericordia quiero, y no sacrificio* (VI, 6), porque no damos culto a Dios por sacrificios exteriores, u ofrendas, a causa de él mismo, sino para utilidad nuestra y de los prójimos; porque él no necesita de nuestros sacrificios, sino que quiere se los ofrezcamos para excitar nuestra devoción y para provecho del prójimo. Por consiguiente, la misericordia con que socorremos las necesidades de otros es el sacrificio más grato a él, ya que de manera más inmediata nos induce al servicio y utilidad de nuestros prójimos, como se dice en la Epístola a los Hebreos: *No olvidéis hacer bien y comunicar con otros vuestros bienes; porque de tales ofrendas se agrada Dios* (XIII, 16).

Aun cuando la suma de la religión cristiana consista en la misericordia en cuanto a los actos exteriores, el efecto interior de la caridad, por la cual nos unimos a Dios, supera al amor y a la misericordia para con los prójimos.

Y de esto resulta mayor semejanza con Dios, pues por la caridad nos asemejamos a Dios, en nuestra unión con él por el afecto; y por consiguiente es mejor que la misericordia, por la

cual nos asemejamos a Dios según la semejanza de la acción.

(2ª 2ae, *q.* XXX, *a.* 4.)

II. Tres motivos deben movernos sobre todo a practicar la misericordia.

1º) La necesidad, pues quien no practica la misericordia, tampoco encontrará misericordia. *Se hará juicio sin misericordia a aquel que no usó de misericordia.* (*Jac.*, II, 13.)

2º) La utilidad, porque quien practica la misericordia hallará misericordia, como dice Cristo, según el Evangelio de San Mateo: *Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia* (V, 7).

3º) La conveniencia, pues, recibiendo nosotros misericordia de todas las criaturas, es bastante conveniente que tengamos misericordia con otros. Estamos llenos de miserias, y si las criaturas no se compadecen de nosotros, dándose ellas mismas, y sus beneficios, a nosotros, no podríamos subsistir. Si el sol y el fuego retirasen su luz y calor, y la tierra negase sus frutos, ¿qué haría el hombre miserable? Es, por lo tanto, conveniente que, necesitando el hombre de misericordia, la tenga él con los demás.

(*Serm. Dom.* IV *post Pentecost.*)

20 de septiembre

CUATRO BIENES DE LA LEY DEL AMOR

Como todos no pueden dedicarse a la ciencia, Cristo dió una ley breve para que todos pudiesen conocerla, y nadie se excusase por ignorancia del

cumplimiento de la misma; ésta es la ley del amor divino. A este respecto dice el Apóstol: *Palabra abreviada hará el Señor sobre la tierra.* (*Rom.*, IX, 28.)

Ésta es la ley que debe ser regla de todos los actos humanos, de tal modo que toda acción humana será recta y virtuosa si está de acuerdo con la regla del amor a Dios; y no será buena, ni recta ni virtuosa si está en desacuerdo con esta regla.

Mas la ley del amor divino produce en el hombre cuatro bienes muy deseables:

1º) Produce en él la vida espiritual. Porque es manifiesto que naturalmente el amado está en el amante, y por consiguiente, quien ama a Dios, lo tiene en su persona, como dice San Juan: *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él.* (I *Joan.*, IV, 16.) Pertenece también a la naturaleza del amor transformar al amante en el amado; por lo tanto, si amamos lo caduco y lo vil, nos hacemos viles y perecederos. Pero si amamos a Dios nos hacemos divinos, porque como dice el Apóstol: *El que se allega al Señor, un espíritu es.* (I *Cor.*, VI, 17.) Mas como dice San Agustín: "Así como el alma es vida del cuerpo, igualmente Dios es vida del alma. Decimos que el cuerpo vive por el alma, cuando ejecuta las acciones propias de la vida, cuando obra y se mueve; pero si el alma se retira, el cuerpo no obra ni se mueve; así también obra el alma virtuosa y perfectamente cuando obra por caridad, por la cual Dios habita en ella; pero sin caridad no obra nada semejante."

Si alguno poseyere todos los dones del Espíritu Santo sin caridad, no posee vida; porque ni el don de lenguas, ni el don de la fe, o cualquier otro, dan vida sin la caridad. Aun cuando un

cadáver sea cubierto de oro y de piedras preciosas, no obstante, muerto se queda.

2º) El segundo efecto de la caridad es la observancia de los mandamientos divinos; pues según San Gregorio: "El amor de Dios nunca está ocioso, ejecuta cosas grandes si está en un corazón; si es inactivo, no es amor." Por lo cual la señal evidente de la caridad es la prontitud en cumplir los preceptos divinos; pues vemos al amante ejecutar cosas grandes y difíciles por el amado.

3º) El tercer fruto de la caridad es que presta ayuda en las adversidades; pues las adversidades no dañan al que tiene caridad, antes bien se convierten en útiles. *A los que aman a Dios, todas las cosas les contribuyen al bien* (*Rom.*, VIII, 28); aún más todavía, las cosas adversas y difíciles parecen suaves al amante, como nos lo enseña la experiencia.

4º) La caridad conduce a la felicidad; pues sólo a los que tienen caridad se promete la eterna bienaventuranza, ya que todas las cosas sin caridad son insuficientes. Y no debe olvidarse que la diferencia de bienaventuranza depende únicamente de la diferencia en la caridad y no de otra virtud.

(*In Decalog.* II.)

21 de septiembre

OTRAS UTILIDADES DE LA LEY DEL AMOR

1º) La caridad obra el perdón de los pecados; pues si alguien ofendiere a otro y después lo amare íntimamente, borra la ofensa con el amor; del mismo modo Dios perdona los pecados a los

que le aman. Tal vez dirá alguno: si es suficiente la caridad para destruir los pecados, no es necesaria la penitencia. Mas debe considerarse que nadie ama de veras si realmente no se arrepiente; pues cuanto más amamos a alguno, más nos dolemos de haberle ofendido, y esto es efecto de la caridad.

2º) Produce la iluminación del corazón como dice Job: *Nosotros estamos envueltos en tinieblas* (XXXVII, 19), pues frecuentemente ignoramos qué debemos hacer o desear, pero la caridad nos enseña todo lo necesario a la salvación; por eso se dice: *su unción os enseña todas las cosas* (I *Joan.*, II, 27). Esto es así porque donde está la caridad allí está el Espíritu Santo que conoce todas las cosas y nos conduce por el camino recto. Por eso se dice en el Eclesiástico: *Los que teméis a Dios, amadle, y serán iluminados vuestros corazones* (II, 10).

3º) Perfecciona en el hombre la perfecta alegría; pues nadie tiene verdaderamente alegría si no vive en caridad. Todo el que desea algo, no goza, ni se alegra, ni descansa hasta alcanzarlo; y suele suceder en las cosas temporales que, cuando no se las posee, se apetecen, y, una vez poseídas, se desprecian y engendran fastidio; pero no ocurre lo mismo en las cosas espirituales; es más, quien ama a Dios, lo posee, y por eso el ánimo del que ama y desea descansa en él.

4º) La caridad nos da la paz perfecta. Acaece que las cosas temporales son deseadas frecuentemente, pero una vez poseídas, no descansa el ánimo del que desea; es más, poseída una cosa, se apetece otra: *Los impíos son como el mar agitado, que no puede estar en calma.* (*Is.*, LVII, 20.) *No hay paz para los impíos.* (*Ibid.*, 21.) Pero no

ocurre así en la caridad con Dios. Pues quien ama a Dios, posee paz perfecta: *Mucha paz para los que aman tu ley; y no hay para ellos tropiezo.* (*Psal.*, CXVIII, 165.) Y esto es así, porque sólo Dios basta para llenar nuestro deseo; él es mayor que nuestro corazón, y por eso dice San Agustín: "Tú, oh Dios mío, nos has creado para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" [38].

5º) La caridad otorga al hombre una gran dignidad. Todas las criaturas sirven a la divina majestad, como las obras de arte sirven al artista; mas la caridad convierte a los hombres de siervos en libres y amigos. Por eso dijo el Señor a los Apóstoles: *No os llamaré ya siervos ...os he llamado amigos.* (*Joan.*, XV, 15.) Y la caridad no solamente hace libres, sino también hijos, es decir, que *tengamos nombre de hijos de Dios, y lo seamos.* (I *Joan.*, III, 1.) Pues un extraño se hace hijo adoptivo de otro cuando adquiere para sí el derecho a su herencia; así la caridad adquiere el derecho a la herencia de Dios, que es la vida eterna. *Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios.* (*Sap.*, V, 5.)

(*In Decalog.*, III.)

22 de septiembre

EL AMOR A DIOS

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento. (*Luc.*, X, 27.)

38 *Confess.*, lib. III, cap. 1.

I. Este precepto se encuentra expresado diversamente en distintos lugares de la Sagrada Escritura. Porque en el Deuteronomio (VI, 5) se ponen tres cosas: *con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza.* En San Mateo (XXII, 37) se ponen dos de aquéllas: *de todo tu corazón, y de toda tu alma,* y se omite *con toda tu fuerza;* pero en cambio se añade: *y de todo tu entendimiento.* Pero en San Marcos se ponen cuatro: *de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento, y de todas tus fuerzas* (XII, 30), que es lo mismo que fortaleza; y estas cuatro se expresan también en San Lucas (X, 27), pero en lugar de fortaleza y virtud, se pone: *con todas tus fuerzas.*

II. Es preciso, pues, asignar la razón de estas cuatro cosas; dado que si en algún lugar se omite alguna, es porque la una se entiende por las otras. Luego puede considerarse que el amor es un acto de la voluntad, que aquí se expresa por el *corazón*; porque así como el corazón corporal es el principio de todos los movimientos corporales, así también la voluntad, y principalmente respecto a la intención del fin último que es el objeto de la caridad, es el principio de todos los movimientos espirituales. Y como son tres los principios de los actos, que son movidos por la voluntad, a saber: el entendimiento significado por *la mente,* la fuerza apetitiva interior, significada por *el alma,* y la fuerza ejecutiva exterior, expresada por la *fortaleza* o *virtud* o *las fuerzas.*

Se nos manda, pues, que toda nuestra intención se dirija a Dios, lo cual es amarlo *con todo el corazón*; que nuestro entendimiento se someta a Dios, lo que es amarlo con *toda la mente*; que

nuestro apetito se regule según Dios, lo cual es amarlo *con toda el alma*; y que nuestros actos exteriores obedezcan a Dios, lo cual es amarlo *con toda fortaleza, virtud* o *fuerzas.*

Sin embargo, San Juan Crisóstomo toma las palabras *corazón y alma* en sentido contrario al que se ha dicho. San Agustín refiere *el corazón* a los pensamientos; *el alma,* a la vida; *la mente,* al entendimiento. Algunos dicen que *con todo corazón,* significa con el entendimiento; *con toda el alma,* con la voluntad; *con la mente,* con la memoria; o, según San Gregorio Niseno, por el *corazón* se significa el alma vegetativa; por el *alma,* la sensitiva; por la *mente*, la intelectiva; puesto que debemos referir a Dios aquello por lo que vivimos, sentimos y entendemos.

(2ª 2ae, *q.* XLIV, *a.* 5.)

III. En el amor divino no debe haber modo. Pues el fin de todas las acciones y afectos humanos es el amor de Dios, por el cual alcanzamos el último fin, y por lo tanto en el amor de Dios no puede haber modo, como en la cosa medida, de suerte que se pueda recibir más o menos, o como se encuentra el modo en la medida, en la que no puede haber exceso, sino que cuanto más alcanza su regla, tanto mejor es; y así, cuanto más se ama a Dios, tanto mejor es el amor.

(2ª 2ae, *q.* XXVIII, *a.* 6.)

23 de septiembre

CUATRO CONDICIONES NECESARIAS PARA CUMPLIR EL PRECEPTO DEL AMOR DE DIOS

Habiéndose preguntado a Cristo, antes de la Pasión, cuál era el mayor y primer mandamiento, contestó: *Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Éste es el mayor y el primer mandamiento.* (*Matth.*, XXII, 37.)

Verdaderamente éste es el mayor mandamiento, el más notable y el más útil. En él se cumplen todos los demás; pero para cumplirlo perfectamente se requieren cuatro condiciones:

1ª) El recuerdo de los beneficios divinos; pues cuanto tenemos, el cuerpo, los bienes exteriores, todo lo tenemos de Dios; y por lo tanto es menester que le sirvamos con todo ello y que lo amemos con corazón perfecto. En efecto, es muy ingrato recordar los beneficios de alguno, y no amarlo. Recordando David los beneficios de Dios, manifestaba: *Tuyas son todas las cosas; te hemos dado las cosas que recibimos de tu mano.* Por eso en alabanza de David dice el Eclesiástico: *De todo su corazón alabó al Señor, y amó al Dios que le hizo* (XLVII, 10).

2ª) Consideración de la excelencia divina. Porque *mayor es Dios que nuestro corazón.* (I *Joan.*, III, 20.) Por lo cual, si le servimos de todo el corazón y con todas las fuerzas, todavía nos quedamos cortos. *Glorificad al Señor cuanto más pudiereis, que aún sobrepujará . . . Bendecid al Señor, ensalzadle cuanto podéis; porque mayor es que toda alabanza.* (*Eccli.*, XLIII, 32.)

3ª) La renuncia a las cosas del mundo y de la tierra. Pues hace gran injuria a Dios el que equipara alguna cosa a él. *¿A quién, pues, habéis asemejado a Dios?* (*Is.*, XL, 18.) Equiparamos las cosas con Dios cuando amamos las cosas temporales y corruptibles juntamente con Dios; pero esto es absolutamente imposible. Por lo tanto se dice: *Estrecha es la cama, de modo que uno de los dos ha de caer; y una manta corta no puede cubrir al uno y al otro.* (*Is.*, XXVIII, 20.)

En ese pasaje el corazón del hombre es comparado al lecho estrecho y a la manta corta. Pues el corazón humano es estrecho en relación con Dios; por lo cual cuando recibes otras cosas en tu corazón, lo expulsas a él. Él no permite compañeros en el alma, como tampoco el esposo a la esposa, y por eso dice el mismo Señor: *Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso* (*Ex.*, XX, 5); porque no quiere que amemos cosa alguna como a él o fuera de él.

4ª) Es menester evitar todo pecado; porque nadie puede amar a Dios estando en pecado. Por consiguiente, si vives en pecado, no amas a Dios. Amábale el que decía: *Acuérdate, te suplico, de cómo he andado delante de ti con verdad y con corazón perfecto.* (*Is.*, XXXVIII, 3.) Y el profeta Elías: *¿Hasta cuándo cojeáis por ambos lados?* (III *Reg.*, XVIII, 21.) Así como el cojo se inclina ya a un lado ya a otro, así también el pecador que unas veces peca, y otras trata de buscar a Dios. Por eso dice el Señor: *Convertíos a mí de todo vuestro corazón.* (*Joel.*, II, 12.)

(*In Decalog.*, c. V.)

24 de septiembre

DE QUÉ MODO ES POSIBLE TENER CARIDAD PERFECTA EN ESTA VIDA

I. De dos maneras puede entenderse la perfección de la caridad en esta vida: por parte de la cosa amada, y por parte del que ama.

Por parte de la cosa amada, la caridad es perfecta cuando se ama una cosa en la medida en que es amable. Mas Dios es tan digno de amor cuanto bueno; y, siendo su bondad infinita, es, por lo mismo, infinitamente digno de ser amado, y como ninguna criatura puede amarlo infinitamente, puesto que toda virtud creada es finita, en consecuencia por este modo no puede ser perfecta la caridad de criatura alguna sino únicamente la caridad de Dios, por la que se ama a sí mismo.

II. Por parte del que ama, la caridad es perfecta cuando ama tanto cuanto puede; lo cual acontece de tres maneras:

1ª) Cuando el corazón del hombre, todo entero, está siempre consagrado en acto a Dios; y ésta es la perfección de la caridad celestial, que no es posible en ésta vida; pues, por la debilidad de la naturaleza humana, resulta imposible pensar siempre en acto acerca de Dios y ser movido por amor a él.

2ª) Cuando el hombre pone todo su empeño en dedicarse a Dios y a las cosas divinas, omitiendo todas las demás, a no ser aquellas que requiere la necesidad de la vida presente; y ésta es la perfección de la caridad que es posible en esta

vida; sin embargo, no es común a todos los que tienen caridad.

3ª) Cuando habitualmente pone uno todo su corazón en Dios, de tal suerte que no piense ni quiera nada que sea contrario al amor divino, y esta perfección es común a todos los que tienen caridad.

(2ª 2ªe, *q*. XXIV, *a*. 8.)

Por lo tanto, la caridad perfecta es posible en esta vida, pero no obstante, la perfección de esta vida no es perfección absoluta y por consiguiente siempre puede acrecentarse.

La perfección de la caridad a la que se ordenan los consejos, consiste en que el hombre, en cuanto le es posible, se abstraiga de las cosas temporales, aun las lícitas, las cuales, ocupando el ánimo, impiden el movimiento actual del corazón hacia Dios.

(2ª 2ªe, *q*. XLIV, *a*. 4.)

El Señor intenta con el precepto: *Amarás al Señor*, etc., que el hombre se le una totalmente, lo cual se verificará en la patria, cuando *Dios sea todo en todos*. (I *Cor*., XV, 28.) Y por lo tanto, este precepto se cumplirá plena y perfectamente en el cielo; mas en esta vida, si se cumple, será imperfectamente. Sin embargo, en la tierra uno lo cumple tanto más perfectamente que otro cuanto más se acerca, por cierta semejanza, a la perfección de la patria celestial.

(2ª 2ªe, *q*. XLIV, *a*. 6.)

25 de septiembre

ACRECENTAMIENTO DE LA CARIDAD

I. La caridad en esta vida puede acrecentarse, pues se dice que somos viadores, porque nos encaminamos a Dios, que es último fin de nuestra bienaventuranza; mas en esta vida tanto más progresamos cuanto más nos acercamos a Dios; cuya aproximación no tiene lugar por los movimientos del cuerpo, sino por los afectos del alma. Pero la caridad causa esta aproximación, porque por ella se une el espíritu a Dios. Por lo cual es de la razón de la caridad en esta vida el que pueda aumentarse; porque, si no se pudiera, cesaría ya el curso de la vida. Por eso el Apóstol llama vía a la caridad: *Yo os muestro un camino aún más excelente.* (I *Cor.*, XII, 31.)

II. Siempre puede aumentar más y más la caridad en esta vida. Pues de ninguna manera se fija límite al aumento de la caridad en el estado mencionado.

La caridad, conforme a la naturaleza de su propia especie, no tiene límite de crecimiento, porque es una participación de la caridad infinita, que es el Espíritu Santo. Tampoco puede fijarse límite al aumento por parte del sujeto, pues, al crecer siempre la caridad, crece asimismo la capacidad para un crecimiento ulterior. La capacidad de la criatura racional se aumenta por la caridad, porque por ella se dilata el corazón, según el Apóstol: *Nuestro corazón se ha dilatado.* (II *Cor.*, VI, 11.) De donde resulta que no puede

fijarse límite alguno al aumento de la caridad durante la vida presente.

III. La caridad no se aumenta por adición de caridad a caridad, sino porque el sujeto participa más de esta virtud, es decir, según se reduce más el acto de aquélla y le está más sometido. No es necesario que por el aumento de la caridad sobrevenga a ella otra forma que antes no existía, sino que esté más intensamente lo que antes estaba en menor grado. Lo que hace Dios al aumentar la caridad, es que ésta sea más intensa en el alma y que el alma participe más perfectamente de la semejanza del Espíritu Santo.

IV. El aumento espiritual de la caridad se asemeja en cierto modo al aumento corporal, que en los animales y en las plantas no es un movimiento continuo, sino que hay un tiempo en que la naturaleza obra para preparar el aumento, aunque no lo realice en el acto; y después produce efecto aquello que había preparado, al dar aumento al animal o a la planta. Del mismo modo, la caridad no se aumenta inmediatamente por cada uno de sus actos, pero cada acto dispone al aumento de caridad, y a medida que ésta aumenta el hombre produce acto de amor más fervoroso, por el cual procura progresar en esta virtud; caso, éste, en que la caridad se aumenta realmente.

Así como todo acto de caridad merece la vida eterna, que no se ha de disfrutar al instante, sino a su tiempo, así todo acto de caridad merece un aumento de caridad, pero no es acrecentada in-

mediatamente, sino cuando alguno se esfuerza por aumentarla.

(2ª 2ªᵉ, *q.* XXIV, *a.* 4, 7, 5, 6.)

26 de septiembre

TRES GRADOS DE CARIDAD

I. Como dice San Agustín[39]: "Cuando nace la caridad, es alimentada", lo cual pertenece a los que comienzan; "cuando está alimentada, se fortifica", lo cual corresponde a los que progresan; y "cuando está fortalecida, se perfecciona", lo cual es propio de los perfectos.

El crecimiento espiritual de la caridad puede considerarse de una manera semejante al crecimiento corporal del hombre, el que, aunque puede distinguirse en muchas partes, tiene, sin embargo, algunas distinciones determinadas, según las determinadas acciones o estudios a los que el hombre llega por el aumento. Así también se distinguen los diversos grados de la caridad según los diversos esfuerzos a que el hombre llegue por aumento de la caridad.

II. Primeramente, pues, el estudio principal del hombre consiste en apartarse del pecado y resistir a sus concupiscencias, que le mueven en sentido contrario a la caridad; y esto pertenece a los que comienzan, en los cuales la caridad debe ser alimentada y fomentada para que no se corrompa.

El segundo estudio que el hombre hace después

[39] *Super I Can. Joan., tract.* 5.

tiene por objeto principal progresar en el bien; y esto pertenece a los que progresan, que tienden principalmente a que la caridad se robustezca en ellos por el aumento.

El tercero consiste en que el hombre procure principalmente unirse a Dios y gozar de él; y esto pertenece a los perfectos, que desean ser *desatados de la carne, y estar con Cristo* (*Philip.*, I, 23); como también observamos en el movimiento corporal, cuyo primer paso es el alejamiento del punto de partida; el segundo, que consiste en aproximarse al término; y el tercero, que tiene por objeto descansar en el mismo término.

Aquéllos en quienes comienza la caridad, aunque progresen, tienen sin embargo más cuidado para resistir a los pecados cuyos ataques les inquietan. Pero después sienten menos estos ataques, y con más seguridad se dirigen a lo perfecto, practicando por una parte el bien, y por otra teniendo su mano sobre la espada, como se dice en Esdras de los que edificaban a Jerusalén[40]:

Los perfectos progresan también en la caridad; pero no es éste su cuidado principal, sino que ya su mayor afán consiste en unirse a Dios; y aunque también buscan esto los que comienzan y los que progresan, sin embargo, están preocupados con otras cosas: los que comienzan piensan, sobre todo, en evitar los pecados; y los que progresan, en adelantar en las virtudes.

(2ª 2ae, *q.* XXIV, *a.* 9.)

[40] *Con la una mano trabajaban en la obra y con la otra tenían la espada.* Esdra., lib. II, cap. IV, 17.

27 de septiembre

COSAS NECESARIAS PARA ADQUIRIR Y ACRECENTAR LA CARIDAD

La caridad es tan útil que es menester trabajar con todo empeño para adquirirla y acrecentarla. Dos condiciones son especialmente necesarias para adquirirla y otras dos para aumentarla, una vez lograda.

I. Para adquirir la caridad es menester, en primer lugar, escuchar diligentemente la palabra divina. Y así como cuando oímos cosas buenas de otro, nos inflamamos en amor hacia él; así, al escuchar la palabra de Dios, nos encendemos en amor de Dios, como dice el Profeta David: *Tu palabra es encendida en gran manera, y tu siervo la ha amado.* (*Psal.*, CXVIII, 140.) Y aquellos dos discípulos (los de Emaús), ardiendo en amor divino, decían: *¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba, y nos explicaba las Escrituras?* (*Luc.*, XXIV, 32.)

En segundo lugar, el pensamiento continuo de cosas buenas. *Se acaloró mi corazón dentro de mí...* (*Psal.*, XXXVIII, 4.) Si quieres, pues, conseguir el amor divino, medita en cosas buenas. Porque sería demasiado duro de corazón el que meditando en los beneficios divinos, recibidos, en los peligros de que se libró, y en la bienaventuranza prometida por Dios, no se encendiese en el amor divino. Por eso dice San Agustín: "Duro es el corazón del hombre que, aunque no rehusando amar, al menos no quiera responder al

amor". En general, así como los malos pensamientos destruyen la caridad, así los buenos la adquieren, la nutren y la conservan.

II. Hay también dos condiciones para aumentar la caridad adquirida.

La primera es la separación de las cosas terrenas. El corazón no puede ser llevado perfectamente a cosas diversas y opuestas; por lo cual nadie puede amar a Dios y al mundo; y consiguientemente, cuanto más se aleja nuestra alma del amor de lo terreno, tanto más se afirma en el amor divino. Y así dice San Agustín: "Veneno de la caridad es la esperanza de alcanzar o retener las cosas temporales; su alimento es la disminución de la codicia, su perfección, la negación de la codicia. Quienquiera, pues, que desee nutrir la caridad, debe esforzarse en disminuir la codicia. Esta consiste en un deseo ferviente de alcanzar u obtener bienes temporales. Comienza a disminuir cuando se tiene a Dios, que es el único que no puede tenerse sin ser amado. Para ello se han establecido las órdenes religiosas, en las que se trabaja por desarraigarse de las cosas mundanas y corruptibles y por elevarse a las divinas. Esto se expresa en estas palabras: *Se descubrió el sol, que había estado antes cubierto de nubes.* (II *Macab.*, I, 22.) El sol, es decir, el entendimiento humano, está cubierto de nubes cuando se ha dado a las cosas terrenas; pero brilla cuando se aleja y aparta del amor de lo terreno. Porque entonces el amor resplandece también y crece en él."

La segunda condición es una paciencia firme en las adversidades; porque cuando sufrimos cosas pesadas por aquél a quien amamos, el amor no se destruye, sino que crece. Y por eso los va-

rones santos que sufren adversidades por Dios, se afirman más en su amor, como el artista ama más la obra de arte en que más trabajó. De ahí es que los fieles tanto más se elevan en el amor de Dios, cuanto más aflicciones sufran por él.

(*In Decalog.*, c. IV).

28 de septiembre

AMOR AL BIEN SUMAMENTE DELEITABLE

Me acordé de Dios, y me deleité. (*Psal.*, LXXVI, 4.)

Así como Dios sobrepasa todo lo apetecible, así da más alegría que ningún otro; porque lo hace de manera más universal, más íntima y más duradera.

I. Unas cosas producen un deleite particular, como las sabrosas deleitan sólo al gusto pero no al oído; las sonoras al oído, pero no a la vista, y así de las demás. Pero Dios da un deleite general, porque es el bien universal y causa de todo bien particular. A este respecto dice San Anselmo: "Si los bienes particulares son deleitables una vez conocidos diligentemente, cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí la delectación de todos los bienes; y no según la experiencia que hacemos de las cosas creadas, sino tanto más diferente cuanto se diferencia el criador de la criatura.

II. Otras cosas deleitan superficialmente y como exteriormente; mas Dios, íntimamente y, por lo tanto, profundamente; porque sólo Dios pe-

netra substancialmente en la substancia del alma, y por consiguiente deleita deliciosamente hasta lo más íntimo. San Agustín dice: "Cuando llegue a unirme a ti con toda mi alma, no tendré ni trabajo ni dolor, sino que mi vida estará segura y toda llena de ti".

El mismo autor agrega: "¡Oh Señor Dios! ¿Qué es lo que amo cuando te amo? No la hermosura del cuerpo, ni la hermosura del tiempo, ni el brillo de la luz amiga de estos ojos, no las dulces melodías, ni la suavidad de las flores y de los perfumes, no el maná ni la miel, no las caricias gratas a los abrazos de la carne. No es esto lo que amo cuando amo a mi Dios, y sin embargo, amo cierta luz, cierta voz, cierto olor, cierto manjar y cierto abrazo.

"No amo a mi Dios como a la luz, a la voz, al olor, al manjar, al abrazo del hombre exterior; es todo mi hombre interior, allí donde brilla para mi alma aquello que no puede encerrar el lugar, una música que el tiempo no puede arrebatar, un perfume que el viento no puede disipar, y un sabor que no puede agotar la voracidad, allí donde la saciedad es inseparable de mí mismo; esto es lo que yo amo cuando amo a mi Dios."

III. Otras deleitan transitoria y temporalmente. Pero Dios, eternamente. San Agustín expresa: "Es miserable toda alma aprisionada por la amistad de las cosas inferiores, y se desgarra cuando las pierde; pero a ti ninguno te pierde, sino el que te despide." La razón se funda en que toda criatura es mudable de por sí. Mas porque *el alma harta pisará el panal* (*Prov.*, XXVII, 7), aquella alma que, amando a las criaturas, las desea ardientemente, tanto menos hambre tiene del

bien increado cuanto más llena está del bien creado, pues, al conseguirlas y alcanzarlas, goza y se deleita en ellas. Por consiguiente hemos de abstenernos de éstas para tener ansias de aquél. *Rehusó consolarse mi alma.* (*Psal.*, LXXVI, 3.)

San Agustín dice: "Baje la estima de las demás criaturas para que el Creador endulce el corazón."

(*De dilectione Dei.* IV.)

29 de septiembre

CAUSAS DEL AMOR

I. Eres amigo del hombre, porque está presente. Pero Dios tiene mayor ventaja porque está presente íntimamente, siempre y en todas partes.

El hombre está presente, porque está junto a ti; pero Dios está más presente, porque está dentro de ti, como explica San Agustín: "Está en el interior del corazón, pero éste se alejó de él." El hombre está unas veces presente y otras ausente por necesidad, pero Dios nunca se ausenta de ti aunque tú a veces te alejes y te ausentes. San Agustín agrega: "Tú estabas dentro y yo fuera; yo te buscaba afuera, y deforme irrumpía en estas cosas hermosas que hiciste; conmigo estabas y yo no estaba contigo."

Además, el hombre de quien eres amigo, está presente a ti en algunos lugares, y en otros está ausente; pero Dios está presente a ti en todas partes. Por lo cual, como al morir no podrás gozar de la presencia de los amigos, de la que necesitarás en gran manera entonces, disfrutarás con mucho consuelo de la presencia de este amigo.

Aun cuando anduviere en medio de sombra de muerte, no temeré males; porque tú estás conmigo. (*Psal.*, XXII, 4.)

II. Eres amigo del hombre, porque te es útil. Pero en esto lleva Dios la ventaja de tres maneras; porque la utilidad que él te proporciona es mayor, más abundante y más duradera.

El amigo te hace partícipe de sus bienes. Pero Dios da sus cosas y se da a sí mismo. *El que aun su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó también con él todas las cosas?* (*Rom.*, VIII, 32.) ¿Qué amigo te dará a su propio hijo y su espíritu como hizo Dios? Da sus cosas. Obsequia dones más dignos, mayores, más numerosos, más permanentes en duración y en tiempo, mejores con relación al fin. Muchas y grandes cosas donó en el pasado, da y no cesa de dar en el presente, pero en el futuro dará muchísimas y mayores.

III. Eres amigo del hombre, porque es amable. *El hombre amable en el trato será amigo, más que un hermano.* (*Prov.*, XVIII, 24.) Tres cosas hacen amable a una persona: la gracia en el rostro, la afabilidad en el trato y en las palabras, la mansedumbre en el gusto y en las acciones.

Pero Dios supera a todos en esas tres cosas.

Porque, en efecto, *engañosa es la gracia, y vana la hermosura* (*Prov.*, XXXI, 30) que confieren la salud, el buen temperamento y la juventud; la prueba es que la enfermedad quita la salud; la vejez disipa la juventud, y la muerte quita el temperamento. Pero cuán amable es aquél cuyo rostro *está lleno de gracias*, aquél *en quien desean*

mirar los ángeles (I *Petr.*, I, 12), cuya hermosura no se marchita, sino que salva a los que la miran; no envejece, antes bien, hace rejuvenecer; no muere, antes vivifica eternamente.

También es deseable por la dulzura de sus palabras. *El Señor hablaba a Moisés cara a cara, como suele un hombre hablar a su amigo.* (*Ex.*, XXXIII, 11.) Afable no sólo para los justos, sino también para los injustos, como los publicanos, y es amigo de los pecadores.

Por último, es amable, porque es manso en sus acciones. *Yo como cordero manso.* (*Jer.*, XI, 19.)

(*De dilectione Dei*, X, XI, XII.)

30 de septiembre

EL PROGRESO EN EL AMOR, BAJO EL SÍMBOLO DEL CARBÓN, LA LLAMA Y LA LUZ

Tanto en las cosas naturales como en las morales se distinguen tres condiciones: el frío, lo tibio y el calor. Lo tibio es un estado medio entre dos extremos opuestos. Por lo tibio se pasa del frío al calor, y así, lo tibio es, a veces, laudable y bueno como camino y disposición para producir el calor, pero es insuficiente, porque lo frío no desaparece en él, sino que sólo disminuye. Lo frío es, pues, el estado de pecado sin ningún rastro de amor; la tibieza es un estado de gracia, dada gratuitamente; el calor es el estado de gracia santificante, allí donde el frío, expulsado con anterioridad, perece y muere. También por lo tibio se efectúa el paso de lo caliente a lo frío, y por este lado la tibieza es vituperable, como se dice en el Apocalipsis: *Porque eres tibio... te comenzaré a vomitar de mi boca.* (*Apoc.*, III, 16.)

En lo caliente existen tres grados: lo simplemente caliente, lo ferviente y lo ardoroso. El calor es el principio, el fervor es el incremento, el ardor es su complemento.

Existen tres clases de fuego: el carbón en la materia terrestre, la llama en la materia aérea, y la luz en su materia propia. Por ellas podemos simbolizar tres ardores diferentes según tres estados: el de los penitentes, el de los activos y el de los contemplativos.

1º) El estado de los penitentes tiene el ardor del carbón, donde el fuego está en materia terrestre: *Cuando limpiare el Señor las manchas de las hijas de Sión, y lavare la sangre de medio Jerusalén con espíritu de justicia, y con espíritu de ardor.* (*Is.*, IV, 4.) Pero en este estado de penitencia se encuentran algunos tibios; pocos con calor, muy pocos fervorosos y poquísimos ardientes.

2º) El estado de los que progresan en el camino de las buenas obras tiene el ardor de llama, que tiende más hacia arriba, y naciendo del carbón, en parte es más noble en la materia y más brillante en la forma. En este estado encontrarás que no todos son ardientes, hay también algunos tibios, pocos fervorosos y rarísimos ardientes. Tienes ejemplo en aquéllos que decían: *¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba, y nos explicaba las Escrituras?* (*Luc.*, XXIV, 32.) Considera quiénes son los caminantes y por qué causas ardían. Advierte en ellos dos cosas: el movimiento y la acción.

En su movimiento considera cuatro cosas: Iban dos juntos; sociedad de concordia en el número: son dos discípulos y no maestros; caminaban

aquel mismo día, no de noche. En el término se designa el deseo de la perfección, *iban a Emaús,* que se interpreta deseo de consejo.

Sus actos son descriptos bajo tres aspectos: lo que piensan en su corazón, es decir, en la Pasión de Cristo; por eso iban *tristes,* y no disipados por las alegrías del mundo; lo que decían: no conversaban de cosas vanas, sino *de todas estas cosas que habían acaecido;* lo que hacen, es decir: ofrecen hospitalidad al peregrino. Y acercándose Jesús a estos viajeros, camina en su compañía; los increpa algún tanto, les declara las Escrituras, y así produce en ellos ardor.

3º) El estado de los que descansan en la paz de la contemplación tiene aquí el ardor de la luz; pero entre los contemplativos los encontrarás con calor, fervorosos, pero pocos ardientes. Así aparecen los Apóstoles que *estaban reunidos* en Jerusalén y recibían el fuego divino. De ellos dice San Gregorio: "Mientras reciben a Dios bajo el símbolo del fuego, suavemente se abrasan de amor." Así, pues, los principiantes arden muy útilmente, pero también con alguna aflicción; los que progresan, con más utilidad y menos aflicción; y los perfectos con mucha utilidad, sin ninguna aflicción y, por lo tanto, con suavidad. Ésta es la gran visión: ardor sin pena, suave, no pesado, y que tanta admiración causó a Moisés, porque *la zarza ardía, y no se quemaba.* (*Ex.,* III, 2.)

(*De dilection. Dei.*)

ALGUNAS FIESTAS DE OCTUBRE

7 de octubre

FIESTA DEL SANTÍSIMO ROSARIO

Nuestra Señora fué llena de gracia, fecunda en la concepción de su Hijo. Por lo cual le dijo el Ángel: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; he aquí, concebirás en tu seno y parirás un hijo.* (*Luc.*, I, 30, 31.) Es cosa de gran admiración y dignidad que simultáneamente y una sola vez haya sido madre e hija de Dios, madre y esclava, virgen y fecunda. Por esta gracia fué hecha gratísima a Dios. De Esther se dice figuradamente: *Fué, pues, conducida a la cámara del rey Asuero . . . y el rey la amó más que a todas las otras mujeres, y halló gracia y favor delante de él más que todas las mujeres, y puso sobre su cabeza la corona real.* (*Esth.*, II, 16, 17.) Y en el libro del Apocalipsis se lee: *Apareció en el cielo una grande señal: Una mujer cubierta del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.* (*Apoc.*, XII, 1.)

Por lo cual le dice San Bernardo: "¡Cuán amiga eres de Cristo, Señora, cuán próxima estás a él, que mereciste ser purísima! ¡Cuánta gracia encontraste ante él, para que él permaneciera en ti, y tú con él! Tú lo vistes y eres vestida por él. Lo vistes con la substancia de tu carne; pero él te viste con la gloria de su majestad."

Aun cuando Nuestra Señora no puede ser imitada en esa gracia tan sublime debe, sin embargo, con todo honor ser bendecida, predicada, alabada

e invocada para nuestro auxilio. Y San Bernardo agrega: "En todas las cosas mira a la estrella del mar, llama y clama a María, porque ella es la que da misericordia al mar, y senda firmísima entre las olas. Porque ella es áncora con la que la nave se afirma en el mar, y es nave en la que el hombre es librado de las olas de las tentaciones." Y en otro lugar: "Sólo se abstenga de alabarla el que, al llamarla en las tribulaciones, no fué escuchado."

Es, por tanto, necesario que quien desea alcanzar gracia de Dios se acerque con devotísimo corazón a esta mediadora, porque siendo reina de misericordia y no teniendo absolutamente parte alguna en el reino de la justicia, nada podrá negar al que le pide. Pues, como dice San Bernardo, "rogada por el pecador, muestra a su Hijo su corazón y su pecho; el Hijo muestra al Padre el costado y las heridas; y no puede haber ninguna repulsa donde concurren tantas pruebas de caridad". A esto se refiere el Apóstol en estas palabras: *Lleguemos confiadamente al trono de la gracia.* (*Hebr.*, IV, 16.) Porque ella misma dice en el Eclesiástico: *En mí toda la gracia... Pasad a mí todos.* (XXIV, 25, 26.)

(*Salut. angel. exp.* II.)

11 de octubre

FIESTA DE LA MATERNIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

I. Fué conveniente que Cristo naciese de mujer:

1º) Porque con ello fué ennoblecida toda la

naturaleza humana; por lo cual dice San Agustín [41]: "La liberación del hombre debió manifestarse en uno y otro sexo; luego, puesto que convenía que Cristo tomase el sexo del hombre, que es el más noble, convenía que la liberación del sexo femenino se manifestase en haber nacido de una mujer." Mas, para que no pareciese que era despreciado el sexo femenino, fué conveniente que tomase carne de la mujer. Por eso aconseja San Agustín: "Varones, no os despreciéis a vosotros mismos; el Hijo de Dios tomó forma de varón. Mujeres, no os despreciéis a vosotras mismas; el Hijo de Dios nació de mujer" [42].

2º) De este modo se completa toda la diversidad de la generación humana; pues el primer hombre fué hecho del barro de la tierra, sin varón y sin mujer; Eva fué hecha del varón sin la mujer, mas los demás nacen de hombre y de mujer. Por consiguiente, quedaba este cuarto modo propio de Cristo, cual era el nacer de mujer, sin varón.

(3ª, *q.* XXXI, *a.* 4.)

II. La Bienaventurada Virgen María es Madre de Dios.

Concebir y nacer se atribuye a la persona. Luego, como la persona divina en el principio mismo de la concepción tomó naturaleza humana, se sigue que puede decirse verdaderamente que Dios fué concebido y nació de la Virgen. Mas una mujer se llama madre de alguno por haberlo concebido y engendrado; por lo cual síguese que la

41 *Lile* 83 *Quaest.*, q. 11.
42 *De agone christiano*, c. 11.

Bienaventurada Virgen se llama en verdad Madre de Dios.

(3ª, *q.* XXXI, *a.* 4.)

San Ignacio mártir emplea un ejemplo hermosísimo. En la generación de los hombres la mujer se llama madre, aunque la mujer no da el alma racional, que procede de Dios, sino que suministra la substancia para la formación del cuerpo. Así, pues, la mujer se llama madre de todo el hombre, porque lo que de ella ha sido tomado se une al alma racional. Del mismo modo, habiendo sido tomada de la Bienaventurada Virgen la humanidad de Cristo, aquélla se llama no solamente madre del hombre, sino también de Dios, a causa de la unión (de la humanidad) a la divinidad; aun cuando de María no sea tomada la divinidad, como tampoco en los otros el alma racional es tomada de la madre.

Esto manifiesta la dignidad de María. Porque a ninguna criatura, ni hombre ni ángel, le ha sido concedido ser padre o madre de Dios. Fué privilegio de gracia singular, no solamente ser madre del hombre, sino también Madre de Dios, y por eso se dice en el Apocalipsis (XII, 1): *Una mujer cubierta del sol,* como toda llena de la divinidad.

(*In Matth.*, I.)

III. La Madre de Dios posee cierta dignidad infinita. Así como en todo bien creado, por el hecho de ser finito, puede haber otro mejor, así también el bien increado, por el hecho de ser infinito, no puede tener otro mejor que él.

Por consiguiente, la bondad de una criatura puede considerarse de dos maneras: con respecto

a lo que es en sí misma absolutamente, y en este sentido puede haber otra mejor, o con relación al bien increado, y en este caso, la dignidad de la criatura recibe algo de lo infinito, por razón de lo infinito con que se compara, como la naturaleza humana en cuanto está unida a Dios, la Bienaventurada Virgen en cuanto es Madre de Dios, y la gracia en cuanto une a Dios. (I, *Dist.* 44, *q.* I.) Desde este punto de vista una cosa no puede ser hecha mejor, como nada puede ser mejor que Dios.

(1ª, *q.* XXV, *a.* 6.)

16 de octubre

FIESTA DE LA PUREZA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Gracia sobre gracia la mujer santa y pundonorosa. (*Eccli.*, XXVI, 19.)

I. La Bienaventurada Virgen fué tal que no sólo poseyó la gracia común a todos, sino que sobre esa gracia poseyó la gracia santificante, que la santificó durante su vida y aun en el seno de su madre. San Agustín dice [43]: "Cuando se trata de pecados, no quiero que haya cuestión alguna acerca de la madre del Señor. Exceptuada ella, si se reuniesen todos los santos y santas y se les preguntase si estaban sin pecado, ¿qué otra cosa podrían responder sino lo que dice la primera epístola de San Juan (I, 8): *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos;*

[43] *De natur. et grat.*, c. 36.

y no hay verdad en nosotros? Por consiguiente, sólo ella puede decir de sí misma aquellas palabras del libro de Job (XXVII, 6): *Mi corazón nada me remuerde en toda mi vida."*

En este don no podemos imitarla, porque así como somos concebidos en pecado, también nacemos del mismo modo. Mas debemos considerar que quien preservó el seno de la virgen exige una morada limpia, no manchada, como dice el Profeta: *A tu casa conviene santidad, Señor.* (*Psal.*, XCII, 5.) La casa de Dios es nuestra alma, que en todo debe ser limpia y santa, para que no se diga de nosotros: *Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.* (*Matth.*, XXI, 13.)

(*Sal. ang. expos.*, II.)

II. La Bienaventurada Virgen María supera aun a los Ángeles en pureza; porque no sólo es pura en sí misma, sino que también es fuente de la pureza para los demás; pues ella fué purísima en cuanto a la culpa, ya que no incurrió ni en pecado original, ni mortal, ni venial.

Tampoco incurrió en cuanto a la pena. Tres maldiciones fueron lanzadas contra el hombre a causa del pecado.

La primera fué fulminada contra la mujer, la que, concibiendo con corrupción, tendría embarazos penosos y pariría con dolor. Pero de ella estuvo inmune la Bienaventurada Virgen, pues concibió sin corrupción, llevó con consuelo y con alegría dió a luz al Salvador: *Copiosamente brotará, y con mucha alegría y alabanzas saltará de contento.* (*Is.*, XXXV, 2.)

La segunda fué lanzada contra el hombre, que comería su pan con el sudor de su frente. Tam-

bién estuvo exenta la Bienaventurada Virgen de ese cuidado, pues, como dice el Apóstol, las vírgenes están libres de los cuidados de este mundo, y sólo piensan en las cosas de Dios. (I *Cor.*, VII, 34.)

La tercera fué común al hombre y a la mujer, que habían de ser convertidos en polvo. También de este castigo estuvo libre la Bienaventurada Virgen, ya que subió a los cielos con su propio cuerpo; y en efecto, creemos que, después de su muerte, fué resucitada y llevada al cielo. *Levántate, Señor, a tu reposo, tú y el arca de tu salvación.* (*Psal.*, CXXXI, 8.)

Si, pues, estuvo inmune de toda maldición, fué bendecida entre las mujeres, porque sólo ella arrojó de sí la maldición, llevó la bendición y abrió la puerta del paraíso. Le conviene a ella por consiguiente el nombre María, que se interpreta "estrella del mar"; porque así como los navegantes son guiados al puerto por la estrella del mar, del mismo modo los Cristianos son conducidos a la gloria por María.

(*Sal. ang., exp.* I.)

FIESTA DE LA DEDICACIÓN

A tu casa conviene santidad. (*Psal.*, XCII, 5.)

I. El sacramento de la Eucaristía debe celebrarse regularmente en la casa, que simboliza la Iglesia, según aquello del Apóstol: *Para que sepas cómo debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo* (I *Tim.*, III, 15); pues fuera de la Iglesia no hay lugar para el verdadero sacrificio. Y como la Iglesia no había de

tener por límites el pueblo judío, sino que había de ser fundada en todo el mundo, por eso la Pasión de Cristo no se realizó dentro de la ciudad de los judíos, sino al aire libre, para que así todo el mundo fuese como una casa con relación a la Pasión de Cristo.

La casa en que se celebra este sacramento significa a la Iglesia, se llama iglesia, y se consagra convenientemente, ya para representar la santificación que la Iglesia adquirió por la Pasión de Cristo, ya también para significar la santidad que se requiere en los que deben recibir este sacramento. El altar simboliza al mismo Cristo, del cual dice el Apóstol: *Ofrezcamos por él a Dios, sin cesar, sacrificio de alabanza.* (*Hebr.*, XIII, 15.) Por lo tanto, la consagración del altar significa la santidad de Cristo.

La Iglesia, el altar y otras cosas se consagran, no porque sean capaces de recibir la gracia, sino porque en virtud de la consagración adquieren cierta virtud espiritual, por la que se hacen aptos para el culto divino, de modo que de esto reciban los hombres cierta devoción para estar mejor preparados a las cosas divinas, a menos que este efecto no sea impedido por la irreverencia. Por lo cual se dice en el libro 2º de los Macabeos: *Verdaderamente hay cierta virtud divina en aquel lugar. Porque aquel mismo que tiene su morada en los cielos, es el visitador y protector de aquel lugar.* (III, 38, 39.) De ahí que estas cosas se limpien y se exorcicen antes de la consagración para expulsar de ellas la virtud del enemigo. Y por eso algunos dicen también, probablemente, que, por la entrada en una Iglesia consagrada, obtiene el hombre perdón de los pecados veniales, aduciendo en su favor aquello del *Salmo*

(LXXXIV, 2, 3): *Bendijiste, Señor, a tu tierra ... Remitiste la maldad de tu pueblo.* Por consiguiente, no se reitera la consagración de la Iglesia a causa de la virtud que adquiere con la consagración.

(3ª, *q*. LXXXIII, *a*. 3.)

II. Los fieles son templos de Dios, según el Apóstol: *El templo de Dios, que sois vosotros, santo es* (I *Cor*., III, 17), y son santificados por tres cosas que se encuentran o se realizan materialmente en la Iglesia, cuando es consagrada.

1º) La ablución; porque así como la Iglesia es lavada cuando se le consagra, así también los fieles son lavados por la sangre de Cristo.

2º) La unción; porque así como la Iglesia es ungida, así también los fieles son ungidos con unción espiritual para que sean santificados; en caso contrario no serían cristianos, pues Cristo es lo mismo que ungido. Esa unción es la gracia del Espíritu Santo.

3º) La inhabitación; pues dondequiera que mora Dios, aquel lugar es santo: *A tu casa conviene santidad* (XCII, 5).

4º) Puede añadirse la invocación. *Tú, Señor, entre nosotros estás, y tu nombre ha sido invocado sobre nosotros.* (Jer., XIV, 9.)

Debemos, pues, guardarnos después de tal santificación, de manchar con el pecado nuestra alma, que es templo de Dios.

(De Humanitate Christi.)

1º de octubre

EFECTOS DEL AMOR

I. El amor significa cierta adaptación de la virtud apetitiva a un bien. Mas nada de lo que se adapta a una cosa que le es conveniente, se perjudica por esta unión, sino que más bien, a ser posible, se mejora y perfecciona; en cambio, lo que se une a algo que no le es conveniente, se perjudica y deteriora. Luego, el amor del bien conveniente es perfectivo y mejorativo del amante; pero el amor del bien no conveniente al amante le daña y deteriora.

Por consiguiente, el hombre se mejora y perfecciona, sobre todo, por el amor de Dios; y se daña y deteriora por el amor al pecado, según aquello de Oseas: *Se hicieron abominables, como aquellas cosas que amaron* (*Os.*, IX, 10).

Todo lo que acabamos de decir se refiere a lo que hay de formal en el amor por parte del apetito.

II. Pero en cuanto a lo que hay de material en la pasión del amor, que es alguna alteración corporal, el amor hiere accidentalmente, por el exceso de inmutación, como acontece en el sentido y en todo acto de alguna potencia del alma, ejercido por alguna alteración de un órgano corporal.

III. A cuanto pueda oponerse en contrario debe decirse que pueden atribuirse al amor cuatro efectos inmediatos, a saber: la liquefacción, la fruición, la languidez y el fervor. Lo primero

es la liquefacción, que se opone a la congelación, pues las cosas congeladas son compactas en sí mismas, de modo que no pueden fácilmente ser penetradas por otro. Mas al amor pertenece que el apetito se haga adecuado para recibir al bien amado, puesto que el amado está en el amante. De ahí es que la congelación o dureza de corazón es una disposición que repugna al amor, pero la *liquefacción* o derretimiento importa cierto ablandamiento del corazón, que le hace hábil para que penetre en el objeto amado. Así, pues, cuando el objeto amado está presente y se lo posee, se produce la delectación o *fruición*; mas estando ausente, resultan otras dos pasiones: la tristeza de la ausencia, que se manifiesta por la *languidez*, y el deseo ardiente de conseguir el objeto amado, expresado por el *fervor*.

Tales son, en verdad, los efectos del amor considerados formalmente, según la aptitud de la potencia apetitiva respecto de su objeto; pero en la pasión del amor surgen algunos efectos proporcionados a éstos según la alteración del órgano.

(1ª 2ªe, *q*. XXVIII, *a*. 5.)

2 de octubre

LOS ÁNGELES CUSTODIOS

Mandó a sus ángeles acerca de ti: que te guarden en todos tus caminos. (*Psal.*, XC, 11.)

1º) Cada alma tiene su ángel custodio. El hombre se halla constituído en el estado de esta vida como en un camino por el cual debe dirigirse a su patria. En este camino amenazan al hombre

muchos peligros así de dentro como de fuera, como dice el Salmo (CXLI, 4): *En este camino por donde yo andaba, me escondieron lazo.* Según esto, así como a los hombres que andan por caminos inseguros se les dan custodios, así también a cada hombre, mientras es viador, se le designa un ángel custodio; mas cuando haya llegado al término del camino ya no tendrá custodio, sino que o reinará en el cielo con su ángel o tendrá en el infierno un demonio que le atormente.

2º) El ángel es designado al hombre para su custodia desde su nacimiento.

Aquello que Dios otorga al hombre por razón de su naturaleza racional, se le da desde el momento en que, naciendo, recibe tal naturaleza, y de esta índole es el beneficio de la custodia de los ángeles. Por lo cual, desde el momento del nacimiento, tiene el hombre su ángel custodio; pero no antes del nacimiento, porque el niño, mientras está en el útero materno, no está totalmente separado de la madre, sino que en virtud de cierto vínculo es todavía en algún modo algo de ella, a la manera que el fruto pendiente del árbol es algo del árbol. Puede decirse, por lo tanto, que el mismo ángel custodio de la madre lo es también de la prole que lleva en su seno. Pero cuando es separado de la madre por el nacimiento, en ese momento le es asignado un ángel para su custodia.

3º) Los ángeles custodios abandonan a veces a los hombres. La custodia de los ángeles es cierta ejecución de los designios de la Providencia sobre los hombres. Es evidente que ni el hombre ni cosa alguna queda totalmente excluída de la divina Providencia. No obstante, se dice que Dios

abandona al hombre según el orden de su Providencia, en cuanto permite que éste padezca algún defecto, ya de pena, ya de culpa. Del mismo modo, pues, debe decirse que el ángel custodio nunca abandona totalmente al hombre, sino sólo en parte, a veces, no impidiéndole sufrir alguna tribulación o aun caer en pecado, según el orden de los juicios divinos.

4º) Los ángeles no se duelen ni de los pecados ni de las penas de los hombres; porque la tristeza y el dolor no provienen sino de las cosas que son contrarias a la voluntad; pero nada acaece en el mundo que sea contrario a la voluntad de los ángeles y demás bienaventurados porque la voluntad de ellos está totalmente identificada con el orden de la justicia divina; y nada sucede en el mundo que no sea hecho o permitido por ella. Por lo tanto, absolutamente hablando, nada se hace en el mundo contra la voluntad de los bienaventurados. Así, pues, los ángeles, universal y absolutamente hablando, no quieren que los hombres pequen ni sufran; quieren, sin embargo, que se guarde en esto el orden de la divina justicia, según el cual algunos sufren castigos y caen en el pecado.

(1ª, *q.* CXIII, *a.* 4-7.)

3 de octubre

LA SEÑAL DEL VERDADERO AMOR

I. *Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama.* (*Joan.*, XIV, 21.)

El verdadero amor es aquel que se manifiesta y prueba con obras; pues el amor se da a conocer

por la acción. Porque, en efecto, amar a uno es querer el bien para él y desear lo que él quiere, por lo mismo no le ama verdaderamente el que no cumple la voluntad del amado, ni realiza lo que sabe que quiere aquél. Así, pues, el que no cumple la voluntad de Dios, no parece que lo ama en verdad, y por eso dice el Señor: *Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama, esto es, el que me profesa verdadero amor.*

Pero advierte que uno tiene los mandamientos de Dios primeramente en el corazón, por la memoria y la constante meditación. Esto no basta, si no los guarda en la práctica. Unos los tienen en la boca, diciendo y exhortando: *¡Cuán dulces son tus palabras a mi paladar, más que la miel a mi boca!* (*Psal.*, CXVIII, 103.) Esto deben observarlo también en la práctica, porque *quien hiciere y enseñare; éste será llamado grande en el reino de los cielos.* (*Matth.*, V, 19.) Por lo cual son vituperados por el Señor los que dicen y no hacen. Otros los tienen en el oído, escuchándolos con gusto y diligencia. *El que es de Dios, oye las palabras de Dios.* (*Joan.*, VIII, 47.) Tampoco esto es suficiente, si no guardan la ley, pues *no son justos delante de Dios los que oyen la ley.* (*Rom.*, II, 13.) Luego el que así tiene los mandatos de Dios, los guarda de algún modo, pero todavía se le queda la obligación de observarlos con perseverancia. Por eso dice San Agustín: "El que los tiene en la memoria y los observa en la vida, el que los tiene en las palabras y los guarda en las costumbres, el que los tiene y practica con perseverancia, éste es el que me ama."

II. *Si guardareis mis mandamientos, perseve-*

raréis en mi amor, así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor. (*Joan.*, XV, 10.)

Perseverar en su amor es guardar sus mandamientos. La observancia de los mandamientos es fruto del amor divino, no sólo del amor con que nosotros le amamos, sino de aquel amor con que él nos ama. Porque él nos ama, por eso nos excita y ayuda a cumplir sus mandamientos, los cuales no pueden cumplirse sino con su gracia.

Y a continuación pone un ejemplo diciendo: *así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre.* Porque así como el amor con que el Padre lo ama es ejemplo del amor con que él nos ama a nosotros, así quiso que su obediencia fuera ejemplar de nuestra obediencia. En efecto, Cristo muestra que persevera en el amor, porque guardó todos sus mandamientos. Pues sufrió la muerte: *Hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz.* (*Phil.*, II, 8.) Se abstuvo de todo pecado: *No hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca.* (I *Petr.*, II, 22.) Esas cosas han de entenderse de Cristo en cuanto hombre. *Yo hago siempre lo que a él le agrada.* (*Joan.*, VIII, 29.)

(*In Joan.*, XV.)

LA VIDA UNITIVA

4 de octubre

AMISTAD ENTRE DIOS Y EL HOMBRE POR LA CARIDAD

No os llamaré ya siervos . . . mas a vosotros os he llamado amigos. (*Joan.*, XV, 15.)

I. La caridad es amistad. No cualquier amor tiene razón de amistad, sino el que va acompañado de benevolencia, esto es, cuando amamos a alguno y queremos el bien para él. Si, pues, no queremos el bien para las cosas amadas, sino para nosotros el bien de estas mismas cosas, como cuando decimos que amamos el vino, o el caballo, el amor no es de amistad, sino de concupiscencia, porque es ridículo decir que uno tiene amistad al vino o al caballo.

Tampoco basta la benevolencia para la razón de amistad, sino que se requiere una reciprocidad de amor, porque el amigo debe ser amado del amigo, y esta benevolencia recíproca se funda en alguna comunicación.

Por consiguiente, existiendo alguna comunicación del hombre con Dios, puesto que nos comunica su bienaventuranza, sobre esta comunicación conviene que se funde alguna amistad. De esta comunicación habla el Apóstol (I *Cor.*, I, 9): *Fiel es Dios, por el que habéis sido llamados a la compañía de su Hijo.* Mas el amor fundado en

esta comunicación es la caridad. Luego es evidente que la caridad es una amistad del hombre con Dios.

II. Por la caridad convivimos con Dios como con un amigo. Pues nada es tan propio de la amistad como convivir con el amigo. En el hombre hay dos clases de vida; una exterior, según su naturaleza sensible y corporal, y por ella tenemos comunicación o trato con Dios y los ángeles; otra es la vida espiritual del hombre según su alma, y por ella tenemos comunicación con Dios y con los ángeles, imperfectamente en el estado presente, como dice el Apóstol: *Nuestra morada está en los cielos* (*Phil.*, III, 20); pero esta comunicación se perfeccionará en la patria, cuando *sus siervos le servirán, y verán su cara.* (*Apoc.*, XXII, 3, 4.)

III. Pero el que se tenga caridad también para con los enemigos, quienes no pagan amor con amor, conforme a las palabras del Señor: *Amad a vuestros enemigos* (*Matth.*, V, 44), se explica porque cuando alguien tiene amistad hacia algún hombre, ama por razón de él a todos los que a él pertenecen, sean hijos o siervos, y a todos los que de cualquier modo le atañen; y tanto puede ser el amor del amigo que por éste se amen los que pertenecen al amigo, aunque nos ofendan o nos odien. De este modo la amistad de la caridad se extiende también a los enemigos, a quienes amamos por el amor a Dios, al cual se refiere principalmente la amistad de la caridad.

(2ª 2ae, *q.* XXIII, *a.* 1.)

5 de octubre

UNIÓN CON DIOS POR MEDIO DEL AMOR

Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él. (I *Joan.*, IV, 16.)

Este efecto de la mutua inherencia puede entenderse ya en cuanto a la fuerza aprensiva, ya en cuanto a la fuerza apetitiva.

I. Respecto de la primera, se dice estar el amado en el amante, por cuanto el amado mora en la aprensión del amante, según aquello de la Epístola a los Filipenses: *Porque os tengo en el corazón* (I, 7). Se dice que el amante está en el amado según la aprensión, en cuanto el amante no se contenta con una aprensión superficial del amado, sino que se esfuerza por investigar y profundizar cada una de las cosas que pertenecen a la persona amada, y penetrar hasta su interior, como se dice del Espíritu Santo que es amor de Dios: *El Espíritu Santo lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios.* (I *Cor.*, II, 10.)

II. Por lo que hace a la potencia apetitiva, se dice estar el amado en el amante, en cuanto está en su afecto, por cierta complacencia; de modo que, estando presente, se deleita en él o en sus bienes, y, estando ausente, tiende al mismo por amor de concupiscencia o desea los bienes para ese amado, por el amor de amistad; no ciertamente por alguna causa extrínseca, como cuando uno desea algo en pro de otro o quiere el bien para otra persona por algún otro motivo, sino por la complacencia íntima y radical del objeto

amado; y de aquí es que este amor se llame íntimo y entrañas de caridad.

Pero, recíprocamente, el amante está en el amado de una manera por el amor de concupiscencia, y de otra por el amor de amistad; porque el amor de concupiscencia no descansa en una extrínseca o superficial posesión o goce del amado, sino que trata de poseerlo perfectamente penetrando, por decirlo así, en sus interioridades, al paso que en el amor de amistad, el amante está en el amado, por cuanto estima como suyos los bienes o los males del amigo, y así también su voluntad, de modo que le parece que sufre los mismos males o que posee los mismos bienes que él. Es, pues, propio de los amigos querer las mismas cosas y entristecerse o alegrarse de lo mismo; por eso el que ama, juzgando como suyo todo lo que pertenece al amigo, parece hallarse en el objeto que ama y no formar más que una sola cosa con el amado; y al contrario, en cuanto quiere y obra por el amigo como por sí mismo, como conceptuándolo uno consigo mismo, él objeto amado está en el amante.

La adhesión mutua puede entenderse de un tercer modo en el amor de amistad por vía de reciprocidad del amor, tal es el de dos amigos que se aman mutuamente, y se desean y hacen mutuamente el bien.

(1ª 2ªᵉ, *q.* XXVIII, *a.* 2.)

6 de octubre

ADMIRABLE PRIVILEGIO DEL AMOR

El que me ama será amado de mi Padre; y yo le amaré y me le manifestaré a mí mismo. (*Joan.*, XIV, 21.)

El que me ama, será amado de mi Padre. Esto, a primera vista, parece absurdo. ¿Por ventura nos ama Dios porque nosotros lo amamos? Ciertamente, no; porque se dice en la primera epístola de San Juan (IV, 10): *No que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero a nosotros.* Luego debe decirse que uno ama a Cristo porque es amado por el Padre, y no que él es amado porque ama. Amamos, pues, al Hijo, porque el Padre nos ama. Es privilegio del amor verdadero atraer el amor de aquél a quien se ama. Por eso dice Jeremías (XXXI, 3): *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia.* Mas porque el amor del Padre no existe sin el amor del Hijo, ya que es una misma cosa el amor de ambos: *Todo lo que el Padre hiciere, lo hace también igualmente el Hijo* (*Joan.*, V, 19), por eso añade: *Y yo le amaré.*

Pero si el Padre y el Hijo aman todas las cosas desde la eternidad, ¿por qué dice *amaré*, en futuro? Es porque el amor, considerado en cuanto reside en la voluntad divina, es eterno; pero considerado en cuanto se manifiesta en la acción, es temporal, y por eso el sentido es el siguiente: *y yo le amaré,* mostraré el efecto del amor, pues *me le manifestaré a mí mismo,* porque le amaré para esto, para manifestarme.

Es menester saber que el amor de uno a otro es a veces relativo, y a veces absoluto; es relativo cuando se quiere para la persona amada algún bien particular; y absoluto, cuando se quieren para ella todos los bienes.

Dios ama relativamente a todas las cosas criadas, porque quiere para toda criatura algún bien, aun para los mismos demonios, es decir, que vivan, entiendan y existan, lo cual es un bien. Pero ama sin restricciones a aquéllos para quienes quiere todo bien, a saber, que posean al mismo Dios, lo cual es poseer la verdad, pues Dios es la verdad. Pero la verdad sólo se posee cuando es conocida.

Luego Dios ama verdadera y absolutamente a aquéllos a quienes se manifiesta a sí mismo, que es la verdad. Y esto es lo que dice: *me le manifestaré a mí mismo*, en el futuro por la gloria, que es el último efecto de la bienaventuranza futura. *Anuncia de ella a su amigo, que es posesión de él, y que puede subir a ella.* (*Job.*, XXXVI, 33.) Y en el libro de la Sabiduría se lee: *Toma la delantera a los que la codician.* (*Sap.*, VI, 14.)

(*In Joan.*, XIV.)

7 de octubre

MANIFESTACIÓN DE DIOS AL QUE LE AMA

Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. (*Joan.*, XIV, 23.)

I. Dos cosas hacen apto al hombre para

manifestación de Dios: la caridad y la obediencia. En cuanto a lo primero dice: *Si alguno me ama.* Ahora bien, tres cosas son necesarias al hombre que quiere ver a Dios. 1º) Que se acerque a Dios. 2º) Que eleve hacia él los ojos para verlo, como dice el profeta Isaías: *Alzad a lo alto vuestros ojos, y ved quién crió estas cosas* (XL, 26). 3º) Que se dedique a la contemplación; porque sólo pueden ver las cosas espirituales aquellos que se desligan de las cosas terrenas: *Gustad y ved que el Señor es suave. (Psal.,* XXXIII, 9.)

La caridad cumple estas tres condiciones porque une el alma del hombre a Dios: *Quien permanece en caridad, en Dios permanece* (I *Joan.,* IV, 16); la eleva a ver a Dios, pues, como se lee en Mateo: *En donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (VI, 21); por eso se dice: *donde está tu amor, allí está tu ojo.* Y le hace también abandonar las cosas mundanas: *Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en él.* (I *Joan.,* II, 15.)

Por el contrario, quien ama perfectamente a Dios, no tiene en sí el amor del siglo.

De la caridad se sigue la obediencia; por eso dice: *guardará mi palabra.* Como explica San Gregorio: "La prueba del amor son las obras. El amor de Dios nunca está ocioso; si es real, ejecuta grandes cosas; pero si se resiste a obrar, no es amor" [44]. Cuando la voluntad está fuertemente dirigida a Dios, que es su fin, mueve todas las fuerzas para obrar todo lo que lleva a él. Por la caridad nos dirigimos a Dios, luego la caridad es la que nos hace guardar los mandamientos; y por la obediencia el hombre se hace apto para

44 *Hom.,* 30, *In Evang.*

ver a Dios: *Por tus mandamientos* (es decir, observados por mí) *he tenido inteligencia.* (*Psal.*, CXVIII, 104.)

II. Tres condiciones obran la manifestación de Dios al hombre:

1º) El amor divino, y en cuanto a esto dice: *Mi Padre le amará. Amará,* en futuro, en cuanto al efecto del amor, aunque este amor sea eterno en cuanto a la voluntad de hacer el bien.

2º) La visita divina, y en cuanto a esto dice: *y vendremos a él.* Pero viene a alguno en cuanto que está en él de una manera nueva, según la cual antes no estaba, a saber, por un efecto de la gracia, y por este efecto de la gracia hace que nos acerquemos a él.

Mas de tres modos viene Dios a nosotros, y de otros tantos vamos nosotros a él. Viene a nosotros llenándonos con sus efectos, y nosotros vamos a él tomando esos efectos. Viene ilustrándonos, y nosotros vamos a él considerando. Viene ayudando, y nosotros vamos a él obedeciendo, porque ni siquiera podemos obedecer sin la ayuda de Cristo.

3º) Para la manifestación de Dios es necesaria la perseverancia en esas dos condiciones, es decir, en el amor a Dios y en su visita, y en cuanto a ello dice: *haremos morada en él.* En esas palabras señala dos cosas: la firmeza de la adhesión a Dios, con la voz *morada*; pues Dios viene a algunos por la fe, pero no mora, *porque a tiempo creen, y en el tiempo de la tentación vuelven atrás* (*Luc.*, VIII, 13); y a otros viene por la compunción del pecado, pero no se queda con ellos, porque vuelven a los pecados. En cambio, en sus predestinados permanece siempre. En

segundo lugar, muestra la familiaridad de Cristo con los hombres, pues dice: *haremos morada en él,* es decir, en el que ama para obedecer, en cuanto que se deleita con nosotros y hace que nos deleitemos en él.

(*In Joan.*, XIV.)

8 de octubre

LA SENDA PARA ENCONTRAR A JESÚS

I. *Jesús se había retirado del tropel de gente que había en aquel lugar.* (*Joan.*, V, 13.) Esto dice la Escritura para dar a entender que Cristo no se encuentra fácilmente entre la multitud de los hombres y en la agitación de las cosas temporales, sino en la soledad espiritual. *La llevaré al desierto; y la hablaré al corazón.* (*Os.*, II, 14.) Porque las palabras de los sabios se oyen en silencio. La vida espiritual del hombre consiste en el reposo espiritual, según aquello de Isaías: *Si os volviereis, y os estuviereis quietos, seréis salvos.* (*Is.*, XXX, 15.)

Después le halló Jesús en el templo. (*Joan.*, V, 14.) Aquí se indican dos cosas: el modo de encontrarlo y el lugar. El modo es ciertamente admirable, porque no se le encuentra si no se le busca. Por eso dice: *lo halló Jesús.* Porque el hombre no puede encontrar a Cristo con sus propias fuerzas, si Cristo no se le presenta. El lugar en que Cristo es encontrado es digno de veneración, es el templo. *El Señor está en su templo santo.* (*Psal.*, X, 5.) Pues también su madre lo encontró en el templo.

En esto se da a entender que aquel hombre a

quien Cristo halló no se daba a la vanidad, sino que estaba ocupado en algo religioso, frecuentando el templo; allí lo conoció Cristo, porque si queremos llegar al conocimiento del creador, debemos evitar la muchedumbre de los afectos desordenados, la compañía de los malos, y refugiarnos en el templo de nuestro corazón, que Dios se digna visitar y habitar.

(*In Joan.*, V.)

II. Así, pues, *entrad en vuestro corazón, prevaricadores.* (*Is.*, XLVI, 8.)

El hombre debe volver a su corazón:

1º) Como al tribunal del juez, para escudriñarse a sí mismo. *Medité de noche en mi corazón, y me ejercitaba, y escobaba mi espíritu.* (*Psal.*, LXXVI, 7.)

2º) Como al principio de vida, para custodiarse. *Guarda tu corazón con toda custodia, porque de él procede la vida.* (*Prov.*, IV, 23.)

3º) Como a audiencia del habla divina, para escuchar diligentemente. *La llevaré al desierto, y la hablaré al corazón.* (*Os.*, II, 14.)

4º) Como a un tesoro de las palabras divinas, para conservarlas. *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti.* (*Psal.*, CXVIII, 11.)

5º) Como al cenáculo de la paz y de la refección divinas. El Salmista decía a los que hacen lo contrario: *Hablan paz con su prójimo, pero en sus corazones hay cosas malas.* (*Psal.*, XXVII, 3.)

(*In Is.*, XLVI, 8.)

III. Tal vez convendría decir aquí: *En medio de vosotros estuvo, a quien vosotros no conocéis.*

(*Joan.*, I, 26.) *En medio de vosotros estuvo,* esto es, en el entendimiento de todos resplandece el Hijo de Dios, la sabiduría divina, porque lo que hay de luz y de sabiduría en los hombres, proviene de la participación del Verbo. Dice *en medio,* porque el corazón está corporalmente en el centro del hombre, al cual se atribuye cierta sabiduría y entendimiento. Por lo cual, aun cuando el entendimiento no tenga órgano corporal, sin embargo, siendo el corazón el órgano principal, se acostumbra a tomarlo por el entendimiento. Por lo cual se dice estar *en medio* por semejanza, en cuanto *alumbra a todo hombre que viene a este mundo.* (*Joan.*, I, 9.) *Entrad,* pues, en *el corazón,* es decir, en el entendimiento. *A quien vosotros no conocéis,* porque *la luz resplandece en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron.* (*Ibid.*, 5.)

(*In Joan.*, I.)

9 de octubre

ILUSTRACIÓN INTERIOR DEL ALMA

Os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. (*Joan.*, XV, 15.)

I. ¿En qué consiste esa ilustración? La verdadera señal de la amistad es que el amigo descubra a su amigo los secretos del corazón. No teniendo los amigos más que un solo corazón y una sola alma, el que cuenta sus cosas al amigo no parece que las derrame fuera de sí. Por eso dice el libro de los Proverbios: *Trata tu causa con tu amigo* (XXV, 9). Mas Dios, haciéndonos participantes

de su sabiduría, nos revela sus secretos: *Por las naciones se difunde en las almas santas, forma amigos de Dios y profetas.* (*Sap.*, VII, 27.)

¿Pero cómo es esto verdad? Si todas las cosas las ha dado a conocer a los discípulos, ¿se sigue que sabían tanto como el Hijo?

Hay que decir con San Juan Crisóstomo: "*todas las cosas que he oído*, es decir, las que convenía que vosotros escucharais, *os he hecho conocer*, mas no todas absolutamente". *Aún tengo que deciros muchas cosas; mas no las podéis llevar ahora.* (*Joan.*, XVI, 12.)

Según San Agustín, el Señor, a causa de la certeza de las cosas que iba a decir, usa del pretérito en lugar del futuro, de modo que el sentido es éste: *os he hecho conocer todas las cosas*, esto es, lo haré plenamente, como dice el Apóstol: *Entonces conoceré cómo soy conocido.* (I *Cor.*, XIII, 12.) *En aquel día os anunciaré claramente de mi Padre* (*Joan.*, XVI, 25), cuando nos introduzca en la visión del Padre; pues todo lo que sabe el Hijo, lo sabe el Padre. Cuando revele al Padre, nos revelará todas las cosas que sabe.

San Gregorio explica más claramente: Hay dos conocimientos de las cosas divinas. Uno imperfecto, y éste se tiene por la fe; que es anticipación de aquella futura bienaventuranza y del conocimiento que tendremos en el cielo. Por lo cual Cristo dice de este conocimiento: *Os he hecho conocer todas las cosas*, a saber, en la fe, como cierta anticipación, del modo que las conclusiones se contienen virtualmente en los principios. San Gregorio expresa: "Todas las cosas que da a conocer a sus siervos son gozos de la caridad interior y fiestas de la patria celestial, que diariamente imprime en las almas por la aspiración de

su amor; porque cuando oímos hablar de las cosas celestiales, las amamos, y amándolas, las conocemos, pues el amor es un conocimiento".

(*In Joan.*, XV.)

II. Existen disposiciones para la iluminación interior del alma:

Primero, el desasimiento de las alegrías transitorias. Por eso dice Isaías: *¿A quién enseñará ciencia, y a quién hará entender lo oído? A los destetados de la leche, a los arrancados de los pechos* (XXVIII, 9), esto es del consuelo y delectación terrena. Por lo cual sobre aquello "*El mundo no le conoció*" (*Joan.*, I, 10), dice San Juan Crisóstomo: "Llama mundo a los hombres que están apegados exclusivamente al mundo, y que sólo gustan de las cosas del mundo. Nada perturba y enerva tanto al alma como el amor de las cosas presentes."

Segundo, la aproximación a la misma fuente de la luz, como dice el Profeta: *Llegaos a él, y seréis iluminados.* (*Psal.*, XXXIII, 6.) Y San Agustín: "Colocada el alma entre Dios y las criaturas, es iluminada, mejorada y perfeccionada al volverse a Dios; pero es obscurecida, deteriorada y muerta al volverse a las criaturas."

Tercero, la expansión interior del alma que requiere un esfuerzo del hombre mismo. Por lo cual se dice en el Salmo (LXXX, 11): *Ensancha tu boca,* esto es, como añade la Glosa: del corazón; *y yo la llenaré* con pan de vida y de entendimiento. Por eso dice San Agustín que así como Dios, por su eterna liberalidad, llena a todas las criaturas, según su capacidad, así por Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, nos vienen todos los bienes, cuando con su venida somos favoreci-

dos en nuestro ser y somos consolados en el modo de vivir, e ilustrados en la actividad de la inteligencia.

(*De Humanit. Christi,* LXII.)

10 de octubre

GOZO ESPIRITUAL

Gozaos siempre en el Señor; otra vez digo, gozaos. Vuestra modestia sea manifiesta a todos los hombres. El Señor está cerca. (*Phil.*, IV, 4, 5.)

I. Es necesario a quien desea progresar en la virtud tener el gozo espiritual: *El corazón alegre hace la edad florida.* (*Prov.*, XVII, 22.) El Apóstol señala aquí cuatro condiciones del verdadero gozo:

1º) Debe ser recto, y posee esta cualidad cuando el motivo del gozo es el bien propio del hombre, que no es una cosa creada, sino Dios: *A mí bueno me es apegarme a Dios.* (*Psal.*, LXXII, 28.) Es recto cuando es en el Señor, y por eso dice: *en el Señor.*

2ª) Continuo. Por eso dice: *siempre.* Eso tiene lugar cuando no es interrumpido por el pecado, pues entonces es continuo. Algunas veces es interrumpido por la tristeza temporal, lo cual es señal de la imperfección del gozo. Pues cuando la alegría es perfecta, es sin interrupción, porque no se preocupa de si dura poco. Por eso agrega: *siempre.*

3º) Múltiple; pues si gozas de Dios, debes alegrarte de su Encarnación. Por eso dice el Evangelio: *Os anuncio un grande gozo, que será a todo*

el pueblo: que hoy os es nacido el Salvador. (*Luc.* II, 10, 11.) También debes alegrarte de la acción y de la contemplación: *Ni su conversación tiene amargura.* (*Sap.*, VIII, 16.) Por otra parte, si te alegras del bien propio, debes igualmente alegrarte del bien de los demás. Si del bien presente, también del futuro. Por eso se dice: *otra*

4º) Debe ser moderado, es decir, que no se derrame en los deleites como hace el gozo mundano: *Vuestra modestia sea manifiesta a todos* (*Phil.*, IV, 5); lo cual equivale a: "Sea tan moderado vuestro gozo que no llegue a la disipación." *El que es apacible vive con moderación.* (*Prov.*, XII, 11.) Y dice: *sea manifiesta a todos,* como queriendo decir: Sea vuestra vida tan moderada en las cosas exteriores, que no ofenda la mirada de nadie, pues dañaría a vuestra vida.

II. Cuando dice: *el Señor está cerca,* indica la causa del gozo. El hombre se alegra de la proximidad del amigo. El Señor está efectivamente cerca con la presencia de su majestad, como dicen los Hechos de los Apóstoles: *No está lejos de cada uno de nosotros.* (*Act.*, XVII, 27.) También está cerca por la proximidad de la carne, según dice el Apóstol: *Vosotros que en otro tiempo estabais lejos, os habéis acercado por la sangre de Jesucristo.* (*Eph.*, II, 13.) También lo está por la gracia que hay en nosotros: *Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros.* (*Jac.*, IV, 8.) Está cerca por su clemencia en escucharnos: *Cerca está el Señor de todos los que le invocan.* (*Psal.*, CXLIV, 18.) Por último, está cerca para recompensar: *Cerca está ya su tiempo, y sus días no se alargarán.* (*Is.*, XIV, 1.)

(*In Philip.*, IV.)

11 de octubre

LA PAZ

Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones, y vuestros sentimientos en Jesucristo. (*Phil.*, IV, 7.)

I. La paz, según San Agustín, es la tranquilidad del orden, y la perturbación del orden es la destrucción de la paz. Esa tranquilidad del orden puede considerarse de tres maneras, y por eso dice: *La paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros sentimientos.*

1º) En cuanto reside en el principio del orden, es decir, en Dios. De esta profundidad en que está la paz se deriva ésta, primeramente y con más perfección, a los bienaventurados, en los que no hay perturbación alguna, ni de culpa ni de pena, y consiguientemente desciende hasta los varones santos. Y cuanto más sano es uno, menos padece las perturbaciones en el alma: *Mucha paz para los que aman tu ley* (*Psal.*, CXVIII, 165); pero es perfecta en los bienaventurados. Como nuestro corazón no puede estar al abrigo de toda perturbación sin la ayuda de Dios, es menester que esta paz la haga él; por eso se dice: *de Dios.*

Y porque esta consideración de la paz en su principio, que es Dios, sobrepasa todo entendimiento creado, se ponen estas palabras: *habita una luz inaccesible.* (I *Tim.*, VI, 16.) La paz del cielo sobrepasa al entendimiento de los ángeles; pero la que está en los santos, en esta vida, sobrepasa a todo entendimiento humano de los que

no tienen la gracia: *Al vencedor daré yo maná escondido.* (*Apoc.*, II, 17.)

2º) Así, pues, esta paz *guarde vuestros corazones,* esto es, vuestros afectos, para que en nada os apartéis del bien. *Guarda tu corazón con toda custodia, porque de él procede la vida.* (*Prov.*, IV, 23.)

3º) Asimismo, *vuestros sentimientos* (mejor, inteligencia), para que en nada os desviéis de la verdad. Y esto *en Jesucristo,* cuya caridad preserva al corazón del mal, y cuya fe hace perseverar la inteligencia en la verdad.

(*In Philip.*, IV.)

II. La paz es el bien supremo, como se ve por el Apóstol que, al principio de sus epístolas, desea siempre la gracia y la paz, diciendo: *Gracia sea a vosotros y paz.* (*Gal.*, I, 3.) La gracia es el primero de los dones de Dios, porque por ella es justificado el impío; pero la paz es el último, el cual se perfecciona en la bienaventuranza. *El que puso por sus términos la paz.* (*Psal.*, CXLVII, 14.) Entonces, la paz será perfecta cuando la voluntad descanse en la plenitud de todo bien, alcanzando la inmunidad de todo mal.

(*In Rom.*, I.)

Los bienes que desea el Apóstol son dos: *gracia y paz,* en los cuales se incluyen todos los bienes. El primero es la gracia, principio de la vida espiritual, a la cual se atribuye el perdón de los pecados, perdón que es el primer paso en la vida espiritual, pues ninguno puede estar en la verdadera vida espiritual, si no muere primero al pecado. El segundo bien es la paz, que es el reposo del alma en el fin, reposo que, como dice la Glosa, es reconciliación con Dios. Y así, al desear

el principio y el fin de todos los bienes espirituales, el Apóstol incluye, como entre dos extremos, el deseo de todo bien que pueda sobrevenirles. *El Señor dará la gracia y la gloria.* (*Psal.*, LXXXIII, 12.)

(*In Gal.*, I.)

12 de octubre

PREPARACIÓN A LA VIDA CONTEMPLATIVA POR LAS VIRTUDES MORALES

I. Las virtudes morales no pertenecen esencialmente a la vida contemplativa, porque el fin de la vida contemplativa es la consideración de la verdad, pero sí dispositivamente; pues impídese el acto de la contemplación, en el que consiste esencialmente la vida contemplativa, ya por la vehemencia de las pasiones, por la que se abstrae la intención del alma de las cosas inteligibles a las sensibles, ya por los tumultos exteriores. Las virtudes morales impiden la vehemencia de las pasiones y calman los tumultos de las ocupaciones exteriores.

Dice San Gregorio que "menospreciando todos los cuidados, se enardece el ánimo para ver la faz de su Creador".

Nadie puede llegar a esto sino por la pureza que causa la virtud moral: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* (*Matth.*, V, 8.) Y el Apóstol dice a los Hebreos: *Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios.* (*Hebr.*, XII, 14.) Efectivamente, la santidad o pureza es producida por

las virtudes que tienen por objeto las pasiones que impiden la pureza de la razón, mientras que la paz es engendrada por la justicia, que versa acerca de las acciones, según aquello de Isaías: *Obra de la justicia será la paz* (XXXII, 17); esto es, en cuanto el que se abstiene de injuriar a otros, sustrae las ocasiones de los litigios y de los tumultos; y así las virtudes morales disponen a la vida contemplativa, por cuanto causan la paz y la santidad.

(2ª 2ªᵉ, *q*. CLXXX, *a*. 2.)

II. Quiénes son aptos para la vida contemplativa.

Los que están inclinados a las pasiones por consecuencia de su impetuosidad para la acción, son absolutamente más aptos para la vida activa a causa de la inquietud de su espíritu. Por lo cual dice San Gregorio que "hay algunos tan turbulentos, que si les llega a faltar el trabajo, trabajarán más gravemente; porque soportan tanto menos la agitación tumultuosa de su alma, cuanta más libertad tienen para entregarse a sus pensamientos" [45].

Pero otros tienen naturalmente pureza y tranquilidad de ánimo, por lo que son aptos para la contemplación; los cuales, si se consagraran totalmente a la acción, padecerían daño. Por eso dice San Gregorio que "entre los hombres hay algunos de espíritus tan ociosos, que, si les es preciso trabajar, sucumben al principio de sus trabajos" [46]. Pero el mismo autor añade después: "muchas veces el amor excita a trabajar a los espí-

[45] *Moral.*, lib. VI, cap. 17.
[46] *Ibid.*, *loc. cit.*

ritus perezosos, y el temor obliga a la contemplación a los turbulentos".

Por lo cual los que son más aptos para la vida activa pueden prepararse para la contemplativa por el ejercicio de la activa; y los que son más aptos para la contemplativa, pueden, no obstante, someterse a los ejercicios de la activa, para hacerse por esto más dispuestos a la contemplación.

(2ª 2ªe, *q.* CLXXXII, *a.* 4, *ad* 3um.)

13 de octubre

EXCELENCIA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada. (*Luc.*, X, 42.)

La vida contemplativa es absolutamente mejor que la activa.

1º) Conviene al hombre según lo que es mejor en él, es decir: según el entendimiento, y respecto de los propios objetos, esto es, de las cosas inteligibles; mientras que la vida activa se ocupa de las cosas exteriores; razón por la cual Raquel, por quien se simboliza la vida contemplativa, se interpreta: *principio de la vista;* más la vida activa es simbolizada por Lía, que era de ojos legañosos.

2º) Puede ser más continua, aunque no en cuanto al sumo grado de contemplación, por lo que también María, símbolo de la vida contemplativa, se describe sentada asiduamente a los pies del Señor.

3º) Es mayor el deleite de la vida contemplativa que el de la vida activa; por eso dice San

Agustín que Marta se fatigaba y María se refocilaba[47].

4º) En la vida contemplativa el hombre se basta mejor a sí mismo, porque para ella necesita de menos cosas; por ese motivo dijo el Señor: *Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas.* (*Luc.*, X, 41.)

5º) La vida contemplativa es más amada por sí, mientras que la vida activa se ordena a otra cosa, por lo cual se dice en el Salmo (XXVI, 4): *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta volveré a pedir, que more yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para ver el deleite del Señor.*

6º) La vida contemplativa consiste en cierta vacación y descanso, según aquello del Salmo: *Cesad y ved que yo soy el Dios.* (*Psal.*, XLV, 11.)

7º) La vida contemplativa tiene por objeto las cosas divinas; y la activa, las humanas, por lo cual dice San Agustín: "En *el principio era el Verbo,* he aquí lo que María escuchaba; y *El Verbo se hizo carne,* he aquí a quien servía María"[48].

8º) La vida contemplativa es conforme a lo que el hombre tiene de más propio, el entendimiento; al paso que en las operaciones de la vida activa participan también las fuerzas inferiores, que son comunes a nosotros y a los brutos.

9º) La novena razón añádela el mismo Señor, cuando dice: *María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.* (*Luc.*, X, 43.) Exponiendo San Agustín esto, dice: "Tú no has escogido una mala parte, pero ella escogió la mejor. Escucha por qué es la mejor: porque no le será quitada. A ti te será quitada alguna vez la carga de

[47] *De Verbis Domini, Serm.* 26, cap. 2.
[48] *De Verbis Domini, Serm.* 27, cap. 2.

la necesidad; eterna es la dulzura de la verdad" [49].

Sin embargo, *secundum quid*, y en algún caso, es preferible la vida activa a causa de las necesidades de la vida presente; como también dice el Filósofo: Filosofar vale más que enriquecerse; pero para el que padece necesidad, enriquecerse es mejor" [50].

(2ª 2ªᵉ, *q*. CLXXXII, *a*. 1.)

14 de octubre

ES MENESTER BUSCAR LA BIENAVENTURANZA EN LA VIDA CON DIOS

I. Como la bienaventuranza denota cierta última perfección, es menester considerar la bienaventuranza diversamente, según los grados diversos de perfección que se alcanza.

Porque en Dios está la bienaventuranza por esencia, como que su mismo ser es su operación, pues no goza de otra cosa que de sí mismo

En los ángeles la bienaventuranza es su última perfección, mediante cierta operación por la que se unen al bien increado, y esa operación es en ellos única y sempiterna.

Pero en los hombres, según el estado de la vida presente, es la última perfección, alcanzada por medio de una operación que los une a Dios; operación que ni puede ser sempiterna ni continua, y, por consiguiente, tampoco única, puesto que se pluraliza por las interrupciones; de aquí que el hombre no pueda obtener la beatitud perfecta en el estado de su vida actual. Pero Dios nos pro-

49 *De Verbis Domini, loc. cit.*
50 *Topic.*, lib. III, cap. 2.

mete la bienaventuranza perfecta para cuando estemos *como los ángeles en los cielos.* (*Marc.*, XII, 25.) Entonces la mente del hombre se unirá a Dios en aquel estado de bienaventuranza con una sola, continua, y sempiterna operación. Mas en la vida presente distamos tanto de la perfecta bienaventuranza cuanto nos falta para persistir en la unidad y continuidad de tal operación. Cabe, no obstante, alguna participación de esa bienaventuranza, y habrá tanta más razón de ella cuanto más continua y única sea la operación.

Por ese motivo, en la vida activa, ocupada en múltiples cosas, se da menos razón de bienaventuranza que en la vida contemplativa, que se concreta a una sola, la contemplación de la verdad; pues aun cuando alguna vez el hombre no ejercite actualmente esta operación, siempre puede, no obstante, practicarla, al tenerla constantemente a la vista. Y como hasta la misma cesación (por causa o razón del sueño o de alguna operación natural) la ordena a la antedicha operación, parece que ésta fuera continua.

(1ª 2ªe, *q.* III, *a.* 2 *ad* 4um.)

II. La vida con Dios o contemplación tiene delectación.

La contemplación puede ser deleitable por razón de la misma operación, puesto que a cada uno resulta deleitable la operación que le conviene según su propia naturaleza. Es también deleitable por razón del objeto, en cuanto alguno contempla la cosa amada; como sucede también en la visión corporal, que se hace agradable, no sólo porque el ver mismo es cosa agradable, sino también porque uno ve a la persona amada.

Consistiendo, pues, la vida contemplativa prin-

cipalmente en la contemplación de Dios, a la que mueve la caridad, resulta que en la vida contemplativa no sólo hay delectación por razón de la misma contemplación, sino también por razón del amor divino; y en ambos conceptos su delectación supera a todo deleite humano; porque también la delectación espiritual es mejor que la carnal, y el mismo amor con que es amado Dios por caridad, excede a todo amor. Por eso se dice en el Salmo (XXXIII, 9): *Gustad y ved que el Señor es suave.*

(2ª 2ªe, *q.* CLXXX, *a.* 7.)

15 de octubre

EL MÉRITO DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

La raíz de merecer es la caridad. Consistiendo ésta en el amor de Dios y del prójimo, es más meritorio amar a Dios en sí mismo que amar al prójimo; y por esto aquello que pertenece más directamente al amor de Dios es más meritorio por su género que lo que pertenece directamente al amor del prójimo por Dios.

Mas la vida contemplativa pertenece directa e inmediatamente al amor de Dios, pues dice San Agustín que "el amor de la verdad, es decir, de la verdad divina, que es el objeto principal de la vida contemplativa, busca el santo reposo, que es el de la vida contemplativa" [51], en tanto que la vida activa se ordena más directamente al amor del prójimo, puesto que *se afana de continuo en las haciendas de la casa* (*Luc.*, X, 40); y en con-

[51] *De civit. Dei,* lib. XIX, cap. 19.

secuencia, por su género la vida contemplativa es más meritoria que la activa. Esto mismo dice San Gregorio[52]: "La vida contemplativa es más meritoria que la activa, porque ésta trabaja en el uso de la obra presente, con que es necesario ayudar a los prójimos; al paso que aquélla gusta interiormente del descanso futuro", esto es, en la contemplación de Dios.

Puede ocurrir, sin embargo, que alguno merezca más en las obras de la vida activa que otro en las de la contemplativa; por ejemplo, si por su gran amor divino, para que se cumpla la voluntad de Dios y para su gloria, soporta a veces el separarse por un tiempo de las dulzuras de la contemplación divina, como decía el Apóstol: *Deseaba yo mismo ser anatema por Cristo, por amor de mis hermanos.* (*Rom.*, IX, 3.) Exponiendo San Juan Crisóstomo este pasaje, escribe: "Tales raíces había echado en su alma el amor de Cristo, que hasta lo que le era más amable, el estar con Cristo, eso mismo abandonaba, siempre que así agradase más a Cristo"[53].

Se ofrece a Dios espiritualmente un sacrificio cuando se le brinda alguna cosa; y entre todos los bienes del hombre, Dios acepta principalmente el bien del alma humana, para que éste le sea ofrecido en sacrificio. Uno debe ofrecer a Dios, en primer lugar, su alma, y en segundo lugar, las almas de otros, según aquello del Apocalipsis: *El que lo oye diga: Ven.* (XXII, 17.) Mas cuanto más de cerca el hombre une su alma, o la de otro, a Dios, tanto más acepto a Dios es el sacrificio, por lo cual más grato es a Dios el

52 *Super Ezech., hom.* III.
53 *De compunctione*, lib. I, cap. 7.

que uno aplique su alma y la de los otros a la contemplación que a la acción.

Respecto a las palabras: "ningún sacrificio es más grato a Dios que el celo de las almas" [54] debe decirse que no se prefiere el mérito de la vida activa al mérito de la vida contemplativa, sino que sólo se manifiesta que es más meritorio si alguno ofrece a Dios su alma y las de otros que cualesquiera otros bienes exteriores.

(2ª 2ªᵉ, *q.* CLXXXII, *a.* 2.)

16 de octubre

OBJETO DE LA CONTEMPLACIÓN

Lo que ves, escríbelo en un libro. (*Apoc.*, I, 11.)

I. Muchas cosas debe considerar el hombre en la contemplación, a saber: sus pecados, los suplicios del infierno, las alegrías del paraíso, los beneficios de Cristo, las necesidades del prójimo, y todo esto debe escribirlo en el libro de su corazón.

Acerca de los pecados debe considerar el hombre cuán breve es en ellos el deleite, y que la pena es eterna. Momentáneo es lo que deleita, dice San Gregorio, y eterno lo que atormenta. Además, cuán grosero es, como dice el profeta Jeremías: *¡Cuán vil te has hecho en demasía, reiterando tus caminos!* (*Jer.*, II, 36.) Cuán perjudicial, porque disminuye la bondad natural, priva de los bienes de gracia, y quita los bienes

54 *Super Ezech., hom.* XII.

de gloria. *De la hija de Sión se fué toda su hermosura.* (*Thren.*, I, 6.)

Acerca de los suplicios del infierno debe considerar la diversidad, la acerbidad, la eternidad. Sobre lo primero dice el Salmo: *Fuego y azufre, y viento tempestuoso es la porción del cáliz de ellos.* (*Psal.*, X, 7.) Acerca de lo segundo consta en el Evangelio: *Allí será el llanto y el crujir de dientes.* (*Matth.*, VIII, 12.) Sobre lo tercero: *El fuego de ellos no se apagará.* (*Is.*, LXVI, 24.) *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno.* (*Matth.*, XXV, 41.)

Acerca de los goces del paraíso debe considerar la pureza, la plenitud, la duración. Acerca de lo primero rezan los Proverbios: *En su gozo no se mezclará extraño* (*Prov.*, XIV, 10); de lo segundo dice el Evangelio: *Para que vuestro gozo sea cumplido* (*Joan.*, XVI, 24), y acerca de lo tercero: *Otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo.* (*Ibid.*, 22.)

En cuanto a los beneficios de Cristo debe considerar la multitud de ellos: *¿Qué retornaré al Señor, por todas las cosas que me ha dado?* (*Psal.*, CXV, 12); la magnitud: *Me ha hecho cosas grandes el que es poderoso* (*Luc.*, I, 49); y la gratuidad de los mismos: *graciosamente recibisteis, dad graciosamente.* (*Matth.*, X, 8.)

Acerca de las necesidades del prójimo debe pensar qué querría hiciesen con él en semejante estado y cuánta es la fragilidad del hombre: *Todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos. Porque ésta es la ley y los profetas.* (*Matth.*, VII, 12.)

Además lo que ves en Cristo, en el mundo, en tus prójimos, escríbelo en tu corazón.

(*In Apoc.*, I.)

II. Acerca de las palabras: *contempla en una atalaya* (*Is.*, XXI, 5), advierte lo que el hombre debe contemplar en la atalaya de su espíritu:

1º) Los pecados que cometió, para arrepentirse: *Hazte una atalaya, pon delante de ti amarguras; endereza tu corazón al camino derecho.* (*Is.*, XXXI, 21.)

2º) Los suplicios que mereció, para que los tema. *Viene el día de tus centinelas, tu visita.* (*Mich.*, VII, 4.)

3º) Los beneficios recibidos de Dios, para agradecerlos.

4º) Los mandatos prescritos, para observarlos.

5º) Las recompensas prometidas, para conseguirlas: *Contemplamos con nuestros propios ojos su majestad.* (II *Petr.*, I, 16.)

(*In Is.*, XXI.)

17 de octubre

EL MANÁ ESCONDIDO

Al vencedor daré yo maná escondido. (*Apoc.*, II, 17.)

1º) Este maná es admirable. De dos maneras puede entenderse: o de la dulzura interna que se da a los santos en esta vida, o de la dulzura eterna que se dará a los santos en la vida futura. Una y otra son tan excelentes que todo el que las siente dice: ¿Qué es esto? Las dos están escondidas, porque en pequeña cantidad y a pocos se

da el sentir algo de ella. Muy acertadamente está simbolizada por el maná la dulzura de la contemplación a causa de su suavidad. *Gustad y ved que el Señor es suave; bienaventurado el hombre que espera en él* (*Psal.*, XXXIII, 9), esto es, que pone en él toda su esperanza; porque al tal se concede que guste la suavidad de Dios, de la que por poco que perciba, el alma se admira, hasta el punto de decir con razón: ¿MANHÚ?, que quiere *decir: ¿Qué es esto?* (*Ex.*, XVI, 15.)

Nadie puede comprender la dulzura interior, por muy encendido que esté su deseo. Razón tenía el salmista cuando dijo: *Desfalleció mi alma por tu salud* (*Psal.*, CXVIII, 81), y en otro lugar (LXXXIII,3): *Mi alma codicia y desfallece por los atrios del Señor;* como si dijese: "Yo sé que tus tabernáculos, esto es, las mansiones de tu casa, son amables y deseables, porque yo, que todavía estoy fuera en el atrio, sin haber entrado aún en el templo, deseo tan ardientemente morar allí cerca; pero desfallezco deseando, al no poder comprender lo que hay allí. Así, pues, si no puedo soportar la poca dulzura que das en el atrio, ¿quien podrá abarcar la totalidad de la que hay en el templo?"

2º) Dónde se encuentra: *Salga el pueblo, y recoja lo que basta para cada día.* (*Ex.*, XVI, 4.) Quien desee esa suavidad, debe salir del mundo al cielo, de la carne al espíritu, de sí mismo a Dios, y entonces encontrará el maná. *Destilarán los montes dulzura.* (*Joel*, III, 18.) Existen tres montes: el alma, el cielo y Dios. En ellos debe el hombre recoger el maná contemplando cada uno de los bienes de ellos; y debe recoger cada día, porque todos los días debe dedicarse a la oración y meditación.

Debe recoger cuanto sea suficiente. Algunos recogen poco, porque oran y meditan poco. Otros recogen demasiado. Por eso se dice en los Proverbios: *Hallaste miel, come cuanto te basta.* (*Prov.*, XXV, 16.)

El lugar en que se encuentra el maná es la soledad. *La llevaré al desierto, y le hablaré al corazón.* (*Os.*, II, 14.) Pero no se encuentra en la ciudad.

Además, el maná se encontraba por la mañana; frecuentemente por la mañana se da la devoción en la oración. *En la mañana me pondré en tu presencia y veré.* (*Psal.*, V, 5.) *Los que de mañana velaren a mí, me hallarán.* (*Prov.*, VIII, 17.)

Se da asimismo a los que salieron de Egipto, y la devoción a los salidos del pecado.

Algunos encuentran dulce al Señor únicamente en la oración; otros, sólo en la lectura; otros únicamente en la celebración de la santa Misa. Pero los perfectos lo encuentran dulce y suave en todo, en los ayunos y disciplinas, en la enfermedad y en la pobreza, según lo que dice el Eclesiástico (XXIV, 11): *En todos éstos busqué reposo*; al modo de la abeja, que extrae miel de casi todas las flores. Por eso dice de éstos el Señor: *Cercáronme como abejas, y se enardecieron como fuego en espinas* (*Psal.*, CXVII, 12); porque cuanto más gusta el alma de Dios, más se inflama en su amor.

(*In Apoc.*, II.)

18 de octubre

REFECCIÓN ESPIRITUAL

La refección espiritual consiste en dos cosas: en los dones de Dios y en su dulzura.

1º) Lo primero se advierte en esta frase: *Serán embriagados en la abundancia de tu casa.* (*Psal.*, XXXV, 9.) La casa es la Iglesia. Y esta casa que ahora está en la tierra, será un día trasladada al cielo. En ambas hay abundancia de los dones de Dios, con la diferencia de que aquí la iglesia es imperfecta, mas en el cielo habrá abundancia perfecta de todos los bienes, y de ésta se sacian los varones espirituales. *Seremos colmados de los bienes de tu casa.* (*Psal.*, LXIV, 5.) Y lo que es más, son embriagados, en cuanto sus deseos son colmados más allá de sus merecimientos; pues la embriaguez es un exceso. *Ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió, lo que preparó Dios para aquellos que le aman.* (I *Cor.*, II, 9.) Y en el Cantar de los Cantares (V, 1) se dice: *Embriagaos, los muy amados.* Los que están ebrios no están en sí, sino fuera de sí. De este modo han sido llenos de carismas espirituales, y toda su intención se dirige a Dios. *Nuestra morada está en los cielos.* (*Phil.*, III, 20.)

2º) No solamente serán fortalecidos con los dones de Dios, sino también con la dulzura de Dios. *Entonces en el Todopoderoso abundarás de delicias, y abrazarás a Dios tu rostro.* (*Job*, XXII, 26.) Por eso dice el profeta David, en cuanto a lo segundo (la dulzura): *y les darás de beber en el torrente de tu deleite.* (*Psal.*, XXXV, 9.) Éste es el amor del Espíritu Santo que obra impetuosa-

mente en el alma, como un torrente. A esto se refiere Isaías (LIX, 19): *Como río impetuoso, a quien el Espíritu del Señor impele.* Y se dice *de deleite*, porque produce en el alma delicia y dulzura. *¡Oh cuán bueno y suave es, Señor, tu espíritu en nosotros!* (*Sap.*, XII, 1.)

Y con esta bebida son abrevados los buenos. *Bebieron una misma bebida espiritual.* (I *Cor.*, X, 4.) O *en el torrente de tu deleite*, es decir, de Dios, a quien se le llama torrente, *La fuente de la sabiduría arroyo que inunda* (*Prov.*, XVIII, 4), porque su voluntad es tan eficaz que no se la puede resistir, como tampoco al torrente.

3º) *Porque en ti está la fuente de la vida.* (*Psal.*, XXXV, 10.) Tal es la materia de esta refección, porque así como los que se llegan al manantial y aplican sus labios a la fuente del vino son embriagados, así también los que aplican su boca, es decir, su deseo, a la fuente de la vida y de la dulzura. Y son embriagados, porque *en ti está la fuente de la vida.* Si se refiere a Cristo, la expresión *en ti* significa: Tú eres la fuente de la vida. Si se refiere al Padre, el sentido de las palabras *en ti está la fuente de la vida* quiere decir: Tu Verbo, que vivifica todas las cosas, está en ti. *Me dejaron a mí, que soy fuente de agua viva.* (*Jer.*, II, 13.) Él es, en verdad, fuente de vida, esto es, de los bienes espirituales, con los cuales todas las cosas son vivificadas.

(*In Psal.*, XXXV.)

19 de octubre

SUAVE EXPERIENCIA DE LA BONDAD DIVINA

Gustad, y ved que el Señor es suave. (*Psal.*, XXXIII, 9.)

El Salmista exhorta a la experiencia de la intimidad divina y para esto hace dos cosas: primero exhorta a esta experiencia y después explica sus efectos.

I. Dice, pues, *gustad.* La experiencia de una cosa se hace por los sentidos; pero de manera distinta para una cosa presente, y para otra ausente; porque las ausentes o distantes son percibidas por la vista, el olfato y el oído; las presentes, por el tacto y por el gusto; por el tacto, la experiencia es extrínseca presente, por el gusto, es íntima. Pero Dios no está lejos de nosotros, ni fuera de nosotros, sino en nosotros. *Tú, Señor, entre nosotros estás.* (*Jer.*, XIV, 9.) Por eso la experiencia de la bondad divina se llama degustación: *Si es caso que habéis gustado cuán dulce es el Señor.* (I *Petr.*, II, 3.) *Gustó, y vió que su tráfico es provechoso.* (*Prov.*, XXXI, 18.)

II. El efecto de la experiencia es doble. Uno es la certeza del entendimiento; otro, la seguridad del afecto. En cuanto a lo primero dice: *y ved.* En las cosas corporales primero se ve y después se gusta; pero en las espirituales, primero se gusta y después se ve, porque no se conoce lo que no se gusta; por eso dice primero: *gustad,* y después: *ved.*

En cuanto a lo segundo manifiesta *Que el Se-*

ñor es suave, como dice la Sagrada Escritura: *¡Oh cuán bueno y suave es, Señor, tu espíritu en todas las cosas!* (*Sap.*, XII, 1.) *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura!* (*Psal.*, XXX, 20), y algo más adelante agrega: *Bienaventurado el hombre que espera en él* (XXXIII, 9); *Bienaventurados todos los que le esperan con paciencia.* (*Is.*, XXX, 18.)

III. Por consiguiente, cuando se dice: *Gustad, y ved* (*Psal.*, XXXIII,9) y: *Para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios buena, y agradable, y perfecta* (*Rom.*, XII, 2), no se nos aconseja que experimentemos como dudando, porque hay dos clases de conocimientos acerca de la bondad o voluntad divinas: uno especulativo, y en cuanto a éste no es lícito dudar ni probar si la voluntad de Dios es buena o si Dios es suave; y otro afectivo o experimental de la voluntad o bondad divinas, cuando uno experimenta en sí mismo el gusto de la dulzura divina y la complacencia de la voluntad de Dios, como San Dionisio dice de Hieroteo, que aprendió las cosas divinas experimentando su suavidad. Y en este sentido se nos aconseja que probemos la voluntad de Dios y gustemos su suavidad.

(2ª 2ae, *q.* XCVII, *a.* 2; *ad* 2um.)

20 de octubre

ADVENIMIENTO DEL CONSUELO DIVINO

Dice San Agustín: "¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, y que yo olvide los males, y te abrace a ti, mi único bien?" Tres cosas disponen a esa venida.

1º) El desprecio del placer terreno. Por eso se aconseja a los colosenses (*Col.*, III, 2): *Pensad en las cosas de arriba,* como diciendo: No podéis pensar a la vez en las cosas celestiales y en las terrenas. Y San Bernardo comenta: "Yerra totalmente quien piensa que puede mezclar la dulzura celestial con esta ceniza, el bálsamo divino con este veneno, los carismas del Espíritu Santo con los deleites de este mundo. ¿Crees tú que podrás recibir a este Espíritu purísimo, si no renuncias a los consuelos carnales? Sin duda, al empezar, la tristeza invadirá tu corazón; pero si perseveras, tu tristeza se convertirá en alegría; porque entonces se purificará tu corazón y será renovada tu voluntad; de suerte que lo que anteriormente te parecía difícil, y hasta imposible, lo harás después con mucha dulzura y avidez".

2º) La meditación piadosa de la voluntad divina: *Me acordé de Dios, y me deleité.* (*Psal.*, LXXVI, 4.) A este propósito dice San Bernardo: "No faltará el consuelo procedente del recuerdo de Dios a los elegidos a los cuales todavía no se les ha concedido la plena refección." Pero principalmente la bondad de Dios, manifestada en el hombre, es la que deleita al que medita en Cristo. Por lo cual, sobre aquello del Salmo (LXXVI, 12): *Me acordaré de tus maravillas desde el prin-*

cipio, dice la Glosa: "las maravillas que Dios concedió al género humano en sus orígenes, esto es, que hizo a Adán a su imagen, que recibió con agrado el sacrificio de Abel y todo lo que hizo en favor de Noé, en cuya arca conservó diversas especies de animales, simbólicas de la Iglesia; y lo que hizo con Abrahán, cuyo sacrificio simbolizaba la Encarnación y Pasión de Cristo, su hijo, y por último, que el mismo Señor vino; he aquí otros tantos motivos de consuelo para el hombre santo".

3º) El deseo fervoroso de la caridad. Exponiendo San Bernardo aquel pasaje del Salmo (XCVI, 3): *Fuego irá delante de él, y abrasará,* escribe: "Es menester que el ardor del deseo santo preceda a su faz en toda alma, a la que Dios ha de visitar; ardor que consume toda la inmundicia de los vicios, y prepara así el lugar al Señor. Entonces conoce el alma que el Señor está cerca, cuando se siente inflamada en este fuego. El mismo espíritu de Dios es quien desea la hermosura de esta alma, que ve caminar en el espíritu con fortaleza, y que no satisface los deseos de la carne, principalmente si la ve toda consumida en su amor. Acude a esta alma que suspira frecuentemente, que ora sin intermisión y se aflige a causa de su deseo, y se llega a ella lleno de piedad. Así, pues, el varón que posea un deseo tal que ambicione vehementemente morir y estar con Cristo, que tenga sed ardiente y medite con asiduidad, ése recibirá efectivamente a Dios."

(De Humanitate Christi.)

21 de octubre

CUATRO MODOS CON QUE LOS DEMONIOS IMPIDEN LA CONTEMPLACIÓN

Con escudo te cercará su verdad; no tendrás temor de espanto nocturno, de saeta voladora entre día, de ninguna cosa que ande en tinieblas; de asalto ni de demonio de mediodía. (*Psal.*, XC, 5, 6.)

Aquí se indican cuatro modos con que los demonios perjudican a las almas dadas a la contemplación, y de las cuales libra la luz infusa de la verdad.

1º) El temor nocturno es el error o el horror que suele dejar el diablo tras sí. San Gregorio dice que con la aparición del diablo el alma experimenta primero una cierta alegría, que termina en horror. Pero con la revelación de Dios ocurre lo contrario. Por eso, primero se turbó la Bienaventurada Virgen con el saludo del Ángel, y después fué consolada.

2º) La saeta voladora es la vanagloria, porque entra veloz y suavemente, pero hiere gravemente. Esta saeta infecta y engaña muchas veces a los contemplativos.

Tu vino mezclado está con agua (*Is.*, I, 22), o según otra letra: *tus taberneros mezclaron agua al vino*. El vino es la revelación de Dios que alegra el corazón. El agua es la vanagloria que hincha. Mezclan agua con vino los que vanamente se regocijan de la revelación que les ha sido concedida.

3º) *De ninguna cosa que ande en tinieblas;* es decir, la solicitud y cuidado de los negocios de

familia, cuyos pensamientos trae muchas veces el diablo a los que oran y meditan, para apartarlos de la contemplación e impedirles el provecho de la misma.

4º) El asalto y el demonio del mediodía es la ilusión del diablo bajo apariencia de bien, cuando, a veces, sugiere velar, ayunar, orar, llorar mucho tiempo, al observar a algún novicio devoto, para alejarlo del servicio de Dios, debilitarlo y hacerle desfallecer o arrepentir del bien comenzado.

Por eso dice el Señor a Zaqueo, que se había subido a un sicómoro para verlo pasar: *Zaqueo, desciende presto, porque es menester hoy hospedarme en tu casa.* (*Luc.*, XIX, 5.) La higuera silvestre es la devoción indiscreta, por la que algún novicio quiere subir muy alto y a quien dice Jesús: "No subas demasiado, antes bien, baja pronto, porque no sólo quiero estar contigo, sino permanecer mucho tiempo".

(*In Apoc.*, c. I.)

22 de octubre

FAMILIARIDAD DIVINA

Y habitó entre nosotros. (*Joan.*, I, 14.)

Aquí se trata de la vida del Verbo encarnado. Habitó entre nosotros, esto es, vivió familiarmente entre nosotros, sus apóstoles, como dice Pedro: *Todo el tiempo que entró y salió con nosotros el Señor Jesús.* (*Act.*, I, 21.) Y el profeta Baruch anunció: *Después de esto fué visto en la tierra y conversó con los hombres* (III, 38).

Pero el Evangelista añadió esas palabras para

mostrar la admirable conformidad de Dios con los hombres, entre los cuales vivió de tal manera que parecía como uno de ellos; porque no sólo quiso asemejarse a los hombres en la naturaleza, sino que también quiso estar con ellos en la intimidad y en la vida familiar; él quiso, a excepción del pecado, mezclarse con ellos a fin de ganarlos por la dulzura de su conversación.

Es verdad que Jesús dijo: *un profeta no es honrado en su patria.* (*Joan.*, IV, 44.) Esta sentencia del Señor no sólo se verificó en los profetas de los judíos, sino tampién, como dice Orígenes, en muchos de los gentiles, porque fueron despreciados y llevados a la muerte por sus propios conciudadanos; pues el trato frecuente con los hombres y la familiaridad excesiva disminuyen la reverencia y engendran desprecio. Por eso, acostumbramos a reverenciar menos a los que nos son más familiares, y damos por el contrario más reputación a aquéllos a quienes no podemos tener como amigos.

Pero con Dios ocurre lo contrario. Porque cuanto más familiar se hace uno de Dios, por el amor y la contemplación, más lo reverencia, al considerarlo más excelente, y tanto menos se estima a sí mismo. Por eso se dice en el libro de Job (XLII, 5, 6): *Por oído de oreja te he oído, mas ahora te ve mi ojo. Por eso yo me reprendo a mí mismo, y hago penitencia en pavesa y ceniza.*

La razón se funda en que, siendo el hombre de naturaleza débil y frágil, cuando trata durante mucho tiempo con otro, descubre en él algunos defectos, y así se disminuye su reverencia hacia él. Pero siendo Dios inmensamente perfecto, tanto más admira el hombre la excelencia de su perfec-

ción y tanto más lo reverencia, cuanto más aventaja en su conocimiento.

(*In Joan.*, c. IV.)

23 de octubre

MODO DE CONOCER LOS SECRETOS DIVINOS

A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro, y le dijo: ¿Quién es de quien habla? (*Joan.*, XIII, 24.)

I. Pedro quiere saber de quién decía el Señor: *Uno de vosotros me entregará.* (*Ibid.*, 21.) Apareciendo siempre (Pedro) en los Evangelios como más audaz y el primero en replicar a causa del fervor de su amor, ¿por qué calla ahora? ¿Por qué confía a otro la pregunta? La razón es triple, según San Juan Crisóstomo: 1º) Como acababa de ser reprendido por el Señor al rehusar que le lavase los pies, temía ahora molestar al Señor. 2º) No quería Pedro que el Señor lo manifestase públicamente, de modo que los otros pudieran oírlo. Por consiguiente, como estaba separado de Cristo, incita a preguntar a Juan, que estaba más cerca de Cristo. 3º) Hay también una razón mística. Juan simboliza la vida contemplativa, y Pedro la activa. Pedro es instruído por Cristo mediante Juan; pues la vida activa es ilustrada acerca de las cosas divinas por medio de la contemplativa. *María, sentada a los pies del Señor, escuchaba las palabras de éste; pero Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa.* (*Luc.*, X, 39, 40.)

II. *Él, entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: ¿Señor, quién es?* (*Joan.*, XIII, 25.)

Debe advertirse que cuando Pedro hizo señas a Juan para que preguntase, descansaba Juan en el regazo de Jesús; mas ahora pregunta Juan, que se recuesta sobre el pecho del Señor. Porque el pecho está más cerca de la boca que el regazo. Por lo tanto, Juan, deseando escuchar más secreta y silenciosamente la respuesta, sube del regazo al corazón.

Con esto se da a entender místicamente que cuanto más desea el hombre recibir los secretos de la divina sabiduría, tanto más debe tratar de acercarse a Jesús, como dice el Salmo: *Llegaos a él, y seréis iluminados.* (*Psal.*, XXXIII, 6.) Porque los secretos de la divina sabiduría son revelados principalmente a los que están unidos a Dios por el amor, según dice la Escritura: *Anuncia de ella a su amigo, que es posesión de él.* (*Job*, XXXVI, 33.) *Viene su amigo, y lo sondeará.* (*Prov.*, XVIII, 17.)

(*In Joan.*, XIII.)

24 de octubre

EFECTOS DE LA CONTEMPLACIÓN

Introdújome el rey en sus cámaras. (*Cant.*, I, 3.)

1º) *Introdújome el rey en sus cámaras,* esto es, en su dulzura, dándome su gracia. Llama a la gracia *cámaras,* en plural, porque de ella fluyen y se derivan cada una de las virtudes espirituales que perfeccionan las diversas potencias; y según las variadas virtudes de las diversas potencias, nos alegramos y regocijamos diversamente en el Señor, y perfeccionados con estas virtudes deriva-

das de la gracia, bebemos en cierto modo los vinos de la alegría espiritual de las diversas cámaras.

(*In Cant.*, I.)

2º) La contemplación mitiga las tristezas.

En la contemplación de la verdad reside la mayor delectación; y, como toda delectación mitiga el dolor, la contemplación mitiga la tristeza o el dolor; y tanto más, cuanto más perfecto amador de la sabiduría sea uno.

Por lo tanto, los hombres, por la contemplación de las cosas divinas y de la futura bienaventuranza, se regocijan en las tribulaciones, según aquello de Santiago: *Hermanos míos, tened por sumo gozo, cuando fuereis envueltos en diversas tribulaciones.* (*Jac.*, I, 2.) Y lo que es más, aun en medio de los suplicios corporales se halla también este gozo, como lo manifestó el mártir Tiburcio, cuando con los pies desnudos sobre brasas encendidas dijo: "Paréceme que ando sobre flores de rosas en nombre de Jesucristo."

Esto ocurre porque en las potencias del alma hay redundancia de lo superior a lo inferior; y según esto, el deleite de la contemplación, que está en la parte superior, rebosa hasta mitigar también el dolor que está en los sentidos.

(1ª 2ªe, *q.* XXXVIII, *a.* 4.)

3º) La contemplación adormece el amor de las cosas temporales.

Yo duermo, y mi corazón vela. (*Cant.*, V, 2.) Se dice que los contemplativos duermen, porque son indiferentes a las cosas sensibles y exteriores, pero velan con el corazón, en cuanto que son más aptos para percibir interiormente las inspiracio-

nes y efusiones divinas; pues así como los ciegos, no distraídos por las cosas visibles, recuerdan mejor, así los contemplativos no distraídos por las cosas exteriores perciben más intensamente las inspiraciones interiores.

4º) Acrecienta y fortifica el amor a Dios. *Fuerte es como la muerte el amor.* (*Cant.*, VIII, 6.) Porque así como la muerte separa al alma del cuerpo, de tal modo que ya no le es posible al hombre desear o ambicionar nada en la vida presente, así el amor de Cristo hace morir totalmente este siglo y vuelve como insensible a aquél de quien verdaderamente se adueña, y viviendo únicamente para Cristo, está muerto para el mundo. El mismo sentido tiene la frase: *duro como el infierno el celo.* (*Cant.*, VIII, 6.) Porque así como el infierno nunca devuelve a los que una vez recibe, sino que siempre los retiene, igualmente el amor de Cristo no abandona a los que una vez ha invadido. Por eso dice el Apóstol: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?: ¿tribulación?, ¿o angustia?, ¿o hambre?, ¿o desnudez?, ¿o peligro?, ¿o persecución?, ¿o espada?* (*Rom.*, VIII, 35.)

(*In Cant.*)

25 de octubre

MODO DE RECUPERAR LA DULZURA DIVINA PERDIDA

En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma. (*Cant.*, III, 1.)

I. El hombre debe escudriñar su conciencia. Los cuidados exteriores de tal modo ocupan

al alma que, cuando quiere volver a su conciencia, encuentra muchas veces haber perdido aquella dulzura que antes poseía. Mas cuando el hombre está distraído en su espíritu, y no puede gustar esa dulzura que primero sentía, debe entrar en lo íntimo de su corazón y buscar a Cristo. La esposa busca en su lecho, es decir, en su conciencia, y no lo encuentra: *En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma; le busqué, y no le hallé.* Y cuando esto ocurre debe levantarse y buscar si ha deseado o ejecutado alguna cosa que hubiere desagradado a Cristo, por lo cual se siente distraído en la conciencia.

El modo de buscarlo se indica aquí: *Me levantaré, y daré vueltas a la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré.* (*Ibid.*, 2.) Es decir, entrando en la conciencia, busqué a Cristo y no lo encontré. Por lo cual, a fin de encontrarlo, buscaré todavía, *me levantaré y daré vueltas a la ciudad,* esto es, por un examen actual indagaré en mi conciencia, y *por las calles y por las plazas,* es decir, por todos los dichos, deseos y hechos que ejecuté, dije y deseé, y veré si he hecho alguno que le ha desagradado, y obrando de esta manera, *buscaré al que ama mi alma.* (*Ibid.*, 2.) Porque si alguno, después de esto, no puede volver a la dulzura de la contemplación, debe pensar que tal vez ha delinquido en alguna cosa que le impide sentir la dulzura acostumbrada. Y en consecuencia debe escudriñar totalmente la ciudad, esto es, su conciencia.

Conviene advertir que la conciencia es el lecho en que Cristo descansa, porque es un lecho estrecho, en el cual sólo puede acostarse uno, es decir, Cristo o el diablo. Mas, si consideramos la conciencia y nuestro corazón en cuanto al género

de pecados que en ellos puede haber, entonces la ciudad es distinta de las calles y plazas, esto es, en ella hay delitos mayores y menores.

II. El hombre debe evocar el recuerdo de la divina dulzura.

Cuando alguien vuelve de la acción a la contemplación, si no encuentra a Cristo, sepa que entre las cosas que le estimularán a buscarlo está el recuerdo de la dulzura perdida; porque al pensar el hombre que una vez gustó en la oración la dulzura divina, y después, al volver a la oración, no siente tanta dulzura como antes, estimúlase con el recuerdo de aquella dulzura a examinar sus pensamientos y afectos, para conocer si con ellos ha desagradado a Cristo, y llegar a descubrir la causa que le impide sentir esa dulzura.

III. Debe alejar los pensamientos vanos. Estos pensamientos se llaman *centinelas de la ciudad* (*Ibid.*, 3); porque siempre están dispuestos a asaltarnos y apoderarse de nosotros; mas debemos abandonarlos, porque en estos pensamientos no se encuentra Cristo. Diremos mejor: (los centinelas de la ciudad) *me hirieron, y me llagaron; lleváronme mi manto.* (*Cant.*, V, 7.) Nos hieren cuando les damos entrada; nos llagan, cuando nos deleitamos en ellos; mas nos quitan nuestro manto, despojándonos de las virtudes y de los dones, cuando consentimos en ellos.

(*In Cant.*, III, V.)

26 de octubre

PERFECCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA

Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección. (*Col.*, III, 14.)

I. Se dice que una cosa es perfecta cuando alcanza el fin propio que es su última perfección. Así, la caridad es la que nos une a Dios, último fin del alma humana, porque *quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él.* (I *Joan.*, IV, 16.) Luego la perfección de la vida cristiana se considera especialmente según la caridad.

Se dice que el hombre es perfecto, simplemente y sin restricción, por razón de aquello en que principalmente consiste la vida espiritual; y se dice perfecto relativamente por razón de aquello por que está unido a la vida espiritual. Mas la vida espiritual consiste principalmente en la caridad, y quien no la posee, no es nada espiritualmente. Por eso dice el Apóstol: *Si tuviere profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviere toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.* (I *Cor.*, XIII, 2.) También el apóstol San Juan afirma que toda la vida espiritual consiste en el amor, diciendo: *Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de muerte a vida en que amamos a los hermanos. El que no ama, está en muerte.* (I *Joan.*, III, 14.) Así, pues, hablando absolutamente, es perfecto en la vida espiritual el que es perfecto en la caridad.

II. Pero de un modo relativo puede ser llamado perfecto por razón de aquello que se añade a la vida espiritual. Esto puede demostrarse evidentemente por las palabras de la Sagrada Escritura. Porque dice el Apóstol (*Col.*, III, 14) que la perfección se atribuye principalmente a la caridad; ya que después de enumerar muchas virtudes, como la misericordia, la benignidad, la humildad, etc., añade otra vez: *Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección,* porque en cierto modo ella une a todas las virtudes en una unidad perfecta.

Pero también algunos se llaman perfectos en atención al conocimiento de la inteligencia: *Antes sed perfectos en un mismo ánimo y en un mismo parecer* (I *Cor.*, I, 10); pero, sin embargo, es considerado como nada el que tiene una ciencia perfecta sin caridad.

Del mismo modo también puede alguno ser llamado perfecto según la paciencia, que *contiene obra perfecta* (*Jac.*, I, 4), y según cualesquiera otras virtudes.

(*De perfectione vitae spir.*, c. I.)

27 de octubre

PERFECCIÓN NECESARIA PARA SALVARSE

La criatura racional debe amar a Dios con todas sus fuerzas, pues se dice en el Deuteronomio: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza.* (*Deut.*, VI, 5.) Amamos a Dios con todo el corazón, la mente, el alma y la fuerza, si nada nos falta, para el amor divino, que actual o habitual-

mente no ordenemos a Dios. La perfección de este amor divino se impone al hombre bajo precepto:

1º) Que el hombre ordene todas las cosas a Dios como a fin, como dice el Apóstol: *Si coméis, o si bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios.* (I *Cor.*, X, 31.) Esto se cumple efectivamente cuando alguno ordena su vida al servicio de Dios; y por consiguiente, todas las cosas que ejecuta por sí mismo se ordenan virtualmente a Dios, si no son tales que aparten de Dios, como los pecados, y de este modo el hombre ama a Dios con todo el corazón.

2º) Que el hombre sujete su entendimiento a Dios, creyendo las cosas reveladas por Dios, según aquello del Apóstol: *Reduciendo a cautiverio todo entendimiento para que obedezca a Cristo* (II *Cor.*, X, 5); y de este modo se ama a Dios con toda la mente.

3º) Que cuantas cosas ama el hombre, las ame en Dios, y ordene universalmente a ese amor todos sus afectos, según aquello del Apóstol: *Porque si estáticos nos enajenamos, es para Dios; y si somos sobrios, es para vosotros. Porque el amor de Cristo nos estrecha.* (II *Cor.*, V, 13, 14.) De este modo Dios es amado con toda el alma.

4º) Que todas nuestras cosas exteriores, las palabras y las obras se fundamenten en la caridad divina, como se lee en la primera epístola a los Corintios: *Todas vuestras cosas sean hechas en caridad* (XVI, 14); y así Dios es amado con toda fortaleza.

Éste es el modo del perfecto amor divino, al cual todos están obligados por necesidad de precepto.

(*De perfectione vitae spir.*, c. V.)

28 de octubre

PERFECCIÓN DE CONSEJO

I. La perfección que cae bajo consejo es aquélla que tiende a la semejanza de la perfección de los bienaventurados. Se dice en el Deuteronomio: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza* (VI, 5), y San Lucas añade: *y de todo tu entendimiento* (X, 27), así el corazón se dirige a la intención, la mente al pensamiento, el alma al afecto, y la fortaleza a la ejecución. El todo y lo perfecto es aquello a lo cual nada falta, por consiguiente se ama a Dios de todo corazón, alma, fortaleza y mente, cuando no nos falta nada en todas esas cosas, sino que todo se endereza actualmente a Dios; pero este modo de amor perfecto no es propio de los que viven en este mundo, sino de los bienaventurados.

En aquella celestial bienaventuranza el entendimiento y la voluntad de la criatura racional tienden siempre y actualmente a Dios, ya que la bienaventuranza consiste en el goce de Dios; mas la bienaventuranza no está en hábito, sino en acto. Y puesto que la criatura racional ha de unirse a Dios, verdad suma, como a fin último; dado que, por otra parte, todo se ordena por la intención a ese último fin y, además, todas las cosas se ejecutan de acuerdo con él, se sigue que en aquella perfecta bienaventuranza la criatura racional amará a Dios *de todo corazón,* ya que toda su intención la llevará a Dios en todo lo que piensa, ama y ejecuta; *con todo el enten-*

dimiento, ya que éste siempre tenderá actualmente a Dios, en una visión continua, y juzgará todo conforme con su verdad; *con toda el alma*, ya que todo su afecto se dirigirá a amar a Dios continuamente y por él a todas las cosas; *con toda fortaleza y con todas las fuerzas*, ya que la razón de todos los actos exteriores será el amor de Dios.

II. Aun cuando esta perfección de los bienaventurados no nos es posible en esta vida, debemos, sin embargo, estimularnos para realizar una semejanza de aquella perfección, en cuanto es posible. Y en esto consiste principalmente la perfección de esta vida, a la que nos invitan los consejos. Porque es evidente que el corazón humano es arrastrado tanto más intensamente a una sola cosa, cuanto más se aparta de muchas. Así, pues, el ánimo del hombre tanto más perfectamente es llevado a amar a Dios, cuanto más se apartare del afecto a las cosas temporales. Por eso dice San Agustín que el veneno de la caridad es la esperanza de alcanzar o retener las cosas temporales; pero su crecimiento es la disminución de la ambición, y la perfección de la misma es carecer de todo deseo de ellas.

Por consiguiente, todos los consejos con que somos invitados a la perfección se ordenan a apartar el corazón del hombre del afecto a las cosas temporales, para que pueda así dirigirse más libremente a Dios, contemplando, amando y cumpliendo su voluntad.

(*De perfectione vitae spir.*, c. IV, VI.)

29 de octubre

LA PERFECCIÓN CONSISTE EN LOS PRECEPTOS Y NO EN LOS CONSEJOS

Puede aludirse a las dos formas en que consiste la perfección: una, por sí misma y esencialmente; otra, secundaria y accidentalmente.

I. Por sí misma y esencialmente la perfección de la vida cristiana consiste en la caridad, principalmente del amor de Dios, y secundariamente del amor al prójimo que son el objeto de los preceptos principales de la ley divina. Pero el amor de Dios y del prójimo no caen bajo el precepto según alguna medida por la que lo que es más quede bajo consejo, como se ve por la forma misma del precepto, que demuestra la perfección; por ejemplo, cuando se dice: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón*, pues todo y perfecto son una misma cosa; y cuando se dice: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*, pues cada cual se ama mucho a sí mismo.

Y esto es así porque *el fin del mandamiento es la caridad.* (I *Tim.*, I, 5.) Para el fin no se emplea ninguna medida, sino únicamente para los medios, como el médico no mide cuánto cura, sino qué cantidad de medicina o dieta debe ordenar para curar.

Así, es evidente que la perfección consiste esencialmente en los preceptos. Por eso dice San Agustín: "¿Por qué, pues, no se ha de prescribir al hombre esta perfección, aunque nadie la tenga en esta vida?"

II. Secundaria e instrumentalmente la perfección consiste en los consejos; los cuales, todos, lo mismo que los preceptos, se ordenan a la caridad, aunque de manera distinta. En efecto, los otros preceptos se ordenan, por los preceptos de la caridad, a remover lo que es contrario a esta virtud, es decir, aquello con lo que la caridad es incompatible; al paso que los consejos se ordenan a remover los obstáculos de los actos de la caridad, que sin embargo no la contrarían, como el matrimonio, la ocupación de los negocios seculares y otras cosas semejantes.

Por eso en las "Conferencias de los Padres" dice el abad Moisés: "Los ayunos, las vigilias, la meditación de las Escrituras, la desnudez y la privación de todos los bienes no son la perfección, sino instrumentos de ella, ya que en ellos no consiste el fin de aquella enseñanza, sino que por ellos se llega al fin"; y más arriba había dicho que procuráramos por estos grados ascender a la perfección de la caridad.

Ciertamente es de precepto la perfección del amor divino, de suerte que de él no se excluye la perfección de la patria, y sólo se evade de la transgresión del precepto el que de cualquier modo alcanza la perfección del amor divino.

El grado ínfimo de ese amor consiste en no amar nada más que a él, ni contra él, ni tanto como a él, de modo que quien faltare a ese grado de perfección de ninguna manera cumplirá el precepto. Pero hay otro grado de amor perfecto que no puede cumplirse en esta vida; quien faltare a él no será transgresor del precepto. Y así tampoco quebranta el precepto el que no llega a

los grados intermedios de la perfección, con tal que llegue al ínfimo.

(2ª 2ªe, *q.* CLXXXIV, *a.* 3.)

30 de octubre

LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

El alma se endulza con los buenos consejos del amigo. (*Prov.* XXVII, 9.)

Porque lo mejor para el hombre es unirse con su alma a Dios y a las cosas divinas; pero es imposible que el hombre que se ocupa intensamente en cosas diversas, pueda con bastante libertad de espíritu tender hacia Dios. Por eso, en la ley cristiana se dan los consejos evangélicos, por los cuales los hombres se apartan, en cuanto es posible, de las ocupaciones de la vida presente.

La solicitud humana se dirige comúnmente a tres cosas: a la propia persona, a lo que hará y dónde vivirá; a las personas que están más cercanas, como la esposa y los hijos, y a procurar las cosas exteriores, de las cuales necesita el hombre para sustentar su vida. Así, pues, para desarraigar del hombre la preocupación por las cosas exteriores la ley divina ha dado el consejo de la pobreza, a fin de que se desembarace de las cosas de este mundo, cuya solicitud puede conturbar el alma. Por eso dice el Señor: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme.* (*Matth.*, XIX, 21.) Para cortar la preocupación de la esposa y de los hijos, se da al hombre el consejo de la virginidad o continencia. *Cuanto a las vírgenes, no tengo mandamiento del*

Señor; mas doy consejo. (I *Cor.*, VII, 25.) Para cortar la solicitud del hombre sobre sí mismo, se da el consejo de la obediencia, por la cual el hombre confía al superior la ordenación de sus actos: *Obedeced a vuestros superiores y estadles sumisos; porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas.* (*Hebr.*, XIII, 17.)

Mas porque la suma perfección de la vida humana consiste en que el alma del hombre se ocupe de Dios, esos tres consejos parecen disponer, sobre todo, a dicha dedicación, y también parecen pertenecer convenientemente al estado de perfección; no como perfecciones en sí mismos, sino como disposiciones a la perfección; la cual consiste en que el hombre se ocupe de Dios. Pueden también (los consejos) llamarse efectos y signos de perfección. Si el espíritu del hombre es atacado con vehemencia por el amor y el deseo de alguna cosa resulta comprensible que posponga todo lo demás. De aquí proviene que, cuando el hombre es llevado con fervor a las cosas divinas, por el amor y el deseo, en lo cual evidentemente consiste la perfección, es lógico que rechace de sí todo lo que pueda retardar su encuentro con Dios, es decir, no sólo el afán por los negocios del mundo y el afecto a la esposa y a los hijos, sino también a sí mismo.

Siendo los tres consejos mencionados disposiciones para la perfección, y también efectos y señales de ella, se dice convenientemente que están en estado de perfección los que de esos consejos hacen voto a Dios. Pero la perfección, a la que los consejos disponen, reside en la ocupación del alma en Dios. Por eso se llaman religiosos los que profesan dichos consejos; como si se dedicaran a sí mismos y sus cosas a Dios a modo de

sacrificio; sus bienes, por la pobreza, el cuerpo por la continencia, y la voluntad, por la obediencia. Así, pues, la religión consiste en el culto divino.

(*Contra Gentiles*, *lib*. III, *cap*. 131.)

31 de octubre

LA PERSEVERANCIA

El que perseverare hasta el fin, éste será salvo. (*Matth.*, XXIV, 13.)

1º) La perseverancia es virtud. Porque la virtud tiene por objeto lo difícil y lo bueno; y por lo tanto, donde ocurre una razón especial de dificultad y de bien, allí hay virtud especial.

Una acción virtuosa puede tener bondad y dificultad por dos motivos: o por la misma especie del acto, o por la larga duración del tiempo. Pues el hecho mismo de insistir mucho tiempo en algo difícil tiene una dificultad especial, y por lo tanto, el persistir mucho tiempo en algún bien hasta terminarlo pertenece a una virtud especial. Luego, así como la templanza y la fortaleza son virtudes especiales porque la primera modera los deleites del tacto, lo cual ofrece en sí dificultad, y la fortaleza modera los temores y audacias acerca de los peligros de muerte, lo cual también es difícil, así también la perseverancia es una virtud especial, pues le corresponde persistir largo tiempo en tales o cuales acciones virtuosas, según lo que sea menester.

La perseverancia y la constancia se diferencian según la dificultad que se ofrezca para persistir en el bien; pues la virtud de la perseverancia

hace que el hombre persista firmemente en el bien contra la dificultad que proviene de la misma larga duración del acto; mientras que la constancia hace que persista firmemente en el bien en contra de la dificultad que proviene de cualesquiera otros obstáculos exteriores.

(2ª 2ae, *q*. CXXXVII, *a*. 1, 3.)

2º) El hombre en estado de gracia necesita del auxilio de la gracia para perseverar.

La perseverancia tiene tres distintas acepciones. Unas veces significa el hábito del alma, por el que el hombre se mantiene firme para no separarse de lo que está de acuerdo con la virtud por las tristezas que le asedian. De otro modo puede decirse que la perseverancia es cierto hábito según el cual el hombre tiene el propósito de perseverar en el bien hasta el fin. En uno y otro concepto, la perseverancia se infunde juntamente con la gracia, como también la continencia y las demás virtudes.

Dícese también perseverancia cierta continuación del bien hasta el fin de la vida; y para poseer tal perseverancia, el hombre constituído en gracia no necesita en verdad de otra gracia habitual, sino del auxilio divino, que le dirija y proteja contra los ataques de las tentaciones.

Y por consiguiente, después que alguno es santificado por la gracia, tiene necesidad de pedir a Dios el don mencionado de la perseverancia para que sea preservado del mal hasta el fin de la vida; porque a muchos se da la gracia, pero no el perseverar en ella.

(1ª 2ae, *q*. CIX, *a*. 10.)

3º) El don de la perseverancia no es objeto de

merecimiento, sino que uno lo alcanza de Dios pidiéndolo para sí o para otro. Pues orando conseguimos aun lo que no merecemos; porque Dios oye también a los pecadores, que le piden el perdón de sus pecados, que no merecen, como hace ver San Agustín[55] cuando comenta estas palabras: *Sabemos que Dios no oye a los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye* (*Joan.*, IX, 31); pues de otra manera, en vano habría dicho el publicano: *Dios, muéstrate propicio a mí, pecador.* (*Luc.*, XVIII, 13.)

(1ª 2ªᵉ, *q.* CXIV, *a.* 9, *ad* 1ᵘᵐ.)

55 *Tract.* 44 *in Joan.*

LOS NOVÍSIMOS

1º de noviembre

FELICIDAD DE LOS SANTOS

Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo. (*Matth.*, XXV, 34.)

El reino de los cielos es la gloria del paraíso; y no es de admirar, porque reino no quiere decir otra cosa sino régimen, gobierno. El mejor gobierno es aquél donde no se hace nada contra la voluntad del que gobierna. La voluntad de Dios es la salvación de los hombres, porque *quiere que todos los hombres sean salvos* (I *Tim.*, II, 4); y esto tendrá lugar principalmente en el paraíso, donde nada se opondrá a la salvación de los hombres, como se lee en San Mateo; *Cogerán de su reino todos los escándalos* (XIII, 41). Así, pues, cuando pedimos: *venga tu reino*, pedimos ser participantes del reino celestial y de la gloria del paraíso.

Este reino es muy deseable por tres motivos:

1º) Por la justicia soberana que reina en él: *Tu pueblo todos justos.* (*Is.*, LX, 21.) En la tierra están los malos mezclados con los buenos, pero en el cielo no habrá ni malo ni pecador.

2º) Por la libertad perfectísima. Aquí no hay libertad, aun cuando todos la desean naturalmente; pero allí habrá libertad absoluta contra

toda servidumbre: *La misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupción.* (*Rom.*, VIII, 21.) Y los hombres no sólo serán libres, sino también reyes, como dice el Apocalipsis: *Nos has hecho reino para nuestro Dios* (V, 10). La razón de esto es que todos serán una voluntad con Dios, y Dios querrá todo lo que los santos quieran, y los santos lo que Dios quisiere; por lo cual con la voluntad de Dios se hará su voluntad; y en consecuencia reinarán todos, pues se hará la voluntad de todos, y Dios será corona de todos. *En aquel día será el Señor de los ejércitos corona de gloria y guirnalda de regocijo al que quedare de su pueblo.* (*Is.*, XXVIII, 5.)

3º) A causa de la admirable abundancia: *Ojo no vió, salvo tú, ¡oh Dios!, lo que has preparado para aquéllos que te esperan.* (*Is.*, LXIV, 4.) *Él llena de bienes tu deseo.* (*Psal.*, CII, 5.)

Y advierte que en Dios solo el hombre encontrará todas las cosas más excelente y perfectamente que todo lo que se busca en el mundo. Si buscas deleite, lo encontrarás sumo en Dios. *Otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón.* (*Joan.*, XVI, 22.) El profeta Isaías dice: *Alegría perdurable sobre las cabezas de ellos* (XXXV, 10); si buscas duración, allí está la eternidad: *Mas los justos para siempre vivirán* (*Sap.*, V, 16); si riquezas, allí encontrarás todo lo que pueden procurar las riquezas, y así de las demás cosas.

San Agustín agrega: "Todo lo que puede desear santamente tu alma, todo está allí: Dios".

(*In orat. domine.*)

2 de noviembre

EL PURGATORIO

Si alguno sobre este fundamento pone oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja..., cuál sea la obra de cada uno el fuego la probará. (I *Cor.*, III, 12, 13.)

Por el oro se significa la contemplación de Dios, como dice San Agustín[56]; por la plata, el amor al prójimo; por las piedras preciosas, las obras buenas; mas por la madera, el heno y la paja se significan los pecados veniales que se mezclan en las obras de los que procuran las cosas terrenas; porque así como estas cosas se acopian en la casa y no pertenecen a la substancia del edificio; mas pueden quemarse y permanecer el edificio; del mismo modo también los pecados veniales se multiplican en el hombre, y queda el edificio espiritual; por ellos sufre el fuego o de la tribulación temporal en esta vida o del purgatorio en la otra, pero puede lograr, no obstante, la salvación eterna.

(1ª 2ªe, *q.* LXXXIX, *a.* II.)

Los pecados veniales, unidos a la caridad, pueden ser consumidos por otra pena; por eso, es una metáfora apropiada la de designarlos por esas materias que el fuego consume, y puesto que cuanto más grave es un pecado tanto más difícilmente es expiado, y entre los pecados veniales hay unos más graves que otros, por eso convenientemente se significa su diferencia por la diversidad de las

(4, *Dist.* 21, *q.* I, *a.* 2.)

56 *De fide et operibus*, c. 15.

materias que más fácil y tardíamente son consumidas por el fuego.

Mas porque todas las cosas se incluyen en tres, que son principio, medio y fin, conforme con esto todos los grados de los pecados veniales se reducen también a tres: a la madera, que permanece más tiempo en el fuego; a la paja, que rapidísimamente se consume, y al heno que guarda un promedio; porque, según que los pecados veniales sean de mayor o menor adherencia o gravedad, así se purificarán por el fuego más rápidamente o con más tardanza.

(1ª. 2ªᵉ., *q.* LXXXIX, *a.* 2, *ad* 4ᵘᵐ.)

Algunos pecados veniales son de mayor adherencia que otros, según que la voluntad se incline más hacia ellos o se fije más fuertemente en ellos. Y como los que son de mayor adherencia tardan más tiempo en purificarse, por eso unos serán atormentados en el purgatorio durante más tiempo que otros, según el grado con que la voluntad haya estado unida a ellos.

Pero como la acerbidad de la pena corresponde propiamente a la cantidad de la culpa, y la duración a la radicación de la culpa en el sujeto, por eso puede ocurrir que uno permanezca más tiempo, aunque con menos penas, y viceversa.

(4, *Dist.* 21, *q.* I, *a.* 3.)

3 de noviembre

PENAS DEL PURGATORIO

I. En el purgatorio hay dos clases de penas: una de daño, por la que se retarda la visión de Dios, y otra de sentido, que consiste en el castigo

por el fuego corporal. La pena mínima de una y otra clase excede a la máxima de las de esta vida.

Cuanto más se desea una cosa, tanto más hace sufrir su ausencia, y como el amor con que se desea el sumo bien, después de esta vida, es muy intenso en las almas santas, porque la voluntad no se retarda por el peso del cuerpo, y también porque el plazo para gozar del sumo bien se cumple si no hay obstáculo; por todo esto, el retardo les resulta sumamente doloroso.

Del mismo modo también, como el dolor no es la lesión, sino el sentimiento de la lesión, tanto más se duele uno de lo que hiere cuanto más sensible es; por lo cual, las lesiones que tienen lugar en las partes muy sensibles, causan gran dolor. Y como toda la sensibilidad del cuerpo procede del alma, si el alma es herida, necesariamente sufre mucho. Debe admitirse que el alma sufre por el fuego corporal.

Por consiguiente, es necesario que la pena del purgatorio, sea de daño o de sentido, sea mayor que toda pena de esta vida.

(4 *Dist.* XXI, *q.* I, *a.* 1.)

II. En cuanto al lugar del purgatorio, no hay nada expresamente determinado en las Escrituras, ni pueden aducirse razones decisivas. Se dice sin purgatorio, sea de daño o de sentido, sea mayor gatorio es un lugar inferior unido al infierno, de tal modo que un mismo fuego es el que atormenta a los condenados en el infierno, y el que purifica a los justos en el purgatorio, aun cuando los condenados, inferiores en merecimientos, deban estar en lugar inferior. Por eso dice San Gre-

gorio que así como bajo un mismo fuego el oro brilla y la paja humea, así dentro del mismo fuego se quema el pecador y se purifica el elegido.
(4 *Dist.* 21, *q.* I, *a.* 1.)

4 de noviembre

INVOCACIÓN A LOS SANTOS

I. Debemos invocar a los santos.

Hay en las cosas este orden divinamente establecido: que los extremos se dirijan a Dios por los intermediarios. Y como los santos que están en los cielos se hallan lo más cerca posible de Dios, el orden de la ley divina requiere que nosotros, *que mientras estamos en el cuerpo vivimos ausentes de Dios* (II *Cor.*, V, 6), seamos conducidos a él por medio de los santos; y así se realiza, ya que por medio de ellos la bondad divina infunde en nosotros sus beneficios. Como, por otra parte, nuestro retorno a Dios debe corresponder al proceso de su bondad para con nosotros, si por intercesión de los santos llegan a nosotros los beneficios de Dios, es necesario que, para que recibamos nuevos beneficios, seamos conducidos al Señor por mediación de aquéllos. De esto procede que constituyamos a los santos intercesores nuestros ante Dios, cuando les pedimos que rueguen por nosotros. Aun cuando los santos superiores son más gratos a Dios que los inferiores, es útil, sin embargo, invocar asimismo, algunas veces, a los santos menores. Y esto por cinco razones:

1º) Porque a veces alguno tiene más devoción a un santo menor que a un santo mayor; y pre-

cisamente de la devoción depende más el resultado de la oración.

2º) Para combatir el fastidio, pues la asiduidad de una cosa engendra fastidio. Invocando a diversos santos, se excita un nuevo fervor de devoción.

3º) Porque a algunos santos se les ha dado un patrocinio singular en causas especiales.

4º) Para ofrecer a todos el honor debido.

5º) Porque con las oraciones de varios se obtiene a veces lo que no se lograría con la súplica de uno solo.

II. Los santos conocen nuestras oraciones.

La esencia divina es medio sobrado para conocer todas las cosas. Dios lo ve todo contemplando su propia esencia. No se sigue de aquí, sin embargo, que quien vea la esencia de Dios, conozca todas las cosas, sino únicamente los que penetran la esencia de Dios. Y como los santos no penetran la esencia divina, no se sigue que conozcan todas las cosas que pueden ser conocidas por la esencia divina. Por lo cual, aun los ángeles inferiores son instruídos por los ángeles superiores en algunas cosas, por más que todos vean la esencia divina.

Pero cada uno de los bienaventurados ve en la esencia divina todo lo que le es necesario ver para la perfección de su bienaventuranza. Ahora bien, para la perfección de la bienaventuranza se requiere que el hombre posea todo lo que desea, y que no quiera nada desordenadamente. Todos quieren esto con voluntad recta; cada uno desea conocer lo que le concierne, y como a los santos no falta rectitud alguna, quieren conocer las cosas que a ellos se refieren; por consiguiente, conocerlas en el Verbo. Esto corresponde a su glo-

ria; prestar ayuda a los necesitados para alcanzar la salvación. De este modo se hacen cooperadores de Dios, y nada hay más divino, como dice San Dionisio.

Por todo lo cual es manifiesto que los santos conocen todo lo que para eso se requiere. Y así resulta evidente que conocen en el Verbo los votos, las devociones y las oraciones de los hombres, que confían en su auxilio.

(4, *Dist.* 45, *q.* III, *a.* 1, 2.)

5 de noviembre

INTERCESIÓN DE LOS SANTOS ANTE DIOS EN FAVOR NUESTRO

I. Los santos ruegan por nosotros.

Como dice San Jerónimo, "el error de Vigilancio fué concebir que mientras vivimos, podemos rogar unos por otros; pero que después de la muerte, no es escuchada la oración por otro". Mas esto es completamente falso, porque como la oración hecha en favor de otros procede de la caridad, cuanto más perfecta sea la caridad que tienen los santos que están en la patria, tanto más oran por los viadores, a quienes pueden ayudar con oraciones; y cuanto más unidos estén a Dios, tanto más eficaces serán sus oraciones; porque según el orden divino la excelencia de los seres superiores redunda en los inferiores, como la claridad del sol en el aire. Por eso se dice también de Cristo: *Puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios; viviendo siempre para interceder por nosotros.* (*Hebr.*, VII, 25.) Por eso dice San Jerónimo: "Si los Apóstoles y

los mártires, cuando todavía vivían en cuerpo mortal, cuando aún debían preocuparse por sí mismos, oraban por otros, ¿cuánto más, después de las coronas, las victorias y los triunfos?"

(2ª 2ªᵉ, *q*. LXXXIII, *a*. 11.)

II. Las oraciones que los santos dirigen a Dios por nosotros son siempre escuchadas.

Los santos ruegan por nosotros de dos maneras: 1ª, con oración expresa, cuando conmueven los oídos de la clemencia divina con sus súplicas por nosotros; 2ª, con oración interpretativa, es decir, por medio de sus merecimientos, que no sólo están presentes siempre a los ojos de Dios, sino que son también sufragios y oraciones para nosotros, así como la sangre de Cristo, derramada por nosotros, se dice que pide perdón.

Los santos oran de ambos modos, y sus oraciones, en cuanto tales, son eficaces para alcanzar lo que piden. Pero por nuestra parte puede haber un defecto, que nos impide recibir el fruto de sus oraciones en cuanto se dice que sus merecimientos nos aprovechan por ser éstos como oraciones en favor nuestro. Pero en cuanto ruegan por nosotros, pidiendo para nosotros alguna cosa con sus oraciones, siempre son escuchados, porque no quieren sino lo que Dios quiere, ni piden sino lo que puede hacerse. Ahora bien, lo que Dios quiere, se cumple siempre, a no ser que hablemos de la voluntad antecedente, con la cual *Dios quiere que todos los hombres se salven,* y que no se cumple siempre. Por eso no es de admirar que no se cumpla, a veces, lo que también quieren los santos con esta voluntad antecedente.

(4, *Dist*. 45, *q*. III, *a*. 3.)

6 de noviembre

UTILIDAD DE LA FE EN LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

La fe y la esperanza en la resurrección tienen cuatro ventajas.

1º) Es un consuelo en la tristeza que nos causa la muerte de los que amamos. Es imposible que el hombre no sienta dolor por la muerte de sus padres o de sus amigos; pero el dolor se mitiga con la esperanza en su resurrección. Por eso decía el Apóstol a los de Tesalónica: *Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros, que no tienen esperanza.* (I *Thess.*, IV, 12.)

2º) Quita el temor a la muerte. Porque si el hombre no esperase otra vida mejor después de la muerte, sin duda alguna sería la muerte muy de temer, y el hombre debería ejecutar cualquier mal, para librarse de ella. Mas porque creemos en otra vida mejor, a la cual llegaremos después de la muerte, consta que nadie debe temerla, ni hacer ninguna cosa mala por temor a ella. A este respecto dice la Epístola a los Hebreos: *Para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, a saber, al diablo; y para librar a aquéllos, que por el temor de la muerte estaban en servidumbre toda la vida.* (II, 14, 15.)

3º) Hace a los hombres afanosos y solícitos en el bien obrar. Porque, si la vida del hombre fuese únicamente ésta que vivimos, no tendría gran empeño en obrar bien; pues todo lo que hiciere, sería poca cosa; y su deseo no es para un bien determinado temporal, sino para la eternidad.

Mas porque creemos que por lo que hacemos aquí, recibiremos bienes eternos en la resurrección, por eso deseamos obrar bien. *Si en esta vida tan solamente esperamos en Cristo, los más desdichados somos de todos los hombres.* (I *Cor.*, XV, 19.)

4º) Aparta del mal. Porque así como la esperanza en el premio alienta a obrar bien, así también el temor de la pena, que creemos reservada para los malos, aparta del mal: *Y los que hicieron bien irán a resurrección de vida; mas lo que hicieron mal, a resurrección de juicio.* (*Joan.*, V, 29.)

(In Symbol.)

7 de noviembre

NECESIDAD DEL JUICIO FINAL

La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrimero. (*Joan.*, XII, 48.)

No puede juzgarse perfectamente de una cosa mutable antes de su consumación; como no puede juzgarse perfectamente de alguna acción, cualquiera que ella sea, antes de que esté consumada en sí y en sus efectos, puesto que parecen ser útiles muchas acciones que demuestran ser nocivas por sus efectos, y de la misma manera, no puede juzgarse perfectamente a hombre alguno hasta que se termine su vida; porque puede, por muchos modos, pasar de bueno a malo y recíprocamente, o de bueno ir a mejor, o de malo, a peor. Por eso dice el Apóstol: *Está establecido a los hombres que mueran una sola vez, y después el juicio.* (*Hebr.*, IX, 27.)

No debe ignorarse, sin embargo, que aunque por la muerte termine la vida temporal del hombre considerada en sí misma ella subsiste dependiente, en cierta manera, de las cosas futuras.

1º) Porque todavía vive en la memoria de los hombres, en los cuales, a veces, falsamente perdura con buena o mala fama.

2º) En los hijos, que son como algo del padre, según el Eclesiástico: *Muerto es el padre de él, y como si no fuera muerto; porque dejó en pos de sí un su semejante* (XXX, 4), y sin embargo, hay hijos malos de muchos padres buenos, y al contrario.

3º) Por el efecto de sus obras, como por la decepción de Arrio y de otros sectarios, pulula la infidelidad hasta el fin del mundo; y hasta entonces progresa la fe por la predicación de los Apóstoles.

4º) En cuanto al cuerpo, que a veces recibe honrosa sepultura, a veces se deja insepulto, y al fin se resuelve totalmente en ceniza.

5º) En cuanto a las cosas en las que el hombre puso su afecto, tales como las cosas temporales, de las cuales unas acaban rápidamente, y otras perduran mucho tiempo. Todas esas cosas están sometidas a la estimación del juicio de Dios.

Por consiguiente, no puede formarse de todas ellas un juicio perfecto y evidente mientras dura el curso de esta vida. Y por eso es menester que tenga lugar el juicio final en el último día, en que se juzgue perfecta y manifiestamente lo que de algún modo pertenece a cada hombre.

Después de la muerte, el hombre alcanza realmente cierto estado inmutable según las cosas que pertenecen al alma; y por eso no es menester diferir más allá el juicio en cuanto al premio del

alma. Mas porque hay otras cosas pertenecientes al hombre, que se hacen en todo el curso del tiempo, y no son ajenas al juicio divino, es necesario que todas esas cosas sean llevadas otra vez a juicio al fin del tiempo; porque, aunque el hombre según ellas no merezca ni desmerezca, pertenecen, no obstante, a algún premio o castigo suyo. Por lo cual conviene que todas ellas sean apreciadas en el juicio final.

(3ª, *q.* LIX, *a.* 5.)

8 de noviembre

EXAMEN DE NUESTRA CAUSA EN EL JUICIO

I. El Señor discutirá con los hombres:

1º) Acerca de la grandeza de su Pasión; por lo cual mostrará todos los instrumentos de su muerte: la cruz, los clavos y la lanza. Mostrará asimismo las llagas: *Le verá todo ojo, y los que le traspasaron.* (*Apoc.*, I, 7.) Y en el capítulo XIX, 13: *Vestía una ropa teñida en sangre.* También aparecerá delante de él el estandarte de la cruz, como dice el Evangelista San Mateo: *Entonces parecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo* (XXIV, 30). ¿Qué dirás? ¿Qué harás, oh pecador? Contra ti hablará la conciencia, te acusarán todos los elementos. Llorará la cruz de Cristo, él mismo alegará por sus llagas, hablarán las cicatrices y se quejarán los clavos.

2º) De las omisiones: *Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber. Era huésped, y no me hospedasteis; desnudo, y no me cubristeis; y en la cárcel, y no me visitasteis.* (*Matth.*, XXV, 42, 43.)

3º) *Se hará interrogatorio de los pensamientos del impío.* (*Sap.*, I, 9.)

4º) De las intenciones: *Discierne los pensamientos e intenciones del corazón.* (*Hebr.*, IV, 12.)

5º) De las palabras ociosas: *De toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio.* (*Matth.*, XII, 36.)

6º) De las malas obras: *Examinará vuestras obras, y escudriñará los pensamientos.* (*Sap.*, VI, 4.)

7º) Acerca de las cosas temporales: *Da cuenta de tu mayordomía.* (*Luc.*, XVI, 2.)

8º) Del cuidado de tu familia. ¿Dónde está la grey que te fué confiada?

9º) De los años y del tiempo perdidos: *Llamó contra mí al tiempo.* (*Thren.*, I, 15.) Y en el libro de Job (XXIV, 23) dice: *Dióle Dios lugar de penitencia, y él abusó de esto para soberbia.*

II. Después de la instrucción de la causa sigue la discusión y vemos quiénes son los acusadores y testigos.

Los acusadores serán tres: en primer lugar, la conciencia: *Dando testimonio a ellos su misma conciencia, y los pensamientos de dentro... En el día en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres.* (*Rom.*, II, 15, 16.) También acusará el demonio, a quien fué dado ese oficio, el cual continuamente nos observa, así como a vuestras obras, para acusarnos: *Es ya derribado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.* (*Apoc.* XII, 10.) El lugar y la criatura donde pecó: *Descubrirán los cielos la iniquidad de él, y la tierra se levantará contra él.* (*Job*, XX, 27.) *La piedra*

desde la pared clamará. (*Hab.*, II, 11.) El padre acusará al hijo, y el hijo al padre. El hijo se quejará del mal padre, porque por él está en oprobio. *Los hijos que nacen de inicuos sueños, testigos son de la maldad contra los padres.* (*Sap.*, IV, 6.)

Los testigos serán también tres. El primero será el Creador, a quien ofendimos: *Pues he aquí que mi testigo está en el cielo, y en las alturas el que me conoce.* (*Job.*, XVI, 20.) *Yo soy el juez y el testigo, dice el Señor.* (*Jer.*, XXIX, 23.) El segundo testigo será el ángel bueno, que fué dado al hombre para su custodia, el cual lo acusará de la mucha ingratitud para con su servicio. Por eso dirá en el juicio aquello de Jeremías: *Hemos medicinado a Babilonia, y no ha sanado* (LI, 9). El tercero será la mancha del pecado, que se destacará en el rostro, como dice Jeremías: *Te acusará tu malicia* (II, 19). *Mis arrugas dan testimonio contra mí.* (*Job.*, XVI, 9.) Y de este modo serán tres los testigos contra el hombre, como dice el Deuteronomio: *Por el dicho de dos o de tres testigos perecerá el que fuese muerto* (XVII, 6).

(*De Judicio ultimo*, XVII, XVIII.)

9 de noviembre

TEMOR AL JUICIO

Temed al Señor, y dadle honra, porque vino la hora de su juicio. (*Apoc.*, XIV, 7.)

Por cuatro motivos debe ser temido aquel juicio:

1º) Por la sabiduría del juez. Pues conoce to-

das las cosas, los pensamientos, las palabras y las obras, ya que *todas las cosas están desnudas y descubiertas a los ojos de aquél.* (*Hebr.*, IV, 13.) Conoce nuestras palabras: *Oreja de celo, oye todas las cosas* (*Sap.*, I, 10); y nuestros pensamientos: *Torcido es el corazón de todos, e impenetrable, ¿quién le conocerá? Yo, el Señor, que escudriño el corazón y examino los riñones, que doy a cada uno según su camino, y según el fruto de sus invenciones.* (*Jer.*, XVII, 9, 10.) Allí habrá testigos infalibles, es decir, las propias conciencias de los hombres: *Dando testimonio a ellos su misma conciencia, y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusan, y otras los defienden, en el día en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres.* (*Rom.*, 15, 16.)

2º) A causa de la potestad del juez, pues es omnipotente en sí: *Ved que el Señor Dios vendrá con fortaleza.* (*Is.*, XL, 10.) Lo es también en los otros, pues toda criatura estará con él: *Peleará con él todo el universo contra los insensatos* (*Sap.*, V, 21.) Por ese motivo decía Job: *No habiendo nadie que pueda librar de tu mano* (X, 7); y el profeta David: *Si subiere al cielo, tú allí estás; si descendiere al infierno, estás presente.* (*Psal.*, CXXXVIII, 8.)

3º) Por la justicia inflexible del juez. Porque ahora es tiempo de misericordia, pero el tiempo futuro sólo será de justicia. Por consiguiente, ahora el tiempo es nuestro, y después sólo será de Dios: *Cuando yo tomare el tiempo, yo juzgaré la justicia.* (*Psal.*, LXXIV, 3.) Y en el libro de los Proverbios se lee: *El celo y la saña del marido no perdonará en el día de la venganza, ni se aquietará a ruegos de ninguno, ni recibirá dones*

en recompensa, aunque sean muchísimos (VI, 34, 35).

4º) Por la ira del juez. Pues de manera distinta aparecerá a los justos [porque será dulce y deleitable, conforme con aquello de Isaías: *Los ojos de él verán al rey en su gloria* (XXXIII, 17)] de como se presentará ante los malos, porque estará airado y cruel, hasta el punto que éstos dirán a los montes: *Caed sobre nosotros, escondednos... de la ira del Cordero.* (*Apoc.*, VI, 16.) Pero esta ira no quiere decir, en Dios, conmoción del ánimo, sino efecto de ira, a saber, la pena eterna infligida a los pecadores. Como dice Orígenes, "¡cuán estrechos serán para los pecadores los caminos en el juicio!"

(*In Symbol.*)

10 de noviembre

PODER DEL SUMO JUEZ

Vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad. (*Matth.*, XXIV, 30.) Sobre estas palabras dice la Glosa: "Con gran poder y majestad han de ver al que no quisieron escuchar cuando estaba en la humildad, y tanto más rigurosamente sentirán entonces su virtud cuanto más rehusen ahora inclinar la cerviz del corazón ante su poder." Vendrá efectivamente con grande poder, *porque las virtudes de los cielos serán conmovidas.* (*Matth.*, XXI, 26.) San Gregorio dice: "¿A qué llama virtudes de los cielos sino a los ángeles, a las dominaciones, a las potestades y a los principados, los cuales en la venida del juez aparecerán visiblemente ante los ojos, para que enton-

ces se nos exija con rigor lo que ahora nos sufre ecuánimemente el Creador invisible?" Y San Juan Crisóstomo comenta: "Si un rey terreno que va a la guerra ordena una expedición a su pueblo, se agitan los dignatarios, los ejércitos se ponen en pie y todo el estado está en efervescencia, ¿cuánto más no se conmoverán las virtudes angélicas, ministros terribles, al preceder a un Señor aún más terrible, cuando el rey celestial se levante a juzgar a los vivos y a los muertos?"

Debe saberse que el poder de Cristo Juez será insuperable, inexplicable, interminable.

Acerca de lo primero dice San Juan Crisóstomo: "Entonces no habrá poder para resistir, facultad para huir, lugar de penitencia, ni tiempo de satisfacción." En esta angustia universal sólo queda el llanto.

Respecto a lo segundo escribe San Agustín, comentando aquel pasaje de San Juan: *Luego, pues, que les dijo "Yo soy", volvieron atrás, y cayeron en tierra* (XVIII, 6): "Una voz sin ningún dardo hirió, rechazó y prosternó, con la virtud de la divinidad escondida, a la turba, feroz por sus odios y terrible por sus armas. ¿Qué hará cuando venga a juzgar, si hizo esto cuando iba a ser juzgado? ¿Qué podrá en el momento de reinar cuando pudo aquello en el momento de morir?" Como si dijese: "no puede explicarse el poder de tal juez".

Por lo que hace a lo tercero se dice en Daniel: *Miraba yo, pues, en la visión, y he aquí que venía como Hijo de hombre... su potestad es potestad eterna* (VII, 13), esto es, que no está limitada. Por consiguiente, debe ser temido el poder de tal juez.

Así como el poder de Cristo Juez será insupe-

rable, así también será inefable su sabiduría, e inflexible su justicia. Por lo cual explica San Bernardo: "Vendrá el día del juicio, en el que más valdrán los corazones puros que las palabras astutas, la buena conciencia que las bolsas llenas, porque el juez no será engañado con palabras, ni doblegado con dádivas." Tres cosas se requieren para la celebración del juicio: celo de justicia para proceder al juicio; luz de sabiduría, para dictar la sentencia; y poder para ejecutar la sentencia dictada. Todo esto se encuentra excelentemente en Cristo Juez, pues por el testimonio de la Escritura y de los santos se comprueba que su justicia es inflexible, su sabiduría inefable, y su poder insuperable.

Dice San Gregorio: ¡Cuán estrechos serán entonces los caminos de los réprobos! Arriba el juez airado, abajo el caos horrendo, a la derecha los pecados que acusan, a la izquierda legión infinita de demonios que arrastran al suplicio; dentro, la conciencia que quema; fuera, el mundo que arde. ¿Adónde huirá el pecador miserable de tal manera cercado? Ocultarse será imposible; mostrarse, intolerable.

(De Humanitate Christi.)

11 de noviembre

TIEMPO EN QUE TENDRÁ LUGAR EL ÚLTIMO JUICIO

El tiempo de la venida del Señor es desconocido por todos, según aquel pasaje de San Mateo (XXIV, 36): *Mas de aquel día, ni de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo.* No se nos ha revelado el conocimiento

de ese día, porque nos conviene la incertidumbre acerca de la venida del juez, a fin de vivir cada día como si al día siguiente hubiésemos de ser juzgados, según la Glosa. Esto se confirma con las palabras de San Marcos (XIII, 33): *Estad sobre aviso, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo.*

En ese pasaje señala notablemente el Señor tres expresiones: estad sobre aviso, velad y orad.

1º) Debemos estar fervorosamente sobre aviso, pensando en el día de la venida del juez. Porque siempre debemos poner ante los ojos aquel día, el día de la ira. Por eso se explican las palabras del Deuteronomio: *¡Oh si tuvieran sabiduría e inteligencia, y previesen las postrimerías!* (XXXII, 29.) Y San Jerónimo dice: "Ya coma, ya beba, ya escriba, o haga cualquier otra cosa, siempre resuena en mis oídos aquella voz: levantaos, muertos, venid a juicio."

2º) Debemos velar insistentemente, obrando, para que se nos encuentre dispuestos con obras buenas. Sobre esto escribe San Gregorio: "Vela el que tiene abiertos los ojos para mirar la verdadera luz; vela el que observa lo que cree, practicándolo; vela el que rechaza de sí las tinieblas del cuerpo y de la negligencia." Así, pues, hay que velar, porque no sabemos en qué hora va a venir nuestro Señor, ya sea para el juicio particular que se verificará en la muerte de cada uno, ya para el juicio universal y final. Por ese motivo, sobre aquello de San Marcos (XIII, 37): *Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad,* dice San Agustín: "Vendrá para cada uno aquel día, cuando llegare su día, para que salga de aquí tal cual ha de ser juzgado en aquél; y por eso debe vigilar todo cristiano, para que no lo en-

cuentre sin preparación la venida del Señor. Aquel día encontrará sin preparación a quien hubiere encontrado desapercibido el último día de su vida."

3º) Debemos orar, impetrando fervorosamente la misericordia de Cristo: *para que seáis dignos de evitar todas estas cosas, que han de ser, y de estar en pie delante del Hijo del hombre.* (*Luc.*, XXI, 36.) Aquí se indican dos cosas por las que se debe orar: para evitar las males futuros, y para alcanzar los bienes futuros. Lo primero, según las palabras: *para que seáis dignos de evitar todas estas cosas.* Por eso dice también San Mateo (XXIV, 20): *Rogad, pues, que vuestra huída no suceda en invierno, o en sábado,* esto es, no queráis huir, cuando ni es lícito ni podéis. Se nos manda orar espiritualmente para que no se enfríe la fe y la caridad hacia Dios, y para que no nos entorpezcamos, ociosos, en las obras de Dios, es decir, en el sábado de las virtudes, dice la Glosa. Lo segundo se indica en las palabras: *y de estar en pie delante del Hijo del hombre;* ésta es la cumbre de la bienaventuranza, a saber: estar seguro en la presencia de su juez. Y Teodoreto comenta: "Porque la gloria angélica es estar de pie ante el Hijo del Hombre, nuestro Dios, y contemplar siempre su faz."

(*De Humanitate Christi.*)

12 de noviembre

LA MUERTE ETERNA

Los malos no tendrán en la muerte eterna menos dolor y pena que alegría y gloria los buenos.

La pena de aquéllos se acrecienta:

1º) Por la separación de Dios y de todos los bienes; y ésta es la pena de daño que responde a la aversión. La pena de daño es mayor que la de sentido: *Al siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores.* (*Matth.*, XXV, 30.) Los malos, durante la vida presente, tienen tinieblas interiores, esto es, las del pecado, mas entonces las tendrán exteriores.

2º) Por el remordimiento de la conciencia. *Te argüiré y te pondré delante de tu cara.* (*Psal.*, XLIX, 21.) *Gimiendo con angustia de espíritu.* (*Sap.*, V, 3.) Y, sin embargo, esta penitencia y gemidos serán inútiles, porque no son por odio al mal, sino por el temor y enormidad de la pena.

3º) Por la inmensidad de la pena sensible, es decir, del fuego del infierno, que atormentará el alma y el cuerpo. Esta pena es acerbísima, como dicen los santos. Estarán como muriendo siempre y nunca han de morir; por este motivo se llama muerte eterna, porque así como el moribundo se encuentra en acerbidad de penas, del mismo modo los que están en el infierno: *Como ovejas, son puestos en el infierno; ellos serán pasto de la muerte.* (*Psal.*, XLVIII, 15.)

4º) Por la desesperación de salvarse. Pues si se les diese esperanza de librarse de las penas, se mitigaría su sufrimiento; pero, al substraérseles toda esperanza, la pena se hace gravísima. El

gusano de ellos no morirá y el fuego de ellos no se apagará. (*Is.*, LXVI, 24.)

De este modo se manifiesta la diferencia entre el bien obrar y el mal obrar; pues las obras buenas conducen a la vida, pero las malas arrastran a la muerte. Por este motivo los hombres debieran traer frecuentemente estas cosas a la memoria, porque así serían inducidos al bien y apartados del mal. Por lo cual se consignan expresamente al final del Símbolo y de todas las cosas las palabras: *Vida eterna,* para que siempre se impriman mejor en la memoria. A esa vida nos lleve nuestro Señor Jesucristo, Dios bendito por los siglos de los siglos.

(*In Symbol.*)

13 de noviembre

PENAS DE LOS CONDENADOS

1º) *Fuego y azufre y viento tempestuoso es la porción del cáliz de ellos.* (*Psal.*, X, 7.) *A un calor extremo pase desde aguas de nieve.* (*Job.*, XXIV, 19.) En la última purificación de este mundo se hará la separación de los elementos; lo que es puro y noble permanecerá arriba para gloria de los bienaventurados; pero lo que es innoble y fétido será arrojado al infierno para castigo de los condenados; de suerte que toda criatura será materia de gozo para los bienaventurados; y los condenados encontrarán un aumento de tormento en todo lo creado, como dice el libro de la Sabiduría: *Peleará con él todo el universo contra los insensatos* (V, 21). Conviene así a la justicia divina que los que se apartaron

de una parte por el pecado y pusieron su fin en las cosas materiales, que son muchas y variadas, sean afligidos de mil maneras y por muchas cosas.

2º) *El gusano de ellos no morirá.* (*Is.*, LXVI, 24.) No se trata de un gusano corporal, sino espiritual, que es el remordimiento de la conciencia, y que se llama gusano, porque nace de la podredumbre del pecado y aflige al alma, del mismo modo que el gusano corporal nace de la corrupción y aflige royendo.

3º) *Arrojadle en las tinieblas exteriores.* (*Matth.*, XXII, 13). Sobre aquello del Salmo (XXVIII, 7): *Voz del Señor que corta llama de fuego,* dice San Basilio que, por el poder de Dios, será separada la claridad del fuego de su calor, de modo que la claridad cederá en alegría de los bienaventurados y su actividad quemante en tormento de los condenados. La disposición del infierno será tal cual corresponde a la miseria de los condenados. Por lo cual habrá allí luz y tinieblas, de manera que contribuirán lo más posible al castigo de los condenados. La visión misma es deleitable de por sí; pero a veces sucede que hiere, cuando las cosas vistas son nocivas y contrarias a nuestra voluntad. El infierno debe estar dispuesto de tal modo que nada pueda verse allí claramente, sino en penumbra solamente, lo que aflige nuestro corazón. El lugar es tenebroso, pero por disposición divina hay en él alguna luz, la suficiente para ver las cosas que pueden atormentar el alma.

4º) *Le devorará fuego que no se enciende.* (*Job.*, XX, 26.) San Gregorio dice: "El fuego corporal tiene necesidad de incentivos corpóreos, necesita ser encendido y no dura si no es reani-

mado. Con el fuego del infierno ocurre lo contrario, porque a pesar de ser fuego corpóreo y quemar corporalmente a los réprobos arrojados en él, ni es encendido con industria humana, ni es alimentado con madera, sino que, una vez encendido perdura inextinguible, no necesita incentivo, y su ardor no disminuye." Aquel fuego no necesita de leña para ser alimentado porque o existe en materia especial, o en materia extraña, no por violencia sino por naturaleza, procedente de un principio intrínseco. Por lo cual no lo encendió el hombre, sino Dios, que creó aquella naturaleza, y esto es lo que se dice en Isaías (XXX, 33): *El aliento del Señor, como torrente de azufre, es el que lo enciende.*

(4 *Dist.*, 50.)

14 de noviembre

INTELIGENCIA DE LOS CONDENADOS

Viéndolos, serán turbados con temor horrendo. (*Sap.*, V, 2.)

1º) Los condenados podrán usar de los conocimientos que adquirieron en este mundo.

Porque así como en la perfecta bienaventuranza de los santos nada habrá en ellos que no sea materia de alegría, así nada habrá en los condenados que no les sea materia y causa de tristeza, ni nada que falte a la tristeza, para que sea completa su miseria. Así, pues, los condenados considerarán aquellas cosas que anteriormente conocieron como materia de tristeza, no como causa de deleite; porque considerarán los males que hicieron, por los cuales fueron condenados,

y los bienes deleitables que perdieron, y todo esto los atormentará. También serán atormentados por el conocimiento de las verdades especulativas que estuvieron viendo cuán imperfecto era, y que han perdido la suprema perfección que habrían podido alcanzar.

2º) Los condenados verán la gloria de los bienaventurados. Antes del día del juicio verán a los santos en la gloria; pero no de modo que conozcan esta gloria tal cual es, sino solamente que los santos viven en una gloria inestimable. Por eso serán perturbados, ya doliéndose por envidia de su felicidad, ya porque ellos la perdieron. Por eso en el libro de la Sabiduría se dice de los impíos: *Viéndolos, serán turbados con temor horrendo* (V, 2).

Pero después del día del juicio serán privados totalmente de la visión de los bienaventurados; sin embargo, con esto no disminuirá su pena, antes bien, será aumentada; porque se acordarán de la gloria de los bienaventurados, que vieron en el juicio o antes, y esto les servirá de tormento; además se afligirán al verse indignos de contemplar la gloria que los santos merecieron poseer.

3º) Los condenados pensarán en Dios.

De dos maneras puede Dios ser considerado, esto es: primero, en sí mismo o según lo que le es propio, como principio de toda bondad, y de ese modo no se puede pensar en él sin alegría; por eso los condenados no pueden pensar en él de ninguna manera; segundo, según lo que le es accidental en sus efectos, como el castigar o cosa semejante; y en este sentido la consideración de Dios puede producir tristeza, pues los condenados sólo verán a Dios bajo su aspecto de castigador

y obstructor de todo lo que agrada a la mala voluntad de ellos.

(4, *Dist.*, 50.)

15 de noviembre

VOLUNTAD DE LOS CONDENADOS

1º) Los condenados no se arrepienten del mal que hicieron. Podemos arrepentirnos del pecado de dos modos: uno absoluto y otro accidental. Arrepentirse del pecado absolutamente es arrepentirse del pecado porque es pecado; y arrepentirse accidental o relativamente es arrepentirse del pecado por alguna circunstancia, como la de la pena o cosa parecida. Los malos no se arrepentirán de los pecados en el primer sentido, porque la voluntad de la malicia del pecado subsiste en ellos; pero se arrepentirán acidentalmente, por cuanto serán afligidos con la pena que sufren por el pecado.

2º) Querrían que todos fueran condenados.

Así como en el cielo los bienaventurados tienen el amor perfecto, así los condenados poseen el odio perfecto. Y así como los santos se alegrarán de todos los bienes, del mismo modo los impíos se dolerán de todo bien. Por eso la felicidad de los santos, considerada por ellos, les aflige muchísimo. Esto es lo que dice el profeta Isaías: *Vean y sean confundidos los que envidian a tu pueblo, y fuego devore a tus enemigos* (XXVI, 11). Por lo cual querrían que todos los buenos estuviesen condenados.

Y aun cuando por la multitud de los condenados se acrecienta la pena de cada uno, sin em-

bargo el odio y la envidia serán tan grandes que preferirían ser atormentados con otros muchos antes que sufrir menos estando solos.

Será tal la envidia en los condenados que envidiarán la gloria de los parientes, mientras ellos están en suma miseria, porque aun en la vida sucede tal cosa, cuando crece la envidia.

3º) Los condenados tendrán odio a Dios, como dice el Salmo (LXXIII, 23): *La soberbia de aquéllos que te aborrecen sube continuamente.*

Dios es conocido o en sí mismo, como por los bienaventurados que le ven por esencia; o en sus efectos, como lo conocemos nosotros y los condenados. En sí mismo es la bondad por esencia y no puede desagradar a ninguna voluntad; por lo cual nadie que lo ve por esencia puede odiarlo.

Pero existen algunos efectos de Dios que desagradan a una voluntad desordenada, como la imposición de pena, y la prohibición de los pecados por la ley divina, que repugnan a la voluntad depravada por el pecado. De este modo, no en sí mismo, sino por razón de sus efectos, Dios puede ser odiado. Y así los condenados, percibiendo a Dios en el efecto de justicia, que es la pena, le tienen odio, lo mismo que a las penas que soportan.

(4, *Dist.*, 50, *q.* II, *a.* 1.)

4º) Los condenados blasfeman siempre, como dice la Escritura: *Ardieron los hombres de grande ardor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas.* (*Apoc.*, XVI, 9.)

A la naturaleza de la blasfemia pertenece la detestación de la bondad divina. Mas los que están en el infierno conservarán la voluntad per-

versa, enemiga de la justicia de Dios, en el sentido de que amarán las cosas por las que se les castiga, querrían usar de ellas, si pudiesen, y odian las penas que se les infligen por tales pecados.

Sin embargo, también se duelen de los pecados que cometieron, no porque los aborrezcan, sino porque son castigados por ellos.

Así, pues, tal detestación de la justicia divina es en ellos blasfemia interna del corazón. Es de creer que, después de la resurrección, existirá también en ellos la blasfemia verbal, como en los santos la alabanza vocal de Dios.

Es cierto que los hombres en la vida presente desisten de la blasfemia por temor de las penas que creen poder eludir. Pero los condenados en el infierno no esperan poder evadirse de ellas, y por consiguiente, como desesperados, se entregan a todo lo que les sugiere su perversa voluntad.

(2ª 2ªᵉ, *q.* XIII, *a.* 4.)

16 de noviembre

ETERNIDAD DE LAS PENAS DE LOS CONDENADOS

E irán éstos al suplicio eterno. (*Matth.*, XXV, 46.)

I. La misma relación existe entre el premio y el mérito que entre la pena y la culpa. Pero según la justicia divina, a un mérito temporal se debe un premio eterno. Luego, según la justicia divina, a una culpa temporal se debe una pena eterna.

Pero toda pena tiene una doble cantidad, a

saber: la intensidad de su acerbidad y la duración del tiempo; la cantidad de la pena corresponde a la cantidad de la falta por la intensidad de la aflicción de suerte que, cuanto más gravemente peque uno, tanto más grave será la pena que se le dará. Por eso dice el Apocalipsis: *Cuanto ella se ha glorificado y vivido en deleites, tanto daréis de tormento y pena* (XVIII, 7).

Mas la duración de la pena no responde a la duración de la culpa; pues no se castiga con una pena momentánea el adulterio que se comete en un instante de tiempo, aun por las leyes humanas; sino que la duración de la pena está en relación con la disposición del que peca; y a veces el que peca en una ciudad, por el mismo pecado merece que lo separen por completo de la vida social, ya con el destierro perpetuo, ya con la muerte. En ocasiones, sin embargo, no merece esta separación radical; y entonces, para que pueda ser miembro soportable de la sociedad se le prolonga o abrevia la pena, según conviene a su enmienda, de modo que pueda vivir conveniente y pacíficamente en la sociedad.

Esto mismo hace la justicia divina: uno, por su pecado, merece que se le separe por completo del consorcio de la ciudad de Dios, y esto se vefirica por todo pecado que se comete contra la caridad, vínculo que une la ciudad de los elegidos; y así por el pecado mortal, que es contrario a la caridad, uno es condenado a la pena eterna, y excluído para siempre de la compañía de los santos.

Mas para los que pecan de tal modo que no merecen ser separados por completo del consorcio de la ciudad santa, como los que pecan venialmente, la pena ha de ser más breve o más

duradera, según el grado de purificación que necesiten y según la mayor o menor adhesión a los pecados; lo cual se cumple en las penas de esta vida y del purgatorio, por la divina justicia.

II. Las penas de los impíos, que han de durar eternamente, son útiles para dos fines: 1º, para que en ellas se cumpla la divina justicia, que es grata a Dios por sí misma; 2º, para que de ellas se gocen los elegidos, cuando en las mismas contemplen la justicia de Dios, y conozcan que han logrado evadirse de ellas. Esto es lo que dice San Gregorio: Todos los inicuos destinados al suplicio eterno serán ciertamente castigados por su iniquidad, y sin embargo arderán para algún fin, es decir, para que todos los justos vean en Dios los goces de que participan y perciban en ellos los suplicios que evitaron; para que conozcan más que son eternamente deudores de la gracia divina, cuando vean que son eternamente castigados los males que ellos vencieron con la ayuda de Dios. (4, *Dist.*, 46, *q*. I.)

III. No hay esperanza en los condenados: *Mis siervos cantarán alabanzas por la alegría del corazón, y vosotros daréis gritos por el dolor del corazón, y por el quebrantamiento del espíritu aullaréis.* (*Is.*, LXV, 14.)

Así como es esencial a la bienaventuranza que la voluntad repose en ella, así es esencial a la pena que aquello que se aplica como tal pena, repugne a la voluntad. Pero no puede aquietar la voluntad o repugnar a ella lo que se ignora. Y por consiguiente dice San Agustín [57] que los

[57] *Super Gen. ad litt.*, lib. XI, cap. 17, 19.

ángeles no podían ser perfectamente bienaventurados en su primer estado antes de su confirmación o caída, ya que no sabían lo que les iba a suceder.

Porque para la perfecta y verdadera bienaventuranza se requiere que uno esté cierto de la perpetuidad de su bienaventuranza; en caso contrario, la voluntad no estaría tranquila.

Del mismo modo, como la perpetuidad de la condenación corresponde a la pena de los condenados, no tendría verdaderamente razón de castigo si no repugnara a la voluntad, lo cual sería imposible, si ignoraran la perpetuidad de su condenación. Por consiguiente, corresponde a la condición miserable de los condenados que ellos sepan que de ningún modo pueden evadirse de la condenación y llegar a la bienaventuranza. Por eso se dice en Job: *No cree que puede volver de las tinieblas a la luz* (XV, 22).

(2ª 2ªe, *q.* XVIII, *a.* 3.)

17 de noviembre

DEBE CREERSE EN LA VIDA ETERNA

I. Convenientemente con el fin de todos nuestros deseos, es decir, la vida eterna, termina el Símbolo de la fe en estas palabras: *creo en la vida eterna. Amén.* Se pone ese artículo contra los que dicen que el alma perece con el cuerpo. Porque si esto fuese verdadero, el hombre sería de la misma condición que los brutos, y a éstos les conviene lo que dice el Salmo (XLVIII, 21): *El hombre, cuando estuvo en honor, no lo enten-*

dió; ha sido comparado a las bestias insensatas, y se ha hecho semejante a ellas. Porque el alma humana se asemeja a Dios en la inmortalidad; mas por la sensibilidad se asemeja a las bestias. Así, pues, cuando uno cree que el alma muere con el cuerpo, se aparta de la semejanza de Dios y se compara a las bestias. Contra éstos dice la Escritura: *Ni esperaron galardón de justicia, ni hicieron cuenta de la honra de las almas santas. Por cuanto Dios crió al hombre inexterminable, y lo hizo a la imagen de su semejanza.* (*Sap.*, II, 22, 23.)

II. Ahora es fácil creer por el testimonio de Cristo. Porque es necesario que el hombre conozca dos cosas: la gloria de Dios y la pena del infierno. Porque cautivados por la gloria de Dios y aterrados por las penas, los hombres se ponen en guardia y se apartan de los pecados. Pero es muy difícil al hombre conocer esas cosas. Por eso se dice de la gloria en el libro de la Sabiduría: *Pues lo que está en los cielos ¿quién lo investigará?* (IX, 46). Esto es difícil a los terrenos, porque como se dice (en el cuarto Evangelio): *El que es de la tierra, terreno es, y de la tierra habla* (*Joan.*, III, 31); pero no es difícil a los espirituales, porque *el que viene del cielo, sobre todo es.* (*Ibid.*) Por consiguiente, Dios descendió del cielo, y se encarnó para enseñarnos las cosas celestiales.

También era difícil conocer las penas del infierno: *Ni se ha conocido quien haya tornado de los infiernos.* (*Sap.*, II, 1.) Esto se dice en persona de los impíos, pero ahora no puede decirse, porque así como descendió del cielo para enseñar las cosas celestiales, así también resucitó de los

infiernos para darnos a conocer las cosas del infierno.

(*In Symbol.*)

18 de noviembre

VISIÓN INMEDIATA DE DIOS

Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero. (*Joan.*, XVII, 3.)

I. Como resulta imposible que un deseo natural quede insatisfecho, lo cual ocurriría, ciertamente, si no pudiera llegarse a conocer la sustancia divina, que desean naturalmente todos los espíritus, es necesario afirmar que es posible ver la sustancia de Dios por la inteligencia, y también por las sustancias separadas y por nuestras almas.

Esa visión inmediata de Dios se nos promete en la Escritura: *Ahora vemos como por espejo en obscuridad; mas entonces cara a cara.* (I *Cor.*, XIII, 12.) Esto no ha de entenderse corporalmente, de modo que imaginemos un rostro corporal en la misma divinidad, pues Dios es incorpóreo; ni tampoco es posible que con nuestra cara corporal veamos a Dios, pues la vista corporal que reside en nuestro rostro no puede tener por objeto sino cosas corporales. Así, pues, veremos la faz de Dios porque lo veremos inmediatamente, como al hombre a quien vemos cara a cara.

En esta visión nos asemejamos en gran manera a Dios y participamos de su bienaventuranza; porque Dios conoce su substancia por su esencia, y ésta es su felicidad. Por eso se dice

en la Epístola I de San Juan: *Cuando él apareciere, seremos semejantes a él, por cuanto nosotros le veremos así como él es* (III, 2). Y el Señor dice en el Evangelio de San Lucas: *Dispongo yo del reino para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí. Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino* (XXII, 29, 30). Esto no puede entenderse de comida y bebida corporal, sino de lo que se sirve en la mesa de la sabiduría, como agrega la misma divina sabiduría: *Comed mi pan, y bebed el vino que os he mezclado.* (*Prov.*, IX, 5.) Por lo tanto, sobre la mesa de Dios comen y beben los que gozan de la misma felicidad con que Dios es feliz, viéndolo del modo como él se ve a sí mismo.

(*Contra Gentiles, lib.* III, *cap.* 51.)

II. *Ésta es la vida eterna.* Llamamos propiamentemente vivientes a los que mueven a sí mismos para obrar, y todas las acciones hacia las cuales se mueve el que obra se llaman obras de vida, como querer, entender, sentir, crecer y moverse. Entre esas obras de vida la más elevada es la de la inteligencia, que es el entender, y por eso la operación intelectual es sobre todo vida. Y como la inteligencia es vida, y comprender es vivir, se sigue que entender una cosa eterna es vivir con vida eterna. Pero Dios es un ser eterno; luego entender y ver a Dios es la vida eterna. Por eso dijo el Señor que en la visión de Dios consiste la vida eterna, es decir, principalmente y en su sustancia. El amor es el que mueve esta visión y es, en cierto modo, su complemento, porque en la delectación que proviene del goce divino y que produce la caridad, hay un

complemento y esplendor de la bienaventuranza, pero su sustancia reside en la visión.

(*In Joan.*, c. XVII.)

19 de noviembre

LA VIDA ETERNA

1º) Lo primero en la vida eterna es que el hombre se une a Dios; porque el mismo Dios es el premio y el fin de todos nuestros trabajos. Pero esta unión consiste en la visión perfecta; y en segundo lugar, en un amor muy fervoroso; puesto que cuanto mejor se conoce una cosa, tanto más perfectamente se ama. En tercer lugar, viene la suprema alabanza. Por eso dice San Agustín: "Veremos, amaremos y alabaremos." Y el profeta Isaías: *Gozo y alegría se hallarán en ella, acción de gracias, y voz de alabanza* (LI, 3).

2º) En ella existe plena y perfecta saciedad del deseo; porque allí poseerá el bienaventurado mucho más de lo que puede desear y esperar. La razón de esto es que ninguno puede en esta vida llenar su deseo, ni jamás cosa alguna creada sacia el deseo del hombre. Sólo Dios harta y excede infinitamente; de ahí resulta que sólo se encuentra hartura en Dios. Por eso dice San Agustín: "Tú, oh Dios, nos has creado para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" [58].

Y porque los santos en el cielo poseerán perfectamente a Dios, es evidente que será saciado el deseo de ellos y que todavía excederá la gloria.

[58] *Confess.*, libr. III, cap. 1.

Por esa razón dice Cristo: *Entra en el gozo de tu Señor.* (*Matth.*, XXV, 21.) A este respecto escribe San Agustín: "No todo el gozo entrará en los gozosos, sino todos los gozosos entrarán en el gozo." *Seré saciado, cuando apareciere tu gloria.* (*Psal.*, XVI, 15.) *Él llena de bienes tu deseo.* (*Psal.*, CII, 5.)

Todo lo que es deleitable está allí y de manera sobreabundante. Pues si se apetecen los deleites, allí habrá sumo y perfectísimo deleite, ya que se gozará del sumo bien, que es Dios: *Entonces en el Todopoderoso abundarás de delicias.* (*Job.*, XXII, 26.) *Deleites en tu derecha para siempre.* (*Psal.*, XV, 11.)

Asimismo, si se apetecen honores, allí habrá todo honor. Los hombres, si son laicos, desean preferentemente ser reyes, y si son clérigos, desean ser obispos. Allí habrá ambas cosas: *Nos has hecho para nuestro Dios reino y sacerdotes.* (*Apoc.*, V, 10.)

Si se desea la ciencia, allí será perfectísima; pues conoceremos todas las naturalezas de las cosas y toda verdad, y cuanto queramos saber y tener, lo sabremos y tendremos en la vida eterna: *Me vinieron todos los bienes juntamente con ella.* (*Sap.*, VII, 11.) *A los justos se les concederá su deseo.* (*Psal.*, X, 24.)

3º) Allí hay perfectísima seguridad. En este mundo no hay seguridad plena, pues cuantas más cosas tenga uno, y cuanto mayor sea su familia tanto más temerá y necesitará. Pero en la vida eterna no hay ninguna tristeza, ningún trabajo, ningún temor: *Se sentará mi pueblo en hermosura de paz.* (*Is.*, XXXII, 18.) *Gozará de abundancia, quitado el miedo de males.* (*Prov.*, I, 33.)

4º) Hay allí agradable compañía de todos los

buenos, y esta compañía resulta muy deliciosa a las personas buenas. Así, pues, los santos tendrán todos estos bienes y otros inefables, y cada cual amará al otro como a sí mismo. Por ese motivo gozará del bien ajeno como del propio; pues ocurre que la alegría y el gozo de cada uno se acrecientan más, cuando son más los que los disfrutan: *Todos los que moran en ti viven en alegría* (*Psal.*, LXXXVI, 7.)

(*In Symbol.*)

20 de noviembre

UNOS VEN MÁS PERFECTAMENTE QUE OTROS LA ESENCIA DE DIOS

Aun hay diferencia de estrella a estrella en la claridad. (I *Cor.*, XV, 41.)

1º) Entre los que ven a Dios en su esencia, uno lo verá más perfectamente que otro. En efecto, esto no se verificará mediante una semejanza de Dios, más perfecta en uno que en otro, pues esta visión no se realizará por medio de semejanza, sino que esta diferencia provendrá de que el entendimiento de uno recibirá mayor capacidad que el de otro. Por lo tanto, la facultad de ver a Dios no es una de las dotes naturales de la inteligencia creada, sino que resulta del *lumen gloriae* (luz de la gloria), que constituye al entendimiento en una especie de deificación.

Por eso, la inteligencia que más participe de ese *lumen gloriae* verá más perfectamente a Dios.

Ahora bien, participará más de ese *lumen gloriae* el que tenga más caridad; porque el que

posee mayor caridad posee más intenso deseo; y el deseo da, en cierto modo, más aptitud y capacidad para recibir el objeto deseado. En consecuencia, el que tenga más caridad verá más perfectamente a Dios y será más bienaventurado.

(1ª, *q.* XII, *a.* 6)

2º) Como el fin corresponde proporcionalmente a las cosas ordenadas a ese fin, es menester que así como algunas cosas se ordenan de diversa manera a él, también participen de él diversamente. Ahora bien, la visión de la sustancia divina es el fin último de toda sustancia intelectual. Mas no todas las sustancias intelectuales se preparan igualmene para el fin, pues unas son de mayor virtud y otras de menos capacidad. Pero la virtud o capacidad es el medio o la senda para la felicidad. Luego es necesario que exista diversidad en la visión divina, es decir, que unos verán más perfectamente y otros menos perfectamente la sustancia divina.

Por eso, para señalar esta diferencia de felicidad, dice el Señor: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas.* (*Joan.*, XIV, 2.) Con esto se condena el error de los que sostienen que todos los premios son iguales. Mas si en el modo de ver hay diversidad de grados de gloria en los bienaventurados, también por razón de lo que se ve, resulta la misma gloria. Pues la felicidad de cualquiera consiste en ver la sustancia de Dios; es el mismo Dios el que hace bienaventurados a todos, pero no todos reciben igualmente de él la bienaventuranza.

Esto no contradice lo que el Señor enseña en San Mateo (XX, 1-16), que se ha de dar el mismo jornal, es decir, un denario, a todos los que tra-

bajan en la viña, a pesar de que no todos trabajaron igualmente; porque una sola y misma cosa, Dios, es lo que se da a todos como recompensa: ver a Dios y disfrutar de él.

(*Contra Gentiles*, lib. IV cap. 58.)

21 de noviembre

VIDA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Mis flores son frutos de honor y de riqueza. (*Eccli.*, XXIV, 23.)

I. Nuestra Señora fué llena de gracia durante toda su vida. Por eso, usando una figura, se dice de Esther: *Era hermosa en extremo y de increíble belleza; y parecía a los ojos de todos graciosa y amable.* (*Esth.*, II, 15.) Ésta es aquella Rebeca, *joven de muy buen parecer, y virgen muy hermosa, a quien varón no ha conocido.* (*Gen.*, XXIV, 16.) Se comprenden así las palabras del Cantar de los Cantares: *Toda eres hermosa, amiga mía.* (*Cant.*, IV, 7.) Dice *toda*, porque fué tan hermosísima en su alma y en su cuerpo, que nadie la podrá igualar jamás.

Por lo cual, sobre aquellas palabras del Cantar de los Cantares, *Toda eres hermosa*, dice San Bernardo: "Hermosísima en su rostro, integérrima en su carne, y santísima en su alma. Si miras diligentemente, no hay preciosidad, ni candor, ni gloria, que no resplandezca en ella." Así, pues, a causa de esta plenitud de vida, tuvo la virtud del imán, porque así como el imán atrae a sí al hierro, así también la Virgen santa atrajo a sí de lo alto al Verbo de Dios. Por eso

la Bienaventurada Virgen María, adornada con la diadema real de las dobles virtudes del alma y del cuerpo, resplandeciente de belleza, conocida en los cielos por su hermosura, atrajo a sí las miradas de los ciudadanos del cielo hasta inclinar a sí el corazón del Rey, y atraer a sí al mensajero celestial.

Por lo tanto, aun cuando no podamos imitarla totalmente, debemos seguirla, en lo posible, en esa gracia de vida santa, y trabajar con ella para adquirir la castidad de alma y cuerpo, la firmeza de su paciencia en las adversidades, la longanimidad de su perseverancia en el bien; porque, como dice San Bernardo: "Si quieres alcanzar su ayuda en las adversidades de la vida, no dejes de seguir el ejemplo de su vida".

(*Salut. angel. exp.*, II.)

II. La Bienaventurada Virgen María ejercitó las obras de todas las virtudes; mientras que los demás santos, sólo algunas especiales; pues uno fué humilde; otro, casto; otro, misericordioso; y por ese motivo son presentados como ejemplares de virtudes particulares, como San Nicolás, ejemplo de misericordia, etc.; mas la Bienaventurada Virgen María es presentada como ejemplar de todas las virtudes; pues en ella encuentras un ejemplo de humildad: *He aquí la esclava del Señor* (*Luc.*, I, 38); *Miró la bajeza de su esclava* (*Ibid.*, 48); de virginidad: *porque no conozco varón* (*Ibid*,, 34); y de todas las virtudes, como es sobradamente conocido.

(*Sal. angel. exp.*, I.)

22 de noviembre

LA BIENAVENTURANZA

Seremos colmados de los bienes de tu casa. (*Psal.*, LXIV, 5.)

I. No solamente se llama casa de Dios aquélla en que habita, sino también él mismo, porque él está en sí mismo. Y nos congrega en esta casa. Que el mismo Dios es casa, se dice en la II a los Corintios (V, 1): *Tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos.* Y esta casa es de gloria, que es el mismo Dios. Mas el hombre permanece en este lugar, es decir, en Dios, por la voluntad y el amor en el goce de la caridad, como dice San Juan en su I Epístola (IV, 16): *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él;* y por la inteligencia en el conocimiento de la verdad: *Voy a aparejaros el lugar.* (*Joan.*, XIV, 2.) Este lugar es el mismo Dios, en el cual reside la excelencia de todas las perfecciones. Un lugar está preparado cuando se da a alguno la facultad de entrar.

(*In Joan.*, XIV.)

II. *Seremos colmados*, porque se dará la verdadera bienaventuranza: Dios. Es imposible que la bienaventuranza del hombre esté en algún bien creado. La bienaventuranza es un bien perfecto, que aquieta totalmente el apetito; y no sería último fin, si aún dejase algo que desear. El objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal, como el de la inte-

ligencia es la verdad universal; esto hace evidente que nada puede aquietar la voluntad del hombre si no es el bien universal, que no se encuentra en cosa alguna creada, y sí sólo en Dios, porque toda criatura tiene sólo una bondad participada.

Según esto, sólo Dios puede llenar la voluntad del hombre, como dice el Salmista: *Él llena de bienes tu deseo.* (*Psal.*, CII, 5.)

Por consiguiente, la bienaventuranza del hombre consiste sólo en Dios, que es fuente del bien universal, objeto universal de la felicidad de todos los bienaventurados, como bien infinito y perfecto.

(1ª 2ªe, *q*. II, *a*. 8.)

Cuanto más perfectamente se posea este bien sumo, tanto más se ama, y se desprecian las otras cosas; en razón a que cuanto más se tiene, más se conoce; por eso se dice en el Eclesiástico: *Los que me comen, aún tendrán hambre* (XXIV, 29). Pero lo contrario sucede con el apetito de las riquezas y de los otros bienes temporales, los cuales, por lo mismo que ya se tienen se desprecian, y se apetecen otros. Compréndense así estas palabras del Señor: *Todo aquel que beba de esta agua*, por la cual son significadas las cosas temporales, *volverá a tener sed* (*Joan.*, IV, 13); y esto ocurre porque la insuficiencia de éstas es más conocida cuando se tienen, lo cual revela claramente su imperfección y que no consiste en ellas el sumo bien.

(1ª 2ªe, *q*. II, *a*. 1.)

III. La divina bienaventuranza encierra toda otra bienaventuranza. Porque todo lo que en

cualquiera de ellas, sea verdadera o falsa, puede excitar el deseo, preexiste de un modo eminentísimo en la bienaventuranza divina. En efecto, si se trata de la felicidad contemplativa, en ella la poseerá incesante y ciertísima por la contemplación de sí mismo y de toda la creación; y si se trata de la felicidad activa, gozará de ella gobernando todo el universo. De la felicidad terrena, que consiste en el placer, las riquezas, el poder, los honores y la gloria, gozará plenamente por la delectación de sí mismo y de todos los otros seres; las riquezas, por la omnímoda satisfacción de cuanto ellas prometen; el poder, por su omnipotencia; la dignidad, por el régimen de la creación; y la fama, por la admiración de todas las crituras.

(1ª, *q.* XXVI, *a.* 4.)

23 de noviembre

GRADOS DE LA BIENAVENTURANZA

En la casa de mi Padre hay muchas moradas. (*Joan.*, XIV, 2.)

I. Las diversas participaciones de la bienaventuranza, esto es, de conocer a Dios y gozar de él, son mansiones diversas.

La perfección absoluta de la bienaventuranza es exclusiva de Dios, porque solo él se conoce y se ama á sí mismo infinitamente, pues conoce y ama infinitamente su verdad y su bondad. En este sentido el soberano bien, que es el objeto y la causa de la bienaventuranza, no puede ser ma-

yor y menor; porque no hay más que un soberano bien: Dios.

Mas la perfección de la bienaventuranza puede considerarse según las condiciones de tiempo, de naturaleza y de gracia, y desde este punto de vista uno puede ser más bienaventurado que otro, conforme con la adquisición de ese bien y la capacidad de cada uno; porque cuanto mayor es la capacidad de un hombre, más participa de ella, si está mejor dispuesto y ordenado a gozar de ella. De dos maneras se dispone uno a ello, pues la bienaventuranza consiste en dos cosas: en la visión de Dios, a la cual dispone la pureza y, en consecuencia, cuanto más elevado de las cosas terrenas tenga el corazón más perfectamente verá a Dios; y en el goce de Dios, a lo cual dispone el amor. Por consiguiente, aquel que tenga el corazón más fervoroso en el amor de Dios más se deleitará en el goce divino.

II. Pero ¿qué significa lo que se dice en San Mateo (XX, 1-16), que se da un denario a todos los que trabajan? Si este denario no es otra cosa que la morada en la casa del Padre, no existen en ella muchas moradas.

Debe responderse que la recompensa de la vida eterna es a la vez una y muchas. Son muchas según la diversa capacidad de los participantes en la bienaventuranza, y en este sentido son diversas las mansiones en la casa del Padre. Pero es una por tres motivos:

1º) Por la unidad del objeto. Todos los bienaventurados ven el mismo objeto y todos disfrutan de él; por eso es un denario; pero este mismo objeto es diversamente visto y amado. Es como si fuese una fuente en la que todos bebieran lo

que quisieran. El que tuviere un vaso mayor, recibirá más; el que lo tuviere más pequeño, participará menos. La fuente es una sola, pero no es una misma la medida de los recipientes.

2º) Por la misma medida de eternidad, como dice San Agustín; porque todos poseerán la bienaventuranza eterna, ya que los justos irán a la vida eterna; pero son diversas por razón de la capacidad.

3º) Por la caridad, que une a todos, haciendo comunes los goces de cada uno, y viceversa: *Gozaos con los que se gozan.* (*Rom.*, XII, 15.)

(*In Joan.*, XIV.)

24 de noviembre

"INAMISIBILIDAD" DE LA PERFECTA BIENAVENTURANZA

Ha escogido la mejor parte, que no le será quitada. (*Luc.*, X, 42.)

Orígenes supuso que después de la última bienaventuranza el hombre puede hacerse desventurado. Pero esto es a todas luces falso.

1º) Por la misma noción común de la bienaventuranza; pues siendo ésta el bien perfecto y suficiente, no puede menos de satisfacer el deseo del hombre y eximirle de todo mal. El hombre desea naturalmente retener el bien que posee, y obtener la seguridad de conservarle; de lo contrario, le afligirá el temor de perderlo o la pena de la certeza de su privación. Mas para la verdadera bienaventuranza se requiere que el hombre abrigue la opinión cierta de que nunca ha de perder el bien que posee; y si esta idea es

verdadera, claro está que nunca perderá la bienaventuranza; mas si es falsa, esto mismo es ya un mal, el de tener una opinión falsa; porque el error es un mal intelectual, como lo verdadero es un bien del entendimiento. Por consiguiente, ya no sería verdaderamente feliz suponiendo algún mal en él.

2º) Lo mismo resulta si se considera la razón de bienaventuranza en especial. La perfecta bienaventuranza del hombre consiste en la visión de la esencia divina; y es imposible que quien ve la esencia divina quiera no verla; porque todo bien poseído, que se rechace, o es insuficiente y se desea reemplazar por otro más suficiente que él; o lleva anejo algún inconveniente, que viene a producir hastío. Mas la visión de la divina esencia llena al alma de todos los bienes, uniéndola a la fuente de toda bondad, conforme con lo que se dice: *Seré saciado, cuando apareciere tu gloria* (*Psal.*, XVI, 15); y en el libro de la Sabiduría: *Me vinieron todos los bienes juntamente con ella* (VII, 11), esto es, con la contemplación de la sabiduría. Por otra parte, no lleva adjunto inconveniente alguno, pues de la contemplación de la sabiduría se ha escrito: *Ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo.* (*Sap.*, VIII, 16.) Y así resulta evidente que el bienaventurado no puede querer abandonar, por su parte, la bienaventuranza.

3º) No es admisible que pueda perderse la bienaventuranza porque Dios la retire, pues sería ésta una pena que tan justo juez no podría aplicar sin mediar culpa alguna, culpa en que no puede caer quien ve la esencia de Dios, ya

que esta visión no puede menos de llevar implícita la rectitud de la voluntad.

4º) Por otra parte, mucho menos puede arrebatársela algún otro agente; porque el alma unida a Dios se eleva sobre todo otro ser, y así nada ni nadie puede separarla de tal unión. Por lo cual parece inadmisible que el hombre pase de la bienaventuranza a la miseria y viceversa por cualesquiera alternativas de tiempos, vicisitudes temporales que no pueden tener cabida sino en lo que es mudable a través del tiempo y del movimiento.

(1ª 2ae, *q*. V, *a*. 4.)

25 de noviembre

CUÁDRUPLE VISIÓN DE DIOS

¿No he visto a Jesucristo Señor nuestro? (I *Cor.*, IX, 1.)

Leemos que hay muchas visiones del Señor. Una corporal, que ya pasó, a la que se refiere Baruch: *Después de esto fué visto en la tierra, y conversó con los hombres* (III, 38); la segunda, espiritual, que es presente, de la que dice el Salmista: *Cesad y ved que yo soy el Dios* (*Psal.*, XLV, 11); la tercera eterna, que es futura, de la cual se lee en San Juan: *Quiero que aquéllos, que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria* (*Joan.*, XVII, 24); la cuarta es momentánea, también futura, a la que alude San Lucas: *Entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube* (XXI, 27). La primera se verificó en el mundo, la segunda en

el alma, la tercera será en el cielo, la cuarta en el juicio.

La primera visión da un ejemplo de vida de tres maneras. Jesús fué visto pobre y humilde, para refrenar la ambición de riquezas: *Yo soy pobre y dolorido... Véanlo los pobres y alégrense.* (*Psal.*, LXVIII, 30, 33.) Así lo vieron los pastores. Vil y abyecto, para refrenar la ambición de honores: *Le vimos, y no era de mirar.* (*Is.*, LIII, 2.) Afligido y herido, para que se refrene la concupiscencia de los placeres.

La segunda visión da ayuda para progresar de tres modos, porque da fortaleza a los penitentes, mostrándoles sus culpas y sus castigos, como el sol hace ver los átomos del polvo; da esperanza a los que luchan, manifestando la recompensa, como Señor, a los que trabajan; da alegría a los contemplativos, ofreciendo placeres anticipados, como el tabernero que da poco vino: *Gustad y ved que el Señor es suave.* (*Psal.*, XXXIII, 9.)

La tercera visión, la eterna, excita el deseo de llegar a ella por tres motivos. Por el gozo verdadero: *Lo veréis y se gozará vuestro corazón, porque es luz dulce y deleitable.* (*Is.*, LXVI, 14.) Por la multiplicidad o pluralidad de los deleites. *Entonces verás y te enriquecerás, y tu corazón se maravillará y ensanchará.* (*Is.*, LX, 5.) Porque *le veremos así como él es* (I *Joan.*, III, 2) y *es todo en todas las cosas.* (I *Cor.*, XV, 27.) Porque la razón poseerá la plenitud de la luz; la voluntad, mucha paz; la memoria, la duración de la eternidad. Por la eternidad del gozo: *Sus siervos le servirán. Y verán su cara... y reinarán por los siglos de los siglos.* (*Apoc.*, XXII, 3, 4, 5.)

La cuarta visión produce odio o terror de pe-

car, por tres razones. Porque el hurto ha de ser publicado en presencia del juez viviente: *He aquí que viene; ¿y quién se pasará para mirarlo?* (*Malach.*, III, 1, 2.) Por la severa venganza de los malhechores; el ladrón que ve colgado a su compañero, teme más robar. Por la contemplación del premio a los buenos: *Lo verán los rectos y se alegrarán; y toda iniquidad cerrará su boca.* (*Psal.*, CVI, 42.)

(*In I Cor.*, IX.)

26 de noviembre

EL GOZO ETERNO

Porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. (*Matth.*, XXV, 23.)

I. Estas pocas cosas son todo lo que se encuentra en esta vida, que es como nada en comparación de los bienes celestiales. Lo cual quiere decir: *porque fuiste fiel* en relación con los bienes de la vida presente, *te pondré sobre lo mucho*, esto es, te daré los bienes espirituales que están sobre todos esos bienes. *El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor.* (*Luc.*, XVI, 10.)

II. A continuación habla de la grandeza del premio: *Entra en el gozo de tu Señor.* Porque el gozo es el premio: *Os he de ver, y se gozará vuestro corazón.* (*Joan.*, XVI, 22.)

Podría decir alguno: ¿Por ventura es la visión el premio o lo es algún otro bien? Respondo que

si otra cosa se dice premio, el gozo, sin embargo, es el premio final. Como decimos que el fin de los cuerpos pesados es el centro de la tierra, y que descansar en el centro es lo principal, así el gozo no es otra cosa que el reposo del alma en el bien alcanzado; por eso, por razón del fin, al gozo se llama premio.

¿Y por qué dice "*Entra en el gozo de tu Señor*", y nos "recibe"? Debe responderse que hay dos alegrías, la de los bienes exteriores y la de los bienes interiores. El que goza de los bienes exteriores, no entra en el gozo, sino que el gozo entra en él; mas el que goza de los espirituales, entra en el gozo: *Introdújome el rey en su cámara.* (*Cant.*, I, 3.)

O de otro modo. Lo que está en alguno, es contenido por éste, y el que contiene es mayor. Así, cuando el gozo viene de una cosa menor que nuestro corazón, entonces entra el gozo en el corazón; pero Dios es mayor que el corazón; y por eso el que goza de Dios entra en el gozo.

Además *entra en el gozo del Señor*, es decir, goza del Señor, porque el Señor es la verdad. Por lo cual la bienaventuranza no es otra cosa que el gozo de la verdad. O también "*Entra en el gozo de tu Señor*", significa: Alégrate de aquello con que se goza y de que se goza tu Señor; la fruición de sí mismo. Entonces el hombre goza como el Señor, cuando disfruta del mismo modo que el Señor. Por eso dice a los Apóstoles: *Dispongo yo del reino . . . Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino* (*Luc.*, XXII, 29, 30), es decir, para que seáis bienaventurados en lo mismo que yo soy bienaventurado.

(*In Matth.*, XXV.)

III. Este gozo será colmado: *Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.* (*Joan.*, XVII, 24.) Como el deseo es movimiento hacia el bien y el gozo es su descanso en ese bien, el hombre goza cuando descansa en el bien poseído, hacia el cual se movía el deseo. Pero el gozo es proporcionado al bien poseído, y del bien creado no puede tenerse gozo pleno, porque no aquieta plenamente el deseo y apetito del hombre. Así, pues, nuestro gozo será pleno cuando poseamos aquel bien en el cual están sobreabundantemente los bienes que podemos desear. Este bien es sólo Dios, que colma de bienes nuestro deseo. Por eso dice: *Pedidlo, para que vuestro gozo sea cumplido, a saber,* disfrutar de Dios y de la Trinidad, después de lo cual no hay más. *Me llenarás de alegría con tu rostro.* (*Psal.*, XV, 11.)

(*In Joan.*, XVI; 2ª 2ae, *q.* XXVIII, *a.* 3.)

27 de noviembre

DILIGENCIA PARA ENTRAR EN EL REPOSO

Apresurémonos, pues, a entrar en aquel reposo. (*Hebr.*, IV, 11.)

I. Como en la ley antigua el sábado representaba el descanso de Dios en sus obras (de la creación), así los santos tendrán descanso eterno en sus obras: *Desde hoy, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos porque las obras de ellos los siguen.* (*Apoc.*, XIV, 13.) Por eso dice el Apóstol: *El que ha entrado en su reposo* (*Hebr.*, IV, 10), pues Dios trabajó durante seis días y descansó en el día séptimo; esos seis días simbo-

lizan el tiempo presente. Luego quien trabaja perfectamente, *también reposa de sus obras, así como Dios de las suyas* (*Ibid.*, 10); pero no de toda obra, porque existen allí algunas que son perpetuas, como ver, amar y alabar, según consta en el Apocalipsis: *No cesaban día y noche de decir: Santo, Santo, Santo* (*Apoc.*, IV, 8), sino únicamente de las obras laboriosas.

II. Es menester apresurarse. *Apresurémonos, pues, a entrar en aquel reposo.* Expresamente dice: *a entrar,* porque no ha de ser en los bienes exteriores de los cuales ha salido, sino en los bienes interiores. *Los introducirás, y los plantarás en el monte de tu heredad,* etc. (*Ex.*, XV, 17.)

Existen muchas razones para apresurarse a entrar.

Una es porque el camino es largo. *Un hombre noble fué a una tierra distante.* (*Luc.*, XIX, 12.) Se dice distante a causa de la lejanía de nuestro estado, pues allí hay plenitud de todo bien e inmunidad de todo mal; también el que desea tiene allí visión y retención perfectas, pero aquí todo es contrario a eso.

Es menester apresurarse también porque el tiempo es muy breve; según el libro de Job: *Breves son los días del hombre* (XIV, 5).

Asimismo, porque el tiempo, además de breve y poco, es incierto, como se lee en el Eclesiastés: *No sabe el hombre su fin* (IX, 12).

Por otra parte, el llamamiento es urgente. El llamamiento interior nos urge por el estímulo de la caridad. *Cuando viniere como río impetuoso, a quien el espíritu del Señor impele.* (*Is.*, LIX, 19.) *Porque el amor de Cristo nos estrecha.* (II

Cor., V, 14.) *Corrí el camino de tus mandamientos.* (*Psal.*, CXVIII, 32.)

A causa del peligro de la tardanza, como se observa en las vírgenes necias, que llegando tarde no pudieron entrar. Por eso dice: *Para que ninguno caiga en igual ejemplo de incredulidad* (*Hebr.*, IV, 11), como si dijese: los antiguos no pudieron entrar a causa de su incredulidad. Por lo tanto guardémonos, por el ejemplo de la culpa ajena, de ser incrédulos, y por su castigo no nos expongamos a ser excluídos como ellos.

III. Cómo apresurarse.

Enseña cómo hemos de apresurarnos diciendo: *Todo aquél que corre y ha de lidiar, de todo se abstiene.* (I *Cor.*, IX, 25.) Es menester, pues, apresurarse dejando los impedimentos, es decir, no sólo absteniéndonos de los pecados, sino también evitando las ocasiones de pecar: *Te guiaré por las sendas de la equidad... y corriendo no tendrás tropiezo.* (*Prov.*, IV, 11, 12.)

Sin embargo, se dice: *Quien presuroso es de pies, tropezará.* (*Prov.*, XIX, 2.) A ello respondo: Hay un doble apresuramiento: el de la precipitación, que es reprensible, y el de la celeridad, que es digna de alabanza. Es necesario, como dice el Filósofo, que todos los hombres reflexionen largo tiempo, pero deben ejecutar prestamente las cosas resueltas. Cuando el apresuramiento impide el consejo, entonces hay precipitación viciosa, mas la celeridad en las cosas ya pensadas es virtuosa y laudable; a esto exhorta el Apóstol.

(*In Hebr.*, IV.)

28 de noviembre

LA GRAN CENA

Un hombre hizo una gran cena. (*Luc.*, XIV, 16.)

Por esta cena se entiende la bienaventuranza celestial.

I. Se llama grande por la multitud de los que toman parte en ella.

1º) Por razón de los que la ofrecen, que son el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo; inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo, y por eso ofrecen una cena inmensa. *El Señor de los ejércitos hará a todos los pueblos en este monte convite de manjares mantecosos, convite de vendimia, de manjares mantecosos con tuétano, de vino sin heces.* (*Is.*, XXV, 6.)

2º) Por razón de los que la sirven, que son millares de millares.

3º) Por razón de los comensales, que serán centenares de mil.

II. Se llama grande por la abundancia de las viandas que allí se darán. Pues habrá allí millares de millares de manjares. Los manjares en la vida eterna son los goces, y como hay allí millares de millares de goces, serán por lo tanto millares de millares las viandas. Podemos, empero, señalar tres grandes manjares: el gozo por la ausencia de todos los males, el gozo por la presencia de todos los bienes, y la alegría continua de las divinas alabanzas. De los tres dice San Agustín: "¡Oh, cuánta será aquella felicidad, donde no habrá

ningún mal, ni estará oculto ningún bien, donde se dedicarán a las alabanzas internas, y Dios lo será todo en todos!"

III. Se llama grande por la eternidad de la cena, porque:

1º) Nunca terminará. *Ninguno os quitará vuestro gozo.* (*Joan.*, XVI, 22.)

2º) Nunca se acabará de cenar. *No cesaban día y noche de decir... Señor Dios omnipotente, el que era, y el que es, y el que ha de venir.* (*Apoc.*, IV, 8.) Porque el alabar es allí lo mismo que cenar.

3º) También se llama eterna la cena, porque toda ella se comerá al mismo tiempo. La eternidad es la posesión total y simultánea de la vida bienaventurada.

(*Serm.*, LXXXI.)

MEDITACIONES PARA EJERCICIOS ESPIRITUALES

LLAMAMIENTO DE LA VOZ DE DIOS

Oí en pos de mí una grande voz como de trompeta. (*Apoc.*, I, 10.)

Esta voz es el llamamiento del Señor que llama y nos vuelve a llamar, cuando nosotros huimos de él: *Tus orejas oirán la palabra del que a las espaldas te dirá amonestando.* (*Is.*, XXX, 21.) *Vuélvete, vuélvete, Sulamita,* esto es, alma cautiva, *vuélvete, vuélvete, para que te miremos* (*Cant.* VI, 12). ¿Por qué se dice: *vuélvete, vuélvete?* Para que se vuelva en la niñez, en la juventud, en la vejez y en la senectud. O también porque cuatro cosas hacen huir de Dios: la presunción de la juventud; es la huída hacia el oriente; la dilación de la muerte; es la huída al occidente; el amor de la prosperidad, es la huída hacia el mediodía; el temor a la adversidad, que es la huída hacia el aquilón.

Por eso clama el Señor: Vuélvete del oriente, porque la juventud termina pronto; vuélvete del occidente, porque la vejez no vive mucho tiempo; vuélvete del mediodía, porque la prosperidad del mundo pasa rápidamente; vuélvete del aquilón, porque la adversidad del mundo no puede dañar más que al que quiere.

Se dice: *grande voz,* porque el Señor es grande y llama para grandes cosas.

El Señor llama de cuatro maneras: predicando, otorgando beneficios, inspirando y castigando. Estos cuatro modos están indicados en los Proverbios (I, 24, 25): *Os llamé, y dijisteis que no; extendí mi mano, y no hubo quien mirase; despreciasteis todo mi consejo, y de mis reprensiones no hicisteis caso.*

Como de trompeta, que llama al banquete espiritual, donde el alma se repone. *El Señor de los ejércitos hará a todos los pueblos en este monte convite de manjares mantecosos, convite de vendimia; de manjares mantecosos con tuétanos, de vino sin heces.* (*Is.*, XXV, 6.)

(*In Apoc.*, I.)

RECUPERACIÓN DE LA CARIDAD PRIMERA

1º) *Tengo contra ti que has dejado tu primera caridad.* (*Apoc.*, II, 4.)

Tu primera caridad, es decir, el estado de tu primer amor, de cuando eras fervoroso, has abandonado por la tibieza y te has dejado invadir del tedio excesivo. Así muchos, que deberían progresar de bien a mejor, desfallecen y caen de lo alto a lo bajo, como la estatua de Nabucodonosor (*Dan.*, II, 32), cuya cabeza era de oro, el pecho de plata, el vientre de cobre, las piernas de hierro, una parte de los pies también de hierro y la otra de barro.

2º) *Acuérdate, pues, de dónde has caído* (*Apoc.*, II, 5), esto es, de qué estado y dignidad, y cómo has cedido a un ligero empuje del viento, a una pequeña tentación. *Caímos todos como hoja.* (*Is.*, LXIV, 6.) Todo el que peca, considere de dónde ha caído, a dónde y por qué. *De*

dónde, es decir, del cielo donde estaba con la esperanza, el pensamiento y el mérito. *Adónde,* es decir, a la tierra, porque no piensa más que en cosas terrenas. *Por qué,* por soberbia. *¿Cómo caíste del cielo, oh Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Cómo caíste en tierra?* (*Is.*, XIV, 12.) Por eso se dice al pecador: *¿Cómo es, Israel, que estás en tierra de enemigos? Has envejecido en tierra ajena; te has contaminado con los muertos; contado estás con los que descienden al sepulcro.* (*Baruch*, III, 10, 11.)

3º) *Arrepiéntete, y haz las obras primeras.* (*Apoc.*, II, 5.) *Mira tus caminos en el valle, conoce lo que has hecho* (*Jer.*, II, 23), *haz penitencia* doliéndote de corazón, confesando con la boca, satisfaciendo con las obras; las cuales cosas son tres remedios de los penitentes que vuelven a Dios y huyen de Egipto. *El Dios de los Hebreos nos ha llamado para que vayamos camino de tres días por el desierto.* (*Ex.*, V, 3.) *Los tres sarmientos son aún tres días, al cabo de los cuales Faraón se acordará de tu ministerio, y te restituirá a tu antiguo grado.* (*Gen.*, XL, 12, 13.)

Se ve aquí cómo por medio de la verdadera penitencia se devuelven las cosas perdidas. Dice: *Arrepiéntete,* y no solamente recibe. Porque muchos reciben, pero no hacen nada; son buenos prometedores, pero malos pagadores.

La penitencia nos acerca al reino de los cielos. Hace que los ángeles se regocijen. También es poderosa para recuperar la amistad de Dios. Así, pues, es preciso hacerla sin pérdida de tiempo, porque ni obra para merecer, ni razón para excusar, ni ciencia para conversar, ni la sabiduría para deleitar habrá en los infiernos, hacia donde

te apresuras, si no con la intención, a lo menos con tus obras.

4º) *Porque, si no, vengo a ti, y moveré tu candelabro de su lugar.* (*Apoc.*, II, 5.)

Si no, esto es, si no te arrepintieres y volvieres a tu anterior estado, *vengo* con la muerte o con el juicio. *A ti,* para castigarte en el cuerpo y en el alma. Dice que vendrá *pronto,* para que la celeridad e imprevisión de la venida infundan temor y solicitud. *Cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina.* (I *Thess.*, V, 3.) *Y moveré tu candelabro,* que quiere decir: "te quitaré los dones y virtudes, por los cuales fueron establecidos los candelabros; o te separaré de la Iglesia, y colocaré a otro en tu lugar". *Moveré de su lugar,* es decir, del lugar de tu virtud, y te apartaré de la compañía de los fieles.

(*In Apocal.*, II.)

LA MUERTE SEGUNDA

El que venciere no recibirá daño de la segunda muerte. (*Apoc.*, II, 11.)

I. Hay una doble muerte del alma: una, en los pecados; otra en las penas; una, en la culpa; otra, en el infierno. Igualmente existen dos muertes del cuerpo: una en la disolución, otra en la condenación eterna.

La primera muerte del alma se asemeja en muchas cosas a la primera muerte del cuerpo. Porque así como el cuerpo primero se altera en su temperatura normal, luego enferma, y por último muere, es llevado al sepulcro, enterrado

y cubierto con una piedra; así también el alma se destempla por los malos pensamientos, luego se enferma con el deleite pecaminoso, y muere por el consentimiento; después es llevada a enterrar por la eficacia de la acción y sepultada por la costumbre, y por último es cubierta por el endurecimiento.

II. Además, como la muerte del cuerpo daña, así también lo hace la muerte del alma.

La muerte del cuerpo separa a éste del alma; la muerte del alma separa a ésta de Dios.

La muerte del cuerpo separa de los parientes y de los amigos carnales; la muerte del alma aparta de los ángeles y de los santos. *A mis hermanos,* esto es, a los ángeles, *hizo alejar de mí, y mis conocidos,* es decir, los santos, *como extraños se apartaron de mí; me han abandonado mis parientes; y se han olvidado de mí los que me conocían.* (*Job.,* XIX, 13, 14.) No solamente los ángeles abandonarán al alma pecadora, sino que se harán adversarios y estarán contra ella en el juicio. *Todos sus amigos la despreciaron, y se le hicieron enemigos.* (*Thren.,* I, 2.)

La muerte del cuerpo hace perder las riquezas del mundo, y la del alma quita las riquezas del cielo. *Nuestra heredad ha pasado a forasteros.* (*Thren.,* V, 2.)

La muerte del cuerpo priva de la vista corporal, y la muerte del alma quita la vista y todo sentido espiritual.

La muerte del cuerpo produce dolor, y la muerte del alma lo causa mayor. Daña además la muerte del alma porque arroja en el fuego eterno. Daña a causa de la acerbidad, diversidad y perennidad de las penas. Esas tres cualidades

se expresan en las palabras: *Tú, Dios, los conducirás al pozo de la perdición.* (*Psal.*, LIV, 24.) La diversidad se expresa cuando dice: *conducirás,* esto es, llevarás de pena en pena; la perennidad, cuando dice: *al pozo,* de donde no puede salir el que una vez cayó en él.

III. Por otra parte, la muerte del alma hiere gravemente, sin misericordia, incurablemente. *Te he herido de herida de enemigo con cruel castigo.* (*Jer.*, XXX, 14.)

Sin embargo, esta herida es curable, mientras el alma está en el cuerpo; mas después de salir del cuerpo se hará incurable.

Así, pues, quien no desee ser herido por la segunda muerte, procure ser curado aquí de la lesión de la primera muerte, y muestre sus heridas al samaritano, quien las curará, derramando en ellas el vino de la compunción y el aceite del consuelo. *Si alguno sintiere la llaga de su corazón, y extendiere a ti sus manos en esta casa, tú le oirás en el cielo, el lugar de tu morada, y le perdonarás.* (III, *Reg.*, VIII, 38, 39.) Sobre esto dice San Agustín: ¿Por ventura no hay entrañas de cristiana compasión en ti, que lloras el cuerpo, del cual salió el alma, y no lloras al alma de la cual se retiró Dios?

(*In Apoc.*, II.)

ESTADO DE PERFECCIÓN

I. La vida religiosa es estado de perfección.

Lo que comúnmente conviene a muchos, se atribuye por antonomasia a aquél a quien conviene por excelencia; así, la virtud que consiste

en conservar la firmeza del alma ante las situaciones más difíciles reivindica para sí el nombre de "fortaleza"; y la virtud que atempera los mayores deleites, el de templanza. La religión es una virtud por la que uno hace algo en servicio y culto de Dios; y así se dicen religiosos por antonomasia los que se dedican totalmente al servicio divino, como ofreciéndose a Dios en holocausto. Por eso dice San Gregorio: "Hay algunos que nada reservan para sí mismos, sino que inmolan al Dios omnipotente sus sentidos, su lengua, su vida y todos los bienes que han recibido" [59]. La perfección del hombre consiste en unirse totalmente a Dios, y según esto la religión designa un estado de perfección. Ofrecer alguna cosa al culto de Dios es de necesidad para la salvación; pero el que alguno se dedique totalmente a sí mismo y sus cosas al culto divino pertenece a la perfección.

Y ha de saberse que no solamente corresponden a la religión las oblaciones de los sacrificios y otras cosas análogas, propias de la religión, sino también los actos de todas las virtudes, los que, cuando se refieren al servicio y honor de Dios, se convierten en actos de religión. Así, pues, si alguno consagra toda su vida al servicio divino, toda su vida pertenece a la religión; y en tal concepto, por la vida religiosa que llevan, se llaman religiosos los que se hallan en estado de perfección.

Y aunque sea estado de perfección, es también lugar aptísimo para la penitencia. Porque el estado de religión ha sido instituído principalmente para alcanzar la perfección por determina-

59 *Super Ezech.*, *hom.* XX.

dos ejercicios, con los que se destruyen los obstáculos a la caridad perfecta. Mas removidos estos impedimentos, se destruyen mucho mejor las ocasiones del pecado. Por lo cual, perteneciendo a la penitencia extirpar las causas de los pecados, se deduce que el estado religioso es un lugar muy conveniente de penitencia.

II. No se requiere, sin embargo, que el religioso sea, de hecho, perfecto. Porque la religión da nombre al estado de perfección por la intención del fin. Por lo tanto no es necesario que el que está en la religión sea ya perfecto, sino que tienda a la perfección. Pues el que entra en religión no profesa ser perfecto, sino que profesa trabajar para adquirir la perfección; como también aquel que entra en las escuelas no declara ser sabio, sino que promete estudiar para adquirir la ciencia. Por consiguiente, no es transgresor de la profesión el religioso si no es perfecto, sino únicamente cuando no tiende a la perfección...

(2ª 2ªe, *q.* CLXXXVI, *a.* 1, 2, *ad* 1um.)

UTILIDAD DE LOS VOTOS

Haced votos y cumplidlos al Señor Dios vuestro. (*Psal.*, LXXV, 12.)

Hacer una misma obra por voto es mejor y más meritorio que hacerla sin voto, por tres razones:

1ª) Porque el hacer voto equivale a un acto de latría, que es la principal entre las virtudes morales; y la obra de la virtud más noble es la mejor y más meritoria. Por consiguiente, el acto de la virtud inferior es mejor y más meritorio

por cuanto está bajo el imperio de una virtud superior, cuyo acto se realiza por mandato; como el acto de la fe o de la esperanza es mejor si está bajo el imperio de la caridad; y por esto los actos de las otras virtudes morales (como el ayuno, que es acto de abstinencia, y la continencia, que es acto de castidad) son mejores y más meritorios, si se ejecutan por voto, porque de este modo pertenecen ya al culto divino, como ciertos sacrificios.

Por eso dice San Agustín[60] que ni la misma virginidad se honra por ser virtud, sino por estar dedicada a Dios, que es la continencia fomentada y conservada por la continencia de la piedad.

2ª) El que hace voto y lo cumple, se sujeta más a Dios que el que sólo lo ejecuta, pues se somete más a Dios, no sólo en cuanto al acto, sino también en cuanto a la potestad, ya que en adelante no puede hacer otra cosa; así como daría más a un hombre el que regalase un árbol con su fruto, que el que le diera solamente el fruto.

De ahí nace el que también se den gracias, no sólo a los que dan, sino también a los que prometen.

3ª) Porque por el voto la voluntad se fija de un modo inmóvil en el bien, y el hacer algo por una voluntad confirmada en el bien pertenece a la perfección de la virtud; como también el pecar con la voluntad obstinada agrava el pecado; pecado que se comete contra el Espíritu Santo.

(2ª 2ªe, *q*. LXXXVIII, *a*. 6.)

60 *De virginitate,* cap. 8

BUEN USO DEL TIEMPO

Dióle Dios tiempo y lugar de penitencia, y él abusó de esto para soberbia. (*Job.*, XXIV, 23.)

I. Ahora el tiempo es nuestro, porque podemos hacer lo que queremos, el bien o el mal: *Dios ha dejado al hombre en la mano de su consejo; y así ante el hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que quisiere le será dado.* (*Eccli.*, XV, 14, 18.)

Pero un día tomará Dios su tiempo, y entonces no podremos hacer más lo que quisiéramos, sino que recibiremos lo que hubiéremos merecido. Por eso se dice en el Eclesiastés (IX, 10): *Cualquier cosa que puede hacer tu mano, óbrala con instancia.*

II. El Señor nos da el tiempo como oportunidad, como auxilio, como prueba, como aviso.

Como oportunidad que podemos aprovechar para volver a él: *Aguarda el Señor para tener misericordia de vosotros.* (*Is.*, XXX, 18.) Luego busquemos al Señor cuando puede ser encontrado, no sea que, preocupados súbitamente por el día de la muerte, busquemos tiempo de penitencia y no podamos hallarlo.

Como auxilio, porque la cualidad del tiempo nos ayuda para hacer penitencia, si queremos, porque ahora nos aflige el calor, el frío, el viento, la lluvia. Si sufrimos pacientemente esas cosas, practicamos la penitencia. Pero si murmuramos, ahora que el tiempo está a nuestro favor, en el día del juicio estará contra nosotros: *Llamó contra mí al tiempo.* (*Thren.*, I, 15.) Por eso dice

San Bernardo: "Así como no pereciera ni un cabello de nuestra cabeza, tampoco perecerá un momento del tiempo."

Como prueba; porque así como después del día, durante el cual trabajan los hombres, viene la noche en que descansan, así, después de esta vida, viene la muerte; por lo cual los que hubieren trabajado por Cristo durante esta vida, descansarán después con él. Pero el que no trabaja, el que más descansa durante el día en su casa, trabajará durante la noche. Además, así como después del trabajo se da el galardón en la noche, igualmente Cristo pagará a sus operarios su jornal después de esta vida.

Por último, como aviso; porque durante el día nos aconseja temer las tinieblas del infierno, de las cuales ninguno saldrá una vez que estuviere allí. Por otra parte, el cambio del tiempo nos avisa y muestra que todas las cosas son mudables, y que no debemos detenernos en ellas.

III. *Dióle tiempo,* es decir, partes del tiempo o de la edad, niñez, adolescencia, juventud, ancianidad, para que durante ellas hiciese penitencia. La penitencia debe comenzarse desde la primera parte: *Por la mañana siembra tu simiente,* esto es, en la niñez, y *por la tarde no cese tu mano* (*Eccles.*, XI, 6), es decir, en la senectud. Pero pocos son los que quieren hacer penitencia en la niñez y en la juventud, y en la senectud no pueden; por lo tanto, se pierde todo el tiempo. Cuando son jóvenes, no quieren; cuando son viejos, no pueden. De ellos dice Isaías: *Llegaron los hijos hasta el parto, y no hay fuerza para parir* (XXXVII, 3). *Mas ¡ay de las preñadas*

y de las que dan de mamar en aquellos días! (*Luc.*, XXI, 23.)

Por consiguiente es conveniente que nos arrepintamos cuando podemos, porque tiempo vendrá en que se nos quitará todo poder de obrar bien.

(*In Apoc.*, II.)

SI SE REQUIERE LA POBREZA PARA LA PERFECCIÓN RELIGIOSA

Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres..., y ven, sígueme (*Matth.*, XIX, 21).

I. El estado religioso es ejercicio y disciplina, por los que se llega a la perfección de la caridad; para esto es necesario que uno abstraiga totalmente su afecto de las cosas mundanas; pues dice San Agustín, hablando a Dios: "Menos te ama quien juntamente contigo ama alguna cosa, y la ama por tu causa" [61]. Y el mismo santo agrega: "Alimento de la caridad es la disminución de la codicia; y su perfección, la ninguna codicia" [62]. Y puesto que cuando alguien posee las cosas mundanas siente su ánimo atraído por el amor de ellas añade también San Agustín: "Las cosas terrenas se aman más vivamente cuando se poseen que cuando se desean, pues ¿por qué se dice que aquel joven se marchó triste, sino porque poseía grandes riquezas? En efecto, una cosa es no querer incorporarse lo que no se tiene, y otra, apar-

61 *Confess.*, lib. X, cap. 29.
62 *Quaest.*, lib. LXXXIII, 9, 36.

tarse de las ya incorporadas; aquéllas se desechan como extrañas, de éstas se aparta uno como de sus propios miembros"[63]. Y San Juan Crisóstomo dice: "El allegamiento de riquezas enciende mayor llama, y el deseo se hace más vehemente"[64].

Por consiguiente, el primer fundamento para adquirir la perfección de la caridad es la pobreza voluntaria, de modo que uno viva sin bienes propios; por eso dice el Señor: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes.*

II. Y aun cuando la lismosna sea obra sumamente grata a Dios, sin embargo, la pobreza por la cual se excluye la dádiva de limosnas pertenece a la perfección de la religión; pues la renuncia de las riquezas se compara a la dádiva de limosnas como lo universal a lo particular, y el holocausto al sacrificio. A esto se refiere San Gregorio en las palabras siguientes: "Los que socorren a los necesitados con lo que poseen ofrecen sacrificio por el bien que hacen, pues inmolan a Dios una parte y se reservan otra; pero los que nada reservan para sí, ofrecen holocausto, que es mayor que el sacrificio"[65]. Por eso San Jerónimo dice contra Vigilancio: "A lo que tú aseguras cuando dices que obran mejor los que hacen uso de sus bienes y van distribuyendo poco a poco sus frutos a los pobres, no me toca a mí responderte; pero sí te contestará el mismo Señor: *Si quieres ser perfecto*, etc."[66]. Y añade: "Bueno es distribuir directamente los bienes entre los po-

63 *Epist. ad Paulinum et Therasiam*, 31 al 34.
64 *Super Matth., hom.* LXIV.
65 *Super Ezech., hom.* XX.
66 Cap. V.

bres; pero mejor es darlos de una vez con intención de seguir al Señor; y lo perfecto, vivir sin cuidado con Cristo" [67].

(2ª 2ae, *q*. CLXXXVI, *a*. 3.)

SI LA OBEDIENCIA PERTENECE A LA PERFECCIÓN RELIGIOSA

La perfección religiosa consiste principalmente en la imitación de Cristo, según aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto... sígueme.* (*Matth.*, XIX, 21.) Pero en Cristo se recomienda, sobre todo, la obediencia, según dice el Apóstol: *Hecho obediente hasta la muerte.* (*Philip.*, II, 8.)

I. El estado religioso es cierta disciplina o ejercicio para dirigirse a la perfección; y es conveniente que todos los que se instruyen o ejercitan para llegar a algún fin, sigan la dirección de alguno, por cuyo arbitrio sean instruídos y ejercitados para llegar a aquel fin, como los discípulos bajo el maestro; y por eso es menester que los religiosos se sometan a la instrucción y órdenes de alguno en las cosas que pertenecen a la vida religiosa. El hombre se somete al imperio y a la instrucción de otro por la obediencia; luego ésta se requiere para la perfección de la religión.

Como dice el Filósofo: "Los hombres que se ejercitan en las obras llegan a formar hábitos de ellas, y adquiridos éstos, pueden ejecutar mucho mejor aquellas mismas obras" [68]. De modo

67 *De Eccl. dogmatibus*, cap. 71.
68 *Ethic.*, lib. II, cap. 1.

que, obedeciendo, llegan a la perfección los que aún no la han conseguido; y los que ya la han alcanzado están más prestos a la obediencia, no porque necesiten ser dirigidos para adquirirla, sino para perseverar en lo que a ella pertenece.

II. Y aun cuando las acciones hechas por obediencia procedan de cierta necesidad, esto es, de precepto; son, empero, sumamente gratas a Dios; porque la necesidad de coacción produce ciertamente lo involuntario, y por lo tanto excluye la razón de alabanza y de mérito; mas la necesidad que sigue a la obediencia no es necesidad de coacción sino de libre voluntad, en cuanto el hombre quiere obedecer, aunque tal vez no quiera cumplir lo que se le manda, considerado en sí mismo; y así, puesto que el hombre, mediante el voto de obediencia, se somete por Dios a la necesidad de hacer algo que en sí no le agrada, por lo mismo, esto que hace resulta más acepto a Dios, aunque sea menor; porque el hombre no puede ofrecer a Dios cosa mayor que someter su voluntad a la de otro por causa de él. Por lo cual se dice en las "Colaciones de los Padres" que "el peor género de monjes es el de los sarabaítas, porque se ocupan de sus necesidades, y, libres del yugo de los ancianos, tienen libertad de hacer lo que les place; y sin embargo pasan los días y las noches trabajando más que los cenobitas" [69].

(2ª 2ªᵉ, *q.* CLXXXVI, *a.* 5.)

[69] *Collat.* 18, cap. 7.

PARA LA PERFECCIÓN RELIGIOSA SE REQUIERE QUE LA POBREZA, LA CASTIDAD Y LA OBEDIENCIA SE PRACTIQUEN POR VOTO

Pertenece a los religiosos vivir en el estado de perfección.

Mas para el estado de perfección se requiere la obligación con respecto a las cosas de perfección, obligación que se contrae por el voto hecho a Dios.

Es evidente que la pobreza, la continencia y la obediencia pertenecen a la perfección de la vida cristiana; y por eso el estado de religión requiere que uno se obligue con voto a esas tres virtudes. Por lo cual dice San Gregorio: "Cuando uno promete por voto a Dios omnipotente todo lo que posee, toda su vida, todo lo que sabe, es holocausto" [70], y después agrega que todo esto pertenece a los que abandonan el siglo presente.

El Señor dijo pertenecer a la perfección de la vida el que uno le siga, no de cualquer manera, sino sin mirar nunca atrás. Por eso dice él mismo: *Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios.* (*Luc.*, IX, 62). Esa firmeza de resolución en seguir a Cristo se confirma por el voto.

Además, como dice San Gregorio, la perfección religiosa exige que uno cumpla todo lo que ofrece a Dios con voto. Pero el hombre no puede dar a Dios en acto toda su vida, porque no existe toda a la vez, sino que es sucesiva; luego el hombre no puede dar a Dios toda su vida de otro modo que por la obligación del voto.

70 *Super Ezech.*, *hom.* XX.

Entre las cosas que nos es permitido no dar se cuenta nuestra propia libertad, que es lo más caro al hombre entre todas las demás cosas. Por consiguiente, cuando alguno por propia voluntad se quita por el voto la libertad de abstenerse de las cosas que pertenecen al servicio de Dios, esto resulta gratísimo a Dios. A esto se refiere San Agustín: "No te arrepientas de haber hecho voto; es más, alégrate de que ya no te sea lícito lo que sería para tu daño. Feliz necesidad la que impele a cosas mejores" [71].

(2ª 2ae, *q*. CLXXXVI, *a*. 6.)

SE DICE, CON RAZÓN, QUE LA PERFECCÓN RELIGIOSA CONSISTE EN LOS TRES VOTOS

El estado de religión puede ser considerado en tres aspectos: en que es cierto ejercicio para tender a la perfección de la caridad; en que tranquiliza el ánimo del hombre de las preocupaciones externas, conforme con lo que dice el Apóstol: *Quiero que viváis sin inquietud* (I *Cor.*, VII, 32); y en que es un holocausto, por el cual uno se ofrece totalmente a Dios a sí mismo y sus cosas. Según esto, el estado religioso se completa con los tres votos.

1º) En cuanto al ejercicio de perfección, requiere que uno aleje de sí aquellas cosas que pueden impedir que su afecto tienda totalmente a Dios, y en ello consiste la perfección de la caridad. Estas cosas son tres: la ambición de los bienes exteriores, que se destruye por el voto de pobreza; la concupiscencia de los deleites sensi-

71 *Epist. ad Armentar. et Paulinum*, 127, a 45.

bles, entre los cuales llevan la preferencia los deleites carnales, que son excluídos por el voto de continencia; el desorden de la voluntad humana, que se excluye por el voto de obediencia.

2º) La inquietud de los cuidados seculares afecta al hombre en lo que atañe principalmente a tres cosas: 1ª, la libre disposición de las cosas exteriores, y este afán se descarta del hombre por el voto de pobreza; 2ª, al gobierno de la esposa y de los hijos, lo cual se elimina con el voto de continencia; 3ª, a la disposición de los propios actos, la cual desaparece con el voto de obediencia, por el que uno se somete a las órdenes de otro.

3º) Hay holocausto cuando uno ofrece a Dios todo lo que tiene. Tres bienes tiene el hombre: el bien de las cosas exteriores, las que efectivamente y de manera total uno ofrece a Dios por el voto de pobreza voluntaria; el bien del propio cuerpo, que el hombre ofrece por el voto de continencia, pues por él renuncia a los mayores deleites corporales; y el bien del alma, que el hombre ofrece a Dios por el voto de obediencia y que consiste en el ofrecimiento de la propia voluntad, por la cual el hombre usa de todas las potencias y hábitos del alma.

(2ª 2ªe, *q.* CLXXXVI, *a.* 7.)

EL VOTO DE OBEDIENCIA ES EL MÁS EXCELENTE ENTRE LOS TRES VOTOS RELIGIOSOS

Dice San Gregorio: "La obediencia es con razón preferida a las víctimas, porque por medio de las víctimas se sacrifica la carne ajena, mas

por la obediencia, la voluntad propia" [72]. Los votos religiosos son ciertos holocaustos; luego el voto de obediencia es el principal entre todos los votos de religión. Y esto por tres razones:

1ª) Porque por el voto de obediencia el hombre ofrece a Dios una cosa mayor, esto es, la misma voluntad, más excelente que el propio cuerpo, que el hombre ofrece a Dios por la continencia, y que las cosas externas, ofrecidas por el voto de pobreza. Por eso, lo que se hace como obediencia es más acepto a Dios que lo que se hace por propia voluntad, conforme con lo que dice San Jerónimo al monje Rústico: "La oración tiene por objeto enseñarte a no seguir tu propio arbitrio", y poco después añade: "No hagas lo que quieras; come lo que te mandaren, ten cuanto recibieres, y vístete de lo que se te da." Según todo esto aun el ayuno no es acepto a Dios cuando se practica por propia voluntad, como se deduce de las palabras de Isaías: *He aquí que en el día de vuestro ayuno se descubre vuestra voluntad* (LVIII, 3).

2º) Porque el voto de obediencia contiene en sí los demás votos, pero no al contrario; pués el religioso, aunque esté obligado por voto a guardar continencia y pobreza, sin embargo, éstas se comprenden también bajo la obediencia, a la que pertenece observar muchas otras cosas además de la continencia y de la pobreza.

3º) Porque el voto de obediencia se extiende propiamente a los actos más cercanos al fin de la religión; y cuanto más próximo está algo al fin, tanto mejor es.

Por ese motivo el voto de obediencia es el

[72] *Moral.*, lib. XXXV, cap. 10.

Hijo de Dios por desprecio. De lo cual se queja también el Señor: *¿Cómo es que mi querido ha cometido muchas maldades en mi casa?* (*Jer.*, XI, 15.)

3º) El pecado del religioso puede ser mayor por el escándalo, pues muchos tienen puestas en él sus miradas. Por eso dice el profeta Jeremías: *En los profetas de Jerusalén vi una semejanza de adúlteros, y camino de mentira; y fortificaron las manos de los muy malos, para no convertirse cada uno de su malicia* (XXIII, 14).

II. Alguien peca por desprecio, cuando su voluntad se resiste a someterse a la disposición de la ley o de la regla; y por eso procede a obrar contra la ley o la regla. Mas cuando, por el contrario, es inducido por alguna causa particular, como por la concupiscencia o la ira, a ejecutar algo contra los estatutos de la ley o de la regla, no peca por desprecio, sino por otra causa. Aun cuando frecuentemente reitere el pecado por la misma causa o por otra, como dice también San Agustín, no todos los pecados se cometen por desprecio o soberbia.

La frecuencia del pecado predispone, sin embargo, al desprecio, como se lee en los Proverbios: *El impío, después de haber llegado a lo profundo de los pecados, no hace caso* (XVIII, 3).

(2ª 2ªe, *q.* CLXXXVI, *a.* 10.)

CÓMO PECA MÁS LEVEMENTE EL RELIGIOSO Y SE LEVANTA MÁS FÁCILMENTE

Si el religioso, no por desprecio, sino por debilidad o ignorancia, comete algún pecado, sin escándalo, que no va en contra del voto de su profesión, por ejemplo, ocultamente, peca más levemente en el mismo género de pecado que un seglar, porque, si su pecado es leve, queda absorbido por las muchas obras buenas que hace; y si es mortal, se levanta de él con mayor facilidad.

I. En primer lugar, por la intención recta que tiene puesta en Dios, la cual, si de momento se interrumpe, fácilmente vuelve a lo que era antes. Así, sobre aquel pasaje del Salmo (XXXVI, 24). *"Cuando cayere, no se lastimará"*, dice Orígenes: "Si el injusto peca, no se arrepiente ni sabe enmendarse de su pecado; en tanto que el justo sabe enmendarse, y corregirse; tal es el caso de aquél que, al decir: *No conozco a este hombre,* después que fué mirado por el Señor, supo llorar amarguísimamente; y del que, viendo desde la terraza aquella mujer, que despertó su deseo, supo decir: *He pecado, y he hecho el mal delante de ti* (*Psal.*, L, 6)" [73].

3º) También es ayudado por sus compañeros a levantarse, conforme con aquello del Eclesiastés (IV, 10): *Si uno cayere, le sostendrá el otro. ¡Ay del solo que cuando cae no tiene quien le levante!*

[73] *Hom.* IV *in Psal.* XXXVI.

II. En verdad los justos no pecan fácilmente por desprecio; sino que algunas veces caen en algún pecado por ignorancia o debilidad, del cual fácilmente se levantan.

Pero si llega a pecar por desprecio, se hacen pésimos y sumamente incorregibles, como se lee en el libro de Jeremías: *Quebraste mi yugo, rompiste mis ataduras, y dijiste: No serviré. Porque en todo cerro alto, y bajo todo árbol frondoso eras tú echada en tierra como ramera* (II, 20).

Por eso dice San Agustín: "Desde que comencé a servir a Dios, así como difícilmente he conocido mejores que los que han progresado en los monasterios, tampoco los he visto peores que los que cayeron en los monasterios" [74].

(2ª 2ªe, *q.* CLXXXVI, *a.* 10.)

OBRAS DE LA VIDA ACTIVA

I. Los religiosos que se ocupan en las obras de la vida activa no se apartan del verdadero concepto de religión.

Porque el estado de religión se ordena a la perfección de la caridad, que se extiende al amor de Dios y del prójimo; al amor a Dios pertenece directamente la vida contemplativa, que desea consagrarse a solo Dios; y al amor del prójimo pertenece directamente la vida activa que atiende a las necesidades del prójimo. Y así como por la caridad se ama al prójimo por Dios, así también el obsequio tributado a los prójimos redunda en Dios, según las palabras del Señor: *En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a*

[74] *Epist. ad plebem Hipponensem*, 78, a. 147.

uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis. (*Matth.*, XXV, 40.)

Por consiguiente, tales obsequios hechos al prójimo, en cuanto son referidos a Dios, se consideran sacrificios, como se dice a los hebreos: *No olvidéis hacer bien y comunicar con otros vuestros bienes; porque de tales ofrendas se agrada Dios* (XIII, 16). A la religión corresponde propiamente ofrecer sacrificio a Dios.

II. No son privados del fruto de la vida contemplativa.

La perfección del estado religioso consiste, ciertamente, en las contemplación de las cosas divinas, porque dice San Dionisio: "Los religiosos se denominan así, porque se consagran al puro servicio y dependencia de Dios, que los une a las santas contemplaciones de lo invisible" [75]. Mas el servicio y la dependencia de Dios se salvan también en las obras de la vida activa, con las cuales uno sirve al prójimo por Dios, y en las que puede, además, llevar una vida peculiar, que consiste, no en separarse del trato de los hombres, sino en entregarse especialmente a las cosas que atañen al obsequio de Dios. Y como los religiosos se entregan a las obras de la vida activa con miras a Dios, se deduce que en ellas la acción se deriva de la contemplación de las cosas divinas; por lo cual no se privan en absoluto de los frutos de la vida contemplativa.

III. No están en el siglo. De dos maneras puede alguno estar en el siglo: por la presencia corporal y por el afecto del alma. Por eso dijo el

75 *De eccl. hierarch.*, cap. 6.

Señor a sus discípulos: *Yo os escogí del mundo* (*Joan.*, XV, 19); y sin embargo, al dirigirse al Padre hablando de ellos, expresó: *Éstos están en el mundo, y yo voy a ti.* (*Joan.*, XVII, 11.) Así, pues, aun cuando los religiosos que se ocupan en obras de la vida activa estén corporalmente en el siglo, no lo están, sin embargo, con el afecto del corazón, porque se dedican a las cosas exteriores, no como buscando algo en el mundo, sino sólo por servir a Dios. *Usan de este mundo, como si no usasen*, como se dice en la I a los Corintios (VII, 31). Por lo cual, después de haber dicho el Apóstol Santiago: *Religión pura y sin mancilla delante de Dios y Padre es ésta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones* (*Jac.*, I, 27), añade: *y guardarse sin ser inficionado de este siglo.*

(2ª 2ªᵉ, *q.* CLXXXVIII, *a.* 2.)

ESTUDIO DE LAS LETRAS

Compete a los religiosos el estudio de las letras, de tres modos:

I. En cuanto a lo que es propio de la vida contemplativa, a la cual ayuda de dos maneras el estudio de las letras: primero, directamente, es decir, ilustrando el entendimiento; pues la vida contemplativa se ordena principalmente a la consideración de las cosas divinas, en la cual el estudio dirige al hombre. Por eso se dice en alabanza del varón justo: *En su ley* (en la ley del Señor) *medita día y noche.* (*Psal.*, I, 2.) También consta en el Eclesiástico (XXXIX, 1): *La sabi-*

duría de todos los antiguos indagará el sabio, y se empleará en los profetas.

Segundo, indirectamente, pues el estudio de las letras ayuda a la vida contemplativa, removiendo los peligros de la contemplación, es decir, los errores que ocurren frecuentemente en la contemplación de las cosas divinas a los que ignoran las Escrituras, como se lee en las "Colaciones de los Padres" [76] que ocurrió al abad Serapión, quien cayó por candidez en el error de los antropomorfistas, esto es, de los que creen que Dios tiene forma humana. Así dice San Gregorio: "Algunos, traspasando en la contemplación los límites de su capacidad, llegan hasta los errores más perversos, y mientras descuidan ser humildemente discípulos de la verdad, se hacen maestros de errores" [77]. Por lo cual se lee en el Eclesiastés (II, 3): *Pensé en mi corazón apartar mi carne del vino, para trasladar mi corazón a la sabiduría, y evitar la necedad.*

II. El estudio de las letras es necesario a los religiosos, instituídos para predicar y ejercer otros ministerios análogos. Por eso dice el Apóstol: *Que abrace firme la palabra de fe, que es según la doctrina; para que pueda exhortar según sana doctrina, y convencer a los que contradicen.* (*Tit.*, I, 9.) Y no se puede argüir que los Apóstoles hayan sido enviados a predicar sin haber estudiado las letras, porque, como dijo San Jerónimo: "El Espíritu Santo les inspiraba todo lo que los demás adquieren de ordinario por el ejercicio y diaria meditación de la ley de Dios" [78].

[76] *Collat.*, 10, cap. 3.
[77] *Moral.*, lib. VI, cap. 17.
[78] *Epist. ad Paulinum.*

III. El estudio de las letras conviene a la religión en cuanto a lo que es común a toda religión; puesto que sirve para evitar la lascivia de la carne; y por este motivo aconseja San Jerónimo al monje Rústico: "Ama la ciencia de las Escrituras, y no amarás los vicios de la carne"[79]. Porque aparta el ánimo de los pensamientos lascivos, y mortifica la carne por el trabajo del estudio, conforme con lo que dice el Eclesiástico (XXXI, 1): *El desvelo por la honestidad hará repodrir las carnes.*

Sirve también para extirpar la ambición de riquezas; y así consta en la Escritura: *Juzgué que las riquezas nada son en comparación de ella* (de la sabiduría). [*Sap.*, VII, 8.]

Nosotros no teníamos necesidad de esto, es decir de los auxilios exteriores, *teniendo para nuestro consuelo los santos libros, que están en nuestras manos.* (I *Macch.*, XII, 9.)

Es útil también como documento de obediencia. A esto se refiere San Agustín: "¿Qué perversidad es ésta, no querer obedecer a la lectura, cuando quiere dedicarse a ella?"[80]

(2ª 2ªᵉ, *q.* CLXXXVIII, *a.* 5.)

OBRAS DE LOS RELIGIOSOS

¿Han de preferirse las obras de los religiosos a las obras de los que se dedican a la salvación de las almas?

1º) Ha de responderse que dos obras pueden compararse entre sí de muchas maneras. Prime-

[79] *Circa med.*
[80] *De oper. monachor.*, cap. 7.

ro, según su género, como cuando decimos que la continencia virginal es más excelente que la continencia de las viudas. Y en este sentido la vida activa es más fructuosa que la contemplativa, pero ésta es más meritoria que aquélla. Además, el celo de las almas es un sacrificio gratísimo a Dios, si se ejercita ordenadamente, esto es, si uno cuida primero de su propia salvación y después de la salvación de los demás. Porque en caso contrario: *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?* (*Matth.*, XVI, 26.)

2º) Una acción es preferida a otra acción según la voluntad que la hace; porque lo que se hace con voluntad más pronta, es considerado mejor, y el que obra con más fervorosa caridad, ejecuta obras más meritorias.

3º) Una obra puede ser comparada con otra, no en sí, sino con relación con otro acto, como la abstinencia es preferible a la acción de tomar comida; sin embargo, tomar alimento con otro por caridad es preferible a la abstinencia.

Comparadas, de este modo, las obras del religioso son incomparablemente más excelentes que las obras de los que se consagran a la salvación de las almas; porque las que ejecutan los religiosos están unidas a aquella raíz por la que consagraron toda su vida a Dios. En consecuencia, no se ha de pesar lo que hacen, sino, más bien, con qué finalidad se consagraron a hacer todo lo que hacen. Así, comparados con los que ejecutan alguna buena obra singular, están en la relación de lo infinito con lo finito. Porque quien se entrega a alguno para hacer todo lo que éste mande, se entrega más infinitamente a él que quien se entrega para una acción determi-

nada. Por eso, en el supuesto de que un religioso, según la exigencia de su religión, hiciere alguna obra pequeña en sí, habrá de recibir, sin embargo, mayor intensidad, por su relación con la obligación primera por la que todo él se consagró con voto a Dios.

4º) Si se comparan unas a otras las obras consideradas en sí mismas, entonces algunas obras particulares que ejecutan los demás sacerdotes son mayores que algunas obras particulares hechas por los religiosos, como es mayor la obra de trabajar en la salvación de las almas que ayunar o guardar silencio o cosa semejante.

Pero si todas (las de los unos) se comparan a todas las de los otros, son mucho mayores las obras de los religiosos; porque, aunque procurar la salvación de los otros es mayor que trabajar únicamente en la salvación propia, hablando en general, sin embargo, no se prefiere trabajar de cualquier modo en la salvación de los otros a trabajar de cualquier modo en la propia, pues si alguno trabaja total y perfectamente en su salvación, realiza una obra mucho mayor que el que hace muchas obras particulares para la salvación de los otros, y en su propia salvación trabaja suficientemente, pero no perfectamente.

(*Quodlib.*, III, *q.* V, *a.* 1.)

LA FIDELIDAD

Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida. (*Apoc.*, II, 10.)

1º) *Sé fiel,* equivale a "guarda la fe". Como si dijese: sé siempre fiel, conserva la fe o la fidelidad, como la esposa a su marido, como el siervo

a su señor, como el amigo a su amigo. La fe que debe la esposa al marido es que no se una a ningún otro. De ella dice Oseas: *Te desposaré conmigo en fe* (II, 20).

La fe que debe el siervo a su señor consiste en que recoja bien sus bienes, los guarde bien y los administre bien. De esa fe se dice en el Evangelio de San Lucas (XII, 42): *¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente?* Y en la primera a los de Corinto se dice: *Ahora lo que se requiere en los dispensadores, es que cada cual sea hallado fiel* (IV, 2).

La fe que debe el amigo a su amigo es que esté unido a él en todo tiempo, y no lo abandone en el tiempo de la necesidad. De ella dice el Eclesiástico (VI, 14): *El amigo fiel es una defensa fuerte; y quien lo halló, halló un tesoro.* No existe ninguna comparación para el amigo fiel. Y no hay oro ni plata que pueda valer la bondad de su fidelidad.

Hasta la muerte inclusive. Como si dijese: "aun para evitar la muerte no traiciones tu fe". *Hasta la muerte, combate por la justicia.* (*Eccli.*, IV, 33.)

2º) *Y te daré la corona de la vida,* es decir, la vida interminable, o la vida regia; *la corona de la vida,* equivale también al honor que vive siempre, y al cual no hay corona en el mundo que pueda compararse. De esta corona mundana dice el libro de la Sabiduría (II, 8): *Coronémonos de rosas, antes que se marchiten,* es decir, de honor mundano que presto ha de perecer. Y en el libro de Isaías (XXVIII, 1) se lee: *¡Ay de la corona de soberbia, de los embriagados de Efraín, y de la flor caduca!* Las rosas o flores con las que se hace la corona son las riquezas

temporales, las delicias carnales, los honores mundanos. De ellas dice el profeta Jeremías (XLVIII, 9): *Dad flores a Moab,* porque brotará la flor sin llevar fruto alguno. Ésta es la corona que da el mundo a sus vencedores. La primera es la que da Cristo a los suyos.

(*In Apoc.*, XI.)

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

TIEMPO DE ADVIENTO

TIEMPO DE NAVIDAD

TIEMPO DE SEPTUAGÉSIMA

TIEMPO DE CUARESMA

TIEMPO DE PASIÓN

TIEMPO PASCUAL

TIEMPO DE PENTECOSTÉS

MEDITACIONES PARA ALGUNAS FIESTAS

SEGUNDA PARTE

DIOS

LA VIDA PURGATIVA

LA VIDA ILUMINATIVA

ALGUNAS FIESTAS DE OCTUBRE

LA VIDA UNITIVA

LOS NOVÍSIMOS

MEDITACIONES PARA EJERCICIOS ESPIRITUALES